

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

GUILLERMO MENESES

ANTOLOGÍA DEL CUENTO VENEZOLANO



ANTOLOGIAS Y SELECCIONES

54

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION

GUILLERMO MENESES

Nació en Caracas en 15 de diciembre de 1911. Aprendió las primeras letras en el Colegio Chaves con las educadoras Landáez Amitesarove. Cursó la educación primaria con los Martínez Centeno en el Instituto San Pablo, y el Bachillerato en el Colegio San Ignacio. Ingresó en nuestra Universidad Central en 1928. Obtuvo el doctorado en Ciencias Políticas en 1935. Desde 1936 hasta 1940 actuó en diversos cargos judiciales. El año 1938 fué redactor de la Revista "Elite" y Editorialista del diario "Ahora". En 1942 ingresó al Ministerio de Relaciones Exteriores. Volvió al periodismo en 1943. Trabajó durante los seis años siguientes en "Elite", "Ahora", "El Tiempo", "El Nacional" y "Últimas Noticias". Fué Jefe de Redacción del Semanario "Sábado", de Bogotá, el año 1946. Luego regresó a Caracas y trabajó como productor de comedias del Departamento de Radio de "ARS", hasta mediados de 1949, en que fué nombrado Secretario de la Embajada de Venezuela en París. Fué también Adjunto al Director de Información Exterior

(Continúa en la 2ª solapa)

ANTOLOGIA DEL CUENTO VENEZOLANO

Títulos de la BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

SERIE ROJA: Novelas y Cuentos

4.—**Tío Tigre y Tío Conejo.**—Antonio Arráiz.
7.—**Cantaclaro.**—Rómulo Gallegos.
9.—**Peregrina.**—Manuel Díaz Rodríguez.
11.—**Leyendas de Caroní.**—Celestino Peraza.
13.—**Memorias de un Vividor.**—F. Tosta García.
15.—**Las Lanzas Coloradas.**—Arturo Uslar Pietri.
17.—**Las Sabanas de Barinas.**—Capitán Vowel.
18.—**El Mestizo José Vargas.**—Guillermo Meneses.
22.—**Cubagua.-Orinoco.**—Enrique Bernardo Núñez.
25.—**Por los llanos de Apure.**—F. Calzadilla Valdés.
38.—**"En este país...".**—L. M. Urbaneja Achelphol.
46.—**Peonía.**— M. V. Romerogarcía.
47.—**La tienda de muñecos.**—Julio Garmendia.

SERIE AZUL: Historia y Biografía

5.—**José Félix Rivas.**—J. V. González.
8.—**Sucre.**—Juan Oropesa.
12.—**Hombres de Ideas en América.**—Augusto Mijares.
19.—**Al Margen de la Epopeya.**—Eloy G. González.
21.—**El Regente Heredia.**—Mario Briceño Iragorry.
24.—**Vargas, el Albacea de la Angustia.**—Andrés Eloy Blanco.
28.—**Historia de Margarita.**—Francisco Javier Yanes.
30.—**Cinco Tesis sobre las Pasiones y otros Ensayos.**—Ismael Puertas Flores.
33.—**El Misterioso Almirante y su enigmático descubrimiento.**—Carlos Brandt.
37.—**Andrés Bello.**—Rafael Caldera.
39.—**Venezuela heroica.**—Eduardo Blanco.
44.—**Vida anecdótica de venezolanos.**—Eduardo Carreño.
50.—**Paisajes y hombres de América.**—Oscar Rojas Jiménez.
51.—**Recuerdos de Venezuela.**—Jenny de Tallenay (Traducción de René L. F. Durand).

SERIE MARRON: Antologías y Selecciones

6.—**Cancionero Popular.**—José E. Machado.
10.—**Añoranzas de Venezuela.**—Pedro Grases.
14.—**Poetas Parnasianos y Modernistas.**—Luis León.
16.—**Crónica de Caracas.**—Arístides Rojas.
20.—**Poesías y Traducciones.**—J. A. Pérez Bonalde.
23.—**Folklore venezolano.**—R. Olivares Figueroa.
26.—**Muestrario de Historiadores Coloniales de Venezuela.**—Joaquín Gabaldón Márquez.
27.—**El Paso Errante.**—Pedro-Emilio Coll.
29.—**Antología de Andrés Bello.**—Pedro Grases.
31.—**Geografía Espiritual.**—Felipe Massiani.
32.—**Sones y Canciones y Otros Poemas.**—Alfredo Arvelo Larriva.
34.—**Comprensión de Venezuela.**—Mariano Picón Salas.
35.—**Jagüey.**—Héctor Guillermo Villalobos.
36.—**¡Canta, Pirulero!**—Manuel F. Rugeles.
40.—**Retablo.**—J. A. De Armas Chitty.
41.—**Doctrina.**—Cecilio Acosta.
42.—**Antología**—Francisco Pimentel (Job Pim).
43.—**Las Nubes.**—Arturo Uslar Pietri.
45.—**La voz de los cuatro vientos.**—Fernando Paz Castillo.
48.—**Mitos y Tradiciones.**—Tulio Febrés Cordero.
49.—**Fastos del Espíritu.**—Félix Armando Núñez.
52.—**Secretos en Fuga.**—Luis Beltrán Guerrero.
53.—**Folklore Venezolano.**—R. Olivares Figueroa.

BIBLIOTECA POPULAR VENEZOLANA

54

GUILLERMO MENESES

ANTOLOGIA DEL CUENTO VENEZOLANO

EDICIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACION
DIRECCION DE CULTURA Y BELLAS ARTES

CARACAS, 1955

Impreso en la Argentina — Printed in Argentina

Se terminó de imprimir el día 24 de mayo de 1955 en la
Imprenta López — Perú 666 — Buenos Aires

PRÓLOGO

Se cuenta en "Las mil y una noches" que el Califa (uno entre los muchos califas del libro) pidió una vez a su cuentista una historia **jamás oída.** Preguntó el recitador de relatos si había de decir una narración en la cual pudiese figurar como testigo o si prefería el Soberano una composición completamente imaginada. Se cuenta en "Las mil y una noches" que el Califa respondió: Mahomed, eso no importa; yo quiero, simplemente, lo más **maravilloso.**

No conozco mejor antología de cuentos que "Las mil y una noches" ni mejor definición del cuento que la que viene en el párrafo arriba transcrito.

Una historia, es decir, el relato de un acontecimiento. Si ese relato está construído de manera que pueda confundirse con un testimonio o si está montado de uno a otro extremo sobre bases de imaginación; si los elementos de la narración parecen tomados de la realidad externa y se pretende que alguien vivió la peripecia narrada o si, por el contrario, la materia utilizada para crear la historia es el desarrollo de un incidente que se cumple en el mundo del razonamiento, de las ideas, de la pasión conceptual, igual puede servir a la empresa de arte del cuento.

Sea cual fuere la calidad del hilo con el cual se hiló la tela de la historia, ésta ha de ser **maravillosa.** Entendemos por ello que la narración será en sí misma la demostración de un enigma (así se trate de un antiguo enigma), la portentosa realización de un milagro (así sea un milagro de todos los días) la asombrosa afirmación del misterio que une los dos polos de una verdad venerable (así sea una verdad habitualmente aceptada y conocida).

Para aclarar la calidad de **jamás oída**, diremos que el cuento pide originalidad, presencia del cuentista en la maravillosa historia: nadie antes que él ha logrado realizar el milagro, afirmar el misterio, demostrar el enigma como él lo ha hecho.

La característica de **jamás oída** implica la diferencia entre el cuentista popular, el que repite, el que sirve de documento a los folkloristas y el artista de obra personal. Es importante no sólo lo que se cuenta sino cómo se cuenta. La historia maravillosa que descubre un antiguo enigma, realiza un milagro de todos conocido, afirma un misterio universalmente aceptado, puede ser cuento —arte— si, en virtud de la capacidad creadora del cuentista, aparece como jamás oída.

Insistimos en que, para el auténtico cumplimiento de la obra de arte llamada cuento, éste debe ser, a un tiempo mismo, historia **maravillosa** y **jamás oída.** No podemos negar que las actividades que manejan materias tan sutiles como el milagro, el misterio o los enigmas exigen cierta habilidad, ciertas fórmulas, cierta prestidigitación que confunden a veces el sentido crítico. Ante los prodigios —de cualquier clase que ellos sean— el aspecto técnico de la actividad prodigiosa puede engañar al crítico y es necesario no olvidar que el milagro auténtico supone siempre un resultado superior a los medios técnicos que lo producen.

Cuando José razonaba y explicaba sus propios sueños de espigas y de estrellas —así lo explica la Biblia— sus hermanos le atribuían intenciones perversas, absurda vanidad y viciosa inclinación. Es posible que José fuese vanidoso, perverso e inclinado al vicio, pero sabía explicar sueños, descifrar enigmas, realizar el milagro de la profecía. Era cuentista, creador de la maravillosa y jamás oída historia de los hijos de Jacob; historia maravillosa y jamás oída, sobre todo, porque narraba una verdad futura. Los hermanos de José eran malos críticos: carecían del don de reconocer los milagros; no sabían diferenciarlos de las técnicas milagreras, de las habilidades juglarescas, de las astucias y engaños de los falsos magos.

En la forma dada a "Las mil y una noches" se demuestra cómo un buen crítico puede también equivocarse al realizar en toda su pureza el trabajo de examinador y manipulador de técnicas y milagros. El recopilador de historias maravillosas pretende hacer a la vez un cuento en el cual se cuentan los cuentos que Sherezada contaba a su marido para apartarlo de la tenebrosa idea de hacerla matar. El recopilador árabe pretende contar un cuento de los cuentos de su pueblo. De-

muestra que conoce los trucos, habilidades y fórmulas indispensables para realizar el milagro del arte con el instrumento. narrativo. Realiza obra de alta calidad literaria el enredar en la narración de Sherezada los mil y un acontecimientos que toman el camino de los labios de la habilidosa narradora, vencedora de la muerte y del odio con las armas del arte. Aladino, Simbad, la Princesa de China, Giafar, uno cualquiera de los que se llaman Emir de los Creyentes, pasan de cada uno de sus cuentos a la narración de Sherezada, enlazados con hilo de su misma materia a un relato que no es un cuento verdadero porque se interrumpe para empezar de nuevo (como una falsa novela) y se opone así a la misteriosa anti-novela popular llamada "el cuento del Gallo Pelón", admirable ejemplo de una fórmula destructiva que rompe el milagro al hacer imposible su iniciación interminable.

"Las mil y una noches" no es un cuento porque plantea un prodigio, enigma o misterio —la muerte de Sherezada— cuya esperada solución se aleja en la escalera de los días sucesivos por escalones de cuentos que, a su vez, resuelven enigmas, definen misterios y realizan milagros, perfectos en cada una de esas historias maravillosas. En el "Cuento del Gallo Pelón", por el contrario, la solución del enigma enunciado (el misterio de ese gallo desconocido que se presenta como pelón y el cual puede ser gallo sin cresta o gallo sin pluma o gallo sin cola, gallo pelón o pelado a pesar de que los gallos no tienen pelo) queda en suspenso cuando no se acepta ninguna frase o gesto como capaz de provocar el relato, cuando se utiliza una perversa fórmula que hace imposible la fase primera del prodigio.

Así, "Las mil y una noches" descubre su verdad de antología y el "Cuento del Gallo Pelón" se convierte en impertinencia.

La cualidad de maravillosa historia que aceptamos como característica del cuento supone que en este género literario el autor no sólo debe exponer enigmas, misterios y milagros, sino que debe resolverlos. Al plantear así el cuento como problema de arte encontramos su límite y la cualidad —evidentemente secundaria— de su corta extensión.

Que la materia de la narración se presente fuera o dentro de un personaje, que la peripecia sea descripta como vivida por un hombre o que éste sirva de mundo a una peripecia; relátese el caso de un ser humano que piensa, goza o sufre o dígase el pensamiento, el goce, el sufrir o la acción como materia de un suceso; por tales contradictorios caminos puede llegarse al resultado exigido: a la historia maravillosa, jamás

oída, sorprendente en sus conclusiones o en los métodos empleados para llegar a esas conclusiones, demostradora de enigmas, descubridora de misterios, señaladora de milagros. Si se rompe la solución por la iniciación de otros milagros se llega a la novela o a la antología. El desplazamiento burlón de la posibilidad inicial del prodigio hace nacer la impertinencia o la anti-novela. Llevada a cabo la demostración del enigma, realizado el milagro, puesto en claro el misterio que une los dos aspectos de una verdad, el cuento se cierra, exacto y completo como una ecuación, como un teorema desarrollado en su totalidad. El cuentista finaliza su trabajo en el preciso momento en el que tenga derecho a decir, como los matemáticos, LQQD, lo que queda demostrado.

Explicado el cuento de esta manera —con ideas tomadas del libro santo de los cuentos orientales— dejamos dicho nuestro criterio de selección en esta antología de cuentos venezolanos; hemos escogido las obras de nuestros cuentistas de acuerdo con su cercanía a la concepción de "historia maravillosa jamás oída".

En la realización misma de la antología, pretendí, cuando iniciaba esta tarea de aclarar ideas sobre el cuento, imitar la forma de "Las mil y una noches", repetir el truco que hace aparecer una antología como cuento de cuentos, relatar las peripecias e incidencias que el cuento ha vivido a través de nuestra historia literaria.

Esa primera decisión suponía que este trabajo habría de comenzar por la indagación de lo que podríamos llamar "zona arqueológica del cuento venezolano", es decir, por el descubrimiento (bajo las sucesivas capas de poesía, de historia, de oratoria, de periodismo) de los primeros atisbos o intentos de cuentos. Pretendía llegar a observar la lenta elaboración de la materia literaria que llamamos cuento entre las impurezas de los diversos géneros que nuestros escritores han realizado al hacer sus obras.

Bien sabido es que en la crónica de éste, en el discurso de aquél, en la leyenda del otro, en la relación de sucesos expresada con exaltados términos o en la descripción de paisajes, seres y cosas, el venezolano comenzó a escribir historias maravillosas. Como es natural, nuestra literatura estuvo preñada del cuento antes de darlo a luz. Quien cuente la jamás oída historia de la concepción y nacimiento del cuento venezolano hará esa tarea que, para mí, supuso dificultades que no he logrado vencer.

Pensaba catalogar trozos de relatos, de novelas, de tra-

bajos históricos hechos por los hombres que preparan el instrumento narrativo utilizado más tarde con precisa intención por los escritores a quienes puede considerarse, sin duda ninguna, cuentistas.

Si una leyenda de Arístides Rojas es, a más de repetición folklórica, nueva creación de elementos utilizados por nuestro pueblo (tal, por ejemplo, la relación hecha acerca del nombre de una esquina caraqueña en "El cují de Ño Casquero"); si Daniel Mendoza se acerca en la creación de su personaje llanero a una ficción de la realidad que podría ser colocada en la vecindad del cuento si no se diluyera en chistosas observaciones periodísticas; si el énfasis oratorio de Eduardo Blanco se doblega, a veces, ante la fuerza de los acontecimientos relatados y deja que la narración histórica viva en cuadros de los cuales parece desprenderse el heroico enigma sagrado por el cual nace la patria; si Elías Toro se aparta en un momento dado de la utilización de símbolos retóricos y en alguna de sus crónicas ("El romántico", por ejemplo) quiere ir más allá de la graciosa caricatura de un tipo social; si Bolet Peraza, Rafael Bolívar, Tosta García llegan a dibujar con precisión ambientes, lugares y situaciones donde la habilidad imitativa y la capacidad de retrato se adelantan al cuento; si todas esas experiencias —y las que van de Juan Vicente González, dolorido e iracundo hasta la sonriente picardía de Jabino, Sales Pérez o Méndez y Mendoza— traen, frecuentemente un atisbo de prodigio artístico; si los trabajos de Picón Febres forman movimiento común con las pequeñas obras maestras de Tulio Febres Cordero, con la violencia panfletaria de Pío Gil o con la densa prosa cientifista de Samuel Darío Maldonado y dicen —a ratos y como sin quererlo— la historia maravillosa del hombre venezolano; si en Gil Fortoul el historiador, en Vallenilla Lanz el sociólogo, en Alvarado el filólogo, igual que en poetas como Pérez Bonalde, Lazo Martí, Mata o Udón Pérez pudiéramos encontrar oculta la semilla del cuento, bien podríamos también traerlos todos al terreno antológico y colocarlos en su exacto significado: el de anunciadores y maestros de sus más afortunados seguidores.

La dificultad consiste (y yo no he logrado vencerla) en precisar los límites hacia el pasado, no sólo del cuento, sino de lo venezolano. Sucedería, de seguir este camino de búsquedas en el terreno de la "prehistoria del cuento" que habríamos de llegar hasta los relatos de los primeros pobladores y quién sabe si, de la mano de Juan de Castellanos o de cualquier otro, saltar definitivamente a la iniciación hispá-

nica de todas nuestras historias maravillosas. Sucedería, además, que habríamos de llamar cuento a lo que no es tal.

Por estas consideraciones, abandonamos nuestro primitivo intento de investigación del cuento en la era del pre-cuento. Queremos hacer constar que estimamos la empresa como buena y digna de justo interés, aunque la hayamos desechado en la empresa antológica que nos ocupa, empresa que pide límites precisos.

Hemos colocado la zona aduanera del pasado en el hito ilustre que marca el nombre de Manuel Díaz Rodríguez. Con este escritor se incorpora a nuestra literatura el cuento, tal como lo entendemos hoy, tal como lo entendía el genial compilador de "Las mil y una noches". Díaz Rodríguez sabe qué es un cuento y maneja el instrumento narrativo con sabia magia. Otros de nuestros cuentistas —anteriores o posteriores a él— no fueron tan hábiles artistas ni conocieron tan bien las características del territorio literario en el cual se aventuraban.

Un escritor hay que teme contrabandear en las fronteras del cuento y duda si ha penetrado en el país de las historias maravillosas; para sus narraciones solicita pasaporte de "autoridades extranjeras" (de algún crítico de París famoso en su tiempo) y en esas "autoridades extranjeras" afinca su derecho a llamar cuentos los trozos de prosa narrativa que escribía.

Este ilustre personaje de las letras venezolanas es Julio Calcaño. No podemos negar que se acerca al cuento y que, si no llega a realizarlo plenamente, la razón está en sus propias dudas acerca de las exigencias del género. Sus leyendas pintorescas, llenas de nombres italianos y de filosofismos poco elaborados no pueden confundirse con la obra de un cuentista auténtico; podrían colocarlo, sin embargo, entre los mejores precursores de nuestros cuentistas, aunque no posee la calidad suficiente para que lo consideremos nuestro primer cuentista.

Con respecto al linde que marca el presente —la frontera del momento actual— no nos hemos fijado otro que el que implica el hecho de que los autores seleccionados hayan demostrado continuada insistencia en trabajar la especialidad literaria del cuento, aún dentro de la más evidente juventud. Sabemos que con ello hemos descartado la obra de algunos que poseen claro talento e indiscutible vocación, aunque no hayan publicado muchos cuentos. Por seguir tal criterio han quedado fuera de este trabajo antológico los nombres de Arturo Briceño, de Roger Hernández, de Francisco Andrade

Alvarez, de José Salazar Meneses, de Carlos Dorante, de Mireya Guevara, de la misteriosa Dinorah Ramos, de Lourdes Morales. . .

Es posible que se me diga que una antología no tiene por qué parecerse a una guía profesional, como es posible que se me acuse de injusticia evidente. En toda obra que implica juicio personal hay un fondo humano que da derecho a la acusación de mezquindad.

Uno de los más antiguos cuentistas —volvamos a él— José, el explicador de sueños, había comenzado su oficio en edad temprana; sus hermanos sólo le aceptaban una especie de capacidad para la superchería, la vanidad y la mentira. Muchos años más tarde —y por razones ajenas a su juego de enigmas y misterios— hubieron de reconocerle su condición milagrosa de artista.

La desconfiada duda de los hermanos de José suele estar presente en la obra de los críticos. Yo no pretendo apartar mi labor crítica de la ley universal de la pasión humana. La razón de este prólogo consiste en aceptar mi entera responsabilidad en la elaboración de esta antología; con entera libertad dejó en mis manos esta tarea, en nombre del Ministerio de Educación, el gran poeta y buen amigo Manuel Felipe Rugeles, Director de Cultura y Bellas Artes. Agradezco esa confianza que me permitió realizar una tarea a la cual he dedicado tiempo y estudio con verdadero placer.

GUILLERMO MENESES.

Bruselas: agosto de 1954.

PEDRO EMILIO COLL

(Caracas, 1872-1947)

No es, quizá, "El diente roto" el mejor cuento de Pedro Emilio Coll. Hay en otros de sus relatos mayor seriedad en la base conceptual de la narración, más alta intención de arte, más rigor en la forma. "El diente roto" puede parecer demasiado sintético, despojado en exceso de literatura narrativa, ajeno a la profundidad que el tema hubiera podido dar de sí. A pesar de ello hay muchas razones para haber escogido este cuento y no otro. "El diente roto" es el más nombrado y el menos conocido de los trabajos de Coll; se le cita en periódicos y revistas, se pretende hacerlo plagio de una obra de Eça de Queiroz, se habla abundantemente de él y, sin embargo, pocas veces se cita "El diente roto" con completo conocimiento. Para nosotros, esta pequeña obra de Pedro Emilio Coll es, al mismo tiempo, un cuento excelente y una magnífica caricatura de un personaje harto común en la vida política de cualquier país. Bien encerrado en sus cortas páginas, el misterio del diente roto ilumina de sonriente escepticismo la relación que hay entre los negocios importantes del mundo —la gloria, el poder, la riqueza— y algunas de sus pequeñas causas inocentes. Muy ajustada a la grata ironía de Coll, la historia de ese diente que en el filo de su incómoda quebradura asienta el motivo primero de la solemne apariencia de un gran personaje, solemne e importante.

EL DIENTE ROTO

Por PEDRO EMILIO COLL.

A los doce años, combatiendo Juan Peña con unos granujas, recibió un guijarro sobre un diente; la sangre corrió lavándole el sucio de la cara, y el diente se partió en forma de sierra. Desde ese día principia la edad de oro de Juan Peña.

Con la punta de la lengua, Juan tentaba sin cesar el diente roto; el cuerpo inmóvil, vaga la mirada — sin pensar. Así de alborotador y pendenciero, tornóse en callado y tranquilo.

Los padres de Juan, hartos de escuchar quejas de los vecinos y transeúntes víctimas de las perversidades del chico, y que habían agotado toda clase de reprimendas y castigos, estaban ahora estupefactos y angustiados con la súbita transformación de Juan.

Juan no chistaba y permanecía horas enteras en actitud hierática, como en éxtasis; mientras, allá adentro, en la oscuridad de la boca cerrada, su lengua acariciaba el diente roto —sin pensar.

—El niño no está bien, Pablo —decía la madre al marido—; hay que llamar al médico.

Llegó el doctor grave y panzudo y procedió al diagnóstico: buen pulso, mofletes sanguíneos, excelente apetito, ningún síntoma de enfermedad.

—Señora —terminó por decir el sabio después de un largo examen—, la santidad de mi profesión me impone declarar a usted...

—¿Qué, señor doctor de mi alma? —interrumpió la angustiada madre.

—Que su hijo está mejor que una manzana. Lo que sí es indiscutible —continuó con voz misteriosa—, es que estamos en presencia de un caso fenomenal: su hijo de usted, mi estimable señora, sufre de lo que hoy llamamos el mal de pensar; en una palabra, su hijo es un filósofo precoz, un genio tal vez.

En la oscuridad de la boca, Juan acariciaba su diente roto —sin pensar.

Parientes y amigos se hicieron eco de la opinión del doctor, acogida con júbilo indecible por los padres de Juan. Pronto en el pueblo todo, se citó el caso admirable del "niño prodigio", y su fama se aumentó como una bomba de papel hinchada de humo. Hasta el maestro de escuela, que lo había tenido por la más lerda cabeza del orbe, se sometió a la opinión general, por aquello de que voz del pueblo es voz del cielo. Quien más, quien menos, cada cual traía a colación un ejemplo: Demóstenes comía arena, Shakespeare era un pilluelo desarrapado, Edison, etcétera.

Creció Juan Peña en medio de libros abiertos ante sus ojos, pero que no leía, distraído por la tarea de su lengua ocupada en tocar la pequeña sierra del diente roto —sin pensar.

Y con su cuerpo crecía su reputación de hombre juicioso, sabio y "profundo", y nadie se cansaba de alabar el talento maravilloso de Juan. En plena juventud, las más hermosas mujeres trataban de seducir y conquistar aquel espíritu superior, entregado a hondas meditaciones, para los demás, pero que en la oscuridad de su boca tentaba el diente roto —sin pensar.

Pasaron meses y años, y Juan Peña fué diputado, académico, ministro, y estaba a punto de ser coronado Presidente de la República, cuando la apoplejía lo sorprendió acariciándose su diente roto con la punta de la lengua.

Y doblaron las campanas, y fué decretado un riguroso duelo nacional; un orador lloró en una fúnebre oración a nombre de la patria, y cayeron rosas y lágrimas sobre la tumba del grande hombre que no había tenido tiempo de pensar.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

(Caracas, 1871 — Nueva York, 1927)

Aceptamos que con Díaz Rodríguez se hace criatura perfecta de realidad literaria el cuento venezolano. De tal manera es cierto que el artista conoce lo que pretende hacer y sabe cómo lograrlo, que utiliza con hábil seguridad hasta los defectos patentes en su obra. A conciencia he escogido como demostrativo de su capacidad y de su conocimiento del género el relato "Las ovejas y las rosas del Padre Serafín". Hay en este cuento la mezcla voluntaria de dos posibilidades artísticas de difícil unión: una leyenda italianizante de rosas, llamas, místicas llagas, locura y un relato criollo de azar, violencia y asomos brujos. Con la seguridad de quien no ignora que el cuento debe abrir una pregunta y cerrarse sobre la respuesta, Díaz Rodríguez eslabona en torno a las acciones yuxtapuestas una guirnalda de imágenes que viene a convertirse en el eje de la obra, en su misterio artístico. Es posible que pueda tildarse de artificioso el cuento escogido; ciertamente, tiene lujoso artificio de cuentista que cubre en unidad de palabras los dos trozos extraños con los cuales construye el milagro poético de las rosas místicas y las violentas ovejas; pero creemos que corresponde en sus características a las experiencias europeas que marcaron la iniciación literaria de Díaz Rodríguez y a su voluntad venezolana, jamás extraña a la más firme decisión de arte.

LAS OVEJAS Y LAS ROSAS DEL PADRE SERAFÍN

Por MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

—¡Ya lo traen! ¡Ya lo traen!
—¿Por dónde?
—Por el cementerio. Dicen que lo alcanzaron en el cementerio.

La multitud, fatigada, nerviosa de tanto esperar, se arremolinó y empezó a deshacerse. La mayor parte, sin darse cuenta de lo que hacían, caminaban de arriba abajo por el camino real, pero sin salir de él, o daban vueltas, como buscando una moneda que se les hubiese extraviado, alrededor del mismo punto. Otros corrieron por las calles que del camino real suben a la plaza de la iglesia. Algunos fueron a reunirse a los que, en corro, y con la más loca agitación, discutían frente a la fachada de la iglesia, en un altozano. Entretanto los pulperos, a la voz de "ya lo traen" cerraban y atrancaban por dentro sus pulperías. Y después de cerrar, ninguno se quedaba dentro: salían a sumarse a la muchedumbre armados, el uno de revólver, el otro de un varal de araguaney, los más con el filoso cola-de-gallo. Don José, el más respetable por la edad, la hacienda y la virtud, se paseaba en mangas de camisa por el corredor de su establecimiento. Provisto de un corto y fuerte cuchillo de caza, decía:

—Es necesario hacer un ejemplar. Es necesario un castigo. No se debe dejar sin castigo una cosa tan fea. En este pueblo no había pasado nunca.

—¡Nunca! Es verdad... Es necesario un castigo —coreaban los otros.

De repente, sobre el coro, se alzó rasgando la sutil seda

del aire estival una voz airada y plañidera. A la puerta de una casita, hacia el fin de una de las calles que van a la plaza del pueblo, una vieja mulata canosa, con desgreñada cabeza de Medusa, vociferaba:

—¡Saturno! ¡Saturno! ¡La sangre de mi hijo! ¡Cobren la sangre de mi hijo!

—¿Quién es?

—¡Hombre! ¿Quién va a ser? ¿Quién va a ser sino Higinia? ¡La pobre vieja!

Algunas mujeres aparecieron a las puertas de sus casas, dándoselas de animosas. Otras optaban por quedarse detrás de los portones, viendo a través de las junturas, o se asomaban a los postigos de las ventanas con rostros lívidos de miedo. Unas cuantas, excitadas por los lamentos de Higinia, surgieron detrás de las bardas de un corralón que interrumpía rústicamente el marco de la plaza. Vomitaban denuestos y amenazaban con los puños.

—Pero, si lo cogieron, ¿por qué no lo traen?

Uno de los que habían ido hasta el corro del altozano volvió, advirtiendo que era falsa la noticia.

—Dicen que lo cogieron allá, al pie del Ávila, en la Sabana de los Muertos, en donde enterraban a los muertos del cólera y de la fiebre amarilla, no en el camposanto. Y explicando así, tendía la mano al cerro, en dirección de un punto de la sabana yerma y ardida que hay al pie del Ávila, donde un solitario bambú derrama sobre los muertos la fresca sombra musical de sus cañas armoniosas.

—Pero ¿cómo saben que lo cogieron allá arriba?

—Por uno que se vino a la carrera, atravesando los cafetales y llegó al pueblo hace poco.

—¡Pero, señor! ¿Qué ha hecho ese hombre para que lo persigan ansina?

La gente, descorazonada con el anuncio de ser falsa la noticia, desahogó su mal humor contra el que hacía inocentemente la pregunta. Era un cambujo que, ignorante del suceso y no pudiendo discernirlo entre tantos y tan vagos rumores, acababa de meterse en el corazón mismo del gentío, a horcajadas en su asno. En cosa de un segundo, ni él ni su asno pudieron moverse, estrechamente rodeados por la turba como por una improvisa y viva fortaleza erizada de cólera.

—Mire, socio, no venga con esa... preguntica —saltó otro zambo, con un tono entre de rabia y de zumba—. No se haga el inocente, que aquí no queremos quien tenga tratos con el diablo. ¿Usted, como que es también de la cuerda? ¡Ojo e grillo!

—¿Yo tratos con el diablo? ¡Ave María Purísima! ¡Si yo

no sé lo que ha pasao! ¡Si yo vengo ahorita, ahorita, de más allá del Guaire, de coger maíz en mi conuco!

—Lo hubiera dicho antes, ño Carrizo.

—¡Si es el compadre Nicasio! —dijo otro, y se preparó a referir el suceso—: Pues el hombre que los muchachos persiguen no es del pueblo, compadre. Nadie sabe de dónde vino. Unos dicen que de Caucagua, otros que de Higuerote, otros que del Túy.

—Pa mí, que es un espía de los godos —declaró Miguelito, un negro alto y robusto como una torre de basalto que, meses atrás, en plena guerra, fué el terror de los más acaudalados terratenientes vecinos, a quienes de tiempo en tiempo desvalijaba, apellidándolos godos. Con su interrupción recordó que la guerra no estaba terminada todavía, aunque el jefe liberal hubiese entrado en Caracas en triunfo, porque todavía erraban por toda la república algunas buenas partidas de las tropas conservadoras dispersas—. De seguro que es un espía.

—Ni se sabe cómo se llama —continuó el narrador.

—Se llama Heriberto Guillén.

—A mí me dijeron que Julián Perdomo.

—¡Bueno! Pues no sabemos ni de dónde vino, ni cómo se llama. Llegó y se convidó a jugar con nosotros en el corredor de la pulpería: ahí mismito estábamos nosotros limpios como unas patenas, y él con todos los reales.

—Tendrá buena suerte, compae Pechón.

—¡Qué suerte ni suerte! La suerte se la echaba él a los dados, porque les hacía con las manos, ¿ya usté ve?, así, de cierto modo, y parece que les rezaba también oraciones de brujo, porque los dados paraban siempre contra nosotros. Ya usté verá, compadre, que el hombre es de verdá, verdá, un brujo. ¡Bueno! Pues ya el hombre se levantaba para irse, con la cobija en el brazo izquierdo y el machete en la otra mano, cuando Saturno, muy caliente y con razón, ¡caray! le dijo: "Párese ahí, socio. No se vaya sin que nos dé nuestros reales, ¿oyó? los reales que nos ha robado con su brujería". Entonces el otro, un poquito amoscado, le contestó: "Yo no he robado a nadie: esos reales me los ha dado la suerte, y no más que a la suerte se los doy." "Pues yo seré la suerte, so negro, porque ahorita mismo vas a darme lo que malamente nos quitaste" —le gritó Saturno, saltándole encima. Pero el otro ya estaba en guardia con su machete, con el que se tapaba a sí mismo mientras lo dirigía al pecho de Saturno. Al mismo tiempo le decía a Saturno, como adulándole: "¡No se meta, catire, no se meta, catire, que yo no lo quiero cortar, y si se mete se corta!" Y como Saturno era tan arrojado, se

metió, y como el otro fué tan sinvergüenza que no quitó el machete y lo dejó siempre de punta, punta fué, que Saturno cayó redondo y que ahí lo está llorando la pobre Higinia. Todos nosotros nos tiramos encima del hombre, y después de mucho trabajo le quitamos el machete. ¡Bueno! Pues ahora es cuando usté va a ver, compadre. Forcejeando y forcejeando con él, yo lo agarré por el pelo, tan duro, que tres chicharroncitos se me quedaron en las manos. Yo los tiré al suelo, y ¿sabe usted lo que entonces pasó, compadre? ¿ A que no adivina? Pues que los tres mechoncitos de pelo echaron a correr convertidos en ratones.

—¡Ave María Purísima!

—Como se lo digo: eso, todos lo vieron.

—Es verdad, es verdad —asintió el coro.

—Ahora, dígame, compadre, si el hombre es o no es brujo. Y no puede ser sino por brujo que, cuando ya lo teníamos como asegurado, se nos despegó, disparándose a correr que ni una ardita. Detrás de él se fueron los muchachos. Y ahora dicen que lo traen, porque lo alcanzaron, ya para esconderse dentro del monte, en la Sabana de los Muertos.

*
* *

Las cosas habían sucedido más o menos como a su compadre Pechón se las contaba Nicasio. La noticia del mal fin de la pendencia, ilustrada con la descripción del negro trashumante a quien se pintaba como asesino, caco y brujo, se difundió eléctricamente por el pueblo, suscitando en los corazones el deseo de vengarse de aquel extraño que era a la vez caco, brujo y asesino.

La casa rectoral fué la única no invadida por el clamoroso y unánime deseo de venganza. El padre Serafín trabajaba en su huerta. Labraba los terrones, mientras una vieja hermana suya, que era al mismo tiempo su ama de llaves, refunfuñando y a disgusto, le aderezaba una camisa. La de él —porque de tanto darlas jamás lograba tener sino una— se la había dejado la noche antes a un enfermo a quien administró los óleos.

Cuando sonó la algazara de los mozos corriendo detrás del forastero fugitivo, dejó por un momento el trabajo, y se informó de lo que era.

—Son los muchachos del pueblo que andan tras de novillos desgaritados —le dijo su hermana, afirmándole para no dejarle salir, lo que en la mente de ella no era sino una hi-

pótesis. Por ser lo que pasaba a menudo, eso dijo ella, y él sin dificultad lo creyó, de modo que impávido continuó con su azadita de jardinero escardando la huerta que era al mismo tiempo huerta y jardín como su alma. Él descansaba en la creencia candorosa de una armonía íntima de su alma con el alma del pueblo. Porque esta alma en que él ingenuamente sentía el reflejo de la suya, se la representaba de igual manera que se representaba al pueblo: como una flor de idilio.

Visto desde las faldas del Ávila, cuando el bucaral se engalanaba de verde, el pueblo era, con sus techos rojos y orlado de haciendas de café, un rubí en lo hondo de una copa de esmeralda. Ahora, porque el bucaral flameaba de flor, fingía más bien una taza de pórfido o una florida cesta de púrpura.

Entretanto, a lo lejos, el Ávila, sobre el paisaje de las haciendas y del pueblo agitado, surgía, con la calvez de la cima y en la imponderable pureza de la luz, claro fuerte y sereno, como un incorruptible testimonio.

*
* *

Hacia el altozano se agregaron unos cuantos rústicos más a los primeros perseguidores. Detrás del fugitivo, penetraron todos en los fundos que están al norte del pueblo. La cáfila ululante corrió por los cafetales, al principio en una verdadera fuga de locos. Luego, uno de la chusma ideó, y a gritos comunicó su idea a los demás, hasta que llegaron a entenderse, organizar la persecución con todas las reglas de una cacería. Tratábase de estorbar que se escapara la pieza. Mientras unos debían seguir los callejones, otros remontarían el cauce de una quebrada seca, y los otros irían por dentro de los mismos cafetales. Debían hacer, deshacer y rehacer paranzas a medida que lo exigieran las tretas del perseguido y la índole del terreno. Algunos, en el ímpetu de la carrera, se destocaron, y no se detuvieron a recoger el caído sombrero de cogollo. Otros llevaban las ropas desgarradas encima de los torsos medio desnudos. Los bucares florecidos, en su perenne despojarse de flor, fugazmente esmaltaban de sangre la nieve, o el ébano lustroso, o la canela oscura de los cuerpos. Los cazadores, para enardecerse a sí mismos, y a la vez para aturdir a la pieza en fuga, llenaban el cafetal con insistente vocería. De tiempo en tiempo, sobre la vocería de los hom-

bres detonaba, en lo alto de los bucares, la algarabía de los pericos montañeses. Poco a poco el tropel fué empujando la caza fuera del cafetal y hacia arriba, a un punto en donde ya debían de estar apostados los que se adelantaran corriendo por la holgura de los callejones.

El fugitivo, ignorante del terreno, tropezando en los obstáculos conservaba, a pesar de todo, la ventaja, como si la suficiente malicia y lucidez para despistar a los otros la sacara del propio peligro. Los eludía y engañaba con rodeos en que no se alejaba sensiblemente del mismo punto. Más de una vez intentó ocultarse en lo hueco de un tronco. Pero cada vez algunos de sus perseguidores lo alcanzaba con la vista. Por fin se vió fuera del cafetal, a mucha distancia de los que estaban de facción, apercibidos a detenerle. Tuvo un momento de perplejidad en que se preguntó si no sería más cuerdo volver sobre sus pasos a enredarse y maltratarse de nuevo en el cafetal enfadoso, porque su instinto silvestre y seguro le advirtió mayores peligros en aquel paraje abierto que delante de él subía hasta los mismos pies del Ávila. Su perplejidad sirvió a los otros. Ya estaban cerca. Y él no pudo sino seguir adelante, por lo abierto, sintiendo en los talones la furia de la traílla. Atravesaba el Pedregal, región salpicada de exiguos y dispersos cafetalitos, a la vera de cada uno de los cuales hay un rancho como una paloma gris que a la sombra de la escasa arboleda se acurruca. Por todas partes, en las más limpias tierras de labor, saltan enhiestos peñascos y reluce al ras del suelo el pedrisco. Una inmensa mole avileña parece en prehistóricos tiempos haber caído retumbando de la cumbre a partirse en fragmentos infinitos en el hondo estupor del valle. En algunas partes, los labriegos han hecho montículos y pirámides con el pedrusco; en otras lo han dispuesto y amontonado en paredones que hacen de aledaños a las tierras labrantías. Por ahí corrió el negro, desesperado cuando se dió cuenta del gran número de enemigos, tropezando unas veces en el peñascal, pasando otras veces como un milagro del viento por encima de los paredones. A las puertas de los ranchos acudieron otros hombres atraídos por la grita de la turba, y casi todos, por comunión con los del pueblo, se agregaron a los cazadores del negro fugitivo. Gracias al refuerzo que de esta guisa recibían de pronto, y a los movimientos más fáciles en aquel paraje abierto, los perseguidores traquearon y acosaron como a un ciervo al perseguido, hasta verlo estrechamente acorralado. Abrumándolo con sus gritos de muerte, casi lo tocaban ya con las manos, cuando él, derribando a uno de un puñetazo, y dando a la derecha un

salto inverosímil, se internó en los grandes cafetales nuevamente.

Por la primera vez, ya dentro del cafetal, osciló, remolinó y se paró desconcertada la turba. Algunos empezaron a encontrar inútil su carrera fatigosa, imaginando en salvo a la pieza y borrada su pista, cuando volvieron a ésta por unos gajos rotos y manchados de sangre. El hombre, a su entrada en el cafetal, se había destrozado las ropas y desgarrado profundamente las carnes contra las espinas de un naranjero. Debía de estar no muy lejos, al abrigo de las frondas... Y además del rastro de sangre que iba marcando sus huellas, lo denunció el bullicioso vuelo de una bandada de pericos. A la bulla de los loros montaraces y a la algazara de los hombres encaminados otra vez con seguridad sobre su pista, el negro trashumante corrió de los podridos troncos de bucare, entre los que se disimuló por un momento, a guarecerse entre las altas raíces de un matapalo que sobresalían de la tierra y a flor de tierra se desparramaban como los tentáculos de un pulpo. Mas, como los otros lo vieran antes que él tuviera tiempo de ocultarse, de nuevo se encontró forzado a correr, a correr siempre, despedazándose las ropas, rompiéndose las carnes contra las matas de café y algunos árboles de espinas, turbado y entontecido por los otros que, detrás de él, y progresivamente lo empujaban de la densa maraña del arbolado hacia lo limpio del barbecho.

Fué entonces cuando voló al pueblo y en el pueblo se esparció la noticia de habérsele cogido, porque él mismo se vió y los demás lo creyeron cogido en lo limpio de la sabana. Sin embargo, también en la Sabana de los Muertos logró escapar, descolgándose, para correr después quebrada abajo por la peñascosa del Pajarito. Palomas acogidas a sestear al frescor de la quebrada volaron hacia el Ávila en sesgo vuelo de susto. En la carrera, el negro miró centellear, bajo una ceja de verdura, el ojo contemplativo de un pozo, y se precipitó al brillo del agua como un venado sediento. No pensó ya sino calmar el martirio de la sed. Y cuando lo hubo calmado y se halló de nuevo en pie, como si juzgara imposible su fuga, o estuviese resignado a rendirse, en vez de seguir la carrera, dió el frente a la frenética jauría humana.

—¡No me maten! ¡no me maten! Yo no lo corté: él se cortó porque quiso. Yo soy un hombre honrado. Yo no les robé a ustedes los reales; la suerte me los dió. Él se cortó a sí mismo: yo no hice fuerza con el machete, ninguna.

Cuando acabó de hablar se hallaba rodeado por toda la pandilla y con las manos a la espalda atadas con cordeles y

correas a estilo de esposas. Bajo la gritería jubilante de escarnio, uno de los perseguidores furiosamente vengaba su ropa hecha trizas, arrancando y esparciendo los andrajos que al hombre quedaban de la suya.

—Vamos al pueblo, para que digas eso que ahora dices, a ver si te hacen caso —le sopló otro en la nuca, mientras le daba tal empellón, que el hombre sin el equilibrio de los brazos, bamboleó y estuvo á punto de caerse.

—Yo me entregué, ¿por qué me maltratan?

La respuesta se la dió un charro en una bofetada terrible:

—¿Por qué no te escapas ahora? Anda, vete: válete de tus artes de brujo.

Unánimes carcajadas de mofa saludaron esta salida, y una lluvia de bofetadas empezó a caer sobre el prisionero.

—Anda, hombre, haznos una brujería —le dijo Bartolo el pesador de carne del pueblo, y le tiró de una oreja, tan brutalmente, que la oreja medio desprendida lloró un chorro de púrpura sobre el ébano de la cara. Ebrio de dolor, el hombre se tambaleó, sofocando un alarido. Su rostro de negro asumió, en la súbita palidez, el tono de la ceniza, mientras los labios rayaban la ceniza de la faz con una blancura espantosa.

—¡No me maten! ¡no me maten! ¡Por Dios! Yo no soy brujo. No es verdad. Yo no soy brujo.

Y como el hombre hiciera un esfuerzo por desatarse las manos y huir, el mozo de la pesa de carne le labró con un cuchillo un sedal en el vientre, a la vez que otro le asestaba un machetazo tan tremendo en los hombros, que una verdadera ola de tibio carmín saltó, repartiéndosele por el pecho y la espalda.

—¿Qué es eso, muchachos? ¡No lo maten! ¡Déjenlo! ¡Déjenlo! —clamó una especie de albino a quien llamaban el catire Facundo, y se constituyó en el jefe de la banda, con un gesto y un grito: —¿Por qué lo van a matar? ¿no ven que tenemos que llevarlo para el pueblo? ¿Qué dirán los otros? Quítese de ahí, socio, y no vuelva con sus machetazos. ¡Caramba! Por un tris lo deja frío. Y a echar palante, que se hace tarde, y nos están esperando en el pueblo. ¡Alza, arriba, y al pueblo, muchachos!

De ahí se apresuraron unos cuantos a llevar noticias al pueblo. Algunos se les habían adelantado, y otros les imitaron después, de suerte que en la población a cada instante se recibían noticias de cómo, cuándo y por dónde venían los mozos con el brujo. La multitud, estacionada en el camino real, fué poco a poco subiendo por las distintas calles, para

apiñarse en el extremo norte de éstas en la plaza misma. De ese punto verían cuando llegaran los otros por la parte opuesta. Entretanto los otros avanzaban hacia esta parte del pueblo por los callejones de la hacienda vecina, los guardianes, abrumando a golpes, a risas de sarcasmo, a motes de burla al prisionero, y el prisionero, silencioso, desangrándose y tiñendo el suelo de púrpura, mientras los bucares florecidos lloraban sangre sobre todos.

Por un acuerdo tácito, en el pueblo procuraban todos que el cura no supiese nada. Sólo uno, obedeciendo a un escrúpulo tardío, a última hora y por trascorrales, anunció al desprevenido pastor cuanto pasaba entre las orejas. Y el haz de noticias entró como un puñal en el corazón del cura.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —balbuceó en el dolor de un repentino y profundo arrancamiento, y corrió desolado hacia la puerta de la calle.

La multitud rompía en la plaza, inundándola de clamores:

—¡Muera! ¡Muera!

En el portal de la tahona vociferaba la cabeza de Medusa:

—¡La sangre de mi hijo! ¡La sangre de mi hijo!

El padre Serafín, desde la puerta de la rectoral, siguió con los ojos a la multitud que corría hacia el altozano del pueblo. Volvió sus ojos a ese punto, y allí, cercado de forajidos de facciones bestiales y de ropas en flecos, apareció el hombre. Al verlo, chorreando sangre y casi desnudo, vivo Ecce-Homo, sanguina monstruosa en fondo de sepia, el padre Serafín, turbadísimo, abrió los brazos en cruz y cayó de rodillas frente al hombre, como ante una aparición del Crucificado:

—¡Dios mío, perdón! ¡Dios mío, perdón! ¡Qué han hecho!



Viejos, muchachos, cuantos habían esperado en el camino, subían en tumulto adonde estaba el hombre, a desquitarse en él del ansia de la espera. Las comadres que se esquivaban hasta ahí detrás de las junturas de las puertas, o se asomaban a los postigos de las ventanas, recorrían ahora las calles y aumentaban el tumulto, cual si a la vista del hombre sangriento se hubieran sentido animosas. Algunas portaban machete o cuchillo. Una de ellas avanzó hacia el mismo pecho del brujo, y lo escupió en la cara. Ante el salivazo agresivo y el persistente avance de la multitud, el miserable, temblando de terror, prorrumpió en una queja:

—¡Si me van a matar, Dios mío, no me dejen morir sin confesión!

Facundo creyó de ley cumplir la voluntad religiosa del reo, y fué en busca del padre Serafín, para que éste oyera en confesión al brujo. El padre Serafín iba y venía como un loco por la plaza, amonestando a unos, reprendiendo a otros, hablándoles de amor, persuadiéndoles caridad, sin que ninguno lo entendiera. Por último se enderezó al altozano, y desde ahí comenzó a predicarles, volcando el ingenuo y cándido jardín de su corazón sobre el fosco oleaje de la turba.

—¡Hombres! ¡Hermanos! ¿Qué habéis hecho? Yo creía que las palabras de flor, que todas las florecitas del Padre Seráfico, a quien está consagrado este pueblo, yo las había guardado por siempre en vuestros corazones como en relicarios vivos. ¿No os he dicho yo que es gran pecado verter la misma sangre de las tórtolas? ¿No os he dicho que es gran pecado cortar inútilmente los árboles mismos, como vosotros lo hacéis a la orilla de los tablones, para mantener en alto y a vista el machete, porque la savia y la resina que manan de un árbol herido son la sangre y las lágrimas del árbol? Pues ¡cuánto mayor pecado no será, oh, hermanos, derramar la sangre preciosísima del hombre!

Nadie le oía. Algunos aprobaban por hábito, por fórmula, pero de un modo extraño, sonriendo. De pronto, alguien le habló detrás; era el catire Facundo:

—Padre Serafín: venga a confesarlo.

—¿A confesarlo? ¿Acaso va a morir?

—De morir tiene: ha robado, ha matado y es brujo.

—¡Hombres! ¡Hermanos! ¡Por Dios! ¡No hay brujos: eso de los brujos es mentira, superstición e ignorancia! Y si ese hombre ha matado y ha robado, para él hay jueces. ¿Por ventura sois jueces vosotros? ¡No, no, hermanos! Al mismo criminal debemos amor en el nombre del Cristo. Vamos a lavarle esa sangre, que no sólo a él sino también a todos nosotros nos mancha, y después de lavarlo con nuestras manos y de pedirle perdón, besándoles los pies con nuestras bocas, lo entregaremos a los jueces.

—¡Qué jueces ni jueces, padre! ¿Usted no recuerda cómo están las cosas?

En esas palabras el padre Serafín recibió de la realidad un golpe rudo. Era el fin de una guerra de años. La revolución, aunque triunfante en la capital, no acababa nunca de constituirse en gobierno. Mientras tanto las aldeas, y en las aldeas los hombres, administraban justicia por sí mismos.

—Suponiendo que los muchachos lo dejaran llevar para

Caracas, o se puede ir en el camino, o en Caracas lo sueltan como un estorbo. Dígame, pues, si lo va a confesar o no. Además de todas maneras va a morirse, porque... yo creo que tiene agujereada la panza.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró el padre Serafín en la angustia de no hallar medio de salvar al hombre.

De repente, el hombre dijo:

—Tengo sed.

—¿Oís? ¿Oís, hermanos? —aventuró el cura—. Son las mismas palabras de Jesús en la agonía. ¿Qué diríais vosotros, oh, hermanos, qué diríais vosotros, si hubiéseis injuriado, maltratado y herido al mismo Jesús en la figura de ese hombre?

—No diga eso, padre. ¿Cristo negro?

—¿Por qué no? El no murió por éste o por aquél, sino por todos: él es de todos los hombres y de todas las razas.

—Pero no había matado, ni robado, ni...

Facundo pensó agregar "ni sería brujo", pero se guardó de ello para no impacientar más al padre Serafín. Éste pensaba: "¿Qué hacer? ¿Qué hacer, Dios mío?" El cacique del pueblo, que siempre con mucha deferencia le oía, estaba lejos, guerreando. El que hacía ahora las veces de Jefe Civil, formaba entre las peores cabezas del tumulto. No le ocurrió sino un medio: "quizás en la iglesia no se atreverían".

—¡Bueno! voy a confesarlo. Llamen al sacristán para que abra la iglesia.

—No, padre —advirtió Facundo—. Los muchachos han pensado ya que no debe ser en la iglesia. Quieren que sea en el mismo camino real, casa de don José, en la trastienda de la pulpería.

—Pero ¿qué intentan ustedes, hermanos?

Los más próximos bajaron la cabeza. La voz del hombre tornó a oírse:

—¡Tengo sed!

Y el padre Serafín, ya sin esperanzas de salvar al hombre, echó a correr hacia la casa parroquial en busca de un vaso de agua. Cuando volvió a salir con el agua, a través de la plaza descendía la lúgubre procesión; el hombre a la cabeza. El padre se acercó al prisionero, y después de darle el agua, que el hombre sorbió con furia, se abrazó a él y fué protegiéndolo con su cuerpo hasta la entrada de la pulpería.

—Mire, padre, si el hombre no es brujo —gritó un desal-

mado, y arrancándole un mechón de pelo al miserable indefenso, lo tiró al aire. Todos, en el soplo de la brisa, vieron al mechón reciamente ensortijado convertirse en un murciélago.

Durante la confesión, el pueblo en masa esperaba en la calle, con el sordo y grave zumbar bullente de cólera de una enorme colmena.

El padre Serafín, acabada la confesión, apareció en la puerta:

—¡Por última vez, hermanos! Por última vez, oíd: ese hombre está sin pecado. Os lo juro. Ese hombre es inocente. Ya lo habéis medio matado, y está moribundo. Por las gloriosas llagas de Cristo, por nuestro santo patrón, dejadle morir en paz. Dejadle morir en paz, o la sangre de ese hombre caerá sobre todos nosotros, caerá sobre este pueblo por los siglos de los siglos.

Con un esfuerzo heroico, el hombre se levantó de su lecho de agonía y surgió detrás del cura en el vano de la puerta.

—Sí, sí ¡perdón! ¡perdón! ¡Morir en paz! —balbuceó lamentablemente.

Y como el padre Serafín se apartara un poco, el hombre cayó hacia afuera y de soslayo, presa de mortal vahido. Uno del motín, que se hallaba cerca, imaginando o pretextando imaginar una agresión, paró al hombre en su machete, y saltó un chorro de sangre tal, como no lo sospechara nadie en aquella negrura que ya no era más que un pálido montón de ceniza. En confusión laberíntica se precipitó la turba al husmeo de la sangre. El histérico paroxismo de las mujeres predominaba en el tumulto, que cesó cuando apenas quedaba del hombre en medio de la calle una masa inerte, rojiza y disforme. Una impura vieja desdentada hurgó con su machete la masa rojiza, mascullando:

—Dicen que los brujos se hacen los muertos, como los rabipelados.

Y de un tajo habilísimo al cuerpo ya exánime le mutiló el sexo.

El padre Serafín, pálido y de rodillas junto al cadáver, musitaba una oración, abiertos los brazos, clavados los ojos en el azul impasible. Algo dentro de su corazón palpitó, brilló y se apagó como una llamita trémula. Levantóse después, marchó hasta el altozano y lo cruzó de rodillas. Al llegar a la puerta del templo, se detuvo, y no osó penetrar en sagrado. En seguida salió del pueblo, rumbo al Ávila, y caminó bajo el llanto de sangre de los bucares hasta perderse de vista.

En el éter, muy diáfano, parpadeó un lucero. El Ávila,

con su calvez de la cima y en la imponderable pureza de la luz, claro, fuerte y sereno, se erguía sobre el paisaje como un incorruptible testimonio.

*
* *

Al día siguiente, no se encontraba al padre Serafín en parte alguna. Había desaparecido. Muy turbados de conciencia, varios mozos del pueblo convinieron en salir juntos a buscarle. Después de tres o más días de vanas pesquisas por las quiebras del monte, lo hallaron en devota actitud al pie de un alto peñón que el Sebucán labra y pule con su perenne beso cristalino. Al oírlos acercarse y hablar, el padre Serafín volvió a ellos el rostro. Los acogió con semblante risueño, como si los aguardase:

—El Señor del cielo me ha distinguido entre todas las criaturas. Porque hice de mi pueblo un rebaño de suavísimas ovejas, mi padre San Francisco intercedió por mí para que el Señor me honrase como a él, dándome sus rosas divinas. Mirad.

Y el padre, sonriendo con aquella sonrisa de ciertas locuras dulces que debe ser la misma de la felicidad perfecta, a los del pueblo confundidos mostró las manos y el pecho desnudo, en donde la aspereza y los abrojos del Ávila prendieron tres vivas rosas.

LUIS M. URBANEJA ACHELPOHL

(Caracas, 1873-1937)

Urbaneja Achelpohl se define en su obra como humilde y sencillo. La única vanidad de su prosa parece ser cierta manía gramatical, cierto empeño de adornarse con algún excesivo brillo sintáctico, generalmente poco afortunado. Enredar en un pretérito de subjuntivo palabras como iguana, guayaba y cariaquito era labor que le agradaba, tentación de relumbrón que en sí misma le traía su castigo. Sus trabajos son estampas criollas (las define a veces como acuarelas*) en las que describe su amor por los paisajes, los seres, las cosas del campo venezolano. En "Ovejón" —seguramente su mejor cuento— la historia es digna del narrador sencillo. Relata un ejemplo de solidaridad humana, rodeado por el paisaje venezolano, adornado por la presencia de la estrella vespertina, por Venus, en el ocaso, como una moneda nuestra. En este cuento, el ambiente campesino de Venezuela que ha sido razón única y suficiente para las acuarelas de Urbaneja sirve de apoyo al viejo misterio sagrado de la correspondencia de los actos de amistad entre los hombres, ese "hoy por ti, mañana por mí" hecho sonsonete brujo de una obra de arte limpia y sincera en su humilde pureza.*

¡OVEJÓN!...

Por Luis M. Urbaneja Achepohl.

Y en las bocacalles, sobre el camino real, se aglomeraban grupos de curiosos, que, alarmados, repetían:

—¡Ovejón! ¡Ovejón!...

Sin embargo, en la carretera no se distinguía nada, sino el sol aragüeño dorando la polvareda.

Nadie habíalo visto, pero la gente armada que en su seguimiento venía desde Zuata, atropellando el sendero, así lo aseguraba. Ellos dieron la voz de alarma. Tal huésped no era para dormir con las puertas de par en par, según la vieja costumbre de los vecinos, quién sabe si obligados por el cultivo que constituía una de las fuentes de su prosperidad: el ajo, el ajo, que por cuentas de ristra, como blancas y nudosas crinejas colgaban en todas las ahumadas vigas de las cocinas, en las madrinas de los corredores, en las salas y aún en la misma sacristía de la vieja iglesia, por los grandes días de la cosecha, en aquel risueño poblado, el más alto orgullo de la feraz comarca.

Ovejón, como de costumbre, había desaparecido a la vista de sus perseguidores, en el momento trágico, cuando bien apuntado lo tenían y con sólo tirar del gatillo de las carabinas, hubiese rodado hecho un manare al ancho pecho. Pero el bandido extendió ante ellos como una niebla cegadora y escapó. Ovejón. Ovejón sabía muchas oraciones.

Los grupos de curiosos desperdigábanse, volvían a sus casas comentando lo ocurrido: aquello era lo de siempre, carreras y sustos, y Ovejón haciendo de las suyas. Aquellas horas, cuán lejos estaría de los alrededores...

*
* *

Con una suave tonalidad de violetas, en el vasto cielo iniciábase el crepúsculo, un crepúsculo de seda. En las colinas desnudas de altos montes tendíase un verde como nuevo y lozano, un verde de primavera, y en las crestas montañosas, un oscuro verde intenso, como el perenne de los matapalos laureles. Casi blanca, cual una flor de urape, la estrella de los luengos atardeceres, en el Poniente, en apariencia fija y silenciosa, prestaba al ambiente una dulcedumbre pastoril. Todo en la campiña era grave y apacible; sobre la alta flecha de la iglesia se espolvoreaba una rubia mancha de luz. En el paso del río, en medio de los cañamargales, el agua se deslizaba, clara, limpia, con un grato rumoreo, y en medio de las cañas y malezas brillaban destellos de sol azulosos y anaranjados.

Un mendigo, sucio y roto, abofallado el rostro, los labios gruesos y la piel cetrina, llena de nudos y pústulas, penosamente arrastraba un pie descomunal, hinchado, deforme, donde los dedos erectos semejaban pequeños cuernos bajo una piel agrietada y escamosa. Un destello de sol violáceo y fulgente envolvía al mendigo, quien hacía por esguazar el río saltando sobre las chatas piedras verdosas y lucientes por la babosidad del limo. A lo lejos un manchón de boras, cual una diminuta isla anclada en medio de la corriente, se mecía, y el nenúfar de los ríos criollos comenzaba a entreabrir sus anchos cálices sobre las aguas tibias. De cuando en cuando, desde una caña cimbreante, el martín-pescador se dejaba caer como una flor de oro al agua y alzaba de nuevo revoloteando, entre sus gritos secos.

El mendigo se apoyaba en una vara alta y su burda alforja limosnera le colgaba a un lado, escuálida, sin que en ella siquiera se dibujara el disco abultado y duro de una arepa aragüeña, dorada al rescoldo.

*
* *

Avanzaba el mendigo y la luz fuerte y violácea hería sus ojos opados, en tanto que tanteaba con la vara la firmeza de los pedruscos y alargaba con precaución su pie deforme. La babasa era traidora y la luz cegaba, y el mendigo cayó de bruces contra las piedras y la estacada, que cual una triple

hilera de dientes enjuncados, resguardaba de los embates de las crecientes a aquellas pródigas tierras de labrantío, famosas ya, antes que el sabio germano las apellidara jardín.

A los ayes lastimeros del mendigo surgió un hombre apartando la maleza. Era de mediana estatura y sus ojos fulguraban. Su mirar era inquieto, pero en las líneas duras de su boca vagaba en veces una sonrisa bonachona y mansa.

El hombre se lanzó al río, como si el mendigo fuese un niño, lo tomó por debajo de los brazos y lo sacó con gran suavidad al talud. El mendigo era todo ayes y lamentos. Su carne podrida, magullada, no había cómo tocarla. El tobillo deforme sangraba. Un ñaragato con sus curvas y recias espinas rasgara profundamente aquellas carnes fofas. Gruesas lágrimas abotonábanse al borde de sus párpados hinchados.

El hombre levantó los ojos y miró alrededor. Su mirada fué larga y honda, como una requisitoria que llegara al fondo de los boscajes y las malezas. Y todo era calma y penumbra en la solemnidad del atardecer. Sólo el martín-pescador, desde la caña cimbreante se dejaba caer como una flor de oro al agua y alzaba revoloteando, entre sus secos gritos.

El hombre se aproximó al mendigo, examinó la herida y con el agua del río comenzó a lavarla, como lo hiciera una madre a su tierno infante. La sangre no se detenía, no era violenta, pero sí continua. El hombre se alejó. Inclinado sobre la tierra buscaba entre los yerbajos. Se incorporó. Entre sus dedos fuertes tenía hecha una masa con unos tallos verdes. La aplicó a la herida y como el mendigo no tuviese un trapo propio para su vendaje desabrochó la amplia camisa de arriero, que le cubría del cuello a la pantorrilla. y sacó un pañuelo de seda, uno de esos vistosos pañuelos de pura seda, con que la gente que venía de Las Canarias gustaba regalarnos en su comercio de contrabando.

El mendigo veía hacer al hombre sin decir palabra y éste sólo atendía a la herida.

Cuando la sangre se menguó, el hombre aplicó el vendaje. Ni la más ligera sombra purpurada teñía la albura de la seda. Una sonrisa de satisfacción apuntó a los labios del hombre.

El mendigo murmuraba:

—¡Gracias!... Estoy curado.

El hombre:

—No tengas miedo. El cosepellejos cerrará tu herida.

*
* *

El mendigo hacía por levantarse. El hombre le tendió la mano cordialmente y le puso en pie. Sus ropas estaban empapadas, adheridas al cuerpo. El hombre se deshizo de su camisola de arriero y se la obsequió.

El mendigo le miraba admirado; bajo la burda camisa, el hombre llevaba encima un terno fino de blanco hilo. Y mientras éste le ayudaba a cubrir con la camisola, le examinaba atento. Un detalle se fijó en su mente: los ojos eran brillantes, muy brillantes, y el pelo, crespo y melcochado.

El hombre, al ponerle en sus manos la vara en que se apoyaba, recogió del suelo la alforja limosnera y viendo que ésta se hallaba vacía, desabrochó la ancha faja, de la que pendían un puñal y un revólver de grueso calibre y de ella extrajo, una tras otra, muchas bambas y, como en ellas viniera un venezolano de oro, lo miró un instante y echó todo en la alforja y dijo:

—Para ti debe ser, porque por su boca salió.

El mendigo quiso besarle las manos. Era aquello un tesoro con que no había soñado nunca. Dábale las gracias y le bendecía. Caminaba tras él con la boca rebosando gratitud. El hombre se volvió y dijo:

—Hoy por ti, mañana por mí.

El sol ya no ofuscaba los ojos del mendigo. El poblado no estaba distante. Aún brillaba una dulce claridad en aquel largo atardecer de otoño y echó a andar alegremente, sin cuidarse de su pie deforme. Venus ya no era un nítida flor de urape, sino un venezolano de oro en la gloria del crepúsculo.

Aún el farolero no se había entregado a su habitual tarea. Su escalera hallábase arrimada a la pared bajo el farol por el cual comenzaba siempre. Adentro, en la pulpería, en un vaciar de tragos, comentaba junto con otros la última hazaña de Ovejón. En Zuata robara a un hacendado y matara un hombre a puñaladas.

A la puerta de la pulpería asomó la faz abofallada, llena de nudos y pústulas, el mendigo. Ante su pie deforme, todos callaron, esperando oír su voz plañidera implorando la caridad, en tanto que su escuálida mano alargara el sombrero, sucio y deshilachado, para recoger la dádiva. Pero el mendigo se llegó hasta el mostrador y pidió un trago. Bajo la luenga camisola sentía la humedad de sus ropas y tenía ham-

bre y frío. Bebió la caña vieja y paciente se dió a masticar el pan duro de la mendicidad.

Los otros, sin verle, prosiguieron su charla. Dijo el farolero:

—De que tiene oraciones, las tiene.

Un negro embarrador de caña en una hacienda vecina, pringoso y oliente a melaza, afirmó:

—Lo que tiene es un escapulario ensalmado. Mientras lo lleve encima, nunca le pegará una bala.

El pulpero, descreído:

—Lo que tiene son alcahuetes; ¡a que si le espanto un tiro con mi morocha se le acaba la gracia!

Un mocetón aindiado:

—Yo quisiera conocer a Ovejón por ganarme los quinientos pesos. Quinientos pesos dan a quien lo coja vivo o muerto.

El negro pringoso:

—Es muy fácil. Es un catire, de buen tamaño, con los ojos como dos monedas y el pelo como una melcocha bien batida. Anda, ve a buscarlo al monte. Cuando lo traigas me brindarás el trago.

El farolero:

—Este trago ya me lo estoy bebiendo. No hay mejor aguardiente como el de los velorios.

El mendigo hacía por ablandar entre su boca el ribete de una torta de cazabe e interiormente pensaba: "El hombre del río, el hombre del río es Ovejón. Quinientos pesos a quien le entregue vivo o muerto. El brujo Ovejón, quien tiene el alma vendida. Si le entregara no perdería más. No me arrastraría por los caminos. Me curaría mi pierna. ¡Quinientos pesos!... Con dinero los médicos me sanarían." El mendigo metió la mano en su alforja en busca de otro pedazo de cazabe y sus dedos tropezaron con las monedas. Allí estaba el venezolano de oro. Tornó a pensar: "Ovejón debe tener muchos como éste. No tiene grima en dar. Es un buen corazón, y ¿por qué robará? Es caritativo. Estos, los que aquí están, me tienen asco, no me hubieran lavado el pie. ¿Por qué inspiré lástima a ése, quien mata y roba en los caminos?" Y recordó sus ojos y sus cabellos melcochados. Su boca dura y su mansa sonrisa.

En la calle sintió el paso largo y acompasado de una cabalgadura. El mendigo se volvió para ver.

En un caballo moro iba un hombre de altas botas jacobinas, con una cobija de pellón en el pico de la silla. Al pasar frente a la pulpería marchaba a todo andar. El hombre del caballo volvió la faz y los ojos del mendigo se encontraron

con los del jinete. La boca de aquél se abrió, alargada, pero se cerró en seguida.

El pulpero sacó la cabeza para ver. El del caballo iba lejos; el pulpero observó:

—Buena bestia.

El mendigo, interiormente: "Es él, Ovejón; le vi los ojos, lucían como dos monedas, como dos puñales."

El farolero:

—Voy a encender el farol.

Un negro pringoso, mechificando al indio:

—¿Por qué no te has ido en busca de Ovejón? Cuidado si esta noche lo tropiezas metido en tu chinchorro. Anda por el pueblo. Esta noche es de patrulla. Cuidado con Ovejón.

El mendigo, para sí: "Era él, era él. Va huyendo. Mató a uno. Robó a otro. ¿A quién mataría? ¿A quién robaría?"

Por el camino se acercaban cuatro hombres corriendo. Venían armados. Entraron en la pulpería de sopetón.

—¿No le han visto pasar?

El pulpero:

—¿A quién? ¿A quién?

—¡A Ovejón! ¡A Ovejón!...

Todos se vuelven asombrados:

—¡A Ovejón! ¡A Ovejón!

Los hombres:

—Se ha robado la yegua mora. ¡La montura y las botas del general!...

Los hombres:

—¿No le han visto pasar?

El pulpero:

—Uno pasó.

Los hombres:

—¿En la yegua mora?

El pulpero, volviéndose al mendigo:

—Mira tú, que te pusiste a mirar. ¿Era una yegua mora?

El mendigo:

—No la vi.

El pulpero:

—Suelten la potranca. Ella buscará el rumbo de la madre.

El indio:

—Suelten la potranca y los quinientos pesos serán nuestros.

*
* *

El mendigo se escurrió como una sombra. A lo largo de la calle se alejaba renqueando. El farolero encendía los mecheros. La gente, armada, soltaba la potranca y corría tras ella. El mendigo había dejado atrás la última casa del poblado y se perdía en la carretera. Se detuvo en un recodo. Era aquél un paso estrecho y peligroso. Se agazapó contra el talud.

Pronto sintió el correr menudo de la potranca. Era una potranca nuevecita. A lo lejos se oía el voceo de los hombres, quienes venían reclutando voluntarios. El trote se hizo más cercano. La potranca estaba allí, en el recodo. El mendigo alzó su palo con ambas manos y lo descargó con fuerza sobre la cabeza del animal. La potranca se detuvo, aturdida. Otro golpe la hizo precipitar al barranco.

El mendigo ganó los sombríos cafetales e interiormente murmuraba: "Hoy por ti, mañana por mí."

Y Venus, en el ocaso, resplandecía como un venezolano de oro.

(De la revista "El cojo Ilustrado", de Caracas).

RUFINO BLANCO FOMBONA

(Caracas, 1874 — Buenos Aires, 1944)

En el grupo de escritores llamado en Venezuela "generación de "El Cojo Ilustrado" —por la revista en la que comenzaron a escribir— Rufino Blanco Fombona es, sin duda, el de mayor poder. Así lo reconoció el más fino y sagaz de sus compañeros, Pedro Emilio Coll. Apasionado, violento, contradictorio, Blanco Fombona es hombre y escritor para quien el único camino es el que le marca su fervor político moral literario o de investigación; en sus actos triunfa siempre la pasión (sobre la voluntad de arte, sobre el razonamiento científico) y se afirma en una prosa magnífica a lo que no hacen daño la intención panfletaria, el adjetivo injurioso, la maligna intención. Su obra de historiador, de novelista, de poeta está dirigida hacia tres polos: amor por Venezuela, admiración por las figuras que pueden significar tradición —el conquistador, el libertador— y odio a Juan Vicente Gómez, el dictador. Pocas veces se dió a realizar tarea ajena a sus pasiones primordiales. Si ello dañó la calidad de su obra, le dió en cambio calidad moral que puede discutirse pero no negarse. "El catire" es uno de sus pocos cuentos en los que la pasión forma parte del relato y se hace personaje de la obra: es la historia de un chico que odia de tal manera que parece confundirse con el odio.

EL CATIRE

Por Rufino Blanco-Fombona.

A partir del caserío de la Urbana, Orinoco arriba, hasta el caserío de Atures, toda la vasta región que se extiende desde la margen derecha del gran río hasta los confines del Brasil es zona de bosques y desiertos, donde erran tribus bárbaras de guahibos y otros indios no reducidos a la vida cristiana.

La civilización se ha quedado por allí a la margen izquierda del Orinoco. No se ha atrevido a pasar el río. La misma naturaleza cambia de una orilla a otra del agua. A la siniestra riba, la tierra, plana y monótona, cubierta de gramíneas y rebaños, hace horizonte con el mar; a la margen opuesta, el terreno forma gibosidades, se enmontaña, las selvas extienden su imperio tupido e impenetrante.

A cosa de siete leguas de la Urbana, aguas arriba, al pie de enormes moles de piedra, en un claro del bosque donde crecía paja silvestre y se producía silvestre la sarrapia, cuatro o cinco ranchos no distantes los unos de los otros, un corral de vacas, gallinas, patos, pavos, cerdos, caballos, burros, perros, gatos, el conuco de maíz, la sementera de fríjoles y el pegujalito de yuca indicaban por aquellas soledades la presencia del hombre residente y agricultor, a más de las tribus trashumantes y depredadoras. Aquella colonia, dos hermanos con sus respectivas familias y seis u ocho indios mansos, que servían de peones, recogía sarrapia en los bosques comarcanos, fabricaba queso en el hato y cultivaba sus conucos y sus hortalizas.

Hortalizas y conucos, junto con los cercanos bosques, abundantes de caza, y el propio río, abundante en pesca, les da-

ban a todos comida. El queso iba a mercarlo a la Urbana o a Caicara o bien a los hatos ricos de la margen izquierda. Esto lo expendían para centros lejanos de la población. Cuanto a la sarrapia, varias veces por año atracaban a la costa fluvial buques de Ciudad Bolívar, que la pagaban a precio de diamante, lo mismo que las plumas de garza.

No bien recibían el dinero los campesinos, se morían por ahucharlo y aprovechaban la primera noche clara para enterrar el oro, ya al pie de un guayabo longevo, ya cerca de algún peñón, grande como una catedral e inamovible; ya en otros sitios más recónditos, de que jamás informaban ni a su esposa ni a sus hijos.

Entre las vigas del rancho, sobre la troja, escondían Winchesteres relucientes, usados de continuo, menos contra la acometida de alguna horda de aborígenes ebrios —lo que sólo había ocurrido un par de veces en cinco años de residencia— que contra las incursiones de los tigres o para tirar a los caimanes, carniceros y ladinos como el mismo cunaguaro.

Este felino rapaz, lo mismo que el caimán, sorprendía a los cerdos y, aunque cobarde, se aventuraba de noche hasta los mismos corrales para robar los becerritos. Burros, caballos, fueron a menudo víctimas, sorprendidas pastando no lejos de la ranchería.

Mas ¡cuántos ojos certeros de los tiradores en las batidas nocturnas! Manchadas pieles jaguarescas y atigradas tapizaban el suelo y las paredes de aquellos ranchos. Solía encontrarse, estirado en el patio a secar, prendido con estacas, el cuero fresco de algún felino recién cazado; vacas, potros, perros, acercábanse, ignorantes, y luego de olfatearlo se alejaban con presura de aquel despojo de exhalaciones enemigas, mugiendo las vacas, relinchando los potros, aullando los perros.

*
* *

En viaje a la margen izquierda para mercar sus quesos, uno de los hermanos, de retorno, meses atrás, trajo consigo del Arauca a un zagaletón de diecisiete años, entregado por los mismos padres del mozo, que no podían soportarlo, tan maleante era y tan perturbador.

En la colonia lo apodaron el **Catire**, por su cabeza pelirroja, sus ojos zarcos y su rostro de blancura desvaída, amarillenta y pecosa. Alto, anguloso, flacucho, exuberante, todo nervios, el **Catire** era de una actividad inextinguible; él or-

deñaba las vacas en la madrugada, pastoreaba en la mañana, traía leña al mediodía, cargaba agua mientras los demás dormían siesta, hacía queso en la tarde o recogía sarrapia o iba al conuco por fríjoles, traía el ganado al crepúsculo y todavía encontraba tiempo para ir a echar anzuelos antes de oscurecer, y alegrar, después de la comida, la prima noche del desierto orinocense, entonando, al son de la guitarra, corríos y galerones.

Era el diablo, eso sí; desplumaba vivos los pájaros, quebraba el rabo a las vacas, robaba los huevos de las gallinas, untaba de bosta, y aun de zulla, los cuchitriles de los peones; improvisaba un galerón contra el lucero del alba. Los amos lo toleraban porque lo explotaban.

El Catire, una tarde, hizo caer en una zanja y quebrarse un cuerno a la vaca más lechera y rozagante, y presentóse al hato con la res mogona o, como decía él, tocona. La esposa de uno de los hermanos, propietario del animal, oronda con su vaca, puso el grito en el cielo. El Catire fué despedido, sólo que al día siguiente de la expulsión el Catire, considerándose ya desligado de sus patronos, se negó a ordeñar, a conducir el rebaño al pastoreo, a cargar agua, a recoger hierba, etc.

Pasóse el día las manos en los bolsillos, el cigarro en la boca, y en la noche pidió que le arreglasen su cuenta. Ambos hermanos tuvieron un oportuno enternecimiento, la dueña de la vaca perdonó al Catire y el Catire continuó en la colonia.

Pero aquel diablo de chico iba a ser corroboración de "genio y figura hasta la sepultura".

*
* *

Bajaba del monte el zagal, semanas adelante, caballero en su burro, y quería bajar con más rapidez de lo que permitía la pendiente. El burro era un asnazo rubio, cariblanco, de ancho pecho, cabos finos, ancas gordas y pescuezo robusto. El Catire le cosquilleaba las ancas con buída vírgula de guayabo.

Sintiéndose incómodo, molestado por la púa, el asno apresurábase cuanto podía; pero como la puya era inclemente, se enfureció y, de un corcovo, echó a rodar a su caballero barranco abajo.

El Catire salió del embarrancamiento carirrojo y confuso. Desde entonces cobró un odio carnicero al cuadrúpedo.

Sacábalo a menudo del rancho con un pretexto u otro y, amarrándolo en el campo, le atizaba paliza tras paliza. Días enteros lo dejaba sin beber y noches y noches sin el pasto de la cena. El asno comenzó a enflaquecerse, a perder la brillantez de su pelaje claro y hasta su cara peluda y blanca de asno joven pareció entenebrecerse con el dolor de aquella persecución, ignorada e inmerecida.

La saña del **Catire** no se desarmaba. Una mañana sacó el borrico al campo, lo maneó, aseguró las patas traseras con un retorcido bramante y, ya por tierra el jumento, empezó a embadunarlo con la grasa de un pote que traía en el bolsillo. Untóle meticulosamente y con método: primero las patas, luego el pecho, después la cara y por último el cuello. El animal se debatía desesperado, pero impotente; abría pávido los ojos y resoplaba y tendía sobre la hierba la cabeza para erguirla de nuevo en inquietud y desespero.

Aquella manteca de la unción era grasa de tigre; materia oleosa, de olor peculiar e intenso, que no pueden soportar las bestias sin creerse vecinas de la fiera.

Terminada la unción, el **Catire** desligó las cuatro patas del rucio. Éste púsose en pie, sacudiéndose y moviendo la cabeza de derecha a izquierda con vehemencia; tiraba del tenso cabestro, pugnando por libertarse, por romper aquel ramal, que lo mantenía atado a una ceiba corpulenta.

La pobre bestia quejábase como una persona.

Los ojos se le salían de las órbitas, ya restregaba el hocico contra el suelo, ya lo levantaba a las nubes. En torno del sinventura se había alzado, debajo de la hierba chafada, una amarillenta nube de polvo, que lo envolvía. A corta distancia, el **Catire** contemplaba la escena, pierniabierto, las manos en los bolsillos y la sonrisa en los labios.

El sol del mediodía llenaba el espacio y caía sobre los campos en olas de fuego. El jumento no cesaba un instante de agitarse, presa de desesperación. Su piel se mojaba de sudor; cuando parecía que iba a caerse exánime, sacaba nuevas fuerzas de su angustia, lanzaba quejidos más lastimeros y, tarascando el cordel, hacía esfuerzos cada vez más desesperados.

Por fin rompióse el cabestro. El rucio, ya libre, echó a correr. También echó a correr el **Catire** con intención de atraparlo. El asno corría, corría, y tras el asno se desalaba el **Catire**. Creyó el muchacho, al principio, que el asno se enderezaría al rancho y corrió de través para cerrarle el paso; pero bien pronto se desilusionó. Proseguía el rucio su carrera campo adelante sin torcer rumbo; pasó el prado, pasó un

morichal, pasó otro prado y se emboscó en la montaña. El Catire ya no podía más.

Perdida la esperanza de alcanzar el desatentado borrico, más por curiosidad que por otra cosa, ascendió a un pico del cerro, de donde se divisaba buen espacio de monte y llanura. Allí estuvo un rato. No columbró al rucio.

Serían las dos de la tarde. Sintió hambre y, queriendo regresar a la ranchería, empezó a combinar una mentira que explicara su tardanza y la ausencia del animal. De pronto vislumbró en campo raso, y en dirección al Orinoco, al asno, que, salido del bosque al llano, seguía corriendo, corriendo.

Llegado al río, erró el burro un instante y, después de un momento de titubeo, lanzóse, denodado, al agua. El Catire no percibió ya sino la cabeza blanquecina del rucio emergiendo del turbión. Unos momentos después, sin embargo, apareció de nuevo toda la figura del asno, arribado a una islita de arena, no distante de la costa, playa o borde del río. El desasosiego del infeliz debía de ser grande, porque se echó de nuevo al agua, en dirección a la orilla, de donde partió un momento antes; la corriente lo arrastraba y ganó margen muy abajo. El Catire lo divisaba entonces, a causa de la distancia, mucho más pequeño, de no más alzada que un pollino.

"Ahora se irá a casa", discurrió el mozo, Pero se equivocaba. El animal echóse de nuevo al río. Ya sin fuerzas, dejóse arrastrar por la corriente, que lo llevaba a la deriva, aguas abajo.

"Es —imaginó de nuevo el Catire— que no puede más y no quiere salir del agua, porque, estando cubierto por el agua, no le huele a tigre".

La cabeza clara del burro seguía flotando. Ya no era sino un punto en el centro del Orinoco.

El río lanzaba reflejos de diamante herido por el sol.

El muchacho veía alejarse y empequeñecerse aquel punto navegante. Así vió lo que menos esperaba. El punto se sumergió de súbito en las ondas. El Catire, cabizbajo, quedóse durante cinco minutos mirando el río. El puntito viajero no volvió a subir a flor de agua.

"Algún caimán", pensó el Catire.

Y comenzó a bajar lentamente.

De "Cuentos americanos", tomo VIII de sus Obras completas.



RÓMULO GALLEGOS

(Caracas, 1884)

Gallegos es, esencialmente, novelista. Toda su obra se dirige al logro de la creación novelesca. A la novela de lengua castellana ha dado ejemplos incomparables. Trabajos de tanta hermosura, fuerza y pulcritud como "Doña Bárbara", "Cantaclaro" y "Canaima" honran la literatura americana contemporánea. Acaso por eso es difícil encontrar en sus cuentos el que no esté concebido dentro del amplio cuadro de la novela. El relato titulado "El paréntesis", por ejemplo, encuentra todo su significado como capítulo de "Reinaldo Solar"; "La rebelión" anuncia el tema y esboza varios de los capítulos de "La Trepadora". Aunque publicó muchos cuentos, cuando llega a su etapa definitiva de novelista deja de hacerlos. Entre los trabajos narrativos cortos, no utilizados luego en novela alguna, nos ha agradado especialmente "El crepúsculo del diablo". Es un relato exactamente limitado al desarrollo de un acontecimiento apasionante, humano, en el cual el final se cierra con un magnífico dibujo, como rúbrica de calígrafo que da fe de arte al documento. El diablo cae vencido por la sombrilla de un payaso y a lo largo de la historia se elabora un misterio por el cual el "diablo de Carnaval" es a veces el auténtico Lucifer, popular y sagrado, al cual despoja de su poder un garabato milagroso sobre los fuegos del crepúsculo.

EL CREPÚSCULO DEL DIABLO

Por Rómulo Gallegos.

I

En el borde de una pila que muestra su cuenca seca bajo el ramaje sin fronda de los árboles de la plaza, de la cual fuera ornato si el agua fresca y cantarina brotase de su caño, está sentado "el Diablo" presenciando el desfile carnavalesco.

La turba vocinglera invade sin cesar el recinto de la plaza, se apiña en las barandas que dan a la calle por donde pasa "la carrera", se agita en ebrios hormigueos alrededor de los tarantines donde se expenden amargos, frituras, refrescos y cucuruchos de papelillos y de arroz pintado, se arremolina en torno a los músicos, trazando rondas dionisíacas al son del joropo nativo, cuya bárbara melodía se deshace en la crudeza del ambiente deslucido por la estación seca, como un harapo que el viento deshilase.

Con ambas manos apoyadas en el araguaney primorosamente encabullado, el sombrero sobre la nuca y el tabaco en la boca, el Diablo oye aquella música que despierta en las profundidades de su ánimo, no sabe qué vagas nostalgias. A ratos melancólica, desgarradora, como un grito perdido en la soledad de las llanuras; a ratos erótica, excitante, aquella música era el canto de la raza oscura, llena de tristeza y de lascivia, cuya alegría es algo inquietante que tiene mucho de trágico.

El Diablo ve pasar ante su mente trazos fugaces de paisajes desolados y nunca vistos, sombras espesas de un dolor que no sintió su corazón, relámpagos de sangre que otra vez, no sabe cuándo, atravesaron su vida. Es el sortilegio de la música que escarba en el corazón del Diablo, como un nido

de escorpiones. Bajo el influjo de estos sentimientos se va poniendo sombrío; sus mejillas chupadas se estremecen levemente, su pupila quieta y dura taladra en el aire una visión de odio, pero de una manera siniestra. Probablemente la causa inconsciente de todo esto es la presencia de la multitud que le despierta diabólicos antojos de dominación; sobre el encabullado del araguaney, sus dedos ásperos, de uñas filosas se encorvan en una crispatura de garras.

Al lado suyo, uno de los que junto con él están sentados en el borde de la pila, le dice:

—Ah, compadre Pedro Nolasco, ¿no es verdad que ya no se ven aquellos disfraces de nuestro tiempo?

El Diablo responde malhumorado:

—Ya esto no es carnaval ni es ná.

El otro continúa evocador:

—¡Aquellos volatines que ponían la cuerda de ventana a ventana! ¡Aquellas pandillas de negritos que se daban esas agarrás al garrote! ¡Y que se zumbaban de veras! ¡Aquellos diablos!

Por aquí andaban las nostalgias de Pedro Nolasco.

Era él uno de los diablos más populares y constituía la nota típica, dominante, de la fiesta plebeya. A punto de mediodía echábase a la calle con su disfraz infernal, todo rojo, y su enorme "mandador" y de allí en adelante, toda la tarde, era un infatigable ambular por los barrios de la ciudad, perseguido por la chusma ululante, tan numerosa que a veces llenaba cuadras enteras y contra la cual se revolvía de pronto blandiendo el látigo, que no siempre chasqueaba ocioso en el aire para vanas amenazas.

Buenos verdugones levantó más de una vez aquella fusta diabólica en las pantorrillas de chicos y grandullones. Y todos la sufrían como merecido castigo por sus aullidos ensordecedores, sin protesta ni rebeldía, tal que si fuera un flagelo de lo Alto. Era la tradición: contra los latigazos de los diablos nadie apelaba a otro recurso sino al de la fuga.

Posesionado de su caracter, dábalos Pedro Nolasco con verdadera indignación, que le parecía la más justa de las indignaciones, pues una vez que se vestía de diablo y se echaba a la calle, olvidábase de la farsa y juzgaba como falta de lesa Majestad los irreverentes alaridos de la chiquillería.

Ésta, por su parte, procedía como si se hiciese estas reflexiones: un diablo es un ente superior; todo el que quiere no puede ser diablo, pues esto tiene sus peligros y al que sabe serlo como es debido hay que soportarle los latigazos.

Pedro Nolasco era el mejor de los diablos de Caracas. Su feudo era la parroquia de Candelaria y sus aledaños y allí no había muchacho que no corriese detrás de él aullando hasta enroquecer y arriesgando el pellejo.

Respetábanlo como a un ídolo. Cuando se aproximaba el Carnaval empezaban a hablar de él y su misteriosa personalidad era objeto de entusiastas comentarios. La mayor parte no lo conocían sino de nombre y muchos se lo forjaban de la manera más fantástica. Para algunos, Pedro Nolasco no podía ser un hombre como los demás, que trabajaba y vivía la vida ordinaria, sino un ente misterioso, que no salía de su casa durante todo el año y sólo aparecía en público en el Carnaval, en su carácter absurdamente sagrado de diablo. Conocer a Pedro Nolasco, saber cuál era su casa y estar al corriente de sus intimidades, era motivo de orgullo para todos; haber hablado con él era algo como poseer la privanza de un príncipe. Se podía llenar la boca quien tal afirmaba, pues esto solo adquiría gran ascendiente entre la chiquillería de la parroquia.

Aumentaba este prestigio una leyenda en la cual Pedro Nolasco aparecía como un héroe tutelar. Referíase que muchos años atrás, en la tarde de un martes de carnaval, Pedro Nolasco había realizado una proeza de consagración a "su cuerda". Había para entonces en Caracas un diablo rival de Pedro Nolasco, el diablo de San Juan, que tenía tanto partido como el de Candelaria y que había dicho que ese día invadiría los dominios de éste para echarle cuero a él y a su turba. Súpolo Pedro Nolasco y fué en busca de él, seguido de su hueste ululante. Topáronse los dos bandos y el diablo de San Juan arremetió contra la turba del otro, con el látigo en alto acudió en su defensa el de Candelaria y antes de que el rival bajase el brazo para "cuerearlo", le asestó en la cara un formidable cabezazo que a él le estropeó los cuernos y al otro le destrozó la boca. Fué un combate que no se hubiera desdeñado de cantar Dante.

Desde entonces fué Pedro Nolasco el diablo único contra quien nadie se atrevía, temido de sus rivales vergonzantes, que arrastraban por las calles apartadas irrisorias turbas, admirado y querido de los suyos, a pesar del escozor de las pantorrillas y quizás por esto mismo, precisamente.

Pero corrió el tiempo y el imperio de Pedro Nolasco empezó a bambolear. Un fuetazo mal dado, marcó las espaldas de un muchacho de influencia, y lo llevó a la policía; y como Pedro Nolasco se sintiese deprimido por aquel arresto que autorizaba el hecho insólito de una protesta contra su férula,

hasta entonces inapelable, decidió no disfrazarse más, antes que aceptar tal menoscabo de su majestad.

II

Ahora está en la plaza viendo pasar la mascarada. Entre la muchedumbre de disfraces atraviesan diablos irrisorios, puramente decorativos, que andan en comparsas y llevan en las manos inofensivos tridentes de cartón plateado. En ninguna parte el diablo solitario, con el tradicional mandador que era terror y fascinación de la chusma. Indudablemente el Carnaval había degenerado.

Estando en estas reflexiones, Pedro Nolasco vió que un tropel de muchachos invadía la plaza. A la cabeza venía un absurdo payaso, portando en una mano una sombrilla diminuta y en la otra un abanico con el cual se daba aire en la cara pintarrajeada, con un ambiguo y repugnante ademán afeminado. Era esto toda la gracia del payaso, y en pos de la sombrilla corría la muchedumbre fascinada, como tras un señuelo.

Pedro Nolasco sintió rabia y vergüenza. ¿Cómo era posible que un hombre se disfrazase de aquella manera? Y sobre todo, ¿cómo era posible que lo siguiera una multitud? Se necesita haber perdido todas las virtudes varoniles para formar en aquel séquito vergonzoso y estúpido. ¡Miren que andar detrás de un payaso que se abanica como una mujerzuela! ¡Es el colmo de la degeneración carnavalesca!

Pero Pedro Nolasco amaba su pueblo y quiso redimirlo de tamaña vergüenza. Por su pupila quieta y dura pasó el relámpago de una resolución.

Al día siguiente, martes de carnaval, volvió a aparecer en las calles de Caracas el diablo de Candelaria.

Al principio pareció que su antiguo prestigio renacía íntegro, pues a poco ya tenía en su seguimiento una turba que alborotaba las calles con sus siniestros ¡aús! Pero de pronto apareció el payaso de la sombrillita y la mesnada de Pedro Nolasco fué tras el irrisorio señuelo, que era una promesa de sabrosa diversión sin los riesgos a que exponía el mandador del diablo.

Quedó solo éste y bajo su máscara de trapo coronada por dos auténticos cuernos de chivo, resbalaron lágrimas de doloroso despecho.

Pero inmediatamente reaccionó y movido por un instinto al cual la experiencia había hecho sabio, arremetió contra la turba desertora, confiando en que el imperativo legendario de su látigo la volvería a su dominio, sumisa y fascinada.

Arremolinóse la chusma y hubo un momento de vacilación: el Diablo estaba a punto de imponerse, recobrando, por la virtud del mandador, los fueros que le arrebatase aquel ídolo grotesco. Era la voz de los siglos que resonaba en sus corazones.

Pero el payaso conocía las señales del tiempo y tremolando su sombrilla como una bandera prestigiosa, azuzó a su mesnada contra el diablo.

Volvió a resonar, como en los buenos tiempos el ululato ensordecedor que fingía una traílla de canes visionarios, pero esta vez no expresaba miedo sino odio.

Pedro Nolasco se dió cuenta de la situación; ¡estaba irremisiblemente destronado! Y, sea porque un sentimiento de desprecio lo hiciese abdicar totalmente el cetro que había pretendido restablecer sobre aquella patulea degenerada, o porque su diabólico corazón se encogiese presa de auténtico miedo, lo cierto fué que volvió las espaldas al payaso y comenzó a alejarse para siempre a su retiro.

Pero el éxito enardeció al payaso. Arengando a la pandilla, gritó: ¡Muchachos! Piedras con el diablo.

Y esto fué suficiente para que todas las manos se armasen de guijarros y se levantasen vindicatorias contra el antiguo ídolo en desgracia.

Huyó Pedro Nolasco bajo la lluvia del pedrusco que caía sobre él, y en su carrera insensata atravesó el arrabal y se echó por los campos de los aledaños. En su persecución la mesnada redoblaba su ardor bélico, bajo la sombrilla tutelar del payaso. Y era en las manos de éste el abanico fementido el sable victorioso de aquella jornada.

Caía la tarde. Un crepúsculo de púrpuras se desgranaba sobre los campos como un presagio. El diablo corría, corría, a través del paraje solitario por un sendero bordeado de montones de basura, sobre los cuales escarbaban agoreros zamuros que, al verlo venir alzaban el vuelo, torpe y ruidoso, lanzando fatídicos gruñidos, para ir a refugiarse en las ramas escuetas de un árbol que se levantaba espectral sobre el paisaje sequizo.

La pedrea continuaba cada vez más nutrida, cada vez más furiosa. Pedro Nolasco sentía que las fuerzas le abandonaban. Las piernas se le doblaban rendidas; dos veces cayó en su carrera; el corazón le producía ahogos angustiosos.

Y se le llenó de dolor, como a todos los redentores cuando se ven perseguidos por las criaturas amadas. ¡Porque él se sentía redentor, incomprendido y traicionado por todos! Él había querido libertar a "su pueblo" de la vergonzosa sugestión de aquel payaso grotesco, levantarlo hasta sí, insuflarle con

su látigo el ánimo viril que antaño los arrastrara en pos de él, empujados por esa voluptuosidad que produce el jugar con el peligro.

Por fin una piedra, lanzada por un brazo más certero y poderoso, fué a darle en la cabeza. La vista se le nubló, sintió que en torno suyo las cosas se lanzaban en una ronda vertiginosa y que bajo sus pies la tierra se le escapaba. Dió un grito y cayó de bruces sobre el basurero. Detúvose la chusma, asustada de lo que había hecho y comenzó a desbandarse.

Sucedió un silencio trágico. El payaso permaneció un rato clavado en el sitio, agitando maquinalmente el abanico. Bajo la risa pintada de albayalde en su rostro, el asombro adquiría una intensidad macabra. Desde el árbol fatídico los zamuros alargaban los cuellos hacia la víctima que estaba tendida en el basurero.

Luego el payaso emprendió la fuga.

Al pasar sobre el lomo de un collado, su sombrilla se destacó funambulesca contra el resplandor del ocaso.

(Caracas, marzo de 1919)

JULIO ROSALES

(Caracas, 1885)

Después de la generación de "El Cojo Ilustrado", los historiadores de la literatura venezolana han señalado el grupo de "La Alborada", revista a la cual se unen los nombres de Enrique Soublette, Julio Planchard, Rómulo Gallegos y Julio Rosales. Rosales es el cuentista. Soublette hubiera sido, acaso, el autor teatral. Planchart fué el crítico. Gallegos —innecesario repetirlo— el novelista. Rosales es un escritor correcto, modesto; diríamos que dialoga consigo mismo en voz baja, a la sombra de los árboles de una plaza aldeana; sus cuentos revelan la amistad del autor con los seres y el paisaje de nuestras pequeñas poblaciones. En "El can de media noche", nos cuenta la historia del perro que atraviesa las calles de la aldea y el sueño de los hombres. Podría ser una leyenda popular de las que se repiten una y mil veces en las tertulias del cura y del boticario, junto a la iglesia pueblerina. El cuento está bien construído: es la historia del miedo al fantasma y está hecho, como el fantasma, vivo e inexistente, huído a través de las sombras del pueblo, a través de los hombres a quienes angustia, a través del miedo que lo ha creado. En el lenguaje sencillo se enreda alguna vez una típica expresión de la época "modernista".

EL CAN DE MEDIA NOCHE

Por Julio Rosales.

—¡Ayayayaaai...!

Un grito de espanto desgarró el negro silencio.

—¿Ha oído, mamá? —preguntó la joven en la oscuridad del aposento. De la otra parte, sobre un camastro inseguro, se removió la anciana, despertando. Un rezongo cuasi animal fué la respuesta.

La joven sintió alzarse afuera otros rumores. Vago son de voces, eco de pisadas. No estaba sola, pues, en medio al temor de la noche mediada y, sin aguardar a que la madre se incorporase, saltó del lecho, cubrióse con la manta y acudió al postiguillo de la única ventana. Mientras la bocanada de aire le agitaba los bucles desordenados, una cuchillada de claridad, pálida como hoja acerada, que le rebanó el rostro moreno y adormilado, cayó interna en el piso opaco y húmedo del cuchitril sin luz.

—¡Guárdate, muchacha! —insinuó la vieja que ya venía dando traspiés de sueño hacia el ventanuco.

—Un hombre caído en el suelo, mamá. Lo están levantando. Son muchos los despertados.

—Guárdate que tú no sabes.

—¿Quién será, mamá? ¿Qué le habrá pasado?

—Déjame ver, muchacha.

Otros vecinos desfilaban imprecisos, en la semipenumbra de una noche sólo alumbrada por las astrales miriadas, por los ojos chispeantes en la bóveda, por el polvo de diamantes de la Vía Láctea. El alarido misterioso había convocado a mucha gente que dormía en sus tugurios. El sitio era un pedazo de caserío no muy compacto, una arteria fuera del núcleo de la población aldeana.

—¡Guá, misea Gudula! ¿usted también sintió?

—¡Cómo no, Isidora! ¡Con ese alarido tan feo! ¿Será que le han matado?

—Debe haberle sucedido algo muy malo, pues su grito me estremeció de espanto.

—A mí se me heló la sangre en las venas —intercedió la joven, azorada.

—¿Qué ha sido? ¿qué ha sido?

En aquel momento una pareja pasaba apresurada: iban desalados por la curiosidad, la incertidumbre, el sobresalto. Corrían hacia el grupo que pocos pasos más adelante discutía, gesticulaba, en la noche silenciosa y profunda. El grupo que cargaba ahora en vilo el cuerpo dislocado de la víctima y echaba a andar, a andar como hormigas con su presa, arrastrando con desvelo y conmoción, entorpecidas las plantas por la emoción de la sorpresa.

Entonces fué cuando se supo algo: la pareja de enantes regresaba más sosegada de su repullo, indolente, cuasi defraudada en su avidez del primer instante.

—No ha sido nada.

—Pero ¿a dónde le llevan? —inquirió Isidora.

—A la farmacia. Va desmayado.

—Acaso un síncope —sugirió misea Gudula.

—Sí; del susto.

—Pero, ¿qué le ha asustado? —demandó con voz ingenua, todavía temerosa, la muchacha.

—Dicen que un perro.

—¡Cómo ha de ser! ¡Un perro!

—Sí, un perro negro.

—Pero no hemos escuchado ladrar.

—No ha ladrado. Dicen que echaba chispas por los ojos. No le ha mordido, le ha chamuscado. Él venía solo y es tarde. Es una aparición infernal, un genio malo.

—**Libera nos domine** —murmuró la vieja Gudula santiguándose.

—Amén —respondió la joven imitándola.

* * *

Al siguiente día se habló en todo el pueblo del accidente. El barbero comentó con sus parroquianos el extraño caso de Críspulo. Ya se sabía que fué Críspulo el sujeto del caso.

—Refiere que estuvo hasta media noche jugando una partida y al retirarse a su casa tuvo el peregrino encuentro, un

ser tan feo que él no acierta a explicarse: cayó sin sentido arrojando espuma por la boca.

—Críspulo no es cobarde.

—Tampoco había bebido anoche.

Los que condujeron a Críspulo a la farmacia comentaban, en otros sitios, el mismo acontecimiento. El farmacéutico había sido consultado por muchos clientes asustadizos que se acercaban a él intrigados. Críspulo mismo, solicitado, había tenido que referir cien veces, mal de su grado, las peripecias de aquel encuentro espeluznante.

A la otra noche, tres vecinos despreocupados y sin sueño platicaban en un ángulo de la plaza. La noche estaba fresca, sentíase tan agradable como la proximidad de una vasca de agua clara en un mediodía de verano. Invitaba a la charla. El pueblo dormía, en tanto, sumido en silencio. Del vértice de la torre erguida en lo negro, como un índice de piedra, inerte, muda, caía el letargo, descendiendo como funda de quietud, como manto de reposo que envolvía desde el desierto altozano todo el villar. Los árboles callaban.

El rumor de la plática adquiría un dejo amable. En la calma y frescura ambientes parecía menos difunto, solo dormido, el pasado que evocaban los dialogantes, exhumando reminiscencias, extrayendo anécdotas del fondo de su memoria, reviviendo personajes ayer no más desaparecidos de su lado.

Mas, de improviso, callaron. Parejo escalofrío agudo, cortante, estremeció a los tres, desde la raíz de los cabellos hasta las plantas. Hacia ellos veían venir, a la dubitosa vislumbre de los candiles de esencia escalonados a lo largo de una calle, más bien al vago resplandor de los astros, un bulto oscuro, por el medio del arroyo. Al principio fué un pequeño bulto opaco como pelota de sombra que rodara en la sombra nocturna, agitando el polvo de la noche. Avanzaba, avanzaba hacia ellos. Lo miraron llegar muy cerca, inmutados por el pavor que sellaba sus labios y los electrizaba como intensa corriente de flúido. El silencio circunstante parecióles más pesado, más absoluto. Y sin articular palabra, ni esbozar un gesto, los compadres vieron pasar a su lado un perro, un perro negro de ojos iluminados. ¡Era el perro de Críspulo! El rumor de sus cuatro patas lo escuchaban latir en el pavimento con son rítmico, isócrono, con el pávido son de las cosas inmutables e increadas, con ritmo que persistía en el oído como fatal repiqueteo del destino infernal. Y pasó, se alejó, perdióse su eco en dirección única, inevitable.

Era la media noche.

*
* *

Al nuevo día fué más grave la alarma en el pueblo. Tornóse a cuchichear con más ahinco; esta vez con sentido más supersticioso, en torno a la singular y fugitiva aparición.

—Marcos Cobos y Crisanto Aljaba, dicen haberlo visto, misea Gudula.

—Lo vió también Graciano, Isidora.

—Anoche lo vieron. Siempre a la media noche.

La noticia corrió con calambre de boca en boca por toda la población.

—¡Ave María Purísima!

Constituyó la comidilla del día en el Mercado, en el Billar, en todos los comercios y casas.

¡El perro negro de la media noche!

Entonces formóse una cuadrilla de mozos de buen humor para apostarse a dar caza al bizarro visitante. Para distraer la velada hasta la hora de aparecer el can, los grupos alegres de villanos, en compañía de las mozas entusiasmadas y nerviosas, recorrían los contornos, cantando. Detrás de las puertas y por sobre las bardas, las gentes más medrosas espiaban, sobrecogidas de impaciencia, mientras muchas ancianas despreocupadas dormían recogidas en sus alcobas o simplemente rezaban.

De súbito callaron las voces. Habían divisado el can: venía distante; mas, se aproximaba, se aproximaba, avanzando con ritmo pausado, uniforme. Corría hacia la turba de espectadores con tanto desparpajo que los aguardantes se quedaron mudos, suspensos, estupefactos, como atontados por un influjo sobrenatural, y la misteriosa bestezuela cruzó por en medio de ellos sin alterar su paso isócrono; y perdióse lejos, lejos, con el eco desvanecido de su persistente rumor.

Todos se miraron atónitos.

—¿Qué pasó?

*
* *

—Anoche volvió el perro, misea Gudula.

—Cierto. Parece que no pudieron atraparlo, Isidora.

—Dios nos asista: no sé qué tiene ese animal.

—Es como dice Caríspulo: el enemigo malo.

—Libera nos a male.

—Pero los muchachos piensan que han de averiguar. Esta noche volverán a esperarlo.

No era lícito dudar del can negro de la media noche. Lo habían visto los más valientes. Ni alucinación de tragos, ni imaginaciones de cobardes, ni pujos de supersticiosos, nerviosidades mujeriles, patrañas de bromistas o embaucadores maliciosos. Era un can real, auténtico, en carne y hueso que, al mediar la noche, cruzaba el pueblo de extremo a extremo, siempre en la misma dirección y se perdía de vista con rumbo incógnito. Era un can de pinta oscura, de buena alzada y largos remos, de silueta macilenta, que solía marchar con aire zurdo de rampante movimiento, con la cabeza gacha, de agudo hocico; tal que los mozos inevitablemente aprensivos creían verle ojos encarnizados y fulmíneos. ¿Qué influjo irresistible despedía de sí el animal?

Quizás qué perro de labriegos, por costumbre singular, iba a esa hora de brujas y apariciones en que florece la conseja, de un punto a otro del lugar, dando pábulo a la alarma. Pero, ¿a qué horas regresaba? Era preciso averiguarlo. Aún a riesgo de atropellar a la pobre bestia inocente, se hacía forzoso atraparla para desvanecer el enigma y con ello la inquietud en que se había envuelto el poblado.

Con palos y lazos se dispusieron nuevamente a esperar al sombrío visitante, a la hora de su paso. Se hizo motivo de orgullo armarse y asistir a la emboscada. Nadie fué al lecho a la otra noche. Grandes y chicos, los mozos se distribuyeron tras de los cantos de las esquinas, en el hueco de los portales, encima y debajo de los carros, desuncidos de sus tiros, que descansaban a la vera de las calles como fatigados de su diurno trajín por lomas y callejones. Se ocultaron en atisbo a lo largo de las cunetas y entre las resquebrajaduras de los taludes escarpados.

A la media noche, por una punta del poblado despertó el vocerío del zafarrancho. El negro can venía, pasaba con marcha acompasada por entre los grupos de sus enemigos. Desfilaba indemne por en medio de la plebe embriagada de aturdimiento, de encono desenfrenado. Llovían palos; los lazos se tendían arteros, mas no hacían presa; como fallidos arpones que rebanaban el aire, las varas de los paisanos fustigaban la tierra y se rompían saltando en pedazos, después de marrar los golpes descargados con furia precipitada. La baraúnda se desplazaba tras del perseguido animal que, con leve esguince, esquivaba fácilmente el formidable varapalo y proseguía su marcha, siempre rítmica y pausada. La grita seguía sus pasos, como el bramar de la avenida, como el crepitar del alud; hasta

que el can logró perderse lejos, lejos, entre las sombras y aromas de las glebas calladas.

La confusión se deshizo con pavor. Y desde aquella noche en adelante, continuó con verdadera pesadilla el empeño de persecución del misterioso animal.

*
* *

A la siguiente velada, todos, todos los del pueblo quedaron levantados. Los poblanos se dividieron en bandos. Trajéronse a la batida los canes más fieros del contorno: quien aprestó su mastín; quien su alano; quien su dogo. Y acorralados, se les obligó a esperar la presa. También se dispusieron trampas. Pero a la hora acostumbrada, como el trueno del temporal levantóse el rumor de la cacería: el vocerío humano, el insistente ladrar de la jauría azuzada. ¡Qué turbamulta! ¡Qué pandemonium! Y por entre esa endiablada confusión pasó, ahora como siempre, la escuálida silueta del perro de la media noche.

No fué la última aquella batida. Preparáronse armas, machetes, escopetas, pinchos, garfios; además de que los canes del contorno quedaron de fijo concitados. Anunciaban latiendo la pelota de sombra, que resultaba, a poco de andar, el misterioso fugitivo. Y lo seguían aullando con desespero, con lloro despiadado como humano lamento, y lo perdían de vista en la noche hospitalaria, aromada por el incienso de las eras, prosiguiendo impertérrito su camino fatal. Aupada por el lamento de los canes hortelanos, la marejada humana iba de una punta a otra de la aldea, como un coro de tragedia en movimiento, extralunada, ululando en conjunto hombres y canes. Disparaban las armas al fugitivo, sin hacer blanco; y alcanzado por el errado disparo creía a veces, infortunadamente herido, revolcándose en zozobras de muerte, alguno de los otros canes, los del pueblo, mientras el perseguido continuaba inmune su marcha.

Al fin todos los poblanos quedaron rendidos de fatiga a la próxima noche. El villorrio tornó a recobrar su soledad y silencio nocturno habituales. Y en la quietud profunda que bajaba del negro espacio, cuando la noche callada partíase en dos en el filo del conticinio; cuando se doblaba por medio, como una foja opaca que volvemos; de un extremo a otro de la aldea dormida, pasaba con uniforme y pausada fuga, único, macabro, fantasmal, el perro visitante de la media noche del que nunca se supo nada cierto.

JOSÉ RAFAEL POCATERRA

(Valencia, 1888)

Con José Rafael Pocaterra el cuento venezolano se hace cosa distinta a lo que era antes. Los cuentos de Pocaterra dan un paso definitivo dentro de la historia del género en Venezuela. Los personajes se nos acercan en humana amistad que solicita atención; por vez primera en la obra de nuestros narradores el "caso personal" es superior al paisaje, superior a lo que pueda representar como símbolo, como dibujo de una concepción artística, como testigo de aventuras. Además, Pocaterra incorpora a nuestra literatura narrativa ambientes de la ciudad. En "La I latina" se plantea uno de los problemas que mejor ha tomado para sí este escritor: el que supone la apasionada cercanía del niño en el momento en el cual éste comprende el mundo que lo rodea como una conspiración de la cual forma parte, a un tiempo mismo, como víctima adolorida y como cómplice aterrorizado. La forma escogida es admirable; el alfabeto es quien hace comprender al niño el alcance de su papel en la simple tragedia que vive su maestra. Dulce ironía y poderosa pasión humana hay en la descripción de esa iniciación brutal en la cual una letra señala al pequeño la dolorosa experiencia a la cual hubiera querido oponerse, la dolorosa experiencia a la cual contribuyó. El niño llora el dolor de "la I latina" y llora también su culpa, la certeza de su responsabilidad. La forma sencillísima añade mayor poder a este magnífico relato.

LA I LATINA

Por José Rafael Pocaterra.

I

¡No, no era posible! andando ya en siete años y burrito, burrito, sin conocer la o por lo redondo y dando más que hacer que una ardilla.

—¡Nada! ¡nada! —dijo mi abuelita—. A ponerlo en la escuela...

Y desde ese día, con aquella eficacia activa en el milagro de sus setenta años, se dió a buscarme una maestra. Mi madre no quería; protestó que estaba todavía pequeño, pero ella insistió resueltamente. Y una tarde al entrar de la calle, deshizo unos envoltorios que le trajeron y sacando un bulto, una pizarra con su esponja, un libro de tipo gordo y muchas figuras y un atadito de lápices, me dijo poniendo en mí aquella grave dulzura de sus ojos azules: —¡Mañana, hijito, casa de la señorita que es muy buena y te va a enseñar muchas cosas...!

Yo me abracé a su cuello, corrí por toda la casa, mostré a los sirvientes mi bulto nuevo, mi pizarra flamante, mi libro, todo marcado con mi nombre en la magnífica letra de mi madre, un libro que se me antojaba un cofrecillo sorprendente, lleno de maravillas! Y la tarde esa y la noche sin quererme dormir, pensé cuántas cosas podría leer y saber en aquellos grandes librotes forrados de piel que dejó mi tío el que fué abogado y que yo hojeaba para admirar las viñetas y las rojas mayúsculas y los montoncitos de caracteres manuscritos que llenaban el margen amarillento.

Algo definitivo decíame por dentro que yo era ya una persona capaz de ir a la escuela.

II

¡Hace cuántos años, Dios mío! Y todavía veo la casita humilde, el largo corredor, el patiecillo con tiestos, al extremo una cancela de lona que hacía el comedor, la pequeña sala donde estaba una mesa negra con una lámpara de petróleo en cuyo tubo bailaba una horquilla. En la pared había un mapa desteñido y en el cielo raso otro formado por las goteras. Había también dos mecedoras desfondadas, sillas; un pequeño aparador con dos perros de yeso y la mantequillera de vidrio que fingía una clueca echada en su nido; pero todo tan limpio y tan viejo que dijérase surgido así mismo, en los mismos sitios desde el comienzo de los siglos.

Al otro extremo del corredor, cerca de donde me pusieron la silla enviada de casa desde el día antes, estaba un tinajero pintado de verde con una vasija rajada; allí un agua cristalina en gotas musicales, largas y pausadas, iba cantando la marcha de las horas. Y no sé por qué aquella piedra de filtrar llena de yerbajos, con su moho y su olor a tierras húmedas, me evocaba ribazos del río o rocas avanzadas sobre las olas del mar...

Pero esa mañana no estaba yo para imaginaciones, y cuando se marchó mi abuelita, sintiéndome solo e infeliz entre aquellos niños extraños que me observaban con el rabillo del ojo, señalándome; ante la fisonomía delgadísima de labios descoloridos y nariz cuyo lóbulo era casi trasparente, de la Señorita, me eché a llorar. Vino a consolarme, y mi desesperación fué mayor al sentir en la mejilla un beso helado como una rana.

Aquella mañana de "niño nuevo" me mostró el reverso de cuanto había sido ilusorias visiones de sapiencia... Así que en la tarde, al volver para la escuela, a rastras casi de la criada, llevaba los párpados enrojecidos de llorar, dos soberbias nalgadas de mi tía y el bulto en banderola con la pizarra y los lápices y el virginal Mandevil tamborileando dentro de un modo acompasado y burlón.

III

Luego tomé amor a mi escuela y a mis condiscípulos: tres chiquillas feúcas, de pelito azafranado y medias listadas, un gordinflón que se hurgaba la nariz y nos punzaba con el agudo lápiz de pizarra; otro niño flaco, triste, ojerudo, con un pañuelo

y unas hojas siempre al cuello y oliendo a aceite; y Martica, la hija del herrero de enfrente que era alemán. Siete u ocho a lo sumo: las tres hermanas se llamaban las Rizar, el gordinflón José Antonio, Totón, y el niño flaco que murió a poco, ya no recuerdo cómo se llamaba. Sé que murió porque una tarde dejó de ir, y dos semanas después no hubo escuela.

La Señorita tenía un hermano hombre, un hermano con el cual nos amenazaba cuando dábamos mucho que hacer o estallaba una de esas extrañas rebeldías infantiles que delatan a la eterna fiera.

—¡Sigue! ¡sigue rompiendo la pizarra, malcriado, que ya viene por ahí Ramón María!

Nos quedábamos suspensos, acobardados, pensando en aquel terrible Ramón María que podía llegar de un momento a otro... Ese día, con más angustia que nunca, veíamosle entrar tambaleante como siempre, oloroso a reverbero, los ojos aguados, la nariz de tomate y un paltó dril verdegay.

Sentíamos miedo y admiración hacia aquel hombre cuya evocación sola calmaba las tormentas escolares y al que la Señorita, toda tímida y confusa, llevaba del brazo hasta su cuarto, tratando de acallar unas palabrotas que nosotros aprendíamos y nos las endosábamos unos a los otros por debajo del Mandevil.

—¡Los voy a acusar con la Señorita! —protestaba casi con un chillido Marta, la más resuelta de las hembras.

—La Señorita y tú... —y la interjección fea, inconsciente y graciosísima, saltaba de aquí para allá como una pelota, hasta dar en los propios oídos de la Señorita.

Ese era día de estar alguno en la sala, de rodillas sobre el enladrillado, el libro en las manos, y las orejas como dos zanahorias.

—Niño, ¿por qué dice eso tan horrible? —me reprendía afectando una severidad que desmentía la dulzura gris de su mirada.

—¡Porque yo soy hombre como el señor Ramón María!

Y contestaba, confusa, a mi atrevimiento:

—Eso lo dice él cuando está "enfermo".

IV

A pesar de todo, llegué a ser el predilecto. Era en vano que a cada instante se alzase una vocecilla:

—¡Señorita, aquí "el niño nuevo" me echó tinta en un ojo!

—Señorita, que "el niño nuevo" me está buscando pleito.

A veces era un chillido estridente seguido de tres o cuatro mojicones:

—¡Aquí...!

Venía la reprimenda, el castigo; y luego más suave que nunca, aquella mano larga, pálida, casi trasparente de la solterona me iba enseñando con una santa paciencia a conocer las letras que yo distinguía por un método especial: la A, el hombre con las piernas abiertas —y evocaba mentalmente al señor Ramón María cuando entraba "enfermo" de la calle—; la O, al señor gordo —pensaba en el papá de Totón—; la Y griega una horqueta —como la de la china que tenía oculta—; la I latina, la mujer flaca —y se me ocurría de un modo irremediable la figura alta y desmirriada de la Señorita... Así conocí la Ñ, un tren con su penacho de humo; la P, el hombre con el fardo; y la & el tullido que mendigaba los domingos a la puerta de la iglesia.

Comuniqué a los otros mis mejoras al método de saber las letras, y Marta —¡como siempre!— me denunció:

—¡Señorita, "el niño nuevo" dice que usted es la I latina!

Me miró gravemente y dijo sin ira, sin reproche siquiera, con una amargura temblorosa en la voz, queriendo hacer sonrisa la mueca de sus labios descoloridos:

—¡Si la I latina es la más desgraciada de las letras... puede ser!

Yo estaba avergonzado; tenía ganas de llorar. Desde ese día cada vez que pasaba el puntero sobre aquella letra, sin saber por qué, me invadía un oscuro remordimiento.

V

Una tarde a las dos, el señor Ramón María entró más "enfermo" que de costumbre, con el saco sucio de la cal de las paredes. Cuando ella fué a tomarle del brazo, recibió un empellón yendo a golpear con la frente un ángulo del tinajero. Echamos a reír; y ella, sin hacernos caso, siguió detrás con la mano en la cabeza... Todavía reíamos, cuando una de las niñas, que se había inclinado a palpar una mancha oscura en los ladrillos, alzó el dedito teñido de rojo:

—Miren, miren: ¡le sacó sangre!

Quedamos de pronto serios, muy pálidos, con los ojos muy abiertos.

Yo lo referí en casa y me prohibieron, severamente, que lo repitiese. Pero días después, visitando la escuela el señor

inspector, un viejecito pulcro, vestido de negro, le preguntó delante de nosotros al verle la sien vendada:

—¿Cómo que sufrió algún golpe, hija?

Vivamente, con un rubor débil como la llama de una vela, repuso azorada:

—No señor, que me tropecé...

—Mentira, señor inspector, mentira —protesté rebelándome de un modo brusco, instintivo, ante aquel angustioso disimulo— fué su hermano, el señor Ramón María que la empujó, así... contra la pared... —y expresivamente le pegué un empujón formidable al anciano.

—Sí, niño, si ya sé... —masculló trastumbándose.

Dijo luego algo más entre dientes; estuvo unos instantes y se marchó.

Ella me llevó entonces consigo hasta su cuarto; creí que iba a castigarme, pero me sentó en sus piernas y me cubrió de besos; de besos fríos y tenaces, de caricias maternales que parecían haber dormido mucho tiempo en la red de sus nervios, mientras que yo, cohibido, sentía que al par de la frialdad de sus besos y del helado acariciar de sus manos, gotas de llanto, cálidas, pesadas, me caían sobre el cuello. Alcé el rostro y nunca podré olvidar aquella expresión dolorosa que alargaba los grises ojos llenos de lágrimas y formaba en la enflaquecida garganta un nudo angustioso.

VI

Pasaron dos semanas, y el señor Ramón María no volvió a la casa. Otras veces estas ausencias eran breves, cuando él estaba "en chirona", según nos informaba Tomasa, única criada de la Señorita que cuando ésta salía a gestionar que le soltasen, quedábase dando la escuela y echándonos cuentos maravillosos del pájaro de los siete colores, de la princesa Blanca-flor o las tretas siempre renovadas y frescas que le jugaba tío conejo a tío tigre.

Pero esta vez la Señorita no salió; una grave preocupación distraíala en mitad de las lecciones. Luego estuvo fuera dos o tres veces; la criada nos dijo que había ido a casa de un abogado porque el señor Ramón María se había propuesto vender la casa.

Al regreso, pálida, fatigada, quejábase la Señorita de dolor de cabeza; suspendía las lecciones, permaneciendo absorta largos espacios, con la mirada perdida en una niebla de lágrimas... Después hacía un gesto brusco, abría el libro en

sus rodillas y comenzaba a señalar la lectura con una voz donde parecían gemir todas las resignaciones de este mundo:

—Vamos, niño: "Jorge tenía un hacha..."

VII

Hace quince días que no hay escuela. La Señorita está muy enferma. De casa han estado allá dos o tres veces. Ayer tarde oí decir a mi abuela que no le gustaba nada esa tos...

—No sé de quién hablaban.

VIII

La Señorita murió esta mañana a las seis...

IX

Me han vestido de negro y mi abuelita me ha llevado a la casa mortuoria. Apenas la reconozco: en la repisa no están ni la gallina ni los perros de yeso; el mapa de la pared tiene atravesada una cinta negra; hay muchas sillas y mucha gente de duelo que rezonga y fuma. La sala llena de vecinas rezando. En un rincón estamos todos los discípulos, sin cuchichear, muy serios, con esa inocente tristeza que tienen los niños enlutados. Desde allí vemos, en el centro de la salita, una urna estrecha, blanca y larguísima que es como la Señorita y donde está ella metida. Yo me la figuro con terror: el Mandevil abierto, enseñándome con el dedo amarillo, la I, la I latina precisamente.

A ratos, el señor Ramón María que recibe los pésames al extremo del corredor y que en vez del saco dril verdegay luce una chupa de un negro azufroso, va a su cuarto y vuelve. Se sienta suspirando con el bigote lleno de gotitas. Sin duda ha llorado mucho porque tiene los ojos más lacrimosos que nunca y la nariz encendida, amoratada.

De tiempo en tiempo se suena y dice en alta voz:

—¡Está como dormida!

X

Después del entierro, esa noche, he tenido miedo. No he querido irme a dormir. La abuelita ha tratado de distraerme contando lindas historietas de su juventud. Pero la idea de

la muerte está clavada, tenazmente, en mi cerebro. De pronto la interrumpo para preguntarle:

—¿Sufrirá también ahora?

—No —responde, comprendiendo de quién le hablo— ¡la Señorita no sufre ahora!

Y poniendo en mí aquellos ojos de paloma, aquel dulce mirar inolvidable, añade:

—¡Bienaventurados los mansos y humildes de corazón porque ellos verán a Dios!...

LEONCIO MARTÍNEZ

(Caracas, 1888-1941)

Al lado mismo de Gallegos y Pocaterra, los cuales dirigieron y redactaron diversas revistas y periódicos, aparece un grupo de escritores al que la crítica ha dado —con razón— el nombre del semanario humorístico que, por muchos años, dirigiera el más celebrado entre ellos, Leoncio Martínez. El semanario en cuestión se llamó "Fantoches" y aparece como el resumen y como el elemento de popularización de muchas de las tendencias existentes en nuestro medio literario. Ingenio popular, aceptación de ciertas formas literarias y oposición a todo lo que significara intelectualismo, tal podría ser la característica del grupo literario y de la revista "Fantoches" y, en especial, de Leoncio Martínez. Sarcástico, anárquico, sentimental, la risa de Leoncio Martínez se convierte en signo de protesta y no en balde parece confundirse con el llanto en muchas de las narraciones escritas por los de "Fantoches". El hecho mismo de escoger como símil el muñeco gobernado por voluntad ajena dice la posición de estos escritores que se sienten dominados por la torpeza y la perversidad del mundo. El cuento de Leoncio Martínez "Marcucho el modelo" expresa esa concepción en la que la belleza misma es extraña al miserable personaje y llega a significar su propia inutilidad al pasar a ser un esqueleto correcto.

MARCUCHO, EL MODELO

Por Leoncio Martínez

Cuadrado de espaldas, liso y apelmazado el cabello, que se partía en una raya recta, casi sobre la sien izquierda, teniendo en el color un vago reflejo ambarino del indio ancestral, Marcucho, el modelo de la Escuela de Pintura, a primera vista confundíase con un mandadero cualquiera, con un individuo sin relieve ni importancia, acostumbrado a cargar carretilla, o a encorvarse bajo la mole de los fardos.

Su estatura baja, sus blusas de dril descoloridas entre los estrujones de la batea y la caliente opresión de la plancha, sus manos entretejidas de gruesas venas y siempre colgantes, congestionadas al peso de la sangre, no revelaban la menor particularidad que pudiera destacarlo junto a los demás hombres de su clase.

Pero, Marcucho era un elemento primordial de belleza para el grupo de aquella incipiente Academia. Cuando, despojado de la ropa, subíase a la tarima del modelo, asumía a los ojos de los estudiantes proporciones inconmensurables. Desnudo crecía. Adquiría una alteza espectacular de ilímites proporciones para los alumnos, que lo miraban, con los párpados entrejuntos, lamiendo con la vista los variables secretos de su armoniosa contextura. Al saltar a la tarima, en ágil pirueta que hacía sonar la tabla al golpe de los talones, y al erguirse en una pose preparatoria impensada, dijérase que con un impulso muscular se estiraba como si recóndito sentido de la plástica lo magnificara, lo elevase de su condición vulgar de hombre del pueblo a una simbólica serenidad de sacerdocio y de mando.

El cajón destartalado prestábale trono. Dominando su ca-

beza por sobre todos los que le rodeaban, cualquiera que entrase al salón en horas de estudio lo primero que vería al abrir la puerta era a Marcucho, imponente e inmóvil como un dios o pensativo y ceñudo como un personaje de tragedia griega o a veces en una contorsión resignada de mártir cristiano.

Los demás, en torno suyo, doblegados sobre los caballetes o sobre las tablas de dibujo, parecían venerarle sumidos en devoto silencio.

Al chischibeo del carboncillo o los pinceles sobre el grano del papel y de la tela, buscaban fijar el contorno estatuario, apresar en líneas firmes la amplitud del tórax, abombado al ritmo de la respiración potente; el torso lleno y duro como una montaña; la red de sus músculos pujantes sin alardes, eslabonados en suaves declives, la cadera saliente y brava, las piernas sólidas....

O en afán ferviente perseguían —ya logrado el trazo— en la reciedumbre de la masa los secretos del claroscuro que torturan y enfebrecen al artista y que en el cuerpo moldeado de Marcucho ascendían hasta los tonos cálidos del cobre, envolviéndose en grises mortecinos, en dulces ocres, con reflejos azuluscos y verdores inasibles, valores que mezclaban, se desvanecían, se profundizaban en la gama e iban a ahogarse en las frescas oquedades del rojo de Venecia y del sepia. La cabeza retostada, asoleada, se cortaba a base del cuello en una línea precisa como el plumaje tornasol en el cuello de las palomas montañeras; luego los hombros, el pecho, el vientre, lividecían en tenues luminosidades que resbalaban a flor de piel, iban a dividirse en las piernas, como la orqueta de un río de aguas opalescentes bifurcadas por un islote fértil y sombrío, devanescencias relamidas que se arremolinaban en el nudo rosáceo de las rodillas.

Abajo, más abajo, los calcañares donde engañosos bermellones fundidos entre sombras, con las vetas protuberantes de arterias y de nervios, le daban la fortaleza y el apoyo de un zócalo rotundo. Y los pies, pesados como cimientos.

Para los presuntos artistas, el cuerpo de Marcucho era un universo de cotidianos hallazgos.

¿En qué pensaba Marcucho, mientras encaramado en la tarima aguantaba inconmovible las horas de pose de la Escuela? En ese largo ocio mental, donde las ideas se adormecen como bajo la influencia de un exceso de cigarrillos, ¿qué visiones, qué recuerdos, qué propósitos pasarían en lenta tornavolta por la mente del modelo?

En los descansos, sentado al extremo del cajón, con las

manos entrecruzadas sobre las rodillas, ¿era cansancio, resignación o menosprecio de toda voluntad lo que doblegaba su espalda y hundía su barba entre los pulgares, dilatando sus pupilas en abstracto espionaje del vacío?

Silencioso, aliviando su forzada inmovilidad en otra inmovilidad nueva, Marcucho parecía reflexionar o idiotizarse en la monotonía de su trabajo al igual de un burro de noria.

Pero no: Marcucho había nacido para aquello. Amaba instintivamente su oficio, se sentía partícipe de la obra de arte como el tipógrafo incluye algo de su ser en las ideas que compone. Amaba a su tarima como aquél se apega al chibalete, como el marino al barco; y, como el marino, al erguirse en su cajón, pensárase de pie en una prora escrutando, fijo, lejanías de horizontes de donde hubieran de surgir fantasmagóricas corporizaciones de antiguas leyendas.

Había nacido predestinado. La mano modeladora de la greda humana le hizo una caricia antes de echarlo al mundo y ennobleció su barro tosco. Ya consustanciado con la belleza esencial, al hacer un movimiento elástico, al caer como involuntariamente en una actitud eurítmica, sonreía satisfecho y orgulloso si algún estudiante entusiasmado exclamaba:

—¡Qué bien está así!... ¡Quédate así!

Y sonreía también, sin perder la posición, a las bromas habituales de los pintorcetes:

—Marcucho, no muevas la oreja izquierda.

—No engurruñes el dedo gordo, Marcucho.

—Caray, Marcucho sí que tiene la piedra del zamuro para las mujeres. ¡Dios como que le echó la bendición con la zurda!

Y reprimía la carcajada, moviendo sólo el vientre, cuando un dicharacho obsceno estremecía la parvada estudiantil alborotándola en cacareo de gallinero.

Cumplía su trabajo con severidad de ritual. En ocasiones iba de caballete en caballete observando las "academias". Miraba los dibujos y luego se miraba sus propios brazos y sus piernas, en comparativo conocimiento de su cuerpo como si se lo supiera de memoria y lograra verse entero a sí mismo. Su espejo multifaz, durante años de años, lo tuvo en las tablas de dibujo y parecía exponer un gesto desaprobatorio cuando alguno lo reflejaba deforme o sin semejanza. Y, con humildad, preguntando: "¿lo necesita?", solía pedir un estudio que le gustara entre las innumerables imágenes suyas que poblaban la Escuela, clavadas por aquí y por allá o tiradas por el suelo, para llevárselo a "su pieza" cuyas paredes eran un museo unipersonal de sí mismo.

Ya para los últimos tiempos, Marcucho se entregó al alcohol. Bebía demasiado. Las facciones se le fueron abotagando, enflaqueció algo y los tonos rojos de su encarnadura se iban tornando más calientes. A veces, al tomar la posición, lo sacudía un latigazo nervioso, pero, luego, en pie, apoyado en la vara se mantenía rígido, sereno, delatándolo sólo un casi imperceptible movimiento giratorio, como el de una peonza.

Por fin un día, después de tantos años de haber sido el modelo predilecto, el único, Marcucho faltó a las sesiones y al cabo de una semana llegó a la Escuela la noticia deplorable para todos: había muerto en el hospital.

Pulpa de anonimia, corazón sin amores inmediatos, balsa a la deriva, su cuerpo sepulcral no dió con el puerto y encalló sin reclamo sobre la mesa del anfiteatro; él, que había servido para que lo estudiaran por fuera, se ofrecía íntegro en el momento de abandonar la vida para que lo estudiaran por dentro, como esos muñecos sin más voluntad que su destino, a los cuales los niños curiosos, hastiados de jugar con ellos, les sacan el aserrín.

Llegó el profesor seguido de los estudiantes a la clase de anatomía práctica. Rodearon el cadáver y comenzó la postrera lección de dibujo para Marcucho, que, inmóvil más que nunca, resistía la pose definitiva. Comenzó la lección y los bisturíes afilados como carboncillos iniciaron el trazado, ya no sobre el papel y el lienzo, sino sobre aquellos mismos músculos moliciosos, siguiendo la red de los nervios, perforando la carne empalidecida, abriendo como las páginas de un libro secreto el pecho magnífico... En medio de su perorata didáctica y de sus minuciosas explicaciones, el profesor se empinó en un súbito ¡oh!... Y después de una pausa, alargó la exclamación, acomodándose las gafas:

—¡Oh, que anatomía tan estupenda la de este hombre! ¡Vean ustedes qué admirable! ¡Debe tener un esqueleto precioso, precioso!

Los discípulos se inclinaron sobre el muerto siguiendo la lección del maestro, como sobre un mapa. El profesor se entusiasmaba con los músculos, con las arterias, con las vísceras. Lo iluminaba un gozo risueño y sapiente. E interrogó:

—¿Este cadáver no tiene reclamantes?

—No tiene ni familia —respondió un estudiante burlón.

—Pues, vamos a aprovecharlo; en la sala de anatomía de la Universidad —prosiguió el maestro—, nos hace falta un buen esqueleto: éste es un bello esqueleto, ¡perfecto!

Era la consagración total de Marcucho. Los estudiantes se dieron de nuevo a la tarea; pronto desbarataban articulaciones,

desprendían miembros completos, limpiaban huesos hasta dejarlos mondos, encumbraban montículos de carne sanguinolenta en sugestiones de matadero.

Ya de Marcucho no queda sino una masa fragmentaria. Pero, luego apartaron con cuidado su osamenta, la calavera de ojos estupefactos y sin luz, los fémures gruesos como piernas de buey...

Y, más tarde, en procedimiento macabro que legaliza la ausgusta ciencia, lo cocinaron, lo hirvieron, pulieron sus huesos como valiosos marfiles, armaron de nuevo el esqueleto, soldando y embisagrando las piezas y allí, en el anfiteatro de la Universidad, dentro de una larga caja, colgado por el centro del cráneo con un alambre de acero, está Marcucho, sin carne, sin nervios, sin vida, en su última pose, predestinado a servir hasta más allá de la muerte para el estudio de la belleza y del dolor, porque antes de echarlo al mundo la mano modeladora de la greda humana le hizo una caricia y enalteció su barro tosco.

RAMÓN HURTADO

(Caracas, 1892-1932)

Dentro del grupo de "Fantoches", Ramón Hurtado es el que mayor preocupación trae por la forma lujosa. Hurtado es un prosista y trabaja la frase con respetuoso goce, comparándola, en símil modernista, con fino metal de orfebrería. Goza con los adjetivos raros; de su actividad consular trae estampas de sitios nórdicos, de frío mar y brumas. "Cofias, nieblas y molinos" titula uno de sus libros. Cuando trata de expresar el ambiente venezolano su palabra se violenta y pretende escaparse hacia un pasado culto y delicado para denigrar de un presente que siente desagradable y canallesco. La nerviosa irritabilidad de Hurtado imagina minuetos y reverencias o finge guerreras heroicidades para compararlas a la vulgar estridencia que lo rodea. Lo mejor de su obra es la descripción preciosa y preciosista de paisajes lejanos; en sus cuentos, la narración es, muchas veces, la excusa necesaria para fabricar hermosas frases de sonora cadencia. "Las violetas del Padre Luis" son buen ejemplo de la obra de Hurtado, quien logró larga influencia entre sus coetáneos. En la primera parte, se deleita el prosista en dibujar con rico brillo un vago ambiente de liturgias; en la segunda parte, la bastarda ambición de un extranjero, se rompe en un milagro de violetas. La frase primera y la final encuadran los trozos del cuento en su repetición.

LAS VIOLETAS DEL PADRE LUIS

Por RAMÓN HURTADO.

I

Cuando murió mi tío Luis, el sacerdote, se encontraron en su libro de oraciones algunas violetas marchitas.

Mamá decidió poco después que yo abrazara también la carrera de las almas. No podía romperse —según ella— la larga y venerada tradición de contar un sacerdote en el seno de la familia, tradición implantada una remota mañana del año de gracia de 1759 en que el obispo Diez Madroñero, del Real Consejo de S. M. don Carlos III, ordenó en el antiguo templo de San Pablo, ante el Capítulo reunido, el Gobernador, el Ayuntamiento, los frailes de los conventos y gran número de devotos, a Diego Antonio Salias y Michelena, ascendiente de mi madre por línea paterna. El padre Salías murió de fiebre amarilla durante la terrible epidemia de fines del siglo XVII. Cuentan que había adquirido el contagio por llevar los Santos óleos a una familia atacada, hacia los lados de Maripérez.

Decidióse en la sobremesa del desayuno con que se obsequió a los asistentes a la primera misa fúnebre, enviarme al Seminario, apenas se abriese el nuevo curso. Recordaré siempre con una melancolía suavísima la última semana que pasé en casa, antes de partir, semana llena de mimos y zalemas en que mi madre se plegaba, sonriendo, a todos mis caprichos. A veces, levantándose de la máquina de Singer donde cosía, me encargaba con los ojos húmedos de ternura:

—Tienes que escribirme todos los días... ¡ah! y te retratas al llegar, para ver cómo quedas de sotana y sombrero de teja.

Quedaba silenciosa largo rato con la mirada fija en el suelo y de pronto decía, arreglándose los cabellos con falso gesto de despreocupación:

—¡Bah!... después de todo, Caracas no es el fin del mundo...

Llegó por fin la víspera de la partida. Arrasada en lágrimas hizo rodar el baúl al centro del patio, un baúl enorme, sólido, verdaderamente sacerdotal, forrado en estaño y hojalata, con flores y pajarillos en relieve, un arca escenográfica como las que sacan en la apoteosis de Radamés, en el tercer acto de "Aída". Allí fué amontonando cobijas de lana y sobrecamas recién planchadas; calcetines y franelas con mis iniciales bordadas dentro de una corona de espinas; pañuelos cifrados con letras enlazadas, enroscándose en contorsiones de espasmo: haces de vetiver; cruces de palma bendita como las que ponen en una jofaina llena de agua, en los patios, durante las tempestades y, en todos los rincones, escondidos entre las ropas, retratos del Papa, reproducciones de cuadros místicos, tarjeticas de primera comunión.

La mañana siguiente —una mañana brumosa del invierno aragüeño— sonó por fin la hora de los adioses. Como de un sueño vago he conservado siempre la sensación de unas manos locas que se aferraban a mi cabeza, despeinándome; de una cara húmeda apretada contra la mía; de unos labios que frotaban los míos en largos besos angustiosos, dejándome en la boca un pregusto a abandono, a desventura... Un último grito... "Que el Corazón de Jesús me lo acompañe..."; una portezuela que se cierra con violencia, un pitazo, ruido de cadenas arrastradas pesadamente y la locomotora se perdió a lo lejos, vomitando chispas, hendiendo la campiña neblinosa con su gran cuello negro y triunfal.

II

El viaje, en un vagón de segunda lleno de cazadores de altas botas enlodadas (era lunes y el domingo había sido lluvioso y larguísimo) fué para mí de una duración inapreciable. Iba mudo, alelado, sin tener una noción exacta del lugar ni de la hora. Cuando volví a darme de nuevo cuenta precisa de mis actos, ya lúcidos mis sentidos, aunque todavía envueltos en cierto nimbo sonambulesco, me encontré en un gran salón tapizado de rojo, decorado con molduras áureas, en donde se respiraba ese olor a cera, a incienso y a semen, característico de capillas y sacristías, que tanto excita a las

beatas histéricas y a las doncellas lesbianas. Estaba en el Seminario. Un sacerdote de piel cetrina denunciadora de un hígado maltrecho vino hacia mí, sonriéndome por encima de los lentes:

—¿Eres tú, mijito, el sobrino de nuestro inolvidable padre. Luis, que Dios tenga en su santo seno?

Yo respondí con la unción evangélica de un cruzado:

—Sí, padre.

Una voz afeminada desgranaba las letanías en una habitación contigua:

—Mater intemerata...

—Ora pro nobis... —contestaba fervoroso el coro.

—Mater immaculata...

—Ora pro nobis...

—Mater amabilis...

—Ora pro nobis...

En uno de los muros había un gran cuadro de San Ignacio, al óleo, un santo magro, ascético, anguloso, con la mano suspendida en el aire. A su lado había una clepsidra y una calavera. En el fondo del salón se elevaba un pomposo solio de terciopelo rojo en cuyo centro, bordado en sedas de color, campeaba la cifra J. H. S. sobre una llave, un báculo y un chambergo episcopal con pluma y cordón.

III

Fuí tonsurado. Vestí mi loba flamante con su faja de seda ribeteada de escarlata. Estudié con entusiasmo y devoción. El alba me sorprendió más de una vez inclinado sobre unos tomos negros y austeros, de grave encuadernación monacal, donde entre áureas alegorías resaltaba el nombre sonoro de alguno de aquellos padres de la Iglesia —Santo Tomás, San Braulio, San Juan Crisóstomo, San Buenaventura— formidables escritores cuyas diestras, al escribir, parecían guiadas por la mano de Dios. Como un nuevo Alighieri, sin otro Virgilio que mis pocos años, visité el Infierno de la Metafísica, el Purgatorio de la Psicología y el Paraíso de la Teodicea. Abrevé en la fuente cristalina de filosofía india; oí las armonías augurales de los libros védicos; encontré en la metempsícosis, latente y en gérmen como en la espiga el grano, el panteismo de Spinoza; me embriagué con la poesía primitiva del Ramayana; vi nacer con Budha el cristianismo y con Brahma la democracia; escuché la música ultraterrena que acarició los oídos de Pitágoras; aprendí a creer con los escépticos y a

dudar con los sofistas y me arrulló mansamente, durante mis sueños, la nívea paloma paráclita del Espíritu Santo...

IV

Jueves y domingos —cuando el Ávila empezaba a calarse la clámide ponentina— dejábamos la Catedral con sus altares radiosos e íbamos todos, acólitos, diáconos y sub-diáconos, con nuestras blancas sobrepellices al brazo, como si fuésemos a bañarnos, a dar nuestro reglamentario paseo bisemanal por el Calvario.

Fué en uno de aquellos paseos, lentos y melancólicos, cuando el padre Enrique, el sacerdote de la piel cetrina que me recibió a la llegada, refirióme la leyenda que aureolaba de santidad la leve memoria de mi tío Luis.

Después de haber desempeñado con gran celo el curato de cierta importante iglesia foránea —me explicó el padre Enrique con voz velada— fué enviado mi tío a una pintoresca población del Interior de la República, en pleno llano, un lindo pueblecito de caserío asimétrico y multicolor. Entre pradales aterciopelados y cristalinos se elevaba la rústica iglezuela con su espadaña encalada y su torrecilla románticamente nevada de palomas.

Tenía fama de ser la iglesia más rica de todo el Estado. La custodia, los vasos sagrados, los copones, el ostiario, las cruces y las casullas estaban valuadas en sumas inverosímiles. La diadema de la Inmaculada ostentaba tres sartas de perlas de belleza imponderable; el manto estaba salpicado de lises y la medialuna en que apoyaba la Virgen el breve y rosado pie, era de oro antiguo. Treinta y dos esmeraldas y un enorme brillante tenía el cáliz.

El sagrario era un verdadero cofre de rajah. Los exvotos eran también numerosos y ricos. Un armador de Píritu había ofrendado a la Virgen un buque de nácar, de casi un metro, con mástiles de oro y remos de sándalo por haber salvado de un naufragio cierto bergantín; un hacendado de Ospino había ofrecido una mano de plata, de tamaño natural, con dos perlas incrustadas, por la curación de un dedo canceroso, y un rico agricultor de Guanare había enviado una cruz de diamantes por la salvación de una cosecha. Innumerables eran, igualmente, las ofrendas menores: un caballo con ojos de rubí, una pierna de oro, una diadema de záfiros, una casita de plata y un rosario de riquísimos cochanos.

Tal tesoro litúrgico no podía menos que despertar la

codicia de cuantos extranjeros visitaban el pueblo. En la Penitenciaría de un Estado limítrofe cumplía rígida condena un caco apureño que había intentado penetrar en la iglesia para robarla.

Mi tío fué recibido en el pueblo con gran entusiasmo. Tan pronto como tomó posesión de su cargo dióse cuenta perfecta del riesgo que corrían las joyas sacras. Decidió dormir él mismo en la Sacristía, la cual se comunicaba por una pequeña puerta con la casa parroquial, y la abandonaba apenas empezaba a clarear y llegaban los primeros fieles.

La afluencia de extranjeros, agentes de comercio, y buhoneros de toda especie, era continua. Con sus blusas azules, agobiados bajo el peso de grandes fardos blancos, tejían y destejían diariamente las tranquilas rúas del poblacho, vendiendo casimires, sobrecamas bordadas, muselinas, chales, mantones. Dos de estos tránsfugas —un catalán y un italiano— conocedores de las riquezas que atesoraba el pueblo, intentaron robarlas. El plan fué ingenioso, europeo. Había, primeramente, que alejar de la iglesia, a altas horas de la noche, al buen párroco. Idearon, para ello, una habilísima estratagema. Uno de ellos —el italiano— se presentaría, a la hora apacible del conticinio, en solicitud de mi tío con el pretexto de que su compañero había caído gravemente enfermo y pedía los auxilios espirituales. Sólo el templo mientras el fingido enfermo retenía al sacerdote a su cabecera, era fácil realizar el sacrílego intento.

Para no despertar sospechas en la posada en que estaban hospedados, el catalán empezaría a simular su dolencia desde las primeras horas de la noche. Gritos vagos, quejas...

—Me siento muy mal... muy mal... me muero... —murmuraba hundiendo el rostro en la almohada pringosa para ahogar, quizás, una carcajada.

Hacia las once de la noche dijo con voz estrangulada:

—No puedo más... un sacerdote... me muero...

Era llegada la hora. El italiano llamó al hotelero y le previno que iba en busca del párroco, suplicándole, al mismo tiempo, que arreglara todo para la macabra farsa. Saltó sobre una mula y voló hacia el templo. La noche era clara, estrellada.

—¿El padre Luis, está? —preguntó a una anciana que acudió por el postigo de la casa parroquial—. Es un caso urgente.

La anciana volvió poco después y abriendo la puerta de la casa, dijo:

—Pase. El padre viene en seguida.

Durante la breve espera el audaz Monipodio examinó con

rápida ojeada el terreno. Aquella puertecita carcomida por donde iba a salir el sacerdote, conducía al altar mayor... Después de acompañar al padre regresaría... Amordazaría a la anciana, cosa más fácil que mondar una mandarina... La encerraría en un confesionario... Y en el fardo blanco de la mercancía, otra mercancía valiosa iría a sustituir los casimires y los mantones de seda.

Se abrió la pequeña puerta y apareció, sereno, irradiando soberana bondad, el rostro de mi tío Luis.

—A tu orden, hijo. ¿Dónde queda el enfermo?

—Aquí cerca, padre. En la posada de Rosendo Robles.

—Vamos, pues.

Salieron y poco después estaban en el figón. La piedad pueblerina de las mujeres había improvisado en la habitación un pequeño altar con un crucifijo, una lamparilla de aceite y un tosco vaso donde se desmayaban algunas violetas silvestres.

Mi tío llegó, y abandonando sobre una silla la teja, tomó asiento a la cabecera del enfermo, inclinándose cariñosamente sobre él.

—Hijo mío...

El catalán no respondió.

—Hijo mío... —repitió el sacerdote.

Nada. Un silencio profundo. Mi tío tomó entonces la mano izquierda del enfermo, pendiente fuera del lecho. Estaba fría.

—He llegado tarde... —dijo, levantándose, al italiano que se disponía a partir—. Este infeliz acaba de morir.

Mi tío se arrodilló y oró largo rato. Luego cerró piadosamente los ojos del cadáver. Y del tosco vaso de vidrio que había al pie de la cruz, tomó varias violetas que colocó entre las páginas de su breviario.

V

He aquí por qué, lector suspicaz y malévolo, se encontraron en el libro de oraciones de mi tío Luis, el sacerdote, algunas violetas marchitas...

JULIO GARMENDIA

(Barquisimeto, 1898)

Nacido en el umbral del siglo XX, Julio Garmendia da a la cuentística venezolana su valiosísima nota personal, justamente apreciada muchos años más tarde. Los cuentos de Garmendia entran a nuestra literatura en un momento en el que los escritores venezolanos son, casi exclusivamente, nacionalistas hasta la xenofobia, sarcásticos hasta la chistosa vulgaridad, anárquicos hasta la embriaguez de la protesta por todo y contra todo. El primer libro de Garmendia —"La tienda de muñecos"— es la obra de un autor que crea territorios literarios para sus personajes, que razona e ironiza con sonrisa comprensiva, que lleva los problemas humanos a climas intelectuales donde la pasión se aquieta en serenos pozos de belleza. Los personajes de Garmendia no pretenden ser más que eso; el autor no desea que se les confunda con hombres; son producto de la sensibilidad, de la concepción poética y sus movimientos obedecen al gracioso dibujo de un pensamiento armonioso que realiza, con delicada sabiduría, el juego de la creación artística. Las formas que crean los cuentos de Garmendia, los enigmas que plantean y descubren, pertenecen a la grata y clara razón del escritor, quien dialoga con sus criaturas un texto admirable de justeza, en el terreno de las posibilidades que él mismo ha determinado. Julio Garmendia es un cuentista ejemplar.

LAS DOS CHELITAS

Por JULIO GARMENDIA.

Chelita tiene un conejito, pero Chelita la de enfrente tiene un sapo. Además de su conejito, tiene Chelita una gata, dos perros, una perica y tres palomas blancas en una casita de madera pintada de verde. Pero no ha podido ponerse en un sapo, en un sapo como el de Chelita la de enfrente, y su dicha no es completa.

—Chelita —le dice—, te cambio tu sapo por la campana de plata con la cinta azul.

Pero no, Chelita la de enfrente no cambia su sapo por nada en el mundo. Está orgullosa de tenerlo, de que se hable de él —y de ella, por supuesto—, y de que Pablo el jardinero diga muy naturalmente, cuando viene a cortar la grama:

—Debajo de los capachos está durmiendo el sapo de la niña Chelita.

Cuando empieza a anochecer, sale el sapo de entre los capachos, o de algún húmedo rincón lleno de helechos; salta por entre la cerca y va a pasear por la acera. Chelita lo ve, y tiembla de que lo vayan a aplastar los automóviles, o de que lo muerda un perro, o de que lo arañe la gata de la otra Chelita. Tener un sapo propio es algo difícil, y que complica extraordinariamente la vida; no es lo mismo que tener un perro, un gato o un loro. Tampoco puede usted encerrarlo, porque ya entonces su sapo no se sentiría feliz, y eso querría decir que usted no lo ama.

Agazapada en su jardín, detrás de la empalizada, Chelita la de acá mira también con angustia saltar el sapo por la calle, y exclama, profundamente asombrada:

—¡Qué raro! No puede correr, ni volar... ¡Pobrecito el sapo!

Y tiembla también si viene un automóvil, o si pasa un perro de regreso a su casa para la hora de la cena... Al mismo tiempo, piensa, compara. Ella tiene tantos animales —además de su muñeca Gisela—, y nadie habla nunca de eso. En cambio, Chelita la de enfrente no tiene más que un sapo, uno sólo, y todo el mundo lo refiere, lo ríe y lo celebra. Esto no le gusta mucho a Chelita la de acá, que se siente disminuída a sus propios ojos.

—Chelita —dice—, además de la campana con la cinta azul, te voy a dar otra cosa. ¡Mira! Las palomas están haciendo nido, llevan ramas secas a la casita; te doy también los pichones cuando nazcan... ¡no! cuando ya estén grandes y coman solos...

—No —contesta sin vacilar Chelita la de allá—; no lo cambio por nada; es lo único que tengo. A papá no le gustan los animales —añade, dirigiendo una mirada al vasto y desierto jardín de su casa—, y el sapo él no lo ve nunca; es lo único que puedo tener yo, y no lo cambio por nada, por ¡na-da!

—¿Y si te doy también a Gisela con todos sus vestidos, el rosado, el floreado, el de terciopelo? —insiste Chelita.

—Ya te he dicho que no —responde inflexible Chelita la de enfrente.

—¿Y si te doy también a Coco? —pregunta estremeciéndose de su propia audacia, Chelita la de acá.

—Tampoco.

—¿Y si te doy también a Pelusa?

—¡Tampoco!

—¿Y a Rey? ¿Y a Ernestina? ¿Y las palomas en su casita? —dice Chelita en un frenesí.

—¡Tampoco! ¡Tampoco!

—¡Tonta! —le dice entonces Chelita la de acá—. ¿Crees tú que te voy a dar todo eso por un sapo?

—No me lo des, yo no te lo estoy pidiendo; ya te he dicho que por nada cambio mi sapo. ¡Aunque me des lo que sea!

Y así están las cosas. Si el sapo tuviera sapitos, seguramente Chelita la de enfrente no tendría inconveniente en regalarle uno, o dos, o tres, a Chelita; pero ¿quién va a saberlo? La vida de los sapos es extraña, nadie sabe lo que hacen ni lo que no hacen. No son como las palomas, por ejemplo, que se sabe cuándo hacen su nido, y cuántos huevos ponen, y cómo dan de comer a sus hijos, y lo que quieren, lo que hacen y lo que dicen. ¿Pero quién sabe nada de los sapos de

su propio jardín? Apenas si alguna vez, de noche, después que ha llovido o que han regado las matas, se oye... **pla**... **pla**... **pla**... es el sapo que anda pod ahí, y eso es todo.

A comienzos de la estación lluviosa, el mismo día en que el cielo se nubló y cayeron gotas, una tarde gris, Chelita se fué, Chelita la de acá. Era una niña enferma; le regalaban tantos animales, para distraerla, porque se sabía que le gustaban; quizás también, sin darse cuenta, para ver si ellos lograban retenerla y hacer el milagro de atarla a la existencia, al sol, a la hierba, ¡a la vida!

Hoy fuimos a visitarla en el pequeño jardín cuadrado en donde duerme. Oculto entre los capachos, entre las "coquetas" y las "conejas" que ya forman un húmedo bosque enmarañado, vimos un sapo.

Era Chelita —Chelita la de enfrente— que se lo había llevado. Lo había llevado y lo había puesto allí.

Chelita la de enfrente tiene ahora un conejito, una gata, dos perros, una perica y cinco o seis palomas blancas en una casita de madera pintada de verde. Y Chelita la de acá... pero ¿qué digo? ¡la de mucho más allá!... tiene ahora un misterioso amigo oculto en los capachos, en el húmedo jardín cuadrado en donde duerme; un misterioso amigo que se pone a andar y a croar cerca de ella, a la hora en que comienza a oscurecer; un misterioso y raro amigo...

JOAQUÍN GONZÁLEZ EIRIS

(Caracas, 1899)

Surgido del grupo que guiaba Leoncio Martínez, éste Joaquín González Eiris ha sabido llevar a la máxima calidad la tendencia nacionalista y popular que propiciaron sus compañeros de "Fantoches". En González Eiris, la comprensión del alma popular es sincera, inocente como los temas tratados, aún en los instantes en los que intenta elaborar pequeñas teorías filosóficas o indicar remedio para los males de nuestras clases trabajadoras. González Eiris tiene franca entrada en el misterio del hombre venezolano e intenta expresarlo con tan viril simpatía, con tan sana amistad, que el relato se le crece y toma, desde la base de las palabras más familiares, de los sucesos menos elevados, significación de asombroso poder terrenal. En su prosa caen los venezolanismos con no fingida naturalidad. "La puntada" es la historia de la enfermedad y muerte de un curandero. Dentro de la más estricta técnica criollista comienza el relato y va haciéndose puro prodigio oscuro, de yerbas y campo venezolano, al que da sentido de gran tragedia el "traspaso de poderes" del brujo desaparecido a su sucesor. González Eiris, por razón de sus extraordinarias capacidades, dice mucho más de lo que contienen sus relatos. Sus cuentos son buenos trabajos de arte.

LA PUNTADA

Por Joaquín González Eiris.

1

Urbana despertó cuando la noche, todavía en plenitud, se volcaba sobre el empobrecido caserío de Caricual y la compacta oscuridad desdibujaba el tosco perfil de las humildes viviendas, amenguaba el tupido verdor de los árboles y envolvía los anchos y pelados corrales campesinos donde enmudecían las gallos decapitados por el cerrado abanico del ala que arropaba sus curvados pescuezos.

Apenas los ojos de la mujer flotaron en el denso lago sombrío del cuarto, advirtió que Juvenal no dormía. Un leve ruido intermitente, familiar a sus oídos, crecía en el aposento contiguo al suyo: el crujir del chinchorro en cuya profundidad el pesado cuerpo del hombre aminoraba el agobiante calor de las siestas y se hundía, al apagarse la tarde, en el abismo sin fondo del sueño.

A Urbana le pareció cada vez más acelerado el movimiento del chinchorro y el acento que levantaba lo comparó con las violentas rasgaduras de un vestido almidonado. Le resultaba bastante extraña la vigilia del hombre. ¿Desvelado a esas horas? ¿Cuando siempre después de cenar caía en el colgante lecho para no despertar más hasta el otro día?

Indagó con voz ruda, aunque no exenta de cariño:

—¿Qué fué, Juvenal?

Por toda respuesta el hombre emitió un débil quejido acompañado de débil interjección:

—¡Ay!... ¡Cará...!

Entonces la mujer inquirió de nuevo, con entonación casi maternal:

—¿Tienes algo, mijo? ¿Es que no puedes dormir? Verdaíta que la calor es mucha. ¿O es que te molesta la plaga?

Hizo la última pregunta porque ella sentía en torno a su cabeza la afilada orquestación de los zancudos y suponía que el compañero no lograba conciliar el reposo por la misma causa. Experimentó molestia al ver que el hombre no atendía a sus palabras y ensartó un duro reproche.

—¡Contesta, malcriado! ¿Se te acabó la lengua? ¡Di lo que tienes!

En el apretado silencio la voz de Juvenal abrió un surco de tenue claridad, como si rompiera las espesas sombras:

—No quería decirte nada ¿sabes? Pero desde enantico tengo una cosa muy maluca. Siento una puntada, aquí... aquí... Hablaba con lentitud y la mujer reconstruía mentalmente si veía un dedo nudoso y oscuro, como tronco de raíz, señalando un lugar del cuerpo.

—¿Dónde es aquí, chico? ¡Anda! ¡Cuenta ligero! Para levantarme y prepararte cualquier cosa.

—Aquí... en todita la boca del estómago.

—¿Cerca del maruto, entonces?

—Umjú. —Ella oía como si él pujara—. Y es igualito a un mordisco. ¡Cónfiro!

—¿Qué será eso?

—Si yo supiera...

—A lo mejor es un viento atravesado. Te puedo cocinar un guarapo de ruda. ¿Quieres?

—En todavía no, mija. Yo creo que esto me pasa solo. Descansa tranquila.

—El que debes descansar eres tú —dijo la mujer en tono de advertencia, mientras su mirada pretendía localizar la hora en la oscuridad del aposento. Así la adivinaba siempre: por las aristas de luz que ya en la madrugada comenzaban a filtrarse al través de las hendijas del techo de palmas—. Recuerda que tempranito te aguardan donde Justo Mariño, el de Loma Amarilla y también Tobías Millo, el que arrendó los conucos de Santoalegre.

—Umjú.

Urbana lo incitaba a dormir recordándole las obligaciones. Por eso avivaba la conversación. Creía que el sueño, a modo de sedante, le haría desaparecer la puntada y amanecería bien del todo.

—Oye... y Tobías debe estar malo. El muchacho que vino de su parte, te esperó toda la tarde, hasta que se acabó la solana. Se fué aimismito antes de tu llegar. Esa demora quiere decir mucho.

Juvenal nada respondió. Y el paréntesis de silencio iniciado se fué ensanchando, para ella hasta los linderos de la meditación sobre el extraño dolor del marido y para él más allá de las orillas de una naciente preocupación, porque la tenacidad de aquel mordisco no le dejaba respirar.

La mujer continuaba recogiendo el eco del chinchorro en su inalterable vaivén. Escuchaba a lo largo del negro vacío que se interponía entre el cuerpo del compañero y el suyo, el rítmico rezongo de las tensas cabulleras y, al mismo tiempo, el irritante roce de los nudos del mecate en las argollas empotradas en la pared y cuyos monocordes ris-ras afectaban el opaco ronquido de un asmático. A veces los confundía con el resuello del hombre, respiración desigual, entrecortada, angustiosa, como la de un animal fatigado.

Ya habían transcurrido minutos sin canjearse palabras. Al fin ella notó que el ruido se iba apagando lentamente, se desdibujaba en las sombras, se debilitaba a modo del isócrono latir del corazón de un moribundo.

—Ya se está rindiendo. ¡Gracias a Dios! —pensó Urbana—. Y se sintió envuelta en la misma ancha mudez que afuera tenía el campo en reposo.

A esa hora todavía el silencio bostezaba hacia el horizonte. Caminaba más allá de las cálidas tinieblas que borraban las formas del campo, con sus veredas reptantes, con sus tierras sembradías, con sus rústicas viviendas destartaladas, construídas sobre horcones que mantenían firmes las paredes y los techos de livianas palmas amasadas con barro. Sólo a instantes leves signos de vida delataban el mundo exterior: el suave batir del viento contra las ramas de los árboles o al peinar, en ligeros estremecimientos rumorosos, la ocre y desgreñada cabellera de los maizales de apretadas mazorcas ya endurecidas; el concierto ininterrumpido de las ramas en las remotas lagunas o en los charcos dejados por el invierno; el acento cromático de los grillos remedando el apagado sonido de un reloj despertador.

Urbana comenzó a sentir una laxitud que le subía desde los desnudos pies, buscando el refugio de los párpados, hasta que el sueño la arrastró suavemente a la grata deriva de la inconsciencia.

2

Regresó a la realidad cuando el aposento recogía, aún no madura, la claridad de la madrugada y el altanero diálogo de los gallos abría agudos caminos en la distancia y las cosas recuperaban sus vivos contornos.

Urbana se dirigió al cuarto de Juvenal. Encontró a éste incorporado en el chinchorro. Estaba demacrado, jipato y sus pupilas vagaban por las paredes y rincones del aposento como en la persecución de objetos perdidos. Sus pies, grandes y deformes, con abultados juanetes y chatos dedos que parecían batracios, balanceábanse inquietos, sin tocar el suelo, piso de cuya tierra ascendía un fuerte vaho mohoso, un acre olor de humedad por la constante ausencia de sol.

—¿En todavía te sientes mal? —preguntó con disimulada inquietud la mujer, viendo el deplorable aspecto del compañero.

Casi no podía pronunciar palabra, pero haciendo un pesado movimiento para enderezar el busto y mirar mejor la cara de Urbana, habló como si se hallara distante. Su voz se quebraba en pausas de asfixia y era débil como un balbuceo de niño. Parecía hebra de hilo que fuera a romperse:

—Peor. Antes era un apenitas y ahora la siento como... como... —buscaba una comparación capaz de dar una exacta idea de la intensidad del dolor— como... una puñalada.

—¿No será que ayer cuando fuiste al pueblo comiste algo y te hizo daño? Pon memoria. ¿Bebiste?

Juvenal movió la cabeza, con indecisa pesantez, en señal de asentimiento.

—¡Hum! Ya lo sabía —comentó con desagrado la mujer— y cualquiera averigua con quién bebiste y lo que beberías. Seguro que tomaste uno de esos amargos preparados con pepas y yerbas. ¡Las porquerías de siempre! ¡Ah hombre éste! No se convence de que le hace daño y de que no todos son sus amigos. Nunca me olvido de aquella arrojadera que se te pegó por eso mismo, al día siguiente de andar emparrandado con el Tadeo Mujica. A mí nadie me quita una idea... ¡y tú sabes cuál es! Eso de que tú seas el paño de lágrimas, la salvación de casi todas las gentes de este lugar, muchos no te lo perdonan.

El tono de agria reconvención exasperaba los nervios del hombre, pero no se atrevía a protestar temeroso de que le arreciara el dolor. Ella siempre era así, le censuraba sus compañías en la calle y siempre, también, le había reservado a Mujica un odio inextinguible. Había algo que no le perdonaba y para justificar la tirria que le tenía, cierta vez su aguda suspicacia de campesina concibió una tremenda infamia. Juvenal no le hacía caso. Conocía bien a Urbana. Sólo le había molestado ahora durante la inoportuna reláfica el uso de la palabra "yerbas". Al escucharla experimentó ligera desazón, como si se le enrostrara un delito de complicidad. Él vivía de las yerbas, las buscaba en el monte, las recetaba, las utili-

zaba en la preparación de bebedizos, pretendía hacer curaciones con ellas. Y si era por las personas con quienes el día anterior estuvo toda la tarde en la pulpería del tuñeco Gutiérrez, ningún Tadeo capaz de malograrle se había acercado al mostrador del negocio.

Juvenal hubiera podido explicarle todo esto a la mujer, pero carecía de ánimo suficiente para engranar relatos.

Ante el mutismo del hombre, reconociéndose dura en aquellos instantes cuando el sufrimiento la aniquilaba, Urbana insinuó con frase cariñosa:

—Bueno, mijito, estamos perdiendo el tiempo. ¿Te preparo algo? Un guarapito de manzanilla no te caería mal. También podrías ponerte ahí varios emplasticos de linaza. O recétate tú mismo. El que puede caminar no necesita que lo lleven arrebiatado. ¿Entonces para qué sabes de remedios?

Él la miró con acentuada tristeza, como si en el rostro de ella se retratara su propia conciencia. Y respondió vencido por el asedio de la mujer:

—Nada de eso me arranca esta puntada. Cuando me arrecia es un dolor del otro mundo. Estoy seguro que me va a matar. Lo siento como si adentro me apretaran un nudo y ya fuera a romperse. Mejor sería que me hicieras un favor. ¡Ay, mi madre! ¿No ves? Ya me volvió.

Ella trataba de insuflarle ánimo, mientras él reprimía gritos de desahogos y llevábase ambas manos al abdomen:

—¡Chico, no seas tan zoquete! ¡Qué matar ni matar! Todos los dolores en la barriga son así, muy lidiosos. ¡Deja ese matar de mis tormentos! Parece mentira que un hombre como tú, tan completo y tan acostumbrado a ver enfermos y gente boqueando, te pongas chiquitico por una pazguatada. ¡Díme el favor! ¿Qué es lo que quieres?

Acezaba como un perro agonizante y repuso:

—El favor es... ponte en un saltico donde el compadre... Hilario Redondo y... cuéntale esto... todo lo que me está pasando... Díle que venga... él me puede ayudar en este trance... ¡Ay, Dios mío!

Emitió estas frases y tornó a doblar el busto hundiendo el mentón en el pecho.

La mujer se perdió hacia la calle, entre un haz de luz recién nacida. Al caminar sus pies levantaban el polvo de un ruido chocante y áspero, un rumor de alpargatas deterioradas, cuyas suelas daban la impresión de sostener una charla incoherente o de aplaudir a dúo con la superficie del suelo. El eco de sus apresurados pasos remedaba el fastidioso cloquear de las gallinas en los corrales cercanos.

Juvenal volvió a echarse en el chinchorro. Tenía una resignación de bestia domesticada.

Era un mulato de madura edad. Casi indefinida. Podía frisar en los cincuenta o sesenta años. Sin embargo, estaba entero. Mostraba fortaleza y robustez. Su cuerpo sostenía el peso de una cabeza grande, estrambótica, en cuyo conjunto resaltaban groseros rasgos: los ojos, completamente redondos, eran verduscos y pequeños, cetrinos, como las paraparas cuando aún están medio jojotas; la nariz, pobre de perfil, recordaba el borroso relieve de las monedas gastadas; los labios, gruesos y abultados, velaban a instantes dos ringleras de simétricos dientes, normales en tamaño, pero ennegrecidos por el tabaco de mascar.

Juvenal Guanape estaba familiarizado con todos los habitantes de Caricual y sus alrededores y era la persona más importante de aquellas apartadas regiones donde aún se desconocían los servicios de un médico.

A esta circunstancia debíase su fama, la aureola que envolvía su nombre desde hacía muchísimos años, cuando comenzó a ejercer el oficio de curandero y en cuyas prácticas también había logrado cosechar pingües beneficios materiales. Para entonces él no era sino un pobre agricultor más, uno de los tantos hombres enraizados a las duras faenas labriegas. Sembraba sus miserables conucos y recogía los precarios frutos que en ocasiones apenas si llegaban a cubrir las necesidades del propio consumo. Pero la casualidad le demarcó otros rumbos propicios a la ajena especulación. Fué a raíz de hacerle desaparecer a la hija de otro campesino, agricultor en ínfima escala, una culebrilla ya a punto de unir sus extremos.

La curación causó estupor en un ambiente donde prosperaban como plantas parasitarias el secular fanatismo y las absurdas creencias nutridas por la ignorancia. Desde ese día sólo se oyó, durante mucho tiempo, hablar del milagro de Guanape y se le catalogó entre las personas mitad brujos, mitad curiosos, que conocen de yerbas, tienen pacto con los espíritus y al conjuro de oraciones y ensalmos, devuelven la salud a los pacientes.

Y empezó a ser solicitado. A cada instante llegaban a la puerta de su vivienda hombres y mujeres en busca de la limosna de sus conocimientos. Le adulaban. Le respetaban. Juzgaban infalibles sus diagnósticos. Nadie ponía en duda sus vastos recursos ni nadie se atrevía a desmentir la eficacia de las medicinas que él mismo preparaba y administraba a los enfermos. A diario se le veía por el monte, recogiendo y se-

leccionando hojas y cogollos, ramas y troncos que luego maceraba y cobraba a buen precio.

Se podían recorrer largas distancias y no se encontraba otra persona tan faculta ni tan entendida en dolecias del cuerpo y del espíritu como Juvenal Guanape. El único que le iba a la zaga en experiencia y casi se le equiparaba en prestigio era Tadeo Mujica. Pero éste ejercía en lejanas zonas, trabajaba en jurisdicciones remotas y de este modo no se establecía ninguna competencia en sus especulaciones.

Este deslinde en sus campos de actividad era la causa de que se trataran como amigos. En ocasiones, cuando la casualidad los reunía, bebían juntos y hasta se contaban sus secretos, muchas de las cosas relacionadas con el oficio. Al mismo tiempo se profesaban un mutuo respeto. Cada uno al reconocerse ignorante, sin nociones de botánica, despojado de la verdad de sus explotaciones, creía advertir en el otro los fundamentos esenciales en cuanto al adecuado tratamiento a los enfermos y lógico suministro de los medicamentos. Quizás de ahí nacía el odio que Urbana le reservaba a Mujica, como era probable también que la mujer de éste lo cultivaba en relación con Guanape. Era el odio oscuro de un secreto adivinado por el egoísmo de los nexos maritales.

3

Hilario Redondo fué el encargado de difundir la noticia. A la media hora de haber visitado al compadre ya lo sabía todo Caricual y comenzaba a alongarse con dirección a los pueblos vecinos. Corría con la rapidez de las brisas sabaneras que no encuentran obstáculos. Apenas si se detenía un instante a las puertas de los ranchos o en el interior de las viviendas más amplias para sembrar el asombro y el desconcierto.

—Se está muriendo Juvenal Guanape... se está muriendo... se está muriendo... se está muriendo.

—Está agonizando Juvenal Guanape... está agonizando... está agonizando... está agonizando.

—Ya perdió el habla... perdió el habla... perdió el habla.

El viento continuaba devorando distancias, no tan sólo en la voz de Hilario Redondo, sino también en el eco de las personas ya informadas.

Las gentes sorprendidas, consternadas, abandonaban sus quehaceres y se introducían en los vecinos ranchos para comentar el trágico suceso. Entonces las mujeres llevadas por su fértil imaginación, al abordar el relato, abundaban en de-

talles conmovedores, lo ilustraban con la pintura de patéticas escenas.

Los oyentes tejían supersticiosas deducciones. Quizás alguno de los espíritus invocados por Guanape se le había metido en el cuerpo y trataba de llevárselo. Las almas en pena se cansaban del constante requerimiento de los vivos. No faltaba quien dijera que la desgracia no le cogía de sorpresa. Nunca como en esas últimas noches había cantado la pavita con más empeño ni de modo tan triste. Otras personas opinaban que por adelantado se sabía que una cosa muy seria iba a suceder en Caricual. Más de una vez advirtieron en el silencio nocturno el cacarear de las gallinas dormidas, y cuando ellas soñaban así era porque se avecinaba algo muy malo.

Ante estas narraciones cargadas de misterio y de cábalas, santiguábanse las viejas y un rumor de voces, como el sombrío aletear de pesados murciélagos, estremecía el ambiente.

—¡Virgen del Socorro, ten piedad de nosotros!

—Aplaca tu cólera, Señor.

—¡Virgen de los Desamparados, protégenos!

4

Sin embargo, no todos creían en la gravedad del curandero. Su poder de sugestión había llegado a los límites de que se le considerara inmortal. Y la gente, para con sus propios ojos cerciorarse de la verdad, comenzó a invadir la casa del enfermo.

Ante el chinchorro, ahora paralizado como un péndulo, donde Juvenal yacía inmóvil, pero aún con vida, desfilaba la masa ignorante e incrédula, se detenía la curiosidad. Lo veían de pies a cabeza, observaban la inactividad de sus miembros o las horribles gesticulaciones que eran como los ecos de aquella puntada, tenaz, asesina, lacerante. Debía ser el suyo un dolor que le roía las entrañas, porque, a instantes, se mordía los labios por cuyas comisuras formaban débiles cruces sanguinolentas salivaciones.

Impresionados por el espectáculo, los visitantes partían tristes. Meditabundos los hombres, llorosas las mujeres. Defraudados todos por un oscuro y adverso destino que les arrebataba en la persona de aquel hombre y en aquellos remotos lugares sin recursos para defensa de la vida, la seguridad de sus frágiles existencias. Porque Juvenal llenaba con sus mañas, con su empirismo, en un mundo despojado de claros raciocinios, los huecos del temor y la angustia, todos los huecos en donde las personas veían andar, con perennidad

de castigo, el dolor siempre enlazado al miedo a morir. Esos huecos de espanto los cubría él con una sola palabra cuyo optimismo nutre los sueños y los contados días del hombre: la esperanza.

No era mentira cuanto había pregonado el viento en la voz de las gentes: Juvenal ya no hablaba. La intensidad del dolor le había precipitado una total afasia. Ya tenía los pómulos salientes, a modo de romos pedruscos, cuarteados los violáceos labios inhábiles, las pupilas cargadas de telarañas inexpresivas, verdusca la piel, profundizadas las mejillas, anhelante el pecho, con aspiraciones de fuelle cansado. Sólo conservaba igual, inalterable, el conocimiento, el candil que todavía ponía luces receptoras en sus oscuras y precarias ideas. Diferenciaba las personas. Reconstruía sus nombres, sus bienes de fortuna, las tierras que cultivaban, sus defectos y sus virtudes, las veces que enfermaron, los medicamentos suministrados a cada uno y el dinero recibido por él en pago de los servicios prestados.

Su cerebro, ahora más activo por un fenómeno de compensación ante la pérdida de otras facultades, hilvanaba recuerdos con asombrosa exactitud.

"Ahí está Gregorio Matos —se decía clavándole los ojos cargados de vaguedad—. Una vez le mandé unas pócimas de guásimo con ruibarbo. Y tuve suerte. Se le cortaron las calenturas. Llevaba cuatro meses tumbado en el catre. Me pagó diez pesos".

"Llegó Nicandro Cuello. Una mañanita limpiando un rastrojo lo mordió una coral. Le di un cocimiento de raíces de mato y yuquilla y a los dos días salió a trabajar sus conucos. Como no tenía plata, me regaló tres cochinitos bien maiciados".

"Ese que acaba de entrar es Nicolás Soto, el de La Cumbre. Él todavía me debe un menudito de cuando lo pateó una mula en Jueves Santo. Dicen que fué castigo del cielo por trabajar ese día. Ya como que no voy a tener tiempo de cobrarle. A lo mejor me paga en velas".

"Hace tiempo que no agüeitaba a Gervasio Rostro. Desde que le curé el pasmo de una cortada en el pie. ¡Buen muchacho! Me dió doce pesos en monedas de a cuatro. Y le mandó de regalo a Urbana nueve gallinas, gordas y ponedoras. En el corral como que quedan tres".

"Sí, la que conversa con Urbana es Dominga Maita. En un velorio de cruz le dieron a su marido un machetazo en la mano zurda. Botaba mucha sangre y como no tenía algodón del recogido en las matas, le puse sobre la carne vivita mi

pañuelo y un pedazo de su cobija. Al otro día era difunto".

"Llegó el tuñeco Gutiérrez. Parece amanecido y anoche como que bebió. Sí. Y bastante. Camina de un modo raro. A lo mejor estuvo en un joropo. Entonces ayer fué sábado. Sábado. Sí. Ya tengo cinco días con esta puntada. Ahoritica no la siento tan fuerte o es que me estoy acostumbrando al dolor. Antes me parecía más duro. Sí. Ayer fué sábado y hoy es domingo. Ojalá que mañana lunes, ya no tenga nada. Sé que es domingo porque el tuñeco no abre la pulpería los domingos. Y también por lo que tiene en la mano. Es un saco. Un saco con un gallo adentro. Va para los gallos. Yo también fuera. Pero nadie puede ir a los gallos con una puntada así. Y sin poder gritar, menos. Nadie sabría si estaba dando de a diez al gallo pinto del tuñeco o al otro... Yo creo que nunca más voy a ir a los gallos. ¡Ay, mi madre! Me volvió la bicha".

5

En plena lucidez mental, no ignoraba que aquella puntada en el estómago, aquel dolor semejante a un constante mordisco de perro rabioso, lo mataría. Después de haber gozado casi toda su vida fama de curandero infalible, estaba condenado a morir de un simple dolor ridículo. ¡Cómo se reirían de él a raíz de su muerte! Quizás ya comenzaban a reírse. Pero se reirían más sabrosos cuando vieran meter su cuerpo en la urna fabricada con pedazos de cajones comprados en la pulpería del tuñeco Gutiérrez. Se reirían cuando lo tiraran ¡pum!, como un bojote cualquiera, en el profundo hueco de aquellas peladas tierras de Caricual, junto a los cerros donde nadie sembraba. Sí, era seguro que se burlarían de él y hasta le parecía escuchar algunos comentarios: "Y si sabía tanto, ¿por qué no se curó él mismo?" "¡Qué iba a saber!" "Lo que sabía era sacarle los reales a uno". Y ya enterrado, abandonado, llegaría otro curandero a ocupar su puesto. Lo sucedería otro yerbatero. Ya adivinaba quién era. Creía estarlo viendo. Tadeo Mujica. Entonces, éste que sí sabía de curaciones, le diría a las personas todo cuanto él había sido: un vividor, un embustero, un especulador de las pobres gentes de Caricual. Ahora se daba cuenta de una cosa: si hubiesen llamado a Mujica para que lo viera, tal vez se hubiera salvado. Pero su mujer no lo quería, lo odiaba y este odio contribuiría a su muerte.

Rodeado de visitantes, en cada rostro advertía como una partícula de su propia historia y comprendía que había sonado

la hora de hacer el balance de su actuación. Había llegado el momento de rendir las cuentas contraídas con aquellas ingenuas gentes que por el miedo a morir se confiaban a su voluntad, como él ahora se entregaría en manos de Tadeo Mujica. Viendo el largo desfile de personas, Juvenal pensó algo que, como un eco de su conciencia, no estaba exento de lógica: tal vez no iban para acompañarle un instante ni enterarse de su salud, ni empujados por preocupaciones amistosas, sino a verle agonizar para tranquilidad de sus vidas amenazadas por él y seguridad de sus cuerpos a la disposición de su ignorancia y de sus mentiras.

¡Ah! Si pudiera hablar obligaría a Urbana a ir en busca de Tadeo Mujica para que le arrancara de una vez aquella puntada o pusiera fin al tormento con el veneno o la brujería que su mujer supuso le había echado en el aguardiente, hace tiempo, cuando se emparrandara en su compañía. Ahora quien le daba el veneno era ella, porque odiaba al otro. ¡Si le buscaran a Mujica! ¡Si le trajeran a Mujica! Quizás lograría burlar los asedios de la muerte. Él podía pagar todo cuanto cobrara Mujica. Era capaz de dar por la asistencia de Mujica todo cuanto había ahorrado y acumulado durante su actuación de curandero: los conucos de Santoalegre, las tierras de Yagrumito, la haciendita de La Cumbre y hasta los reales que Urbana le guardaba en el fondo del desvencijado baúl que estaba en uno de los rincones del cuarto de ella.

Pero no podía expresar sus deseos. Porque no podía hablar y tampoco sabía escribir.

Debatiéndose en esta angustia vió llegar un hombre. Lo reconoció en el acto. Era Nicasio Álvarez. Su presencia le causó violenta impresión agradable. En aquel campesino estaba el origen de su mentira. Allí, en aquel cuerpo casi anciano, había nacido y prosperado toda su fama. A él le debía toda la aureola de milagrero que le envolvía, la leyenda forjada por la imaginación colectiva, desde aquella lejana fecha cuando una culebrilla apareció en el cuerpo de su hija y él con un vulgar emplasto de yerbamoras detuvo el proceso de la infección cutánea y devolvió la salud de la paciente. Lo demás fué obra de la imaginación popular y producto de las necesidades del medio. En Caricual no había médico y como todo el mundo tiene el derecho de tejer los encajes de su esperanza, en el anhelo de permanecer enraizado a la vida como el árbol a la tierra, crearon de la mentira de Juvenal Guanape una verdad casi perdurable.

Por primera vez durante su enfermedad, Juvenal sonrió. Le sonreía al visitante. Ante el amable gesto del paciente que

miraba a Nicasio Alvarez con ojos traslúcidos de agradecimiento, éste se acercó al chinchorro y colocó cariñosamente una de sus manos en la frente calenturienta del hombre. Luego movió la cabeza en señal de desconsuelo y se alejó encorvado, bajo el peso de los años y de una gran tristeza.

Al contacto de la mano amiga, Juvenal había unido los párpados y desde ese momento casi entró en estado comatoso. Ya no sentía la puntada y hasta creía respirar con menos dificultad. Empezaba a sentir liviano el cuerpo. Algo le arrastraba hacia una reconfortante languidez, a la deriva de un profundo bienestar. Como si estuviese cansado y sus miembros se abandonaran a la laxitud del sueño. Como si soñara.

El único movimiento de su cuerpo se reflejaba en un leve y tardo ademán: suspendía pesadamente una de las manos y espantaba esa mosca imaginaria que ven o sienten revolotear sobre su cara todos los moribundos.

6

Expiró al atardecer, ya entre dos luces, cuando los últimos pericos en vuelo triangular regresaban ahitos de los maizales y ponían una movediza mancha verde en el espacio sin tildes de nubes y llenaban de loca algarabía la triste paz campesina.

Supieron que había muerto porque el chinchorro, inmóvil, crujió de modo inusitado, como si se quejara.

Hombres rústicos de La Cumbre, Santoalegre y Yagrumito, hicieron romería desde sus apartadas regiones para ver de cerca la cara de la muerte en la cara de un hombre a quien ellos creían adeudarle la vida.

Ya a tempranas horas del anochecer el cuarto del difunto se llenó de pausadas voces y de antagónicos olores. Olía a café, a humo de tabacos, a sudor y a tierra labrantía, a sebo derretido. Cuatro chorreantes velas regalaban nuevas livideces cambiantes a la lividez rígida de la faz del cadáver. La noche caía con el silencio de siempre. Apenas si se escuchaba a ratos el somnolento acento de algún gallo o el último fatigado cloquear de las gallinas buscando acomodo en el tinglado del corral, y, afuera, el desolado ladrar de los perros ante la proximidad de las apretadas tinieblas, junto con el estremecimiento de los maizales al soplo de las primeras brisas cálidas arrastradas por el nacimiento del verano. Mujeres de voz gangosa desgranaban interminables rosarios.

Al amanecer, en hombros de amigos, los hombres que le debían gratitud, fué conducida la tosca urna donde reposaba

el cuerpo de Juvenal Guanape y cuya pesada carga disputábanse los campesinos que formaban el fúnebre cortejo. Entre palabras opacas, desteñidas por la penosa emoción, trataban de revivir al difunto. Retrotraían sus conocimientos, sus curaciones, los secretos que poseía, los milagros de su ciencia. Y al hablar lo hacían como temerosos de algo o de alguien, como si en torno de ellos rondara la muerte y les acechara con más empeño para arrebatarles sus vidas.

Tras el féretro, casi presidiendo el acompañamiento, marchaba silencioso, cabizbajo, tratando de no levantar ruido con sus alpargatas listadas, Tadeo Mujica. Pero la gente lo advirtió por el sombrero de anchas alas, por el afilado machete bajo el brazo y la gruesa cobija de invierno terciada al hombro, compañeros indispensables del hombre cuando se aventura a transitar desolados caminos.

En el brazo izquierdo, sobre la manga del arrugado paltó de dril, lucía, en señal de luto, una anchurosa cinta negra. Las personas le sonreían con amabilidad y le miraban con respeto: era el sucesor de Juvenal Guanape. Era la esperanza.

Él parecía muy compungido.

MANUEL GUILLERMO DÍAZ

(Caracas, 1900)

Se coloca un seudónimo como un bigotillo de carnaval y, con alegre desparpajo, como si se divirtiera con las palabras y no tomase en serio los problemas a los que ellas se refieren, Manuel Guillermo Díaz escribe los cuentos que firma Blas Millán. "Cuentos frívolos", los llama el autor y en ellos presenta situaciones chistosas surgidas por lo actos de personajes caricaturescos en los que se exagera determinada concepción del sentido crítico, de la ciencia, del amor, de los prejuicios sociales. Cuentos de muy diversa índole ha escrito Manuel Guillermo Díaz, pero la nota que lo distingue especialmente es esa de la frívola burla de ciertas ideas, teorías y sentimientos que suelen tenerse como respetables. Por supuesto se da que esta burla está llevada por Díaz al terreno de la frivolidad con la cual los define y nada tiene que ver con el doloroso sarcasmo que ocupaba a nuestros escritores durante largo tiempo. Manuel Guillermo Díaz parece conocer la inutilidad de la protesta, sonríe al hacerla y evita así cualquier gesto de ridículo melodrama. En la frivolidad de su juego, la crítica se justifica y se subraya como en un chiste intencionado en "buena sociedad", con un ademán snob. No ha pasado nada, si no es la juiciosa creación de una forma literaria correcta y divertida. Eso son los "cuentos frívolos" de Blas Millán, seudónimo de Manuel Guillermo Díaz, entre los cuales figura "La radiografía".

LA RADIOGRAFÍA

Por MANUEL GUILLERMO DÍAZ.

José, intelectual nada millonario, no se podía casar, según su propia aliteración, con una de esas muñequitas sin sesos, que prefieren los pesos a los besos. He aquí por qué al conocer a Mercedes, comprendió que era la mujer conveniente para un hombre de su temple espiritual.

Doctora de la Universidad de Caracas, Mercedes acababa de regresar de un viaje por Europa, empleado en especializarse en Ginecología y Obstetricia.

Mercedes no había tardado en granjearse el apodo de sufragista: usaba cuellos, camisas y corbatas masculinos. Publicaba anuncios en que se ofrecía para asistir partos. Sus faldas, carentes de adornos, casi siempre negras u oscuras, semejaban sotanas recortadas a la altura de las rodillas. Tenía ojos negros, de suyo grandes, dilatados por las miras elevadas y por el aumento de sus lentes montados en carey.

En plena Plaza Bolívar, recostada en la baranda, leyendo un periódico, hacíase lustrar los zapatos por los limpiabotas, poniendo los pies sobre la caja con desenfado varonil. Un día de Carnaval disfrazóse de mujer con un traje de baile de una prima: entonces se opinó que era más bien bonita, con cierto airecillo sentimental, suministrado por su palidez, y por la contracción de sus rasgos, que revelaba una tensión constante de la voluntad, susceptible de suponerse utilizada en el sufrimiento estoico de un romántico desencanto.

Se tiraba de los tranvías sin aguardar la parada del vehículo. Atenuaba la severidad de sus paltós, de corte masculino, con una rosa en el ojal de la solapa. Los hombres le curiosea-

ban gustosos las piernas, de enérgica línea deportiva, que se prestaban a las inspecciones profundas, gracias al descuido feminista con que las cruzaba, y a la circunstancia de no extremar su imitación del hombre hasta el punto de usar calzoncillos.

Su padre, al enviudar, había dicho: Un hombre que pierde a su mujer no sabe lo que ha ganado. Huérfana de madre, Mercedes se fué educando sucesivamente en casa de todas sus tías paternas y maternas, que ninguna le aguantaba más de un año, por su travesura y genio rebelde. Soportó los estudios de la Universidad y en el Hospital de Caracas, a pesar de las bromas de sus condiscípulos, a quienes faltaba el grado de civilización necesario para guardar la seriedad junto a una estudiante de medicina. Una vez le metieron en el carriel algunas anatomías que no habrían podido quitar a un cadáver femenino.

A poco de conocerse, tuvieron Mercedes y José un diálogo que permite formarse un concepto aproximado de la elevación de sus coloquios:

—Usted me dice, José, que quiere casarse conmigo. En un principio no me niego. Pero antes de aceptarle, precisa que nos sometamos a un tratamiento.

—Pero si no estamos enfermos.

—No se espante, que estoy dando a la palabra una acepción nueva.

—¿Una acepción? —interrogó embobado José.

—Sí; llamo tratamiento la acción de tratarse un hombre y una mujer, durante mucho tiempo, para saber si pueden ser felices casándose.

—En suma, un flirt.

—No, porque el tratamiento, como yo lo entiendo, no tiene la futileza del flirt.

—Yo le aseguro, Mercedes, que nunca pensé proceder con usted como con una charlestonera cualquiera.

—Encantada. Pero sépalo, que yo conduciré el tratamiento con mucha seriedad, y que espero que usted hará lo mismo. Antes que en divertirnos, pensaremos en estudiar minuciosamente nuestros caracteres, para investigar si son adaptables el uno al otro.

José aceptó, sin quedar muy convencido de que, en resumidas cuentas, la diferencia entre el tratamiento y el flirt no fuese sino cuestión de palabras. Pero ¿qué importaban las manías discursivas de Mercedes, si era apta para ganarse la vida y carecía de hábitos de mundalidad y lujo? Con seme-

jante esposa, un hombre podía dedicarse a profundos estudios eugenésicos, seguro de hallar en su cónyuge antes una ayuda que una impedimenta.

A poco de comenzado el tratamiento, trabajaba José una mañana en su laboratorio de química, cuando le vino una idea que juzgó brillante y original. Deseoso de ponerla en práctica cuanto antes, dejó unos análisis que tenía pendientes, y corrió a casa de un médico amigo.

—Hermano —le dijo— quiero que me hagas una radiografía del corazón. No. No estoy enfermo. Es que quiero regalársela a Mercedes en prueba de amor. ¿No te parece original y modernista la idea? Para que te molestes lo menos posible sólo tomarás la radiografía. Yo revelaré la placa en mi laboratorio. El chasis te lo devuelvo dentro de media hora.

Rato después José revelaba gozosamente una radiografía perfecta. Para mayor rapidez la secó al calor de una hornilla luego de haberla lavado en alcohol. Acto seguido imprimió una positiva que, todavía húmeda, llevó corriendo a un fotógrafo, a quien encomendó recortarla y pegarla en una cartulina. A todas estas, los análisis estaban suspendidos en el laboratorio.

La mañana siguiente, empeñado José en inventar una dedicatoria apropiada a la novedad del presente, aplicó el método de rascarse vigorosamente la cabeza. Mas aunque sacrificó muchos cabellos a la musa, la inspiración no le vino, y hubo de conformarse con un laconismo: "A Mercedes, dedico esta radiografía de mi corazón." Por consolarse de su fracaso retórico, decíase: soy el único novio que ha dado con la manera de regalar a su novia una fotografía que no sea lamentablemente trivial y cursi. En seguida envió el recuerdo a la doctora.

José era químico de profesión. Pero su ideal cifrábase en regenerar la raza venezolana por medio de la Eugenesia y ciencias anexas. A menudo se le veía predicando sus ideas ante mecánicos, barberos, sirvientes, empleadillos, colegiales, que le escuchaban asombrados.

"Criar un niño defectuoso de nacimiento —les decía— es un crimen para con él, y un largo martirio para sus padres. Un niño así debe ser cloroformizado y degollado inmediatamente después de nacer".

"Los hombres debían prepararse para el matrimonio como los niños para la primera comunión, esto es, con largo retiro consagrado a purificar el organismo con la purga que es la

confesión del cuerpo, el ayuno y la hidroterapia que son la penitencia, y la gimnasia que es la oración".

"En el porvenir, el Estado no casará sino a hombres y mujeres que hayan percibido el certificado de aptitud intelectual para la paternidad y maternidad; certificado que se otorgará después de severos estudios de pedagogía, psicología, psiquiatría, fisiología, higiene, hidroterapia y gimnasia. Los padres de entonces no se figurarán, como los de ahora, que la educación de un hijo consiste en darle fuerte regaño de cuando en cuando, e inocularle cuanto antes el virus religioso".

Como Mercedes escribía en los diarios en favor del certificado de sanidad prenupcial, se ve que los ideales de José tocábanse en parte con los de su novia. José tenía aptitud para la propaganda oral; Mercedes, para la escrita: se completaban.

José habría podido ganar mucho con su profesión. Se le reputaba por un químico excelente. Pero su tardanza e irregularidad en el trabajo, mermábanle de continuo la clientela. Como no era rico, no anhelaba ganar mucho dinero. Al ponerse a discurrir sobre Eugenesia, olvidábase de su laboratorio y de sus compromisos. Y no pasándose día sin que sermoneara sobre el particular, las quejas llovíanle cotidianamente.

José no había podido concebir ninguna idea original aplicable al mejoramiento de la especie, hasta que se publicaron en Caracas los experimentos hechos con el aparato electromagnético-terro-celeste de Christofleau, que según se sabe capta diversas corrientes eléctricas naturales, y sirve para dar a las plantas un desarrollo que deja muy atrás el de los uveros de la Biblia. Entonces brotó en José la genialidad de construir un sombrero metálico, rematado por un aparto de Christofleau, cuyo uso aprovechase a los viejos para rejuvenecer, y a los niños para superar la talla enana, la enclenque musculatura, y el rudimentario intelecto de la actual humanidad, como decía José con vigorosa adjetivación. Durante las tempestades, habría que quitarse el casco eléctrico, por evitar un centellazo. El polo de tierra: un tacón metálico.

Un escéptico epicúreo arguyó a José: Yo guardaría de aplicar el casco que usted ha inventado, si efectivamente sirve para lo que usted cree. Supongamos que nuestros hijos adquieran una talla de dos o más metros y un grado de inteligencia muy superior al de Goethe o Cervantes. ¿Concibe usted que nos dejarían envejecer en paz? ¿No es más probable que nos exterminaran a todos, movidos por el desdén grandioso que les inspiraría nuestra flaqueza, y también por vengarse de quienes, formándolos tan grandes, les condenaron a la terrible

tarea de adaptar a sus dimensiones extremadas, y de un momento a otro, este planeta que la humanidad viene acondicionando para su pequeñez desde hace millares de siglos? Imagínese; tendrían que empezar por construirse casas, y de nada le servirían nuestros automóviles, ferrocarriles, transatlánticos, que para ellos serían incapaces e insuficientes... Pero suspendamos esta enojosa fantasía.

—Yo —respondió con dignidad José—, recibiría gustoso cualquier tormento después de haber formado una superhumanidad así.

Días antes tuvo un fracaso costoso, ensayando con un chivito muy cachorro, un casco eléctrico improvisado para los primeros experimentos. No bien le hubo puesto el aparato, cuando el animal arrancó a correr por el laboratorio, embistiendo contra las paredes por quitarse el molesto mecanismo; y como José precipitárase a sujetarlo, el chivito movido por sus instintos brincones y trepadores, saltó sobre las mesas barnizadas de blanco, y quebró con alegre son, retortas, lámparas, frascos, sopletes, morteros, tubos, hornillas, vasos, probetas, cubetas, embudos, y envases con materiales que demostraban la miseria fisiológica de muchas personas respetables.

Una hora después de enviar a Mercedes el presente recibió José la carta que a seguidas copio:

Mi estimado amigo:

Acabo de recibir su radiografía. Me apresuro a manifestarle mi agradecimiento por su gentileza, y a comunicarle mi reacción psíquica ante el regalo tan excéntrico.

Usted, querido amigo, tiene un comienzo de dilatación del corazón, como se ve claramente en la radiografía. Se debe sin duda al exceso de cigarrillos y a los cocktails que usted, a pesar de sus ideas higiénicas y eugenésicas, no deja de fumar y beber. Es extraño que usted no empiece por aplicar a su propio organismo, las prácticas salutíferas que recomienda a los demás.

Ahora bien: la profesión de médico me encanta, pero la de enfermera me horroriza. Si yo me casara con usted, me sería forzoso, andando el tiempo, convertirme en su enfermera y esta degradación no me sonríe en absoluto. Así, pues, suspendo nuestro "tratamiento", hasta que usted, sometiéndose a un régimen adecuado, detenga y corrija la señalada degeneración. Le aconsejo irse a un sanatorio europeo.

Demás está decir que no quedamos obligados, el uno para el otro, ni a guardarnos ausencia, ni a rechazar partidos convenientes si se nos presentan. Deploro mucho lo sucedido, y

espero que usted seguirá mi consejo. Todavía hay tiempo de lograr una curación definitiva. Inútil agregar que la suspensión de nuestro "tratamiento", no significa la de nuestra camaradería y amistad. Eso estaría bueno para gente de mundo. Usted puede visitarme y salir a paseo conmigo cuando quiera, con la única condición de no hablarme de matrimonio. Esta misma tarde, si usted quiere, puede verme para indicarle el régimen que debe seguir. — Mercedes.

PABLO DOMÍNGUEZ

(Caracas, 1901)

Gusta Pablo Domínguez de insistir en el hecho de haber nacido en la parroquia caraqueña de San Juan, lo que equivale a hacer hincapié sobre una raíz popular, alegre, altiva, dinámica, orgullosa de ser pueblo. La literatura de Domínguez se refiere igualmente con cierta frecuencia a las virtudes y problemas del obrero-artesano dentro de la Caracas de comienzos de siglo; describe a un hombre para el cual las actividades de la industria que se iniciaba en la ciudad, representaban una serie de cambios económicos, morales, políticos, educativos, higiénicos. Domínguez plantea, por ejemplo, el contraste entre la tradición de machismo resultante de la época de las revueltas caudillistas y el comienzo de una forma de vida en la cual el trabajador aldeano debe convertirse en el obrero moderno obligado a servirse de la máquina. Pablo Domínguez refiere en algunos de sus cuentos, a base de anécdotas ejemplares y sencillas, las complicaciones de esa época reciente; el tono del relato suele ser sencillo y ejemplarizante. El cuento que forma parte de esta selección —"Ponzoñas"— no parece tener relación directa con ese ambiente obrero y ciudadano de Caracas y, sin embargo, no sería osado afirmar que hay en esa triste historia de animales una imagen de angustia y desazón que corresponde en cierta manera a la sensación del hombre colocado en situación de incomprensión absoluta, de individuo cuyas armas defensivas son consideradas como instrumentos de maldad, como utensilios de rencor, como ponzoñas que surgen en los rincones de lo cotidiano.

PONZOÑAS

Por PABLO DOMÍNGUEZ

1

Recuerdan vagamente la noche en que vinieron a dar en aquel dulce rinconcito, en el hogar del matrimonio burgués. Algo así como un cendal muy leve se alza de cuando en cuando ante la realidad de sus vidas. Seguramente sucedió algo muy grave cuando ellos apenas tuvieron tiempo de huir sin haber probado ni un solo bocadito maternal.

Pasó algún tiempo. Sentían deseos de caminar afuera, de comer alguna cosa distinta y abundante que no fuera lo mismo de que se alimentaban, ración que apenas les sostenía. Por el hambre se dieron cuenta de la situación y solían preguntarse por qué estaban allí y cuál causa los obligaba a vivir metidos en aquel rincón sin atreverse a salir al ancho mundo que miraban con ojos melancólicos desde la guarida. No lo sabían. Las manifestaciones del instinto los obligaba a resguardarse todo lo mejor posible. Cada vez que oían pisadas cerca o algún ruido extraño, corrían a ocultarse mejor, en el fondo del hueco para convencerse luego de que nadie iba contra ellos. Esto ocurría muy a menudo; cuando las pisadas del señor se acercaban a la cama, al penetrar la mujer en el cuarto entablado, cuando el niño desgranaba el caracol de su risa. Era un vivir asombroso que ellos se empeñaban en desentrañar. Pero, no lo sabían.

Una noche, después de muchas cavilaciones —minutos apenas, siglos enteros para sus vidas oscuras— salieron al patio. ¡Qué hermoso silencio! ¡Palpitación elocuente y muda del alma del Universo! Subieron cuando las respiraciones —hombre, niño y mujer— llenaban el cuarto con las tres sinfonías

acompasadas y graves, himnos de paz y de pureza acordes en un todo —augusta trinidad— con la divina misión sagrada. Un olor penetrante llenaba los corredores. No lejos de sus ojos vieron las sombras del jardinillo familiar, la enredadera sobre el muro, llena de florecitas blancas. Vieron todo el panorama del enorme mundo que existía un poco más allá del rincón del cuarto y durante mucho rato quedaron maravillados. ¿Por qué aquella luminosidad que llenaba los patios y los corredores? ¡No lo sabían! ¡Atravesaron el comedor, llegaron a la cocina, hallaron comida abundante!

Desde entonces el más pequeño siente nuevos bríos y el otro robustece más y más. ¡Tiene una uña con la que es capaz de rayar un poste!

2

Estas caminatas —¿será inútil repetir la verdad incontestable de que siempre se vuelve, de algún modo, por los mismos caminos transitados?— familiarizaron un poco más sus vidas reclusas; se quedaban en otros sitios días enteros para regresar, como de vuelta del campo, de la playa, donde se pasaron horas y días felices, al hogar sereno y confortable.

Una tarde, el más pequeño, cuando se disponía a regresar a su cueva, fué sorprendido por la sirvienta y muerto en el acto por la señora con un palo grueso y largo. El otro vió, desde la entrada del escondrijo, la escena trágica. Vió cuando la señora, transformada en una fiera, le dió el golpe de gracia. Vió a su hermanito repeler la agresión, esforzándose en aplicar la ponzoña pero no pudo y allí quedó, en el patio, muerto.

Después vió el regocijo de la familia entera. El padre recordó la noche en que después de matar a una hembra, surgió ante sus ojos el espectáculo de los recien nacidos, comiéndose a su madre. ¡Ah! ¡Seguramente ellos eran los hijos de aquélla! El niño bello tamborilea su juguete y ríe, en brazos de la madre, con risa llena de júbilo. Es un ángel y sin embargo se ríe de un crimen. La sirvienta expresa su alegría por ser quien descubrió al monstruo; los dueños de la casa la felicitan; por último, considerando que no podía ser arrojado a parte alguna porque el veneno podía matar a otros animales inofensivos, pidieron gasolina y, como en los buenos tiempos de Alejandro VI, Papa y verdugo, Vicario de Cristo y asesino, le condenan a las llamas y es quemado. Alrededor del fuego ríen los inquisidores; mientras tanto

tamborilean los dedos del niño contra el pecho de la madre, a compás del chirrido de la materia crepitante.

¿Por qué le quitaron la vida a su hermanito? No se pudo contestar. Pero sintió en lo hondo la sed de la venganza. Cobraría —idealismo mezquino— con la misma moneda. Y como si aquel acto fuera lo trascendental en su existencia —crimen entre crimen— vió su fealdad, su cuerpo grosero, su existencia sumida en la sombra. En ese momento comprendió su finalidad. Todos los otros seres que observaba desde allí —hombres, pájaros, hormigas— eran objeto de otro cariño. ¡Él no! Y se miró su cuerpo grosero, la cola fuerte. ¡Tenía una ponzoña como para rayar un poste!

3

Hubo fiesta en el hogar. Por la mañana trajeron ramos de flores y muchos regalos bonitos. Le colocaron al niño en el pecho una medalla de oro con la imagen de la Virgen y en la muñeca izquierda le pusieron una figurita de azabache. El corredor y el patio estaban llenos de adornos multicolores; el jardín lo cruzaron de cintas, entre las ramas de los árboles colocaron globitos azules, rojos y amarillos. Vinieron muchos niños amigos, señoritas, señoras que armaron por la tarde un escándalo tremendo al romper una olla forrada con colorines, llena de dulces y de frutas que se balanceaba de lo alto de una cuerda. Bebieron. Comieron. Gozaron. El baile terminó muy tarde; después todo quedó en sosegado silencio. El padre y la madre fueron a dormir. Se miran sus rostros risueños; sisan al niño, lo besan, lo acarician, la madre lo duerme al fin con el susurro de su voz.

—Hemos tenido un día muy feliz —dice—, ¡hoy es un día muy feliz!

Se besan, estrechándose; el himno supremo del amor se anuncia en el sonoro preludio de los besos, comienza ahora poniendo en sus bocas esa suerte de maravillosa armonía que irá en crescendo hasta alcanzar los acordes triunfales, para terminar en pianísimo de sollozos.

—Hemos tenido un buen día —repite.

Y sus cuerpos son cajas musicales: ¡se tocan y vibran!

4

Desde su guarida miserable ha visto toda la fiesta del hogar. Con la alegría de los otros, teje la venganza en las

sinuosidades de su cuerpo mezquino de réprobo. Y cuando en la alta noche se dispuso a salir de su aposento, la risa asesina jugueteaba en su boca negra.

El marido dormía, la esposa también estaba dormida. Subió por una pata torneada. En la barandilla, por sobre los pliegues del mosquitero miró al niño babearse sobre la blancura de la almohada. Dormía como un ángel. El impulso salvaje lo empuja y baja. Ya acaricia la blanca piel fina y roza con sus patas groseras el albo trajecito; ya pasa su miseria sobre la pureza, el candor, la santidad del niño y como sintiera un estremecimiento, aplicó la uña maldita una, dos y más veces; no lo recuerda porque tuvo que salir de prisa hacia el refugio oscuro, al grito del niño herido.

Ahora toda la casa tiembla de amargo dolor y de suprema angustia.

5

Goza él con su crimen. Asiste a la tragedia de los otros, tal como asistieron a la tragedia suya. El llanto, la desesperación de la madre, velando al borde de la cuna; la furia del padre, quien a veces maldecía sordamente, buscándolo; toda la horrible tragedia de aquella madrugada le merece delicias insospechadas, infinitas. El niño languidece en un largo sueño, quién sabe si para no despertar jamás. Por la mañana, temprano vino el médico, un hombre reposado y regordete. Llegó mucha gente, no tanto como el día de regocijos porque es mucho más cómodo y agradable oír la modulaciones de un violín que el lamento de los desesperados.

Pero, he aquí a la bestia transformándose de pronto, por una inversión espantosa de todo un ser feo y miserable. Sin saber por qué comienza a oír una voz, una voz que nunca había oído y que venía emergiendo de las profundidades, de los escondrijos de su cuerpo y que le descubre el pozo tenebroso donde ha naufragado. Comienza a darse cuenta y a comprender todo el horror de su destino. Una larga serie de fenómenos, un encadenamiento de razones le hicieron llegar al punto en que, convencido de su posición dentro de la gran familia resultaba peligroso y malo. ¿Qué culpa era la suya para ser lo que era? ¿Acaso se escoge entre ser bestia y ser hombre?

Y dándole vueltas al pensamiento llegaba a dolerse de no poder vivir sino en el mal. ¡Por algo le buscaban la vida! Era un animal malo; sabe Dios si a su hermanito no lo ma-

taron en balde; quién sabe si algo malo había hecho; ¡él lo vió matar como se mata a un animal malo!

Durante largas horas retozaron al escondite las ideas que lograba enhebrar; quiso salir para libertarse de aquel peso pero, en el instante de salir fuera lo detuvo el miedo a la muerte y al justo castigo pero, más pudo su desesperación y salió contoneándose por la orilla de la pared.

Afuera reía el sol sobre las enredaderas. Hacia lo alto el cielo limpio y sereno. Toda su ferocidad, toda su negra podredumbre de ser maldito se recogió en un oasis de bondad y de calma.

Lo sorprendió la sirvienta. Al verla reconoció a la victimaria de su hermano y se consideró perdido. La mujer gritó, llena de espanto; luego armándose de una gruesa vara de hierro acribilló el cuerpo espantoso. Murió sin protestar, ni siquiera alzó la cola para defenderse. Sabía ya que los otros únicamente se cobraban.

Todos lo vieron entonces. El padre dijo que le cortaran el vientre para ponérselo al niño sobre las heridas. La madre recogió las piltrafas de aquella materia inmunda y las colocó sobre la blancura inmaculada del niño. ¡Qué contraste!

El padre repitió y ahora con voz clara y solemne, que hicieran polvo todo el resto de aquel cuerpo en previsión de un fenómeno y, además, porque de las malas bestias no debe quedar ni el rastro.

MARIANO PICÓN-SALAS

(Mérida, 1901)

Hay un personaje que cuenta como experiencia personal el cuento "Los batracios" de Mariano Picón Salas. Alguien allí dice "yo" en el tono de la confidencia, utilizando las palabras que se encuentran en los libros serios, en las obras cultas; ese alguien actúa como testigo, como acompañante, como cómplice de la violencia; aventura su capacidad de fabricante de frases para hacer documentos y dar fe de los actos que otros realizan; por su cualidad de letrado se ve obligado a aceptar la responsabilidad de los hechos que convirtió en documentos. La letra se convierte en algo tan personal, que sólo podría explicarse a través de una pesadilla. El hombre que describió la historia —el "yo" del relato— mira su propia vida como intervenida por fantasmas librescos, por animales de museo. La acción es un viaje de la realidad a los libros y de éstos a aquélla, a través de una experiencia personal aterradora. Picón Salas ha logrado este cuento con la sobriedad magistral patente en toda su obra de escritor: sensibilidad humanizada, inteligencia que sabe elaborar poesía, armoniosa comprensión de problemas y situaciones que dan como resultado una obra de escritor que hace girar el mundo de su arte entre los polos de la pura literatura y de la inteligente pasión.

LOS BATRACIOS

Por Mariano Picón-Salas.

Ignoro si esto lo soñé en aquella perturbada época cuando las visiones me traían a la almohada sofocantes residuos de una vida anterior, imágenes opresivas como las que acosan a los marihuanos, y flotando siempre en aguas lodosas, el rostro o la caricatura de aquel hombre parecido a muchas máscaras de dioses y demonios, de animales divinizados, de los que se guardan en los museos de Antropología.

Comenzó el asunto en cierta desolada caleta de la costa donde el Coronel Cantalicio Mapanare, con su viejo prestigio de guerrillero y pensando que la República puede todavía mejorarse con "cargas de machete", nos comprometió en tan absurda aventura. Comiendo cabrito asado y bebiendo infernal cocuy en su hato de "La Sábila", habló de los deberes de la juventud y del extraño movimiento que auspiciado desde fuera por antiguos caudillos, modificaría el orden de cosas. El paisaje de "La Sábila" acaso era buen marco para semejantes alucinaciones. Entre cerros ocres y pedregosos, erizados de cardos, mirando lejanías de médanos semejantes a camellos en marcha, es tierra que convida a la pelea. Los enormes cactos se yerguen, como guerreros indios, en plena guazábara. A lo lejos el mar se despliega como una inmensa piel de serpiente. En los días sofocantes, las nubes rojas pasan incendiando el cielo con sus fogonazos de artillería. El suelo comido por la erosión forma por todas partes grietas

o pequeñas cavernas, de donde de pronto brota un cachicamo con su pequeña armadura de caballero feudal.

El Coronel mostró a los iniciados las cartas de los generales expulsos en las Antillas que señalaban la fecha. Una misteriosa red de mensajes, de gentes que van de una parte a otra, pávidos de consignas, agitaba la provincia. Y, al mismo tiempo que secan al sol sus cueros de chivos, viejos y mozos limpian las enmohecidas armas que se cubrieron de telarañas en los "soberados".

El Jefe Civil, montañés barrigón y taciturno, más preocupado de cobrar las contribuciones y de multar a los burros que ramonean bajo los cujíes de la plaza, no parece saber lo que se prepara. Mucho tiempo le absorbe aquella centavera recaudación de tributos municipales. Que en el caserío de "El Bejuco" mataron un cochino y corresponden tres bolívares por derecho de matanza, y que los Juárez deben pagar veinticinco pesos por destilar cocuy sin el debido respeto a las prescripciones sanitarias. ¡Y a ese viejo Coronel Mapanare que con tanta frecuencia se burla de las ordenanzas, por aquello de que "ley pareja no es dura", es necesario imponerle, de tiempo en tiempo, algunas multas! "No se nos vaya a alebrestar demasiado". ¡Autoridad es autoridad! Pero tampoco excederse en el rigor y alternarlo con algunas dulzuras, porque en Política —razona el Jefe— "unos dentran y otros salen". Y conmueven al pueblo los muy sacudidos abrazos que ambos se dan al encontrarse en la calle.

Por eso, el Coronel nos afirmó:

—A ese bruto lo tengo "cebao".

Bebimos tanto una noche en el hato de "La Sábila" que Mapanare resolvió, nada menos, que caer sobre el pueblo.

—Pero, Coronel, ¿no será mejor que esto coincida con el desembarco de las gentes de las Antillas; que coordinemos la operación terrestre con la marítima? —me atreví a replicarle con ingenua pedantería estratégica.

—Civil no discute cosas de guerra —me contestó, amostazado.

Pero, volviendo por las normas de la cortesía, nos señaló otros papeles para justificar sus puntos de vista. El Comité directivo ordenaba desde las Antillas que las operaciones de desembarco fueran precedidas por "espontáneos levantamientos populares".

—¡Espontáneos levantamientos populares! —comentó el guerrillero—. ¡Cómo se atascan estos bachilleres! ¡Cómo si los mariquitos y jipatos de los pueblos fueran capaces de alzarse

solos! Hay que haberle tomado gusto al plomo. No vamos a ningún baile a escote.

Era noche de luna y la casa del Jefe ya hervía de gente. Tenía algo de medieval y de hermoso aquel cuerno que a la puerta del hato se puso a congregar compadres, vecinos y medianeros. Lo comparé en mis sueños retóricos con el cuerno que resonó en Roncesvalles... Mocetones cobrizos, que eran ahijados, hijos naturales o protegidos de Mapanare, llegaron pidiéndole la bendición. Como en un cardumen gigantesco se amontonaban en el patio, las armas rescatadas de los misteriosos soberados. Había simples cuchillos de monte; "colas de gallo"; pistolas que ya sirvieron para los abuelos; fusiles de 1892. Corría generoso el cocuy y Mapanare daba órdenes:

—Arreglen sus bestias y aperos, y en marcha hacia el pueblo... ¡Le madrugaremos al Jefe Civil!

Y dirigiéndose a mí, como para vencer mis ultimas dudas:

—Papel y lápiz, mi doctorcito, porque usté va a apuntar...

El cocuy ya me llegaba hasta los sesos como la picadura de cien alacranes. Sumido en esa otra borrachera no sentía temor alguno y aun en lo más violento y primitivo del lance parecía desquitarme de la mediocridad de tantos años opacos e inmóviles. ¡Inerte juventud de bachiller que aprendió los Códigos y escribe todos los días en su letra inglesa: "Tengo la honra de comunicar a Ud."; "El compareciente dijo llamarse", etc.! Los libros que leía en la noche, antes de dormirme, hablaban de destinos más bellos o más arriesgados. Ahora, con ese Romanticismo entre sentimental y heroico que suscita nuestra tierra caliente, recordaba los versos que podían idealizar o ennoblecer mi situación. Me parecía hermosa la palabra "Patria", la palabra "Peligro". No me hubiera importado morir:

"Morir y joven, antes que destruya
el tiempo aleve tu gentil corona".

Una salpicadura de mar llegaba desde la playa ablandando aquel camino de arenisca, desflecándose y rodando como otra crin más de los caballos.

A la entrada del pueblo ya gritamos las consignas: ¡Patria y Revolución! Y desde ventanillas minúsculas, gentes despertadas con susto, miraban como ánimas, entre sus paños de dormir.

Sigilosamente ajustaban más las trancas de las casuchas, y la suma transparencia del aire nos devolvía el ruido de las trojes, de los colchones de hoja de maíz en que se revuelven los durmientes sobresaltados.

Clarines de gallos alertas en los solares; perros que acosaban desde las cercas, parecían multiplicar el ruido; trocaban todo en una especie de trastorno cósmico. Llegamos hasta el centro del pueblo y amarramos las bestias en los árboles de la plaza. Cuatro comisarios de los que hacían la guardia local, aparecieron allí con sus sombreros pelo de guama en las manos, y rindiendo sus peinillas a la revolución. Saludaban ya a Mapanare:

—Usté sabe, Coronel, que a nosotros nos mandan y nos ponen aquí para resguardar el orden.

—Bien, hijos, cooperen con el movimiento —decía patriarcalmente el viejo—. Contimás que yo soy de aquí; de esta tierra, como los chivos, la sábila y los cardones.

Ganándose sus primeras preseas revolucionarias, ellos mismos salieron a buscar al Jefe Civil. Fué un poco grotesca la aparición del pobre hombre, en calzoncillos, con los ojos bovinos y alelados todavía de sorpresa y de sueño.

Inquirió con nerviosidad:

—¿Qué me van a hacer?

Y Mapanare, fijando los principios morales del movimiento:

—Es sólo medida preventiva. Después jalará pa su tierra... ¡Quién ha visto montañés en costa! No queremos ejercer violencia inútil contra las personas, sino restablecer la legalidá.

Y lo dejó entre los guardias, porque él iba a dar comienzo a las operaciones "de limpieza".

Mientras disparan (a modo de regocijo) más de una bala loca, me marcho a la Jefatura a escribir los papeles que me encargó el Coronel.

Redacto, a la luz de una lámpara de kerosene, el boletín de campaña número uno y hasta un manifiesto a los pueblos de la región, defendiendo la justicia de nuestra rebeldía.

Suena otro fusilazo a lo lejos.

—¿Qué será? —pregunto deteniendo la pluma, al ordenanza que vigila a mi lado.

—¡Nada! El Coronel lo hace pa mantener despiertos a los muchachos y pa que los civiles apriendan.

Da un bostezo, abre la boca mulata parecida a una sandía y exclama con deliciosa inconsciencia:

—¡Qué gozadera!

En las calles, las gentes despertadas por susto o a viva fuerza, están aclamando al jefe:

—¡Viva el General Cantalicio Mapanare!

Y así, elevándolo de grado, por plebiscito unánime, se encabezaron los documentos que terminé de escribir en la madrugada.

A las siete, el Jefe me buscó para firmar los papeles e invitarme al desayuno. Celebró el nuevo título con que le gratificamos:

—Usté me comprende, amigo... Pero he de decirle algo parecido a lo que le dijo Páez a Bolívar. (Yo también leo mis historias)... Si la República lo autoriza.

—¡Cómo no lo va a autorizar, mi General! ¡A su salud!

Y a falta de otra cosa, brindé con mi taza de café.

Como pequeño botín de las operaciones, el viejo (ya algunas gentes, para darse importancia, le empezaban a llamar "el viejo"), me metió paternalmente en el bolsillo dos morocotas.

—Para que se ayude en los gastos de la campaña...

Y explicándose mejor:

—Usté sintió hace un rato los tiritos. El comercio se alarmó y empieza a ayudar. ¡Y ahí se está esa gente, dándole gusto al cuerpo, mientras se enciende de veras el plomeo!

Zamarreado por dos guardias que Mapanare delegó en su busca, comparece en ese instante el telegrafista. Y con destreza de prestidigitador asustado —antes de que le ocurra algo peor— se saca del bolsillo y le alarga al Jefe su pequeña ración de telegramas interceptados.

Los lee, nervioso, el General, y me los pasa mientras dice al atribulado hombre:

—A usté será mejor dejarlo preso e incomunicado, no se le vaya a soltar la boca...

Y llamándome a un rincón, meditamos en la gravedad de las noticias. Ocurre que, según los telegramas, ya el Gobierno sabe de los movimientos que debían estallar; detuvieron dos goletas que traían parque desde las Antillas; se ordenó reforzar las guarniciones de la costa y varios aviones harán, también, la vigilancia del litoral.

—¡Aviones, aviones! —comenta, todo amoscado, el Jefe—. A este asunto como que le va a caer zamurera.

—¿Y qué haremos, General? —me atrevo a inquirir.

—¿Y me lo pregunta? A usté como que se le está aflojando la cotonía... Echar pa alante, como los hombres de pundonor. Es mejor que nos cojan peleando y no dormidos... Quién quita que las cosas mejoren.

Y como si aflorara el fondo todavía mágico de su alma:

—¿Usté es creyente? Pues reze contra el "enemigo oculto" y encomiéndese al Justo Juez o a San Marcos de León... Se han visto casos...

Se volvió hacia la pared, se persignó y dijo a media voz las palabras rituales:

—Con dos te veo, con tres te ato, la sangre te bebo y el

corazón te parto. Dominado por las fuerzas de San Juan, dominado por la espada del Arcángel San Miguel, atormentado por el Ánima Sola.

Luego, volviendo al mundo lógico, y como si espantara una mosca que le pasase por los ojos:

—¡Aviones, aviones! En mi tiempo peleábamos como machos y no llamábamos a los musiúes para que pusieran a roncar semejantes maquinitas. Veremos por esos cerros, entre tantos compadres y amigos, si le madrugamos al Gobierno.

Sonó la corneta y nos movimos como si fuésemos una colonia de bachacos, raspando esa tierra agria donde el insecto se mimetiza con el paisaje. Tierra color de bachaco y enconada como ellos. En la plaza, a la sombra de los cujíes, aún había gentes ingenuas que gritaban:

—¡Viva el General Mapanare!

A pocas cuadras del pueblo comenzaba una calva serranía donde los cerros perpendiculares rasan como cuchillas. Piedras rojas como tumores, abrazadas sádicamente a los cardones. Las bestias resbalan entre lajas sueltas y detritos de roca quemada al sol. De pronto, un pájaro rojo revolotea entre las piedras como endilgando el vuelo hacia el aire más fresco de la costa. Pero desde aquí, aún el cobalto del mar lejano parece más pérfido. Arriba las nubes proyectan sobre el cielo torcido, las mismas formas cancerosas de la tierra. Espectralmente envuelto en las nieblas de la cumbre, horadado de fososoy vertientes que cavó la erosión, más allá de estos caminos jibados, hay un viejo castillo español donde en la época colonial se vigilaba la costa contra piratas y corsarios. Allí esperaba fortificarse Mapanare, mientras reparte algunas gentes por haciendas y caseríos, buscando refuerzos, reclamando el cumplimiento de viejos y sagrados pactos revolucionarios.

Teníamos sed y seguíamos empinando a "pico de frasco" los garrafoncitos de cocuy. Entrábanos en la garganta, con el licor de fuego, el polvo rojizo del camino; el sabor de la arenisca. En el paisaje, a pesar de la aridez, hay una vida terrible: la de las rocas que craquean al sol, la de los terrones que caen, la de los abejones y tábanos que zumban. Como un pedazo de tronco muerto, se enrolla una serpiente de color gris cuya cabeza se adelanta a cortar uno de los mocetones, probando por primera vez el filo de su cuchillo:

—¡Jesús! Me libré de esta "bicha".

Y sigue el camino monótono, chasqueante de lajas.

De pronto, sentimos sobre nosotros un zumbido más largo y persistente que el de los abejorros. El cielo está diagonal,

y siguiendo la abrupta cuchilla del sendero, tenemos que volvernos de soslayo para mirar hacia arriba. Y ahora, "aquello" crepita sobre nuestras cabezas como si fuera a descolgarse.

—General, un avión —digo a Mapanare.

Y el guerrillero otra vez se persigna como si estuviera ante las fuerzas que no comprende; que le parecen indominables.

Pero de nuevo la máquina se dispara cielo arriba, como despreciando aquel puñado de gentes y bestias aspeadas, sedientas y sudorosas. Debemos parecer, desde el cielo, un conjunto de lajas, arrastradas por la ventolina; por aquella "caldereta" de mediodía que nos pega como una ventosa.

—Irá, sin duda, a la capital del Estado a decir hacia dónde se mueve la guerrilla —comenta el Jefe.

—Irá. (Y mi palabra es ya sólo un caliente bostezo.)

Sigue pasando un aire ardoroso que nos aprieta como mano sucia, untada de sudor.

—¡Arre, bestia! —gritan los jinetes, azotando los animales cansados, que de pronto se "achantan", bruscamente, en la ladera.

Caen pedruscos y malas palabras. Cruzan entre las piedras y los bejucos secos, a paso chasqueante, lagartos verdes e iguanas nerviosas, de ojos sobresaltados.

Avistamos, ya de noche, saltando por un barranco, erizado de cardos, las ruinas del viejo castillo.

Nos echamos allí, sobre las losas, como un racimo de cuerpos exánimes. El estrellado cielo vierte sobre nosotros el tul fresco y piadoso de un impalpable mosquitero.

—Mañana será otro día —dice, fatalista, el General Mapanare.

Y mañana fué otro día. El General había conjurado de nuevo al "enemigo oculto" y rezado a San Marcos de León. Nos repartimos un poco de cazabe, de papelón y tasajo que se guardaba en las busacas, y continuamos el camino.

Descendíamos ahora por una ladera con sueltas manchas de verde, como fresco anuncio de la quebrada distante. Leguas allá, el paisaje se tornará más humano: hay trapiches, caseríos, compadres, amigos y conmilitones de nuestro Jefe. Íbamos marchando de prisa, embebidos en la cariciosa dulzura de la mañana, cuando de un bosquecillo de carrizos donde nos prometíamos calentar café en improvisadas "topias", desemboca de pronto un pelotón. Fué como un viento huracanado que hubiese sacudido el carrizal. Avanzaron a gatas y apuntan ya sus máuseres contra nuestro desecho cortejo.

—¡Deténganse o hacemos fuego! —grita una voz.

Ya caen sobre nosotros, como ensartándonos en las bayonetas. No hubo tiempo, siquiera, de ponerse en disposición de pelea. Se abalanzan sobre el General y le conminan a entregarse.

Y está en poder de los asaltantes cuanto hace el prestigio y la gloria de Cantalicio Mapanare: su revólver, su canana, su reloj con tapa de oro. Y hasta la hermosa barba varonil, barba de gran caudillo y gran compadre, cubierta de polvo y quizá de vergüenza, parece derribarse como bandera arriada.

—No hagan resistencia, muchachos —ordena.

Y, apresado ya el Jefe, sueltan las armas y parecen implorar con los brazos erguidos.

—¡A mí me llevaron! —murmura uno de los labriegos.

Fué en ese instante cuando se movió entre el follaje del carrizal, la cara viscosa de aquel hombre. Estuvo allí un rato como dirigiendo y mirando de soslayo. Del liquilique blanco emerge el rostro mestizo, de indefinible color, entre grisáceo y verdusco. Con sus anchas espaldas llevadas por unas piernecillas desproporcionadamente cortas, parece una rana. Avanza hacia mí la repulsiva máscara. ¿Dónde le vi antes? Dijérase que viene a buscarme desde el fondo de mi temor o de mi sorpresa, como el obstinado protagonista de una vieja pesadilla. ¿Y por qué me mira solamente a mí? No sé si es él o soy yo quien realmente avanza, como hipnotizado por uno de esos "vahos" de que hablan los campesinos. Y siento una mano helada que me palmea y una vocecilla glugluteante (se me ocurrió esta palabra) que exclama, entre irónica y melosa:

—¿Cómo que no te acuerdas de mí?

Lo extraño es que antes le he visto; pero no sé dónde.

—En el colegio, chico... en el colegio. Tú siempre nos "chivateabas" en Geografía —se adelantó a responderme la máscara.

—Sí, claro, en el colegio —digo mecánicamente.

Y congrego angustiosamente en la memoria aquellos muchachos que asistían a la clase de Geografía. Ajusto las caras a los apellidos. Puedo repetir —¡qué extraño!— hasta el orden alfabético de la lista. "Arteaga, Bazán, Camejo, Dugarte, Durán, Espina", digo rápidamente. ¡No; no es ninguno de ellos! A menos que la vida nos haga cambiar tanto y saque de nuestro subconsciente expresiones y rasgos más letales. Porque es disimulado; despacioso, como si se pusiera a aguaitar y cebar una extraña venganza.

—¡Qué curioso, chico! ¡Me había acordado de ti! —vuelve a decirme.

Otra le miro y se me antoja semejante a esas estatuillas de batracios sagrados que veneraban en esta tierra, antes de que llegaran los españoles. Pienso (porque la sed y el cansancio son propicias a tan absurdas analogías):

—Claro... En tierras tan secas, debían divinizarlos como la materia opuesta; en una especie de nostalgia del pantano germinal.

Es una cara de las primeras edades de la tierra, cuando aún no se habían diferenciado las razas, cuando en un paisaje envuelto en nieblas y vapores, sapos y ranas inmensas sacaban las pávidas cabezas del charco primigenio para volver a ahitarse de su inagotable ración de lodo.

Analizo —como para entender mejor lo que puede guardar— aquella frase quizás enigmática:

—Tú siempre nos chivateabas en Geografía.

Pero él está a mi lado y seguirá rodeándome y acosándome un gran trecho de camino. Dice, de pronto, con monotonía:

—¡Vueltas que da el mundo... Ahora tú eres mi prisionero.

Después, más allá de los carrizales; de un río turbio, de una pulpería en que él dispuso nos dieran varios vasos de guarapo, tropezamos con las primeras calles empedradas de un pueblo. Entramos a un viejo caserón; nos alinean en el patio, termina nuestra requisa, y el hombre, con voz entonada y cruel, se pone a dar órdenes:

—El faccioso Mapanare seguirá esta misma tarde para Puerto Cabello. Aguarden aquí, los otros, hasta segunda orden.

Pregunta, perentorio, al viejo:

—¿Trae otra muda de ropa?

—No —contesta mi Jefe.

—Pues se lo llevarán con lo puesto...

Lo sacan bruscamente de las filas. Me hace el viejo una señal afectuosa; quiere hablarme, pero la voz conmina de nuevo:

—Prohibido hablar con los presos...

Arrastran a mi Jefe con el traje y las barbas polvorientas, como la caricatura de un Cristo aldeano en un caluroso viernes santo. Y los ingenuos labriegos que lo siguieron, y yo —que iba a escribir la gesta— aguardamos allí con las alpargatas descosidas, como perdices muertas de una cacería por aquellos cerros. Remonta uno en ese instante de angustia —como si fuera a morir— lo que fué su vida; el residuo más dulce de otros días; tornan a pasar, con sus rostros y apodos, los compañeros de colegio. "El orejón Arteaga, el chato Camejo, el catire Dugarte que parece que se hizo cura". Pero, ¿quién

es, por fin, ese hombre? ¿Dónde le vi antes? ¿Qué me viene a cobrar? Y el dolor de mi juventud fracasada, caída en una trampa, estalla en un sollozo de miedo y de cólera. Pasan por mis lágrimas, como por un cristal turbio, los símbolos y visiones de los últimos días: Mapanare; la espinosa e inflamada aridez de aquellos caminos, el gusto salvaje del cocuy; las mágicas palabras de la oración del enemigo oculto, y el letal, incomprensible misterio de esa máscara.

Ya otra vez se detenía a mi lado, y me sorprendió —¡qué horror!— mientras me secaba las lágrimas.

—Son las órdenes, chico... Hay que cumplirlas —me dijo con falsa piedad—. Pero te trataremos lo mejor que se pueda...

Y atormentándome de nuevo con los mismos recuerdos impertinentes:

—¡Qué cosas pasan, chico!... Si me parece que fué ayer cuando nos chivateabas en Geografía.

Y yo, sin disimular la molestia:

—¿Qué tiene que ver la Geografía con esto?

—Nada; cosas que a uno se le ocurren... Sosiégate. Nada dura cien años.

Y asiéndome del brazo me conduce por un largo pasadizo donde se alinean numéricamente las celdas de los presos.

—Parece que en nuestra tierra hay que graduarse en esta Universidad... Tú eres inteligente; darás buenos exámenes —dijo con ironía.

Al final ya del pasadizo inacabable, se detuvo en el número 84. Sonrió como pudiera hacerlo un hotelero infernal:

—Te escogí ésta... Es la más fresca. Y, fíjate bien, "84", como los departamentos de Francia cuando nosotros estudiábamos Geografía. Tú los repetías de memoria. ¿Te acuerdas?

—No; no recuerdo nada —respondo con pávida furia.

Me da una palmadita desde su inexorable superioridad:

—Comprendo que estés nervioso... A cualquiera le pasa... Comienza tu carrera de político.

Mientras juega con la llave del calabozo, me va empujando suavemente hacia el antro. Aún me dice sardónico:

—No es muy cómoda... Pero si algo se te ofrece, mándalo decir.

Y me extiende su mano de animal frío.

Aún oí durante un rato la parsimonia con que echaba la llave y el ruido isócrono, inalterable de sus pasos, regresando por el mismo corredor. Yo iba penetrando —como a tientas—

en el golfo de sombras. Quizá la insolación o la fiebre dispersaba por el cuarto oscuro, fimbrias y culebrillas de luz.

Y comenzó un rumor de agua, a ras del suelo, de un portillo abierto en el muro leproso. Penetraba también por allí un terrible olor de excrementos. Un poco de sol amarillusco, colado por la misma ranura, se tendía a mis pies como un perro sucio. Me puse a reconocer mi morada, a palpar las paredes, teñidas de manchones, a fin de habituarme a mi futura vida de murciélago.

Pero el agua está corriendo con más fuerza y repta ya por la muralla. O se entretiene por el pavimento terroso, zig-zagueando en extraños meandros. Sí; debo tener fiebre, me arde la cabeza, me tomo el pulso sobresaltado y grito con pánico. Nadie acude y todo ruido exterior parece cesar para que sólo se escuche ese regüeldo de agua inmunda. Me aferro a mi conciencia, y me propongo no tener miedo. Llamo otra vez. Me acerco a la puerta del calabozo, y me duelen los dedos batiendo como desesperados aldabones.

El agua sigue hinchándose y ya me cruzan las piernas sus cuchillos fétidos y fríos. La alcantarilla, abultada como intestino enfermo, la vuelca ahora en gruesa chorrera. Lame todas las patinadas paredes e imprime con nerviosa mano de pintor absurdos rostros y formas. Esos manchones coloreados por el agua lodosa van desde la larva hasta el hombre. ¡Son caras de agua; líneas y lombrices de agua; imágenes de la primera edad del mundo, cuando todo parecía configurarse en el inmenso lodo! ("Tu celda es la más fresca", había dicho aquel hombre). Ahora también me azota y me enreda en sus bejucos glugluteantes. La comparo con una boa constriñéndome en sus anillos. ¡Soy como el Lacoonte del agua! Con desechos de verde y parda fetidez me sube hasta las narices. Parece trazar sobre la cara las líneas de un horrible tatuaje ritual. De nada sirve rezar la oración del "enemigo oculto":

—Con dos te veo, con tres te ato, la sangre te bebo y el corazón te mato.

Cuando llega hasta los ojos, la vista se aferra a la última mirada. Las orejas aturdidas también interfieren como cuando la radio está mal sincronizada y se cruzan varias ondas. Viene de los tímpanos un húmedo, insistente croar, roto de pronto por un silbante chasquido de sílabas agudas. Parecen flotar en esa agua de légamo —como en una red sucia, como en una placenta— las imágenes desechas de toda nuestra vida.

Y con los ojos ya mortecinos alcancé a ver que venía sobre mí, sobre su esponjada ración de agua, una inmensa rana.

Pronto sentiría contra la cara su helado contacto. Era verde y aterradora como aquellos reptiles de jade que esculpieron las primeras civilizaciones de América. Divinidades del inframundo, del pantano germinal, que se oponen a las serpientes de la tierra y a los sangrientos y coléricos tigres del sol. Sentí un pavor escalofriante.

Y preferí abandonarme para que me acabara de cubrir la implacable mortaja líquida.

PEDRO SOTILLO

(San José de Unare, 1902)

Dos cuentos ha publicado Pedro Sotillo: "¡Viva Santos Lobos!", presentado por la Asociación de Escritores y Periodistas en 1933 y "Los caminos nocturnos", aparecido un poco más tarde en la revista ÉLITE. Esos dos cuentos han sido suficientes para que Sotillo sea considerado, con toda justicia, como uno de nuestros mejores cuentistas. Bastaría con "Los caminos nocturnos", donde del enigma de unas manos y del misterio de la luna surgen movimientos de pasión, razonamiento y aventura, cuya intensidad y poder hacen de esta narración auténtica obra de arte. "Los caminos nocturnos" es trabajo de excepcional calidad en la cuentística venezolana; las dificultades del relato, la voluntad de crear atmósfera de miedoso encantamiento, han sido resueltas con sencilla elegancia; se diría que este cuento podría ser contado "de viva voz". "Los caminos nocturnos" es creación culta que hace de los elementos populares imágenes y formas de pensamiento finamente realizadas. La luna, creadora de fantasmas, autora y descubridora de crímenes, compañera excesiva de "los caminos nocturnos" que hay en cada mente humana, finge —obediente al escritor— terribles apariencias de vida. Junto a su larga actividad de periodista, junto a su severa actividad de poeta, Pedro Sotillo ha colocado sus cuentos de fuerza admirable.

LOS CAMINOS NOCTURNOS

Por PEDRO SOTILLO.

I

Mis negocios me llevaban hacia aquellas tierras del Llano Oriental en las cuales entraría al día siguiente. Me vi obligado a detenerme unos días antes de emprender viaje, primero por solicitar un buen peón y, ya conseguido éste, por esperar a un par de amigos que me acompañarían durante muchas jornadas. Fué tan agradable la parada, fuí descubriendo tales cosas bellas que, al alejarme, lo hacía con una vaga tristeza, deseoso de volver por allí, de pasar una temporada en el único pueblo con alma que en todos mis viajes había conocido. ¡Inocentes apreciaciones de comerciante joven que, en tal sentido, hasta entonces había viajado con los ojos ciegos!

Y bastante que había viajado. Mi padre consumió sus años recorriendo los caminos de todas las regiones de la República. Tenía la jovialidad propia de los trabajadores incansables y bondadosos; un apetito constante, una apostura gallarda a fuerza de ser simplemente varonil. Cuando enviudó, me puso interno en un colegio, donde trataron de enseñarme aritmética comercial, hasta que resolvió le acomañara en sus viajes, para que completara mi deficiente preparación para el trabajo. Después, murió aquel hombre generoso, víctima de un mal violento que los médicos nunca supieron determinar con precisión; murió, y por todo patrimonio —hasta ahora me ha bastado—, me dejó la experiencia, la visión exacta que de las cosas me hizo tener en los muchos viajes en que le acompañé.

En mí hay, pues, mucho del carácter de mi padre, y, aparte de ciertas complicaciones intelectuales que él nunca tuvo, he heredado su buen sentido práctico y su natural inclinación

generosa. Además, existe en mí un sometimiento invariable al sistema de vida en que me inició. Puedo soñar mucho, anhelar grandes cosas, pero todo lo olvido, todo lo echo abajo apenas lo enfrento a la desnuda realidad.

Para aquella época tenía veintiséis años. Era un hombre no mal parecido, de exterior más bien simpático, pues aunque un tanto desmañado en mis vestidos y en mis modales, tenía un comedimiento y un aplomo tan francos, que hacían olvidar mi falta de atildamiento. Respondía a mi carácter.

Íbamos, pues, a salir del pueblo por mí descubierto. Mi peón era un indio enteco, de ojos turbios de bebedor impenitente; su cabello largo y ralo, a ratos le caía sobre la frente, y entonces parecía que la luz dispersa de sus ojos se encontraba con violencia y se disparaba por entre las rendijas de la pelambrera, en fulgor rápido e inquieto. Aquel hombre me desagradó al presentárseme, pero juzgué fueran aprensiones necias y lo contraté.

Cuando lo vi alejarse, cuando vi su andar tambaleante y de pronto recogido rígidamente, y su cabeza, habitualmente tumbada del lado izquierdo, de súbito recta, hacer varios movimientos secos que denunciaban miradas sospechosas dirigidas a los lados, tuve ganas de llamarlo y romper el contrato. Sin embargo, no lo hice.

Un compañero era el doctor Manuel Palacios, hombre joven que tenía un año de haber terminado sus estudios de abogado. Hizo tales estudios por tener un doctorado, pues ni por temperamento ni por capacidad podía ejercer con ventaja una profesión liberal. Desde su niñez estaba destinado a regir las vastas posesiones pecuarias de su familia; a ser la cabeza y unidad de sus hermanos, mocetones curtidos en el ejercicio único y constante de las actividades del llanero. Palacios hablaba de muchas cosas, y yo escuchaba complacido las opiniones de aquel hombre con el cual encontraba grandes semejanzas. Sólo algo me chocaba en él: el sentimiento de su seguridad; hablaba de su situación en la vida como si se encontrara a horcajadas sobre ella, tan firme y dueño de sí como lo estaba en su mula, reciamente apoyado en los estribos. Le había conocido en la capital, muy encajonado en actitudes de estudiante. Yo alcanzaba oscuramente que al pasar los años, ya sembrado en su llanura, el antiguo doctor Manuel Palacios llegaría a ser totalmente dominado por la tierra, totalmente expresión de la tierra, como los altos árboles que se empinan en la sabana. Un árbol más en la llanura ilimitada.

Era Diego María Herrera el otro compañero. Quizás un poco mayor que yo, aunque debía tener menos de la edad que

representaba. Pocas veces he visto un rostro o, mejor dicho, un aspecto físico general tan delicado y tan en desacuerdo con la fuerza nerviosa que le animaba. Aquel hombrecito, delgaducho y melancólico, podía convertirse en una bestia, sometido a una emoción fuerte. A mi me habían dicho que Herrera estaba dominado por su afición a no recuerdo qué droga heroica, y ello podía ser cierto, pues siempre había estado manipulando medicinas y, para entonces, viajaba como representante de una poderosa farmacia de Caracas. Todo en él resultaba desconcertante; algunos días amanecía charlando desbordadamente, para después quedarse callado, en un silencio de obstinada violencia. En él era todo así, todo daba impresión de esfuerzo, de lucha, de energía que chocaba en su interior. Un día se quedó mirando con fijeza a Natividad, el indio peón mío, y éste —¿tembló?— se fué pegado a la pared y en el resto del día no volvió a aparecer.

La noche antes de salir, llegó Natividad. Los viajeros conversábamos en el corredor con un recién llegado que había topado en el camino al peón de Herrera y al espaldero de Palacios. Las cajas de Herrera simpre iban delante, pues le volvería loco viajar con ellas, según explicaba, y el espaldero de Palacios iba a preparar posadas y potreros para cada parada. El viajero los había encontrado más allá del Paso de la Montaña. Natividad escuchó mis órdenes y se fué, sin levantar la vista hacia el lado de Herrera que, de vez en cuando, lo miraba con fijeza.

Aquella noche di muchas vueltas en la hamaca pensando en Herrera y Natividad. Antes de acostarnos, Palacios me había llamado aparte y me había hablado con extrañeza de los dos incidentes que también él había notado.

¿Por qué miraba Herrera tan fijamente al indio? ¿Por qué Natividad daba tales muestras de terror cuando el agente de comercio le clavaba sus ojos claros e inteligentes?

—Algo debe de haber entre ellos —me había dicho Palacios.

—El indio como que le tiene miedo —le había indicado yo.

—Hay que andar con cuidado —terminó el doctor, y agregó con voz muy baja—: los indios cuando temen, se hacen peligrosos.

Me costó gran trabajo conciliar el sueño. No podía explicarme los sentimientos que movían a aquellos hombres. Entreveía cosas que me inquietaban. Y la luna, la luna embrujadora del verano, me excitaba y sembraba sus puntos de locura en el silencio en que dormía la vida.

II

Habían movido las cabuyeras de mi hamaca. Entreabrí los ojos con dolor. Los abrí de un todo. ¡Qué impresión más desagradable! Frente a mí, estaba Natividad con un farol a la altura del rostro, y los ojos inmóviles perdidos en la inconsciencia.

—Ya las bestias terminaron sus morrales.

—Tráigame un vaso de agua y una taza de café. Y despierte a los compañeros.

—Aquí están el agua y la cafetera llena.

—Llame a los otros, pues.

Palacios despertó al momento. Natividad se acercó a la hamaca de Herrera; me pareció verlo retroceder.

—El señor no está aquí.

—¡Cómo! —gritamos al mismo tiempo Palacios y yo, y nos echamos al suelo, descalzos y a medio vestir.

—Se habrá levantado —nos explicó con naturalidad.

Palacios y yo nos vimos con silencio. Era cierto. Podía haberse levantado. ¿Qué derecho teníamos a no creer que se había levantado antes que los demás? ¿Estaba obligado a advertirnos algo? Pero ¿qué se había hecho? Terminamos de vestirnos. Callados, nos separamos un poco. Teníamos algo que decirnos, y pensábamos que íbamos a juzgarnos mutuamente tontos, si llegábamos a hacerlo. La luna llovía luz de leche. Se abrió la puerta de escape y entró un hombre.

"Ahí viene Herrera" —pensamos a la par, y nos vimos con ojos inquietos.

—Ahí viene Herrera —dijimos al mismo tiempo, como para justificarnos de aquella mirada. Y nos dirigimos al encuentro del compañero.

Estaba acalorado... No podía dormir... Prefirió irse de paseo... Sin embargo, él estaba seguro de que Natividad le había sentido alejarse, y no se explicaba por qué fingió buscarle en la hamaca.

Emprendíamos la marcha pensativos.

Había una luna lívida que daba la impresión de ser exageradamente grande. Es necesario haberse aventurado de noche o por la madrugada, por un camino de Los Llanos, para apreciar todo el horror de la luz lunar. Es necesario uno mismo haber sentido la influencia de la luna, para darse cuenta de la tremenda irrealidad que siembra en la vida. Los desdibujamientos lunares, que son familiares a los habitantes de las llanuras, florecen de miedo y de un espanto casi re-

ligioso la mente del viajero. Es una luz opaca que casi arroja sombra, que embadurna los seres y las cosas, los cambia totalmente con su maquillaje de fantasía. Es la luz que penetra en todos los rincones y que dilata las pupilas en un desmayo temeroso, en una infantil expansión hacia la muerte. La luna, la temible vieja que compacta el silencio de las noches, para luego rasgarlo con la hoja fría de un aullido: cabal expresión de la tristeza y de la angustia de los pobres animales enloquecidos por ella misma.

Natividad se nos había acercado y nos contaba con su voz rudamente cantarina:

—El coronel Hernández se empeñó en que le vendiera mi caballo. Hasta siete onzas me llegó a ofrecer; pero yo creo que no hay real suficiente para pagar una buena bestia. Y de este bayo, no me despega a mí nadie...

—Hasta que se arme una guerrita y te lo quite cualquiera.

—Ya pasó el tiempo de las guerras. ¡Aquellos días de los alzamientos! Y el que se deja quitar un caballo, siendo baqueano, es porque le da la gana.

—¡Ay, amigo! Es que la rapacidad es el mejor baqueano.

—Sin embargo, se han visto cosas... ¡Ah malhaya un trago de café!

—Sería bueno, porque está pegando el frío de la aclarada.

—Ya se apaga el lucero —dijo en voz muy baja Herrera; pero todos los oímos y nos quedamos callados.

Tuvimos que interrumpir temprano aquella jornada. Teníamos un cansancio muy grande. El cansancio doloroso que sigue a las jornadas con luna plena, cuando el cuerpo se siente aporreado, molido, como si se hubieran andado muchas leguas. Martirio, agotamiento de los nervios sacudidos por el escalofrío lunar.

III

Aquella noche resolvimos descansar. En la vasta cola de pato de un hogar campesino, colgamos nuestras hamacas. También iban a dormir allí dos arrieros, un escotero joven y charlatán, de airoso pelo de guama embriolado, y los varones de aquella casa. Se hablaba de cosechas. El viejo campesino explicaba:

—Cuando se afinca duro el invierno y las siembras no se aguachinan, tenemos cosechas abundantes y se pone barata la comida; pero nosotros vendemos por cualquier cosa, y para la otra sembrada, tenemos que comprar lo necesario y a precios que nunca bajan. Y cuando los frutos valen, es porque

se nos ha metido el verano, y nos ha secado las mazorcas antes de granar, y ha quemado los yucales, y llevado la mancha a los platanales, y resecado toda la tierra, hasta sembrarla de arcos y rajaduras.

Pasaba el tiempo y nos dejaba en los espíritus una emoción sosegada de bienestar humilde. Todo lo que allí se decía tenía un ritmo suave, como la pulsación regular en un niño que ha estado enfermo. Me dejaba dominar por la cadencia de aquel momento, y me salían las palabras cantadas y se desatristaban mis opiniones. Los temas eran de una realidad cotidiana y, sin embargo, en ellos la amargura estaba como lejana; se había establecido una corriente de bondad melancólica que tamizaba su humilde belleza de filosofía simplista, de candor emocional, sobre los motivos, sobre las palabras, sobre los gestos.

Natividad se había arrollado en su cobija; sin embargo, una vez me volví de repente hacia él y me pareció que vi sus ojillos muy abiertos observando a Herrera, quien, desde el extremo opuesto, semisentado en su hamaca, miraba fijamente el bulto del indio. No dije nada, pero instintivamente busqué la cara de Palacios, y en sus ojos leí que también creía haber sorprendido lo mismo que yo.

Como para olvidarlo, Palacios empezó a hablar con vivacidad sobre la siembra del algodón y unas semillas de calidad superior que iba a traer, y de las cuales ofreció al viejo campesino, quien aceptó y dió las gracias, pero haciendo constar que él no creía en esa gran superioridad, pues conocía muy bien el algodón para que vinieran a contarle cuentos.

Desde la cola de pato se avistaba una parte del camino, por la cual se veía avanzar con ligereza el bulto de una persona.

—Ese debe ser el compadre Domingo —dijo el viejo campesino, con ese afán pueril dominante en la clase, que los empuja a anticiparlo todo, a adivinar.

Si en vez del bulto del compadre Domingo, hubiera asomado el de una bestia, hubiera sido la yegua de Nicanor o la novilla de Deogracias; pero no podía aquel terrero impenitente dejar de anticiparnos lo que fuera. Y quizás hubiera siempre acertado, como en el caso que nos interesa.

—Salud para todos —nos dijo Domingo.

Y luego, sin poner cuidado a nuestra respuesta:

—Compadre, es necesario que se levante. Hacia los lados de la casa, los animales estaban todos espantados y tuvimos que recogerlos. Y como pude darme cuenta de que algunos de

los suyos andaban en lo mismo, tomé la Pica de la Mula Maneada y me vine a contárselo.

Ya el viejo, sus hijos y los arrieros estaban en pie; Palacios les ofreció nuestro concurso, pero ellos lo declinaron y sólo consintieron en que nos avisarían, si no se bastaban.

Herrera se levantó y dió algunos pasos. Se volvió a la hamaca. Por primera vez comenzó a hablarnos. Escogió un tema imprevisto, que estaba muy fuera de las circunstancias: el suicidio. Yo jamás he creído en el fervor de los suicidas teóricos, y, aunque atento a la conversación, casi me abstuve de hablar:

—Es el único acto de libertad —decía Herrera con su voz naturalmente vibrante.

Palacios le discutía con entusiasmo. En su réplica, expresaba más o menos las ideas que hubiera yo expresado; pero lo hacía con un calor que me hubiera faltado y que nunca sospeché en él.

—La muerte no puede ser afirmación de nada, —sostenía con voz firme—, y volvía su rostro hacia el incendio lunar de la sabana.

La charla continuaba sobre el mismo tema, y cada vez se hacía más agudo el razonamiento de Herrera y más plena la réplica de Palacios.

—¡Perdóname! ¡Perdóname! —bramó de pronto el indio Natividad, estremecido por una horrible pesadilla.

La lividez de la luna fantaseaba en las expresiones de los rostros. Me pareció que Herrera temblaba. Sentí correr la sangre locamente por las venas y tuve tiempo de apreciar la cara de inquietud del doctor Palacios.

Natividad se revolcaba en su chinchorro, como una bestia herida, y con una voz espantosa clamaba en el silencio de la noche:

—¡Perdóname, hermano! ¡Perdóname!

Busqué a Herrera, y lo vi encogerse sobre sí mismo, enfocando toda la luz de sus ojos sobre el cuerpo estremecido de mi peón.

—¡Perdóname, hermano! —bramó por última vez, y se quedó repitiendo frases entrecortadas, tembloroso de horror, hasta que sus expresiones adquirieron el monótono rumor de las plegarias. Pasó un rato. Palacios se acercó al indio:

—¡Qué pesadilla tan fea, Natividad!

—¡Ah! Doctor...

Encendí un cigarrillo. Me eché al suelo a dar paseos. Estuve largo rato así, fumando, pensando en mil cosas disparatadas. El refresco del patio me calmó un tanto. Cuando vol-

ví a la cola de pato, de la hamaca de Palacios se elevaba la delgada columna de humo del cigarrillo; el indio se movía en su chinchorro y, por encima de la cabeza, estiraba el brazo hasta agarrar las cabuyeras. Herrera dormía regularmente, con el rostro vuelto hacia el camino. Me pareció que el único ruido perceptible era el de la respiración de aquel hombre, beatíficamente dormido.

IV

Nos detuvimos dos días en un pueblo donde Herrera tenía unas diligencias que cumplir. Tuve deseos de emprender mi camino solo; pero Palacios se empeñó en que me quedara, y, como en ello habíamos convenido antes de emprender el viaje, tuve que complacerlo. Las horas se me fueron visitando gentes amigas y determinando en aquel pueblo grandes semejanzas con el que había descubierto, el que tenía alma.

Vinieron dos días de marcha y una nueva parada. Cuando continuamos ya estaba la luna grande perturbando otra vez los ánimos. Una noche cruzábamos un banco muy extenso. La brisa estremecía blandamente las palmeras y se alejaba como un duende hasta perderse en los rumores lejanos. Otras veces el viento parecía correr más abajo de las palmas, y acuchillaba las hierbas bajas y menudas, hasta deshacerse en mil ruidos distintos. El cielo era de una diafanidad deslumbradora, y la vista se fatigaba en el número infinito de las estrellas. Herrera conversaba con gran entusiasmo, y Palacios ensartaba jovialmente pintorescas evocaciones de su vida de estudiante. Natividad mismo se había acercado para contarnos un velorio de cruz que una vez celebraron, no recuerdo si en el Caura o en las tierras del Caroní.

De pronto me fué invadiendo un deseo agudo de correr un rato por aquella sabana abierta y luminosa. Me contuve lo más posible, pero al fin no pude más y piqué espuelas.

—¡Alcáncenme! —grité.

Cuando quise repetir la invitación, me hirió la voz inquietadora de Herrera:

—¡No! ¡no corra!

Me molestó aquello; pero dejé la rienda suelta y corrí hasta que quise. Los esperé desmontado. Palacios venía delante.

—¿Por qué corrió usted? —me dijo cuando nos reunimos.

—No sé qué mal podía haber en ello.

—Es verdad. ¿Qué mal puede haber en una carrera?

Al poco rato se me acercó Herrera.
—¿Sabe usted? —me dijo—, también tengo yo ganas de correr.
—Pues, ¡a la una, a las dos!...
—¡No! ¡Yo sabré contenerme!
—¿Y qué importa que no se contenga?
—Sí importa. Su carrera fué una locura.
Me volví. Natividad lo había escuchado todo y con la cabeza hacía gestos afirmativos, como si hablara consigo mismo.
Es la luna, pensé. Y tuve miedo de haber corrido; me vi las manos rígidas y blancas. Mis manos que tenía flojas y que la luna me hacía ver crispadas sobre las riendas.
Tuve entonces el terror de aquella claridad sin fin; me invadió el miedo de aquella luz indefinible que transformaba la vida de manera tan radical. Los objetos se agrandaban o empequeñecían, sin obedecer a ningún concierto, más bien en formas muchas veces contradictorias. Me puse delante porque no quería ver las caras de mis compañeros. Hubiera deseado no oír sus voces.
—Las bestias están inquietas —dijo Palacios.
Fué entonces cuando me di exacta cuenta de ello, y recordé que era la tercera vez que en aquella noche el doctor hacía tal observación. Las bestias se encabritaban. La de Palacios, por varias veces, casi me quita la delantera.
A ratos nos hería la voz impresionante de Herrera.
—Morir en una de estas sabanas —decía— en una noche como ésta, debe ser la sensación más completa de la muerte. Hay algo en estas soledades que a cada paso nos recuerda la muerte. Aquí es donde mejor se comprende que, después de morir, no hay nada; que la muerte es el fin irremediable y definitivo. Recorriendo las llanuras he aprendido a negar la existencia del alma.
Herrera seguía hablando. Más que las estrellas parpadeantes, alucinaban las palabras, a veces incoherentes, del agente de comercio. Sufría la sugestión de la muerte, y hablaba de ella, y se repetía, transido de un íntimo espanto.
Aquel hombre era desconsiderado no callando sus prédicas de desolación. Por lo menos en aquella noche, en que teníamos los cerebros repletos de luna enloquecedora. Pero hablaba con impaciencia, con rabia, bajo el temor de que se le fuera la vida sin acabar de decir cuánto deseaba. ¡Qué combustión de luna había en aquel cerebro, que razonaba encarnizadamente, justificando todos los pesimismos y todas las negaciones!

—Mi desolación viene de la llanura —gritaba empinándose en los estribos, como buscando cumbres a que arrojar sus convicciones de amargado.

—¡Mi desolación viene de la llanura! —En mi mente, con las cenizas de la luna que quemé en mis viajes nocturnos, ha quedado firme el recuerdo de esta frase, en la cual dejaba ver nuestro compañero algo de su vida angustiosa.

La claridad parecía haberse hecho más intensa. De pronto oímos un golpe seco, breve, en medio de un largo relincho ahogado. Una detonación contenida en la soledad de aquel banco náufrago en la luna.

—¡Mi pobre bayo! —gemía Natividad delante de nosotros—. ¡Mi pobre bayo! —clamaba su voz desgarradora y se abrazaba al cuello del animal inmóvil en mitad del camino.

—¡Mi pobre bayo! —repetía yo mentalmente, y me desconsolaban aquellas palabras dolorosas. ¡Mi pobre bayo!

Vi a Palacios desmontarse en seco y correr en actitud de ataque hacia donde gemía Natividad. Lo vi inclinarse sobre él, forcejear brevemente y levantarse con un revólver en la mano. El indio se irguió como para echarse encima; sin embargo, se detuvo, volvió la vista hacia el caballo muerto y se echó sobre él desoladamente:

—¡Mi pobre bayo!

Herrera se había desmontado y estaba inmóvil, cerca del indio, con la cabeza levantada y los ojos perdidos en el confín de la sabana. Palacios se había sentado cerca, sobre una palma tumbada, y yo, a su lado, estrujaba un cigarrillo sin encenderlo, y contenía en mi boca el aluvión de preguntas que deseaba hacerle. Palacios se levantó y se acercó también al caballo muerto. Herrera se movía de vez en cuando, pero conservándose siempre muy cerca del indio. Fuí fumando uno, dos, tres, todos los cigarrillos que tenía. Nos dimos cuenta de que amanecía, cuando vimos a Natividad moverse y, sin decir palabra, ponerse a quitarle los aperos a su caballo. ¡Su pobre bayo muerto!

V

Ya habíamos olvidado un tanto aquel lamentable accidente del caballo de Natividad, que estuvo a punto de enloquecernos a todos. ¡Lo que había pasado era tan sencillo! Aunque es lo cierto que el indio nunca nos dió sino explicaciones enrevesadas, acaso porque en él fué más recia la impresión.

Tuvo miedo, simplemente; y tal miedo, unido al desorden

de sus ideas, le sugirió llevar el revólver en la mano. Después, bueno; después un movimiento falso, y el resto ya lo conocemos. Ahora, montado en la nueva cabalgadura que yo le proporcioné, se diría olvidado de todo; parecía no tener más preocupación que hablarnos de las cosas de la región que atravesábamos, vecinas al caserío donde había nacido.

Una vez se nos adelantó un gran trecho. Desde el principio, leí en los ojos de Palacios que el indio quería ganarnos terreno. ¿Por qué hacer aquello? Apenas pensé. Preferí disgustarme con aquel peón sin miramientos, que se permitía alejarse sin pedirme permiso. No dije nada, pero fuí avivando más y más el paso de mi bestia, para alcanzar a Natividad y ordenarle que se pusiera a la retaguardia.

Trotábamos en silencio.

—Esta bestia como que está mal ensillada —dijo Herrera.

—No puede ser, el indio sabe lo que hace.

—Espérense un momento.

—Más allá veremos...

—No, ahora. No se vayan. Sosténgame usted la bestia, Pedro. Doctor, espéreme un momento.

Lo complacimos. Todo se encontró bien. Herrera se excusó vagamente, y, con gran paciencia, comenzó a colocar otra vez la montura. Al fin seguimos. Quise volver al paso primitivo y el agente me detuvo.

—Me duele mucho la cabeza —nos dijo.

Más tarde se empeñó en tomar café en una casucha que encontramos.

Para esperar nos hizo desmontar y entrar en conversación con un hombre pálido y ventrudo que se mecía en un moriche remendado. Me pareció que Herrera sonreía cuando pudimos continuar nuestra marcha. Ello me hizo dirigirle miradas rencorosas y contestar con monosílabos a cuanto se me dijera.

Al atardecer entramos a un poblado. Una de las primeras casas era la posada. Allí encontramos a Natividad, quien no me explicó nada, informándome sólo que el dueño de aquella posada era muy amigo de él. Herrera se había sentado en un pretil y se mantenía abstraído, contemplando una y otra vez las techumbres de las casas no lejanas. Había tejados rojos y negruzcos; techos verdinegros y grises, de paja o de pencas de palmas; algunos hundidos, ondulantes; otros recortados por rectas finas que los calcaban en el papel borroso del atardecer.

Preferí acercarme a Palacios que se había enredado en una de sus conversaciones familiares, con el posadero y dos o

tres hombres que hacían rueda en el corredor delantero. Siempre los mismos temas, el mismo afán de arrancar a aquellos hombres el secreto de sus relaciones con la tierra. Había un mocetón cuadrado, de bigote desairado y nuevo, que escuchaba al doctor con visible simpatía. Cuando Palacios hacía algunas de sus exposiciones, las que en el fondo no llegaban sino a acreditar que había estado en Caracas, los viejos lo arropaban en una mirada de indefinible socarronería. El mocetón hacía preguntas atrevidas, pedía detalles, tomaba en serio todo aquello.

Natividad se acercó a pedirme permiso para ir al pueblo aquella noche. ¡Pedirme permiso! Estuve a punto de preguntarle por qué no lo había hecho cuando nos tomó la delantera.

—Puedes ir —le dije.

Después fuimos a la mesa. Se comía. Se charlaba.

—¿Cuándo fué que le dió aquella peste tan fea al ganado, Nicolasa? —preguntó el dueño a una vieja que nos atendía.

—No recuerdo bien el año. Espérese. ¡Ah! sí. Eso fué cuando la segunda aparición del chivato.

—¿Del chivato?

—Sí señor. Porque aquí ha aparecido tres veces, y otras dos en que no se sabe si fué verdad, porque sólo muy pocos lo aseguran.

—Dicen que deja muchos males.

—Si usted supiera que aquí no. Los duendes sí. ¡Ay! amigo, ¡qué cosa tan seria es que se meta un duende en una casa!

—Pero, volviendo a la peste...

Se charló aun después de la comida. Los extraños empezaron a retirarse. Hacia un corredor alejado dos viajeros colgaron sus chinchorros. Yo deseaba que Palacios se acostara para irme solo hacia el pueblo. A Herrera ya hacía rato que lo había visto acomodarse, debajo del naranjo del patio. Al fin no pude contenerme.

—Vamos a dar una vuelta por el pueblo, doctor.

—Precisamente le iba a invitar.

Tomamos los sombreros. Cuando cruzamos el patio, nos volvimos hacia el naranjo. Herrera ya no estaba.

—El compañero se nos adelantó sin decirnos nada —comentó Palacios.

La luna, para acompañarnos, acaba de romper una gruesa malla de nubarrones.

Mostrábase desnuda como una bailarina que está lista pa-

ra una danza de lascivia y de terror. Como dos fantasmas nos perdimos por las solitarias callejas del poblado.

VI

En una de las mesas de juego estaba acomodado Natividad. Delante tenía dos montones de plata y, en la actitud de los otros jugadores era fácil entender que el indio estaba ganando.

Hasta entonces yo no me había fijado en las manos de Natividad; unas manos extrañas e impropias de su condición y de su raza. Eran delgadas y raramente alargadas. Movían el dinero con una ligereza, con una habilidad que no podía menos de llamar poderosamente la atención. Pero cuando aquellas manos tenían más personalidad, era en el momento de actuar con los dados. En aquel acto se descubría una mano sabia y de una gran sensibilidad. Toda la fuerza central de Natividad estaba reconcentrada en ellas cuando, con limpieza única, recogían los dados. Después, colocaba la izquierda como para proteger su dinero y tremolaba con la derecha. ¡Qué signos misteriosos los que dibujaba aquella mano sutil y obsesionante! La fortuna se escurría al capricho de aquellos dados que se movían por su cuenta, sin obedecer al cerebro obtuso que nunca llegó ni a desempeñar el cristal turbio de los ojos de Natividad.

Se multiplicaban las apuestas. El dinero corría hacia los montones de mi peón. Natividad apenas hablaba; con una ligera seña, casi invisible, determinaba al contrario. De vez en cuando perdía; pero al pagar, sus manos no dejaban ver sino sus grandes cualidades, ni un temblor, ni una contracción de disgusto.

Un grupo de hombres entró a la sala. Estuvieron dando vueltas alrededor de las dos mesas. Al fin se fueron acomodando en los huecos. La lucha se encarnizó de una manera terrible; por tres veces vi disminuir los montones de mi peón, hasta desaparecer uno y quedar mermado el otro; pero la suerte volvió y aumentaban los dos montones invisibles.

Entre los nuevos jugadores estaba un hombre recio, de rostro curtido. Los bigotes eran gruesos y las cejas violentas circundaban unos ojos fijos, de dureza marcada. Su estatura debía ser notable, pues sentado y con el busto inclinado hasta acomodar la cara entre las manos, sobresalía o, por lo menos, parecía sobresalir, en la rueda de jugadores sentados. Miraba correr los dados sin haber intentado una apuesta.

Natividad llenaba la atención del desconocido, hasta que llegó un momento en que le vió con fijeza, y dió vueltas a los discos turbios de sus pupilas, como si quisiera arrancar un recuerdo que no llegaba a precisar. En otra ocasión, el desconocido habló, dijo dos o tres palabras apenas, y las manos del indio se contrajeron rápidamente e improvisaron varios movimientos extraviados. Parecía que aquellas manos inteligentes trataban de moldear un sonido que en tiempo lejano las había impresionado.

Palacios estaba al lado mío. De vez en cuando se inclinaba hacia la mesa del monte y aventuraba una moneda sin que nunca le fovareciera la fortuna. Cuando yo más observaba al hombre desconocido que no había jugado, el doctor me apretó por un brazo con cierta violencia y me susurró al oído:

—¡Pruebe usted a ver si gana!

No comprendía aquel deseo de que interviniera en el juego, pero instintivamente me volví hacia la mesa en donde había perdido el doctor y vi a nuestro compañero Herrera que se deslizaba, como deseando que no lo viéramos. Me hice el indiferente, y me coloqué de manera de poder dirigir miradas rápidas hacia el lado en que le vi desaparecer.

En el dado corrido el desconocido había tomado la ofensiva. Jugó de buenas. Sus apuestas crecieron hasta igualarse con las de los jugadores más atrevidos. Por varias veces el dado le favoreció, y fué su montón el más grande de todos. La gente se apretaba a medida que aumentaba el interés.

—¡Paro! ¡Topo! ¡Topo a todos! ¡Pinto! ¡Paro! ¡Topo!

A pesar de todo, Natividad seguía fuerte y dueño de sí. Sus manos seguían siendo el centro de la partida. Por seguir el movimiento de una de ellas, levanté los ojos, y me asombró distinguir detrás del indio la fisonomía inteligente del agente de comercio.

Los dados pasaban de mano en mano. Llegaron al desconocido; éste adelantó una gran parte del dinero que tenía amontonado. Cada uno quiso hacerle frente y le incitaba a preferir su parada. Natividad reunió sus dos montones en uno, lo adelantó al centro de la mesa e invitó con voz más recia que de costumbre:

—¡Paro!

—¡Topo a Rancho de Tejas! —le dijo el desconocido.

Hubo una sacudida brusca. Natividad cayó en su asiento con los ojos espantados. Habló confusamente de algo que nadie pudo entender. Recogió su parada y se fué aturdido y tambaleante.

No volvió a aparecer. Aquella misma noche se perdió de aquellos contornos. Fué Herrera quien me lo explicó todo.

¿Recuerdan ustedes el crimen de Rancho de Tejas? Todos hemos leído la narración en "Los Piratas de la Sabana". El Correo del oro y sus ayudante fueron asesinados en una emboscada, a la altura del sitio llamado Rancho de Tejas. Las comisiones policiales lograron rescatar casi todo el oro y apresar a los asesinos, menos uno que no se supo cómo pudo escapar. El que logró huir había sido el más traidor de todos, el que remató con su lanza al correo ya herido. Este asesino era Natividad. A mí el indio me inquietó desde el principio, y la luna se encargó de llevar al máximo mi inquietud. Pero fué sólo ahora, cuando la partida con el desconocido, cuando caí en ello, después de soportar a Natividad como una pesadilla. Cuando el topo del jugador, recordé que, a pesar de ser yo un niño, todos los amigos de casa me encontraron muy parecido al retrato del infeliz correo del oro que publicaron los periódicos, a raíz del asesinato. El mismo Natividad me había confesado que yo le inquietaba, porque le recordaba el rostro de un hombre a quien vió morir en forma que él quería olvidar.

Con el desconocido conversamos al día siguiente. Aquel hombre se explayó en informes difusos, pero nos retuvo con su voz de inflexiones poderosas.

Era el anochecer. La luna se empinaba lentamente por encima de los árboles distantes. Al saber que no tenía más peón, el desconocido se me ofreció y me dijo que ya le había servido satisfactoriamente a otros viajeros. Pero vi la luna y vi los ojos de mis compañeros y preferí aventurarme por los caminos nocturnos sin la compañía de aquel hombre, quién sabe si empujado a la locura por un pasado semejante al del indio Natividad.

JOSÉ SALAZAR DOMÍNGUEZ

(Cumaná, 1902)

El cuentista del mar este cumanés, hombre de playas, palabra de las arenas, escritor que cuenta la luminosa maravilla de la costa y dice los pasos de la gente vecina de la orilla de las olas. Presente en todos los relatos de Salazar Domínguez uno de los prodigios que apasiona permanentemente al hombre: la dramática lucha eterna del agua movida y de la tierra quieta. La costa funde ese espectáculo agónico, esa violenta lucha nueva en la repetición de su destrozado nacer y de su muerte intacta. Junto a la tragedia que limita el mar, la actividad humana sería bien pequeña si no se lanzara a luchar dentro del poderoso escenario. Salazar Domínguez se ha demostrado capaz de soportar y sostener entre sus páginas el ambiente de la costa. Para trabajar su obra ha utilizado su magnífica prosa serena, bien coloreada de imágenes, donde corre la voz de nacer y morir entre luces y vientos y espuma cansada. Desde la playa o desde el barandal del navío el escritor mira el mar y dice su sueño, su relación con las formas del agua removida y de las gentes que se mueven en el regazo costeño. El cuento escogido para esta selección señala la pasión de Salazar Domínguez: "Por la hermosa costa del mar", el tema justo para escritor de tan noble prosa como él.

POR LA HERMOSA COSTA DEL MAR

Por José Salazar Domínguez.

A orillas del Caribe, por allí, hace mucho tiempo, había una pequeña ensenada sin nombre, que se fué poblando de gente y, después, cuando queríamos referirnos a ella era preciso denominarla Verisoñar. Las lanchas, los trespuños y los faluchos fondeaban cerca de la playa, sin muelle. El mar, con sus dedos inquietos, escribía y borraba espumas en la arena.

Era desesperante la situación comercial. Los pequeños pulperos salían todos los días a las puertas de sus negocios y se sentaban en unas sillas lustrosas, de cuero de chivo. Miraban la calle y se quedaban largo tiempo pensando, inmóviles, como negras y musgosas peñas aisladas, cerca de los acantilados. Si, por casualidad, venía algún cliente trataban de entretenerse conversando con él y, luego, con un sentimiento cansado y hondo, lo miraban alejarse. En los labios y en las barbas, acaso restregados por tormentas antiguas, se les podían apreciar ramalazos de llanto escondido.

Así sucedió en aquella oportunidad. Llegó Mano Fucho a comprar una locha de clavos en casa de Pacotin, que era un comerciante huraño, de quien se decía en Verisoñar, tenía almacenada una gran fortuna. Al verlo llegar, sin levantarse de la silla, le preguntó desconfiadamente:

—¿Qué quieres, Mano Fucho?

—Deme una locha de clavos de a dos pulgadas.

—¿Punta de parís?

—Sí, señor.

El viejo trasteó en el armario. Cogía un paquete, lo miraba por el tope o por el costado, luego sacaba un clavo y hacía

un cálculo, fruncía la cara y colocaba nuevamente el paquete en su sitio, sacando, poco después, otro paquete. Al fin suspiró y echó unos residuos rápidos de mirada en los contornos. Caminó dificultosamente el espacio existente entre el armario y el mostrador. Con mucha calma, después, sacó los clavos del paquete y los echó sobre un pedazo de papel de estraza.

Mano Fucho, de codos en el mostrador, y con la cara entre las manos, veía la operación.

—¿Y qué vas a clavar, Mano Fucho?

El trigueño se enderezó inmediatamente y dándose importancia, con voz que trataba de esconder una cosa de gran significación, le contestó:

—Nada, señor Pacotín. Nada, nadita. Unos pedazos de palo que tengo allá en la casa y que... bueno... un pequeño trabajo.

El viejo le contempló con malicia y gruñó en su forma peculiar.

—¡Uuhm! Tú eres un condenado, Mano Fucho, quién sabe qué diablos estás haciendo.

Pacotín se quedó gruñendo en la puerta, sobre su silla, viendo, con lástima, a Mano Fucho que se alejaba y pensando en lo que estaría haciendo.

Pensando así, medio dormido, se le hizo más fuerte el recuerdo de Mano Fucho. Recordó, entonces, cuando en tiempos buenos, Mano Fucho hizo aquel viaje en el "Superstición". Le compró maíz en los Caños y se lo trajo a Verisoñar. El viejo se ganó como ochocientos bolívares. El pobre Mano Fucho, tan bueno que parecía. Lo sortario que era ese hombre para los negocios. Lo malo eran los palitos y aquel compañero Críspulo que no lo desamparaba y que siempre estaba en líos con el gobierno y con la policía. ¡Qué condenación! La otra vez le recomendó que fuera a la Isla y le comprara unas perlas y le trajo aquellos bolombolos limpios y brillantes. El viejo se ganó como mil cuatrocientos bolívares en aquella operación. Indudablemente era un hombre activo y honrado, lo malo era aquel Críspulo, silencioso y taimado que hasta parecía que tenía un gran dominio sobre él. Pero así son las cosas, Mano Fucho estaba siempre pobre, aunque es verdad que siempre estaba contento.

De pronto, Pacotín se levantó de la silla y se adelantó hacia el interior del negocio. Llamó a su mujer y le dijo:

—¿Tú no sabes que he pensado un negocio para el "Superstición" que está sin hacer nada? Tengo ganas de enbarcar los plátanos del compadre Filemón y decirle a Mano

Fucho que los vaya a vender a La Guaira. Siempre se conseguirá mejor precio que aquí.

La mujer de Pacotín, medio distraída, le preguntó:

—¿Y Mano Fucho ha ido a La Guaira?

Pero el viejo le replicó, haciendo ponderación de Mano Fucho:

—Yo creo que no ha ido; pero tú no sabes quién es ese hombre. Al fin del mundo lo mando yo y va derecho. Y lo mejor de todo es que no me cobra nada.

La mujer de Pacotín, abstraída y como pensando en una cosa distante, sin consistencia y sin forma, quiso pensar en lo que le había dicho su marido; pero, al poco tiempo, se olvidó casi por completo de lo que quería pensar y solamente, como en una fugaz ensoñación de arenas y manglares, donde el mar de la costa intercala sus pliegos verdes y transparentes, se imaginó a Mano Fucho con su sombrero coriano, que era el sombrero de los viajes. Cuando él se ponía ese sombrero, ya todo Verisoñar sabía que Mano Fucho estaba de viaje. Y las mujeres salían de sus ranchos y lo miraban caminar aprisa, con sus zapatos de vaqueta y su blusa amarilla, de kaki lavado. Caminaba contento por todas las calles y se detenía un momento cuando tropezaba con algún conocido. Charlaba como despidiéndose, como desenredándose de un hilo invisible que pretendía sujetarlo y se iba sonreído, triunfante, aun cuando, en el alma de los que lo contemplaban y analizaban desde una posición quieta y serena, aquella sonrisa era falsa y escondía profundidades insospechables de traición y desprecio hacia todo lo que se consideraba tener un respetable valor espiritual; pero nadie osaba salirle al encuentro y desenmascarar la falsedad, porque la filosofía de orillar el peligro fué siempre en Verisoñar la más sencilla clave para vivir bajo el ala de una mezquina felicidad.

Pacotín se volvió a sentar en su silla de cuero. Cruzó los brazos sobre el pecho y respiró pausadamente. Al poco rato y por la orilla de la acera del frente pasó con su carretilla de mano el carretillero Traga-Concha. En un pie tenía calzada una alpargata, el otro estaba descalzo. Traga-Concha iba con la carretilla vacía, caminando hacia un destino incierto, como un barco con la carga podrida a bordo, por la hermosa costa del mar, sin saber hacia dónde enrumbarse. Mientras caminaba introducía la mirada rápida y resentida hacia el interior de las casas de negocio. La rueda de la carretilla, al girar, sin aceite, estiraba en la calle un chirrido frío, un lamento de intemperie, de abandono y de hambre.

Pacotín, al verlo, se acomodó mejor en la silla y cuando el hombre estaba cerca, se levantó bruscamente y llamó:

—¡Miguel...!

El sabia que a Traga-Concha no le gustaba que lo llamaran Traga-Concha. Miguel era su nombre de pila; pero esos compañeros de trabajo, esos bandidos, esos muchachos callejeros y sin padres que andan olisqueándolo todo y al menor descuido se roban el papelón, la raja de leña, el poco de cemento, esos zambullidores audaces que se van hacia el fondo detrás de los centavos que les tiran en el mar los regocijados pasajeros de los vapores, en el puerto afanado de olas y botes, y que después, más tarde, cuando fueran completamente hombres se llamarán el Lambe Plato, el Carepuya, el Quillúo, ésos, ésos son los autores de Traga-Concha.

Y Miguel sintió satisfacción cuando lo llamaron Miguel; pero al darse cuenta de que era Pacotín quien lo llamaba, aquella satisfacción no tuvo en su espíritu triste sino un rapidísimo aleteo. Fuera preferible que lo hubiera llamado Traga-Concha y surgió en él la intención de seguir adelante, sin hacer caso; pero, no obstante, de mal humor visible, detuvo la marcha y contestó con voz áspera:

—¿Qué hubo?

Pacotín se levantó de la silla y sonrió, rascándose al mismo tiempo la pierna del pantalón. Aquélla era una sonrisa afable y meliflua, preparada de antemano para soportar valientemente las crudezas de un insulto vulgar. Una sonrisa de gente práctica y cínica que previendo el obstáculo va segura del triunfo.

—Nada, hombre, nada. Te iba a decir, mejor dicho, te iba a preguntar si tú no pasas por allá por casa de... Verdad que tú no llevas ese camino. Era que me interesaba...; pero, tú no pasas por allí...

El carretillero lo miró de arriba a abajo, midiéndolo cautelosamente, buscando con la vista un apoyo para fundamentar la esperanza de la ganancia por el servicio prestado y al influjo de esa vaga perspectiva, se aventuró a preguntar, picado además por la curiosidad:

—¿Por casa de quién?

Pero Pacotín se puso grave de pronto, como ofendido, y le dió la espalda, encaminándose de nuevo a la silla y limpiándose con un gesto doble los antebrazos, como si hubiese tropezado con una materia pelosa y sucia. Sin embargo, en su rencor, continuó hablando:

—Que si pasabas por allí, por casa de Mano Fucho. Que por si acaso pasabas. Pero ustedes están de zánganos que no

se les puede decir nada. Era por si acaso me le dijeras a Mano Fucho que me interesa hablar con él.

La repentina bravata de Pacotín estremeció y desorientó a Traga-Concha. Casi tuvo la intención de arrodillarse allí mismo y suplicarle lo perdonase. Casi tuvo en los labios la palabra sumisa de: "Está bien, señor Pacotín". No la dijo; pero indudablemente la llevaba clavada certeramente en el alma. Iría, sí, iría, sin ganar nada, a casa de Mano Fucho, a trasmitirle aquella orden del señor Pacotín, a cumplir con aquella misión que le habían impuesto las circunstancias. Y la carretilla prosiguió deshilvanando su chirrido por la calle solitaria, embadurnada de grueso calor por un sol de medio día.

En ese momento la bodega estaba sola. Un aire liviano y burlón se mecía en las telas de araña colgadas del techo.

Con malicia de veterano en cosas de azar y de sorpresas Mano Fucho observó todos los claroscuros que circundaban a los barriles y a los cajones. Su vista trepó después por la cortina de los ajos y de las cebollas. Revisó el techo y contó las vigas y luego con un descosido pícaro en los labios, Mano Fucho, golpeó varias veces con los nudillos de la mano sobre el mostrador, gritando:

—Ey Pacotín... Despacho... ¿Qué hubo?

La mujer de Pacotín apareció silenciosamente por detrás de unos fardos. Tenía la cara pálida, sin sangre, como una luna indolente ascendiendo hacia el azul libre e inmenso. Mano Fucho, al verla, casi sorprendido, le dijo:

—Guá, Misia Pancha, ¿cómo estamos? Hacía tiempo que no le miraba esa cara.

La mujer buscó hacia los lados tratando de ver la cara a que se refería Mano Fucho, y de pronto, atemorizada, temblorosa, escondiéndose más atrás del fardo que le servía de amparo, balbuceó:

—Ya Pacotín viene. Está vendiendo alquitrán.

Mano Fucho, cuando no era Mano Fucho, cuando era Cruz Hernández, cuando era el capitán de la piragua "Trinitaria", antes, mucho antes de que viniera este Pacotín y se casara con Francisca Antonia, con misia Pancha, había estado enamorado de ella y la contemplaba desde todos los ángulos de su vida con aquella mirada recelosa que parecía estallar por momentos y que poco a poco se adormecía en sueños imposibles. Un amor egoísta y silencioso, de bifurcaciones profundas y sin finalidades categóricas. Un amor de lejos que nadie lo supo y que ella presintió nebuloso y complicado, lleno de peligros y de audacias increíbles. Era la concha sonrosada y

virginal de la costa inhollada, donde el mar siempre llega tímido, entre espejos verdeantes, acariciando espumas, paladeando criptas musgosas y que, sin embargo, rememora embestidas salvajes, chasquidos furibundos, gozamientos infinitos en las profundidades inmóviles del agua.

Un indio alto, descalzo y en franela, con un pote de alquitrán en la mano, surgió del fondo de la bodega. Detrás de él venía Pacotín, ufanoso, cansado, y sin atender la presencia de Mano Fucho, se fué derecho hacia el indio y le gritó:

—¡Epa! amigo, mire, no se me vaya. Son dos y medio. Cójale, ¡qué avispado!

El indio se detuvo, puso el pote en el quicio de la puerta y con voz compasiva, respondió:

—Yo no me iba. Vine a poner el pote aquí para no ensuciarle el piso. ¿Usted cree que los demás no son honrados?

—¡Umh! Cómo no. Todo el mundo es honrado hasta que se llegue la ocasión. ¡Umh! Y si no, que lo diga Mano Fucho.

—¡Ju! Apunte para otro lado —rezongó, medio sorprendido Mano Fucho.

Pacotín después de contar y guardarse los centavos de la paga regresó.

—Mira, hombre, te mandé a buscar para ver si tú quieres hacerme un viajecito a La Guaira en el "Superstición", con un poco de plátanos que tengo aquí y otro que entrarías a recoger en Chorote. Éstos se me están madurando y hay que hacer la operación con rapidez.

—Guá, cómo no. Eso es conmigo. ¿Cómo está el trespuño? ¿Ya está listo? Avíseme para decirle a Críspulo.

—¡Ah! cará, ¿ese Críspulo otra vez? A mí no me gusta ese hombre.

—¡Ah! Pero Críspulo es el que conoce la costa. Yo nunca he ido por allí. Yo no conozco sino de aquí para arriba; pero lo que es después de Cabo Codera para allá, no me atrevo. Y Críspulo es el hombre.

—Qué broma ésa. Bueno. Avísale a Críspulo entonces. Eso sí que va a salir caro.

—Acuérdese don Pacotín, de que nosotros nunca le hemos cobrado nada por nuestro trabajo. Usted sabe cómo navegamos. La pacotilla y la cosita nos ayudan y a usted no le cobramos nada por nuestro trabajo. Ganancias líquidas.

—¿Y a quién más llevan?

—¡Ah! Vamos a ver. Siempre se consigue. Eso está en la diligencia.

Y Mano Fucho salió de prisa a ponerse el sombrero coriano y sus zapatos de vaqueta.

Críspulo estaba sentado sobre un ture contemplando su atarraya remendada. Tenía las piernas cruzadas y los labios cerrados. El alborozo de Mano Fucho, contándole que Pacotín había resuelto el viaje, no lo sacaba de su mutismo ni de aquella fría actitud de piedra avanzada hacia el mar, donde vienen las olas y se rompen. La mirada de Críspulo nunca miraba los ojos de los demás. Oía y hablaba viendo para otra parte. Mano Fucho se le insinuaba meloso y trataba de cazarle un gesto, de descubrirle una intención; pero Críspulo era insondable y cuando más se encogía de hombros, como despreciándolo todo.

—Nos vamos, Críspulo; tú no me puedes dejar solo en esta oportunidad. Ya los papeles están arreglados. ¿Tú crees que es mentira? Pacotín ya hizo embarcar los plátanos y tenemos que llegar a Chorote y recoger los otros plátanos y seguir viaje hasta La Guaira. Vamos, hombre, decídete.

Entonces Críspulo se levantó del ture. Descolgó la tarraya y se metió dentro del cuarto. De allí salió con la cobija terciada.

—Buena suerte —le dijo a su mujer y le dió el sombrero margariteño.

Salieron a la calle. Los pasos de Críspulo eran debidamente calculados y seguros. Los pasos de Mano Fucho se trenzaban sobre los pasos de Críspulo. De pronto se quedaba atrás. De pronto avanzaba. De pronto se desviaba y regresaba al lado de Críspulo. Este miraba por lo bajo los movimientos del otro y seguía tranquilo, con un dominio perfecto de sus movimientos, como un hombre que va y sabe para dónde va.

Las mujeres los veían caminar. Mano Fucho con su sombrero coriano, su blusa amarilla y sus zapatos de vaqueta. Críspulo con el sombrero margariteño y la cobija terciada.

—¡Adiós...! ¡Adiós...!

Volaban los adioses de todas las manos y de todos los labios, de todas las faldas y de todos los sombreros. Volaban los adioses y las sonrisas y Mano Fucho contestaba a los que veía y Críspulo no contestaba a ninguno. Y así hasta que llegaron a la playa y se embarcaron en el cayuco.

El viejo Pacotín los miró partir y casi se le salían las lágrimas. Su mujer estaba pensando; pero al poco rato olvidó lo que quería pensar y entonces recordó que Mano Fucho llevaba el sombrero coriano y los zapatos de vaqueta y sintió una angustia en el pecho, como un deseo de zarpar también, de irse lejos, caminando por la orilla del mar y viendo siempre, en todo ese recorrido, la vela blanca del trespuño

en el que viajaba Mano Fucho. Y sentía cómo cansaba la arena espesa de la playa y cómo era de difícil atravesar un cerro de parte a parte.

La noche está cerrada en el cielo y en los contornos, mientras que aquí, en el puerto de La Guaira, hay tantas luces, hay tantas claraboyas abiertas que es difícil esconderse en la sombra. Sin embargo, Mano Fucho tiene que arriesgarse. Ese impulso de apropiarse de lo que no le pertenece juega con él y lo empuja. Es la avidez y la ignorancia. Todavía piensa un poco y se dice: "¿No me estarán viendo? ¿No me estarán cazando?" Pero ya no se puede dominar. Allí está Críspulo, viéndolo de frente en la noche, medio sonreído y amenazante. Y Mano Fucho tiembla con el frío en la espalda y en las manos.

—Je... ¿Cómo que si tienes miedo, cobarde? —ronca la voz de Críspulo como una tempestad— Avísame para arreglarte y entrar yo.

No. Ya está, Críspulo. Eso era todo. Eso era lo único que necesitaba. La voz de un hombre sin temores, resuelta, decisiva. La voz de Críspulo. Y allá va Mano Fucho. Se arrasa. Se doblega, como el cordaje de las jarcias. Se cimbra, como la delgadez de un mastelero; pero avanza sobre el muelle y se echa al hombro una caja pesada. No sabe lo que es. Con ella encima va empujando esa mirada cimbreante que ve todo, que capta todos los movimientos, y llega a la borda del "Superstición", jadeante, cansado. El miedo se ha diluído en la noche. El miedo a la bala del fusil del celador se ha esfumado. La muerte no le importa; pero prevalece en su pecho el terror, el terror que mana, como un latigazo de fuego, de la mirada de Críspulo.

—Venga más —le impone.

Dos, tres, cuatro, seis cajas más ingresan a bordo del "Superstición".

—¿Cuántas quedan?

—Quedan muchas.

—Está bien. Está bueno. Vamos a prepararnos para salir.

El mar de la hermosa costa entra por debajo de los muelles y allá en la oscuridad, contra el muro de cemento tachonado de caramujos, suspira y escupe una lívida saliva amarga y salada.

—Estamos llegando, Críspulo. Ya se están viendo los morros de Verisoñar. Ahora llegamos con ese enfermo. Miren que ese muchacho empeñarse en hacer el viaje, sabiendo que

él no sirve para nada. Dice que está sentido de la quebradura. ¡Quién lo mandaría a mover esas cajas!

Desde la proa del trespuño viene un quejido sordo de Francisco, el Quebrado. Los demás se ríen. ¿Un dolor en el mar? ¿Quién se puede atrever a sentirlo? Hay que reírse. Hay que tapar el dolor con sacos de fique o con pedazos de lona húmeda.

El puerto de Verisoñar se divisa hundido entre las olas. Mano Fucho se pone las manos sobre la frente para ver mejor. Su cara empalidece. Un ramalazo de presentimientos fustiga las sienes de los hombres de a bordo. Lo mejor es orzar y dirigirse hacia fuera. Hay mucho mar por allá y así estarían a salvo, para regresar más tarde. Van a perder toda la confianza del pueblo y de Pacotín.

Críspulo en el timón magulla:

—¡Ju...! No juegue, hombre. La confianza de toda esta costa venezolana. ¿Acaso qué... pues? ¿Tú te crees que la autoridad está dormida? Aquí hay que poner en ejecución nuestro plan. Ni una palabra. Ya veremos.

—Vamos a orzar.

La maniobra se realiza rebasándose la punta de la Fortuna que resguarda del oleaje fuerte a Verisoñar; pero no hay tiempo. La lancha de la Aduana sigue el rumbo del "Superstición" y se endereza en su camino. Viene levantando una ola gruesa y abofeteante.

—Esa gente viene para acá.

—Ujú... —comenta Críspulo.

La lancha de la Aduana llega al costado del "Superstición" e inmediatamente saltan los celadores del Resguardo, armados de fusiles y en guardia contra cualquier sorpresa. Se quedan mirando a Críspulo y a Mano Fucho, quienes impávidos los contemplan.

—Enderece el rumbo —dice el Jefe—. Y registren ustedes —agrega, dirigiéndose a los celadores.

—¿Qué es lo que pasa? —interroga Críspulo, asombrado.

—¿Lo que pasa? Lo que pasa lo saben ustedes mejor que yo. ¿Dónde están las cajas de molinos que se robaron en La Guaira?

—¿Cajas de molinos? ¿Nosotros?

Pero un celador, al levantar un fardo, con la alegría del hallazgo, gritó:

—¡Aquí están, Comandante!

El "Superstición" entra en Verisoñar. Junto con el quejido de la cadena del ancla en el escobén va el quejido sordo de Francisco, el Quebrado, y ambos se hunden en el mar sucio

del puerto, al mismo tiempo que por todo el contorno se levantan en vuelo las sangrientas ironías.

—¡Al fin cayeron esos bandidos! ¡Vamos a ver Pacotín ahora! ¡Vamos a ver la honradez! ¡Jé, jé!

En las puertas y ventanas de la calle principal se asoma íntegramente la vida íntima de las casas. Había que ver el paso de los presos. En la batea quedó la ropa a medio lavar. La leña del fogón se apagó y el almuerzo que empezaba a despedir apetitosos olores, pasmó su actividad. Era necesario asomarse, ver, palpar, hurgar, desenvolver contra la trascendencia de aquel momento, para poder adquirir armas contra Mano Fucho, contra Críspulo, contra Pacotín y contra la pálida mujer de éste.

—Sí —decía Antoñiquita—. Los han agarrado bien agarrados. Ahora sí no se van a salir con las suyas. Se robaron una cantidad de corotos y pensaban meter ese contrabandote, así tan tranquilamente. Hasta Pacotín y la mujer caen esta vez. ¡Ah, viejo zángano y ladrón!

Al poco rato pasó Traga-Concha con su carretilla. El gemido de la rueda prendía frío, hambre, desesperación, en los corazones; pero esto era una cosa pasajera. Lo más interesante era ver a los presos y la expectativa estaba montada en todas las casas.

—Mira, tú, como te llames, mira hombre, ¿ya los desembarcaron?

—¿Los desembarcaron? —respondió Traga-Concha—. No, que va. Esa gente es más avispada que el diablo. El pobre Críspulo es el que menos culpa tiene, el otro pájaro está remolón...

—¡Cómo! —Antoñiquita milagrosamente no se desmayó—. ¿Cómo va a ser? Niña, imagínate —le explicaba a Mercedita que no había podido oír el comentario—. Imagínate, ahora toda la culpa se la van a echar a Mano Fucho. El más tonto. Ahora lo van a castigar a él sólo, mientras que el otro encerrado, quién sabe qué lío está preparando. ¡Francamente qué sinvergüenza! ¡Si yo tuviera unos pantalones!

Y pasó entonces María Galera la vendedora de pescado fresco con su batea sobre el rollete de trapos en la cabeza. A su paso el suelo repercutía y el aire se contoneaba entre los mil pliegues de su faldota chillona.

—¡Carite fresco! ¡Carite fresco!

—Oye, María, ¿cómo va la cosa, tú que vienes de la orilla y de la Aduana, qué noticias tienes?

—¡Guá! A Mano Fucho lo han metido en un compromiso.

A todos los tienen presos ahí. Quién sabe cómo les metieron esos corotos en el bote y ahora los tienen que pagar. ¡Carite fresco! ¡Carite fresco!

—No te digo yo, Mercedita, hasta el pobre Francisco, el Quebrado, creo que va para la Cárcel y el viejo Pacotín. Harían bien en llevarse a éste. No le perdono que me haya ganado un real sobre cada frasco de la medicina que estoy tomando para el catarro.

A todo esto se notó un movimiento de gente por los lados del Resguardo y las narices se asomaron más decididamente. En efecto, allí trasladaban a Críspulo y a Mano Fucho. Venían con la cara seria, entre los oficiales de la policía y con las manos detrás, fuertemente amarradas con pita. La gente se apartaba asustada y la comitiva avanzó en su dirección.

La mujer de Pacotín, desde el fondo del negocio, trataba de comprender lo que estaba pasando y el viejo miraba y miraba desde atrás del mostrador el ir y venir de la multitud. Allí se presentó Josecito, con el rostro desfigurado por la emoción del momento y trató de captar impresiones.

—¿Cómo le parece, amigo Pacotín? ¿Cómo le parece?

—¡Juhm! Esto debe ser una cosa complicada. Yo no me explico qué es lo que está pasando. Una gente tan honrada como ésa. En fin. Críspulo debe tener la mayor responsabilidad.

—¡Y parece que el "Superstición" también se pierde...!

—A lo mejor se pierde; pero el Gobierno debe conocerme. Yo siempre he sido un hombre honrado y trabajador y no estoy con esas vagabunderías.

La mujer de Pacotín, como una luna pálida en medio del cielo, se acercó y trató de oír algo; pero solamente oyó o creyó oir que su marido iba a fletar el "Superstición". Se lo fletaría a Mano Fucho para que navegara bien lejos, más allá de donde se ve el horizonte, por donde el sol desciende en las tardes y prende sus papeles rosados junto a las nubes quietas.

Y vino la Justicia inexorable. Con la majestad de sus principios, en medio de la ignorancia de todos, situó las responsabilidades donde menos podían estar. Ni Mano Fucho, ni Críspulo eran culpables del delito que se les imputaba. Más bien se les daban satisfacciones en el fallo definitivo. Habían sido víctimas del proceder de ese hombre que al principio no revelaba fuese capaz de semejantes actos.

Sobre el Quebrado cayó todo el peso de la justicia. Era el único culpable. Era el autor del robo y a su dolor se agregó este otro dolor del peso de la pena. El ruido del mar en la

playa lo ensordecía y Verisoñar abrazaba alegremente a los recién libertados.

Mano Fucho hablaba con todos y se sonreía por lo bajo, despidiéndose al mismo tiempo. Críspulo no saludó a nadie y se fué derecho a su rancho y se sentó en su ture a remendar la atarraya, con una arruga en la frente.

Pacotín se restregaba las manos de contento y le decía a Josecito:

—¿No ves? No te decía que eso era una vagabundería. Ese Mano Fucho es un hombre honrado. Tan pronto como salió de la Cárcel me entregó completas las cuentas.

Y Josecito, comentó:

—Pero, por más que sea, la gente dice que los otros son unos bandidos.

En ese momento se acercó la mujer de Pacotín e intervino enérgicamente:

—Sí, son unos bandidos, Pacotín. Sí, son unos bandidos. Yo no te quería decir nada; pero sí, son unos bandidos. Son unos ladrones. Son unos embusteros. Son unos traidores peligrosos. Son unos...

Pacotín se la quedó mirando y le observó el rostro que se le iba poniendo rosado. Y le observó la mirada que se le iba poniendo profunda. Y Pacotín tuvo miedo de que su mujer enfermase de pronto. Pero el rostro de Misia Pancha se iba poniendo más y más rosado, hasta enrojecer por completo y entonces parecía el sol de la tarde, cuando iba cayendo allá lejos y prendiendo colorines en la hermosa costa del mar.

ANTONIO ARRÁIZ

(Barquisimetro, 1903).

Después de muchos años de ejercicio poético de altura y podei excepcionales (es uno de los mejores poetas de América) Antonio Arráiz entró con la genial capacidad literaria que posee a la actividad de narrador en cuento y novela. "Puros hombres", "Dámaso Velásquez", son ejemplos novelísticos de indiscutible fuerza. Dentro del cuento ha dado iguales muestras de que su poder creador acepta y domina las dificultades de cualquier género. Especialmente grata la obra que ha realizado al aprovechar figuras tradicionales de nuestro folklore y utilizar lindas caricaturas de animales para fabricar deliciosas fábulas de sarcástica intención. La forma usada por Arráiz es antigua pero le da original sentido la fusión de una expresión lujosa y poética sobre un fondo narrativo de frescura infantil. Arráiz nos cuenta en sus historias de animales viejos enigmas, misterios conocidos, opiniones corrientes, pero su estructura poética y su riqueza verbal hacen vivir en estos cuentos suyos un mundo coloreado de plumas, de escamas, de aguas, de leyendas, por el cual el sarcasmo y la crítica desvanecen sus puntas en la travesura de un juego de arte. Estos cuentos de Arráiz son equiparables a lo mejor que haya él realizado en poesía y novela.

LA CUCARACHITA MARTÍNEZ Y RATÓN PÉREZ

Por ANTONIO ARRÁIZ.

Estaba la Cucarachita Martínez barriendo el sótano de la cueva bajo la mirada vigilante y ceñuda de Misia Rata, cuando se encontró un mediecito. En el primer instante palideció: quedó inmóvil, fría de emoción, las dos manos temblorosas apoyadas en el palo de la escoba y el corazoncito disparado en loco vértigo. ¡Ay de ella si hubiera perdido la serenidad!

—¿Qué te pasa? —le interrogó al momento Misia Rata.

Pero la Cucarachita Martínez estaba acostumbrada a reaccionar con viveza.

—Nada —dijo—. Me quedé pensando si le habíamos puesto orégano al asado. Yo creo que se nos olvidó el orégano. Todavía habrá tiempo de ponérselo.

—Ya lo creo que le puse orégano —replicó, iracunda, la Rata—. ¿Qué te estás creyendo? El asado quien lo está haciendo soy yo. ¿Te imaginas que soy como tú, una zangarileja sin fundamento, a la que todo se le olvida? Se me figura que debes de estar enamorada. Estas muchachas de ahora no viven sino pensando en la vespertina, y en el paseo en automóvil, y en emperifollarse todo el santo día para ir diz que a oír una conferencia en el Pedagógico. ¡Dígame eso! ¿Desde cuándo las mujeres servirán para conferencias? La mujer, metida en su cocina, y al llegar la noche, a rezar el rosario para acostarse. ¡Cuándo las mujeres de mi tiempo! Yo, a tu edad, a estas horas ya tenía toda la casa como una tacita de plata, y todavía, con los años que tengo, te apuesto a que no se me ha olvidado ponerle orégano al asado.

Se reposó, tomó un sorbo de carato de guanábana con le-

che, que tenía en un vaso al alcance de la mano, y al cabo de un rato agregó:

—Sin embargo, por lo que pueda suceder, voy a ver si le puse orégano al asado.

Un minuto después regresaba triunfante de la cocina.

—¿No te lo decía yo? ¡Ya lo creo que le puse orégano! Su orégano, su perejil, su adobo y todo lo demás. A mí no se me olvida nada, ¿lo has oído bien, niña? ¡Nada!

Sumamente majestuosa, se tomó el resto del refresco

Pero en el breve intervalo de su ausencia, la Cucarachita Martínez, rápida como una lanzadera de telar, había recogido el mediecito del suelo y lo guardó en el bolsillo del delantal.

Era un mediecito, auténticamente: todo un señor mediecito. Estaba bastante liso: el rostro del Libertador se adivinaba más por el amor y la devoción de quienes lo contemplaban, que porque apareciese en realidad en rasgos visibles sobre la superficie. Pero, de todos modos, era un mediecito.

—Una verdadera pieza de valor monetario, de ley de 835, diámetro de 16 milímetros y peso de 1,25 gramos —sentenció el Sietecueros—. La moneda tiene un valor real y un valor simbólico: el valor real representa el metal precioso que contiene, que en el caso concreto es la plata en una aleación con cobre de 8.35 por 1.65. La plata es el argentum de los latinos, y el símbolo con que se le distingue es Ag. El valor simbólico expresa su poder adquisitivo, que varía según las fluctuaciones del mercado y el costo de la vida; y, asimismo, la cantidad del valor de trabajo que se condensa en la moneda. La moneda fué inventada por los fenicios, y, rápidamente popularizada, ha sido adoptada por todo el mundo como el medio circulatorio más eficaz para las transacciones comerciales.

Nunca hubiera terminado su disertación, de no ser por la Paloma, quien, abriendo con expresión inocente los hermosos ojos, interrogó de pronto:

—¿Por qué serán redondos los mediecitos?

—Jesús, niña: ¡qué poco vuelo de inteligencia la tuya! —le replicó en el acto la Gallineta—. Los mediecitos, y todas las monedas, son redondas, porque si no no se podrían meter por los huecos de las alcancías.

La Gallineta era bachillera en filosofía y letras, y todo cuanto pronunciaba rezumaba su profunda sabiduría.

—Yo creo más bien que las monedas son redondas para que corran con mayor velocidad —arguyó el paupérrimo Cucarachero—. ¿Quién puede alcanzar una moneda que corre? ¡Ah!

Nunca he logrado atrapar una, ni siquiera de refilón, y si no fuera por este brillante mediecito que admiro ahora en manos de la Cucarachita Martínez, estaría por creer que las monedas son ficciones, inventadas por seres crueles para mortificar a los pobres de espíritu y a los limpios de corazón.

—¿Es verdad que la Cucarachita Martínez se encontró un mediecito? —preguntó el Cocuyo, apareciendo por la ventana.

—Sí, es muy cierto —contestó el doctor Burro—. La versátil diosa Fortuna ha querido hacerle don de uno de sus alígeros favores y ha nimbado su casta frente con el áureo resplandor de la riqueza.

El doctor Burro sacudió las largas orejas, muy satisfecho; se sacó del bolsillo interior de la levita una libreta con lapicero de oro, unidos ambos por una cadena también de oro; se acomodó los lentes y apuntó la frase que acababa de improvisar. Sería una lástima que se perdiera, e hizo el propósito de desarrollarla luego en un hermoso discurso que pronunciaría en la Academia.

—Sí, me encontré un mediecito. Aquí está —dijo la Cucarachita.

Sus palabras fueron más modestas que las del doctor Burro, pero la demostración objetiva con que las acompañó, las hizo elocuentes. El Cocuyo encendió alegremente su farolito japonés; se complacía, de todo corazón, de los buenos sucesos de sus semejantes, y fué a divulgar la noticia por todas las vegas del cañaveral.

—¿Cómo? ¿Esa pordiosera? —comentó la envidiosa Nigua—. No en vano dicen que la fortuna es ciega. ¡Ir a escoger a esa zarrapastrosa, a una gentuza tan sin ninguna significación, en lugar de favorecer a una persona digna de ello!

—Por ejemplo, tú —le replicó, en tono zumbón el Mosquito.

La Nigua se infló de ira blancuzca y amarillenta.

—No me he querido señalar precisamente yo —protestó—. Aunque, por más que me esté mal el decirlo, no veo ninguna razón para que se me prive del derecho de ser recompensada por mis virtudes. Supongo que no te atreverás a regatear mis méritos. Soy una mujer honrada, trabajadora y seria; nadie me ve nunca con vestidos descotados en las fiestas ni en los lugares de perdición. Mi vida es una serie de sacrificios; de sufrimientos y de heroísmos. Lo que pasa es que hay gentes frívolas y corrompidas que no reparan en lo difícil que es la existencia para una pobre muchacha como yo, rodeada de tentaciones y peligros, y, sin embargo, sosteniendo siempre

en alto el estandarte de la dignidad. ¿Lo oyes? Muy en alto. Adonde no llegan tus ponzoñosas invectivas.

Se proponía decir muchas cosas más; pero la interrumpió el irascible Alacrán, quien, desde el piso de abajo, gritó:

—¡A callar! ¿Qué se están creyendo ustedes? ¿Que están en la plaza del mercado? A callar, y dejen trabajar tranquilo a uno.

Desde hacía mucho tiempo, la Nigua acariciaba el propósito de conquistar el áspero corazón del Alacrán, por lo cual prefirió callarse para agradarle. El Alacrán pudo engolfarse de nuevo en sus colecciones de pedruscos, hojas marchitas e insectos atravesados con un alfiler, entre los cuales vivía, pues era naturalista.

—La Cucarachita Martínez se encontró un mediecito —le anunció el Cocuyo por el postigo.

—¿Y qué tiene eso de particular? —tronó el Alacrán—. Todavía si hubiese encontrado un espécimen ignorado de clamidosaurio...

—¿Un mediecito? —exclamaron al mismo tiempo, abriendo desmesuradamente los ojos, el Bachaco, el Zancudo, el Chinche, la Cotorra, la Pulga, el Chivo, el Gallo y el Canario de Tejado. El Chivo corrió a su casa a perfumarse la barba y peinarse su hermosa melena de bardo trasnochado. El Gallo fué a ponerse su flamante uniforme, con dormán rojo, galones de plata, brandeburgos de oro y una cascada de plumas blancas sobre el yelmo de acero. El Canario no tenía más que un par nuevo de zapatos de dos tonos y una linda corbata, pero, con ellos, quedó tan elegante como sus rivales.

—¿Y qué haré yo ahora con mi mediecito? —suspiraba la Cucarachita Martínez.

—Cómprese un automóvil —le aconsejó el Bachaco, exhibiendo innumerables catálogos de colores llamativos—. Fíjese usted: tengo todos los modelos: limusinas, sedanes, coches abiertos, convertibles, dos-para-cuatro, todo lo que usted quiera. ¿Qué le parece este soberbio cupé de 80 caballos de fuerza? Es la última palabra de la industria automotriz.

—Mis radios son la última expresión de la técnica norteamericana —le interrumpió Zancudo—. ¿No quiere que le mande uno de demostración? No le cuesta nada, lo tiene todo el tiempo que quiera, sin ninguna clase de compromisos, y después lo devuelve si no es de su agrado. Este tipo de gabinete cerrado es lo mejor que se ha producido en el ramo. Tiene cerebro metálico, antena ultraperceptiva, ojo anastigmático de seguridad interior, sistema de sincronización del Páncreas cíclico, control tubular digestivo, dial asimilable

endo-estratosférico. Este radio tiene la sensibilidad, la emotividad, la inteligencia de cualquier animal. Es un genio de expresión oratoria, con la finura de matices de una artista de gran ópera y la infinita sutileza de una dama archicivilizada.

La Cotorra lo interrumpió:

—Mi queridísima Cucarachita, ¿cómo estás? ¿cómo te va? Dichosos los ojos que te ven. ¡Ay, niña! Pero si estás de lo más bien... ¿Cómo haces tú para lograr milagros de belleza? ¡Qué cutis, el tuyo; qué brazos, qué garganta, qué talle! La presumida Avispa debe de estar muerta de envidia desde que has desarrollado ese talle que tienes ahora. Muy dernier-cri, ¿lo sabes? Muy a la nouvelle saison. La moda actual tiende a estos talles mitad de sílfide y mitad de danceuse, que es lo que llaman el estilo tourbillon d' amour. —La Cotorra hablaba desbocadamente, emanando perfumes diversos y penetrantes, con una carterita de lentejuelas azules en una mano y en la otra una larguísima boquilla, en cuyo extremo humeaba un cigarrillo perfumado—. Precisamente —continuó— tengo algunas toilettes encantadoras que te harán mucho favor con ese talle cimbrante que tienes. ¿Por qué no te llegas un momentico hasta mi casa de modas? ¿Sabes?, tengo un establecimiento muy raffiné. Se llama el Desván Bleu. ¿Cuándo me haces una visita? Sería capaz hasta de regalarte mis vestidos, sólo por el gusto de vértelos puestos. Modelos de Antílope Pardo, modelos de Rengífero Ruso, modelos de Fox y Terrier, legítimos modelos de la Calandria y de la Alondra... Todo importado, nada vulgar, nada nacional. ¿Cuándo te vienes un rato chez moi ma cherié? Ya verás, pasaremos unos minutos verdaderamente charmants.

—¿Tengo el honor de hablar con la Cucarachita Martínez? ¡Tanto gusto, señorita! Yo soy Pica-y-huye, repórter de "El Animal Independiente". Ya lo sabe usted: nuestro primer diario informativo, con ediciones de rotograbados todos los domingos. A los pies de usted, señorita. Vengo para hacerle una entrevista. A ver, dígame usted: ¿cuáles han sido sus primeras impresiones con la imprevista riqueza que ha caído en sus manos? ¿Cree usted que en la riqueza consiste la verdadera felicidad? ¿Cuáles son sus opiniones acerca de los presentes conflictos entre el capital y el trabajo? ¿Qué esperanzas tiene usted fincadas en los nuevos candidatos al Ayuntamiento proclamados por el Partido Animalista Nacional? ¿Prefiere usted a los caballeros con bigote rasurado, a los que usan gomina o a los intelectuales?

Y diciendo y haciendo, Pica-y-huye extrajo en seguida un

lápiz y un cuaderno, y se dispuso a copiar lo que contestase la Cucarachita, mientras su compañero el Jején aprestaba la máquina de fotografía.

—Paf —sonó sorpresivamente el magnesio, e iluminó con su llamarada lívida los rostros tomados de un súbito susto de los circunstantes.

La Cucarachita Martínez había quedado pensativa. Los ojos abstraídos y los labios entreabiertos indicaban la concentración de sus ideas en el deseo de contestar las preguntas del periodista.

—Estoy todavía tan aturdida —empezó a murmurar.

Pero, para gran sorpresa suya, Pica-y-huye no aguardó más: púsose de pie, le dió la mano, murmurando precipitadamente:

—Muchas gracias, señorita, muchas gracias.

Y salió de la casa, seguido de cerca, como siempre por el Jején.

Por otro lado, el Ciempiés entraba en ese momento con nuevos catálogos, planos, prospectos y folletos impresos.

—Coloque usted su dinero en inversiones sanas, seguras y permanentes. No se deje embaucar por los cantos de sirena de los que pretenden desplumarla. Nosotros le podemos fabricar una linda casita en nuestra urbanización La Santidad del Hogar. Todas las casas que hacemos tienen porche, pantry, bar y living-room. Hacerse una casa en La Santidad del Hogar es garantizarse una vida de delicias...

—¿Como? ¿Se ha convertido usted en millonaria y no piensa en comprar una póliza de seguro de vida? —interrumpió el Tuqueque—. Tenemos seguros contra incendios, seguros contra inundaciones, seguros contra robos, seguros contra muerte, seguros contra accidentes, seguros contra enfermedad, seguros contra invalidez, vejez, fealdad y estupidez crónica. Le aseguramos, si usted quiere, una mano, un brazo, un riñón, la cabellera o los dientes orificados. Le aseguramos contra la infidelidad de su marido, contra los efectos alcohólicos, contra la murmuración de sus vecinas o contra los malos pasos con el novio. Nuestro lema es: "seguros para todo y contra todo", y nuestra especialidad son los seguros contra los agentes de seguros.

—Tengo perfumes, extractos, aguas de colonia, dentífricos, cremas frías, coloretes, polvos de gardenia y de rosa, lápices para las cejas y los labios —dijo el Chinche mostrando su mercancía—. Tengo todo lo necesario para el maquillaje perfecto.

—Vendo corsés Junco del Río, sostenes Colinas del Paraí-

so, pantaloncitos Fascinación, trajes de baño Nereida, fondos Celaje de Primavera y dormilonas Voluptuosidad. Todas las marcas, todos los diseños, sedas, gasas, artículos exclusivos —anunció la Pulga.

La Cucharita no encontraba qué contestar. Y todavía fué mayor su sorpresa cuando, al día siguiente, pudo leer en las columnas de El Animal Independiente la entrevista que le había hecho el Pica-y-huye.

"—Nosotros —decía— le preguntamos:

"—¿Cree Ud. que en la riqueza estriba la esencia de la felicidad?

"Colocando la manita primorosa sobre la aterciopelada mejilla, en una actitud de profundo recogimiento interior, nuestra gentil interviuvada nos contestó así, con un suspiro:

"—¿La riqueza? ¿Qué importancia puede tener la riqueza para una mujer joven como yo? ¡La juventud, la belleza, el amor, la virtud, la piedad! He ahí las bases de ese fermento químico, como pudiéramos llamar a la vida. En cuanto a la riqueza, no es más que el ácido que se vierte sobre ella, modificándolas, alterándolas superficialmente, arrancando irisaciones insospechadas y tonalidades opalescentes donde no existía antes sino el cuerpo amorfo. La riqueza es algo así como el rayo de luz y de emoción que despierta los colores dormidos en la penumbra, el toque mágico a las regiones etéreas desde donde se dominan los panoramas radiantes de la existencia..."

Este reportaje valió a Pica-y-huye un aumento de sueldo en el periódico. En lo que toca a la sensación que produjo, baste decir que unos de los lectores, el Gato, al llegar a esta altura del artículo, exclamó en voz alta:

—¡Caramba! Esto está magnífico. ¡Qué muchacha inteligente! ¡Y tan bonita! —agregó, al ver el retrato—. Es inteligente, bonita, graciosa, riquísima. ¡Santo Dios!

Apartó el periódico, y alzando la voz, llamó a su ayuda de cámara el Piojo:

—Piojo: mi flux nuevo de gabardina gris, mi corbata vino tinto, mi camisa color crema, mis zapatos cortebajos de gamuza blanca, mi bastón de caña de India y mi pitillera de malaquita azul. Quiero estar particularmente bien vestido hoy, porque intento hacer una visita.

El Gato es un aristócrata de vieja cepa, descendiente de antiguos marqueses, pero a nadie se le escapa que está arruinado, y anda en busca de una buena dote.

La Arañita de Playa fué a la casa de su prima la Araña Tetracauta, y allí encontró a sus otras primas la Araña Común, la Araña Peluda y la Tarántula.

—¿Ya sabrán ustedes la noticia?

—Te refieres sin duda a la nueva rica —contestó la Tarántula.

—Nueva rica, ésa es la palabra —declaró desdeñosamente la Araña Común—. Me chocan esas ostentaciones de periódico, y todo lo demás. Ello no revela más que baja alcurnia y deplorable vulgaridad.

—Pero, m'hijita, ¿y quiénes son las Martínez? ¡Figúrate! ¡Unas nadie! —recordó la Arañita de Playa.

—Lo que es en mi casa no entra la tal Cucarachita Martínez, por más dinero que haya adquirido de pronto, y de manera muy poco decorosa por cierto —anunció la Araña Peluda.

—¡No faltaba más! ¿Nosotras codearnos con esa plebe? —exclamó la Tarántula.

Y la Araña Tetracauta, la más pomposa de todas, respetada en la familia por su ropaje imperial color de sangre, así como por la media luna que luce en el abdomen, resumió lo dicho:

—Entonces estamos todas de acuerdo, queridas primas. Nosotras no olvidamos que Araña es un apellido ilustre, y que nuestra amistad no puede estar al alcance del primer advenedizo.

Con esta consigna regresó la Arañita de Playa a su hogar; pero la firmeza de su resolución sufrió un grave quebranto al día siguiente, cuando supo que el príncipe Pavo Real, tan de buen linaje, por lo menos, como ellas, había invitado a la Cucarachita Martínez al gran baile de carnaval que daba todos los años. Sin pensarlo más, la Arañita fué inmediatamente a hacerle una visita a la nueva millonaria; y ¿cuál no sería su sorpresa al encontrar allí arrellanadas en sendas butacas, a sus primas la Araña Común, la Araña Peluda, la Tarántula y la Tetracauta?

—¡Cuánto nos ha alegrado tu inesperada suerte, querida! —decía la Araña Peluda—. Tú sabes que tus éxitos son también nuestros.

—Así es —apoyó la Tetracauta—. No sé si recuerdas que tu familia y la nuestra están emparentadas. El cuñado de un primo de la sobrina de tu tatarabuela Martínez estuvo a punto de casarse con la yerna de un tío del hermano de nuestra tatarabuela la Araña Galeoda. No nos podrás negar, por lo tanto, el derecho y el placer de llamarte prima.

La Cucarachita Martínez gozaba de todas las dulzuras de su reciente prosperidad; pero, al mismo tiempo de todos sus inconvenientes.

—¿Y qué haré yo ahora con mi mediecito? —se repetía, y

su interrogación iba adquiriendo un tono siempre mayor de saciedad y de tristeza.

—Viajar —le contestó la Golondrina—. ¡Oh! ¿Puede hallarse un empleo más sabio y bello de la riqueza? Recorrer el vasto mundo; hacer que paisajes, ciudades, muchedumbres desconocidas desfilen ante nuestros ojos; descorrer el secreto de lugares remotos y fascinadores; penetrar en el misterio de las leyendas, de mitos; de tradiciones extrañas; que nuestra planta alegre y aventurera profane el silencio de comarcas espolvoreadas de historia; sentir cómo se diluye nuestra personalidad en el bullicio de religiones, de lenguas, de seres multicolores; no tener asiento en nada, no tener asidero en nada... ¡Oh! ¿Puede haber nada tan hermoso como viajar?

—La paz, la quietud de un sitio tranquilo y apartado —replicó el Puerco—. La verdadera felicidad consiste en el perfecto reposo. El tiempo se desliza de una manera insensible, y todo nos parece tan lejos, tan aparte, que se diría que la vida no corre para nosotros, ni nos alcanza con el hervidero de sus pasiones, convulsiones, problemas y heridas sangrantes. Un lugar plácido donde envolverse en la ventura de la paz interior... Eso es lo que se debe buscar.

—La vida es acción, y sólo tiene sentido cuando se traduce en acción —replicó la Abeja—. ¿Qué valor puede haber adquirido tu existencia si te encuentras con que no has hecho nada? Te parecería espantosamente vacía. Obsérvame a mí: sin descanso estoy entregada a una infatigable actividad, porque si no obedeciese a este impulso natural, que es común en todos los seres vivientes, si no me dejase arrastrar por este afán de movimiento y creación, lo mismo que cuando se toca la mano helada de un animal muerto retrocedería horrorizada al palpar la desesperada inanidad de la vida.

—Acción, sí —arguyó la Hormiga—. Pero acción dirigida, acción orientada, no acción a tontas y a locas. ¿Qué importancia tendrá tu actividad si carece de un objetivo? Sería como un pobre animal descabezado, a quien alguno de los perversos hijos de los hombres lanzó al polvo del camino. Con las seis patas hace movimientos desordenados, pero no acierta a adelantar en ninguna dirección, porque ni ve ni sabe a dónde va. Un fin, una meta, es la clave de la vida. El fin de la riqueza es crear mayor riqueza. Actúa, mi querida Cucarachita; pero procura que, al actuar, tu actividad se traduzca en la multiplicación de tu riqueza. El ahorro es el más alto ideal que debe inspirar a un animal.

—El ahorro es la mayor de las insensateces —protestó la Cigarra—. El ahorro es un tirano a quien erigimos en nuestro

propio amo, y voluntariamente nos sometemos a su odioso yugo. ¿Quién sería tan loco que con plena deliberación adoptase la esclavitud? ¿Qué se gana con ahorrar? La vida es corta: pronto nuestros brazos serán débiles, nuestra vista escasa, y después se tiene uno que morir. Aprovecha, Cucarachita Martínez, tu juventud, tu hermosura y tus riquezas mientras te duren, y no des oídos a lúgubres reflexiones.

—Toma estado, cásate, Cucarachita Martínez —aconsejó la Gallina—. No hay placer más grande que el de sentir una familia en torno suyo, y arropar los hijos bajo el ala, alborozarse cuando pronuncian las primeras palabras y ver cómo lentamente se desarrollan a nuestro amparo.

—Sí, y los hijos se enferman, lloran, gritan, alborotan; y si alguno (¡no lo quiera Dios!), se te llega a morir, ya tienes que vivir desconsolada el resto de tus días —continuó el Pico de Plata—. Y aunque no se te enfermen ni mueran, ¿qué?, el día menos pensado se casan y se van de tu hogar, dejándote abandonada, después de tantos sacrificios que has hecho por ellos... No, Cucarachita, no seas idiota: no te cases nunca. Permanece soltera, y goza de tu libertad, de los campos verdes y de los cielos azules.

Y emprendió el vuelo.

—¿Qué haré yo con mi mediecito? —murmuraba, ya casi con lágrimas, la Cucarachita.

—¡Buena que la hemos puesto! ¡Ahora la muchacha sonsa se va a poner a lloriquear! —rezongó Misia Rata, malhumorada—. ¡Eso nada más nos faltaba! ¿No digo yo? Entienda que estas niñas de ahora sí que son desabridas. Se encuentra la mocita convertida de la noche a la mañana en millonaria, ¿y qué cree usted que inventa? ¿Sale a pasear en automóvil? ¿Se compra un vestido bien bonito, y unos lacitos azules para la cabeza, y se sienta a la ventana a flechar corazones? ¡No, señor! ¡Nada de eso! Se pone a hacer pucheros, porque diz que no encuentra nada que hacer con su mediecito...

Se abanicó, sofocada.

—¡Habráse visto! —añadió.

Estaba en el grado máximo de indignación.

—¿U...u...u... unos... la... la... lacitos azules? —gimoteó la Cucarachita, mirándola a través de las lágrimas.

Misia Rata se enterneció:

—Sí, muchacha. No seas tonta —dijo; sentándose a su lado y principió a acariciarla—. No te preocupes por lo que haya dicho esa gente. ¿Qué te dijeron esos sinvergüenzas? Toditos ellos son unos malvados, que lo que quieren es mortificarte.

Cómprate unos bonitos lazos azules, te los pones en la cabeza, te sientas a la ventana, y verás tú lo que es gozar...

El rostro de la Cucarachita Martínez se iba iluminando, en tanto que las lágrimas temblaban todavía en sus largas pestañas.

—Unos lacitos azules... —murmuró, como hablando consigo misma—. Si compro dulces, me los como y se me acaban. Si compro perfumes, me los echo y se me acaban. Si compro joyas, se me pierden y se me acaban: y, además, me traería mala suerte. Sí: voy a comprarme unos lacitos azules.

Y así fué como la Cucarachita Martínez se compró sus lacitos azules. Se peinó, se empolvó, se pintó las mejillas y los labios, se puso su vestido nuevo, se arregló con graciosa coquetería los lazos azules en los rizos negros; y se sentó a la ventana. Estaba muy linda.

Los galanes comenzaron a rondar:

—Cásate conmigo —le dijo el Toro.

—¿Y qué me ofreces tú? —le preguntó la Cucarachita.

—Te ofrezco el poder. Cásate conmigo, y el mundo estará a tus pies. Dirás una sola palabra, y todos temblarán, y se precipitarán a complacerte. ¿Qué digo una palabra? Ni aun será menester que formules tu deseo. Un antojo tuyo, un ligero capricho que exhales en el viento, será como una campanada que agitará a los perezosos, despertará a los dormidos y hasta resucitará a los muertos El giro más voluble y encendido de tu pensamiento regresará a ti, antes que lo hayas expresado, convertido en espléndidas verdades y realizaciones insoñadas. Los animales te temerán y obedecerán solícitamente. La vida será un sendero de presentes y ofrendas a tu paso, y el universo se arrodillará ante ti, reverenciando a la escogida por el poderoso Toro.

—¡Ay, Toro, me das miedo! —contestó la Cucarachita.

—La vida será un sendero de presentes y de ofrendas para ti, pero de presentes dulcísimos y de ofrendas delicadas —dijo el Canario de Tejado—. Yo te ofrezco la poesía. Orquestas invisibles modularán hermosas melodías, las auras impalpables traerán músicas imprevistas, una lluvia de estrofas y de pétalos caerá sobre tu frente, un surtidor de madrigales y de endechas brotará blandamente, quejándose, bajo tus pies.

—¡Ay, Canario, me empalagas! —repuso la Cucarachita.

—Aquí está mi espada victoriosa. Viene de mil combates formidables. Caía como una tempestad sobre ejércitos sin número, los que se desbandaban, empavorecidos, ante su resplandor. Entró a saco, a sangre y fuego, en ciudades populosas, capitales de vastos imperios aniquilando los últimos baluartes

de desesperadas resistencias, y está aún palpitante de la sangre de mis víctimas. ¡Tómala !¡Tuya es! A tus pies la deposito con mi homenaje. Ven, serás la esposa del victorioso Gallo. Yo te ofrezco la gloria —dijo el Gallo.

Hay que confesar que estaba soberbio con su dormán rojo de brandeburgos de oro y la cascada de plumas sobre el yelmo; pero la Cucarachita le respondió:

—¡Ay, Gallo, me das grima!

—Yo te ofrezco los honores: dígnate participar de ellos —expuso el doctor Burro—. Unidos escalaremos las augustas excelsitudes desde donde se divisan apenas los espumeantes afanes del montón ignoto. No nos salpicarán las miserias, ni su estulticia. Sagrados cortinones servirán de majestuoso dosel a nuestra vida, y, unidos, nos sentaremos tú y yo en el trono de la inmortalidad.

—¡Ay, Burro, qué fastidioso debe ser!

—Yo te ofrezco amor; yo soy todo amor, únicamente amor —manifestó el Chivo—. Ven: dame tu mano. Enlázate conmigo. Iremos a amarnos insaciablemente en todos los parajes en que el amor puede florecer. Nos amaremos en la umbría de los bosques, en el terciopelo de los prados, sobre la arena de oro de las playas, al borde de las colinas redondeadas por las que bate la brisa cargada de efluvios de canela y malabar. Mi amor es ardiente e infinito, como un beso en el que se hubiese refundido la eternidad.

—¡Ay, Chivo, no te creo!

El Gato le ofreció la aristocracia de su alcurnia; el Perro la lealtad de su devoción; el Escarabajo las perfecciones de su industria; el Turpial las armonías de su arte; el Ganso le prometió una vida apacible y burguesa; el Caballo una existencia de deportes y agitación; el Ciempiés quiso convencerla de que uniesen sus riquezas, y así, casados ambos, llegasen a ser los animales más ricos del mundo; el Cucarachero, su pobreza, y con ella pan y cebolla.

—¡Ay, no, no! No me decido —decía la Cucarachita.

Estaba otra vez a punto de llorar.

Ratón Pérez no prometía nada. Hallábase quieto y callado, mirando a la Cucarachita sin mover ni la punta del rabo, y sus dulces ojos negros transparentaban una resignada melancolía.

—¿Y tú, Ratón Pérez, no me ofreces nada?

—Nada, Cucarachita Martínez —respondió con un suspiro—. ¿Qué podría ofrecerte? Hubiera sido para mí un sueño maravilloso casarme contigo, y estar todos los días, todas las horas, todos los instantes, contemplándote en silencio como ahora.

¡Eres tan bella, Cucarachita Martínez! Habría sido un sueño de encantamiento sentir ,toda la vida, como tu vida se enroscaba en torno de mi vida, igual que un rosal; y escuchar, una tarde y otra tarde, una mañana y otra mañana, cuando asomasen las nubes rosadas, o cuando titilasen las estrellas, o cuando centelleara el sol sobre la tierra amodorrada, tus carcajadas cantarinas que estallaban, tus gritos alegres y tus gestos de colegiala. Entonces hubiera podido inclinarme sobre tus párpados, cuidando, con religiosa ternura, de que el sueño te los cerrase poco a poco; y por la mañana, al momento en que te despertabas, permanecer todavía en acecho para descubrir, con un azorado júbilo de mi corazón, mi propia imagen que se había quedado impresa en tus retinas...

Hizo una corta pausa y añadió, más tristemente:

—Habría sido un sueño inefable, pero... ¿A qué hablar de estas cosas? Te he visto despreciar al Toro, que te prometía el poder, y al Canario, con su poesía, y al Gallo, y al Burro, y al Chivo. ¿Con qué ánimo me atrevería a hablarte?

El corazoncito de la Cucarachita Martínez latía con premura.

—Ratón Pérez: me voy a casar contigo —anunció de pronto.

De este modo se hicieron prometidos la Cucarachita Martínez y el Ratón Pérez.

Inmediatamente comenzaron los preparativos para las bodas. Era necesario hacer una fiesta suntuosa a la altura de los acontecimientos. Misia Rata estaba de lo más atareada. Con febril actividad púsose a limpiar la casa, a lavar los pisos y a pulir los muebles, y a colocar alfombras y adornos por todas partes. Hizo, además, una enorme torta, con diecisiete velas rosadas que la Cucarachita tendría que apagar de un solo soplo.

—Eso te traerá buena suerte —le aseguraba—. Tu esposo te será fiel.

La Gallina trajo de regalo dulce de lechosa. La Cotorra mandó unos pastelitos bastante insípidos, pero ella aseguraba que eran gateaux. La Hormiga contribuyó con una jarra de chicha, que le costó poco, pero estaba muy sabrosa. La Cigarra, en cambio, echó la casa por la ventana: envió una cesta de botellas de champaña, que compró fiado en la licorería, y después quedó hipotecada por seis meses para poder pagarla. Y hasta la Gallineta y las cuatro Arañas contribuyeron con sus obsequios: unos exquisitos bienmesabes, la primera y un azafate de merengues y suspiros las Arañas.

—¡Esto nos faltaba! —rezongaba Misia Rata, secándose el sudor—. ¡A mis años tener que afanarme tanto por esta niña malcriada, que después no me lo va a agradecer!

A pesar de las lamentaciones, trabajó en tal forma que dejó la casa como un espejo. La noche de la fiesta los corredores y las galerías deslumbraban a los convidados, con sus lindas guirnaldas flotantes de columna a columna, entre las cuales el Cocuyo había multiplicado sus lucecitas de color. La noche estaba cálida y serena; el cielo, lleno de estrellas. De vez en cuando golpes de brisa mezclaban los perfumes de los jardines próximos y los aromas de los bosques lejanos, confundiéndolos. La Cucarachita Martínez y Ratón Pérez estaban acodados sobre el alféizar de la ventana.

—¿Me quieres?

—Sí, te quiero mucho.

—¿Me vas a querer siempre?

—Eternamente.

—¿No vas a querer nunca a ninguna otra?

—No tengo ojos más que para mirarte a ti.

—¿Cómo cuánto me quieres?

—Muchísimo.

—¿Como de aquí a esas estrellas?

—Sí, como de aquí a esas estrellas.

Las estrellas en el cielo contenían el aliento, escuchándolos. Varios viejos animales, muy sabios y muy honorables, que estaban reunidos estudiando las leyes que rigen las estrellas, se quedaron callados, pues les pareció que la brisa les había traído un retazo de la conversación. Así como un pordiosero que, al descubrir, en la noche, música y luz en una quinta, se acerca hasta la verja de hierro, permanece un rato contemplando con ojos tristes la fiesta, y luego se aleja poco a poco: del mismo modo la brisa se detenía de repente escondida en el hueco de la copa de un árbol; recogía temblorosamente sus palabras y después continuaba más despacio, saboreándolas con una vaga melancolía.

Dos ejércitos de animales que en ese momento se disponían a librar una gran batalla, se quedaron indecisos, atentos a la plática lejana; y más tarde, cuando entraron a combatir, lo hicieron a desgano, y sentían más hondamente que nunca el temor de perder la vida. La Tierra misma suspendió un instante sus movimientos de rotación en torno de su eje y de traslación en torno del Sol. Y hasta el Sol, y con él todo el sistema planetario, se detuvo, absorto, en su marcha vertiginosa hacia la remota Alfa del Hércules.

Porque desde que el Mundo da vueltas alrededor de sí mismo y alrededor del Sol, y el Sol y el sistema solar se deslizan por los espacios infinitos hacia el Alfa de Hércules, nunca, ni los sabios cuando resuelven los problemas, ni los

generales cuando dan sus órdenes al iniciarse una batalla, han pronunciado palabras tan importantes como aquellas que decían la Cucarachita Martínez y Ratón Pérez.

A sus espaldas, las parejas enlazadas se dejaban arrebatar por la música que tocaban el Arrendajo con su arpa, el Cucarachero con su guitarra, el Sapo Compadrón con las maracas.

—¡Mala señal! Matrimonio bailado es matrimonio desgraciado —anunció con sibilante voz la Nigua.

Llegó la hora de la cena, y el chocolate fué puesto a hervir en una enorme olla. Misia Rata lo batía vigorosamente con el molinillo.

—¡Qué rico está! —murmuraba Ratón Pérez, inclinándose al borde del envase, mientras su naricita olfateaba con delicia el espeso aroma que emanaba del líquido apetitoso y humeante.

Misia Rata fué la primera en advertir el peligro que corría.

—Ten cuidado —observó—. No te acerques tanto a la orilla. Te puedes caer.

—¡Ah, qué rico está! —insistía Ratón Pérez, extasiado.

—¡Cuidado! —gritó de pronto la Cucarachita.

—¡Cuidado! —repitieron a coro todos los animales próximos, volviendo la cara al oír la exclamación.

Era demasiado tarde. Ratón Pérez se había inclinado con exceso sobre el recipiente. Quizá los pesados vapores lo marearon al envolverlo. Púsose pálido de repente; vaciló; quiso agarrarse del borde de la olla, que estaba tan caliente que lo quemó; tambaleóse, y se desplomó dentro. Su esbelto cuerpo, vestido con levita gris que se había mandado hacer para sus bodas, flotó por un segundo sobre la hirviente masa, y luego desapareció en sus profundidades.

—¡Cuidado! —habían proferido por segunda vez todos cuantos presenciaron la escena. Precipitáronse al borde de la olla, pero ya no se percibía rastro de Ratón Pérez.

—¡Ay! —sollozó la Cucarachita Martínez, y se desmayó.

Mientras el Comején y la Gallineta se ocupaban de ella, haciéndole aspirar de un frasco de sales, Misia Rata intentó en vano diversos expedientes para salvar al pobre infeliz. Quiso sacar su cuerpo con la espumadera, retiró sin tardanza la olla del fuego, se le ocurrió rociarla con agua a fin de que se enfriase con mayor rapidez. Era inútil: antes de que el denso líquido hubiese refrescado a una temperatura razonable, ya el pobre Ratón habría tenido tiempo de morir mil veces de mil espantosas agonías.

—Parece el monstruoso cráter de un volcán lleno de lava

en estado ígneo —comentó el doctor Burro, contemplando filosóficamente la olla.

—No hay salvación. Ha muerto sin remedio —opinó el Perro.

—¡Pobrecito !¡Tan simpático como era! —exclamó la Paloma.

—Eso le pasa por glotón —sentenció el Alacrán.

—¡Qué imprudencia! Acercarse tanto a la olla... —dijo la Araña Tetracauta.

—Lo envidio —suspiró el pobre Cucarachero—. Ha muerto con la boca, el estómago y hasta los pulmones llenos de un líquido caliente, oloroso y nutritivo. Ha fallecido de hartura, muerte la más envidiable y gloriosa; y allá en las beatitudes celestiales donde debe estar, no hay miedo de que vuelva a sentir jamás los apremios de la necesidad ni las torturas del hambre y de la sed.

—¿Qué hará ahora la pobre Cucarachita? —se decían todos.

La pobre Cucarachita se recobraba poco a poco de su vahido; miró en torno suyo con los ojos vagos; de súbito se incorporó, púsose de nuevo intensamente pálida, y clavó las interrogantes pupilas en Misia Rata.

—¿Dónde está?... ¿Se pudo salvar?... —balbuceó.

Los circunstantes pudieron observar cómo subía y bajaba su pecho con la angustia; cómo palidecía más aún, y creyeron que se iba a desvanecer por segunda vez, cuando la Rata, sin ánimo para hacerlo de viva voz, le contestó que no con la cabeza.

A pesar de todo, no se desmayó. En medio de la general expectación se levantó lentamente. Requirió para ello el auxilio de Misia Rata y del Ciempiés, quienes se lo dieron de buen grado. Se acercó a la olla, y estuvo mirándola largo rato.

Misia Rata no pudo aguantar más:

—¡Se murió! ¿No lo ves? ¡Se murió! —estalló—. Desapareció en el fondo. Desapareció para siempre. ¡Pobrecito! ¡Tan bueno como era, y tan simpático! ¡Y tanto que te quería! ¿Ahora de qué te sirve que te haya querido? Se acabó... Se murió...

Tenía una especie de exaltación nerviosa.

—¿Ahora de qué te sirve tu mediecito, de qué te sirven todas tus riquezas? Se acabaron. Todo se acabó. ¡Maldito mediecito! Sólo zozobras y desgracias nos ha traído a todas. Tan felices que vivíamos, y tan tranquilas... Desde que lo encontraste, no ha sido más que mortificaciones, y andar para arriba y para abajo como condenadas, y gente que va, y gen-

te que viene, y no gana una para afanes y preocupaciones. ¡Ojalá que nunca te lo hubieses encontrado!

—Dice usted verdad. Los bienes terrenales no traen como consecuencia más que sinsabores —prorrumpió el doctor Burro.

—Ya quisiera yo unos cuantos de esos sinsabores —manifestó el Cucarachero— con tal de que me quitasen los sinsabores de la pobreza.

—Hablas por hablar y porque no tienes experiencia de la vida —le repuso la Gallineta—. Ya ves el ejemplo de la Cucarachita: con todas sus riquezas, ahora ha perdido a su Ratón Pérez.

—Él se hubiera casado con ella de todos modos, porque el Ratón Pérez no veía en la Cucarachita Martínez su dinero, sino por lo que ella misma vale —reflexionó Misia Rata—. El matrimonio hubiera sido modesto, sin invitados y sin chocolate, y Ratón Pérez no habría corrido el riesgo de perecer ahogado.

—En lo que toca a las invitadas, supongo que no te quejarás —replicó al instante la Araña Tetracauta—. Tienes aquí reunida en tu casa a la élite de nuestra sociedad.

De improviso, Misia Rata se volvió a ella, hecha una furia:

—Sí... —rugió—. La élite... La élite... ¡Valiente élite! Ustedes son quienes tienen la culpa de todo. Ustedes son el cortejo de desdichas que nos ha traído la riqueza. Ustedes son quienes lo mataron.

En su excitación, no reparaba en la injusticia de sus incriminaciones.

—¡Ay, Dios mío: qué horror! Ahora nos insulta en su propia casa —gimió escandalizada la Gallina, y fué a ponerse su sombrero y su abrigo para salir sin pérdida de minuto de aquel antro de perdición. Lo mismo hicieron todos los convidados.

—Sí, ustedes son los que lo mataron —vociferaba Misia Rata—. No sé cómo se nos ocurrió a la Cucarachita y a mí invitarlas.

Las persiguió con denuestos hasta la puerta, allí continuaron por largo espacio enzarzadas en su ruidosa discusión.

Con sus explosiones de furor y los alardes de condolencia, en otros, contrastaba el austero silencio de Cucarachita Martínez. Siempre muy pálida, casi sin pestañar, parecía no prestar atención a cuanto ocurría en su derredor. Por último, sin pronunciar una sola palabra, se alejó lentamente.

La Cucarachita Martínez se retiró a hacer vida monástica.

En lugar de sus galas y de sus lacitos azules, vistió oscuros hábitos y empleó su fortuna en obras de misericordia.

Por eso, ustedes la ven sólo muy de cuando en cuando.

Aparece de noche, o al atardecer: siempre en silencio, y siempre en sus tocas pardas, recorre furtivamente caminos solitarios, y se esconde con rapidez cuando la sorprenden miradas extrañas.

Y el sol, al acercarse al poniente se tiñe de violeta, y solloza; las aguas murmuran tristemente, despeñándose en la cascada sobre negros pedruscos; las nubes se encapotan con matices sombríos, preñadas de lluvia; el cielo antes claro comienza a llover gotas melancólicas y pausadas, como lágrimas; los bambúes se estremecen, exhalando sonidos plañideros; y las flores amarillas del campo tienen una escarapela de luto en el corazón, y se llaman claveles de muerte.

Porque Ratón Pérez se cayó en la olla, y la Cucarachita lo siente y lo llora.

RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ

(Puerto Cabello, 1903).

A pesar del sitio de su nacimiento (al cual ha vuelto su atención en trabajos posteriores como su novela "Cumboto") Ramón Díaz Sánchez inicia su labor de escritor con narraciones que lo unen a la provincia zuliana, al mundo del petróleo, al lago maracaibero. Fué en Maracaibo donde comenzó a escribir, en la amistad del grupo literario que dijo la certeza de su esperanza en la palabra que escogió para distinguirse: "Seremos". Díaz Sánchez ha trabajado ensayo, cuento. novela, historia, periodismo. Hombre de labor tenaz, decidido a obtener por sí mismo los elementos culturales que le exige la importantísima obra que su admirable ambición le señala como propia. En el mundo de la capital venezolana se mostró como cuentista con su magnífico "Veintiuno", característico de un momento en el cual nuestro cuento alcanzó actividad magnífica. "Veintiuno" es una bella historia de libertad, aventura y recia poesía. Casi veinte años más tarde Ramón Díaz Sánchez ganó el primer premio del concurso de cuentos del diario "El Nacional" en 1947, con un bello relato: "La Virgen no tiene cara", donde se pinta el mundo maravillado del negro esclavo ante las cosas y los seres de una organización en la que él es extraño movimiento; para la "mano esclava" del pintor, la virgen tiene la cara de la señora y ello le hace sentir que, en verdad, no tiene cara la Virgen.

LA VIRGEN NO TIENE CARA

Por RAMÓN DÍAZ SÁNCHEZ.

I

Si le hubiesen preguntado qué extraño placer hallaba en pasarse las horas en lo alto de aquella tapia, escondido entre las ramas del viejo níspero, se habría limitado a sonreír con sus gruesos labios de ciruela y sus blanquísimos dientes de carnicero.

—¡Ah negro flojo y lambío! Y que pintando... Como si no se viera el pellejo.

Pero desde aquella altura podía él ver lo que los demás no veían: todo el multicolor panorama de su mundo. A un lado el solar que llamaban grande, con su arboleda de mangos, mamones, guayabos y nísperos, de pomagás y manzanos cargados de rojas pomas; al otro, formando un fragante zócalo a la mansión de los amos, el jardín apretado de rosas blancas, rojas y amarillas, de hortensias azules, de geranios rosados y de jazmines y nardos. Y a sus pies, solución de melancolía entre la llama de los colores, el patio de los esclavos abonado de calladas negruras, con su granado solitario y su monótono surtidor. Pero aún podía ver más allá: por el norte el cerro, por el sur el valle, las lomas, los riachuelos y los caserones de barro con sus gruesas columnas, sus escudos y sus leones rampantes. Y más allá todavía: diseminadas por todas partes, entre la lujuriosa pleamar de verdura, las minúsculas chozas donde una plebe inquieta elaboraba la síntesis de sus colores. Era un universo disperso, restallante de luz, exasperado por la sinfonía de todos los verdes.

Allí había crecido él, a la sombra del níspero, maravillosamente solo en medio de la multitud, con sus emociones y aquellas ideas que a los demás parecíanles tan chocantes. Ahora contaba veinte años y la vida que le rodeaba —cielo, ríos, árboles, hombres —antojábasele una creación de la tierra para deleite exclusivo de su espíritu. Sólo volvía de su abstracción cuando la voz de las mujeres del patio iba a perseguirle hasta su escondrijo:

—Juan, bajate de áhi: ven a hacer los mandados.

—Grandísimo zángano: ya es hora de barrer allá dentro.

Entonces bajaba, pero antes se lo hacía repetir muchas veces. A su abuela Jacinta la obedecía porque era tierna con él y erudita en historias de todas clases que contaba de noche en el penumbroso patio. A Florinda, su hermana, porque era mulata y servía de camarera allá dentro y podía venderlo en cualquier paso de luna. Lo que más le emocionaba en la sombra de su mirador, alejado de las emanaciones y de las voces de abajo, era el atardecer, esa hora inmóvil entre dos luces, cuando la brisa se queda quieta como para pintarla y en el aire flota un gran suspiro de paz. Y lo que más le entristecía era el canto de los negros más viejos, un son gutural, sin palabras y sin fin, ondulante y grave como el viento nocturno: Aaah... uuuh... aaah.

La vida de Juan, su espíritu y su carne, ardía en el color de las cosas. Y desde que el manumiso Dionisio le había regalado unos delgados trozos de tabla y unas pinturas de aceite, todo el tiempo se le diluía en la embriaguez de pintar. Cuando chico, armado con una punta de carbón de leña, iba por todas partes llenando los pisos y las paredes de monigotes negros. Ahora que tiene pinturas y pinceles se refugia en lo alto del muro para huir de las miradas curiosas y sobre todo de la malévola persecución del mulato Lorenzo, un mandinga colorado que se burla de él al mismo tiempo que le arrastra el ala a su hermana.

Hecho que Juan no logra explicarse es por qué los amos han dejado a Lorenzo en su casa de la ciudad en vez de devolverlo a la hacienda de Panaquire amarrado con una soga. A otro, por menos, le hubiesen puesto en el cepo o le habrían tasajeado los lomos con un rejo. "¡Mueran los blancos ladrones!" —había vociferado Lorenzo en plena Plaza Mayor— "¡Fuera la Compañía! ¡Viva el Capitán León!". Y Juan le había oído porque aquél fué día de mandados y él se encontraba en la Plaza cuando desembocó allí la avalancha. ¡Santo cielo! ¿De dónde salían todos aquellos seres frenéticos, negros, mulatos, zambos que irrumpían en oleadas por la esquina de

la Torre y se represaban frente a la Iglesia? Jamás en su vida había imaginado que hubiese tantos. Eran miles y miles y se extendían como bachaquera alborotada desde el Convento de las Monjas Concepciones hasta más allá de la Candelaria. Los blancos que les miraban estaban pálidos como la sal. Y mientras el caudillo, que era blanco también, parlamentaba con el Gobernador y el Obispo, el alma de Juan fué bruscamente violada por unas palabras que no había oído antes y cuyo significado desconocía: "¡Viva el pueblo!" ¡Viva la Patria! ¡Queremos justicia para todos!"

Después de aquel día tuvo Juan oportunidad de ver a sus propios amos temblando de miedo y al mulato Lorenzo rebozante de un júbilo agresivo y provocador. "No se imaginan estos mantuanos lo que les viene", le oyó decir. Y se había quedado allí, en la casa de la ciudad, como un conquistador, arrogante y eufórico cual si todo el poder de aquel pueblo fuese propiedad suya, fuerza exclusiva de su pasión. Su presencia había venido a turbar la vieja paz arropada de sombras y desde entonces los hombres y las mujeres del patio vivieron sobresaltados por misteriosas inquietudes.

Por el propio Lorenzo supo Juan que algunos blancos apoyaban las demandas del pueblo y que habían ofrecido oro al Capitán León, pero al mismo tiempo le oyó mofarse de ellos. No, eso no era bastante. Había que degollarlos a todos.

—Pero, ¿degollarlos por qué? —le preguntó Juan espantado—. Y después que los blancos estén sin cabeza ¿qué van a hacer?

—Pues mataremos a los negros también. Y venderemos los cueros.

Sí, lo harían, porque si algo hay que odie un mulato en el mundo es a un negro. El atribulado Juan no se explicaba la causa, pero sabía que ello era así y temblaba al oír la risa de Lorenzo. Y pensar que su hermana se dejaba sobar por el mulato como una despreciable coqueta. ¿Por qué era mulata su hermana si él era negro? ¿De dónde le venía aquel tinte violeta semejante al del cerro al atardecer y aquellas pupilas doradas?

No era, sin embargo, Lorenzo el único ser exasperado por el torrente que desatara el Capitán León sobre la ciudad. No eran solamente los mulatos, los tercerones y cuarterones siempre animados de demoníacas ansias, sino hasta los calmosos isleños que traían de sus huertas de Ñaraulí sus burros cargados de pollos y de legumbres. Algo muy hondo cambiaba en el espíritu de toda esa plebe multicolor, maloliente e inquieta que se ensuciaba en los corrales urbanos y fermentaba

entre las moscas de la Plaza Mayor. El Capitán León, que era isleño también, había regresado con sus hijos a sus tierras de Caucagua, los esclavos de las haciendas volvieron a los cacaotales de Capaya, Panaquire y Guatire, pero a pesar del espíritu conciliador del nuevo Gobernador, la agitación subsistía. Caracas estaba estrenando miradas y palabras desconocidas, un fuego nuevo que caldeaba su alma y que no se apagaría ya más.

Pero aquel fuego no había logrado penetrar en el corazón de Juan, cuyo horizonte siguió rigiéndose desde el paralelo de su viejo níspero. En lo alto del muro continuó él pintando sus flores menudamente detalladas, pétalo por pétalo, hoja por hoja, espina por espina y las verdes praderas y los árboles que se le antojaban seres de cabelleras desmelenadas y los riachuelos que corrían por la tierra como las venas por el cuerpo de un gigante dormido.

II

—Oye, Lorenzo, no me pongas apodos. ¿Por qué me llamas Juan Soledá?

—Porque te me pareces mucho a la Virgen que está en San Francisco.

—¡A la Virgen! ¿En qué me parezco a la Virgen?

—Debe ser en lo bonito que eres o quizá por el color o porque te la pasas encaramao como un mono, allárriba.

—Yo sé que soy feo pero no me meto con nadie.

La verdad es que él quisiera no serlo, pero ¿qué le importa a Lorenzo lo que él siente por dentro? Al mulato le bastará saber que el sobrenombre le escuece para ir pregonándolo por todas partes y para hacer que todo el mundo, incluso su hermana y su abuela, acaben por llamarle Juan Soledá. Pero su abuela es también negra y quizá por esto es la única que le comprende y le quiere. ¿Qué sería de él —se pregunta Juan estremecido hasta los tuétanos— si la vieja se le muriese y le dejara solo a merced de Lorenzo y de Florinda y de todos los mulatos llenos de odio?

Su abuela ha envejecido allí y los tiesos ricitos de su cabeza se han puesto grises bajo el pañuelo colorado como si sobre ella hubiesen llovido cenizas. Quizá por su edad, acaso por las oraciones que sabe para curar toda clase de daños, los demás han aprendido a respetarla. Así cuando Juan pinta sus flores o talla con la navaja los marcos para sus tablillas, siéntese confortado por una misteriosa sensación de confianza,

como si una invisible raíz de su ser bajara a lo largo de la tapia y se extendiera por el suelo hasta soldarse con la negra figura que cabecea al lado del surtidor. Su abuela ha sido la comadrona y la amortajadora de muchas generaciones de esclavos y hasta los amos la miran de un modo distinto porque a casi todos ellos los cargó en sus brazos cuando todavía no sabían distinguir entre lo blanco y lo negro. Una de las señoras, muerta hace muchos años, le regaló el butacón de cuero claveteado donde se sienta; otra le dió la alta cama de cedro tallado en la que duerme; otra, en fin, el atormentado Crucifijo cuya amarillez parece sangrar en la galería de las mujeres a la luz de las candelas de sebo. La señora actual, tan singular en sus maneras, suele enviarle con Florinda ropas que ya no usa y que la anciana recose para repartirlas a su vez entre las otras siervas.

¿Cuántos años cuenta su abuela? Ni los más viejos de los esclavos saben decirlo. Quizá sea inmortal como se cuenta de algunas aves. Lo cierto es que ella, que tantas cosas sabe, refiere de noche estremecedoras historias de aparecidos y diablos o melancólicos recuerdos de cuando los negros tenían sus reyes, sus príncipes y sus obispos.

—Esto —dice —era cuando Mandinga andaba suelto por esos mundos. Pero a Mandinga lo regañó Dios porque estaba alzado en el cielo y como no le hizo caso entonces Dios lo botó del cielo y los negros perdieron su poder sobre la tierra.

Dios, el diablo, el cielo y el infierno... ¿Cómo compaginar estas cosas? Algunos decían que su abuela era hechicera y hacía ensalmos, pero él no podía creerlo pues todas las noches la veía rezar arrodillada ante el Crucifijo.

—Pero, abuela —le preguntó otra vez— ¿qué culpa tienen los negros de lo que hiciera Mandinga en el cielo?

—¿Y yo qué sé? —fué la evasiva respuesta.

—¿Y los negros no volverán a tener poder sobre la tierra?

—¡Qué sé yo, muchacho!

—Abuela —insistió Juan que era terco en sus ideas—; dicen que cuando la gente se muere unos van al cielo y otros al infierno. ¿Es verdá eso?

—Así dicen...

—¿Y un negro puede ir al cielo o todos tenemos que ir al infierno?

Toda la ternura de que era capaz el corazón de Juan Soledá se volcaba así en el halda de su abuela Jacinta. Sus manos acariciaban con levedad las temblorosas rodillas de la anciana y su cabeza desnuda descansaba allí hasta la hora

de ir a dormir. Otras veces sus preguntas eran menos sombrías, pero no menos desconcertantes:

—Abuela, ¿por qué si todo es tan lindo y tan alegre, la gente es tan triste? Fíjate, abuela, en el campo, en el río y el cielo... Nada de eso es malo, ¿verdá? Uno se mete entre las matas, coge las frutas y se las come, se baña, camina y se siente contento; pero de pronto se encuentra uno con otra persona y en seguida le entra miedo de que le vaya a hacer algún daño. ¿Por qué? Fíjate, por ejemplo, allá dentro: todo es bonito y limpio y da gusto —la luz que se mete por las ventanas, las cortinas, los cuadros y ese olor de albahaca y de romero— pero llega el amo y en seguida toditos nos ponemos a temblar, hasta la misma señora que tú sabes como es. ¿Por qué tiene que ser así, abuela?

Los cuadros que viera en la sala de la mansión produciánle, en particular, hondas y torturantes cavilaciones. Eran sin duda hermosos, algunos impresionantes, mas en el ambiente de todos ellos flotaba una tristeza que oscurecía el valor de los más bellos colores. Imágenes atormentadas de santos, retratos de hombres y mujeres de rostros adustos, bocas endurecidas y ojos amenazadores, fondos lúgubres donde la luz parecía martirizada por el contacto del rojo y el azul de los trajes. ¿Por qué los pintores no pintaban la alegría del cielo, la luminosidad de los prados y el transparente color de las aguas al amanecer? Pero su abuela, que no comprendía estas cosas, solía llamarle a la reflexión:

—Juan Soledá, hijo, ya tú eres un hombre. Mira que por estar pensando en esas cosas tan raras todos se fijan en ti y te ponen nombres. ¿Qué harías, tú, mijito, si te llevaran para la hacienda y te pusieran a coger cacao o te embarcaran en uno de los botes del amo?

III

Naturalmente fué a su abuela a quien formuló la pregunta: ¿por qué le llamaba Lorenzo Juan Soledá? ¿Cuál era esa Virgen de San Francisco a la que le comparaba, por burla, el mulato?

La anciana refirióle la historia. Años atrás existió una señora muy rica que poseía una gran hacienda de cacao a mil varas encima del mar, en la cumbre que mientan de Naiguatá. Como la dama era muy piadosa, su marido le ofreció regalarle una copia de la famosa Virgen de la Soledad que se conservaba en España. Pero hete allí que cuando la imagen venía en camino el navío que la traía naufragó en medio del mar y

todo su cargamento se perdió entre las olas. Pasaron meses y un día en que unos esclavos recorrían la playa, hallaron sobre la arena una gran caja de madera que ostentaba el nombre de su ama. Era la Virgen, la misma hermosa Virgen que traía el navío de España para la señora. ¡Milagro! exclamó ésta transportada de gozo. ¡Milagro! ¡Milagro! repitieron a coro los siervos en el colmo de la alegría. ¡Milagro! ¡Milagro! ¡Milagro! resonaron los ecos a lo largo de las tierras y de las aguas. Desde entonces aquella Virgen, que era tan alta como una persona de carne y hueso, adquirió tanta fama que compitió con la propia patrona de la ciudad, Nuestra Señora de Copacabana. Otra noble dama le hizo la ofrenda de sus cabellos y el pueblo entero desfiló ante Ella implorando su protección: "Madre de los dolores, Consuelo de los desamparados, cura nuestras dolencias y vela por las haciendas y por los buques que transportan el cacao para España".

Fué tal la impresión que el relato de la abuela produjo en Juan Soledá que éste quiso conocer por sus propios ojos a la magnífica imagen. Un día de mandados, cuando el pueblo bullía bajo el sol en el fermentadero de la Plaza, metióse él en el templo y en medio de la penumbra vió temblar las lanzas de los velones, el rojo y el oro de los altares, los santos, las flores y los chorrerones de cera que se adherían a los candelabros como una purulencia sagrada. "Si hubiese una gran lluvia —pensó mientras procuraba serenar su espíritu— y las aguas cubrieran los campos hasta tocar el cielo, todo se vería así como yo veo estas cosas: con esta misma quietud, en medio de este mismo silencio". Y así vieron sus ojos a la Virgen, inconfundible e imponente en su actitud de ruego, arrodillada en medio del terrible esplendor de las aguas divinas, con las manos entrelazadas y los ojos llorosos. Era grande y bella y su ropaje de terciopelo negro rodeábala de una profunda severidad. En el pecho y en los amplios vuelos del manto, guirnaldas bordadas con hilo de oro formaban complicados ramajes. La toca blanca, de finísimo encaje, acentuaba la palidez de aquel rostro surcado de lágrimas y sobre la cabeza, cubierta por el pesado capuz, una gran aureola dorada resplandecía como un monstruo celeste, sol y luna a un tiempo, rematado en menudas estrellas. Alto, profuso, lleno de retorcidas volutas y sostenido por cuatro columnas barrocas, el retablo era también dorado y relucía cual si en él se concentrase toda la luz de los cirios y de las lámparas. Así, dorados al fuego con laminilla, tallados como aquellos voluptuosos festones, hubiese deseado Juan los marcos de sus pinturas. Algo de esto había

visto ya en sueños. Y luego ese rostro blanco torturado por el dolor, y esas manos entretejidas en la angustia de la plegaria. ¿A quién le recordaba esa cara? ¿A su ama quizá? ¡Quién sabe! Su ama era bella pero en sus ojos, que a veces mostrábanse pensativos y soñadores, brillaba a veces una luz cruel y una dureza que daba miedo.

—¡Pero, Señor! ¿Por qué le llamaba Lorenzo Juan Soledá?

IV

Blanco como la leche de las vacas del amo, terso y jugoso como los pétalos de los jazmines, así sería el rostro que Juan Soledá se propuso pintar después de haber visto a la Virgen. Rodearía el cuadro de un marco de guirnaldas talladas por su propia mano y el sol aparecería en el fondo como una gran dalia encendida sobre la cabeza del ama, bañando de fuego su blancura impoluta. En contraste con la mantilla de punto negro las ramas de los granados mostrarían sus frutos como menudas lámparas de cobre y en cada joya el reflejo de la luz recordaría el color de las pitahayas y los cundiamores de la sabana. Sin embargo, no comprendía él mismo por qué pensaba en el ama si su idea era pintar a la Virgen ni por qué quería pintar a la Virgen si tanto le mortificaban las burlas del mulato Lorenzo. Todas estas cavilaciones desazonaban su espíritu y hubo un momento en que su corazón fué mordido por una llama de rebeldía. "¡Y bien! —gritó una voz colérica en su interior— ¿qué pasaría, pobre diablo, si pintaras una Virgen negra?" Pero ¡no! Desvariaba. Una Virgen negra sería una sola mancha tenebrosa a cuyos lados la dalia y los granados evocarían el hórrido colorido de aquel infierno donde Dios arrojó a Mandinga en castigo de su soberbia. La pintaría blanca porque no podía ser de otro modo; porque Dios en su infinita sabiduría dispuso que todo lo bello, todo lo luminoso fuese blanco, y dió a los negros bastante resignación para no molestarse por ello.

Muy temprano tenía que levantarse ahora todos los días para ir a pintar donde Lorenzo no pudiera espiarle. Escondido entre los árboles de la quebrada, arrullada por el crujir de los bambúes y por la serena voz del agua, veía surgir al conjuro de su memoria la majestuosa figura orante, su solemne veste negra con los bordados de oro, la cándida toca de encajes y la aureola de rayos lunares; y su tosco pincel temblaba de emoción, al redondear las piedras de colores que tanto le fasci-

naban: los rubíes, los topacios, las esmeraldas y las amatistas incrustados en el corazón de las pequeñas estrellas. El rostro no era todavía sino una nebulosa ideal, una mancha lechosa en cuya coloración invirtió largos días de ensayos. Los ojos, la nariz y la boca quedarían para el final, cuando de su corazón desapareciera la duda que lo intimidaba y que se aferraba a su cerebro entre angustiosos interrogantes: "¿A quién quiero pintar en realidad, a la Virgen o a la señora?"

Pero a pesar de sus precauciones no pudo evitar que Lorenzo descubriera su secreto. Un día, cuando regresaba de la quebrada con su tablilla y sus pinceles, se lo encontró en medio del camino saltando como un demonio colorado.

—¡Ajá! Ya sé que estás pintando a la Virgen. Déjame verla.

Tuvo que correr como un chivo por entre el monte para evitar que aquel diablo le diera alcance, y por la noche, cuando oyó cantar a los otros siervos, supo que le habían inventado unos versos:

Juan Soledá
cabeza de clavo
bembá colorá.

Pero así y todo estaba contento. Más aún, sentíase gozoso. Que su negra mano hubiese podido plasmar la opulenta imagen, la negra mantilla sobre el claro fondo de la mañana y aquellos dedos rosados, finos y entrecruzados, cuyas uñas brillaban como pequeños diamantes. El paisaje, pensaba entonces, con su fertilidad, es bueno para traducir la alegría de un corazón sin zozobras y de un espíritu sin preguntas torturadoras; pero para expresar el dolor, la angustia y la soledad hay que dirigir la mirada a los humanos. Quizás así se explicara por qué entre los muchos cuadros de la mansión de los amos no hubiese visto él un solo paisaje, sino ojos severos, duros, interrogantes; y manos, numerosas manos blancas que hablaban un misterioso lenguaje, unas quietas y tristes como palomas heridas, fornidas y rudas otras como gavilanes en acecho.

V

Aquella tarde se hallaba barriendo allá dentro, envuelto en el polvo que brotaba de las alfombras, cuando oyó una voz de mujer que pronunciaba su nombre.

—Juan Soledad, me ha contado Florinda que estás pintando a la Virgen. ¿Cuándo me muestras tu cuadro?

Era el ama que en ese momento, al despertar de la siesta, vestía una amplia bata de seda azul con cintas y encajes y llevaba la cabellera suelta a la espalda. Así, sin aliños ni embozos, aparecía ante él como un milagro de la luz de la tarde.

—¿Quieres pintarme a mí?

Juan Soledá quedó confundido, la escoba entre las manos temblorosas y los dientes descubiertos por una blanca brecha de miedo. "¿Cómo debo responderle?" preguntóse su corazón poblado siempre de interrogaciones. "Con toda el alma". Pero el gozoso pavor que le embargaba no dejó salir las palabras a través de sus labios.

—¿Es que te parezco fea, Juan Soledad?

"¡Por Dios, mi ama!" le hubiese gritado entonces cayendo a sus pies de rodillas. Pero apenas logró balancear la cabeza.

—Mañana cuando vuelvas —le ordenó entonces la dama— tráeme tu cuadro para verlo. —Y se perdió en los corredores envuelta en el halo de oro que le formaba el sol de la tarde.

Juan salió corriendo de allí y fué a hundir su cuerpo en el pozo más hondo de la quebrada, donde ceñido por los círculos del agua se convenció de que sus miembros eran fuertes y elásticos y que su corazón palpitaba como cuando oía en la penumbra del patio los cuentos de príncipes que le contaba su abuela. Pero aquella misma noche, al reclinar su cabeza en las rodillas de la anciana, ésta le dijo muy quedamente:

—Ten cuidado, Juan Soledá: mírate el pellejo y no te olvides de que ellos son blancos y se entienden.

¡El pellejo! Siempre la misma obsesión, la misma palabra hiriente como espada en puño de blanco. ¿Y lo de adentro, lo que está detrás del pellejo, no vale nada? ¡Bah! No haría caso. Su corazón estaba henchido por un ansia febril que le estremecía la impaciencia. Echado en su cobija, los puños bajo la nuca, aquella noche contó las horas en el reloj del mochuelo y en la diana del gallo. Y a la mañana siguiente, cuando el sol galopaba en lo alto del cielo, corrió a mostrar su cuadro a la señora. ¿Qué sería de su vida si ella se lo devolviera con un mohín de desprecio? Pero no, lejos de eso los ojos de la dama se iluminaron:

—¿Lo has pintado tú mismo, Juan Soledad? Pero ¿por qué no le pintas la cara? ¿Y esa mantilla de punto? La Virgen no tiene mantilla sino manto. ¿Quieres ponerle mi cara?

¡Su cara! ¡Dios poderoso! ¿Cómo haría él, mísera larva del arte, para aprisionar la cambiante luz de aquellas pupilas y la sonrisa de aquella boca que a veces era dulce como un panal y amarga a veces y amarilla como la flor de la retama?

—¿Es que no te atreves? —le preguntó ella— ¿o que no te nace pintarme?

Entonces el corazón de Juan se desbordó colmado por el torrente de la ansiedad:

—¿Y si no me sale, mi ama? ¿Y si me sale fea?

—No tengas miedo: ensayeremos primero.

VI

Esto que le ocurre a Juan Soledá es como un sueño largo y hechizado. Por los mediodías, apenas la sombra de los mangos comienza a caer sobre los volados balcones de la mansión, traspone él el jardín y penetra en su nuevo mundo de luces maravillosas. Sentada en una silla de alto y recto respaldo, la dama deja resbalar la cascada de sus cabellos y se envuelve en ellos como la Virgen en su capuz. Y él, fascinado por su belleza, paladea el misterio de la blancura.

Ambos guardan largos silencios, pero el ama suele romperlo a veces con algunas palabras que suenan en los oídos de Juan como las campanillas de las iglesias. ¡Y qué rara es el ama! A poco de estar allí le ha hecho quitarse la blusa. ¿Será que le gusta verle el color?

Pero de repente la impaciencia se vuelve amargura en el alma de Juan Soledá. Ya no viene por las noches a recostar su cabeza en las rodillas de su abuela y sus labios de ciruela no formulan las ingenuas preguntas de antes. Algo terrible, algo que quiere guardar en su corazón, debe haber descubierto en el universo donde acaba de entrar.

Y una noche en que la anciana se encuentra sola en la galería, acostada en su gran cama de cedro, se presenta él y se arroja a su lado. La negra mano de la vieja se posa sobre su cabeza.

—Ya sabía yo que algo te estaba pasando. ¿No te lo decía, Juan Soledá?

—Pero ¿por qué es así, abuela? Yo creía que era santa como la Virgen.

—¿Qué te ha hecho?

—No la comprendo: unas veces me pasa la mano por el cuerpo, como tú, con cariño; otras me pega con su látigo de cuero. Mira cómo me ha puesto.

Rápidamente se despoja de la blusa de lienzo y muestra a su abuela los cardenales que cruzan como guirnaldas sus espaldas y sus brazos.



—¡Cielo bendito !—exclama la anciana—. Es mala, yo lo sabía. ¡Nunca ha rezado junto con sus esclavos como hacían su abuela y su madre! ¡Qué mala hora, Juan Soledá!

Inesperadamente, una de aquellas tardes llegó Florinda corriendo y jadeando:

—No vayas; te manda a decir ella que no vayas porque el amo acaba de llegar de la hacienda.

¡El amo! Viejo déspota de bigotes hirsutos que podría ser el padre de la señora y que sólo sabe del oro lo que le cuentan sus peluconas. ¡Qué mala hora! Ya no podrá verla sino desde el patio de los esclavos, cuando el viejo terrible consienta en acompañarla al balcón. Los negros y los mulatos se reirán de él, los días se volverán oscuros y como ya el mirador del níspero no tiene secretos que confiarle, su alma vagará por entre las sombras perseguida por la imagen blanca de la señora.

Y ahora es Lorenzo quien hace brincar en el patio la pelotita de aquellos versos:

Juan Soledá
cabeza de clavo
bemba colorá.

—¿Por qué no haces tus pinceles con pelo de gato? —le pregunta Lorenzo.

—Mejor es que me dejes tranquilo —le previene juan Soledá.

—Los pelos de gato dan suerte —insiste el otro— y tú vas a tener que andar muchas leguas si quieres acabar de pintarle la cara a tu blanca.

¿Andar muchas leguas? ¿Qué quiere decir el condenado mulato? Antes que Lorenzo pueda evitarlos, los enormes brazos de Juan se alargan hacia él y le aprietan el pescuezo con ambas manos.

¡Y él que creía aquellos dedos sólo capaces de mover los pinceles!

—¡Suéltame!

—¡Explícate!

—Sí, pero aflójame que me ahogas.

¿Es que no se ha enterado de que el amo se lleva a la señora a la hacienda porque las cosas se van a poner feas en la ciudad? ¿No sabe acaso que ha llegado un nuevo Gobernador y que están poniendo presas a muchas personas por el mismo asunto del Capitán León? No, Juan no lo sabe ni le importa. ¡El Capitán León! ¡Los blancos! ¡La Patria! ¿Qué es la Patria?

¿Una Virgen, una canción, el paisaje del cielo y los árboles y los ríos, o quizá los verdugones que ha dejado en sus espaldas el látigo de la señora?

—Yo me voy —le confiesa Lorenzo, rencoroso y burlón—. Me voy con los hombres, porque aquí no van a quedar más que las mujeres.

—¿Te vas para dónde?

—Para donde está la gente del Capitán.

—¿No queda la hacienda por esos lados?

—Por allá queda; ¿pero a ti qué te importa?

De madrugada, a la hora en que Venus hace sus guiños más rutilantes, deslizóse Juan Soledá en la galería de las mujeres. Unas dormían en el duro suelo, sobre mantas raídas, otras en desvencijadas yacijas. Flotaba un olor de cubil, de mugre exasperada y de exudaciones sexuales. Algunas de las que tres años antes eran esmirriadas chiquillas, secas y negras como chamizas vivientes, mostraban ahora bajo el resplandor de las velas sus sazonadas turgencias estremecidas por el clamor de la sangre. Algún seno descubierto en el abandono del sueño recordó al intruso el color y la redondez de los nísperos. ¿Sobre cuál de estos cuerpos iba a arrojarse su virilidad arqueada por el deseo?

Casi en el fondo, adosado a la pared y alto como un trono, esfumábase el lecho de la abuela Jacinta, y a un lado de él, por la cabecera, temblaban las llamitas amarillas iluminando el lívido Crucifijo. Junto al lecho detúvose Juan y su cuerpo inclinóse hasta rozar la piel de la vieja. Entonces se oyó la voz de ésta:

—Te vi desde que entraste. Creí que venías a otra cosa.

—¿A otra cosa?

La anciana sonrió.

—Sí. ¿No te gusta ninguna de ésas?

Al ver sus dientes relucientes en la oscuridad y al contemplar su brazo extendido hacia las otras mujeres, Juan se llenó de confusión.

—No, abuela: vengo para que me bendigas.

—¿Para que te bendiga? ¿Qué piensas hacer?

—No me preguntes; bendíceme.

—Cúmplase la voluntad del cielo. Que el Señor y la Virgen te favorezcan, Juan Soledá.

VII

La campana mayor de la iglesia tiene voz de matrona y las almas se acurrucan bajo sus alas como pollada aterida. Los negros han dejado de cantar en la penumbra del patio porque el terror se cierne sobre ellos con la fiereza invisible que tienen los castigos de Dios y del Rey. Ahora elevan al cielo las chamuscadas ramas de sus brazos e imploran: "Señor, apiádate de nuestros amos y devuélvenoslos intactos para que no nos falte la luz en medio de las tinieblas". También la vieja Jacinta ruega por Juan Soledá que se ha ido no se sabe a dónde, empujado por un ciego delirio: "Misericordia, Señor, piedad para los inocentes que no han matado ni robado ni dicho mentiras".

Nada queda de él en este que fué el mundo multicolor de su infancia y su adolescencia, el universo de sus sueños inofensivos. Las últimas lluvias borraron las huellas de sus pies en la tierra de la quebrada y ya no se oyen aquellas preguntas suyas sobre lo blanco y lo negro, sobre el cielo y el infierno que su abuela contestaba con evasivas. Sabe Dios por cuáles caminos se arrastrará a estas horas su angustia.

Péndulo que oscila entre la duda y la desesperanza, el corazón de la vieja Jacinta cuenta los dias, las semanas y los meses hasta que una tarde alguien le trae la noticia de que han hecho prisioneros al Capitán León y a cuantos le acompañaban y que el señor Gobernador va a hacer con ellos un singular escarmiento. Nadie viene en su auxilio, ninguna voz se eleva en su defensa y todos aquellos señores mantuanos que le ofrecieron ayuda cuando le vieron rodeado de sus nueve mil campesinos, ahora se comportan cual si jamás hubiesen oído su nombre.

—¿Qué vamos a hacer nosotras, abuela Jacinta? —pregunta Florinda, que piensa en Lorenzo.

—¿Y qué podemos hacer?

Sin embargo, salen a la ciudad. Tanto tiempo hace que la anciana no abandona su patio, que ya no recuerda las calles ni las esquinas. Hay edificios nuevos que la deslumbran por su grandeza. Bestias realengas pululan en el arroyo y hediondas charcas obligan al viandante a marchar con precaución. Pero el pueblo ha crecido y los mulatos y los mestizos se multiplican como bachacos. ¡Qué profunda es la voz de las campanas cuando tocan por los difuntos!

Aquí, en el barrio de la Candelaria, uno de los más poblados de la ciudad, es donde viven los isleños, gentes fuertes

y sobrias que cultivan la tierra como negros de piel blanca y ojos azules. Comúnmente hay gran actividad en la Plaza, pero ahora todas las puertas están cerradas.

—¡Qué tristes son las puertas cerradas, abuela! —reflexiona Florinda.

Frente a la iglesia parroquial, donde se alzara hasta entonces la vivienda de Juan Francisco León, sólo se ve un cuadrilátero cubierto de polvorientos escombros. Allí están sepultados para siempre los mejores recuerdos de su vida, de algo más que su vida, el amor de su hogar. La sal que el Gobernador ha hecho regar sobre los escombros y que simboliza la justicia del Rey, es blanca y se deslíe como el pus sobre la carne de la tierra.

—¿A dónde vamos a ir ahora? —se preguntan las dos mujeres. ¿A quién acudir con la congoja que las agobia? Ya han visto cuanto podían ver y oído cuanto podían oír. En este momento aparece en la puerta del templo la figura de un sacerdote y hacia él se dirigen resueltamente.

—Bendíganos, Padre...

—¡Idos! ¿Qué hacéis solas por aquí a estas horas?

—¿Podría decirnos su merced qué van a hacer con el Capitán León?

—¿Para qué queréis saberlo? Lo mandan preso para España.

—¿Y con los negros, Padre?

—¿Cuáles negros?

—Los que acompañaban al Capitán...

—A esos les van a cortar las cabezas. Las clavarán en picotas en los caminos para que sirvan de ejemplo a los rebeldes.

—Dios se lo pague, Padre.

Las dos se arrodillan y besan la mano al cura. Luego se alejan. Oscurece rápidamente. Un frío cortante acuchilla las carnes, pero la vieja Jacinta no lo siente porque está pensando en Juan Soledá y recordando los versos que le inventaron los negros y los mulatos del patio:

Juan Soledá
cabeza de clavo
bemba colorá.

Pronto han hecho el camino de regreso. Florinda abre el portillo guarnecido de hierro y las dos se disponen a entrar cuando la silueta de un hombre les cierra el paso.

—¡Jesús! —exclama la vieja, asustada.

—¡Juan Soledá! —grita la nieta con las pupilas radiantes—. ¿Dónde dejaste a Lorenzo?

—Yo no iba con él —responde la voz de Juan Soledá—. Yo iba solo.

Ahora están todos en la galería de las mujeres, sentados en el borde de la gran cama, y la abuela contempla con fijeza el Crucifijo que sangra a la luz de las velas. Florinda llora en silencio. De pronto la voz de Juan Soledá abre una herida en el pecho de la noche y se pone a rodar como sangre caliente:

—Yo nunca había caminado tanto, abuela. No conocía nada de eso, pero me parecía que lo hubiera visto toda mi vida. Los caminos son claros, pero están solos y tristes. Hay sangre en las raíces de las matas y en las orillas de los ríos. Yo caminé de noche y de día, por entre el monte, sin saber a dónde iba. Comía frutas como los pájaros y bebía el agua de las quebradas. Hay frutas que paresen corazones, como las pitahayas, y para cogerlas tiene uno que hincarse las manos con las espinas. Tumbé un coco y cuando me puse a comerlo me pareció que era la carne de un blanco... Pero, abuela, mientras más caminaba más me convencía de que no iba a ninguna parte, y de que si algún día llegaba no iba a poder pintarle la cara blanca. ¿Y qué crees tú que oí una noche, abuela, debajo de una gran mata? Una voz negra que me decía: "No te sale, Juan Soledá: no te sale, no te sale". Entonces me devolví.

Como en las noches de los cuentos tranquilos, la mano de la abuela se posa sobre la lanuda cabeza del nieto y su palabra se vuelve tierna como un arrullo:

—No pienses más ahora. Acuéstate y duerme: mañana será otro día.

Y mientras la amarillenta luz de las velas hace danzar las sombras del aposento, afuera se vuelve a oír el canto gutural de los siervos a dúo con el viento que mece los árboles: Uaaah... Uuuuh... Oooohh...

GABRIEL ÁNGEL BRACHO MONTIEL

(Maracaibo, 1904).

La figura literaria de Gabriel Bracho Montiel es una de las más brillantes y originales que haya dado nuestro país en estos últimos años. Su labor de periodista realizada bajo el título de "Mentiras de Dominguito" es quizá la única que pueda ser considerada como obra de arte desde el punto de vista de su concepción misma. "Dominguito" pretendía fabricar mentiras —sólo mentiras— y en el continuo saltar de los embustes enredaba sus discursos políticos, su combativa intención pintada de humorismo hasta dar crónicas excelentes en prosa viva y ágil. Como cuentista el cuento "Odio" lo respalda suficientemente: la violencia apasionada del relato tiene mayor poder que las palabras del escritor; la acción es superior a los medios expresivos; "Odio" es la historia de una pasión para la cual las palabras son, apenas, el apoyo indispensable. Gabriel Bracho Montiel quien, como periodista, ha sido capaz del fino juego de mentiras y verdades lanzadas en divertido malabarismo de una a otra actitud incisiva, logró esta sincera historia de violencia. Sin duda hay larga diferencia entre Dominguito, el embustero y Bracho, el cuentista que ha contado una verdad del odio sin disfraz de personajes ni adorno retórico, plena y desnuda en las líneas de una magnífica narración.

ODIO

Por Gabriel Ángel Bracho Montiel.

I

Desde la hacienda se ven los faroles del pueblo, falsificando luz de estrellas sobre un cielo invertido. El aire toma el olor de las aguas del río y arrebata las palabras que el peón enhebra para narrar desaliñadas aventuras.

José Manuel chupa con grande esfuerzo su capadare ordinario. No es ni fornido ni apuesto. Su sangre indígena ha degenerado mucho con el mestizaje y el paludismo. Tiene las cejas juntas y oblicuas, como las rayitas de un acento circunflejo, y el rostro sin carnes hace resaltar brillantes los filosos huesos de los pómulos salientes. Desde su chinchorro sucio, ve las cuchilladas de luz que clavan en el río los barcos que pasan.

—Casirda, ¿a vos te saluda la comadre?

Y la mujer le responde con voz ronca, de masculino:

—¡Desde cuándo no la veo!

—A mí no me saluda er compadre...

Y vuelve a chupar el capadare para llenar el silencio que hace su boca.

—Mirá, José Manuer, er Coriano se te quiere il. Antiel lo incontré hablando con la mujercita y, anque no oí bien, me pareció que decían lo de las "agujas" der muchachito...

José Manuel no responde. La mujer continúa su charla ronca.

—Y más vale así que se vaya y no te haga un daño a vos, o busque quien te "eche un mal" pa fregate, polque ese hombre está vuelto un "guayacán"... ¡Er pobre!... Los hijos se

quieren mucho, ¡y eso e vel moril de mengua un hijo es una jaiba muy grande!...

José Manuel hunde los carrillos succionando el chicote.

—Er Coriano dice que si vos le hubiera dao pa complal er suero, se le hubiera sarvao er muchachito, polque Padrino dijo que lo que le picó fué "tétano", que le dentró pol la patica rompía que tenía.

Por un momento deja de chupar José Manuel y vuelve los ojos chiquitos hacia la mujer. Las palabras acusadoras no han movido resortes delicados en su conciencia, sino que han fustigado la piel de fiera que envuelve su alma. Sin embargo, no se ha levantado del chinchorro para foetear a la querida, porque lo que nunca pudieron caricias ni amables recriminaciones. lo alcanzaba el chinchorro; cambiar de posición, abandonar la perezosa postura de sus piernas feas y velludas, era tarea fastidiosa y ardua, capaz de hacerle olvidar el más duro de los ultrajes.

Pero vertió en palabras su represalia:

—¡Er que quiera tenel hijos que gane cobres! Si yo fuera "pión", y te viera un poquito hinchá la barriga a vos, te la aplastaría con la pata pa hacétela botal como tripas de cucaracha!

Y la frase descriptiva y bárbara hizo fruncir los labios de la mujer mientras mascullaba con voz hombruna:

—¡Vais a morir sartando...!

Y más allá, en un rancho rodeado de cañamerales, bajo el techo de palmas ralas y resecas, estaría el Coriano expresando con serena voz su odio y su tristeza, ante la pobre mujer llorosa, afónica ya de tanto gritar y con la nariz enrojecida por el roce del trapo áspero:

—¡A mundo...! Pa que se muriera el indio José Manuel como el muchachito, por faltale un remedio...! ¡Estaría un mes reyéndome, Jacinta!

Acaso alegraría su espíritu rudo la imaginativa venganza, porque aquellas almas duras y sordas ante la conciencia, en cuyas honduras vibra la fiera gritería de la naturaleza, encubren el mal serenamente, así como en la tranquilidad de las aguas dormidas germina la muerte con su traje de limo.

El odio es el esqueleto de aquellas almas y el mal es un átomo más que entra en la combinación del aire; a veces parece predominar en el ambiente, lo mismo que en el viento predominan los olores del "barredero" y "orégano" en las proximidades del aguacero.

Por un raro mimetismo, el espíritu de esas gentes tiene del diente del ofidio y de la larva del jagüey.

El bien, el "pobre bien", es un prófugo oculto en el alma de algunas mujeres, y apenas, a hurtadillas, se asoma en una lágrima cuando puja algún peón bajo el azote, o cuaja en una sonrisa cuando el sacrificio de una deuda más, pone en las manos del querido la tela rameada para un nuevo traje de su hembra.

No es ésta la Montaña del Sermón: invertida la voz del Rabino, el odio crece suplantando al amor, y la charca sucia y las aguas furiosas y la acechanza de las fieras, pronuncian la fea doctrina del mal: "Odiaos los unos a los otros".

El indio José Manuel, odia ya al Compadre piragüero porque en pasados días se negó a llevar las cargas de "panela" con rumbo a Maracaibo, y sabe que la negativa envolvía un fin de competencia desleal inventada por el dueño del "conuco" vecino. También Casilda apunta su odio hacia la mujer del piragüero, a pesar de que en su alma no deposita ni un ápice de amor para José Manuel, puesto que está enterada de que el repulsivo amante habíase enamorado y casado en la Ciudad con una hermosa morena, a quien jamás traería hasta la hacienda por temor al paludismo y a la "fiebre fría". Por más de una vez Casilda, a espaldas del Coriano y de los peones, había agregado a los "batidos" que José Manuel enviaba a su esposa, polvos y yerbas que una vieja india confeccionaba para lograr extraños fenómenos espirituales y físicos en quienes los comieran.

Evilacio, cortador de caña que no teme a la serpiente oculta bajo las hojas, ni al tigre que por las noches visita la hacienda, tiembla y tartamudea ante José Manuel; sabe ya del ardor que produce el "manatí" sobre el cuero pelado de la espalda y conoce en las manos del amo todas las aventuras de un machete. Sin embargo, hace días que no se aleja de la casa; trata de acostumbrarse a escuchar sin miedo los "ajos" del Patrón, y se ofrece servicial y desinteresado. Otea el río y observa los caminos con acuciosidad de perro; casi no duerme por vigilar y, cuando en las sombras cruza un bulto, desorbita los ojos como un buho y se dice mentalmente, llevando el dedo al gatillo de su escopeta: "Cuidao, Coriano der "zinguango", que si te queréis escabullilte folmo un "fecherón"! Continúa vagando y vigilando por toda la noche. Constante esta idea en la mente: "¡José Manuer, ar Coriano le oí decil que cuarquiel día de éstos te iban a sacal pol la jedentina entre un tablón de caña!" Y el amo diría: "¡Andá, traémelo, Evilacio...! ¡Buscame er manatí, Casirda!" Pero nunca se atrevió Evilacio a decir tal cosa, aun cuando más lógico era que la respuesta del amo fuera exacta a la supuesta por el peón.

II

—Pa esta noche es la cosa, Jacinta; cuando pase en la madrugaíta la piragua.

Con su silencio triste responde Jacinta.

El Coriano se sienta en la puerta del rancho y con la mente se adelanta a todas las peripecias de la fuga; primero, saltar al cayuco y saludar al cayuquero con palabras amistosas para borrar antiguos enconos, y le será imposible evitar la reprimenda —ahora afectuosa —del rudo navegante:

—¿Ar fin te distes, Coriano?... ¡Más antes te ha debío de pasal pa que aprendieras a conocel la gente!

—Sí es verdá. Tenéis razón —contestará resignadamente.

—¡Mirá, primo-helmano, ese José Manuer es más fregao que la "mujelcita" del otro mundo!

—Así es, tenéis razón —responderá siempre el Coriano vencido.

Y el agua sucia del río arrastrará la piragua después... Y ya cuando el sol alumbre, la hacienda de José Manuel estará tan atrás que no habrá de divisarse...

Se hunde el Coriano en su propio pensamiento y emprende un largo caminar de la mente sobre el itinerario de las aguas; primero, el río cobijando piedras capaces de abrir el casco a la nave; después, la entrada al lago en tumulto de aguas revueltas que se internan haciendo una inmensa península de olas amarillas entre las aguas verde-báltico del lago; luego la serena navegación lacustre y el filo de las costas lejanas demarcando algo que hace tiempo había dejado de ver: el horizonte! Allá en la hacienda, entre hojas de gramíneas y un cerco de montañas, los ojos tropezaban como aves prisioneras, y ahora, la visión sin obstáculos, correría con la emoción de la flecha y regida por el programa del viento sur: ¡siempre hacia el norte! ¡Hacia el norte de la ciudad! ¡Hacia el norte el "bote de Quisiro", y el camino de Casigua, y la llanura coriana empatada en el agua falsa de los espejismos, y Coro y el regreso, que es la emoción de nacer ya viejo en la misma cuna que abrigó al infante!

—¡Pa esta noche es la cosa, Jacinta!

Y Evilacio vigila con los ojos que adiestró la sospecha.

Jacinta dice con voz amarga y un dejo de recelos, temores y desencantos:

—Pa eso te tiraste a matar por el indio... Pa eso te echastes enemigos... Por ahí anda Evilacio loco por sacarse lo de la Guaricha...

Y el Coriano siente ahora el dolor de haber hecho bien momentáneamente, porque hasta el bien es malo donde nada hay bueno. Si había hecho lo de la Guaricha, culpa era de Jacinta, puesto que a él nada le interesaba semejante justicia. Evilacio, por supuesto, no había visto en el hecho sino el propósito de "atreverse a todo", y nunca llegó a pensar en que la justicia fuera cosa factible sobre la tierra. Para el cortador de cañas, la hacienda era sitio en donde la humanidad tenía un sólo propósito: vivir mientras no se muera; y una sola ley: el trabajo y el sexo.

Cuando José Manuel trajo a la hacienda las cinco Guarichas que en Sinamaica había comprado a los tíos para él venderlas a sus peones, siguiendo la ley matrimonial de la tribu, Evilacio estaba con fríos y calenturas y no pudo comprar ninguna. Después ocurrió lo de la muerte de Eufemio, y la viudez de la Guaricha que éste había comprado. Y aún cuando Eufemio no había pagado a José Manuel los cincuenta pesos de su indiecita sino que aparecían anotados en "el libro", la Guaricha, al saber que se pretendía su venta a Evilacio, rogó a Jacinta que le consiguiera regresar a Sinamaica, mediante influencias del Coriano con el patrón; explicáronle las dos mujeres al Coriano que una Guaricha "no tenía la culpa de que su marido hubiera muerto tan ligero, sin tener tiempo para pagar los reales del matrimonio", y como en el fondo de toda mujer duerme el instinto de idealizar el amor, Jacinta tomó la defensa de la india, más para complacerla en lo de huir del hombre odiado, que para lograr un acto de justicia; argumentó que los reales debía de perderlos la hacienda, puesto que la Guaricha quedaba completamente libre por razón de su viudez.

El Coriano, conocedor del medio, no alegó tales cosas ante José Manuel, sino que le atemorizó con la presunción de que el tío de la Guaricha podría enterarse de lo ocurrido, y los hombres de esas tribus "son cosa muy seria".

José Manuel accedió invadido por su inmensa cobardía.

La Guaricha se fué en el mismo bongo de la hacienda, y Evilacio le tiró una mirada al Coriano mientras decía a los otros peones:

—Anoche er Coriano como que se estuvo dando brincos entre Paraguaná y la Goagira...

Ahora está esperando sorprender la fuga del Coriano y Jacinta: ¡no se irían ellos como la Guaricha, llevándose la soga en los cachos! El Coriano tenía un cuentón en el libro, y tan grande, que José Manuel no se había atrevido a darle

el suero para el muchachito porque costaba dieciocho bolívares y ya la cuenta estaba muy gorda.

—¡Mirá, que aguao! —se decía Evilacio—. ¡Ya no le quieren fial y tiene riñones pa querese il!

Pero a las seis de la tarde se oyeron gritos de Casilda; llamaba desesperadamente al peonaje, al caporal, a las mujeres.

Cuando invadieron la casa, encontraron a José Manuel tendido en el suelo, amoratado y casi exánime, echando espuma por la boca y a intervalos sacudido por un temblor eléctrico.

El Coriano y todos los peones le miraban sin resolver nada. Casilda explicó que había comido como un animal, que luego había "cogido una rabieta de las de él" y, que, de pronto, había hablado disparates y maldiciones, para caer después como un tronco.

—¡Un pulgante! —gritó una mujer.

—¿Pulgante? ¿Aquí no hay un pulgante? ¿Quién tiene un pulgante?

Pero ni Casilda pudo encontrar uno, ni los peones respondían, ni las mujeres ideaban otros medios de salvación.

El Coriano asió por un brazo a Jacinta y la llevó hasta el patio; su rostro tomó luces de alegría rara y cruel, y, clavándole los ojos a la mujer habló en voz baja:

—Jacinta, cállate: en el fondo de la caja tengo yo Sal de Higuera... ¡Cállate, Jacinta, que me voy a estar reyendo un mes entero!

Los gritos del llanto femenino, obedeciendo a una consuetudinaria ley de duelo, anunciaron el desenlace de aquello, y Evilacio salió de la casa con las cejas juntas y un hocico gruñón en la boca; mentalmente se iba diciendo:

—¡Pol lo único que lo siento es polque er Coriano se va a salil con la suya...! ¡Mardita sea, sí que tengo mabita!

CARLOS EDUARDO FRÍAS

(Caracas, 1906).

En el grupo de escritores que se dió a conocer en los alrededores del año 1930. Carlos Eduardo Frías fué el guía entusiasta, el generoso consejero, el compañero ejemplar. Desde la redacción de "ÉLITE" —la revista que Juan de Guruceaga puso en sus manos— Frías señalaba caminos y daba apoyo al interés y a la vocación. Su libro "Canícula" es una colección de cuentos donde está presente su avidez literaria: un auténtico libro de poderosa juventud. Luego de la publicación de "Canícula", después de los jugosos años activos de "ÉLITE" su función creadora pareció detenida durante mucho tiempo, aunque bien viva estaba en el comentario inteligente, en la nota crítica dirigida a lograr que se hiciera en Venezuela literatura verdadera, bien afianzada en la experiencia de la tierra, audazmente presente en el mundo. Rompió el silencio de cuentista, al regreso de algunos años de servicio diplomático en Europa, y entregó al diario "El Nacional" el cuento que figura en esta selección: "Agonía al fondo". Este cuento corresponde a una etapa en la obra del escritor en la cual éste castiga y frena su capacidad expresiva para, en determinado momento, dar libertad a una melancólica exaltación; el relato se sacude de honda tristeza humana sin que ello rompa su bien dibujada arquitectura. El cuento está sostenido sobre firmes bases de recia intención artística y es clara afirmación de madurez.

AGONÍA AL FONDO

Por CARLOS EDUARDO FRÍAS.

I

Primero la mano sobre la gastada tela de la cortina, después esa tos convencional de quien anuncia su presencia estableciendo una pausa discreta, suficiente como para que las bocas se alejen o las palabras, demasiado desnudas, se vistan a toda prisa de banales adornos. Al fin, la cabeza rapada y el cuerpo enjuto, deslizándose por la cortina en rendija, cuyos aros de cobre despidieron un deslizado y agrio chirrido.

—Ustedes perdonen, pero hoy no habrá música... El viejo se está muriendo... Ustedes comprenden... ¡si por mí fuera!... los familiares están arriba con el médico. Les pregunté si debía cerrar el restaurante y hubo una discusión entre ellos, sobre todo entre las mujeres que son muy sentimentales... Já, já... ¡Sentimentales! No se quitan el pañuelo de los ojos pero no abandonan al abogado que hizo el testamento... ¡y como lo sondean! "Doctor, usted sabe que el pobre no tuvo hijos. ¡Qué lástima! ¡Con lo que le gustaban los niños!... Menos mal que hay sobrinas que valen por las mejores hijas". "Yo lo quería mucho, pero no le veía casi nunca. Usted sabe que la vida está muy complicada y mucho más para las que tenemos maridos pobres..." "Él siempre me decía que era el vivo retrato de su hermana... Sería por eso que me distinguió tanto, a pesar de no estar de acuerdo con mis ideas... Usted sabe que una mujer moderna, sin quererlo, choca con un familiar ya mayor, de ideas atrasadas..." "A nosotras nunca nos interesó el dinero del tío... Ésa es la pura verdad... pero ya que la fatalidad nos ha puesto en

este trance... Este... Usted comprende, doctor, usted comprende..."

Ella, con la mirada perdida no recogía en sus oídos sino el abejeo de las palabras que subían y bajaban, como banderines, a lo largo del mástil cabeceante de la voz del hotelero. Ese pequeño oleaje de las palabras la transportaba hacia un mar distante, detenido en una tarde distante, cuando supo que la embriaguez que le inundaba el cuerpo no provenía del mar, del hálito del mar, envolvente y táctil, de su poderoso aliento cálido, traspasado de algas, de adioses, de peses en celo, de ramajes sumergidos, de saladas estrellas. Hasta aquella tarde creyó que toda su embiaguez indefinible, su mundo de sensaciones inapresables, provenía del océano y que lograba expresar lo inexpresable cuando repetía con los ojos entornados: "Me fascina el mar, me fascina..." Pero, ahora, sabía que no era así porque, desde esa tarde, cada vez que él se le aproximaba, a cualquier hora, en cualquier sitio, se repetía la misma misteriosa embriaguez y la misma deliciosa turbación la invadía y, por eso, él nunca podría comprender el mensaje y la entrega contenidos en aquella sofocada frase. que ella solía repetir a la orilla de sus caricias: "Me fascina el mar, me fascina..."

Esta noche, oía sin oír y le contemplaba desde el otro lado de la neblina de un recuerdo, que no era recuerdo, sino vaporosa intimidad, alado deseo. Entrevía su perfil y adivinaba sus pensamientos siguiendo la línea de sus labios que vibraba siempre para ella, aún cuando permaneciera silencioso. escuchando el interminable y despedazado discurso del hotelero.

—Dos Martini —fué el comentario a su larga peroración.

—Está bien, señor —desde la cortina volvióse y añadió:

—Les ruego excusarme si la atención hoy es deficiente. Subo a ver como sigue el viejo. Además, es bueno que los parientes me vean allá arriba porque soy casi de la familia... —subrayó el tono cínico de la frase con un leve guiño de ojos y desapareció.

Permanecieron muy juntos, repentinamente silenciosos. Diríase que una fina escarcha había descendido sobre la invisible hoguera de sus vidas juntas, sobre aquella coruscante realidad que su confluencia engendraba a cada encuentro. Entonces, toda la intensidad de su existir individual se multiplicaba, se refractaba de uno al otro, fundiéndolos, arrebatándolos, completándolos. Dejaban de ser cada quien para convertirse en un solo y poderoso ímpetu vital que, naciendo de ellos, los destruía en sí mismos para hacerlos renacer, más

allá, en la deslumbrante profundidad de una nueva existencia, subyugadora y compartida.

Ahora, una vaga congoja esfumaba sus palabras, sus miradas, sus gestos. Una indefinible sensación de cansancio invadía sus cuerpos, en los que, un segundo antes, la vida se afirmaba, crepitando. Sufrían la transparente presencia de la muerte, sin advertirla, equivocándose, asombrándose más bien del marchitar súbito de su dicha. Al mismo tiempo, nueva melancólica sorpresa, todo el cursi ambiente del reservado se había ennoblecido imperceptiblemente. Aquellos paisajes de brocha gorda, los absurdos muebles tapizados de telas inverosímiles, los aburridos floreros con sus rosas de papel, el espejo de roído azogue y hasta las consolas con su falso oro, toda aquella pacotilla escogida con un tino tan seguro por algún genio de desván, que les había hecho sonreír y que habían llegado a querer a fuerza de quererse, adquiría, bruscamente, un equilibrio solemne. Toda aquella decoración detestable que la vida y el amor no alcanzaban a embellecer, se había impregnado de una serenidad imprevista que suavizaba las formas y los colores, comunicándoles una delicada armonía: Y era que alguien, un ser humano, allá arriba, agonizaba.

II

Hacía mucho rato que sumergidos en sus pensamientos, dialogaban sólo a través de sus dedos entrelazados, cuando una voz de mujer, en francés, rompió el silencio desde el reservado vecino.

Se intrigó, más por su naciente curiosidad que se le antojaba una forma de la vida en aquel vago dominio de la muerte, que por el tono de la voz o el contenido de las frases, en sí mismas. Su instinto amoroso le impulsó a compartir con ella la inesperada ventana que unos desconocidos abrían y que, quizás, renovara el aire que la muerte había enrarecido. Como ella ignoraba el francés, sin musitar palabra, vertíale mentalmente el diálogo como si aún así pudiera escucharlo y hasta entender algunas expresiones que no traducía. Decía la mujer:

—Le aseguro que todavía no sé cómo me encuentro aquí, lejos de esa pesadilla. Si usted viera a París no lo reconocería porque algo está ausente o algo distinto lo habita. Después de la liberación estábamos seguros de que nos volveríamos a encontrar en nosotros mismos y en los demás. Pas du tout. Somos unos fantasmas rodeados de fantasmas.

Hablaba cansadamente. "Tiene arrugas hasta en la voz", pensó él. Se la imaginó muy maquillada, disimulando años y fatigas a fuerza de cosméticos. Había algo de marchito y desgarrado en su acento, de mujer que ha esperado noches enteras, en andenes helados, la llegada del tren. Un tren que la conduciría a cualquier parte en el desierto de su destino, ya que su destino estaba en cualquier sitio que no fuera aquel en el cual se encontraba. Que la alejara de aquellos duros bancos, de aquel enorme reloj que no marchaba, de aquel gendarme que la miraba tan extrañamente que no sabría decir si le proponía un encuentro o si escudriñaba sus falsos papeles escondidos en el seno.

—Sí. Es terrible, pero siempre exageramos cuando recordamos. La realidad no da tiempo para verificar la magnitud del drama que vivimos en el instante mismo en que somos actores. Después, cuando recordamos, creemos reproducir fielmente lo vivido pero nos traicionan otros elementos que intervienen entonces: lecturas, sensaciones, episodios narrados por otros que confundimos con los propios...

El interlocutor se expresaba trabajosamente como algunos asmáticos. Su francés había perdido el matiz característico, quizás por su prolongada permanencia en el extranjero. Parecía culto por sus comentarios y dejaba traslucir cierta autoridad en su tono.

—Lo que usted dice puede ser cierto, pero es más cierto lo que he sufrido. Usted sabe muy bien lo que una mujer sola, en un mundo revuelto, tiene que soportar...

—Y más si tiene su físico...

—"Merci". Su galantería no va a devolverme cuanto he perdido como mujer. Pas du tout. En otros tiempos, a pesar de que la cortesía es un hábito muy francés, hubiese creído en mis encantos... Ahora, bah... Por mi cuerpo han pasado demasiados extraños sin rostro y sin nombre como para conservar alguna ilusión sobre el particular. Tras cada puerta que se ha abierto ante mí, en estos horribles años, he ido dejando cuanto el espejo decía que era mío. —Calló. Hubo una pausa—. Sigamos con nuestro asunto —concluyó sarcástica.

—El champagne devuelve muchos encantos. Bebamos otra vez por nuestro encuentro y por los fantasmas que no volverán.

Al otro lado, ella no entendía el idioma pero conocía admirablemente el lenguaje de los latidos de la sangre en la yema de los dedos y se impacientó:

—No estás conmigo. ¿Es acaso más interesante lo que hablan esos que mis labios?

La besó con una intensidad distante. La comparó, fresca y ardiente, con la mujer desconocida y una brusca oleada de simpatía compasiva le aguzó el oído.

La otra hablaba de nuevo y hacía pequeñas pausas como si apurase la champaña en lentos sorbos, con una fruición temerosa.

—Trabajé muy duro y con mucho riesgo. Con la Gestapo era suficiente para vivir en zozobra, pero además estaban los otros...

—¿Cuáles otros?

—Los otros... hombres y mujeres, nuestros semejantes —rió histéricamente—. Más champagne, por favor —añadió, ronca.

—Va usted muy de prisa, amiga mía. Tenemos mucho que hablar y el vino siembra la anarquía en el espíritu. Me interesa mucho, mucho, que su memoria se estimule y que todos los detalles del pasado estén presentes ahora pero, eso sí, en orden, sin confusión. Además, no olvide que ustedes las mujeres son animales sentimentales y el sentimiento desfigura los hechos, trastorna la ideas... —su fatigosa voz, gris y mesurada, había adquirido ese duro acento metálico de alguien que, de pronto, quiere hacer sentir su jerarquía.

Un súbito silencio dejó caer su impalpable distancia entre los interlocutores, cortando el diálogo. La vaga cordialidad anterior se fué con la última burbuja que hizo estallar el ámbar de la copa, al borde mismo de una boca sedienta, de unos ojos nostálgicos que, esta vez, seguramente, lanzaban imprecisos enconos. Diríase que ambos se observaban, cautos, a través de la frágil muralla de cristal, brusca trinchera ahora.

III

Chirrió suavemente el cobre del cortinaje y un mesonero, gorda sombra de lino, se deslizó hasta la mesa. Inclinóse para depositar el servicio cuando unos sollozos se dejaron oír arriba, en el otro piso. Sin incorporarse, levantó el rostro, untado de una lívida expresión y sus manos temblaron haciendo oscilar las copas hasta casi derramarlas.

—Excúseme, señor —dijo azoradamente y todavía encogido añadió—: No estoy acostumbrado a trabajar así. La muerte es una cosa muy seria, señor. Esas mujeres llorando mientras sirvo una langosta a la vinagreta o este aperitivo,

me descomponen. ¡Cuándo terminará todo esto! El viejo lleva todo el santo día boqueando... y después dicen que la vida cuelga de un hilo... ¡Qué de disparates!... ¿Verdad, señor?

—"Nuestra noche, aquí, parece naufragar" —pensó él en tanto el mesonero desaparecía y se contemplaban de nuevo, ávidos, como si anhelasen recuperar su alegría de siempre, su ardiente goce de estar juntos. Cada mirada, cada contacto les defendía de aquella turbia atmósfera que les cercaba y que, una y otra vez, lograban disipar a trechos, alejando a la muerte, afirmando su vivo vivir.

Movido por el hábito, tomó el mondadiente a cuyo extremo una aceituna gordezuela se chapuzaba en el Martini y lo alzó hasta la boca de ella, de carnosos labios. Sus menudos dientes cercenaron, en un raudo centelleo, la pulpa verde y compacta y se retiraron luego, dejando la aceituna gillotinada por el medio. Maquinalmente hizo otro tanto y su paladar, al recibir el zumo aceitoso, percibió, fino, ese sabor que no era sabor sino perfume, sino aliento, sino dibujo de la boca de ella. Entonces, como siempre, comenzó a volar su imaginación hacia ese mundo de las tenues sensaciones en que el recuerdo es un pasado encendido de presente, hacia aquellos distantes parajes que lo hacían regresar hasta ella. A ella que no existía cuando él vivía en ese otro mundo desaparecido y, con todo, era el único rostro conocido que le salía al encuentro cuando a él retornaba, evocándolo. Ese mismo rostro que en este instante contemplaba y que se iluminaba gradualmente, a medida que su mirada lo recorría, poro a poro.

Viajar su rostro era siempre una aventura deliciosa, cuyo gozoso secreto jamás le confiaría por temor a romper su mágico encanto y sobre todo porque intuía, sin confesárselo a sí mismo, que revelarle su magia era, quizá, convertirse en un prisionero. Pero era cierto, terriblemente cierto, que aquel ingenuo rostro asombrado estaba pleno de complicados mensajes que no alcanzaba a descifrar sino poniendo en juego todas sus facultades, sus sentidos, su cultura, su experiencia.

"Me hace soñar con los ojos abiertos", se repetía cada vez que ese estado de trance, de lucidez delirante, le transportaba y a él se entregaba voluptuosa y desmayadamente. "Pienso sin pensar... Desde lo más recóndito de mi ser acuden las palabras no dichas, los pensamientos dormidos en el légamo de mis antepasados, la partícula de memoria que flota, imperceptible, en el olvido. Vivo lo que no pude vivir, recobro y doy lo que no di antes".

La aceituna crujía y el huesecillo, casi mondo, rodaba

entre el paladar y la lengua y las papilas, al contacto del zumo, hacían del paladeo un placer más que sensual que se transformaba progresivamente, multiplicándose, diluyéndose, hasta convertir todo su ser en una tensa vibración resonante. Allí estaba ella aún. Sí. Pero ya casi no la veía de tanto mirarla o más bien, tal vez, porque ya él se desdoblaba y se alejaba, quedándose. Tapices transparentes desfilaban entre el rostro de ella y sus ojos. Gobelinos de agua, con figuras, con paisajes, de apagados o violentos tonos, pero siempre de agua porque su rostro no se enturbiaba y permanecía, tranquilo y bañado, estrella en remanso.

Reconocía en cada imagen un rasgo, un matiz, un como aire familiar, no obstante la aparente extranjería de muchas de entre ellas. De pronto, cuando ya se esfumaba, pudo detener la última, esa que, un segundo antes, le regalaba su impagable policromía de vitral. La reconocía. ¡Desde luego! Pero, ¿cuándo, dónde? Aquel cielo azul, coagulado de tan azul. Ese tropel de toros, mugidores, negrísimos, de babeantes belfos rojos. Este andaluz, sí, ese mismo, el de cordobés y barboquejo, cabalgando la jaca tresalba, de la oreja fina, finos remos y músculos en relieve. Y aquí mismo, inmóvil a fuerza de correr vertiginosamente, de un confín al otro, la llanura, la interminable llanura verde, a la jineta de su propia yerba, corre que corre hacia el norte, hacia el sur, hacia el centro, sobre sí misma, corriendo su verde, verde en carrera, verde, verde. Allá, lejísimos, en la comarca de más nunca, el límite verdinegro de los olivares retorcidos, aplastados de soportar tanto cielo. ¡Ah, los olivares! Su fragante aceite embestía como un toro la criba del aire y pasaba al otro lado vuelto grumos, trompos giradores que el torno de la distancia rebajaba más y más y ya eran nueces, avellanas, ya aceitunas eran, en lluvia sobre la llanura, sobre el rebaño y el jinete, sobre su boca.

—Más champagne, otro sorbo, por favor —dijo la rota voz. Se enturbió el paisaje de agua.

—No. Ya basta —dijo otra voz. La semilla de la aceituna le maltrató el paladar. Regresó violentamente a la realidad inmediata con una indefinible sensación de contrariedad. No podía precisar si ello provenía de su destruído espejismo o de las últimas frases escuchadas que acudían, nítidas, a su memoria. ¿Sería acaso?... Pero ya el misterioso diálogo se reanudaba y la atención tenía la fuerza de un mandato:

—Animales sentimentales... ¡Qué risa! ¡Qué asco! ¡Animales nosotras, las mujeres...! ¡Pas du tout! ¿Lo oye? Pas du tout, du tout... ¡Animales todos, todos esos que se llaman

nuestros semejantes! Vivimos en un jardín zoológico camuflado y por eso no les vemos las garras, las fauces, los nauseabundos apetitos... pas du tout... Pero ya a mí no me engañan... Yo he vivido la guerra. Sí, señor... La guerra... La guerra. —Deletreaba la palabra en un tartamudeo ebrio y su rota voz ronca se hacía masculina, desagradablemente masculina.

—Mi querida —intervino el hombre con un colérico acento que se ajustaba mal a esos vocablos—. Amiga mía —continuó con temerosa amabilidad— Ud. me está demostrando que tengo la razón. Vea usted a lo que hemos llegado por su culpa. Vámonos. Esta entrevista ya es un absurdo. Venga conmigo.

—¿Con usted? Y ¿quién es usted? Ah, sí... usted es mi jefe. ¡Qué risa...!

—Le ordeno que me siga —el tono alterado del hombre se acompañaba de un ruido sibilante como de crisis asmática—. Levántese. Tome su abrigo. Vamos, vamos.

—"Merci". Qué galante... Ah, lá, lá... Todos los caballeros son así... pero cuando llega la guerra... Pas du tout... Animales todos, hienas todos... Por un pedazo de pan, por un pasaporte, por... cualquier cosa que les alargue su cochina vida... venden a su prójimo, a su hermano... a... su... patria... ¡Qué asco! ¡Qué soy yo sino eso... una vendida! ¿Y usted? ¿Qué es usted?... ¡Un traidor! ¡Eso mismo! ... un canalla... suélteme, ¡suélteme...!

Su incoherente discurrir se prolongaba sobre un creciente rumor de sillas que se desplazan, de sofocados forcejeos, cuando unos pasos presurosos se aproximaron hasta penetrar en el reservado.

—Ayúdeme, Boris —dijo el asmático, ahogándose— Madame está un poco indispuesta y excitada. No sabe bien lo que dice...

La voz de la mujer se extinguió repentinamente como si una mano la amordazara. Luego, unas pisadas confusas y un descenso vacilante por la escalera. Después, un silencio bochornoso colmó el revuelto reservado donde una botella de champaña, panzuda, derribada, dejaba escapar su líquido enigma.

IV

—¿Qué ha sucedido? —preguntó con un destello de alarma en los ojos, a tiempo que, con esa sorprendente elasticidad de su joven cuerpo se hacía un ovillo de fragante carne para

guarecerse bajo el alero protector de sus anchas espaldas.

—Dime, ¿qué ha pasado? ¿Algo horrible? No he comprendido lo que ellos decían, pero esos ruidos, el tono de ese hombre, frío, despiadado. ¡Pobre mujer! Tan sola, tan triste... ¿Por qué vendríamos hoy aquí? Tengo miedo. Dime, dime...

Era tal la atracción que emanaba de ella, aún así, crispada, conmovida, que un dulce deseo apaciguó su sorda ira. Dominó sus impulsos hasta el punto de que, al disimular su estado de ánimo, él mismo se sorprendió de escucharse hablar con aquella naturalidad, cálida y tranquila.

—No se asuste, mi niña. Tenga calma. Ya le explicaré todo —la trataba siempre de "usted" cuando rebosaba ternura porque el tuteo le parecía entonces tan desnudo, tan piel a piel, que inventaba un cendal de próxima lejanía para hacer más delicada su amorosa solicitud para con ella.

—¿Por qué se preocupa? ¿Acaso no está conmigo? —continuó con sonriente arrogancia y después de una pausa concluyó cordial, casi festivo—:Eso le pasa por perezosa, por no aprender francés, por no hacerme caso... ¿No? A ver, cómo se dice: Te adoro.

Acurrucada sobre sus piernas, con los ojos entornados, tibia y estremecida, permaneció silenciosa, invadida de una angustia casi alegre al borde del hálito viril que emanaba de su pecho poderoso, de los profundos acordes graves de su voz, de su mano que se perdía, segura y sabia, en su flotante cabellera. Su emoción callada se traslucía sólo en el temblor de los párpados, en el redondo sobresalto de sus senos, en la palpitación de su fino cuello.

En segundos se habían escapado, otra vez, hacia la vida, hacia la euforia que de ellos fluía incesantemente y era más avasalladora que aquella extraña realidad que les circundaba. Refugiados en ese ámbito inaccesible a los demás que su cercanía recreaba siempre, se habían aislado ya, tan vertiginosamente que, cuando el hotelero irrumpió, sin anunciarse, contra su costumbre, apenas le reconocieron porque apenas recordaban dónde se encontraban.

—Están pasando unos cosas hoy, señor. ¡Todo se complica, todo sale mal! El cocinero se cortó un dedo con el cuchillo. ¡Imagínese, nada menos que el chef, un auténtico chef! ¡El caviar salió rancio...! ¿Si usted supiera lo difícil que es conseguir caviar... nada menos que Romanoff y de contrabando? Están pasando unas cosas... ¡Hasta el sindicato de mesoneros me ha citado al Tribunal de Trabajo...! Todo lo malo viene junto. Sí señor. ¡Y todo por culpa de ese viejo que no se

quiere morir...! —retorcía el pañuelo en tirabuzón o lo hacía correr, en pequeños saltos, sobre la frente sudorosa.

—¿Y la mujer? ¿Dónde está? —preguntó ella sin prestar atención a sus excitadas frases.

—¿Qué mujer, señorita? —y los ojos le giraban en redondo como pescando en la memoria.

—Ella... la francesa del otro reservado —mientras inquiría se incorporaba lentamente con una expresión de extraña sorpresa. ¿Sería posible que Boris no la recordase ya, que todo aquel pequeño drama no existiese para él? Repentinamente, su pintoresco cinismo que en otros tiempos la hiciera sonreir, se le hizo repulsivo.

—¡Ah! ¿La que se acaba de ir? Pues, nada, señorita. Nada de particular... Hay mujeres que no saben beber... Já, já. Si usted hubiese visto la cara de susto que tenía su amigo... Já, já. Es un antiguo cliente, un excelente gourmet. Se lo digo yo, Boris, que le he dado la vuelta al mundo, que he pasado por los mejores restaurantes de las grandes capitales. Oiga, señorita. ¿Usted quiere saber si una persona es bien nacida? ¡Lea su menú...! Después, que le cuenten historias... Já, já. —Pero era tal el disgusto que reflejaba ella. en contraste con la ausente actitud de él y con su propio falso regocijo que, cambiando de tono y con aire compungido, añadió:

—No sé ni lo que digo. Usted perdone, señorita. Hoy es un día negro para mí. Yo comprendo que hay que cuidar el prestigio de la casa y que los parroquianos exigen buena atención y no tienen nada que ver con lo que está pasando allá arriba. Y no es que yo tenga, a estas alturas, muchos escrúpulos. ¡Pero, llevo tantos años con el viejo...! Primero que todo está el negocio. Esa es la verdad. Ellos son los deudos y ordenan. Yo no puedo contrariarlos porque, mañana, pueden echarme, a lo mejor. Aunque dicen que el viejo no me ha olvidado en su testamento... Pero hay cosas de cosas, señorita. Por ejemplo, cree usted en la mala sombra?

Decepcionada y con un vago asco, hacía tiempo que no le escuchaba y había vuelto a acurrucarse contra él, quien, ahora, seguía a distancia el discurso de Boris. Sobre todo, cada vez que decía "el viejo", la frase hería una escondida zona de su memoria y un desvaído retrato emergía borrosamente. Aquella nariz aguda y cerúlea era la misma de su abuelo amortajado. La misma piel exangüe, el mismo andar despacioso de los enfermos crónicos que continúan marchando, sin fuerzas, pero impulsados por un inconfesado terror al lecho, a ese albo yacer tan parecido a su propia muerte y

del cual, quizás, no podrán arrancarse al otro día, ni al otro, ni al otro.

Boris, en tanto, aguardaba la respuesta que no llegaba, empuñando el pañuelo con ambas manos como una absurda venda, con una súbita expresión idiota en el semblante, cual si su misma pregunta le hubiese hipnotizado. Un inexplicable estrabismo hacía converger sus miradas hacia un invisible punto remoto y su actitud era ridículamente soñadora. Como un autómata, con esa voz embotellada y de singular timbre de los ventrílocuos, otro personaje insospechado comenzó a hablar por su boca:

—La mala sombra... En mi pueblo, allá en Schabac, los ancianos tienen una memoria prodigiosa y narran fantásticas historias interminables, al calor del fuego, en las blancas noches del invierno. A través de esos relatos aprendí la historia y la geografía de mi país, de una manera rara, porque los héroes y los reyes y los santos, los campos de tabaco y los bosques de ciruelas, las canciones populares y los nombres de mis abuelos, que eran todos más o menos verídicos, desfilaban entrelazados con silfos y duendes, hadas y vampiros, brujas y fantasmas. Como no pude ir a la escuela y me puse a correr mundo cuando era todavía un muchacho, cada vez que pienso en mi pueblo, en Schabac, como ahora, me parece que no ha existido nunca y que yo tampoco existo... No es mi culpa... Es la culpa de aquellos ancianos que escuché, en cuclillas, junto al puchero, mientras afuera aullaban lobos. Siempre aúllan lobos, para mí, hasta en las grandes ciudades.

Le escuchaban ambos esta vez, sobrecogidos por la presencia de aquel otro personaje que bajo la apariencia del cínico Boris, había irrumpido en su intimidad y salmodiaba sus frases con un inhumano acento de ídolo. Tenía algo de misterioso aquel nuevo Boris, tan exacto al otro por fuera y tan diferente por dentro. "Si se callase" pensaban. Pero, al mismo tiempo, una morbosa curiosidad les hacía desear que continuase hablando y así fué.

—Tienen razón los ancianos de Schabac y Boris vive huyendo de ellos... ¡Qué terror el suyo cuando los siente llegar con sus vampiros, con sus almas errantes en busca de un cuerpo deshabitado! ¡Por eso no se atreve a dormir sin pesadillas, por temor a su cuerpo vacío!... Y cómo se parece ese viejo que agoniza allá arriba a uno de los ancianos de su infancia. Boris cree a pies juntillas en la reencarnación y por eso está aquí en este restaurante cursi, él que podría estar en el mejor hotel del mundo. Pero el viejo no le deja

escapar porque, con los ojos, le sigue narrando las mismas historias fantásticas al Boris niño de Schabac, en ese extraño idioma nuestro que no conoce y que los extranjeros nunca podrán aprender...

—Boris quiere vengarse, ultrajando al anciano a la hora de su muerte. Él sabe muy bien que, desde allá arriba, está escuchando con sus finos oídos los gritos de los borrachos en el bar, los besos de los enamorados, el chillido del aceite en la cocina... Sí, está escuchando, mientras muere, cómo la vida sigue su curso aquí mismo, en su propia casa profanada... Boris cree vengarse, pero tiene miedo, un horrible miedo a la muerte del viejo. ¿Qué pasará después? ¿Se irá con él Schabac? ¿Se irá todo su pasado, toda su infancia, toda su leyenda? ¿Y que hará Boris después, sin su raíz? Ya rondan los vampiros, los santos, los reyes y los silfos... ¡Boris, Boris! ¿Dónde estás...?

Las últimas frases las escuchaban lejanas, salmodiantes, desde la puerta. Sin ponerse de acuerdo, movidos por un mismo impulso, habíanse incorporado lentamente y de puntillas, esquivando la perdida mirada de Boris, habían atravesado la habitación cuyo aire estaba más y más enrarecido. Bajo la seda del traje, su brazo percibía el escalofriado sobresalto de ella, mientras rodeaba su talle. Al separar la cortina, volvió el rostro y aún pudo divisar a Boris que, con el pañuelo empuñado, continuaba hablando en un murmullo. En el pasillo, se cruzaron con un mozo que llevaba, en vilo, una bandeja humeante. A través del humo, como si caminase sobre la bandeja, él pudo divisar la silueta de un cura que descendía rodeado de enlutados acompañantes. El escalofrío de ella lo recorrió entonces y, tomándola en brazos, saltó peldaños hasta la calle.

Afuera, la noche, más noche bajo la gigantesca sombra de aquel samán desmesurado que le cautivara siempre, los saludó con su helada caricia espacial. La otra noche de su cabellera, vuelta ráfaga, se abatió sobre sus sentidos, barriendo el polvo de la muerte, regresándolo a la vida, devolviéndolo a ella. Un deseo incontenible, fulgurante, los recorrió en llamarada. En aquel instante sintió como nunca la embriaguez lúcida de su carne, afirmándose, hundiéndose en su destino de hombre. Un hombre como todos los demás, pero que, cosa rara, había comprendido que vivir, dándose al mismo tiempo cuenta de ello, es un extraordinario privilegio que muy pocos alcanzan.

Tuvo que encender el tablero del automóvil porque no encontraba a tientas, con la llave, la cerradura. Abrazado a ella,

conduciendo con la mano izquierda, hundía más y más el acelerador, abandonándose a la velocidad que zumbaba en el motor y lo proyectaba en la noche hacia ningún sitio. Ella estaba a su lado y con ella la vida, ubicua, inagotable, devoradora compañera del hombre.

Un aire marino silbaba en los cristales y les lanzaban serenís de espuma, bocanadas de salitre, playas vertiginosas. El aire traía la voz de ella, remota y próxima, entre jarcias, entre delfines, en arremolinadas sílabas:

"Me fascina el mar, me fascina"...

ARTURO USLAR PIETRI

(Caracas, 1906).

Arturo Uslar Pietri ofrece la difícil síntesis de inteligencia bien nutrida, capacidad creadora, maestría expresiva, fina sensibilidad, razonamiento riguroso, inquieta curiosidad artística, tenaz voluntad de investigación. En sus obras de imaginación ha tratado con igual dominio temas de antiguo origen ("Barrabás", "El apólogo del vino"), situaciones obtenidas en las páginas de nuestra historia ("Las lanzas coloradas", "El camino de El Dorado"), ambientes de purísima arquitectura poética ("Lluvia"). En todo caso, Uslar Pietri hace arte; no acepta jamás la actitud del escritor fácil que se adorna con palabras inútiles; sus cuentos son armonioso resultado de razón, creación, respeto del arte y del hombre. Su cuento "El Gallo" figura en esta selección, entre otras razones, porque Uslar lo ama especialmente; debo decir que en muchos otros de sus trabajos está presente, igual que en esta historia, su altísima calidad de escritor. Todos los géneros literarios han sido posibles para él. Lujosamente ha hecho poesía, cuento, novela, ensayo, teatro; ha escrito valiosa obra de crítica literaria y de investigación y vulgarización de cuestiones económicas; su actividad de periodista es excelente. Creo, sin embargo, que en el cuento ha dado lo mejor de sí mismo: una fórmula de estricta sabiduría bruja que le permite atravesar, en equilibrio milagroso, los hilos que cruzan el mundo de su propio razonar.

EL GALLO

Por Arturo Uslar Pietri.

—Guá. Ése como que es José Gabino —dijeron las gentes al mirarlo en el recodo.

—Sí es. Mírenle el sombrero. Mírenle el modo de andar.

José Gabino, con su sombrero negro, polvoriento y deshecho, con su nariz roja, con el lío de trapos atado al palo sobre el hombro, oyó las voces que lo alcanzaban. No volvió la cabeza.

Estaba esperando el grito de algún muchacho. Algún muchacho vendría con ellos y gritaría:

—José Gabino, ladrón de camino.

Estaba como encogido, esperando. Pero no se oyó el grito. Las voces y las gentes lo alcanzaron en el recodo.

—Buen día, José Gabino.

—Buen día.

—Buen día, José Gabino.

Era un viejo de bigotes con dos mozos. Llevaban alpargatas nuevas y mudas de ropa planchada que brillaban al sol. Ya lo pasaban. El viejo llevaba en el brazo un saco de tela abultado en el fondo. José Gabino lo vió y se le animaron los ojos.

—¿Para dónde llevan ese gallo?

Alejándose le contestaron:

—Para la fiesta del Garabital. Tenemos una pelea casada con veinte pesos.

José Gabino sonrió con sus dientes desportillados y oscuros. Los tres hombres adelantaban por el camino. El camino faldeaba unos cerros de yerba sin árboles. Allá detrás del cerro, junto a los cañaverales del río, estaba Garabital.

No se veía. Se veían los cerros y el cañaveral del río que ondulaba por en medio de los potreros y de los tablones de caña de azúcar.

—Algún "pataruco" llevan en la busaca. Gallo fino no será. En su soliloquio avanzaba lentamente por el camino.

—"Yo sí, sé de gallos finos. Yo sí, sé cómo se coge un pollo. Cómo se enraza. Cómo se cría. Cómo se tusa. Mi compadre Nicanor, con aquella mano que tenía para los gallos, me lo decía: Compadre, mire, si usted se pusiera a criar gallos le quitaba el copete a todo el mundo. Es que usted, compadre, sabe coger un pollo. Eso se conoce hasta en el modo de ver. En el modo de meter la mano para agarrar un gallo. Ellos mismos saben. Cuando la mano se le acomoda bien por delante entre el buche y las patas se aflojan tranquilos en la palma. Así los agarraba yo".

Levantaba la mano vacía en el aire como soportando el peso de un gallo y miraba hacia ella con los ojos entornados. Por entre los dedos entreabiertos miraba el camino desnudo. Ya los hombres habían desaparecido tras el recodo.

Bajó la mano con desgana. Cerca del camino se alzaba una casa de teja y de corredor. José Gabino, que se había detenido a contemplarla se fué acercando.

—"Algo se puede conseguir aquí. Quién quita. Como que no hay nadie". —No se veía nadie. La puerta que daba al corredor estaba cerrada. Un perro, echado junto a uno de los horcones del corredor, alzó la cabeza soñolienta y gruñó. José Gabino se detuvo. Bajó con disimulo el palo que llevaba terciado a la espalda. Tomó el lío de trapos en la mano izquierda y con la derecha empuñó el palo con fuerza. El perro lo miraba sin moverse.

—Buen día —dijo con voz ronca.

Esperó un rato, sin oír respuesta.

—Buen día —volvió a clamar con voz más alta.

Ningún ruido, ninguna voz, ninguna señal de movimiento venía de la casa. Los ojos de José Gabino se iluminaron. Miró al perro con cautela. Permanecía tranquilo viéndolo. Pensó un momento y luego sin quitar la vista del perro fué rodeando lentamente hacia la parte posterior de la casa. La lisa tapia desnuda terminaba atrás en una cerca de bambúes rota a trechos. Había árboles copudos, arbustos, yerbas, piedras. José Gabino miraba por sobre la cerca. Sobre unas piedras había ropa tendida. Cerca de las piedras había una estaca. Atado a la estaca por una cuerda estaba un gallo. Era negro con brillos dorados y manchas blancas. La roja y descrestada cabeza picoteaba en el suelo. Desplumados tenía el lomo y

los muslos. Dos largas, finas y curvas espuelas oscuras le sobresalían de las patas amarillas.

—Bonito el giro —dijo, tragó saliva y miró a todos lados recelosamente.

—Mírele el corte del pico y la manera de poner la cabeza. Seguro por el pico y ligero por la espuela. Se parece a aquel pollo del general Portañuelo que siempre ganaba con un golpe de zorro. A los primeros barajos se aseguraba y mandaba las espuelas para el gañote. Ahí mismo estaba el otro gallo tendido en el suelo y con ese chillido.

Se había ido acercando. El gallo erguido lo miraba inquieto. Movía la cabeza roja con rápidos movimientos cortos. Se había ido agachando junto a él. Chasqueando la lengua hacía un ruido monótono mientras extendía la mano. El gallo cloqueó asustado cuando lo alzó en la palma. Se incorporó con él y lo puso a la altura de su cabeza. El sol le brillaba en las plumas metálicas. Con su grueso pulgar sucio y cuarteado le fué tanteando las espuelas y el pico.

—Así se coge un pollo. ¡Ah, buen gallero hubiera sido yo!

Detrás del sombrero negro y la nariz roja, los ojos turbios sonreían.

—Tú lo que quieres, José Gabino, es comerte el gallo. Irlo a desplumar a la orilla del río. Ponerlo a asar en un palo sobre unas rajas de leña. Para ponerte ese hocico lustroso de comer fino. Y después acostarte en la arena, debajo de las cañas bravas, boca arriba a dormir. Eso es lo que tú quieres, José Gabino.

Sonreía y miraba al gallo alzado en su palma y deslumbrante de color y de sol. Se pasó la lengua por los labios resecos y por las pelos ralos de la barba. Escupió. Volvió a ver con recelo a su alrededor. Nadie había. Todo estaba quieto.

Metió al gallo con cuidado en el lío de trapos. Lo tomó con la mano izquierda. Salió cautelosamente por el boquete de la cerca. Con lentitud pasó junto al corredor. Llevaba el palo apretado en la mano. Allí estaba el perro echado junto al horcón. Gruñó de nuevo al verlo, pero sin moverse.

Se apresuró a salir al camino. Dos hombres llegaban en ese momento.

—Ah malhaya. Ya me vieron. A lo mejor son de la casa. Estás de mala, José Gabino, no te van a dejar comerte el gallo con tranquilidad.

Miró hacia los cercanos cañaverales del río con angustia. En la mano le pesaba sólidamente el lío.

—Buen día.

Eran dos campesinos. Sombreros de cogollo, blusas de liencillo rayado, uno con alpargatas y otro sin ellas.

Ninguno lo nombró. Era un alivio. Él les miró con disimulo las caras desconocidas. Cobrizas, lampiñas, chatas.

—"Raro que no me conozcan. No son de aquí".

—Buen día —contestó entonces con desgana.

Uno de los hombres llevaba una abultada mochila de gallero. José Gabino la vió al momento.

El hombre a su vez le miraba el lío de trapos con insistencia.

—Vamos para la fiesta de Chiribital. Con este pollo para jugarlo, que no es ni malo.

—Ajá. ¿Y no son de por aquí? —dijo José Gabino para salir del paso. Lo que quería era que se acabaran de ir.

—"Cuándo se acabarán de ir, ño entrépitos. Para yo bajarme a la costa del río a comerme mi almuerzo completo".

—No. Somos del otro lado. Hemos venido para la fiesta. ¿Y usted como que lleva también un gallo?

El hombre señalaba el lío colgante.

José Gabino tosió, escupió y tartamudeó un poco.

—Este. No. Pues, sí. Es un pollito que está encañonando. No es como para pelearlo en la fiesta.

Los hombres se habían detenido.

—¿Ustedes sí deben tener un gallo fino?

Sin hacerse rogar el que llevaba la mochila la abrió y asomó por la boca un pollo rechoncho, de mala figura, aunque tusado como gallo de pelea.

—Ah, gente cuando era mundo —pensaba José Gabino mirándolo—. A cualquier cosa llaman un gallo. Eso lo que parece es un pato lagunero. Si yo les enseñara este gallo qué cara pondrían. Cómo se les pondrían los ojos. Pero si les enseño se van a achantar a conversar y no me van a dejar irme para el río.

Ya deberían estar prendiendo la candela.

—Está bueno el pollo. Se ve que es nuevo. Ojalá casen una buena pelea.

—Yo...

—"Mejor es que no se lo enseñes, José Gabino, porque te vas a enredar".

Pero cómo pondrían la cara los pobrecitos si vieran ese gallo.

—Yo, lo que pasa, es que... no voy hace tiempo a la gallera. Siempre crío mis pollos. Pero por no dejar. Este...

—"Ya lo vas a enseñar, José Gabino, ya no aguantas las ganas".

—Éste, por ejemplo.

Había sacado en la mano el gallo al sol. Se encendieron sus colores en la luz.

Los dos campesinos lo miraron arrobados.

—Cosa linda, sí señor.

—¿Y usted con ese gallo no va a la fiesta? Si nosotros con este triste pollo nos hemos echado esta caminata.

José Gabino empezó a reír complacido. Con su rugosa mano peinaba las plumas del gallo. Se pavoneaba. Cogió tierra con los dedos y le limpió el pico con gestos precisos.

—¿Quién sabe? Ya no tengo gusto en las peleas. Ya no se ven buenos gallos. Las buenas cuerdas se han ido acabando. Los buenos galleros ya no se encuentran. Una pila de lambucios, mejorando lo presente, que no saben una gallineta de un pollo fino es lo que van ahora a esas fiestas del pueblo. No es como antes. ¡Qué va!

Se había ido animando y encendiendo. Los dos hombres lo oían embobados.

—Este gallo no es nada. Vieran ustedes lo que yo llamo un gallo. Este pollón lo recogí esta mañana para llevárselo a una comadre para sus gallinas. Yo no me extraño de que sirva para pelearlo en el pueblo. Con los patarucos que llevan ahora. Pero esto para mí no es gallo.

Había vuelto a meter el ave dentro del lío. Había empezado a caminar con los dos campesinos. Ya no pensaba en otra cosa sino en lo que iba diciendo.

—Y eso se los digo porque yo sí sé de gallos. ¿Ustedes saben quién soy yo?...

Los hombres lo oían suspensos sin decir palabra.

—¿Quién soy yo...?

¿Quién iba a decir que era? José Gabino le daba vueltas en la cabeza a los nombres de galleros que había oído nombrar o que había conocido. Nombres. Rostros de hombres de blusa. Gallos atados a estacas. Gallos bajo jaulas de madera. Olor de gallinero.

—Yo soy... yo fuí... el gallero del General Portachuelo. ¿No lo había oído mentar? Esa sí era una cuerda de gallos. Los pollos más finos se los traían de todas partes. Y el general no cogía sino los mejores. Me parece estarlo viendo. José, esa es mi gracia, me decía: Si a ti no te gusta este pollo yo no lo cojo. Y yo lo miraba, le tanteaba las espuelas, le tanteaba el pico, le miraba la pluma, le echaba una careada. Y el general parado allí, viendo lo que yo iba a decir, hasta que decía, para adentro o para afuera.

Seguían avanzando por el camino. José Gabino cada vez más animado gesticulaba y alzaba la voz. Los hombres lo

miraban con extrañeza. Aquellas ropas tan sucias y tan rotas. Aquella cara de borracho o de enfermo. Y con aquel gallo tan fino.

—Imagínese usted si a mí me van a hablar de gallo. Imagínese usted si yo tendré ilusión de coger un pollo para ir al pueblo y jugárselo a unos desgraciados, mejorando lo presente, que cuando apuestan veinte pesos se les sale el corazón por la boca. Yo por eso no he vuelto más. Siempre crío mis pollos, por no dejar. Se los regalo a los amigos. Esta mañana, como les digo, cogí éste, para llevárselo a la comadre. Para que se lo eche a las gallinas.

—Eso es lástima —aventuraba el campesino del gallo—. Con un animal tan bueno se podría ganar plata.

Y cuando decía estas palabras le miraba el traje a José Gabino. José Gabino se miró a su vez aquella raída ropa que ya no tenía color.

—Yo no necesito plata, sabe. Aquí donde me ve no me ahorcan por mil pesos. Lo que pasa es que cada uno tiene su manera. A mí no me gustan las echonerías. Eso de andar estrujándole a los demás sus reales en la cara. Eso no es conmigo. Pero a la hora de afrontar la plata de verdad ahí estoy yo.

Ya estaban llegando al recodo de la falda del cerro. Al doblar fué apareciendo el pueblo. Los techos amarillos de paja, los techos oscuros de teja, la blancuzca torre de la iglesia chorreada de negro por los aguaceros. Cerca, delante del pueblo, a la orilla del camino, se veían muchas gentes agolpadas alrededor de un cobertizo de paja.

—Ahí está la gallera —dijo uno de los campesinos—. ¿Por qué no se llega hasta allá con nosotros un saltico, y puede que se anime a jugar el gallo?

Fué entonces cuando José Gabino se dió cuenta de dónde estaba, y se acordó de lo que tenía pensado hacer. Iba para el río a comerse el gallo. Ya había allí mucha gente para poder hacerlo. Tendría que regresar de nuevo para un lugar más solitario.

—¡Ah, caramba! Mire usted adonde he venido por la habladera. Si yo para donde iba era para casa de mi comadre. Pero es que en lo que me hablan de gallos ya estoy perdido. Empiezo a hablar y no sé cuándo acabo.

—No se vaya todavía. Acérquese con nosotros. Aunque no sea nada más que a ver...

"Vete, José Gabino, ¿qué haces tú aquí? Con quién vas a jugar un gallo, si todo el mundo te conoce. En lo que te vean

van a saber que te lo robaste. Ahorita sale por ahí un muchacho y pega el grito: José Gabino, ladrón de camino".

—Entre con nosotros —insistía el hombre—. Se le puede presentar una buena proporción y juega su gallo. Y se vuelve a acordar de sus buenos tiempos.

—A eso es que le tengo miedo, ¿no ve? Yo me conozco. Empiezo a jugar y me entusiasmo y entonces ya no sé lo que hago. No. Mejor es que me vaya.

Ya estaba envuelto en el vocerío de la gallera. Adentro la algazara de voces se agitaba y pasaba como humo por entre las cabezas apiñadas y los brazos alzados y gesticulantes. José Gabino se había ido acercando. Con su gallo dentro del lío, bajo el brazo. Junto a él había una boca abierta clamorosa:

—¡Pica mi gallo! ¡De al partir doy! ¡Pica mi gallo! ¡De al partir doy! Pica mi gallo! ¡De al partir doy!

Otras bocas, otras voces, otros gritos, otros brazos flotaban en aquello espeso.

—¡Diez cuentas de a cinco!

—¡Pago!

—¡Diez cuentas de a cinco!

—¡Pago!

Eran manos estiradas con dos dedos rígidos en el aire. Abajo como entre sombras de ramas dos gallos sangrientos crujían y palpitaban saltando en el aire.

—¡Gana el talisayo!

—Gana el talisayo —le dijo José Gabino también al hombre que estaba a su lado.

Relampagueaban las patas pálidas sobre las pechugas oscuras y sangrientas. José Gabino miraba detrás de dos o tres filas de hombros.

—Gana el talisayo. Baraja muy bien el pollo. Cada vez que suelta las espuelas hiere. Se parece. Se parece a aquel gallo... ¿A qué gallo se va a parecer, José Gabino? A alguno que te comiste asado en la orilla del río.

Él también iba siguiendo con los hombros, con las manos, con la expresión del rostro cada instante de la pelea. A cada golpe hacía una contracción. Una contracción igual a la del hombre que estaba a su lado y a la del hombre que estaba al otro lado, y a la del que estaba enfrente. Y un pugido que a veces se hacía grito. Y subía en el hervor de los otros gritos.

—¡Pica mi gallo! ¡Pica mi gallo! ¡De al partir doy!

—Va a ganar el talisayo... No puede perder. Está más entero que el otro. Mire cómo lo sacude cuando lo asegura con el pico. ¡Va a ganar el talisayo! ¡Gana mi gallo!

José Gabino grita en un paroxismo. Su brazo rígido se

sacude en el aire marcando los golpes. Ya aquél es su gallo. Ya no ve sino aquel gallo rojo de sangre, brillante de sangre entre el ruido de abanico cerrado de las alas. Aquél es su gallo.

—¡Diez cuentas de a cinco al talisayo! —grita.

Y repite el grito cada vez con más violencia.

—¡Diez cuentas de a cinco!

Su grito cae sobre los otros gritos y crece con ellos. Aquél es su gallo.

Y a quien grita es a aquella cara roja y gritona que está enfrente.

—¡Diez cuentas de a cinco al talisayo!

A aquella cara que está enfrente y que lo mira sin oírlo.

—¡Diez cuentas de a cinco!

—¡Adiós corotos! José Gabino apostando a un gallo.

Fué como si se hubieran apagado todas las voces. Como si lo hubieran puesto solo en medio del redondel.

Ya no sabía lo que estaba haciendo allí, lo que estaba diciendo.

"José Gabino, ¿dónde te has metido? Estás perdiendo los papeles. ¿Quién no te va a conocer? ¿Quién no va a saber quién eres? ¿Quién va a creer que eres gallero, ni que sabes de gallos, ni que tienes un centavo para apostarle a un gallo? Te paran de cabeza y no te sale un centavo".

Empezó a mirar con recelo el gentío. Escondió los ojos debajo del sombrero y metió la cabeza en el pecho. Poco a poco se fué zafando de la masa y de la grita. Mirando hacia el suelo veía, por entre las piernas y las alpargatas, caminar a aquellos zapatos rotos por donde asomaban los dedos, que eran los suyos.

El gallo se movió dentro del lío.

Se iban retirando las voces.

"Si me hubieran cogido la apuesta. Gana el talisayo. Te hubieras fondeado, José Gabino. Diez cuentas de a cinco".

Se iba acercando al río. Las altas espigas de las cañas amargas se agitaban en fila.

"Le hubieras puesto esa plata a este giro. Y hubieras casado una pelea, una pelea de flor".

Había sacado el gallo del lío. Pero no parecía verlo. Se sentó cansadamente en una piedra junto a la orilla del agua.

"La cara que hubieran puesto viendo a ese giro. Afirmado en el pico y largando esas patas".

Distraídamente, con un gesto mecánico, tomó el gallo por la cabeza y lo hizo voltear rápidamente en el aire quebrándole el pescuezo. Aleteó en una rápida convulsión.

"Veinte cuentas de a cinco al giro".

Y a cada una de aquellas palabras como adormecidas arrancaba un puñado de plumas al gallo muerto y las iba lanzando al aire.

"Se te va a poner el hocico lustroso, José Gabino" —dijo sonriendo.

Algunas plumas negras volaban lentas en el aire hasta caer sin peso en el río.

NELSON HIMIOB

(La Guaira, 1907).

Novela y cuento comparten la obra de Nelson Himiob. En lo formal, su obra ha ido reduciendo los estallidos multicolores de sus primeros trabajos (las llamas, encendidas cada instante dentro de la nerviosa narración, que caracterizaron el movimiento "vanguardista" de Venezuela) para fabricar concienzudamente la realidad donde adquiere precisa forma la angustiosa alucinación del diálogo consigo mismo: la dramática conversación del solitario. Como materia de sus novelas, Himiob ha utilizado los acontecimientos que surgen de la vida venezolana en los últimos años de la dictadura de Juan Vicente Gómez. En tal sentido ha publicado "La carretera" y "Todas las luces conducen a la sombra". Esas novelas aparecen entre su primer libro de cuentos, "Giros de mi hélice", publicado en edición conjunta con "Canícula" de Carlos Eduardo Frías, y sus más recientes relatos cortos, entre los que figura "La gata, el espejo y yo": un ambiente de neurosis, sintetizado en seco espectáculo de ratones, reflejos y zarpazos, donde la ferocidad de un animal es centro de la angustia; la prosa se hace escueta a voluntad y ofrece los datos que precisan el temor del hombre a los fantasmas que pueblan su soledad.

LA GATA, EL ESPEJO Y YO

Por Nelson Himiob.

I

Debía regresar a Caracas a establecerme en unión de mi esposa y de mis hijos, y resolví venirme yo primero para tomar la casa en que habríamos de residir. En vista de que tuve dificultades para conseguirla sin muebles, alquilé una amueblada, mediante contrato a corto plazo. Posteriormente ya estudiaríamos, mi esposa y yo, el modo de adquirir la que habría de ser, definitivamente, nuestro hogar.

La casa que alquilé era vieja, pero espaciosa y cercana al centro comercial de la ciudad. Además, hallábase recién pintada, y sus principales servicios habían sido remozados. Los muebles tampoco eran nuevos, pero sí cómodos y suficientes en número y variedad.

Escribía a mi mujer manifestándole que ya podía venir, y me mudé a la casa, solo. Al instalarme en ella, ninguna objeción fundamental tenía que hacerle. Fué en la noche, poco después de haberme acostado y apagado la luz, cuando se presentó la objeción. Y se presentó en forma de ruidos, poco intensos y discontinuos, pero que me impedían conciliar el sueño. Fácil me fué adivinar que eran ratones los causantes de los ruidos. Ratones que pasaban a la carrera cerca de la cama o por debajo de ella, y ratones que roían y golpeaban el zócalo de madera de la pared del dormitorio. Encendía la luz y se producía el silencio. La apagaba, y minutos después volvían los ruidos, leves y distantes al principio, fuertes y frecuentes luego. A la madrugada, al fin, pude dormirme, cansado de dar vueltas y revueltas en la cama; fastidiado de encender la luz una y otra vez; y harto de echar pestes al dueño de la casa y a todas las especies de roedores.

Al día siguiente, no bien estuve en la calle, me encaminé sin pérdida de tiempo a una farmacia en busca de un veneno para ratones, el más fulminante que pudieran venderme. Adquirí uno que me recomendó un dependiente del establecimiento, y con él en la mano regresé a la casa. Siguiendo al pie de la letra las instrucciones del prospecto que lo acompañaba, lo distribuí estratégicamente por los dormitorios, el comedor y la cocina. En la noche me acosté dispuesto a sufrir resignadamente los molestos ruidos, pero esperando que sería esa noche la última que los sufriría. Resignación que no fué tan completa como debió ser, porque, aun cuando me abstuve de encender la luz, mascullé rabioso toda clase de maldiciones. Y esperanza vana, porque a la noche siguiente persistieron implacablemente las carreritas y los golpecitos. Indagué, al amanecer, los motivos de esta persistencia, y me di cuenta, apesadumbrado, de que los pícaros ratones no se habían comido ni una pizca de las pequeñas porciones de alimento cargado de veneno que para ellos distribuyera por la casa.

Pensé entonces resolver el problema mediante un gato. Y luego de muy laboriosas gestiones, que me tomaron toda la mañana, conseguí uno. jovencito, de color negro, salvo la boca y las menudas pezuñas, que eran blancas, como si el animalito acabase de estar parado, bebiendo, en un poco de leche derramada.

En la noche hubo silencio, pero a la siguiente se reanudaron los golpeteos y las carreritas, tímidamente al comienzo, francamente después.

Al otro día comprendí lo que ocurría: mi hermoso gatico le tenía, de modo inexplicable, miedo a los ratones. Posiblemente éstos, en un principio, al advertir la presencia de aquél en la casa, se recluyeron, atemorizados, mudos, en sus madrigueras. Luego observando que el natural enemigo no los buscaba quisieron probarlo, y dieron algunas demostraciones de que existían. Finalmente cayeron en la cuenta de que la temida fiera les huía. En consecuencia, reanudaron sus actividades habituales.

Razoné de esta manera después de ver, en el comedor, que mi gatico dió un tremendo salto y emprendió una loca carrera hacia el corral al oírse movimientos y chillidos de ratón detrás del aparador. Resolví, por consiguiente, devolverlo y conseguirme otro, pero adulto, por pensar que el miedo del animalito podía ser debido al hecho de hallarse aún en la infancia. Esa misma tarde hice las diligencias respectivas, y al anochecer se lo llevaron y me dejaron en la casa a una gata flaca, de un triste pelambre color blanco sucio y unos verdes

ojos feamente amarillosos; lenta, pesada en sus movimientos y desconfiada, arisca.

Salí a comer y después me fuí al teatro. De regreso a la casa, pasadas las doce, advertí, al entrar. que algo anormal había ocurrido, pues en el corredor veíanse dos sillas derribadas, y en el piso de la antesala los fragmentos de un jarrón que estuviera sobre una mesita acodada a un ángulo de la pared. Tuve la impresión de que allí acababa de realizarse una lucha, y, alarmado, corrí a mi dormitorio en busca de la pistola que guardaba en la mesita de noche. Quería revisar toda la casa, pero hallándome armado, por lo que pudiera encontrar. Al encender la luz, me di cuenta de lo sucedido, pues vi, en un rincón, a la gata desgarrando el cuerpecito de un ratón, y cerca de ella los cadáveres, casi descuartizados, de varios de estos animalitos. En cuanto advirtió mi presencia, la gasta suspendió su cruenta labor y se me quedó mirando. En el hocico, de pelambre blanco sucio como el resto de su cuerpo, veíansele manchas de sangre; sus verdes ojos feamente amarillosos chispeaban de complacencia, y tenía la boca semiabierta, retraida en las comisuras, mostrando al filo de los agudos dientes, como si se estuviera riendo. Experimenté una sensación totalmente desagradable, que al principio me pareció de miedo, pero que después comprendí lo era de repugnancia, de escalofriante repugnancia. No pude contenerme y me arrojé sobre el feroz y asqueante animal para echarlo a puntapiés. Pero no me dió tiempo de llegar hasta él, porque, luego de apresar entre los dientes el ratón a medio desgarrar, huyó a saltos grandes y rápidos, mostrando una agilidad que no se avenía con su habitual andar lento y pesado.

Después de recoger y botar los menudos cadáveres que había en el dormitorio, busqué otros en el corredor y en la antesala, escenarios también de la sañuda persecución, pero ninguno más encontré. Seguramente la gata había matado a los animalitos en los lugares donde pudo apresarlos, y luego se los había llevado a mi habitación para desgarrarlos allí.

Aquella noche no perturbaron mi sueño los golpeteos y las carreritas. Lo pertubaron el recuerdo de los cuerpecitos destrozados, y la imagen de la gata asesina, con el hocico manchado de sangre y los verdes ojos feamente amarillosos chispeantes de complacencia, y con la boca semiabierta, retraída en las comisuras, mostrando el filo de sus agudos dientes, como si se estuviera riendo.

II

Al otro día fuí a una tienda de objetos usados en busca de un jarrón igual o semejante al que había roto la gata en su feroz cacería. Conseguí uno aproximadamente del mismo tamaño y de parecida calidad. Aboné su importe y pedí que me lo enviaran a casa. Me retiraba ya cuando, a mi paso, vi de pronto, reflejada en un espejo, la imagen de mi rostro. Pero reflejada de una manera que juzgué demasiado clara para la poca luz que había en el local. Lo que me llamó la atención y por eso me detuve.

El espejo era de forma circular, biselado, sin marco, y con un diámetro de unos setenta centímetros, poco más o menos. Manteníase sujeto en posición vertical entre dos delgadas columnas de madera color caoba cuyos capiteles servían de apoyo a sendas bolas también de madera y del mismo tinte y grosor. Se hallaba colocado sobre una cómoda, a corta distancia, casi de frente hacia mí, ligeramente hacia la izquierda del estrecho corredor por donde pasaba.

Al mirarlo con detenimiento me pareció advertir que había en todo él una expresión de súplica para que lo sacaran de allí, de conmovedora súplica, y dirigida a mí, precisamente a mí. Pensé entonces —de manera absurda, pero lo pensé— que el haber reflejado mi imagen en forma tan nítida había sido el medio de que se valiera para llamarme la atención.

—¡Bah! ¡Tonterías! —me dije.

Y ya iba a volverle la cara para continuar hacia la puerta, cuando tuve la impresión de que en él se acentuaba la expresión de súplica hasta un punto que colindaba con el llanto. Sentí una profunda lástima, y resolví llevarme el espejo a casa.

—No debe ser muy costoso —pensé— porque su armadura es ordinaria y de un pésimo gusto. Lo que gaste adquiriéndolo estará compensado con la tranquilidad que me proporcionará el sacarlo de aquí, el atender a su ruego. Claro está que es un ruego que yo me he imaginado, porque no puede ser de otra manera, pero que siento como si fuera real.

Como lo había pensado, era bajo el costo del espejo. Lo compré y pedí que me lo enviaran junto con el jarrón. Antes de abandonar la tienda, me volví hacia él. Y me sentí complacido, pues vi que su expresión había cambiado por completo. Casi diría que estaba rebosante de júbilo, y que me miraba con cariño y agradecimiento.

Coloqué el jarrón en la antesala, en el mismo sitio que ocu-

para el destrozado por la gata. Puse el espejo en el dormitorio, sobre la cómoda, mueble éste que se hallaba a un lado de la cama y frente a la butaca en la cual, casi todas las noches, me sentaba a leer.

Desde que llegó el espejo a mi casa, me sentí acompañado, porque indudablemente no se trataba de un mueble cualquiera, sin vida, indiferente, sino de algo que tenía estados de ánimo; que los tenía y que los expresaba, aunque no siempre en forma comprensible. Esto podía ser, desde luego, pura imaginación mía, pero es lo cierto que yo veía la expresión de esos estados de ánimo. Podría afirmar, por ejemplo, que era alegría, gozosa alegría la que tuvo cuando lo llevaron a casa y me vió; y que era complacencia, total complacencia la que mostró cuando se vió situado en mi dormitorio. También podría afirmar que tuvo una grata sorpresa al darse cuenta de que se hallaba colocado frente a mi butaca predilecta. Había, desde luego, muchas cosas que no le comprendía. En otras, en cambio, rápidamente penetraba en su sentido. Así, por ejemplo, un día en que estaba frente a él poniéndome la corbata, le noté algo raro, como si quisiera hacer girar hacia mí la parte superior del disco de su cuerpo, inclinarse un poco hacia mí para que se reflejara aquélla en toda su extensión. Al principio consideré que nada podía hacer yo para satisfacer su deseo, puesto que el disco de su cuerpo manteníase sujeto firmemente entre las dos columnas. Luego pensé que si había expresado ese deseo era porque había alguna posibilidad de realizarlo. Y me puse a examinar cuidadosamente los contornos de la armadura. No tardé en encontrar, en efecto, en el lado exterior de las columnas, sendos tornillos, al aflojar los cuales giraba el disco. Pude, pues, complacerlo en lo que quería.

Inclinada así, un poco hacia adelante, la parte superior del espejo, en él se reflejaba la butaca, situada al frente, y yo mismo cuando en ella me sentaba. Como esto lo hacía a menudo, mi contacto con el espejo se hizo más frecuente y de mayor duración. Por eso, transcurrido algún tiempo, llegué a tomarle verdadero cariño, y, en consecuencia, empecé a considerarlo como algo más que una simple compañía; empecé a considerarlo como a un amigo, y como un amigo de toda mi intimidad. ¿Qué tiene de extraño, pues, que algunas veces le hablara a fin de comunicarle lo que para entonces sentía o pensaba? ¿Y acaso de este comunicarle mis sentimientos y pensamientos no obtuve beneficios? Porque sus expresiones de conformidad o desacuerdo con lo que yo le manifestaba me marcaron en varias ocasiones el rumbo a seguir en dife-

rentes asuntos; rumbo que en casi todos los casos, según comprendí luego, fué el acertado. ¿No era natural, por consiguiente, que yo le consultara mis cosas a mi amigo el espejo?

III

En contraste con el cariño que le había llegado a tener al espejo, estaba el odio que había llegado a sentir por la gata asesina. Odio que tuvo su culminación al día siguiente de haber llevado yo a la casa un canario, cuando encontré en el patio el cadáver desgarrado del pajarito. Había colgado la jaula en lo más alto de una de las paredes del corredor, y lo había hecho así para poner al canario fuera del alcance del sanguinario felino. Aún no me explico, pues, cómo pudo éste saltar hasta la jaula y apoderarse de aquél.

Se supondrá, quizás, que yo, entonces, arrojé a la gata a la calle. Y se supondrá con razón porque era lo indicado. Sin embargo, no lo hice. Y no lo hice porque gracias a ella había en mi casa un completo silencio por las noches, el silencio que necesitaba un hombre nervioso como yo para poder conciliar el sueño. Porque estaba seguro de que si echaba a la gata, los ratones volverían a impedirme dormir, con sus golpeteos y carreritas, ya que los tenaces roedores no habían sido exterminados ni mucho menos, como lo evidenciaba el hecho de aparecer, de vez en cuando, en un rincón cualquiera de la casa, el cuerpecito destrozado de alguno de ellos.

Mi amigo el espejo también odiaba a la gata, o, al menos, sentía por ella una radical antipatía. Claramente se observaba su aversión por el animal cuando éste le pasaba por delante. En efecto, entonces su expresión tomaba una adustez semejante a la que, en momentos de cólera, aparece en el rostro de los hombres reconcentrados.

La detestable fierezuela había tomado la costumbre de echarse en mi butaca predilecta, lo cual, como es de suponer, me desagradaba profundamente. Al principio, en cuanto la veía, la espantaba de allí. Luego ante la persistencia de su costumbre, y harto ya de gritarle y amenazarla, lentamente me fuí resignando, y concluí por dejarla tranquila. Quien, al parecer, no se resignaba, era mi amigo el espejo. Porque a mi amigo también le producía un profundo disgusto la irrespetuosa costumbre de la gata. Casi llegaría a decir que le disgustaba más que a mí. Y ello por la sencilla razón de que, como la butaca se reflejaba en él, la gata, al echarse en la butaca, también en él se reflejaba. Y no sólo era que mi amigo

no se resignaba, sino que, todos los días, su rechazo por la costumbre del animal daba la impresión de ser más fuerte. Hasta que una vez...

Serían las tres de la tarde, y yo, después de una ligera siesta, hallábame aún en el dormitorio, arreglándome para salir a la calle. En el momento en que tomaba el paquete de cigarrillos y el encendedor, que antes de acostarme pusiera sobre la mesita de noche, oí, muy cerca, el inconfundible gruñido de los gatos cuando de pronto se ven frente a un perro.

Volví la cabeza y vi a la gata parada en la butaca, de frente al espejo, con el cuerpo arqueado, el rabo enhiesto, erizado el pelambre, desnudos y temblando los filudos dientes, fulgurantes los ojos. Desvié entonces la mirada hacia mi amigo el espejo, y vi que en él se reflejaba el odioso animal en toda su furiosa y desafiante actitud. Pero vi también en mi amigo una expresión de ira de que nunca le creí capaz. El disco de su cuerpo parecía vibrar de cólera, y diríase que las partes no ocupadas por la imagen de la gata despedían reflejos azulados y rojizos.

De repente sucedió lo inaudito: ¡El disco empezó a expulsar a la iracunda imagen! La expulsaba lentamente, mientras sus vibraciones aumentaban, y eran más rápidos, cual un menudo bombardeo, sus destellos azulados y rojizos.

La imagen salió del disco como impresa en una lámina de aire. Avanzaba, centímetro a centímetro, en línea recta, hacia el centro del dormitorio. Y a medida que avanzaba se iba desvaneciendo. Yo, totalmente asombrado, la seguía con la vista, y cuando instantes después se hubo desvanecido por completo, volví los ojos al espejo, pensando que, al expulsar la imagen que reflejaba, se había quedado vacío. Y, ¿cómo sería un espejo vacío, un espejo que nada reflejase? Pero me había equivocado. Otra imagen estaba allí, substituyendo a la expulsada. Era también de la gata, pero no en la actitud en que ahora se hallaba, sino echada, soñolienta, en la butaca. Esta imagen, al igual que la anterior, también fué expulsada del disco, en la misma forma y de la misma manera, pero más rápidamente. Otra la substituyó, también de la gata, en posición distinta a las anteriores, y también fué expulsada, y más rápidamente aún. Y fué luego una sucesión de imágenes expulsadas, cada vez con mayor velocidad, todas del abominable felino.

Era evidente que mi amigo el espejo, llegado al máximo su aborrecimiento por el animal, y no queriendo saber nada de él, tener nada de él, estaba devolviendo sus imágenes.

Súbitamente cesó la devolución de éstas, y en el espejo

quedó fija una, asqueante y horrenda, casi idéntica a otra que yo conocía en la realidad. Era de la gata desgarrando el cuerpecillo de un ratón; de la gata asesina ensimismada en su cruenta tarea, con el hocico manchado de sangre y los verdes ojos feamente amarillosos chispeantes de complacencia, y con la boca semiabierta, retraída en las comisuras, mostrando el filo de los agudos dientes, como si se estuviera riendo.

La diferencia de tal escena con la que yo había presenciado anteriormente se hallaba en que en ésta aparecía la gata realizando su repugnante acción sobre la butaca. ¡Sobre mi butaca! ¡Maldito animal! Advertíase claramente que mi amigo, al mostrarle la horrenda imagen a la gata, estaba echándole en cara su crueldad, repudiando abiertamente su conducta criminal.

La irritada fierezuela, que presenciaba cuanto sucedía sin variar de posición ni de actitud, o sea parada en la butaca, arqueado el cuerpo, erizado el pelambre y gruñendo, soltó de pronto un furioso bufido, seguramente medio enloquecida de rabia por el acto que se le echaba en cara, y con un salto gigantesco se lanzó contra el espejo. Rompióse el disco y sus pedazos cayeron al suelo. La gata, entre tanto, quedaba en pie sobre la cómoda.

Al ver destrozado el cuerpo de mi amigo, monté en cólera y me abalancé contra el furioso animal, dispuesto a agarrarlo y estrangularlo. Pero no pude llegar hasta él, porque en cuanto me le acerqué, brincó al suelo y se alejó en carrera vertiginosa. Preso de la ira, corrí tras él. Lo perseguí por el patio, por el comedor, por la cocina y, finalmente, siguiéndole los pasos, llegué al corral. Al fondo de éste, junto a una enredadera que crecía arrimada a la pared, se había detenido. Y desde allí me miraba, lucientes y alertas los feos ojos.

Lentamente me le fuí acercando, observándolo, espiando el menor de sus movimientos, a fin de adivinar hacia dónde saltaría, para cortarle el salto y apresarlo.

Ya me hallaba a sólo unos cinco pasos de él. Y estaba claro que, por la posición del cuerpo, saltaría hacia la derecha. ¡Y allí estaría yo para cortarle el salto! ¡No se me escaparía el felino aborrecible!

Ahora sólo me hallaba a cuatro pasos. ¡A tres! Ya casi sentía su inmundo pescuezo entre mis manos, y mis dedos apretándolo, apretándolo, fuertemente, despiadadamente.

Y, de pronto, el animal saltó, ¡pero saltó hacia arriba, hacia la enredadera! Prendióse de ella, trepó velozmente, brincó hacia el techo y se fué, para no regresar jamás.

Lleno de amargura por no haber podido matar a la odiosa

bestia, regresé al dormitorio y me detuve frente a los restos de mi amigo el espejo. De aquel maravilloso disco que con tanta vivacidad mostraba sus estados de ánimo, quedaban sólo unos cuantos fragmentos inexpresivos. Amorosamente los recogí, y poco después les di sepultura en el corral, cerca de la enredadera.

A pesar de que ningún descalabro habían sufrido con el golpe, enterré, en unión de los restos del disco, las delgadas columnas que le sirvieran de soporte. En vida estuvieron juntos; en muerte también debían de estarlo.

Con la desaparición de mi amigo el espejo, nuevamente quedé solo en la casa. Por fortuna, mi esposa y mis hijos llegarían dentro de pocos días. Ellos me proporcionarían la mejor de las compañías, y ellos se ocuparían en resolver el problema de los ratones, el cual, faltando la gata, no tardaría en presentarse otra vez.

Desde luego que nada les contaría de lo sucedido. Las cosas que, en su soledad, ve un hombre, no se cuentan.

ARTURO CROCE

(La Grita, 1907).

Su ascendencia italiana no parece haber trasmitido alegre movimiento de colores mediterráneos a este severo montañés de Venezuela, uno de nuestros escritores actuales que más serena dedicación haya demostrado al género cuentístico. Luego de la iniciación poemática, cuando entró al movimiento "de vanguardia" con poemas de acento americano —indios o indigenistas— Croce ha persistido en el cuento, casi exclusivamente. De estilo sencillo y directo, poético y sincero, su narración tiene siempre tono de verdad y cierto sabor épico de romance popular; podría decir que hace literatura honrada y clara, ajena a cualquier posible estilización folklórica, a cualquier estilización de anecdotarios. Croce el escritor no se permite esa especie de lírico apostolado al cual han dedicado su obra algunos de los más importantes cultores del criollismo; por sinceridad poética, el material que le ofrece la vida venezolana es trasladado a zonas de arte en las cuales el tono épico, apoyado en voces de profundo significado entra en el mundo de las imágenes, sin dejar de expresar el sentido de la tierra y de sus hombres. En los más recientes trabajos de Croce es evidente ese hondo movimiento de sangre espiritual. "Los ojos salvajes" servirá de ejemplo. Obtuvo el tercer premio en el concurso anual de cuentos del diario "El Nacional" en 1953.

LOS OJOS SALVAJES

Por ARTURO CROCE.

"¿Quién tiraba el dado, decidía la vida de un hombre antes de nacer? Les daba narices a todos, les ponía ojos, estómagos y sexo, sin mayores diferencias. Pero los apartaba ya en el vientre de sus madres. Algunos no debían sonreír nunca, ni recibir sonrisas; los otros eran arrastrados a la luz del día, y para ellos brillaba el sol. Y habían salido, siniestra multitud, habían roto las paredes de los sótanos y las cadenas de hierro para calentar su piel al sol. Ahora así pensaban y guiñaban los ojos. ahora todo estaría bien; el rancio olor se evaporará en nuestros cuerpos, no lo exudaremos más. Pero el mundo iluminado sin murallas no era para que ellos lo gozaran, estaban muy poco acostumbrados a la estridente luz. Pateaban y forcejeaban como ciegos; lo que agarraban partían en pedazos. Uno tenía que vigilarlos; como a bestias salvajes, uno tenía que guiarlos'.

Arthur Koestler —"Los Gladiadores."

Es apenas la tarde.

Un aire de lluvia atraviesa al río desde la llanura.

La ciudad alza su peñón de antiguo dominio sobre las aguas. Allí, en lo más angosto del cauce, la ciudad apoya los pies en la roca de la orilla para no resbalar en el agua de su gran río. La ciudad arde en el calor sofocante de la llanura. Allí, con ella, está Guayare. Está solo, con la mirada en el agua terrosa. Con los otros pescadores y solo, frente a las nubes que amenazan echarse encima del río, de las sabanas, de los caminos por donde él, hombre, llegó a la tierra en la tiniebla del tiempo. Por donde más tarde venía el toro

ciego que ahora le muestra, allá, entre la nube, los cuernos luminosos. Había seguido él, hombre oscuro, aquella manada de ganado para regresar a la orilla fluvial de donde salió temeroso, como ensogado. Y aquí está otra vez, con la espalda hacia la selva.

Es roca de siglos la piedra desde donde el hombre mira a otros hombres en los momentos de tirar éstos los coladores para atrapar algunas sardinas. Las zapoaras y los morocotos apenas comienzan a rebalsar las corrientes del río. Los peces huyen de ellas para caer en los remansos orilleros y morder los anzuelos o quedar cogidos entre las pequeñas redes redondas. Es roca de mucho tiempo, sedimentación de las aguas, de la tierra arenosa. Desde allá el hombre mira hacia la otra orilla. No buscará irse de nuevo por la tierra llana hasta los lugares que atraen con ofrecimientos de otra vida diferente a la suya. Él es hombre, Guayare solo, restos de indio. Él allí oye decir a Cani, la muchacha de traje roto que ha vuelto para buscarlo y vive con él, unas palabras dislocadas. Se las dice al más joven:

—Turepa, dame unas sardinitas, de las que no muerden, porque si muerden entonces son como yo y no son sardinitas.

Es Guayare el que oye, el que a veces silba, el que no piensa con detenimiento pero ya siente con tristeza de vida desorientada. Es Guayare el que oye lo que Turepa responde, mientras otro hombre viejo que vino hasta la piedra también, el pescador Curiapo, escucha las palabras para defenderse a su turno.

—No hay sardinitas, Cani. Comerás césped del río, sabe a zapoara.

Turepa mira a los otros hombres y agrega:

—Hoy te libraste, Curiapo. Yo conseguí no más que una zapoarita.

El viejo escupe y se defiende:

—Porque la tarraya me haló y supe sostenerme, y no me fuí con los peces hasta los remolinos pedregosos, y pude agarrarme sin miedo, y tú llegaste sólo con el anzuelo y con el colador, y sin brío no se consigue la moscada, porque esto es de hombres, como este Guayare, que ahora descuida la pesca y no hace sino mirar y mirar la otra orilla, allá donde sudan los hombres de las minas negras, donde se queman las almas de todos sin que se salve una, una solita, para andar como el ánima sola.

Cani tararea y canta su canción preferida, que también es la de todos:

Tarara rará rará...
que si comía la zapoara
le botara la cabeza.

El viejo Curiapo la sondea por debajo de su sombrero de palma, que encaja en su chata frente de caimán como alero de choza, bajo cuya sombra las ventanas de sus ojos asoman su malicia de años.

Guayare ya no espera nada de nadie en este lado del río, al pie de la ciudad caliente, debajo de los árboles que refrescan las horas de sol alto, sobre la piedra donde los hombres dicen que "se libran" cuando consiguen los peces y los llevan a vender colgados en ganchos y en anzuelos. Solamente Cani le acaricia a veces la cabeza tostada, si ella está allí con más calma y no ha llegado para pedirle unas sardinitas a Turepa. Cuando Turepa se las da la quiere llevar a su rancho. Le dice que él pesca por distracción, que allá tiene hortalizas y legumbres y un buen pedazo de tierra para trabajar. Pero ella dice que Guayare es todavía su hombre y que por nadie se irá al otro lado, de donde Guayare y ella vinieron con el traje despedazado y la cabeza atolondrada, como hueca. Ni a ninguna otra parte.

Turepa sabe mirar a la mujer con ardor que le llega en el aire del clima. Sabe que su cuerpo está entero, que tiene en sus brazos el poder de los años. Pone su cara alegre en cada momento en que Cani se arrima a Guayare y éste quédase mirando el agua. Turepa lleva en su cabeza una gorra de lino blanco, ladeada como ala de garza que cruza el vuelo. En sus palabras locuaces hay siempre despreocupación, sonrisa de tiempo sin nubes. Le dice al viejo:

—Te doy mi colador por tu tarraya, Curiapo. Ya no puedes con ella.

—Te vas a enredar en ella, fachoso.

—Guayare no la quiere por dos sardinas, porque el plomo que tiene está hueco.

—Hueco tienes el rabo, mono sin rama.

Los otros ríen y la corriente cercana del río también ríe con sus dientes de espuma brillante. Guayare oye al viejo, mientras apenas trata de sonreír. Le gusta que hablen. Las palabras le saben mejor que los pescados fritos, que ya no come con gana. Lo que dice Turepa es para él un pedazo de vida nueva, pero le entristece la suya propia. Si Cani supiera oír esa voz con su sangre de hembra rechazada, no estaría

a su lado tocándole la cabeza y mirándole como perrita faldera. Cani es todavía una sardinita pescada que puede revivir a la orilla del río, entre corrientes de sangre. Sabrosa sardinita de aletas cariñosas y de pecho abridor para romper el agua corriente. Pero le pusieron unos adornos de mujer y en su vestido lleva la muestra del descuido que pone en las palabras. Apenas tiene ya ojos para mirar a los hombres. Se le cierran frente al brillo del río, en los días abiertos. Ya la mirada se le esconde entre su pelo que siempre le cae sobre la frente con insistencia de ramas espantamoscas.

Guayare ve que el río es lento, poderoso, que lleva en sus aguas las sombras de la selva, que se acuesta en él la pereza de las nubes cargadas y el sol pleno de las llanuras durante los días en que las lluvias no se han descuajado todavía desde los truenos por las ramazones de los relámpagos. Ve que el río se revuelve con el impulso motorizado de algunas lanchas pescadoras o de pasajeros, mientras las curiaras y los bongos chapalean bajo la fuerza de los hombres que recogen las tarrayas pesadas de plomos, con incautos peces enredados en su seno. El río es lento y así es el hombre Guayare en todas sus horas, en sus movimientos de animal, pegado a su chinchorro y a la playa donde consume raíces y peces frescos. Así oye lo que dicen los hombres extraños, en palabras conocidas. Voces que ya le han circulado en la sangre, en la vida que se le ha ido en el viento. Los otros hombres han dicho: "Estarás allí todo el tiempo como un puerco en el barro, sin saber nada más que aquello de que formas parte, eso que en la tierra te precipita para lograr de ti un alarido alegre o cargado de miradas tristes".

Los otros hombres, los mineros extraños, dicen todas sus palabras raras cuando lo invitan a seguirlos por entre los árboles, los pastos y los ríos. Los mineros le dan confianza. Comen de los pescados y de las raíces de que se alimenta él, Guayare solo. Es el hombre de mirar receloso y boca para callar siempre, con el peso de la indiferencia y la atracción de la vida simple. Él, Guayare solo, dice que no. Alza la mano y señala las nubes cargadas. Luego tiende el índice hacia el río. Dice que su rancho de paja espera verse cubierto hasta el mismo techo, cuando lleguen las lluvias pesadas. Él, entonces, irá más arriba, hacia las colinas verdes donde animales cimarrones se ocultan entre las matas. Esperará allí hasta que el río baje y en el cauce vea otra vez las piedras donde la planta humana no se moja en los días de sequía y las manos hábiles se preparan de nuevo para la pesca en la próxima subida de las aguas.

Guayare es como un buey cansado que se para debajo de un árbol. Sin ser viejo lleva en su espalda un invisible bulto de años. Su rostro suda ahora con la facilidad de un espejo arrimado al calor del agua hirviente. Él mismo no comprende por qué en su rostro y en sus manos se estira la piel oscura, y en ella hace surcos el sol del verano. Vive, sin duda, atormentado por el escozor que le produce su pasada vida bamboleada, sin proponérselo. Cani lo mira y él rehuye la insistencia de ese querer andar ajeno sobre las preocupaciones de su vida. No lleva en su cabeza sino un trozo de tela pintada, que se amarra a la nuca como cualquier lavandera de las entrantes del río. Es ése su plumaje de hombre tribal, maduro ya de los golpes y ahora anclado en un rincón casi miserable de su vida. Allí están todos para verle su figura de mono mejorado por el cruce de la sangre entre los ardores húmedos de la selva. Es lo único que le queda para mostrar: su torso de brillante piel cobriza y su pelo liso recogido por la tela de pintas, chorreado en las sienes como pequeñas hiedras sobre cualquier palo de caoba.

No iría con los otros hombres a lugares distantes. El cielo, la tierra, el agua, los animales, la hierba, su mundo de pequeñas cosas y de emociones por actos sin complicaciones, vinieron desde muy lejos hasta él. O acaso él, Guayare sólo, hombre de sí mismo, fué hasta esas cosas, hacia sus cosas, para ver el tiempo a su manera, para pedir al viento sus orientaciones y sus deseos de pequeña bestia.

Él sabe por qué está allí y por qué no se irá de ese lugar suyo. Si lo hace, será hacia la espalda, por entre los árboles gigantes. No es por Cani, que ya debe ser de Turepa, si ella quiere. A él no le importa. Los mineros querrán llevársela también, otra vez, si pueden, junto a los hombres jóvenes que los siguen, que son sangre de la tierra. Él no, no se irá por las sabanas ardidas, por los claros selváticos, por los caminos del ganado, hasta donde se achicharran las almas en aceite negro hirviente.

Él sabe por qué. Había mucho trabajo sobre la tierra distinta. Él trabajó duro, con esfuerzo de su sangre que enlazaba lentas serpientes en su cuerpo y enredaba las horas en los árboles frondosos. Pero allí encontró a Cani. Sus horas se aclararon para despertar las serpientes de su sangre y seguir el agitado movimiento de los hombres que le mandaron a trabajar. "Tienes el color de cobre de mi piel y ninguno de esos hombres te hará la vida como la quieres, porque son compradores y vendedores de riquezas". La mujer oyó las palabras y las entendió, lo mismo que entendía las que le

decía el viento entre los árboles. Ella vino también de las raíces de la selva. Aquí los hombres deseaban sus senos de merey pintón, sus formas de colina parda, moldeada por el agua y el viento.

Ella también podía decir: "Me hacen gozar como una cierva suelta en el claro del bosque, cerca del río, entre la hierba". Guayare escuchó el rumor de la garganta de Cani, que salía con aliento de su propio mundo, que saltaba en la boca de gruesos labios húmedos, como un arroyo despeñado. La llevó a su rancho, en el campo de trabajo. Allí la puso a lavar ropas grasientas y a cocinar para los dos. Por las noches cuidaba sus miradas de gata que reía entre las complacencias del sexo. Para distinguirse entre las exigencias de la tierra extraña no llevaban sino los perfiles de sus rostros, el color que el sol iba oscureciendo más en los días de trabajo. En la choza de techo pajizo cruzábanse sus ojos y anudábanse sus manos, para vestir la vida con los adornos que su sangre encontrada revivía en las mejores horas de goce elemental.

Aquellos hombres eran de esos que rondan detrás de los trabajadores por la orilla del río. Le habían dicho esas palabras, que ahora le llegan en las hojas caídas, bajo el viento de la lluvia que se acerca: "Estarás allí todo el tiempo, como un puerco en el barro, sin saber nada más que aquello de que formas parte, eso que en la tierra te precipita para lograr de ti un alarido alegre o cargado de miradas tristes".

Él era un hombre para algo más. Le descubrieron la fuerza para la pelea bruta con otros hombres. Le hicieron fiera, entre los hombres.

—Eso era así, Curiapo.

El viejo oye y echa sus palabras en el río:

—Así es, Guayare.

Ahora se lo dicen entre sí, como en secreto. Eso es la fuerza de los puños, el brillo de los metales convertidos en monedas. La fuerza suya, la de él, domesticada por los hombres, saltó en la lona con bríos instintivos y alcanzó la habilidad de las bestias civilizadas. En las peleas agitaba su cabeza con lentitud, sin arrogancia, porque a él no le agradaba el nombre deportivo que le sobrepusieron a su nombre. Le llamaron El Terror de la Selva. Los hombres gritaban, en algarada feroz, cada vez que sus manos aporreaban la cabeza, el pecho, el rostro, los costados de los otros peleadores que como él subían a las lonas en cuadrilátero para despertar el ánimo adormecido en los campamentos de trabajo. Sus puños dejaron hondas huellas en los rostros de sus contendores.

Él, Guayare a secas, el terror de la selva para los espectadores, cayó también un día entre la furia de los gritos. En ese momento su mundo se hizo más oscuro, volvió a las tinieblas de su origen. Su cabeza le quedó después como hueca, mareada. Ya no volvió a ser el guía de sus pasos, su vida simple.

Mira a Cani, ahora, y no comprende por qué ella ha vuelto hasta él. Allá se quedó, como ciega, hueca como él, entre la fuerza de los puños y el brillo de los metales. Seguramente la golpearon como a él, después, cuando ya sus formas frescas fueron tomando la escualidez de los jardines sin abono. Él la mira y sus ojos se pierden, como allá, entre los remolinos de la corriente del río. Busca en el agua el término de la luz, el comienzo de la sombra, eso que para sí mismo está oculto en la sangre que lo mueve sobre la tierra. No respetaron su condición de hombre. Le miraron la piel, el rostro triste, la voz tímida. Cani era alegre, con esa risa que busca salirse por las ventanas para correr por todas partes y ofrecer la felicidad. Por ella lo miraban a él con la codicia del dinero. Él no lo tenía en abundancia, como los otros. Las miradas de los otros eran para él como un brillo de monedas robadas. Entre su niebla de fracaso pidió a Cani lo que podía pedir: la tierra suya, bajo los árboles, entre los peces, era la delicia del mundo, el bien de la caricia sin metales. Pero ella era alegre, juguetona, como las novillas de la sabana. La enlazaron para llevarla a corralejas de lujo. En cada oreja lucía pendientes en que brillan las culpas. Cada brazo se ató con metales que llevan a rincones infestos, prisiones de la luz. Eso era natural. El cuerpo de Cani mostraba las formas de la belleza desnuda. La veían desde el mundo que no se acostumbra sino entre adornos donde la fealdad cubre lo hermoso, lo creado para el libre andar entre los deseos. Cani no oyó las palabras que él, Guayare, hombre golpeado, dijo como respuesta a los demás hombres que lo habían invitado a irse por los caminos de la tierra.

El tiempo tornóse fatigante. Él, hombre simple, quedó en la soledad que lo puso en camino hacia la vida suya, de nuevo, con los ojos tristes para mirar el agua, para seguir el césped que viaja suavemente, para señalar las pequeñas naves dirigidas por las manos del viento.

—Aquello era así, Curiapo —torna decir, como entre furiosa multitud que grita.

—Es así, Guayare —sigue el viejo, como haciendo eco a las palabras sueltas.

Todo eso lo sabe el viejo de chata frente de caimán. An-

tes que Guayare fué él, antes que él otros hombres supieron de la tierra perforada, de la vegetación enmudecida, de la furia humana desbocada.

—No sé por qué me duele el cuerpo cuando el viento se cuela por mi camisa.

El viejo sabe responder para calmar el ánimo despeñado:

—Eso no es dolor, son presentimientos, Guayare.

Aquello es así. Él lo sabe y piensa que Turepa podría ver cualquier día esa vida y echar a rodar la sangre por la tierra chamuscada. Pero éste no lo hará, seguro. Turepa se quedará en su mancha de plantas comestibles, junto a su rancho. Tendrá hijos. Esto le da envidia, pero podrá ser así, con Cani. Ellos verán venir la nube cargada y rezarán con palabras sencillas. Cani es buena mujer. Ya él, Guayare solo, no estará aquí, junto al río. Irá tras su mirada, como vino, hacia sí mismo. En el agua deslízase el color de la tierra, que ya no es sino el trapo enjuagado de la suerte. Aquello es así, como una nueva selva donde los hombres saben mirar monstruos traídos de la tierra distante. Allí, para verse vencedor, el hombre se acostumbra a pasar entre gansos negros, de cuello que sube y baja, de cola de candela que infesta de humos gaseosos el aire, gansos para extraer interminables lombrices negras, todo el tiempo. Eso es el ancho campo del otro lado del río, donde la tierra suda un denso sudor oscuro. Guayare solo, hombre, está ahora con la mirada sumergida en la entraña del río. El agua es un reflejo de innumerables mechuzos humeantes, infestos. Curiapo la mira y teme, porque sabe de eso. Los mechuzos ya son para él incendio de cosas olvidadas. Para Guayare hay una sola humareda que viene desde su sangre y encuentra la sabana reseca, el campo de gansos con la cola de candela. Y después, con pasión palpitante, el toro que rompió la corriente del río para seguir el rumbo de sus ojos ciegos hasta la cimarronera donde ahora muge con libertad de bestia sagrada.

Guayare buscó el camino para volver. La manada de ganado vino, tras la madrina, y él detrás, como piedra que rueda. La punta de ganado lo arrastró hacia la ciudad caliente, desde el otro lado del río ancho y turbio que lleva céspedes como bongos y se engruesa con la tierra buena de las montañas. Siguió detrás de las pintas, de las boñigas, sobre el barro revuelto por las pezuñas despeadas. Él sabía por qué. Seguía al ganado, como peón. Sus pies movían pasos de regreso a su gusto, sin comodidad, pero también seguían un rumbo destinado. Él era, se lo dijeron allá, un hombre de la selva, donde se da el oro como el pasto y los hombres llevan cobre en la

piel. El camino de regreso era distancia para meterse en sí mismo, con andar despacioso sobre su propia vida. Las raíces de su sangre habían levantado la frente de muchas ramas para adorar soles y lunas. Fueron también brazos para cazar, para buscar la pesca en los ríos gigantes. Salió, así, del misterio, entre danzas que incendiaban de lujuria la selva, en guerras que desconocían la extensión de los caminos. Era un mundo suyo, aquel mundo de sus raíces humanas.

La punta de ganado vino hacia el río, por el camino embarrado. Él se puso a la zaga, con el canto en los labios nostálgicos.

Novillito, novillliiiiiiiito.

Otro hombre silbaba en la manada delantera. En la segunda, en la punta siguiente, Curiapo caminaba cansado, con los años sobre los hombros. En la última, la suya, se distinguía el andar instintivo del toro ciego que lenvantaba el hocico para oler el rumbo en el viento. Él puso sus sentidos y su cariño en el animal. Su cariño estaba huérfano. Aquel animal ciego iba delante de su vida, entre las sombras, hacia el matadero, por la muerte.

La chalana quedó repleta con el primer lote de animales. Luego vino la segunda. Atrás esperó la tercera, donde él cuidó de hacer entrar en el embarque al toro ciego que seguía a la madrina. Subían el río contra la corriente poderosa, hacia la mata que guía las embarcaciones. Subían, pesadamente. El peso doblegó la chalana y los animales se deslizaron en el agua del gran río, después de cruzar la corriente donde las embarcaciones cambian el rumbo hacia la ciudad. Un bote lo recogió a él, otro a los conductores de la máquina. Desde el bote él miraba el testuz del toro ciego, como a un tronco a la deriva. El toro ponía sus ojos sin mirada en dirección opuesta a la de sus compañeros. Desde el bote, afanoso, él cantó sus palabras que eran como nuevo cariño:

Novillito, novillliiiiiiiito.

El toro parecía sordo, además. La corriente lo fué empujando como a un trozo de césped con cornamenta, pintado de puntos blancos. Sus grandes ojos sin luz guiábanse otra vez por el olfato, por el hocico levantado en proa hacia la orilla de donde había partido. La corriente dominaba sus esfuerzos que buscaban la orilla. Llevaba el empeño de volver por sus caminos, hacia su querencia. Las huellas lejanas le olían a la cimarronera de sus años de ternero arisco, donde en pelea brava con otro ternero perdió los ojos que sabían ver el color brillante de las novillas para saltar sobre ellas y hacer-

las suyas bajo el viento cálido de la llanura, entre las lluvias pesadas y los soles que destiñen la piel pintada de las crías correlonas. Alcanzó la orilla y por allí se fué, escondiéndose de las miradas que buscaban enlazarlo. Le descuartizarían y le venderían en cecina. Cruzó las matas, una tras otra, hasta hacerse otra vez señor de la cimarronera donde sabría querer a las novillas y a las terneras vírgenes.

La voz del hombre, ahora, se alza y dice:

—Curiapo, allá está el toro, lo veo allá en la nube. Aquí el agua me dice que está contento.

—Deje ese bicho endemoniado, Guayare, le va a embestir en un descuido.

Las palabras del viejo no le sirven para sacarlo de la nube en que vive, del agua que lo adormece. Allá, para él, está el toro ciego. Allá lo ve ahora, lo distingue en sus pintas blancas, lo mira desde la piedra, que es roca de siglos. Desde aquí, donde alguna vez le conquistaron, en el comienzo, en los primeros días cuando la vestimenta de los hombres apenas cubría las partes pudibundas del cuerpo cobrizo, lo ve y le silba. Los conquistadores se dieron el gusto de ponerle encima el yugo del dinero. Ahora no. Aquí, con Cani, que ha venido por el río, que se ha pegado a sus manos y ya no le importa que sea suya, vive su vida. Cani es un poco tonta y dice que lo quiere. Con ella ve correr el río y pesca para comer. Él ya no sabe pensar, sino mirar. En la mirada lleva la luz de su destino. Escoger el camino del regreso para ser el dueño de su manada de horas, de las que le quedan para vivir en tranquila compañía de la tierra suya, es su canto de amanecer. No quiere que le dominen las cosas que le rodean. Le arrastrarían como el viento a las nubes, hacia el vértigo que le atormenta. Allá está la nube negra, donde el toro ciego muge en el trueno y levanta sus cuernos en los relámpagos.

Los otros hombres, Turepa entre ellos, se han ido ya a los ranchos. Curiapo no. Este es viejo y está intranquilo por la mirada encendida de Guayare, que es una laguna de misterios. Cani espera que Guayare recoja su tarraya y su colador y vaya al rancho a echarse junto a ella. Guayare la mira y le dice que vaya al rancho y haga la comida. Cani se aleja y otra vez tararea y canta:

...que si comía la zapoara le botara la cabeza...

A Guayare, hombre solo, no le importa ya que ella llegue primero al rancho de Turepa, si quiere. Turepa es hombre para trabajar en la tierra. Cani podría quedarse allá. A él,

ahora, le gusta mirar la nube oscura montada en el viento de la otra orilla. Sale la nube desde la tierra llana y se eleva para cruzar el río. Cruzará los caminos, caerá en brava embestida sobre la vegetación sedienta y sobre los animales insolados. Allá aparece, en ella, el toro de cuernos iluminados. Los alza hasta el cielo en breves salidas de su mata cimarronera. Se asoman los cuernos una y otra vez. El toro muge enfurecido desde la nube que ha de regar la tierra.

—Es él, Curiapo, mírele los cachos y oiga como brama para llamar a sus novillas desgaritadas.

El viejo no comprende. Guayare lo dice y mira el agua de la corriente con insistencia endemoniada. Cree que todavía es posible enredar algo, algún pez retrasado, en la pequeña red redonda. La tira con furia y dice a Curiapo que así, como él, no lo hace nadie, ni Turepa. Turepa estará acaso con Cani. No sabe bien si le importa ya. Pero la furia le enlaza con las aguas del río. El viejo Curiapo mira la habilidad de Guayare. El viejo está intranquilo, como si el río comenzara a tirarle de los pies. Guayare mira el agua con ojos perdidos entre la nube donde los cuernos luminosos, ramazones de los relámpagos, se entrecruzan veloces. Muge de nuevo el lejano trueno de la llanura. El hombre aquí, junto al río, sólo ve ahora, en su oscura tarde lluviosa, un trozo de césped rojo desmembrado entre la corriente que rebulle en la orilla pedregosa. Allí hay peces y corrientes que le electrizan el cuerpo, que le invitan a ver la piedra sumergida en el fondo del agua terrosa. Nadie más, él sólo, sabe que sus raíces tienen contacto con las raíces de la roca dormida, echada allí desde la edad misteriosa de su sangre.

Resbalar hacia la muerte sería mostrar el brillo de un relámpago en los ojos que saltan desde un rostro hacia una nube cargada de lluvia generosa. Pero la muerte, para Guayare, sería otra vez el principio, la invitación del río a buscar las cosas ignoradas. Él ahora quiere irse por las huellas húmedas donde las ramas hablan con el viento de las tormentas. Extiende la red sobre la roca y no dice palabras innecesarias. Se aleja sin hablar. Son pasos hacia la ausencia total, lejos del río y de la roca, hacia la sombría existencia elemental. Son casi saltos. Lleva una mirada en la que renace el mundo suyo. El mundo iluminado de sus impulsos casi bestiales. Silbará y vendrán las aves a comer en su pañuelo. Por allá, a la vuelta de un árbol gigantesco, encontrará el rastro perdido. Dominará al jaguar con sus manos, hasta rendirlo. No mira atrás. El viejo Curiapo le vería los ojos encendidos,

como de sol detenido en la lluvia que refresca las hojas del árbol de su rancho. Sus ojos de amargura brillan con la luz atávica del misterio.

El tambor pardo del río resuena ahora bajo innumerables golpes que se confunden en el ondeaje primitivo de un sonido grave y lento: Ton. Ton. Ton. Ton. Ton.

Llueve.

JUAN PABLO SOJO

(Curiepe, 1907 - Caracas, 1947).

Si alguien pudo hablar en nombre de los negros venezolanos, fué este Juan Pablo Sojo, nacido en la región de Venezuela que mejor podía ufanarse de su pureza de sangre: el trozo del Estado Miranda llamado Barlovento. En Curiepe —en la zona del cacao, de la caliente humedad tropical, de los negros campesinos— nació y supo llevar a nuestra literatura el modo de pensar y sentir de las gentes que le dieron vida, lo que equivale a decir que escribió con la fina, gozosa, sabia inocencia de los negros. Encantos, filtros y brujerías estaban presentes en su obra como una melancólica travesura que quisiese adornar antiguos temores, como la burlona tristeza de quien acepta en cada acto un significado inexplicable y un resultado previamente decidido. Dentro de la obra de Juan Pablo Sojo lo misterioso está unido a los sucesos más simples y cierto fetichismo da grandeza de dioses a los objetos, utensilios y gestos habituales. Cosas, animales, personas, movimientos están iluminados de oculta intención milagrosa. Sojo demostró, además, que poseía don natural de escritor, descubierto, acaso, en ceremonia de brujería, como fórmula de mágica sencillez. Con su novela "Nochebuena negra" —de importancia extraordinaria para nuestra prosa narrativa— y con sus cuentos, dice los sueños de los negros venezolanos. En "Hereque" estos sueños son dolor, angustia, deseo de fuga. Juan Pablo Sojo murió cuando era ya segura su culminación de escritor.

HEREQUE

Por JUAN PABLO SOJO.

> Hasta ahora el pan estaba maldito. ¡Aquellos frutos manchados por el hereque, blanco y endurecido como la fría cal con que rellenan las urnas de los muertos!...

I

Un sino fatal se cumplió sobre los pueblos. Rebaños de hombres, de mujeres, de niños, abandonaban sus hogares, salían locamente a la aventura, impulsados por la necesidad de ganar el pan nuestro de cada día.

Sobre aquel pueblo de calles solitarias, sobre la tierra desnuda y reseca, soplaba una brisa cálida que producía malestar, escalofrío de fiebre, de inconformidad. Los ojos brillaban con el reflejo de los pantanos hociqueados por cerdos alzados; los puños se crispaban tratando inútilmente de apresar una cosa imposible; las líneas de los rostros terrosos alargábanse con agonía sin esperanza. De los pechos escapaban hondos suspiros, sordas imprecaciones de seres que lo han perdido todo.

El sol brillaba por encima de los techos envejecidos, de los sembrados en ruinas; y parecía que desde lo más profundo de la tierra, brotaba la podredumbre maldita que deshacía las raíces de los conucos.

Sólo los cacahuales habían resistido aquel malestar de la tierra. Sus rojas mazorcas se apretujaban, ricas en savia, como enormes gemas de acabada orfebrería. Pero tan rico presente de la Naturaleza, permanecía intacto en los árboles, cuya vergüenza se les miraba en las hojas caídas, igual que las orejas de los perros fieles a quienes desprecian los amos.

Nunca la mano del hombre estuvo ociosa. No se olvidaron los hierros de la labranza en cualquier rincón por premeditada negligencia; ni el canasto ni la vara dejaron de sentir la presión ruda de las manos callosas, porque aquellas manos apuñaran ahora los vasitos colmados de aguardiente; ni la tierra se cubría de tupidos rastrojos, porque los músculos descansaran flojamente ahora sobre cualquier banco, en un quicio carcomido, a lo largo en los crujientes catres. Era la podredumbre de la tierra que avanzaba, filtrándose hasta los huesos de los hombres.

La podredumbre maldita podría hasta el aire...

El cacao no valía ya nada. Cuatro años de verano habían reducido las energías de los hombres, gastadas en diez, en veinte siembras consecutivas y en otras tantas esperadas cosechas que no llegaban nunca. Sólo el cacao florecía y cargaba a orillas del río. El único fruto ofrecía su pujante cosecha a los hombres de Pueblo Viejo, y su exuberancia, que desafiaba la ruina del tiempo, era despreciada por ellos; producía dolorosa amargura en el pecho de los hombres; era como la risa de la muerte burlándose de la inútil esperanza de los hombres. Y los hombres la odiaban.

II

Día domingo.

Las calles de Pueblo Viejo, desiguales y llenas siempre de una soledad triste, mostraban un poco de animación. Hacía un día claro y alegre, en contraste con aquella sombría expectación que contraía el rostro de los habitantes.

Bajo un copudo mamón de la plaza, conversaban tres hombres.

—Mire, José del Saú; yo no creo en esas cosas... Pero bien, el padre cura se ha empeñado, y hay algo de convicción, de una profunda verdad en su conciencia. Se lo he leído en los ojos...

El interpelado, un negro pequeño, robusto, metido en su blusa dominguera bien planchada y olorosa a cedro del baúl, hizo una mueca para reír y dejó vislumbrar fugazmente la blancura de sus dientes. Luego adoptó una grave seriedad para mirar con sus ojos grandes y zarcos —ojos extraños en un negro—, la cara del que hablaba, larguirucha, sonriente y de piel clara, en la que se movían unos bigotes canosos y donde abultadas cejas apenas dejaban paso a unos ojillos curiosos e indagadores.

—La rogativa que sacará el cura, no tiene ninguna rela-

ción con los fenómenos físicos... Ustedes no entienden eso, pero así les hablo a mis escolares. En ustedes y en ellos existe aún esa clase de fe que mueve las piedras...

—Bueno, maistro —interrumpió el tercer oyente—; na se pierde con probá.

—Así es, compae Tota —confirmó José del Saú, mordiendo la punta de un tabaco que luego prendió con dos largas chupadas, y, a través del humo azulado, vió encogerse entre sus enjutos hombros al maestro, volver la espalda con aquel típico ademán que siempre tenía para manifestar su contrariedad y luego, perderse su delgada silueta en la primera esquina, donde lucía el rojo letrero la pulpería del isleño don Roque.

José del Saú lo miró partir y ni siquiera escuchó los comentarios de Tota, que lanzando una gruesa carcajada, exclamaba:

—¡Loco e perinola, já, já, já!

Allí lucía aquel letrero rojo que decía: "La Bonanza"... Tras de un sucio mostrador y aquellas armaduras apiladas de litros empolvados y potes salpicados de moscas, acechaba la gruesa humanidad del isleño, en espera de una oportunidad para explotar las energías de los hombres... Y su hija Violante, allá adentro, que nada sabía del papelón, ni de negocios de haciendas a trueque... Violante, la hija de aquel isleño burdo... ¿Y quién era él, para poner sus ojos en ella?... ¡Si al menos lloviera como antes!... ¡Ah! La rogativa del cura. "Eso traerá lluvias", comentaba la señora Bernarda, la beata, que decían conversaba con un santo renegrido y viejísimo que tenía en un rincón de su cuarto... —Cuando vuelva a llover, haré una buena siembra de maíz y mi conuco me dará muchas cosechas de plátanos. ¡El plátano vale mucho ahora! Y tendré dinero, bastante dinero para lograr que Violante... No.

"La rogativa que sacará el cura, no tiene ninguna relación con los fenómenos físicos". ¡Maldita sea!

La pesada mano de Tota sobre un hombro, lo zarandeó: —Bueno, compae, como le venía diciendo... ¿Nos vamos pa el tarantín del Tuerto, o no?

Silencio del otro. Desde lejos llegaban los toques de las desportilladas campanas de la iglesia, llamando a la rogativa.

—¡La p...!, compae Saú; ya me voy a zampá e cabeza casa 'el Tuerto. Mire el mujerío y la cantidá 'e pazguatos que suben a rezá...

—Vaya usté solo, compae Tota. Yo me quedo.

Tota lo miró con extrañeza. Hizo un gesto con las manos

y echó a andar. Unos pasos más allá sonó su risotada nuevamente:

—¡Catequisao 'e bola! De aquí a que termine esa vaina es mucha la caña que yo e rajao. ¡Já, já, já!...

Los ojos de José del Saú, no se apartaban de aquellas puertas oscuras, de aquel letrero rojo que ya no leía, sino que le gritaba en los oídos: ¡La Bonanza!... ¡La Bonanza!...

Una puerta se cerró. Luego otra, y la tercera quedó entornada. Su mirada se clavó allí. En el aire había un revuelto alarido de campanas, un confuso murmullo de risas, de palabras, de trajes almidonados que pasaban rumbeando hacia el templo. De pronto sus ojos se iluminaron... ¡Violante! Alta, blanca, delicada, acababa de salir por la entornada puerta, cubierta su negra cabellera por la mantilla andaluza blanca, haciendo resonar sobre las lajas de la acera sus menudos pasos, bajo el azul traje de seda costosa. Detrás, la gruesa figura del isleño, vestido de negro, luciendo su bastón de dorada empuñadura en la mano gorda taraceada de piedras brillantes, encasquetada aquella empolvada camarita que hacía juego con sus mostachos abundosos y negros. El isleño y su hija... ¡Hijo de perra! A buen seguro que no pedirás que llueva... "El padre cura se ha empeñado, y hay algo de convicción, de una profunda verdad..." "Se lo he leído en los ojos..." "Ná se pierde con probá", había dicho Tota, y sin embargo, fué a rascarse al tarantín... ¿Y si lloviera? Al menos era el deseo de todos. ¿Qué importaba entonces el mal deseo de uno solo, de un isleño hipócrita ante el deseo de un pueblo?... Si existe un Dios... Pero el maestro había dicho... ¡A la porra con el loco del maestro de escuela!

III

Eran cálidos los días de noviembre.

El corazón de los habitantes comenzó a alentarse con aquellos turbios nubarrones que cruzaban el cielo. Y el cielo desgajó su bendición sobre los campos que volvieron a sentir el roce de los linieros y el golpe fecundante de la chicura.

Vinieron ligeros días de sol y la siembra quedó retoñando, arrullada por brisas augurales. La brisa traía su olor a pan y a flores, a comodidad y olvido de tantas necesidades.

José del Saú halló a Tota en el tarantín.

—¿Qué tal, compae Tota? ¿Cómo va el negocio, Tuerto? —El ojo solitario del tarantinero, rojizo y maligno, le hizo un guiño.

—Pura catamita es esto, José... ¿Lluvias?... ¡Me enjuago el ojo con ellas!

—Vayan a ver mi conuco... Hay ya más de mil nenes de plátano sanitos. Todo el mundo trabaja en la finca.

—Esperamos la buena...

—¡Yo no espero un ca...rrizo! —exclamó Tota, medio borracho—; pregúntale al Tuerto...

—Asina es, José. ¿A quién se le ocurre sembrá en noviembre?... Éste se está bebiendo lo que le queda, y yo estoy vendiendo lo que escurro de ese barril que está hay... ¿Sabes quiénes se fueron anoche?... Los Monterolas, Manuel Rosendo, Socorro. Se llevaron hasta sus mujeres. ¡Já, já, já!

—Yo no tengo mujé, Tuerto; ni hermanos... Sólo me queda esa tía vieja, que enterrará sus güesos aquí...

—¡Qué cara! —terció Tota, con la lengua torpe—; tú aspiras a mucho... Tú eres grandero... ¡Sirve otro pa los tres, Tuerto!

Tota, agarró su vaso, lo vació de un golpe y chasqueó un poco, pasándose luego la manga del brazo por la boca...

—¡No hay como Caracas!... Yo sólo espero ve en que para toa esta vaina, pa decile a mi salao: ¡alza y ráspalo!

El Tuerto levantó su vaso y miró al trasluz del vidrio con un solo ojo, durante un instante. El verdoso licor herido por la claridad solar, hizo destellar su pupila con reflejos siniestros...

—Todos tenemos que dirnos, José convéncete... Tenemos que dirnos, como se fueron los otros...

Dijo y apuró el palo con envión desesperado.

Oscuros nubarrones se condensaban allá en el horizonte. El corazón del agricultor se encogía dolorido, pero al mismo tiempo alentaba esperanza. Y la lluvia volvió, esta vez menuda, juguetona, como mujer liviana...

—Es un norte pasajero... Mi conuco sigue echando d'arriba, p'arriba... "¿A quién se le ocurre sembrá en noviembre?"... ¡Flojazos! Pa Caracas huyéndole a la tierra, al trabajo... "Tú aspiras a mucho". "¿Tú eres grandero?"... ¡Já, já, já! Ya lo creo que lo era, pero ellos no sabían con quién... La cosa sería así: primero un buen racimo de dominicos expresamente pintoniados para ella... Melones, jojotos... Después cuando comprara la canoa, y el ranchito... Bajaré yo mismo mi plátano por el río... ¿Musiú Valentín, el blanco aquel almacenista del puerto, pálido como una pastilla socata? Sí. Le vendería de contado. ¡Eso sí!... "Pura catamita es

esto, José. ¿Lluvias?... ¡Me enjuago el ojo!..." ¡Estúpido! ¡Grosero!

Caminaba hacia la esquiena de don Roque... El letrero rojo... Violante, vestida de azul, con sus cabellos tintos como las noches de Pueblo Viejo...

—Buenas tardes, don Roque.

El aludido miró entrar a José del Saú, con frialdad, pero un vivo interés le bailó en los ojos.

—Muy buenas, muchacho. ¿Cómo anda la siembra?

—Don Roque: cuando coseche, no sólo le pagaré ese piquito... Tal vez le compre el ranchito aquel suyo. el del Cerro...

—¡No me digas, m'hijo! Ya tú sabes que ésta es tu casa...

Gruesos goterones comenzaron a golpear los tejados y la desnuda tierra de las calles. Pronto se desató del cielo la furia pluvial, inacabable...

Llegó la noche y el aguacero era cada vez más recio.

—Muchacho —dijo el isleño—; quédate a comer con nosotros... Este palo de agua pasará pronto...

—Si es su gusto —había dicho José; mas, en su alma, sentía el frío golpe del agua.

Pasaron al interior, atravesando el corredor a oscuras que comunicaba con las habitaciones de la familia. En el camino, el isleño seguía diciendo:

—Y si sucede lo peor, tú sabes que puedo hacer negocio por la hacienda de tu tía...

—Ella no quiere vender.

—¡Bah!... Tu tía es ya una anciana que no vale... De todas maneras, yo puedo esperar...

José del Saú, se deshizo instintivamente del brazo, de aquel brazo gordo y peludo capaz de estrangular y robar, que engarzaba el suyo... ¡Pero Violante!... La emoción de verla tan cerca... De hablarle...

La luz de la lámpara del comedor se le metió en los ojos.

—¡Señora Bartola! —rugió la voz de don Roque—; tráigase un servicio más a la mesa.

—Ajá —contestaron temblonamente desde la cocina.

—Papá —y la voz de Violante, clara, dulce, salía de un cuarto cuya entornada puerta velaba una fina cortina—; ¿a quién has traído? ¿Al padre o al maestro?

—Un amigo mío, Violante: José, el sobrino de la señora Catana.

Siguió un silencio. Los oídos de José, se llenaron de todos los ruidos de la noche; el rumor interminable de la lluvia; el glú-glú del agua rebosando los canalones...

—Papaíto, espera un momento.

Poco después salió, tomando asiento. Sonrió al saludar a José, y él no pudo reprimir un suspiro.

Comieron calladamente.

Luego del café, Don Roque sacó una caja de guácharos. José lanzaba el humo hacia el techo, y del techo renegrido bajaban sus ojos zarcos hasta las pupilas negrísimas, sombreadas de dulces pestañas de Violante.

Ella comenzó a decir:

—Cuéntenos algo, José.

Un absurdo temblor le cogió las manos, se le subió a la garganta. ¿Qué contaría?

—No me acuerdo de nada, Violante...

—Una cosa así, que no sea cuento, pero que parezca un cuento...

—Una cosa así... Por ejemplo, ¿lo del chingo Dolores, pescando, con la guabina encantá?...

—¡Qué gracia! No existen encantados, bobo. Otra cosa... Por ejemplo, algo de brujerías... ¿Usted cree que existan brujos, José?

Quedó pensativo. ¡Qué gracia! No había encantados. Existían los daños...

De repente, se le vino algo bueno:

—Según me cuenta tía Catana, allá por la Legalidá, vivió un hombre a quien mentaban el zambo Baldomero...

El isleño roncaba en su silletón. Afuera, seguían los gruesos goterones golpeando los tejados y el enladrillado del patio.

IV

Llovió durante cuatro días seguidos. Crecieron el río y los caños hasta desbordarse, inundando campos y sementeras.

La brisa gris traía nuevamente ese viejo olor a ruina y a podredumbre que subía de la tierra. Y los hombres comenzaron a dudar de Dios...

—¡Já, já, já! —reía a todo pulmón el tarantinero, y su ojo huérfano brillaba malignamente—; ¡me ensucio en el cura y en las rogativas!

Los hombres le escuchaban y gesticulaban, cada quien diciendo a voz en cuello horrores del párroco y de las beatas.

El isleño hacía buenos negocios. Compraba a trueque lo que podía salvarse de las cosechas. Vivía alerta, como un pájaro necrófago en medio de las ruinas. Muchas haciendas, tierras, animales, joyas y objetos valorables podía aun aprovechar si tenía paciencia en la espera...

José del Saú pudo, a pesar de la fatalidad, realizar en parte su sueño. Con lo que logró salvar, compró una canoa y aun le sobraron algunos bolívares para abonarle el piquito a don Roque.

—La pinté de azul y le puse un letrero blanco: "Violante". ¡Qué linda quedó mi canoa!

—¡Piazo e'bolsería has cometío! —arguyó Tota, tambaleándose—; ¡ponerle el nombre de la hija de ese ladrón!

—¡Cállate! —le gritó José, casi con ademán de pegarle. Luego, bajó la voz—: No hables así, compae, por el sacramento que tenemos.

El otro continuó, sin hacer caso:

—Treinta pesos una canoa y el resto nos lo bebemos, ¿verdá? ¿Y qué más da? Vendes a "Violante" y también nos la tiramos, ¡já, já, já!...

José salió del tarantín aturdido. Treinta pesos una canoa que también tendría que vender. No había caído en la cosa. Treinta pesos... ¿y después?... "Todos tenemos que dirnos...", como los otros... ¿Y ella? Ni siquiera sabía que su canoa tenía su nombre.

—¡Eh! ¡José!... ¡Eh!...

Volvióse. Era la señora Bartola, con un recado de Violante, que lo mandaba llamar. Apenas contestó, echó a caminar aceleradamente. Violante quería que él le desramara una mata del patio... El corazón se le saltaba y sus latidos se confundían con los golpes de sus talones sobre la tierra... La diría: tengo una canoa nueva... No. Mejor: le pinté con letras blancas... Y ella echaría a reír. Se echaría a reír y le diría bobo. Ella diría: ¡Qué gracia... Pero ¿y si se burlaba de él?...

Entró en la casa. El isleño le palmoteó un hombro:

—Ya sabes muchacho, yo puedo esperar...

No contestó y siguió adelante. Desde un cuarto, con la puerta entornada y velada por la fina cortina, su voz lo hizo detenerse.

—José; móntate sobre el bahareque y córtale las ramas a esa mata de guanábana. Ha llenado toda la casa de hormigas...

Luego agregó:

—¿No sería una brujería, José?

Rió de aquello y continuó hasta el patio. Tomó un machete de la cocina y montando en un cajón, logró, con algún esfuerzo, pararse sobre la gruesa pared. Miró las ramas y al fondo de la casa vecina, una casa abandonada y solitaria... ¡También se habían ido!... Cortó una rama. "¡No hay como Caracas!"... Y Violante allí mismo, tal vez acostada, con su bata de encajes, como la noche de la lluvia... "Una cosa así, que no sea

cuento"... "¿No sería una brujería, José?"... Cortó esa rama también... ¿si estuviera medio vestida?, leyendo descuidadamente en uno de sus bonitos libros... Sí. Medio desnuda, suelto el perfumado pelo, los senos escapados del sostén, palpitante, tibia... Sola en el cuarto...

La cruel picazón del hormiguero le hizo darse un manotón, y el filo del liniero le cogió la muñeca. Lanzó una exclamación y chupo la herida, algo profunda. Tumbó aún la última rama y se tiró al piso, echando abajo el cajón.

El estropicio hizo salir a Violante. Vestía una bata blanca, ceñida, que marcaba sus formas perfectas.

—¡Dios santo !—exclamó al mirar la sangre, cubriéndose el rostro con las manos.

—No es nada, Violante... No sea miedosa.

—¿Pero cómo no, hijo?

Trajo agua, yodo y vendas. Mientras le curaba, él miraba su negro pelo, abierto en dos sobre la frente. Miraba el nacimiento de sus senos pequeños, su cuerpo todo, perfumado, oloroso a hembra.. Aquel absurdo temblor le cogió nuevamente las manos, se le subió a la garganta...

—Señorita Violante...

—¿Qué?

—Mire... Esto no es nada para lo que me hice en el conuco... Cortaba racimos para bajarlos en mi canoa...

Silencio.

—Mi canoa... La pinté de azul como... ¿qué digo?, le puse el nombre suyo...

—¿Mi nombre?

—Sí, con letras blancas... Con letras blancas, le puse: "Violante"...

Ella no dijo nada. Ni sonrió siquiera. Lo vendó cuidadosamente y al despedirlo, lo miró con aquellas pupilas tan negras como las noches de Pueblo Viejo.

V

Los hombres no podían vender ahora ni el plátano. Los tiraban a los cerdos. Estaban manchados por el hereque, blanco y endurecido como la fría cal con que amortajaban los cadáveres...

—¡Ahora, hasta el pan!.. Qué linda estaba la canoa, pintada de azul, con sus letras blancas, cuando ella fué con su padre a verla... Veinte pesos solamente quiso aflojar el tacaño... Ya no podría manejar una palanca... Y ella dijo

indignada: ¡Qué horror, papaíto! Le pusieron una B de burro a mi nombre!... ¡Una B de burro!... —Y el mundo le comenzó a dar vueltas...

—Compae Tota, vendí la Biolante...

—¡Eso merece un palo, compaíto!

Tota lo arrastró al tarantín. Bebieron hasta el anochecer. Parpadeaban las estrellas en la noche fresca y silenciosa, cuando llegaron bajo los árboles de la plaza.

—Después de lo que me ha contao, compae José, voy a decirle algo: Esa muchacha es la maldición de este pueblo... Ya nos ha pasao a muchos lo mismo. Es como un cebo que atrae a todos los hombres... Suspira uno; quiere volver a empezar; suda la sangre sobre la siembra... Y termina debiéndole hasta la franela al isleño. Porque ella es bonita. Blanca como el hereque, ¡esa enfermedá que nos arruinó a todos!... ¡y el taita le bebe la sopa a los guérfanos!

José lanzó un salivazo contra un árbol. Era también un huérfano. No tenía más que aquella viejecita enferma, agonizante sobre un catre... "Yo puedo esperar..." Ya lo creo; la hacienda..., lo que quedaba para enterrar sus pobres huesos...

—¡No hay como Caracas! —dijo Tota, y siguió, con voz más ronca—: Mañana me amanecerá en el camino, compae... ¡Esto aquí se pudre!

José comenzó a dar pasos sin rumbo, calle abajo. Había dejado a Tota maldiciendo, llorando como un niño, y era como oír el lamento, la maldición de todos los hombres... Y ella se había indignado, reído de su ignorancia; de aquella B blanca, como la enfermedad maldita que ahora subía de la tierra hasta su corazón.

Desde el cielo, un lucero le hacía guiños cambiantes. Imaginó el ojo solitario del Tuerto, mirando a través de un cristal inmenso...

Un perro aulló tristemente en la quietud de la noche.

JULIÁN PADRÓN

(San Antonio, 1910 - Caracas, 1954).

Con la novela "La Guaricha" se asomó triunfante Julián Padrón al escenario de la literatura venezolana. Antes había hecho poesía —luminosos poemas íntimos, sentimentales, americanos— pero desde su primer libro narrativo afirmó su poder para crear un mundo campesino, donde pasan personajes sencillos y hermosos como flores, como ríos, como animales. Seguía siendo poeta —un poeta fuerte y melancólico, capaz de mirar dentro de sí, a la sombra del recuerdo, la luz de una mujer, la frescura del agua, el peso de una fruta. Padrón publicó, luego de "La Guaricha", otra novela —"Madrugada"— donde alguien podría descubrir, entre las hojas del Trópico, el eco de una voz culta que dijera serenas consideraciones de escéptica sensualidad. Una colección de cuentos, titulada "Candelas de verano" apareció entre una y otra de sus dos primeras novelas, a las que bastante más tarde se ha unido "Clamor campesino". El cuento que aparece en esta selección fué publicado hace algún tiempo en el diario "El Universal" y ninguna relación parece tener con el mundo salvaje, oscuro y vegetal que se extiende por casi todas las páginas de Padrón. "Penélope" es un cuento lírico y confidencial: la afirmación luminosa de una imagen y de una voz que sobrecogen al personaje confidente. Es nada el cuento: la historia de una ansiedad. Nada más que eso: la presencia de lo desconocido, de lo que nos rozó como una señal imprecisa cuyo significado apenas puede indicar la congoja.

P. S. — Ya escrita esta nota, nos llega la noticia de la muerte de Padrón. Sirvan estas líneas como afirmación de respeto y cariño para el compañero desaparecido.

PENÉLOPE

Por JULIÁN PADRÓN.

I

Era una de las mujeres más bellas y encantadoras que he conocido en la vida y en el arte. De las conocidas en la vida tenía el poderoso y delicado atractivo sexual de las hembras de carne y hueso. De las heroínas del arte sugería el recuerdo espiritual y amoroso de la Beatriz de Dante. Y las dos impresiones se fundían maravillosamente en la enigmática expresión de la Gioconda de Leonardo.

Una mañana llegó a las puertas del Museo de Arte donde yo guardaba la biblioteca de pintura de mi país. Tenía una cabellera rubia, peinada libremente, que después de hacerle marco al rostro se le derramaba sobre los hombros. Unos ojos grandes y claros, levemente azules y sonrientes, alumbraban su rostro infantilmente sorprendido. Preguntóle al conserje si podría visitar el Museo que se abría al público sólo en determinados días de la semana y en las fechas conmemorativas de gloria nacional. Ella me miraba con sus ojos sonrientes mientras rogaba que se le permitiera la visita, pues era extranjera y debía partir muy pronto de la ciudad.

Aquella mirada revelóme toda una afinidad electiva, expresando al mismo tiempo que deseaba hablar conmigo. Sin embargo, mi sorpresa ante su contemplación me dejó clavado en la silla, mirándola también, y sólo pude aconsejarle al portero que trasmitiera la solicitud al Director del Museo. Yo sabía que había perdido, y me recriminaba por ello, una oportunidad de hablar con aquella encantadora mujer. Momentos después el conserje salió con las llaves y abrió las puertas. Ella entró sola al gran salón y yo me quedé entre

los libros y papeles de mi oficina, con un extraño presentimiento y una invasora inquietud.

Por dos veces salí y me asomé a la puerta del salón regresando a mi puesto más inquieto que antes. Pero a la tercera, me dirigí al interior, intranquilo y angustiado el ánimo. Tenía recelo de que ella me considerara importuno y sospechas de que el Director pensara que yo fuese a profanar el histórico recinto con propósitos extraños al arte y a las glorias nacionales que allí se alineaban en muros y pedestales.

Pero logré vencer mi timidez y mis dudas y penetré al salón como un delincuente. Ella estaba de espaldas y tomaba notas en una pequeña libreta al tiempo que alzaba y bajaba la cabeza. Su cuerpo era magnífico, alto y delgado, alzado sobre unas piernas preciosas y formidables. Cuando levantaba la cabeza con sus cabellos sueltos parecía agitar el aire detenido del salón. Estaba vestida con un sencillo traje, y más que una viajera extranjera parecía una estudiante de arte, o una deliciosa muchacha campesina.

No volvió el rostro ni siquiera al ruido de mis pisadas sobre el pavimento de madera pulida. Yo me planté a su lado y le ofrecí mis conocimientos de guía. Me presenté a ella tendiéndole la mano y ella me alargó la suya, mientras nuestros nombres se perdían en la grave resonancia del salón y en el azoramiento de las voces.

Se llamaba Penélope y venía de un país lejano. Por las notas que tomaba y por su curiosidad artística imaginé que sería escritora o periodista. Y se lo pregunté.

—No —respondió sonriendo—. Soy apenas una mujer deseosa de conocer las cosas interesantes de los países que visito, para después hablar de ellas en el mío al regreso.

—¿Cuántos días lleva usted aquí?

—Tengo apenas una semana. Pero me he sentido muy sola porque no conozco a nadie.

—¡Cómo me hubiera gustado haberla encontrado antes! Le habría enseñado mi ciudad, la hubiese llevado a muchas partes.

—A mí me hubiera encantado.

—¿Se va usted muy pronto?

—Estoy esperando un vapor.

Terminó de recorrer el salón, se informó acerca de las firmas, las fechas, los asuntos de los cuadros y la vida de los pintores y comenzó a salir.

—Bueno —dijo alargándome su mano—. Muchísimas gracias por su compañía.

—Pero todavía su barco no ha llegado. Me gustaría mucho volverla a ver. No se puede ir usted así, sin conocer lo mejor de mi ciudad. ¿Dónde se hospeda usted?

—En el Hotel Americano, apartamento 205. Pero esta misma tarde bajo a la playa a pasar el fin de semana.

—Entonces hasta el lunes.

—Llámeme antes, a ver si he regresado.

Y ya en la puerta, mientras la acompañaba:

—Hasta el lunes, Penélope.

—Bueno, hasta el lunes, Ulises. —Pronunció mi nombre como yo el suyo, me volvió a entregar su mano y se alejó.

Se llamaba Penélope y era una mujer encantadora.

El lunes siguiente le envié un ramo de rosas, con una tarjeta donde escribí una frase personalmente alusiva: "Para aliviar las quemaduras del ardiente sol de mi país".

Al atardecer nos encontramos en el bar del hotel. Tomamos unos cocteles y hablamos de asuntos triviales. Una muchacha cantaba acompañada por un pianista y ella le envió un recado con el mesonero. La muchacha cantó una canción, y a Penélope se le encendió el rostro de alegría, de nostalgia, de recuerdos, mientras tarareaba la música y sonreía. Pero excusóse de salir a comer conmigo y a conocer mi ciudad bajo la noche.

El vapor que debía llevársela se retrasó seis días, y ella me prometió dedicar el tiempo de espera a salir y a divertirse conmigo.

Por las mañanas, después de escribir muchas cartas, me invitaba a acompañarla al correo. Por la calle tarareaba aquel himno y se detenía frente a las vitrinas, mientras hacía comparaciones entre la gente y las cosas de su país y las del mío. Pero nunca me llegó a decir cuál era su país. Sus rubios cabellos flotaban en el aire y bajo el sol con un brillo extraño. Tan pronto sonreía como se quedaba seria ante mis palabras.

—¡Oye, Penélope, tú no sabes qué encanto es haberte conocido!

—¡Ah, Ulises, tú no sabes cuánto te aprecio yo!

—Pero te vas muy pronto, sin tiempo para quererme.

Ella continuaba marchando silenciosa a mi lado y rápida decía sonriente:

—A usted le gusta mucho que le digan las cosas.

Se llamaba Penélope y tarareaba La Marsellesa.

En los mediodías nos refugiábamos en un bar del centro

de la ciudad. Tomábamos un par de cocteles y conversábamos sentados frente a frente. Hablaba de su tierra, de una finca enclavada entre altas y frías montañas, de largos paseos a caballo sobre colinas y bajo los árboles. Recordaba a íntimos amigos dispersos en lejanas naciones.

—¡Ah, Ulises, cómo quisiera que fueses a mi país! —decía.

Yo quería llevarla a conocer las calles de mi ciudad, pretendía conducirla a un lugar solitario donde pudiéramos estar a solas.

—¿Es ese el principio de una novela de aventuras? —interrumpía llena de ingenuidad y malicia.

—No, el de un crimen pasional.

—¿Para eso es que quieres llevarme a esa casa? Bueno, vamos. ¿Y después?

—Después viene el crimen de amor y poesía.

—Bien, yo soy la mujer y tú el criminal. ¿Cómo me vas a asesinar?

Así nos embargábamos en un espeluznante argumento de cine y amor, de aventura y romance, de crimen y poesía, en el cual lo más interesante eran las alusiones e invitaciones a consumar nuestro sentimiento en aras del vino y la pasión. Había un automóvil que se abandonaba en medio de la carretera, una casa solitaria escondida al final de una avenida de pinos, un perfecto crimen pasional cometido con labios y brazos sobre el cuerpo de una mujer extraña, voluntariamente deseosa de figurar como heroína de una novela de amor y poesía.

—No, Ulises, no es posible —decía cortando de pronto el hilo de mi imaginación—. A mí me gustaría también ser la heroína de tu novela. Pero primero tienes que merecerme.

—Penélope, piensa que has de partir muy pronto.

—Además, tenemos tan poco tiempo que nos conocemos.

—¿Y qué es necesario para merecerte?

—Me gusta tu entusiasmo, Ulises, me deleita oírte hablar apasionadamente de las cosas. Precisamente yo soy una mujer que ando por el mundo buscando las cosas interesantes y los hombres apasionados. Pero ya sé que tú te debes a muchos asuntos. Yo amo a los hombres libres. Cuando puedas sacudir tus cadenas, yo misma vendré a entregarme a ti.

—Pero, Penélope, ¿qué tiene que hacer todo eso con el amor?

—Que ni tú me amas ni yo estoy totalmente enamorada de ti —concluía sonriendo.

Se llamaba Penélope y por las calles tarareaba La Marsellesa. Algunas veces se quedaba mirándome y sonreía.

—¿Quién no es esclavo en este mundo materialista?

—Yo —me decía convencida—. Yo soy libre.

—Entonces tú no eres Penélope. Tú debieras llamarte Libertad.

—No, Ulises. Mi misión es simplemente alentar en los hombres la idea de ser libres. Sugerirles la esperanza de hacerse independientes. Yo también fuí esclava, tenía miedo de afrontar la vida y después que abandoné el ambiente en que vivía, comprendí lo fácil que es liberarse de las cadenas.

—Sí; pero en cambio todavía no eres libre espiritualmente, como yo. Esas condiciones que pones para el amor no son sino máscaras de tus prejuicios morales.

—No comprendes, Ulises, no puedes comprenderme ahora. Yo no puedo entregarme si no siento alrededor mío el clima de la rebeldía. Por eso necesito para vivir de la tiranía y de la injusticia. El móvil de mis viajes es despertar en mis admiradores la esperanza de la liberación. Por eso también, cuando te haya amado me habrás perdido.

—Oye, Penélope, tú lo que eres es una mujer sofisticada.

—¡No seas malvado! —exclamaba sonriendo.

Una mañana nos encontramos a media cuadra de su hotel, frente a la vitrina de una librería donde se exhibían libros de viajes y cuentos infantiles.

—¿Sabes que llega mi barco dentro de dos días? —díjome nerviosa, tendiéndome la mano, mientras se le caía de la otra un paquete de cartas.

—No te alegres mucho, que estamos en guerra —contesté recogiéndolas tembloroso.

—No te burles, que yo no estoy para chanzas.

—Yo sé que no estás sino para adioses.

—Y tú no estás sino para despedidas.

—¡Buen viaje, aventurera!

—¡No seas canalla! —y me tomó del brazo.

Fuimos al mismo bar y pedimos nuestros cocteles. Ella se llamaba Penélope y tarareaba La Marsellesa. No quiso sentarse sino a mi lado. Tenía los cabellos más sueltos y resplandecientes, los ojos más brillantes y azules, el cuerpo más esbelto y vibrante. Estaba intranquila y nerviosa.

Yo estaba abatido y tenía las manos frías.

—¡Quisiera gritar y arder como una antorcha! —dijo mientras tomaba el primer trago.

—Ya yo he perdido la esperanza —dije después de apurar media copa.

—Ulises, mi barco se llama el Cabo de Esperanza.

—Mi casa se llama el Cabo de Hornos, Penélope.

Y ella, después de mi silencio:

—Tienes los dedos manchados de nicotina. ¿Fumas mucho, Ulises?

—Es que no quiero que te vayas.

Tomé sus manos entre las mías y las besé amorosamente. Después nos quedamos con los dedos entrelazados y en el apretón de los puños nos hundimos las uñas en la carne. Yo observé que sus ojos eran más luminosos y que sus labios estaban húmedos y trémulos. Nos besamos como atraídos por una extraordinaria fascinación. El contacto de nuestras bocas fué un momento prodigioso. Ella rompió el beso interminable.

—¿No ves? Ahora ya no podré marcharme sin tu amor.

Luego se le salieron las lágrimas. Me echó los brazos al cuello y se prendió de mis labios como una libélula.

—¡Canalla! —exclamó—. Ya me conoces. Ya sabes que soy una pequeña llama que se va apagando por el mundo. Pero a ti te dejo la luz de mi antorcha para que te liberes y me sigas —dijo levantándose.

Y salió del bar. Yo la seguí hasta la puerta y la dejé marchar. Se llamaba Penélope y era una de las mujeres más bellas y encantadoras que he conocido. En mi recuerdo ha quedado como aquel terceto de Dante:

I'son Beatrice che ti faccio andare,
vegno del loco ove tornar disio;
amor mi mosse, che mi fa parlare.

II

Era verdad. Aquella extranjera había descubierto la tragedia profunda de mi vida. Yo era un ser contradictorio y absurdo. Yo era un esclavo. Esa era la contradicción íntima de mi espíritu. Era un poeta y no hacía sino planear argumentos espeluznantes. Era un bohemio y practicaba la moral de la burguesía. Era un ser errante y vagabundo y me ataba a una parcela de tierra sobre una colina de mi país.

Todo esto lo he comprendido después que Penélope partió. Sucede que estoy solo en medio del atardecer. Estoy solo sobre mi pequeña colina. Solo y fatigado. Acabo de terminar mis labores del día. He trabajado mucho después de su despedida.

He abierto surcos en torno a la falda de la colina y sembrado naranjos y otros árboles frutales. En el tope he construído una pequeña casa y adornado sus alrededores con grama y rosales. He construído un amplio gallinero. Por los bordes de la colina he plantado mangos, cipreses, mamones y eucaliptos.

Todo esto lo he hecho para satisfacer mi entrañable vocación de campesino y también para prepararle a Penélope un tranquilo albergue cuando ella regrese. El albergue de aquella casa que yo le pintaba en mi argumento de pasión y poesía. También con la esperanza de fatigar al extremo mis músculos para no darle tiempo a mi corazón de sentirla ni a mi cerebro de pensar en ella.

Pero todo ha sido inútil. Las luces de la ciudad comienzan a encenderse entre el atardecer y aquí estoy en el portal de mi casa de la colina pensando en Penélope. Ya tiene seis meses que se marchó y estoy sin noticias de ella. Y ¡maldita sea!, me estoy poniendo triste.

Lo que más me entristece es que ella escribía muchos mensajes diariamente para sus amigos de otros países. Yo mismo la acompañaba al correo, al telégrafo y al cable. Sin embargo, aún no se ha acordado de escribirme a mí.

Pero tampoco yo he querido escribirle. Porque cada vez que he intentado hacerlo, he recordado que nuestra promesa no fué escribirnos. Además, ¿a qué dirección voy a enviar mi carta, cuando ignoro hasta el país donde ahora se encuentra? Y recuerdo nuestro pacto:

—Ulises, alguna vez hemos de encontrarnos en la tierra —dijo ella.

—Lo más probable es que no nos encontremos nunca —contesté.

—¿Entonces crees que nuestros trenes puedan cruzarse y alejarse sin vernos?

—No, es que el mundo tiene muchos caminos.

—El mundo es pequeño —me aseguró—. Ulises, ¿quieres que hagamos un pacto?

—Di cuál, Penélope.

—Tú vas a viajar muy pronto. Yo lo sé.

—Es posible.

—Bueno, entonces comprometámonos formalmente a que cuando uno de los dos salga de viaje avise al otro hacia dónde va. ¿Prometido? —preguntó tendiéndome la mano.

—Prometido —dije estrechando la suya.

—Así es seguro que nos encontraremos en alguna parte —concluyó sonriendo enigmáticamente.

—Pero ¿y si yo voy hacia el norte y tú vas hacia el sur? —interrogué riendo.

—¿Y por qué no deseas encontrarme de nuevo? ¿Por qué no pensar que tu barco y el mío, tu tren y el mío, tu avión y el mío, van hacia un mismo destino?

—Porque lo mejor sería que fuésemos en el mismo barco y en el mismo camarote.

—¡Canalla! —me dijo sonriendo y apretando sus labios contra el borde de la copa.

Cuento estas cosas, inútiles ya, porque estoy triste. Y porque mis músculos doloridos y mis manos sucias de tierra me hacen sentirme débil y abandonado. Entonces los recuerdos cébanse en el sentimiento y la desolación hace presa en el alma.

Además, un profundo desencanto, como un naufragio y un fracaso, pueblan mi soledad. La tierra de la colina ha resultado árida. La esperanza de que el pequeño manantial se hiciera más abundante para regar mis siembras empieza a desvanecerse. Quizás los naranjos no logren resistir el trasplante ni prosperar con la escasa agua de que dispongo para el riego. Quizás los rosales no florezcan en la primavera si acaso pegan los injertos. Tal vez los mangos, los cipreses, los mamones y los eucaliptos no resistan la sequía ni eleven al cielo las frondosas copas, de cuya sombra tanto carece mi casita de la colina.

¿Es que ustedes no comprenden que he empezado a seguir el consejo de Penélope, de aprender a hacerme independiente? ¿De rebelarme contra mis antiguos amos y patronos? ¿De iniciar la liberación de mi dorada esclavitud para vivir la alegre libertad?

Por primera vez me he enfrentado con la vida. Yo sé que he de bregar duro y con todas mis fuerzas. Sólo que tengo una enorme desventaja. Cuando se tiene libre el pensamiento y cuando al espíritu le han nacido alas, es difícil conformarse a la rutina de un trabajo material lento y paciente. Sobre todo cuando la mira no es el dinero ni el enriquecimiento. Y cuando la finalidad se cifra en encontrar a una mujer tan lejana, tan errabunda y tan inalcanzable como Penélope.

La noche ha cerrado sus sombras sobre mi colina y en torno a mi pequeña humanidad doliente y sentimental. Pero una de las lámparas que alumbran la ciudad, o una de las estrellas que alumbran el cielo, llega hasta mí con su alegre luz:

—A usted le gusta mucho que le digan las cosas.
—¡Canalla!

Como todo hombre, yo tengo mis características eróticas. Y a diferencia de los hombres, tengo cierto parecido con los animales en eso de gozar épocas de celo. No me gusta el amor comprado en los lupanares ni las mujeres que lo venden a determinado precio la hora. En cambio, prefiero ese amor que se conquista a través de la defensa de una mujer, así esa mujer sea una ramera. Yo sé que hay mucho espíritu de aventura en ello y también mucho de orgullo varonil. Pero aun en estos casos, tengo mis ciclos en los cuales esa mujer maravillosa y amante se presenta como un hallazgo y simpatizamos mutuamente. Por eso digo que en el amor me parezco un poco a los hombres y otro tanto a los animales.

Penélope llegó al final de uno de estos ciclos amorosos, que ya se iba haciendo más largo que los anteriores y estaba a punto de romper la periodicidad.

Llegó con su encanto de extranjera, con sus magníficas formas, con sus ojos azules, con su esbelto cuerpo, con sus cabellos sueltos, con su atractivo sexual, con su mirada sorprendida, como un precioso animal en celo. Y pasó lo que estaba escrito: me enamoré de ella y nos enamoramos. Y entonces toda ella, su espíritu y su cuerpo; toda ella, sus formas y sus palabras, me gustaron brutalmente.

Lo triste de esta aventura fué que no duró sino unos pocos días. Y ella tuvo la dicha de partir antes de que yo empezara a dejar de quererla, antes de que nuestra pasión comenzara a entibiarse, antes de que nos fuéramos cansando lentamente el uno del otro. Y yo tuve la desgracia de quedarme profundamente enamorado, con la llama del amor viva como una llaga, con el deseo de ella renaciendo cada día, rodeado de frutas y carnívoro.

A lo largo de los días el recuerdo de Penélope matiza los momentos más culminantes y los sucesos más triviales de mi existencia. Es increíble la extraña fascinación que ejerció su personalidad sobre mis amigos. Muy pocos fueron los que nos vieron cruzar las calles juntos, y menos los espectadores de nuestro idilio en la mesa del bar durante los seis días de su existencia para mí.

No obstante, ya es alguien que me habla de la presencia de una encantadora desconocida en el hotel donde ella se alojaba. Ya es uno que me cuenta haberla visto en la agencia

de vapores. Ya es otro que me relata haberla conocido en la playa y desborda su admiración al describir su cuerpo enfundado en una malla de baño de color blanco con un dragón estampado en rojo sobre los pechos y el vientre. Ya es éste, que al oír mi descripción de su hermosa sencillez y de sus encantos físicos, asegura indentificarla echando una carta al correo.

Estos son los pretendientes de Penélope. Ilusos pretendientes que ni la conocieron, ni le hablaron, ni estuvieron nunca cerca de su intimidad. Pero ellos constituyen para mí la sustancia viva de su recuerdo. Es como si ella hubiera dejado alrededor de mi vida la sombra de un espionaje amoroso que siguiera mis pasos a través de su ausencia. Tormento que tiene algo de leña para avivar la llama de mi amor y de ceniza para entristecer las brasas de su presencia.

"Yo soy una pequeña llama que se va apagando por el mundo", díjome ella en la última cita. Y todas estas reminiscencias de mis amigos, sus pretendientes, encienden en mi imaginación una clara antorcha que arde en mi recuerdo, haciéndola presente como si estuviera aquí de tan lejana y fuera a encontrarla en medio de esta tarde.

El recuerdo de Penélope me ha hecho analizar estos ciclos eróticos. He llegado a la conclusión de que cada ser humano tiene en el pensamiento y en el corazón la imagen de otro ser humano a quien nunca puede amar físicamente, pero al cual adora espiritualmente bajo la forma de un ideal. Esto podría ser lo que los sexólogos llaman el tipo perfecto de cada ser. Todo hombre tiene siempre en potencia la imagen de una mujer que estremece su deseo y su sentimiento hasta el punto de provocar tremendos conflictos en su alma. Toda mujer lleva siempre en potencia la imagen de un hombre que conmueve su sentimiento y su deseo al extremo de producirle terribles conflictos en su vida. Cuando esta imagen se encarna en una realidad, el ser humano vibra íntimamente, como el cazador a quien le salta la liebre del monte al camino. Pero, generalmente, esta imagen no logra encarnarse en la realidad, y entonces se la adora bajo la forma de la amistad o de un ideal. En cambio, cuando las dos imágenes se superponen en la vida de dos seres, el sentimiento alcanza la intensidad de esas grandes y trágicas pasiones humanas que revelan el secreto del amor y de la muerte.

Penélope fué una de esas mujeres ideales para mí. La imagen del amor que yo llevaba dormida en el corazón despertó con su presencia, incorporándose al mundo de las co-

sas bellamente reales. Su voz tocó a las puertas de mi emoción y resucitó la silueta de sí misma. Las formas de su cuerpo coincidieron exactamente con los relieves llenos de sombra. Fué algo así como esas visiones separadas que dan las lentes desenfocadas y que mediante el simple movimiento de un tornillo se aparejan en una imagen, clara, nítida y perfecta. Como el cuerpo y su sombra, que se tornan una sola cuando entran bajo una sombra total. Como la figura y la imagen ante el espejo, que se funden una en otra cuando se cierran los cristales de los ojos. Es como si el ser humano llevara en las entrañas un vaso vacío que no se llena sino con el agua pura de la fuente de un tipo especial de belleza del sexo contrario.

Penélope y yo fuimos así. Ella venía de un país lejano y yo la esperaba atado a mi país. Y durante unos días se realizó el milagro.

Por fin he cortado todas mis antiguas ligaduras. He roto los lazos que me ataban a mi dorada esclavitud y me he lanzado a la calle. He abandonado mis trabajos de la colina y me he hecho conspirador. Apenas llevo por todo equipaje el pensamiento revolucionario y las manos dentro de los bolsillos.

Voy a lanzarme al mundo, voy a asomarme a esas ventanas de los puertos desde donde se parte hacia otras tierras, hacia otros países. Desde donde se llega a fraternizar con otros hombres y a amar a otras mujeres.

El itinerario de mi viaje no está arreglado por ninguna agencia de turismo internacional, sino que está especialmente señalado en el mapa por los países que sufren tiranías, despotismos, opresión, dictaduras. Voy en busca de mis hermanos de Europa, de mis hermanos de Asia, de mis hermanos de América, de mis sufridos hermanos de todas partes del mundo.

Me impulsa el secreto presentimiento de que en uno de esos extraños y oprimidos países me está aguardando Penélope en la trinchera del pueblo.

No llevo ningún dolor por nada de lo que dejo a mis espaldas. En cambio, siento que comienza a nacer en mí un nuevo sentimiento, que comienza a crecer en mi corazón un desconocido sentimiento que se arraiga en mis entrañas como un árbol frondoso. Es algo así como el odio contra la injusticia humana.

Antes de partir recibo una tarjeta postal de Penélope. En una cara tiene la imagen de la Victoria de Samotracia, y en la blanca, un breve mensaje escrito con su letra sin firma: "España".

JOSÉ FABBIANI RUIZ

(Panaquire, 1911).

A lo largo de activos años de trabajo literario, José Fabbiani Ruiz ha producido una obra de escritor culto, bien afianzado en la tradición española, bien unida a la tierra venezolana. En sus cuentos y novelas aparece ya un mundo campesino dibujado en neblinas de infancia, ya un duro mundo pobre de ciudad. José Fabbiani Ruiz es crítico y profesor. Acaso ha necesitado el rigor de la forma más severa y pulcra para resguardar tras esa apariencia de concreta expresión los posibles excesos de la ternura, siempre presente en sus páginas. "Una historia vulgar" —amarga historia de cuotidiano dolor— es la traducción de la angustia ante la degradante realidad. Se requieren de verdad, a un tiempo mismo el más tierno sentido humano y la más noble forma para contar el misterio de la vulgar historia que es la existencia humana hundida en la miseria, en el hambre, en la incomodidad, en la mugre de un rincón arrabalero. El escritor se ofende ante la evidencia de que la vida es "una historia vulgar" y de ese sagrado sentimiento surge el milagro de este cuento, un cuento de ambiente ciudadano en el que, sobre la asqueante realidad, vive el vuelo de humana delicadeza, de lírica elevación, característico de toda la obra de Fabbiani el escritor, severo por temor de enredarse en la apasionada ternura que le produce la vulgar historia del dolor y de la miseria.

UNA HISTORIA VULGAR

Por José Fabbiani Ruiz.

Hoy ha vuelto la tristeza de otros días. Se ha escurrido silenciosamente, como siempre, y ha llegado hasta mí, aguda como punta de alfiler.

En este momento, huyendo de mi mujer, he caído de golpe en el cuarto que tengo asignado. Reposo la humanidad en la mecedora vieja, negra, ancha y muelle. El cuarto siempre está en penumbra, apenas iluminado por unas lamparitas que acostumbro a encender al Sagrado Corazón de Jesús y a la Virgen del Carmen. La luz del día no cabe, no entra en él. Así puedo recapacitar, con toda tranquilidad, sobre lo que ha sido mi vida.

Estoy, pues, solo con las lamparitas. Josefina, que habita en la sala, duerme; y José, tres años mayor que ella, juega en la calle.

Son los únicos hijos que me quedan; los otros han muerto, unos al salir del vientre de la madre; otros, meses después.

Mi mujer, en la cocina, habla sola, disparatadamente. Gorda, inmensa, de carnes blancas y flojas, he comenzado a odiarla. Sí, con un odio silencioso y áspero, como la tristeza que en este momento, siento dentro de mí. A veces me da lástima, pero no puedo quererla como cuando joven.

Yo creo en Dios; por eso siempre le prendo lamparitas a mis santos. Fuerzan esa creencia muchas cosas, entre ellas un miedo terrible que le tengo a la muerte.

¡Qué inmensa soledad!

Son las cinco y media de la tarde; hasta mí llegan el reposo y la tranquilidad de la hora. Ronroneando el gato, taciturno y ondulante, se escurre pegado a la pierna dere-

cha. Es muy amigo mío y tiene ya cerca de cinco años. Quiere subirse hasta las rodillas, pero se lo impido, pues acostumbra soltar mucho pelo. Mira un rato las paredes del cuarto, curva el espinazo, maúlla y luego se marcha, regresa a la cocina, donde mi mujer prepara los macarrones.

En la sala suena, clara como un cristal que se rompe, la voz de Josefina, llamándome. Ella es delgadita y a menudo enferma. La madre, muy raras veces la deja salir de las habitaciones, pues teme adquiera un resfriado. En ocasiones le combato semejante idea, pero siempre salgo perdiendo, y, además, temo que mi indignación llegue al extremo de abrirle el cráneo de un garrotazo.

Josefina ha entreabierto la puerta de la sala y me mira con sus ojos claros e inteligentes.

—Papá, ven —dice, e inclina graciosamente la cabecita.

Después llega hasta donde estoy y me toma la mano. Yo me dejo conducir.

—Siéntate y cuéntame el cuento del Gallo Pelón.

La miro largamente, me siento en el borde de la cama y comienzo: ¿Quieres que te cuente el cuento del Gallo Pelón?

Pero mi mujer rompe el silencio de la sala con un agudo chillido:

—¡Vénganse a comer!

Y, más bajo, le oigo: marranos...

A duras penas tengo que ir a la cocina; le digo a Josefina que después volveré. Ella no articula más que estas tres palabras:

—Sí, papá, ve...

Es una mesa más grande que pequeña, restos de mi antiguo esplendor económico. Es una vergüenza para un hombre confesar estas cosas, que implican una derrota, pero me he propuesto ser sincero.

Ingiero los macarrones incómodamente, pues siento sobre las espaldas el peso de la mirada de mi mujer. Entiendo que me odia, como yo a ella. Antes nos queríamos, no puedo negarlo, cuando poseíamos dinero, mas ahora sucede todo lo contrario. Un eterno mal humor se cierne sobre nuestras cabezas.

Josefina no está en su puesto de costumbre; la madre le ha prohibido venir. Quisiera tenerla siempre a mi lado, es la única dulzura que para mí hay en la casa. José llegó hace un momento y se ha sentado frente a mí. Este muchacho es bizco, medio idiota. A menudo forma unos alborotos terribles,

y Leopoldina dice que cualquier día de estos lo va a matar.

Nadie habla; sólo se oye el ruido de las mandíbulas. Afuera, en el pequeño corral, se aplasta el ruido de una guayaba que cae.

La tarde se empapa lentamente de triste melancolía. Un gris plomizo tiñe el cielo, antes azul.

Mañana debo salir temprano a ver si me pagan la comisión de una venta que hice la semana pasada. Da flojera pensarlo, con estos calambres que han comenzado a atacarme las piernas.

—¿Qué me ves? —pregunto bárbaramente a mi hijo.

—Nada, papá, nada. Pero no me grites ¿oíste?

—¡Calla, grosero!

José inclina la cabeza, mas en esa aparente sumisión descubro una gran rabia interior.

Leopoldina, a medida que quita los platos, los va lavando. Ella come después; yo no podría resistirla.

Repentinamente, descargo un puñetazo sobre la mesa.

—¡Carajo!

José abre desmesuradamente los ojos.

Leopoldina dejó caer unas cuantas gotas de café caliente en el cuello y se me chorrearon a lo largo de la columna vertebral.

—Cuidado, papá, que te va a doler la cabeza —apenas pude articular José.

—¡Eres un animal, mujer del demonio!

Al momento tuve que dejar la cocina; ya en la puerta de mi cuarto, oí el llanto entrecortado de Leopoldina...

La noche, clara, sin los grises de la tarde, la entreveo a través de los barrotes de los dos ojos de la puerta; la siento en el absoluto silencio de la hora.

Todos duermen; dos gatos acuchillan este silencio acogedor con sus maullidos desagradables. El único momento en que puedo mirarme a mí mismo. En la sala también duerme mi mujer; hasta aquí llegan sus prolongados resoplidos. Rezo un Padre Nuestro, porque olvidé hacerlo al principio, antes de acostarme.

Las llamas de las lamparitas tambalean, crepitan, casi se extinguen.

Quiero levantarme, y no puedo; una gran pesadez lo impide. Quiero levantarme para ver la noche espléndida, para llenarme con su frescura, y así descansar un poco de esta fatiga interior que me agobia.

Y, lentamente, siento como un hervor en todo el cuerpo.

Algo que fuese quemando hasta la última célula de mi cuerpo; un desgarramiento total. Pienso en mi mujer, pero hace tiempo que sus carnes se han reblandecido, que sus pechos cuelgan, inertes.

Inconsciente, venzo la pesadez que me agobia, y arrastro mi cuerpo hasta la sala. Leopoldina duerme pesadamente. Un aire caliente, denso, comprime este cuarto sin luces y sin ventanas. Recuerdo los ojos de la puerta del mío y la fuerza sensual del pedazo de cielo que a través de ellos se ve.

La sábana no le cubre todo el cuerpo; el seno derecho me ofrece su blancura.

Pienso que algunas veces he querido golpearla. Pero el deseo es fuerte, agobia como la pesadez de hace un momento.

Creo sudar. Las sienes golpean con fuerza.

Muy cerca tengo ya el aliento de mi mujer.

Mas ella ha entreabierto los ojos y hubiese gritado si no le tapo la boca con la mano derecha; en la izquierda sostengo el seno blando, fláccido.

Poco a poco escurro la mano hasta ceñir con ella la cintura.

—No, Pancho, por Dios, que estoy enferma...

Yo no le respondo nada. Cada vez me acerco más y más al cuerpo de mi mujer.

—Que me dejes, que me estás haciendo daño...

Suspiro fuertemente, igual que un fuelle.

—Vas a despertar a Josefina, vete para tu cuarto...

Con pausa, en medio de la atmósfera tensa de la sala, fuí sintiendo que me invadía una dulce tranquilidad...

Amaneció la mañana muy friolenta. Había olvidado decir que cruzábamos el mes de diciembre. Bostecé ampliamente y miré largo rato el ojo de la puerta.

Un aire fresco penetra por él. Palpo un recuerdo lejano; creo que mi mujer ha sido sólo una pesadilla; pero el ruido de los platos en la cocina me trae a la realidad de las cosas. Soy casado y tengo dos hijos; me considero un hombre irremediablemente perdido.

Pocos momentos después la voz de Leopoldina se escurre por las rendijas de la puerta:

—¿No vas a tomar café, Pancho?

Ella espera; yo no le contesto.

—¿Estás sordo, Pancho?

—Sí, tráemelo con leche.

Tuve que hacerlo. No la puedo ver; sin embargo —ya lo dije— me da lástima a veces.

Instintivamente, busco mi reloj, un reloj grande, de plata, con dos rubíes y creo que un pequeño brillante. Es un reloj de bodas y lo quiero como si fuese un hijo.

Las ocho, debo levantarme. Con este frío, se entumece todo el cuerpo. Todavía se regala un suave calor de cobija, pero afuera me espera el agua fría.

De nuevo se acercan los zapatones de mi mujer.

—Pasa —le adelanto.

Ella sitúa la tacita en una silla que siempre coloco a la cabecera de la cama. Nos miramos de reojo. Quise hablarle; un fuerte portazo cortó mis intenciones.

El café me defenderá contra el frío, no hay duda. Y lentamente me voy calzando los zapatos, poniendo los pantalones. ¡Qué agradable es este aire de mañana! El agua del chorro al caer en el viejo barril suena como una música niña, que también quiere el amanecer.

José y su hermanita no se han levantado. Mejor, no puedo dilatarme. Desde la puerta de la cocina pregunto a mi mujer si hay desayuno.

—¿Cuál desayuno? ¿Me diste dinero acaso para que lo comprara? El poquito de leche que tengo ahí es para Josefina.

En verdad, ayer yo no entregué diario. ¡Qué diablos! ¿De dónde lo iba a sacar?

A pesar de todo, siento como un gran vacío; imagino que puedo ser un perfecto sinvergüenza. Pienso para lavarme la cara. La neblina mañanera ha ido desapareciendo; ya el sol calienta la tierra.

Entro al cuarto y salgo de él calladamente, pues no quiero que Josefina se despierte. Entreabro la puerta de la sala. En la boca de mi hija descubro una dulce sonrisa. Arriba, sobre una repisa, Satanás y el Arcángel Gabriel luchan desaforadamente.

Clavo las rodillas en el reclinatorio; miro la imagen del Corazón de Jesús, para luego comenzar:

—Creo en Dios Padre, Todopoderoso...

Momentos después y ya en el anteportón, espeto a mi mujer:

—¿Hoy no te vas a bañar tampoco?

Molesta el movimiento del autobús; el hedor a gasolina quemada se mete hasta por los poros. Debo estar a las nueve en punto en la Plaza Central, así lo prometí a García. Pienso con fruición en el dinero que me debe. Hace días vendimos una casa entre los dos y convinimos en que partiríamos

la comisión. Compraré camisas y zapatos, unos pantalones y pagaré los meses atrasados de casa que tengo pendientes. ¿Mi mujer? ¡Bah! que se conforme con unas medias. Pero no debo olvidar a Josefina; a ella le llevaré unos juguetes y los caramelos que me pidió el domingo pasado.

En este momento el colector interrumpe mis divagaciones. El movimiento del autobús aturde, con nostalgia pienso en mi muelle colchón.

Olvidaba que nos encontrábamos en plena efervescencia política, o mejor, al borde de ella. El Presidente de la República amaneció hoy muy grave, dicen que no dura hasta mañana. Las calles cercanas a la Plaza, y ella misma, muestran una faz silenciosa y taciturna, ante la incógnita de la hora.

La gente tiene miedo de hablar, de comunicarse. El pasajero que llevo al lado y yo nos miramos, sonreímos y no decimos nada. Al fin, el incómodo aparato me suelta en la esquina de la Plaza Central. El reloj de la vetusta iglesia marca las nueve y cinco minutos.

Desciendo la escalinata y momentos después me encuentro situado debajo de los árboles de la Plaza. Pasa una mujer, pasa un hombre, un niño, y todos van apurados y silenciosos; García no llega. Comienzo a intranquilizarme y a maldecir la familia de mi socio.

Encima de mi cabeza las ramas se mueven tranquilamente; algunas hojas caen, produciendo con ello una música agradable. Prendo un cigarrillo, y, contemplando el humo que asciende, cierta melancolía se me introduce dentro del cuerpo. Es el momento, el silencio de los que pasan, la música de las hojas, el recuerdo de mi casa sin diario.

García viene. Desde aquí le diviso la pajilla, ya manchada por el uso implacable. Él comprende que se ha hecho esperar.

—Perdona, Maimone, pero mi mujer se levanta muy tarde.

—¿Y tengo yo la culpa, viejo? Necesito ese dinero, comprende...

—A pensar en dinero ahora, hombre. ¿Y el viejo?

—¿Qué viejo?

—¡No vas a saber tú quién es el viejo! ¡El Presidente, Maimone, el Presidente!

Y con aire confidencial:

—Se está muriendo...

—¡Se muere el Presidente! Pero ¿qué gano yo con que se muera ese señor?

Lentamente García me conduce hasta el otro ángulo de la Plaza. Ya fastidia su conversación.

—Oye, déjate de palabras inútiles y págame mi comisión.

García abre los ojos más de lo común, mete la diestra en el bolsillo del pantalón y saca unos billetes de banco.

—Toma esto y mañana te daré lo demás —me dice.

No le respondo, aprieto terriblemente los billetes. García se fué, de seguro. No siento, no veo nada; los hombres, las mujeres, los niños, pasan con más silencio que antes.

Mi presencia allí es innecesaria; además, estos billetes me pesan demasiado.

Empiezo a caminar, sin dirección fija. Parece que los ojos de los que a mi lado pasan se clavasen en los billetes. Aumento la rapidez de mis pasos, casi corro, un sudor frío humedece la frente...

Pero he metido el pie derecho dentro de un hueco, y las manos, al chocar contra el suelo, sonaron como dos nalgadas.

Sólo levanté la cabeza para gritar:

—¡Mis billetes! ¡Mis billetes!

Cuando llegué a casa, todavía mi frente estaba húmeda, con un sudor frío y pegajoso.

Jadeando, penetré en el cuarto. Nadie se percató de mi presencia. Una y media. Siento aún el escozor del sol sobre las espaldas. Me he restregado los ojos y resuello fuertemente. La rodilla derecha me duele, la siento inflamada. Cierro la puerta, para desnudarme; quiero refrescar el cuerpo un momento, antes de almorzar.

Hay una brisa infantil que penetra por los ojos de la puerta; afuera, en la calle, silba el viento; desde aquí se oye. En el patio tiemblan las matas de palma, produciendo un susurro leve, que agrada.

Ha resultado realidad mi sospecha. Tengo la rodilla mal parada. Me duele; he tenido que lavarla con agua yodada.

Siento ruido de platos en el comedor; ya esta gente ni me espera. Pero lo que me extraña es que almuercen sin dinero, porque yo no le di nada a Leopoldina esta mañana. Quizá pidió fiado en la pulpería de la esquina.

Una gran fatiga se apodera de mí; es hambre, pero me da pena, o rabia, o vergüenza, ir a la cocina.

En el patio continúa el susurro de las palmas.

Bostezo.

Los ojos casi se me cierran. El sudor se ha evaporado por completo, no tengo otra distracción que el susurro de las palmas. Él me trajo alivio. Y en este silencio de mi cuarto he recordado cuando mi madre leía en las tardes tranquilas

del mes de mayo la "Oración por Todos", de no recuerdo qué poeta.

He olvidado la letra, pero la música todavía perdura.

¡Recuerdo cuántas cosas ahora! Yo quise a mi mujer, lo prueba el hecho de que desobedecí la orden del médico. Él me dijo que no me casara porque estaba enfermo. Nunca dijo el nombre de la enfermedad. Olvidé la orden del médico, dejé pasar el tiempo, y a los tres meses de sucedido aquello, uní mi destino al de Leopoldina.

Ahora me duelen ambas piernas. Oigo la voz aguda de José y la vacilante de Josefina. El gato maúlla en la puerta, se ha dado cuenta de mi presencia.

El susurro de la brisa entre las palmas ondula, sube, baja, penetra por los ojos de la puerta del cuarto. Se ha hecho mi mejor amigo esta brisa íntima y cordial. Los ojos se me cierran, poco a poco voy perdiendo la noción de la realidad exterior. Todo se borra, todo calla. ¡Qué tranquilidad!

Iba camino del Cielo. Primero, en ferrocarril, contemplando paisajes tranquilos, llenos de sol. La ventanilla era amplia y podía sacar la cabeza plácidamente, sin temor al peligro de un poste o de la rama de un árbol. Brisa fresca hacía entrecerrar los ojos de cuando en cuando. Había olvidado a todo el mundo, inclusive a mi mujer y a mis hijos. Sólo sentía a Francisco Maimone.

Una flor amarilla, diminuta, vista en medio al verde de los montes, me llevó hacia la infancia, hacia la novia de los doce años, cuando escribimos papelitos, hurtándonos a la vigilancia de los padres. Yo creo que la tuve; si mal no recuerdo ella una vez me dió una bofetada porque le rompí un huevo de tortolita, y también torcía los ojos cada vez que le pedía un beso.

Pero el recuerdo de la pequeña novia se va escapando a la memoria, como a los ojos la florecilla amarilla.

Observé que todos los que me acompañaban iban en silencio. Creo que se encontraban en situación análoga a la mía, hablando consigo misma; mirando, por encima de todo, el paisaje interior.

Pasan montes, ríos, valles, sembrados.

La brisa sigue golpeándome la cara. Un cerro pelado, amarillo, se irguió; nubes blancas pasaban por encima de él.

Ignoro cómo sucedió, pero salí del tren; me vi de repente caminando por encima de aquellas nubes blancas. Estiré los brazos, miré hacia arriba y sentí como si fuese a despeñarme, a zambulirme entre aquel mar blanco y azul.

Lentamente una honda tristeza se fué apoderando de mí. Presentí vago dolor. Las nubes, el azul, la atmósfera pura, desaparecieron uno a uno.

Creo, en verdad, que he soñado...

En la calle, en toda la ciudad, se siente un silencio desacostumbrado. Un vendedor de periódicos echa al aire la noticia: ¡ha muerto el Presidente!

García no se equivocó; el viejo estaba mal.

Leopoldina se ha acercado a la puerta del cuarto, y pregunta:

—¿Escuchaste, Pancho?

—¿Qué, mujer de Dios?

—Murió el viejo; no dejes que José salga a la calle.

Mi mujer me asusta; toda la ciudad calla, como si estuviese pendiente de su propio hundimiento.

Por fin se fué el viejo; tenía ya treinta años mandando. ¡Qué carajo! Volverá otro, como cuando desapareció el anterior a éste, su compadre. Nuevos Ministros, nuevos Gobernadores, nuevos Presidentes de Estado. Pero ¿y García, y yo, y los demás, cómo quedamos? ¡Lo mismo, hombre, lo mismo! Sufren Francisco Maimone y sus hijos, sufre el vendedor de periódicos que va regando la noticia, sufren los peones que en la esquina limpian las aceras, sufrimos todos los hombres que trabajamos; en cambio, ellos, los eternos holgazanes, los que viven pendientes del cambio de gobierno para adherirse al presupuesto nacional, no sufren. ¡Qué van a sufrir si tienen su habilidad para meterse hasta las narices del que venga a mandar!

Hoy no le he puesto su velita a la Virgen del Carmen; debo hacerlo ahora mismo.

Pocos momentos después, la velita ardía. El tiempo ha desteñido a la Virgen; ya casi no tiene nariz; lo único que ha conservado en todo su esplendor son los ojos. ¡Oh, los ojos de la Virgen! ¡Si ella fuera de carne y hueso, cómo la adoraría! Me echaría a sus pies, besaría esos ojos maravillosos, la abrazaría, la abrazaría...

—¡Pancho, por Dios, José quiere irse a la calle! ¿No oyes unos gritos?

Me acerco a la puerta y veo que José trata de abrir el anteportón. Leopoldina se lo impide. Grito:

—¡Vete para la cocina, muchacho!

—Papá, pero si yo quiero ver lo que está pasando...

—¡Que te quites de ahí!

José baja la cabeza cada vez que lo regaño; comprendo

que si lo sigo haciendo terminará por odiarme. Descubro que una lágrima madura en sus ojos. Con las manos metidas dentro de los bolsillos, me mira un momento, y luego se va hacia donde lo he mandado.

Procedí mal, es verdad. Perdóname, muchacho, pero esta situación es una cosa terrible, cada vez me siento más débil, más viejo. Me horroriza pensar que pueda desaparecer de un momento a otro, y ustedes se queden en la miseria, aunque mayor miseria que ésta no puede haber.

El dinero que me pagó García se fué casi todo en cubrir parte de nuestras deudas; volvemos a las mismas. ¡Presidente de la República, Presidentes de Estado, Gobernadores, Secretarios, que se vayan a la mierda! ¡Son unos holgazanes! ¡Necesito trabajo! ¡Tengo hambre!

Me duele la cabeza, me duele todo el cuerpo. Grité a Leopoldina que no tenía ganas de comer, que me iba a acostar. Y así lo hice. De nuevo me encuentro en la cama, frente a una lamentable realidad.

—Perdóname, José, ¿oíste?

La velita crepita, como siempre. La Virgen me mira con sus ojos hermosamente tristes, con una tristeza de siglos.

No tengo ganas de hacer nada; sólo dormir. Huir de mí mismo, olvidar en un momento de sueño los sinsabores de toda una vida.

Casi no veo los ojos que me obsesionan...

He estirado largamente el cuerpo. Pienso que no le he dado el dinero a Leopoldina. Sin embargo, tengo pena de decirle: toma. Pena de mí mismo, del hecho vulgar que se repite todos los días. Allí están las monedas, en el bolsillo del paltó. Este me resulta una cosa tan familiar como una oreja, como una pierna. La vida se hace amarga. Dan ganas de sucidarse. Muchas veces lo he gritado y la vecina le ha preguntado a mi mujer que si estoy loco. Ignoro la respuesta de Leopoldina.

Todo ahora me parece un sueño. Pero ya no existen los elefantes ni los soldados de la infancia. Sólo la miseria y el dolor han dado vueltas alrededor de mi casa; penetran, aúllan, salen y entran por los ojos de la puerta del cuarto.

Inconscientemente lancé un zapato a la velita de la Virgen. Sus ojos brillaron y se sumieron luego en la obscuridad. Yo quiero a esta mujer. Muchas veces he soñado con ella, hasta que la he poseído, en la más dulce de las posesiones. Recuerdo su cuerpo, sus carnes blancas, tiernas y duras a la vez.

La puerta del cuarto se entreabre y aparece Josefina.
—¿Qué te pasa, papaíto? ¿No vas a comer?
La respuesta es una insinuación a que se acerque a mí; ella lo hace dulcemente. Siento en la frente la ternura de sus manos pequeñitas, delgadas y graciosas.
—Papaíto, anda, vamos a comer.
Yo no le contesto, con el propósito deliberado de que continúe acariciándome. ¿Para qué moverme, si en este momento vivo una paz que jamás había sentido?
Hay luna en el cielo. Los ojos de la puerta se iluminan. La cara de Josefina es pálida, como esa luz que penetra en el cuarto. No encuentro las palabras que definan mis sentimientos. Varias veces le acaricio los cabellos. Ella sonríe.
—Papaíto, ¿sabes una cosa?
—¿Qué cosa?
Josefina vacila, inclina la cabeza. Pero yo hago que la levante otra vez.
—Anoche soñé que tenía un novio, papaíto. Ya había crecido bastante y vivíamos todos en una casa bien grande, con un corral lleno de gallinas y pavos. Tú y mamá estaban hechos unos viejecitos, como aquellos que salen en el cuento que me contaste el otro día. Éramos felices...
Josefina ha callado un momento. No se oye ningún ruido en la casa.
—Sí, papaíto —continúa— y mi placer favorito era verte en el corral, contemplando las gallinas. Yo sé que a ti te gustan mucho esos animales, y por eso fué que soñé con ellos...
Mas Josefina ha vuelto a callar. Se ha quedado mirándome fijamente a los ojos; y pregunta:
—¿Lloras, papaíto?

GUILLERMO MENESES

(Caracas, 1911).

Cuando salió publicado, como ganador del concurso anual de cuentos de "El Nacional", en 1951, este cuento produjo, frente a elogios que me enorgullecen, una serie de críticas relativas al supuesto fondo "inmoral" del relato. Creo que quienes criticaron "La mano junto al muro" desde el punto de vista de la moral, no entendieron mi trabajo. Voy a explicarlo, aunque bien sé que de poco valen las explicaciones en lo que al arte se refieren. "La mano junto al muro" ha querido decir a través de un cuento el escaso valor de la obra de hombre y de la vida humana misma; lo único que parece existir perdurablemente es el tiempo que destruye castillos, seres, sueños y los hace regresar hacia sus elementos primitivos, hacia la arena, la piedra, el agua, la sangre. "Lo que ha de morir es todo uno y sólo se diferencia de lo eterno", afirma alguien en mi cuento. Este considerar como deleznable la vanidosa actividad humana es noción muy antigua. En la Biblia se habla en términos semejantes y Francisco Borja no dijo cosa distinta cuando decidió no servir a señor que se pudiera morir. Tal vez el hecho de que, en ese relato, el tiempo sea considerado también como imagen creada por el hommre y, por ello, tan inútil como las demás formas de la actividad humana —tan falso como el placer, tan corto como los siglos, tan lento como las palabras utilizadas para contar el gesto de una mano que desliza su agonía junto a un antiguo muro— pudo parecer a alguien grosero, inmoral o estúpido. Yo dije en ese cuento (como pude) el misterio del tiempo: un misterio que se muerde la cola y forma el Cero; la serpiente de la nada.

LA MANO JUNTO AL MURO

Por GUILLERMO MENESES.

La noche porteña se desgarró en relámpagos, en fogonazos. Voces de miedo y de pasión alzaron su llama hacia las estrellas. Un chillido ("¡naciste hoy!") tembló en el aire caliente mientras la mano de la mujer se sostuvo sobre el muro. Ascendía el escándalo sobre el cielo del trópico cuando el hombre dijo (o pensó): "Hay aquí un camino de historias enrollado sobre sí mismo como una serpiente que se muerde la cola. Falta saber si fueron tres los marineros. Tal vez soy yo el que parecía un verde lagarto; pero ¿cómo hay dos gorras en el espejo del cuarto de Bull Shit?... La vida de ella podría pescarse en ese espejo... O su muerte...

La mano de la mujer se apoyaba en la vieja pared; su mano de uñas pintadas descansaba sobre la piedra carcomida: una mano pequeña, ancha, vulgar, en contacto con el frío muro robusto, enorme, viejo de siglos, fabricado en épocas antiguas para que resistiese el roce del tiempo y, sin embargo, ya destrozado, roto en su vejez. Por mirar el muro, el hombre pensó (o dijo): "Hay en esta pared un camino de historias que se enrolla sobre sí mismo, como la serpiente que se muerde la cola".

El hombre hablaba muchas cosas. Antes —cuando entraron en el cuarto, cuando encontró en el espejo los blancos redondeles que eran las gorras de los marineros— murmuró: "En ese espejo se podía pescar tu vida. O tu muerte". Hablaba mucho el hombre. Decía sus palabras ante el espejo, ante la pared, ante el maduro cielo nocturno, como si alguien pudiese entenderlo. (Acaso el único que lo entendió en el momento oportuno fué el pequeño individuo del sombrerito

ladeado, el que intervino en la historia de los marineros, el que podía ser considerado —a un tiempo mismo— como detective o como marinero. Cuando miraba la pared, el hombre hizo serias explicaciones. Dijo: "Trajeron estas piedras hasta aquí desde el mar; las apretaron en argamasa duradera; ahora, los elementos minerales que forman el muro van regresando en lento desmoronamiento hacia sus formas primitivas: un camino de historias que se enrolla sobre sí mismo y hace círculo como una serpiente que se muerde la cola". Hablaba mucho el hombre. Dijo: "Hay en esa pared enfermedad de lo que pierde cohesión: lepra de los ladrillos, de la cal, de la arena. Reciedumbre corroída por la angustia de lo que va siendo".

La mano de la mujer se apoyaba sobre el muro. Sus dedos, extendidos sobre las rugosidades de la piedra, sintieron la fría dureza de la pared. Las uñas tamborilearon en movimiento que decía "aquí, aquí". O, tal vez, "adiós, adiós, adiós". El hombre respondió (con palabras o con pensamientos): "La piedra y tu mano forman el equilibrio entre lo deleznable y lo duradero, entre la apresurada fuga de los instantes y el lento desaparecer de lo que pretende resistir el paso del tiempo". El hombre dijo: "Una mano es, apenas, más firme que una flor; apenas menos efímera que los pétalos; semejante también a una mariposa. Si una mariposa detuviera su aletear en un segundo de descanso sobre la rugosa pared, sus patas podrían moverse en gesto semejante al de tu mano, diciendo "aquí, aquí" o, acaso, "adiós, adiós, adiós". El hombre dijo: "Lo que podría separar una cosa de otra en el mundo del tiempo sería, apenas una delgada lámina de humana intención, matiz que el hombre inventa; porque, el fin, lo que ha de morir es todo uno y sólo se diferencia de lo eterno". Eso dijo el hombre. Y añadió: "Entre tu mano y esa piedra está sujeta la historia del barrio: el camino de historias enrollado sobre sí mismo como una serpiente que se muerde la cola. Aquí está la lenta decadencia del muro y de la vida que el muro limitaba. Tu mano dice qué sucede cuando un castillo frente al mar cambia su destino y se hace casa de mercaderes; cuando, entre las paredes de una fortaleza defensiva, se confunde el metal de las armas con el de las monedas.

Rió el hombre: "¿Sabes qué sucede?"... "Se cae, simplemente, en el comercio porteño por excelencia: se llega al tráfico de los coitos". Cerró su risa y concluyó, severo: "Pero tú nada tienes que ver con esto; porque cuando tú llegaste, ya estaba hecha la serie de las trasmutaciones. El castillo

defensivo ya había pasado por casa de mercaderes y era ya lupanar".

Cierto. Cuando ella llegó, el comercio de los labios, de las sonrisas, de los vientres, de las caderas, de las vaginas, tenía ya sentido tradicional. Se nombraba al barrio como al centro comercial de los coitos en el puerto. Cuando ella llegó ya esto era —entre las gruesas paredes de lo que fué fortaleza— el inmenso panal formado por mínimas celdas fabricadas para la actividad sexual y el tiempo estaba también dividido en partícula de activos minutos. (—Tú ahora. Ya. Adiós. Tú ahora. Ya. Adiós. Tú ahora. Ya. Adiós) y las monedas tenían sentido de reloj. Como las espadas, cuyo sitio habían tomado dentro de los muros del antiguo castillo, podían cortar la vida, el deseo, el amor, (Se dice a eso amor, ¿no es cierto?).

Pero cuando ella llegó ya existía esto. No tenía por qué conocer el camino de historias que, al decir del hombre, se podía leer en la pared. No tenía por qué saber cómo se había formado el muro con orgullosa intención defensiva de castillo frente al mar, para terminar en centro comercial de coitos luego de haber sido casa de mercaderes. Cuando ella llegó ya existían los calabozos del panal, limitados por tabiques de cartón.

Inició su lucha a rastras, decidida y aprovechadora, segura de ir recogiendo las migajas que abandona alguien, ansiosa de monedas. Con las uñas —esas mismas uñas gruesas y mordisqueadas que descansaban ahora sobre la rugosa pared— arrancaba monedas: monedas que valían un pedazo de tiempo y se guardaban como quien guarda la vida. Angustiosamente aprovechadora, ella. El gesto de morderse las uñas, sólo angustia: nada más que la inquieta carcoma, la lluvia menuda de la angustia, dentro de su vida.

Ahora, su mano se apoyaba sobre el muro. Una mano chata, gruesa, con los groseros pétalos roídos de las uñas sobre la piedra antigua, hecha de historias desmoronadas, piedra en regreso a su rota insignificancia, por haber perdido la intención de castillo en mediocre empresa de mercaderes.

Ella nada sabía. Durante muchos años vivió dentro de aquel monstruo que fué fortaleza, almacén, prostíbulo. Ella nada sabía. El barrio estaba clavado en su peso sobre las aristas del cerro, absurdamente amodorrado bajo el sol. Oscuro, pesado, herido por el tiempo. Bajo el sol, bajo el aliento brillante del mar, un monstruo el barrio. Un monstruo viejo y arrugado, con duras arrugas que eran costras, residuos, sucio, oscura miel producida por el agua y la luz, por las mil

lenguas de fuego del aire en roce continuo sobre aquel camino de historias que se enrolla en sí mismo —igual que una serpiente— y dice cómo el castillo sobre el mar se convirtió en barrio de coitos y cómo la mano de una mujer angustiada puede caer sobre el muro (lo mismo que una flor o una mariposa) y decir en su movimiento "aquí, aquí", o "adiós, adiós, adiós".

Ella nada sabía. Cuando llegó ya existía el presente y lo anterior sólo podía estar en las palabras de un hombre que mirase la pared y decidiese hablar. Ya existía esto. Y ella estuvo en esto. Los hombres jadeaban un poco; echaban dentro de ella su inmundicia. (O su amor). Ella tomaba las monedas: la medida del tiempo. Encerraba en la gaveta de su mesa de noche un pedazo de vida. O de amor. (Porque a eso se llama amor). Dormía. Despertaba sucia de todos los sucios del mundo, impregnada de sucia miel como el barrio monstruo bajo el viento del mar. Su cabeza sonaba dolorosamente y ella podía escuchar dentro de sí misma el torpe deslizarse de una frase tenaz. "Te quiero más que a mi vida". (¿Cuándo? ¿quién?). Uno. Ella piensa que tenía bigotes, que hablaba español como extranjero, que era moreno. "Te quiero más que a mi vida". ¿Quién podría distinguir en los recuerdos? Un hombre era risa, deseo, gesto, brillo del diente y de la saliva, arabesco del pelo sobre la frente. Luego era una sombra entre muchas. Una sombra en el oscuro túnel cruzado por fogonazos que era la existencia. Una sombra en la negra trampa cruzada por fogonazos, por estallidos relampagueantes, por cohetes y estrellas de encendido color, por las luces de cabaret, por una frase encontrada de improviso: "Te quiero más que a mi vida".

Pero todo era brillo inútil, como la historia enrollada sobre sí misma y ella nada sabía de la piedra ni de las historias ni de las luces que rompían la sombra del túnel. Sólo cuando habló con aquel hombre, cuando lo escuchó hablar la noche del encuentro con los tres marineros (si es que fueron tres los marineros) supo algo de aquello. Ella estaba pegada a su túnel como los moluscos que viven pegados a las rocas de la costa. Ella estaba en el túnel, recibiendo lo que llegaba hasta su calabozo: un envión, una ola sucia de espuma, una palabra, un estallido fulgurante de luces o de estrellas.

Dentro del túnel, moviéndose entre las sombras de la existencia, fabricó muchas veces la pantomima sin palabras de la moza que invita al marinero: la sonrisa sobre el hombro, la falda alzada lentamente hasta el muslo y mirar cómo se forma el roce entre los dedos del marino.

Así llegó aquél a quien llamaban Dutch. El que ancló en el túnel para mucho tiempo. Dutch, amarrado al túnel por las borracheras. La llamaba Bull Shit. Seguramente aquello era una grosería en el idioma de Dutch. (¿Qué importa?). Cuando él decía BULL SHIT en un grupo de rubios marinos extranjeros, todos reían. (¿Qué importa?) Ella metía su risa en la risa de todos. (¿Qué importa, pues? ¿qué importa?). Bien podía Dutch querer burlarse de ella. Nada importaba porque él también estaba hundido en el túnel, amarrado a las entrañas del monstruo que dormía junto al mar. Él cambiaba de oficio; fué marino, chofer, oficinista. (O era que todos —choferes, oficinistas o marinos —la llamaban Bull Shit y ella llamaba a todos Dutch). Y si él cambiaba de oficio, ella cambiaba de casa dentro del barrio. Todo era igual. Alrededor de todos, junto a todos, sobre todos —llamáranse Dutch, Bull Shit o Juan de Dios— estaba el barrio, el monstruo rezumante de zumos sombríos bajo la luz, bajo el viento, bajo el brillo del sol y del mar.

Daba igual que Dutch fuera oficinista o chofer. Daba igual que Bull Shit viviese en uno u otro calabozo. Sólo que, desde algunos cuartos, podía mirarse el mundo azul —alto, lejano— del agua y del aire. En esos cuartos los hombres suspiraban; muchos querían quedarse, como Dutch; decían: "¡qué bello es esto!"

La noche del encuentro con los tres marinos (si es que fueron tres los marineros) apareció el que decía discursos. Era un hombre raro. (Aunque en verdad, ella afirmaría que todos son raros). Le habló con cariño. Como amigo. Como novio, podría decirse. Llegó a declarar, con mucha seriedad, que deseaba casarse con ella: "contraer nupcias, legalizar el amor, contratar matrimonio". Ella rió igual que cuando Dutch le decía Bull Shit. Él persistió; dijo: "te llevaría a mi casa; te presentaría a mis amigos. Entrarías al salón, muy lujosa, muy digna; las señoras te saludarían alargando sus manos enjoyadas; algunos de los hombres insinuarían una reverencia; nadie sabría que tú estás borracha de un ron barato y de miseria; pretenderían sorprender en ti cierta forma de rara elegancia; pretenderían que eres distinguida y extraña; tú te reirías de todos como ríes ahora; de repente, soltarías una redonda palabra obscena. ¿Sería maravilloso?

La miró despacio, como si observase un cuadro antiguo. La mujer apoyaba sobre el muro su gruesa mano chata de mordisqueadas uñas. Él continuó: "Te llevaría a la casa de un amigo que colecciona vitrales, porcelanas, pinturas, estatui-

llas, lindos objetos antiguos, de la época en la que estas perlas fueron unidas con argamasa duradera para formar la pared del castillo frente al mar. Él te examinaría como si observase un cuadro antiguo; diría, probablemente, que pareces una virgen flamenca. Y es cierto, ¿sabes? Son casi iguales la castidad y la prostitución. Tú eres en cierto modo, una virgen: una virgen nacida entre las manos de un fraile atormentado por teóricas visiones de ascética lubricidad. ¡Una virgen flamenca! Si yo te llevara a la casa de ese amigo, él diría que eres igual a una virgen flamenca, pero... Pero nada de eso es posible, porque el amigo que colecciona antigüedades soy yo y hemos peleado hace unos días por una mujer que vive aquí contigo... y que eres tú".

Un hombre raro. Todos raros. Uno se sintió enamorado. ("Te quiero más que a mi vida"). Uno la odió: aquél a quien ella no recordaba la mañana siguiente. ("¿Tú? ¿tú estuviste conmigo anoche? ¿No recuerdas?", dijo él). Había temblor de rabia en su pregunta; como si estuviese esperando un cambio de monedas y mirase sus manos vacías. Los hombres son raros. Una mujer no puede conocer a un hombre. Y menos, cuando el hombre se ha desnudado y se ha puesto a hacer coitos sobre ella: cuando se ha puesto a jadear, a chillar, a gritar sus pensamientos. Algunos gritan "¡Madre!". Otros recuerdan nombres de mujeres a las que —dicen ellos— quieren mucho. Como si deseasen que la madre o las otras mujeres estuviesen presentes en su coito. Jadean, gritan, chillan, quieren que ella —la que soporta su peso— los acompañe en sus angustias y se desnude en su desnudez. Luego sonríen cariñosos: "¿No recuerdas?"

Todos raros. Ella nunca recuerda nada. Está metida en la sombra del túnel, en las entrañas del monstruo, como un molusco pegado a la roca donde, de vez en cuando, llega la resaca: la sucia resaca del mar, el fogonazo de una palabra, el centelleo de las luces del cabaret o de las estrellas. Ella está aquí, unida al monstruo sin recuerdos. Lejos, el mar. Puede mirarlo en el tembloroso espejo de su cuarto donde, ahora, están dos gorras de marineros. (Pero, ¿es que no eran tres los marineros?). Hasta parece hermoso el mar a veces. Cargado de sol y de viento. Aunque aquí dentro poco se sepa de ello. Gotas de sucia miel lo han carcomido todo; han intervenido en la historia del muro sobre el cual tamborilean los dedos de la mujer ("aquí, aquí" o "adiós, adiós, adiós") han hecho la historia de los elementos minerales que regresan hacia sus formas primitivas después de haber perdido su destino de fortaleza frente al mar; han escrito la historia que se enro-

lla sobre sí misma y forma círculo como la serpiente que se muerde la cola.

Ella nunca recuerda nada. Nada sabe. Aquí llegó. Había un perro en sus juegos de niña. Juntos, el perro y ella ladraban su hambre por las noches, cuando llegaban en las bocanadas del aire caliente las músicas y las risas y las maldiciones. Ella, desde niña, en aquello oscuro, decidida a arrancar las monedas. Ella en la entraña del monstruo: en la oscura entraña, oscura aunque fuera hubiese viento de sol y de sal. Ella, mojada por sucias resacas, junto al perro. Como, después, junto a los otros grandes perros que ladraron sobre ella su angustia y los nombres de sus sueños. De todos modos, podía asomarse alguna vez a la ventana o al espejo y mirar el mar o las gorras de los marineros. (Dos gorras; tal vez tres los marineros).

Porque casi es posible afirmar que fueron tres los marineros: el que parecía un verde lagarto, el del ladeado sombrerito, el del cigarrillo azulenco. Si es que un marinero puede dejar olvidada su gorra en el barco y comprarse un sombrero en los almacenes del puerto, fueron tres los marineros, si no, hay que pensar en otras teorías. Lo cierto es que fué el otro quien tenía entre los dedos el cigarrillo. (O el puñal).

Ella miraba todo, como desde el fondo del espejo del cielo. Acaso, como desde el fondo del espejo de su cuarto, tembloroso como el aletear de una mariposa, como el golpear de sus dedos sobre la rugosa pared. Si le hubieran preguntado qué pasaba, hubiera callado o, en el mejor de los casos, hubiera respondido con cualquier frase recogida en el lenguaje de las borracheras y de los encuentros de burdel. Hubiera dicho: "¡madre!" o "te quiero más que a mi vida" o, simplemente, "me llamaba Bull Shit". Quien la escuchase reiría pero, si intentaba comprender, oprimiría el semblante, ya que aquellas expresiones podían significar algo muy grave en el idioma de los hambrientos animales que viven en la entraña del monstruo, en el habla de las gentes que ponen su mano sobre el muro de lo que fué castillo y mueven sus dedos para tamborilear "aquí, aquí" o "adiós, adiós, adiós".

Lo que le sucedió la noche del encuentro con los tres marineros (digamos que fueron tres los marineros) la conmovió, la hundió en las luces de un espejo relumbrante. Verdad es que ella siempre tuvo un espejo en su cuarto: un espejo tembloroso de vida como una mariposa, movido por la vibración de las sirenas de los barcos o por los pasos de alguien que se acercaba a la cama. En aquel espejo se reflejaban, a veces, el mar o el cielo o la lámpara cubierta con

papeles de colores —como un globo de carnaval— o los zapatos del que se había echado a dormir su cansancio en el camastro revuelto. Se movía el espejo, tembloroso de vida como la angustiada mano de una mujer que tamborilea sobre el muro, porque colgaba de una larga cuerda enredada a un clavo que, a su vez, estaba hundido en la madera del pilar que sostenía el techo. Así, el espejo temblaba por los movimientos del cuarto, por el paso del aire, por todo.

Desde mucho tiempo antes, la mujer vivía allí, en aquel cuarto donde los hombres suspiraban al amanecer: "¡qué bello es esto!" y contaban cuentos de la madre y de otras mujeres a las que —decían ellos— habían querido mucho. Cuando el hombre que decía discursos estaba allí, también estaban los marineros; al menos, el espejo recogía la imagen de dos gorras de marineros, tiradas entre las sábanas, junto al pequeño fonógrafo. (Dos gorras de marineros). La mujer que apoyaba la mano sobre el muro podía mirar los círculos blancos de las gorras en el espejo de su cuarto. Dos círculos: dos gorras. (Lo que podría hacer pensar que fueron dos los marineros, aunque también es posible que otro marinero desembarcase sin gorra y se comprase un sombrero en los almacenes del puerto). En el espejo había dos gorras y por ello, acaso el que hablaba tantas cosas extraordinarias dijo: "En ese espejo se podría pescar tu vida".

A través del espejo se podría llegar, al menos, hasta el encuentro con los dos marineros. (Digamos que fueron dos; que no había uno más del que se dijera que dejó su gorra en el barco y compró un sombrero en los almacenes del puerto). A través del espejo se puede hacer camino hasta el encuentro con los dos marineros, igual que en la piedra donde se apoya el tamborileo de los dedos de la mujer puede leerse la historia de lo que cambió su destino de castillo por empresas de comercio y de lupanar.

Ella estaba en el cabaret cuando los marineros se le acercaron. Uno era moreno, pálido el otro. Había en ellos (¿junto a ellos?) una sombra verde y, a veces, uno de los dos (o, acaso, otra persona) parecía un muñeco de fuego. Una mano de dulzura sombría —morena, con el dorso azulenco— le ofreció el cigarrillo, el blanco cigarrillo encendido en su brasa: "¿quieres?" Ella miró la candela cercana a sus labios, la sintió, caliente, junto a su sonrisa. (La brasa del cigarrillo o la boca del marinero). Ya desde antes (una hora; tal vez la vida entera) había caído entre neblinas. El humo del cigarrillo una nube más, una nube que atravesó la mano entre cuyos dedos venía el tubito blanco. Ella lo tomó. Puede recordar

su propia mano, con la ancha sortija semejante a un aro de novia. Junto a la sortija estaban la brasa del cigarrillo y la boca del hombre: la saliva en la sonrisa; al lado del que sonreía, el otro —la silueta rojiza— y, también, el que parecía un verde lagarto. No tenía gorra sino sombrerito de fieltro ladeado. (Casi cierto que eran tres, aunque luego se dijera que fueron dos los marineros y esa tercera persona un detective, lo que resultaba posible ya que los detectives, como lo sabe todo el mundo, usan sombrero ladeado, con el ala sobre los ojos).

La cosa comenzó en el cabaret. Ella —la mujer de la mano sobre el muro— vivía en el piso alto. Sobre el salón de baile estaba el cuarto del tembloroso espejo donde se podía mirar el mar o las gorras de los marineros o la vida de la mujer. Treinta mujeres arriba, en treinta calabozos del gran panal; pero sólo desde el cuarto de ella podía mirarse el lejano azul, como también sólo ella tenía el lujo del fonógrafo, a pesar de lo cual era nada más que una de las treinta mujeres que vivían en los treinta cuartuchos de piso alto, lo mismo que, en el cabaret, era una más entre las muchas que bebían cerveza, anís o ron. Una más, aunque sólo ella tenía su ancha sortija, semejante a un aro de novia.

De pronto, las luces del cabaret comenzaron a moverse: caminos azules, puntos amarillos, ruedas azules y la sonrisa de los marineros, la saliva y el humo del cigarrillo entre los labios. Ella sorbió las azules nubes también; pero ya antes había comenzado la danza de las luces en el cabaret. Caminos rojos, verdes, ruedas amarillas, puntos de fuego que repetían la brasa del cigarrillo. Ella reía. Podía oír su propia risa caída de su boca. Las luces daban vueltas, la risa también se desgranaba como las cuentas de un collar encendido y junto con las luces y la risa, se movían las gentes muy despacio, entre círculos de sombra y de misterio. Los hombres —cada uno— con la sonrisa clavada entre los labios: la silueta rojiza igual que el que semejaba un verde lagarto y el del sombrero ladeado. (El que produjo la duda sobre si fueron tres los marineros). Ella cabeceaba un ademán de danza y sentía cómo su cabeza rozaba luces y risas cuando se encontró frente a un espejo: el tembloroso espejo de su cuarto en cuyo azogue nadaban las dos gorras marineras. Todo ello sucedió como si hubiese ascendido hacia la muerte. Por eso, una voz chilló: "¡naciste hoy!" y el hombre dijo: "En ese espejo se podría pescar tu vida".

Pero, eso fué después. Ciertamente, los marineros se acer-

caron: una mano, una boca, la sombra verde y el rojizo resplandor. Aquel a quien llamaban Dutch había estado esa noche o, tal vez, otra noche parecida a ésta. (Una noche como tantas de las noches nacidas en el túnel, en la entraña del monstruo, en un instante de la gran oscuridad cruzada por fogonazos que era la vida allí). Estaba Dutch. O, acaso, no. No; ciertamente, no. Era el de los discursos, el paciente hablador, quien estaba presente. La mujer alzó su mano en un gesto de danza; sus uñas abrieron cinco pétalos rojos a la luz de las bombillas. Se levantó; sintió en su cuerpo como ella toda tendía a estirarse. Miró (en el espejo de sí misma o en el espejo tembloroso de su cuarto) su cabeza deslizada en ascensión entre las bombillas del cabaret y entre las luces del alto cielo sereno. Se movió —lenta y brillante— sobre bombillas, estrellas, espejos. La voz, la sonrisa, el cigarrillo de los marineros eran palabras, gestos, señales que indicaban el pecho del hombre. (Su cartera o su corazón). Como si atravesara rampas de misterio los pasos de ella la llevaban hacia el que descansaba sobre la mesa del cabaret. Apartó espejos, luces, estrellas; atravesó nubes de humo. Estaba acompañada por los tres marineros (eran tres, entonces): el que parecía un verde lagarto, el del rojizo resplandor y la sombra azulenca en las manos, el del pequeño sombrero ladeado sobre la sien izquierda. Cuando llegó a la mesa, rozó el pecho del hombre que dormía. "Bull Shit", dijo él. "¡Ah! ¡Eres Dutch!" "¿Dutch? ¿Dutch?" "Sacas de tu sombra una palabra y piensas que es un hombre. No, no soy Dutch; tampoco soy el que te dijo te quiero más que a mi vida ni el que te habló de otras mujeres a quienes quiere mucho. Soy otro corazón y otra moneda". Las voces de los dos (¿o tres?) marineros ordenaron: "Sube con él".

Ante el espejo se miraron. Ella diría que no pisó la escalera, que no caminó frente al bar, que caminaron —todos— las rampas del misterio y atravesaron las puertas que hay siempre entre los espejos. Por los caminos del misterio, por los caminos que unen un espejo a otro espejo, llegaron (o estaban allí antes) y se miraron desde la puerta del espejo. (Ellos y sus sombras: la mujer, los marineros y el que, antes, dormía sobre la mesa del cabaret mostrando a todos su corazón). El del pequeño sombrero ladeado no estaba en el espejo. El otro, el que dormía cuando estaban abajo, habló; al mirar las gorras de los marineros, dijo a la mujer: "En ese espejo se podía pescar tu vida". (Igual pudo decir "tu muerte").

La mujer estaba fuera del cuarto, apoyada la gruesa mano de roídas uñas sobre la rugosa piedra del muro. A través de

la puerta veía las gorras de los marineros en el cristal del espejo. El hombre había echado a andar el fonógrafo, del cual salía la dulce canción. Los marineros se acercaban. Suspendida sobre el negro disco, la aguja brillante afilaba la música: aquella melodía donde nadaban palabras, semejantes a las palabras de Dutch cuando Dutch decía algo más que Bull Shit, semejantes a gorras suspendidas en el reflejo de un vidrio azogado. El hombre escuchaba tendido hacia el fonógrafo. Hacia él avanzaba uno de los marinos: el que antes había ofrecido el cigarrillo de azulados humos. La mujer miraba la mano del marinero, nerviosa, activa, cargada de deseos. (Si una moneda es la medida del amor, puede alguien desear una moneda como se desea un corazón). Ella lo entendía así: "El gesto de quien toca una moneda puede ser semejante a la frase te quiero más que a mi vida; acaso ambos. espejos de una misma tontería o de una misma angustia". La mano —deseosa, inquieta, activa— se dirigía al sitio de la cartera o del corazón. El hombre volvió la cabeza; miró cara a cara al marinero. El que tenía en sí un resplandor de brasa rió con risa hueca como repiqueteo de tambor, como el movimiento de los dedos de la mujer sobre el antiguo muro. El hombre volvió a inclinarse sobre la melodía del fonógrafo. La risa del otro caía sobre el ritmo de la música y el hombre se bañaba en la música y en la risa.

El gesto del marinero amenazó de nuevo cuando la mujer llamó la atención del que escuchaba la música. Quieta —su mano sobre el muro— lo siseó. Él fué hasta ella; se quedó mirándola, como un conocedor que mira un cuadro antiguo; fué entonces cuando habló: "Hay en esta pared un camino de historias que se muerde la cola. Trajeron estas piedras desde el mar, las apretaron en argamasa duradera para fabricar el muro de un castillo defensivo; ahora, los elementos que formaban la pared van regresando hacia sus formas primitivas: reciedumbre corroída por la angustia de un destino falseado".

La mujer lo miraba desde el espejo del cielo, alta entre las estrellas su cabeza. Antes de que ello fuera cierto, la mujer miraba cómo entre los dedos del marinero brillaba el cigarrillo: un cigarrillo de metal, envenenado con venenos de luna, brillante de muerte. Los dedos de ella (y sí que resultaba extraordinario que dos manos estuviesen unidas a elementos minerales y significaran a un tiempo mismo, aunque de manera distinta, el lento desmoronamiento de lo que fué hecho para que resistiese el paso del tiempo), los dedos de ella repiquetearon sobre el muro: "no, no, no".

Fué entonces cuando él propuso matrimonio, cuando la

comparó a una virgen flamenca, cuando dijo: "Te llevaré a la casa de un amigo que colecciona antigüedades; él diría que eres igual a una virgen flamenca; pero no es posible, porque ese amigo soy yo y hemos peleado por una mujer que vive en esta casa y que... eres tú".

El gesto del marinero con el envenenado metal del cigarrillo —o del puñal— era tan lento, como si estuviese hecho de humo. Lento, alzaba su llama, su cigarrillo, su puñal, el enlunado humo encendido de la muerte. Ella movía los dedos sobre el muro; tamborileaba palabras: "no, no, cuidado, aquí, aquí, adiós, adiós, adiós". El hombre dijo: "Te quiero más que a mi vida. Pareces una virgen flamenca. Bull Shit".

Ya el marinero bajaba su llama. Ella lo vió. Gritó. La noche se cortó de relámpagos, de fogonazos. (Tiros o estrellas). El del sombrerito ladeado lanzaba chispazos con su revólver. Alguien salió hacia la noche. Hubo gritos. Una mujer corrió hasta la que se apoyaba en el muro; chilló: "¡Naciste hoy!". El hombre repetía: "Bull Shit, virgen, te quiero".

La mano de ella resbaló a lo largo del muro; su cuerpo se desprendió; sus dedos rozaron las antiguas piedras hasta caer en el pozo de su sangre; allí, junto al muro, en la sangre que comenzaba a enfriarse, dijeron una vez más sus dedos: "Aquí, aquí, cuidado, no, no, adiós, adiós, adiós". Un inútil tamborileo que desfallecía sobre las palabras del hombre: "Te quiero más que a mi vida, Bull Shit, virgen". El del sombrero ladeado afirmó: "Está muerta".

Más tarde el de los discursos comentaba: "Esta es una historia que se enrolla sobre sí misma como una serpiente que se muerde la cola. Falta saber si fueron tres los marineros". El del sombrerito se opuso: "Hay dos gorras en la cama de Bull Shit". "En el espejo", rectificó el de los discursos; "la vida de ella puede pescarse en ese espejo. O su muerte".

Voces de miedo y de pasión alzaban su llama hacia las estrellas. La mano de la mujer estaba quieta junto al muro, sobre el pozo de su sangre.

RAÚL VALERA

(Caracas, 1912).

Raúl Valera pudo aparecer en el momento de sus primeras afirmaciones de escritor, como continuador y remozador de las fórmulas criollistas utilizadas por el grupo de "Fantoches". Esta apariencia, sólo eso era. Si Valera utilizaba ambientes populares y diálogos de sencilla gracia, si inventaba situaciones de dramática simplicidad y describía choques humanos ante los cuales podría surgir una protesta más o menos gratuita y sentimental, su facultad de narradar sincero le otorgaba poder suficiente para fabricar el relato sin retórica ampulosidad, sin esa forma de anárquica violencia, que parece unida a la tarea de los cuentistas surgidos bajo la guía de Leoncio Martínez. Valera es uno de los mejores cuentistas venezolanos; los elementos que forman sus personajes son tiernos y verdaderos; el sentido de dolorosa burla —característico de Martínez y sus compañeros—, por el cual se desquiciaba en chiste y sarcasmo la intención de solidaridad con el dolor, no existe en la obra de Valera. Sus cuentos señalan un escritor profundamente humano; no hay en ellos sitio para chanzas y el dulce misterio que une y separa a sus criaturas es admirable de gracia. "Mañana sí será" es una de esas narraciones en las que vamos caminando senderos de prodigio a través de los acontecimientos más naturales. Muy hermosa obra la de Valera quien, por herencia y educación, tiene buenas razones de escritor.

MAÑANA SÍ SERÁ

Por RAÚL VALERA.

Las casas del camino pasaban por las ventanillas y quedaban atrás con sus corredores entejados. El pavimento tenía alfombra de árboles dormidos bajo el sol. Por el otro lado deslizaba la cicatriz rojiza de la carretera. Brillaban los valles de caña en láminas recortadas y los cerros estaban lavados y vestidos de verde botella. El autobús había venido escotero por las livianas planicies, bajo los trechos frondosos. Pero ahora iba cuesta arriba, fatigado y acezante. El piloto sudaba bajo su cachucha azul. Era melenudo y flaco. Los pasajeros aupaban junto con él, inclinándose sin quererlo hacia adelante para hacer más liviana la carga.

En el último asiento venía una pareja. Era un par desigual: un hombre muy grande y una mujer muy chiquita. El hombre era tranquilo y pesado, como si fuera consciente de su tamaño. Ella era vivaracha y con los ojitos brillantes. En todo el camino se habían venido cambiando palabras. Él decía dos o tres y ella le susurraba un chorrito largo al oído. Luego sonreía y miraba por la ventanilla, mientras balanceaba las piernas sin tocar el entarimado. Ahora en la cuesta no ayudaban al conductor. Se habían tomado de las manos. La pequeña de ella se había acunado en la de él. Parecían dormidos, echados hacia atrás e indiferentes, como si formasen parte de la arrastrada carrocería. Su cabeza se inclinaba hacia el hombre. Éste, de vez en cuando apretaba un poco su manecita y la miraba de soslayo con ternura.

Habían venido allí algo separados de los demás. En las paradas de ruta, ella se había quedado con los ojos entornados mientrás él iba y volvía con un paquete cualquiera en la

mano. En silencio masticaban unas galletas, papelón y un pedazo de queso.

¿Y ustedes, no van a bajar? Los dos movían la cabeza. Porque el papelón era más dulce allí, en su rincón. Comían y bebían mirándose y sonriendo a cada bocado. A veces ella dejaba sobre la falda la galletica para apretarle la mano. Otras veces, después de asegurarse de que nadie la veía, extraía de su boca un pedacito de papelón y lo introducía en la de él. Ella sabía que a él le gustaba. Con salivita y todo. Él la había acostumbrado. Ella sabía que a él le encantaba su salivita. Ella sabía que a él le agradaba olerla. Él le metía la nariz por debajo de las orejas La hundía en el pelo castaño. A él le gustaba su pelo castaño barba de jojoto. Con las dos yemas de los dedos le oprimía la nuquita y con giro rotatorio recorría el conuquito de sus vellos. Ella tenía un pocito tibio en la boca. Las playas del pocito eran rosadas. Las piedras del pocito eran blancas.

Ella tenía su pocito tibio con playas rosadas.

No habían visto nunca la ciudad. Los dejaron a la orilla de un puente. Debajo del puente descansaba un montón de autobuses viejos, de un azul desteñido, inmóviles, en su última parada. El río pasaba vacilante, con un traje de playas demasiado holgadas. De las orillas rojas comenzaban a nacer los edificios blancos, altos e iguales. El río pasaba despectivamente junto a ellos.

Hombres con tiras de papel gritaban números al aire.

—Mira lo que dice. ¿Tú oíste?

Él sabía algo de eso. Él le iba a explicar ese negocio de la ciudad. Pero cuando le vió la cara tan iluminada, sintió lástima de arrancar su esperanza.

Hundió la mano y pagó al hombre con franela rayada. Éste torció con sus dedos sucios un pedazo de papel.

El hombre grande y la mujer chiquita se fueron andando. Ella iba dichosa y radiante, apresurando sus pasos menudos, mientras él reiteraba sus largas zancadas. De su diestra guindaba una vieja maleta de cartón. Ella oprimía un atadito de pañuelo rojo.

Ésta es la ciudad. Ésta es el sueño de ella. También en su esperanza. Ha pensado mucho en la ciudad. Una cosa maravillosa y rara. Mucha gente y muchos carros. Mucha bulla. Y ella, metida allí, entre todo eso. También mucho dinero. Su hombre era grande y poderoso; podía ganar mucha plata con sus manos anchas. Podía guardar bastantes monedas blancas en sus grandes bolsillos.

Su padre estaría con la cabeza agachada. Su madre estaría

chorreada de lágrimas. Le daba lástima. Se le encogía el corazón pensando en eso. Era una maldad haberse venido así. Reconocía que era una bichita mala. Porque eso no se hace al viejo y la vieja. Ella sabía eso, como no. Pero no sabía cómo había sucedido. Le dijo a él que soñaba con la ciudad. Le dijo que ella era suya, suyita. Ya no podía aguantar la ojeriza de los dos viejos. Además, no podía resistir aquello otro. Tenía ansias de saltar la tapia. Todo estaba prohibido. Nada se podía hacer. Y allá adentro tenía un fogón prendido, una candelita dormida y caliente. Unas brasitas vestidas de ceniza. Los muslitos sentían alfileres. De abajo arriba y de arriba abajo le venía un bicho malo caminando. Así sería el daño o el maldeojo. Era desconocido y apremiante. Quería y no sabía.

Y ahora tenía miedo cuando pensaba en él. Porque eso se llama una tapara hueca. Francamente. Un hombre tan grande. Aquella cabeza tapada con sombrero alón. Aquellos brazos que llegaban casi a las rodillas. Aquellas piernas tan largas y fuertes. Un hombre tan grande. Era loca, eso no lo dudaba. Era una bichita loca. Un hombre tan grande para una bicha tan chiquita. Era para amarrarla y pelarla. Sí, señor. Ella merecía una cueriza en las nalgas. Y que después le echarán sal con aceite. Y que la mandaran a acostarse boca abajo, desnuda, para que la picaran las moscas. Y que después vinieran los gusanos sembrados por las moscas. Y que las nalguitas quedaran peladas como paticas de guacharaca. Y que se acabara todo. Y que el bicho malo se fuera, el daño malo que subía y bajaba por sus piernas. Que los gusanos se comieran también el bicho malo del tormento.

Pero ocurría que su cara de él era una cara dulce, de niño peludo. No era la cara de los hombres que siempre veía. La cara de él era limpia y llana y uno se podía asomar a ella como a una lata llena de agua. Devolvía la imagen de uno mismo. Se comprendía siempre lo que pensaba. Sus ojos grandes y mansos decían todo lo que él quería decir. No necesitaba abrir la boca. Su cara era tierna como la de un animal criado en casa. Cara de perro juguetón. Cara de becerro chiquito. Cara de santo con vela. Por eso ella no se había fijado en su tamaño, porque su cara estaba siempre bajita y humilde. Ella podía alcanzarla a través de las cayenas del cercado. Estiraba la mano y tocaba su barba. Ahora que caminaba junto a él se daba cuenta, pero antes no. Sería que el muy zángano se agachaba detrás de las cayenas. Pero eso no le hacía. Ella pensaba que en la almohada las cabezas serían de la misma altura. No importaba que le sobrara un pedazo

de hombre. Eso no quería decir. No le gustaban los hombres chiquitos con ojos chiquitos, con paticas chiquitas. Esos hombrecitos la miraban de una manera descarada y extraña. Le daban grima y calofrío unos ojos chiquitos hincándole la carne.

Por eso a él le repuso que sí, con sólo dejar caer los párpados.

Situó la maleta junto al sofá y se arrellanó, estirando las piernas debajo de la mesa. Ella ocupó un pedacito al lado y apenas tocaba el cemento roto con las puntas de los pies.

Los dos italianos discutieron en su idioma por un buen rato. Al parecer el negocio era en sociedad y la tarifa revisada con cada nuevo cliente. Al fin uno dijo, terminante, pero con lengua resbalosa:

—Seis bolívares por los dos. La cama sola.

Iba a alegar que quería también la comida, pero sintió la mano de ella que le apretaba; volteó y sus ojos dijeron que no. Era más barato comer por su cuenta. Claro estaba. Sonrió al pensar que la mujercita sabía defenderse mejor.

—Pasen adelante.

No era aquello lo que había esperado y deseado. El cuarto era sólo media habitación dividida por un tabique vacilante. Francamente, aquello no era bueno. Él pensó en todo a un mismo tiempo. Qué calamidad de cama, pegada a un tabique tan delgado y zancón. Un bombillo sobre la mitad de la división alumbraba los dos cuartos. Cómo y quién apagaba esa luz. Dónde estaba el aparatico para accionar. Quién dormiría en el otro lado.

Los dos se miraron, sin saber qué decir. Él le pasó la mano por la cabeza y al llegar a la nuca la atrajo hacia sí. Ella se empinó y él la besó silenciosa y largamente, hasta que ella le quitó con fuerza las manos y miró con temor hacia el otro lado.

Recorriendo la coleta empapelada halló una rotura y por allí enfocó un ojo. En el ángulo opuesto estaba otra cama y echado boca arriba, con la cabeza tapada con un paño, dormía un hombre desnudo. La sangre le subió de un soplo cuello arriba.

—¡Déjame ver!

Él le puso la mano sobre el pecho. Ella no podía mirar. Aquel hombre estaría soñando, quizás. Una rabia agazapada le hizo temblar las manos. Pensó ir a buscar a los dos musiues y pedirles otro cuarto o que le devolvieran sus seis bolívares. Estaba en esto, pero al volverse descubrió que ella, sentada sobre la maleta, se quitaba un zapato con la pierna montada.

Él se rascó la cabeza y vaciló. En su pecho el corazón se lanzó a tamborear.

Ella se sobaba el pie cansado. Tenía la mitad blanca y la mitad parda. Los dedos y parte del empeine estaban blancos. Lo demás tenía la huella del sol. Su pierna levantada abría el paso de los ojos hacia la sombra.

Él se asomó a la puerta a buscar el cierre de la luz. Luego volvió y se quedó mirando fijamente el bombillo, como si quisiera apagarlo arropándolo con sus ojos grandes y húmedos.

Mientras tanto, ella se quitaba el otro zapato y se sobaba la otra patica con huellas de sol y sombra.

De nuevo asomó al corredor. Todo estaba oscuro afuera. Los dos italianos se habían encerrado. Otra vez miró por el hueco del tabique. El vecino desnudo continuaba en su sueño.

Luego de tantear la fortaleza de las patas, subió a la cama y torció el bombillo. Bajó de prisa, sacudiendo la mano quemada. Maldijo entre dientes. Tenía el pecho esponjado de ira.

En la oscuridad sintió que ella se despojaba de las ropas. Él hizo lo mismo, pero antes ocultó el portamonedas bajo la almohada.

Al fin se subió a la cama, sacando los dos pies por entre los barrotes. Su respiración era agitada. Era igual que un susto. El sudor le corría por la frente. Aquella cama tan pequeña, para una sola persona. El tabique delgado y roto, con un vecino así al lado. Además una quemada en la mano.

Después de un silencioso lapso lleno de esos pensamientos comprendió que la pequeña mujer estaba inmóvil, sentada aún sobre la maleta. Estaba allí esperando.

—Vente.

Pero ella no se movió a su apagada invitación. De la puerta entreabierta entraba una mancha de luna que la iluminaba de los hombros hacia abajo. Semejaba una figura sin cabeza.

—Ven acá, mija.

No se movía. Estaba abandonada allí, sobre la maleta. Era el equipaje mudo en medio de la oscuridad. Quieta y sin cabeza, como un juguete roto y olvidado.

Él extrajo con dificultad las piernas por entre los barrotes y fué a cerrar la puerta. Luego la tanteó en la oscuridad. Pero sus carnes se endurecieron. No quería arrastrarla. Esto se sumó a lo otro y la rabia subió más arriba, hasta enredársele en la garganta.

La soltó y se quedó sin decir nada. Aquello era distinto de lo que había pensado. Muy distinto. Ahora ella también debía echar su lavativa, para acabarlo de componer.

Se agachó y le susurró al oído.

—Acuéstate tú —le insinuó ella con un soplo.

Él chasqueó la lengua. Muy bajo murmuró:

—Si tú no te acuestas, me quedo aquí.

Y se sentó en el suelo, junto a la maleta. Ella le pasó la mano por el pelo áspero y se lo apretó en una ruda caricia. Luego le buscó una oreja y se la haló. Él gozó de aquello fingiéndose indiferente y no retribuyó en nada. Entonces su manecita siguió por el cuello y la nariz, recorriéndolo todo. Después bajó la cabecita hasta rozarle suavemente la nuca. Al pasarle por la oreja le sopló su tibio aliento y lo mordió. Vaho de ardor. El hombre grande sintió una sacudida y la sangre espesa que se agolpaba. Sus labios la buscaron y el vaho ardiente estuvo ahora frente al suyo. La besó hundiéndole los labios entre los de ella, sus dientes blancos y su salivita.

Ella dió la señal con su boca semiabierta.

Incorporándose con lentitud la tomó por debajo de los brazos y la alzó. Cuidadoso la colocó en la cama y se acomodó junto a ella, sacando afuera los pies.

La arropó y le pasó el brazo bajo su cabecita. Ella pensaba que estaban iguales los dos, al nivel de la almohada. Él la apretó y ella crujió como una mazorca.

Él se había olvidado de todo. Ella también. Él no pensaba en nada sino que la sentía en sus brazos, tibiecita y fina, blandita y palpitante. Ella no pensaba en nada porque sentía un fuego que la rodeaba. Sus movimientos negativos, de instinto, eran inconscientes: su manecita apartaba mientras su boca buscaba ansiosa la de él. La cama comenzó a sacudirse y a chirriar, sin que lo advirtieran. El tabique se contagió del estremecimiento.

El vecino se sentó al borde del lecho. Había despertado con sobresalto. Sintió el sacudimiento y quizás pensó en un temblor de tierra. Es verdad que la tierra tiembla cuando dos se aman, pero el vecino no recordaba eso y resueltamente arrastró una silla y prendió la luz.

Acá se inmovilizó el grupo.

—¡Apague esa luz!

El otro sin responder destornilló en seguida y volvieron las tinieblas. Pero el hombre grande y la mujer chiquita también volvieron a la realidad. Se fueron desinflando los dos, mientras el flúido ardoroso se escapaba lastimosamente. La respiración ansiosa se iba aplacando y comenzaron a sentir el sudor que lubricaba sus cuerpos.

Después se quedaron allí, esperando. El hombre de al lado debía dormirse otra vez. Había que esperar. Ellos habían es-

perado mucho este momento. Y ahora, en este momento, tenían que seguir esperando. Esperar y esperar.

Él pensaba en lo incómodo que estaba. Con el entusiasmo había encogido las piernas y ahora las sentía acalambradas y temblorosas. No se querían mover, no quería meter los pies allá abajo, porque después no se podría voltear de medio lado. Ella estaba quietecita, pegadita a su pecho. No se querían mover. Pensaban que era como si estuviesen escondidos allí, con el viejo y la vieja espiándolos del otro lado. Era también como si se hubiesen introducido clandestinamente en la casa de los italianos, sin pagar por la cama. El maldito bombillo, el maldito tabique y el maldito vecino. Por qué no seguiría soñando. Mejor, por qué no iría a buscar la mujer de sus sueños. Por qué tenía miedo de un tabique estremecido. Los miraría a los dos cuando encendió la luz.

En la madrugada los gallos cantaron y el vecino comenzó a roncar. Él se inició furtivamente. Ella estaba dormida. Sus besos la despertaron y susurró somnolienta:

—Dejémoslo para mañana.

Él deseó oponerse. Pero ella acunó su cabecita bajo su cuello y se volvió a dormir. Era tan pequeña, tan buena y tan dulce. Era tan chiquita y tan fina y tan menudita. Y él era tan grande y tan fuerte. Cómo no concederle el reposo del sueño, si estaba tan cómoda ahuecada bajo su brazo.

Cuando se aseguró que el vecino se había largado, después de hacer mucho ruido con una palangana, fué a la calle por algo para comer. Se presentó con dos vasitos de papel llenos de café. Comieron y bebieron el café que sabía a hormigas. Luego él comenzó a rascarse la cabeza y a pensar. Tenía que rasparse el pellejo con las uñas para pensar, pues no estaba acostumbrado a eso de darle vueltas a una idea y encontrar soluciones.

Ella lo miraba con curiosidad. De pronto dijo:

—Tú eres zoquete, mijo.

—¿Quién, yo? ¿Por qué soy zoquete?

Pero no quiso explicar. Él se puso colorado y aquella calificación le turbó lo que estaba pensando. Ahora perdió el hilo. Qué buena broma, quizás tenía razón la mujercita. Si hubiera sido otro hombre se hubiera portado distinto. Claro que sí. Si hubiera sido el vecino de al lado. Pero él era un zoquete, estaba convencido. Qué importaba todo aquello. ¿Qué hubiera podido pasar? Él estaba pagando sus reales por la cama. Tenía derecho a estar allí y la mujercita lo quería. La muy zángana había dicho que lo dejaran para mañana, y ahora se burlaba de él. Quizás debió insistir, pero no lo hizo. Gran

zoquetón que era. Él sí había oído decir que los hombres grandotes son muy tontos. No lo creía, pero ahora se estaba convenciendo. ¡Y qué grosería de mujercita! Cómo se lo decía en su misma cara. Y ahora estaban en mañana y no se podía. Por el corredor transitaban los dos italianos discutiendo con los pasajeros y fijando precios. La puerta no tenía sino una aldaba rota. Podía arrimar la cama de tranca, pero no podía estirar hasta arriba el tabique. Cualquiera se podía asomar por el maldito tabique.

La mujercita se le acercó y se adhirió a su cuerpo. Él le pasó la mano por la cintura y ella le recostó la cabeza cerca del ombligo. Así parados los dos ella parecía retoñarle de abajo, como un hijo de cambur. A su contacto apartó los rencores. Él le preguntó si lo quería de verdad verdad. Ella se quedó un rato mirándolo, con los ojitos sonreídos.

—De no quererte no estuviera aquí.

Eso era verdad. Bueno, ahora podía pensar otra vez en aquello del principio. Tenía que buscar qué hacer porque traía muy poco real. Tenía que encontrar dónde ganarse la comida y la cama, para los dos. Pero la cosa no era fácil. Encontrar trabajo sí, él podía hallarlo al voltear la esquina. Con esa fuerza que tenía podía descargar un camión sin que nadie lo ayudara. Él podía tumbar una mula de un puñetazo en la nuca. Él partía un ladrillo con la mano como quien parte una arepa. Pero la cuestión era la mujercita. Qué hacía él con ella mientras trabajaba. Dónde la dejaba guardada. Pensaba con horror que se quedara sola en el cuarto del tabique. Si fuera más chiquitica se la metía en un bolsillo y se la llevaba. ¡Por qué no se volvía más y más chiquitica! Pero en el cuarto sola no la podía dejar. Por nada del mundo. Mucho menos con el vecino ese. Con el sinvergüenza ése que estaba falto de mujer.

Anduvieron de la mano por la ciudad. La muchedumbre los tenía mareados. Esa carramentazón de largas hileras. La gente se empujaba. Todo el mundo parecía apurado y angustiado. Los conductores maldecían con las puertas entreabiertas. Hombres y niños gritaban vendiendo cosas y les metían en las narices los pedazos de lotería. Ella se acordó del trocito que había comprado. El hombre había dicho que estaba premiado. El hombre aquel de la franela rayada. Ella sacó el trocito y se lo puso en la mano. Se acercaron por allí y preguntaron. No había salido nada. Un negro muy vestido de limpio, con tabaco mordido, consultó un papel lleno de numeritos.

—Se te negó la suerte, mijita.

Ella no entendía eso. A élla le habían dicho que era el primer premio. Qué cuento era ese ahora. Él se la llevó. Luego le iba a explicar. No le había querido decir nada. Quién quita que hubiera salido. No la quiso poner triste al entrar en la ciudad. No le quiso cortar la esperanza. Además, ella podía ser sortaria. Dicen que la suerte es loca. Pero ella estaba anegada en lágrimas. Lloraba de la rabia y pensaba en el hombre de la franela a rayas que la había engañado. Comenzó a odiar la ciudad. Comenzó a temerla y a desear escapársele.

Ella veía aquel hombre grande que era suyo y la miraba con sus ojos mansos. Pero era un muchachote nada más. Tenía mucha fuerza. Pero un camión de esos tenía más fuerza. Uno de esos autobuses podía llevarse su hombre grandote y pasarle por encima. Y ella se iba a quedar solita. Ella sin nadie que le diese sombra entre aquella gusanera de gente. Había visto rostros tan raros pasar a su lado. Había visto unas narices que no se había imaginado que existieran. Tanto musiú con ropas de mujer. Además la gente los miraba a los dos. Ella tan chiquita y él tan grande. Ella creía que los miraban. De puro embuste. Ella tenía sed. Frente a ellos, del otro lado de la calle, había un carrito con un hombre de batola blanca y campanita.

—Yo quiero un poquito de eso.

Él vaciló. —Espérate aquí—, le dijo y se lanzó a la calle. Un frenazo agudo chilló como un can apedreado. Ella miraba sin poderse mover. Su hombre había salido despedido contra el suelo. Allí tendido parecía un bagazo frente al camión enorme. Vino tanta gente que lo perdió de vista. Oía pitos y exclamaciones de mujeres. Ella se recobró y pudo mover las piernas. Había mucha gente, pero ella se metió por entre todos como una lagartijita entre el monte y llegó a su lado. El hombre se había sentado y un agente de policía trataba inútilmente de levantarlo por los brazos.

—¡Ayúdenme! —gritó el gendarme.

Ella le metió su manecita con valor. Tres hombres no podían.

El hombre sacudió ambos brazos y apartó todo el grupo. Estiró la mano buscando su sombrero. Alguien se lo alargó. Pesadamente se incorporó sacudiendo el sombrero con las manos.

—Pero quítenle esa mujercita de encima —insinuó alguien.

Ella estaba adherida a él, empinadita en la punta de los pies, escudriñándole de arriba a abajo.

—A mí no me ha pasado nada —refunfuñó.

—Pero si lo han batido contra el suelo. Vamos a llevarlo.

El agente se desplazó fuera del grupo.

—¿Dónde está el chofer?

Un hombrecito pálido se adelantó, barbotando disculpas.

La gente miraba con curiosidad al hombrezote con la mujercita guindando.

—Usted está aporreado, mano.

—Usted le pegó esa cabeza al suelo, vale. Déjese curar.

—Vaya al Puesto de Socorro. El policía lo va a llevar.

El hombre continuaba sacudiendo el sombrero, sin contestar las ansiosas preguntas de la mujercita. Todos le decían que se fuera a curar y la dejara sola. ¡Cómo no!

—No me pasa nada, mija, Vámonos.

La tomó de la manecita y salió del grupo, calle abajo. Allá quedó el agente de policía gesticulando frente al chofercito pálido de brazos cruzados.

—Aguántame la mano tú —dijo.

Ella lo agarró duro, con toda su fuerza.

La vista se le estaba poniedo terrosa, amarilla; las cosas parecían pasar debajo de un río crecido y sucio. Los oídos zumbaban como grillos impasibles. No estaban lejos de la casa de los italianos. Pronto iban a llegar. Ahora deseaba estar echado junto al maldito tabique y no le importaba el bombillo prendido ni el agujero del vecino, porque no estaba viendo nada.

Con su instinto de animalito ella encontró la casa y le condujo puertas adentro. Le apretaba muy duro la mano. En el zaguán los dos italianos cobraron sus seis bolívares adelantados. Él se tanteó el bolsillo y le puso la monedera en la mano. Ella sacó las monedas y los italianos se alejaron al fondo, siempre discutiendo. Se detenían un momento y se manoteaban la cara. Luego seguían otro pedacito para hacer lo mismo más adelante. Ella lo sentó junto a la cama y le quitó el sombrero. Con mucho trabajo le libró del enorme paltó. Observó que su brazos estaban pesados y resbalosos. Después lo recostó y le colocó la almohada.

—Mete los reales aquí abajo.

Ella obedeció silenciosa. Se acercó al espejo y se vió. Aquélla era otra mujer o aquel espejo estaba malo. Luego volvió a su lado y le pasó las piernas por entre el enrejado del camastro.

Después subió a la cama para apagar la bombilla. No alcanzaba y apoyó un pie sobre la gruesa pierna inmóvil.

—¿Te maltrato?

Él movió la cabeza negativamente.

—Si tú no pesas nada, mijita. Tú eres una pluma de pájaro.

Ella le alzó el brazo y se metió debajo. Sintió que él la apretaba. Él la sintió a ella, pegadita y liviana, muy juntico de él. Un poquito más abajo estaba su cabello barba de jojoto. Un poquito más abajo estaba su boca con su salivita. Un poquito más abajo estaba toda ella en sombra. De puro zoquete no había llegado allí. Los hombres grandes son zoquetes. Eso no tiene vuelta.

Tenía mucho sueño. Era un sueño amarillo y pesado como un buey.

—Apaga esa luz, mijita.

—Ya la apagué, mi amor. Esto está oscurito. Descansa tranquilo.

Él comenzó a respirar con fatiga.

—Esta noche tampoco será.

—Puede que mañana.

—Sí, mañana sí será.

Qué sueño tan pesado. Pero ahora era sabroso; sentía que se iba lejos, como si le estuvieran estirando el pescuezo sin dolor. Sentía una cosquilla hacia la nuca. Le bajaba de lo alto de la cabeza. Qué sueño tan dulce y pesado. Ella estaba junto a él, muy pegadita. Todo se le iba haciendo irreal, pero siempre le sentía a élla, tan chiquitita, tan blandita y suave, tan livianita. Pluma de pájaro en su costado. Lirio de río en la orilla.

—Puede que mañana.

Qué sueño dulce y largo.

EDUARDO ARCILA FARÍAS

(Maracaibo, 1913).

Eduardo Arcila Farías hace el cuento proletario. El sentido de protesta revolucionaria es claro en sus narraciones y sus cualidades de escritor están definidamente utilizadas en una labor valiente y altiva, precisa en su sentido, sin excesos gritones ni sensiblerías. La obra de cuentista de Arcila pertenece a un momento de la historia literaria de Venezuela en el que nuestros escritores, luego de los obstáculos impuestos por la larga dictadura de Juan Vicente Gómez, encuentran el goce de las palabras firmes y de la firme aceptación de una actitud que no se conforma con las iniquidades de ciertos órdenes establecidos. Los temas de Arcila son francamente obtenidos en los tópicos de la política, de la economía, de la sociología; sus personajes son "el patrón", "el obrero", "la máquina", "el dinero", "el trabajo". Realizó sus cuentos con prosa clara, sencilla, elegante, unida exactamente a su sincera intención. Después de su único libro de cuentos —"Sudor"— Arcila ha publicado valiosas obras científicas de investigación económica. Su regreso —así fuese incidental— a la literatura narrativa, sería hermoso acontecimiento para las letras venezolanas.

SUDOR

Por Eduardo Arcila Farías.

—¡Uf, que friíto!

La gorra le cubría hasta las orejas. Levantó las solapas del saco y ocultando las manos en los bolsillos del pantalón, continuó andando.

Aún no había aclarado. Los faroles en las esquinas permanecían encendidos y una luz rojiza iluminaba la calle, por donde, allá hacia el fondo, comenzaría pronto a levantarse el sol como una antorcha inmensa y roja.

Los gruesos tacones de los zapatos claveteados de Martín, golpeaban ruidosamente el cemento de la calle. El ruido sonaba metálico y profundo, rebotaba sobre las paredes y se multiplicaba como si marchase un pelotón.

Bajaba de una acera y subía a otra. Cuadra tras cuadra iba avanzando. En cada esquina un chorro de aire frío le bañaba el rostro. Apretaba entonces los brazos contra el cuerpo y subía los hombros hasta ocultar el cuello.

Las ventanas de las casas se iban abriendo perezosamente como párpados soñolientos. Por uno de los postigos abiertos se escapaba un grato olor a café. Martín aspiró profundamente y entornó ligeramente los ojos. En la próxima venta compraría café hervido. Y apresuró el paso.

Una leve claridad comenzaba a deslizarse por la calle. Los faroles se apagaron. Alguna que otra puerta se abría, daba paso a un hombre y cerrábase de nuevo. Multitud de hombres marchaban ya por la acera. En las bocacalles tomaban distintas direcciones, se miraban con indiferencia y seguían. Cada vez era mayor su número; se les veía surgir como si brotasen de las paredes, y a sus espaldas se escuchaba el

quejido de unos goznes como una despedida. Y nuevas sombras se proyectaban en la calle.

Martín había ya dejado atrás las últimas casas de la ciudad y marchaba en dirección a la fábrica, situada en una de las afueras. El petróleo de la carretera apagaba el ruido de sus tacones y una ligera nube de polvo lo envolvía. Los automóviles pasaban veloces a su lado agitando el aire.

Las casas presentaban en aquel sitio un aspecto distinto. Entre unas y otras había un pequeño espacio que se ensanchaba a medida que se iban alejando del centro, como si tratasen de vivir con mayor holgura y se sacudieren la modorra. Las enredaderas trepaban retorciéndose alrededor de horcones delgados, formando verdes arcadas. Un agradable olor se respiraba a todo lo largo de la vía. Las flores empinábanse sobre sus tallos ligeros y asomaban por encima de las barandas sus encendidas corolas, dejándose admirar coquetamente por los transeúntes.

Un pitazo estridente cortó el aire.

¡Las seis!

La sirena de la fábrica chillaba rabiosamente. "¡Qué hacen, holgazanes, que no terminan de llegar!" La fábrica impaciente se lo encaraba a los obreros en marcha por la carretera; la sirena se desgañitaba gritando desde lo alto de la chimenea como si hubiera trepado sólo para insultarlos.

Un centenar de ojos volvieron la vista hacia arriba, y miraron con mal disimulado odio a aquel pedazo de tubo pintado de negro, por donde salía disparado un delgado chorro de vapor de agua. Y los pies moviéronse con mayor rapidez. El pensamiento se vació de ideas como un neumático que se desinfla. Olvidáronse de todo, mas una preocupación fija y obsesionante quedó en sus mentes: llegar pronto. La sirena no tardaría en gritarlos de nuevo y para entonces deberían encontrarse todos reunidos ante la puerta cerrada, y entrar luego a la hora exacta, casi a un mismo tiempo, atropellándose sin que nadie se atrasase.

Por el hueco ancho de la puerta, con negros manchones de grasa, fueron entrando los obreros. La puerta se los iba tragando uno a uno. Los hombres se metían por aquella boca negra, y muchos de ellos no podían evitar un movimiento instintivo de la cabeza hacia atrás, hacia ese mundo que abandonaban, como si nunca más hubieran de salir de aquel vientre insaciable y profundo que impasible se los tragaba. Antes de entrar arrancaban de sus bocas los cigarros y los arrojaban lejos; ya en el recinto, lanzaban lentamente el humo de las últimas chupadas. Las arrugas iban apare-

ciendo sobre las frentes y los rostros se tornaban sombríos.

El aire era pesado allá dentro. Faltaba luz. Ni la temperatura fresca ni la claridad de la mañana llegaban hasta allí. Luces débiles iluminaban los rincones de la sala y las planchas de zinc del techo comenzaban a calentarse con el calor del sol.

Los obreros comenzaron a desvestirse. Colgaron en clavos hundidos en las paredes las ropas que llevaban y se metieron dentro de los gruesos over-alls. Cada cual se dirigió a tomar su trabajo. Los motores comenzaron a roncar. El ruido iba en aumento. Cada vez nuevas máquinas entraban a funcionar y multitud de martillos golpeaban el hierro. Un sonido confuso de campanas atronaba el aire. Se escuchaba la respiración fatigosa de los fuelles. Las seguetas trabajaban. Las llamas se retorcían, voraces e inquietas, en las fraguas y en la caldera. En el suelo, barras de hierro, moldes para el vaciado, instrumentos destrozados. Y grasa. Grasa negra que manchaba el suelo, las paredes y los hombres. No era posible escapar allí a las manchas de grasa, como si fuese un sello y todas las cosas las llevasen como una marca de propiedad.

¡El trabajo había comenzado! Los brazos se movían afanosamente de un extremo a otro del taller, y de las frentes comenzaban a caer copiosas gotas de sudor. El termómetro subía.

Y la impaciencia comenzó a contar las horas: ¡Ocho de la mañana! ¡Las nueve! ¡Las diez! ¡Las once!

Y apenas había el reloj terminado de dar la última campanada, cuando Miguel se le acercó a Martín. Venía serio, con pasos lentos. Se apoyó contra el banco y permaneció callado, puesto el ceño. Sus labios, ásperos y gruesos, se movían como si quisieran hablar. Tras la espesa capa de sucio que cubría su cara, se adivinaba la vacilación. Sin duda, traía algo importante que decir. Martín dejó caer el brazo que agarraba el esmeril, y miró con extrañeza a Miguel. El otro bajó la vista y apretó la boca, movió torpemente el cuerpo y apoyándose de nuevo contra el banco, la cabeza vuelta hacia un lado, mirando hacia ninguna parte, comenzó a hablar. Habían decidido todos en la fábrica contarle lo ocurrido, y lo habían elegido a él para que fuera a hablarle. Y la voz de Miguel estaba ronca, como si hubiese tomado aguardiente; se interrumpía a menudo, tomaba aire, pues la emoción lo asfixiaba, y luego continuaba su relato.

En la última semana Martín había estado en cama a consecuencia de un accidente. Un grueso eje se le había esca-

pado de entre las manos cayéndole sobre un pie. El sábado fué Carmen, su mujer, a cobrar el jornal. El patrón la hizo pasar a su despacho. Demoró en salir. Los obreros lo notaron y se miraron unos a otros con malicia. Uno de ellos se acercó hasta la puerta y miró a través de la cerradura. Y vió demasiado.

De regreso se plantó en la puerta que daba hacia la oficina, y desde lo alto de las gradas, poniéndose los índices sobre la frente a manera de cuernos, gritó con voz llena y chocante:

—¡Otro cornudo!

Y una risa inmensa rodó por el taller. Las bocas se abrieron hasta dejar al descubierto las campanillas rojas y vibrantes. Algunos, sin embargo, se quedaron mudos, confundidos ante la burla. A Simón le subió el color de la sangre a la cara, y permaneció impasible como si nada hubiese oído. Pero se ocultó avergonzado tras una máquina, como si temiera ser visto. Ni Pablo, ni Adalberto, ni Tomás, llegaron a reír...

¡Calor! El termómetro marca 30 grados.

Los hombres sudan. De los rostros cae el sudor en gotas espesas. Las ropas están pegadas a los cuerpos. Pero las manos agarran con fuerza los instrumentos. Y el sudor sigue corriendo por las espaldas de los hombres. Del techo de zinc baja directo y sofocante el calor, y la sangre hierve en la cabeza de los obreros, los músculos se van aflojando y los movimientos se van haciendo más lentos. La respiración se hace fatigosa.

El sol sube. El termómetro sube.

¡31 grados!

¡Las doce!

La sirena rasgó el aire. Esta vez para arrojar a los obreros del taller. "¡Fuera holgazanes! ¡Id y volved! ¡Pero volved pronto...!" Y los obreros abandonaron las herramientas, dejaron caer los brazos y marcharon a vestirse. De un tonel iban sacando agua para lavarse, disputábanse el sitio y veinte manos a un mismo tiempo metían vasijas en el depósito. El agua corría por el suelo y los zapatos la mezclaban con el sucio del piso formándose una resbaladiza capa de lodo. El jabón hacía espuma en los rostros y caía en oscuros copos. Las paredes se iban tapizando con los azules vestidos de los obreros.

¡Tragedia!

La puerta de la oficina acababa de abrirse. Por ella aparecería el patrón. Y Martín lo mataría. Nadie podía dudarlo.

La alegría pasaba de un corazón a otro de los obreros como una mariposa de flor en flor. Y la ansiedad comenzó a llenar el salón. Los ojos fijos en la puerta; fijos en las manos del obrero que enjabonaba su cara en una palangana llena de abolladuras. Pero el patrón salió con paso lento, atravesó el salón mirando a uno y otro lado, y Martín en el lavadero permaneció inmutable, como si no le hubiese visto, como si no hubiera sentido sus pasos ni el crujido de sus zapatos de fino cuero.

¡No hubo tragedia!

Y los obreros echaron de nuevo a andar. Despreciativos. Enojados por haber perdido el espectáculo. De haber sido su mujer, ellos habrían matado al patrón. Salieron también en tropel y aceleradamente, pero sin el vigor de por la mañana. Iban sin fuerzas ni voluntad, vacíos como pellejos. El sol les hería la frente, y sudaban copiosamente. De nuevo sus zapatos marcharon por sobre el petróleo de la carretera; por sobre el fuego de la carretera.

El sol ha llegado al cenit.

¡32 grados!

El suelo hierve. Del cemento de la calle se ve subir un tenue vapor, y en las plantas de los pies se siente el calor de las suelas de los zapatos como planchas de hierro calientes; y la piel arde, como si se estuviera formando una gran ampolla. Los pies apenas si se detienen y avanzan, rápidos, por sobre aquella larga superficie caldeada.

En el aire se cruzan multitud de haces resplandecientes que ciegan la vista. No se ve sino una gran mancha blanca que deslumbra. Los párpados se cierran, pero aún persiste en la retina la claridad. Y también a los ojos se les siente arder. Las cejas bajan y se fruncen queriendo proteger la vista, y un gran número de arrugas surcan las frentes como si todos pensaran en cosas graves. Y las caras toman un aspecto de mal humor.

El sol golpea en todas partes. Ni una delgada sombra se proyecta en las aceras. Y el calor del sol cae sobre las espaldas, sobre el pecho; rodea, envuelve y sofoca los cuerpos. ¡No es posible evadir el sol! No hay más remedio que apresurar el paso para llegar cuanto antes a la casa. Y los hombres caminan como si fueran a correr, los sombreros tumbados sobre los ojos, pegándose a las paredes y deslizándose rápidamente como si tratasen de huir.

¡33 grados bajo sombra! ¡34 bajo sol!

Martín avanza por la calle. Como todos, lleva la frente

poblada de arrugas. Pero él, en cambio, piensa. Piensa en lo que le relató Miguel. También como todos, quiere llegar pronto a casa, pero no tan sólo porque desee la sombra fresca y acogedora.

Y suda. Un sudor copioso le corre por el rostro. Todo su cuerpo gotea lentamente como un filtro. Siente correr las gotas sobre la piel, provocándole una ligera cosquilla. Lleva las piernas empapadas, y al caminar los pantalones se le pegan a las rodillas, a los muslos, a las pantorrillas. Las medias están húmedas y los dedos de los pies al moverse sienten la humedad como si anduvieran por entre el fango. La camisa es un trapo mojado pegado al pecho, y siente que le chupa las fuerzas a través de los poros abiertos, como una lengua babosa que chupase un panal. De la frente le bajan gruesas gotas que se le acumulan en las cejas para rodar luego hasta la barbilla de un inagotable y delgado hilillo de sudor que con frecuencia se sacude con la mano; pero el sudor vuelve, cada vez más copioso. Aprieta el paso. Atraviesa las calles casi corriendo. Toma las aceras de un salto. Y el sudor le corre hasta los pies. El saco, pasado en las espaldas y con un gran círculo de humedad bajo los brazos.

¡35 grados bajo el sol!

Continúa andando. El cuerpo le hierve. Le faltan aún varias cuadras para llegar a la casa. Ni una ligera brisa siéntese soplar. Trata de separarse las ropas; pero éstas de nuevo cáenle sobre la piel, pesadas y húmedas. Sentía asco de sí mismo. Un olor desagradable y penetrante fluía de su cuerpo. Jadeaba. Trataba siempre de marchar más aprisa. ¡Y llegar! Llegar pronto; arrancarse aquellos trapos asquerosos; sacar los pies de entre el fango de los zapatos. ¡Y echarse al baño!

¡El baño!

¡Carmen!

Ante él apareció ella. Había salido a abrirle la puerta. Es blanca y delgada. De sus ojos se desprende una tibia dulzura. En su traje lleva el tizne de la cocina. Martín la tomó por las delicadas muñecas y cerró los dedos. Los cerró con todas las fuerzas que aún le restaban.

La miró con los ojos saltados. Apretó los dientes hasta sentir dolor en las quijadas. Ella comprendió y comenzó a temblar; todo su cuerpo vibraba como un junco sacudido, y sobre su cara se puso de pronto el espanto como una máscara.

Las manos de Martín comenzaron a subir. Lentamente



iban subiendo por los redondos brazos, tomaron la suave curva de los hombros y se posaron alrededor del cuello. Rodeado por las dos fuertes manos, el cuello desaparecía; y la cabeza de Carmen emergía de entre ellas como de entre una cesta de mimbre.

¡Calor!

El aire caliente sofocaba. La respiración se hacía difícil. Martín sentía como si una gigantesca llama lo envolviera. Y sudaba. Todo su cuerpo manaba a chorros el salado líquido, en tanto un gran desfallecimiento lo iba invadiendo, como si tuviera las venas abiertas y corriera la sangre por sobre la piel hasta quedar el cuerpo vacío como un odre. La voluntad y los músculos íbanse aflojando como elásticas podridas.

¡El cuello! ¡Apretar las manos! ¡Hundir los dedos en aquella garganta de perlada blancura! Vería entonces a aquellos ojos que amaba, saltar fuera de las órbitas y ponerse feos como úlceras; y la sonrosada lengua se tornaría amoratada y caería fuera de la boca, colgando como un calcetín sucio. ¡Pero el calor lo ahogaba! Las fuerzas se le escapaban por los poros como el agua de un tonel roto.

¡34 grados!

¡La camisa pegada al cuerpo, babosa y desesperante! ¡Los dedos de los pies moviéndose dentro de los zapatos como entre aceite!

¡El baño!

Un estremecimiento sacudió su cuerpo. Su piel se dilató como si hubiera entrado en contacto con el agua. Y no pudo pensar en nada más. ¡La piel! Su voluntad residía ahora en la piel, como si toda ella se hubiera vuelto materia cerebral, y ordenara.

Sus manos se aflojaron casi de repente, sus brazos cayeron desde lo alto de los hombros de la mujer y oscilaron como cuerdas cortadas. Parecía como si su cuerpo fuera a derrumbarse, semejante a un monigote.

Y comenzó a andar vacilante, a zancadas largas y tardías, el tronco echado hacia adelante, dejando en el suelo un rastro de sudor, que goteaba desde la barbilla y desde la punta de los dedos.

¡Después del baño! ¡Sí! ¡Después del baño le ajustaría las cuentas!

PEDRO BERROETA

(Zaraza, 1914).

La característica primordial de la obra de Pedro Berroeta es la inteligencia, en el sentido de claridad y organización. Sus relatos están guiados por un diseño preciso, calculados a determinada escala, sabiamente dosificados en su aspecto poético, para que el misterio planteado desarrolle su encanto con fuerza limitada al logro de una armoniosa realidad artística. Nada debe escapar a la inteligencia; ni siquiera la posible frialdad que surgiría de un exceso vigilante. Por esa su característica esencial, la obra de Berroeta se va enriqueciendo a medida que el autor madura y si los cuentos de su primera actividad juvenil pueden ser considerados como elaborados en demasía, en los trabajos subsiguientes los elementos de pasión, de poesía, de sensualidad, se armonizan en conjuntos de muy grata composición: la fábrica inteligente deja las ventanas abiertas al viento de la vida y éste llena el edificio que preparó la inteligencia. "Demetrio y el niño" demuestra justamente el hábil juego de arte que sabe realizar Berroeta, al decir cómo una imaginaria realidad poética puede convertirse en dramático acontecimiento: el niño del cuento enreda los hilos de lo imaginario para concretar las líneas del relato, el mosaico exactamente calcado sobre el dibujo que preparó el autor.

DEMETRIO Y EL NIÑO

Por PEDRO BERROETA.

(Mención Honorífica en el VII concurso Anual de "EL NACIONAL").

De pronto, el sol alcanzó la ventana y se pegó contra el espejo. Las paredes del cuarto de baños comenzaron a entrecruzarse reflejos y la atmósfera se puso a llamear. El cielo era de un azul sólido. Los árboles se esponjaron para sacudirse el polvo de la noche y la gota del grifo caía ahora acompasadamente encendida. La fuerza del universo estallaba en luz.

Alguien gritó afuera.

—¿Qué? —preguntó Demetrio a voz en cuello.

No se oía a causa del ruido del agua al caer en la bañera. La puerta se abrió y la mujer de Demetrio asomó la cabeza:

—¡Vas a llegar tarde a la oficina!

Lo cual era como si le dijeran: "Cuidado no se te olvide respirar".

Una prisión a siete pisos de altura. Ocho horas diarias de trabajo, seis días a la semana. A veces, también, los domingos cuando quedaba mucho trabajo pendiente y el patrón lo había llamado a uno "hermano" y le había hecho aceptar, junto con un vaso de cerveza, la idea de que la empresa era, en el fondo, una cooperativa.

Si, por casualidad, se acercaba a una ventana, Demetrio se asombraba de que alguna gente pudiese aún corretear por las calles, detenerse ante una vitrina, vacilar y retroceder, como quien no sabe muy bien qué hacer con su tiempo. Si Demetrio por un instante —¡oh, sólo por un instante!— olvidaba que

pertenecía a una poderosa empresa, que en el fondo era suya, y desfallecía y echaba una mirada a la calle, tan llena de luz como un racimo de uvas, tan tibia, tan mansamente entregada como una mujer dormida en la playa, le parecía que toda aquella gente que iba y venía eran seres de otro mundo, milagrosamente libres, increíblemente ingrávidos, que jugaban juegos inocentes e incomprensibles.

Tanta luz. Tanta luz que repercutía en el pecho de Demetrio como el estampido de un cañón: un río de vino blanco que arrastraba peatones y automóviles en una alegre y perezosa bacanal. Y si algún pájaro, perdido en la ciudad, se detenía un instante en la baranda de algún balcón, a la altura de la ventana de la oficina, Demetrio cerraba los ojos y lo dejaba ir, sin verlo, esquivándolo con oscuro terror, porque sentía sin saberlo, que era una llamada de los que están afuera, de los que viven en la ancha tierra y les importa un bledo no tomar cerveza con el patrón. Pero los ojos cerrados no le impedían oír el luminoso bramido oceánico que corría a sus pies, siete pisos abajo.

Sin embargo, su mujer insistía:

—¡Que vas a llegar tarde a la oficina...!

En absoluto. Un día, no se sabe por qué causa, el patrón decretó que el jueves siguiente no se trabajaría. Demetrio se sintió como si le hubieran cargado los brazos de naranjas. No sabía qué hacer con tantas horas. Se le escapaban, rodaban, se perdían. Luchó toda la mañana y aún parte del mediodía. Vagaba de cuarto en cuarto sin saber dónde esconderse con su provisión de libertad. La casa le negaba asilo, extrañada de verlo allí, en pleno día, como una corriente de aire extraviada. Entonces, se encerró en el baño con el periódico y se puso a desear ardientemente que terminase todo aquello. Y como le quedaba todavía un puñado de horas, se metió en el cine con su mujer, para gastarlas de un solo golpe.

Al salir del baño, Demetrio comenzó por secarse los pies. Luego pasó a otras partes de su cuerpo, mientras pensaba en diversos problemas que tendría que resolver en la oficina. Era como si alguien secara el cuerpo de otra persona en otro punto de la tierra. El mecanismo cerebral de Demetrio estaba para siempre engranado con la oficina, de manera que no concebía su cuerpo como un conjunto de músculos, formas, funciones, apetitos y deyecciones que, en un momento dado, pudiese desear otra cosa o ser empleado en propósitos no determinados en el plan general de actividades de la empresa.

Demetrio llegó a la parada del tranvía y esperó. El conductor lo saludó.

—¡Ah! —dijo Demetrio—. ¿Por lo que veo han vuelto a sacar el 325? Hace como cinco años que no lo había visto.

—Sí —respondió el conductor—. Al fin le compusieron los transformadores. Es el mejor tranvía que tenemos.

El colector se acercó y Demetrio pagó, luego se puso a leer su periódico y al cabo de un rato, instintivamente, se levantó y bajó. Había llegado. Levantó los ojos: su oficina lo esperaba, allá arriba, encajada en las nubes. Lo esperaba, como siempre.

Pero esta vez, a sus pies, había un niño.

Demetrio, sorprendido, se inclinó un poco hacia adelante. El pequeño le sonreía. Tenía en la mano un lápiz sin punta y sonreía de una manera total: absolutamente todo el cuerpo estaba incluso y latía y reía en aquellos labios de niño. Demetrio pensó: "¿Un niño en la ciudad?" Y quiso atravesar el umbral. Se detuvo, sin embargo, y echó un vistazo al reloj.

—¿Qué haces aquí? —preguntó al pequeño.

—¿Yo? Nada.

Demetrio no tenía costumbre de hablar con los niños. Decidió adoptar un aire severo y tratarlo de usted.

—¿Dónde está su mamá?

—Yo no sé, ¿y tú? —respondió el niño.

Tendría unos cinco o seis años. Estaba bien vestido: unos pantaloncitos cortos, azules, y una blusa blanca. Tenía las uñas limpias y miraba sin ninguna timidez.

Demetrio buscó con los ojos al portero. No había nadie. Se sentía profundamente turbado sin saber por qué. No se atrevía a tomar ninguna decisión y al mismo tiempo le irritaba el que tuviese que tomar alguna, cuando aquello no le concernía en lo más mínimo. Se daba cuenta de que, a medida que los segundos pasaban, alguien iba cercándolo con los datos de un problema que no era suyo, que no le tocaba, pero que lo ataría para siempre si no huía ahora, ahora y no más tarde. El niño lo miraba con perfecta despreocupación, como el que, desde la otra acera, asiste a la disputa entre dos borrachos.

—Bueno, ¡vete! —exclamó bruscamente Demetrio.

—¿Para dónde?

—¡Qué sé yo, para tu casa! ¿No tienes casa?

—Sí. Una grande, así —el niño separó sus brazos lo más que pudo—. ¡Grandísima!

En ese momento, Demetrio se fijó en que un policía, desde la esquina, los estaba observando. Se puso pálido. Temió que el policía pensara que él era uno de esos corruptores de menores de que hablaban tanto los periódicos en los últimos días. Y naturalmente, por eso mismo, sus gestos se hicieron tan extra-

ños, que el agente —quien al principio había imaginado que eran padre e hijo— comenzó a sospechar algo diferente.

Demetrio estaba tan aterrado, que quiso despedirse del niño estrechándole la mano, como si hubiera sido un hombre.

—Bueno: yo me voy —dijo—. Tengo que hacer. ¿Tú te vas también? Pon mucho cuidado al atravesar las calles.

Pero el niño le volvió la espalda y se puso a dibujar en la pared con su lápiz sin punta.

Ciertamente, Demetrio no sabía qué hacer. O no podía hacer lo que debía hacer. De pronto, una fuerza poderosa lo había clavado allí, junto a un niño desconocido y en un solo instante su propio camino se había borrado.

El pelo del chiquillo se desvanecía suavemente en la nuca. Era tan fino, que el leve aire de la calle hacía flotar algunos mechones. La mediecita del pie izquierdo había desaparecido, tragada por el zapato. La piel de las piernas era lisa, tersa, sin un rasguño. Había uno, sin embargo, uno: en un brazo.

Demetrio, en verdad, no sabía qué hacer.

Lentamente, el policía comenzó a acercarse hacia él con el objeto de sorprenderlo en flagrante delito. Demetrio lo veía venir y escapado de sí mismo por el terror, asistía desde la ventana de su propia oficina, a lo que iba a pasar. De pronto, un turista quizás, se acercó al policía y le preguntó algo, y el agente tuvo que detenerse y volver la espalda para explicar. Demetrio dió un salto hacia el niño.

—¡Ven, corre! —le gritó al oído.

Y ambos salieron corriendo.

¿A dónde ir ahora? Ya habían recorrido muchas calles de la ciudad. Demetrio se había mezclado a la embriagadora corriente de los transeúntes. Las casas y las aceras estaban enchumbadas de sol y a cada esquina se tenía la sensación de penetrar en un baño más y más tibio.

Las jóvenes mujeres marchaban alegremente, se detenían de pronto ante una vitrina, reían entre sí, y luego se iban, no sin antes dar un rápido toque al peinado. Los vendedores ambulantes ofrecían sus mercancías sin apremio, negligentemente, como las flores se ofrecen a lo largo de los caminos campestres. El cielo parecía un esmalte cóncavo, de agradable azul cálido que se fundía a gusto con el raudal de la sangre.

La mano del chiquillo desaparecía en la gran mano de Demetrio. Cada vez que el reloj de la iglesia sonaba la hora, el niño se detenía y levantaba hacia su compañero su rostro sonriente, y el hombre pensaba que había en ello un significado oculto. Por eso, cada vez, guiñaba en respuesta con malicia. Sentía que el pequeño lo llevaba hacia algo que nunca

había visto, que nunca había conocido y que, al mismo tiempo, era protector y protegido.

Se pararon ante una tienda de juguetes. El niño aplastó su cara contra el vidrio. Demetrio puso su mano sobre la cabecita: era ínfima y frágil, parecía un polluelo. De repente pensó: "Es hijo mío".

El niño, jugando inconscientemente, sacudía la cabeza. Los dedos de Demetrio resbalaban sobre la piel: "Es hijo mío" —pensaba—. "Es la cabeza de mi hijo".

—¿Te gusta algo, alguno de esos juguetes? —le preguntó.

—No, muchas gracias. Ninguno de ésos me gusta.

¿Por qué tanta gravedad en la voz? Demetrio se inclinó para verlo. No había sido la voz de un niño. Era una entonación lejana y desconocida que trazó, súbitamente, una cruz glacial sobre el pecho del hombre. ¿De dónde vendría aquel pequeño? Varias veces le había preguntado su nombre, pero el chico se reía, como si no comprendiera lo que quería decir eso de llamarse de algún modo. Hacía horas, sin embargo, que caminaban de la mano, como gente que se conoce desde hace mucho tiempo: como padre e hijo.

Demetrio, de paso, se miró en una vitrina. ¡Oh, no! Todavía era joven, no solamente por los años. Joven y ágil. Se sorprendió de sí mismo en la vitrina y se sorprendió aún más de encontrarse de pronto con aquel conjunto de formas y líneas agradables que eran él mismo. Se descubrió a sí mismo, se dió cuenta de su cuerpo, de ese silencioso y olvidado compañero, de ese callado servidor infatigable y se sintió conmovido.

—Todavía soy joven —pensó—. Todavía puedo tener un hijo.

Y, riendo, se inclinó hacia el niño.

—¿Sabes que podría ser tu padre?

—¡Oh, no! —respondió el pequeño.

Demetrio iba a preguntarle por qué, cuando en ese momento una muchacha pasó ligeramente a su lado y acarició levemente la mejilla del niño. Era linda y delgada y mientras se dejaba arrastrar por la multitud, volvió dos veces el rostro hacia Demetrio. Había dejado en torno del chiquillo una huella de perfume extrañamente familiar. Era un perfume pesado en sí, pero que lentamente rompía su propia cáscara material y subía con un estremecimiento secreto para evocar cosas en un tiempo prometidas y ahora a punto de realizarse.

Alguien dió un grito y Demetrio, sobresaltado, se detuvo. La calle seguía viviendo como siempre. La gente iba y venía, reía y hablaba, como hace un rato, como antes del grito que nadie parecía haber proferido y nadie oído, sino Demetrio.

—¡Vamos, vamos! —le decía el chiquillo.

Pero Demetrio estaba todavía atento a aquella gran voz que había partido súbitamente de no se sabe dónde y, cruzado silenciosamente la calle, había venido a él directamente y sólo a él. Había venido para decirle algo que estuvo a punto de comprender, como el durmiente al despertar casi atrapa al vuelo el último jirón de los sueños que huyen. El aletazo de ese mensaje que apenas lo rozó, hizo estremecer al hombre y lo llenó de tristeza.

¿Qué hacía él a aquellas horas fuera de su propio mundo? ¿Qué locura estaba cometiendo? Le parecía que algo había quedado definitivamente roto, que nunca las cosas podrían ser como antes, pero al mismo tiempo, no se atrevía a levantar los ojos para ver lo que venía, pues ya llegaba hasta ellos el murmullo de los árboles del parque, y Demetrio sabía que estas palabras tenían que ser pronunciadas:

—Llévame al parque, ¿quieres?

El sol se vertía con ansiedad sobre la tierra. De los árboles pendían hilillos de luz que flotaban en el viento como telarañas. Las avenidas corrían bajo las sombras azulencas, se cruzaban y dispersaban y al fin se daban cita en el centro del parque, donde los líquenes iban vistiendo de verde una ondina de mármol.

Demetrio pensó que el niño deseaba jugar con arena o balancearse en los columpios, pero no fué así. Cuando llegaron al ángulo norte de los jardines se detuvo:

—Voy a esconderme detrás de ese árbol, pero no me busques hasta que cuentes cien —le dijo.

Demetrio cerró los ojos sonriendo. Esperó un rato y luego se dirigió hacia el árbol, un cedro gigantesco, poderoso, de grandes barbas paternales. Dió rápidamente vuelta al tronco.

No había nadie.

Demetrio se sorprendió enormemente. No era posible que el niño, en tan corto tiempo, hubiese podido alcanzar un grupo de árboles que estaba del otro lado de la avenida. Absurdamente, levantó los ojos hacia las primeras ramas. No había nadie. Volvió al sitio donde se encontraba al principio, cerró los ojos y contó de nuevo cien. Al abrirlos, el guarda del parque estaba a su lado.

—¿Qué le pasa? —le preguntó—. ¿Está enfermo?

—No, no. Es un juego —respondió Demetrio ruborizándose y volvió a dar la vuelta al tronco. No había nadie.

El vigilante lo veía con una expresión cada vez más perpleja y Demetrio se dió cuenta de que tenía que dar una explicación si no quería que lo tomara por loco.

—Estaba jugando al escondite con un niño —y de pronto ha desaparecido.

—¡Cómo va a ser! —dijo el guarda—. ¿Y dónde debía estar escondido?

—Detrás de ese cedro: él mismo me lo dijo.

El guarda se dirigió hacia el árbol.

—No comprendo —murmuró—. No podía haber corrido hacia otro sitio. ¿No ve usted que no hay huellas en la arena? ¿Está seguro que fué detrás de este árbol?

—¡Segurísimo!

El guarda volvió a mirarlo con una expresión indefinible y le sugirió:

—¿Por qué no grita su nombre?

Sin medir el alcance de sus palabras, Demetrio respondió:

—No sé como se llama.

—¡Cómo! —exclamó el otro—. ¿No sabe cómo se llama y andaba con usted?

Se veía a las claras que el vigilante había leído también en los periódicos las noticias sobre los corruptores de menores.

Demetrio no sabía qué hacer. Su pobre experiencia no le podía ofrecer recursos para salirse de una situación como ésta. Desesperadamente buscaba decir algo para despejar las sospechas que rápidamente veía acumularse en el espíritu del vigilante, pero era tan torpe en eso de mentir, que al tiempo que pensaba afirmar que el niño era hijo de un vecino suyo, dijo lo siguiente:

—Me lo encontré esta mañana en la puerta de mi oficina.

Como si se hubiese tratado de una cartera.

—"No hay duda —pensaba el guarda—; éste es uno. Pero ¿qué hacer? No se puede arrestar a nadie sin pruebas. Vamos a esperar".

—¡Búsquelo entonces por allí! —le dijo a Demetrio—. A lo mejor está jugando con otros niños. ¡Adiós!

Pero no se alejó mucho, sino que fué a sentarse en un banco. Y lo hizo de manera que Demetrio se diese cuenta de que era a propósito.

Algo azul cruzó rápidamente uno de los senderos del parque, y desapareció detrás de un grupo de árboles. Demetrio sonrió y miró con encono al guarda. Con mucho tiento, para que no crujiera la arena, se fué aproximando al sitio donde estaba escondido el pequeño. El guarda lo miraba también, súbitamente enternecido por aquel adulto que sabía comportarse como un chiquillo.

Un pequeño ruido intermitente se oía. Demetrio dió un salto y lanzó una carcajada. Pero al mismo tiempo estalló en el aire

un grito de espanto y un niño que estaba haciendo pipí detrás del árbol, salió espantado dando alaridos, hacia su madre, quien comenzó a insultar a Demetrio y a amenazarlo con sus agujas de bordar.

El vigilante corrió a su vez.

—¿Qué le pasa, ahora? —le gritó a Demetrio, agarrándolo por el brazo—. ¿No puede dejar a los niños tranquilos?

Se había formado un grupo. Los pequeños apreciaban infinitamente el espectáculo de un adulto regañado. Las madres y cargadoras se preguntaban unas a otras.

—¿Qué pasa? ¿Qué hizo?

La madre del sorprendido decía, llorando:

—¡Quiso violar a mi hijo, a mi muchachito!

El vigilante se llevó a Demetrio cogido por el brazo y le dijo rudamente:

—Este parque no tiene sino una sola salida. Si es verdad que usted vino con un niño, tendrá que salir por aquí. ¡Espérelo afuera!

Demetrio estuvo rondando toda la tarde, de una esquina a otra del parque. Completamente absurdo. A medida que el tiempo pasaba más se daba cuenta de que le era irremediablemente imposible volver hacia atrás, y más claro veía que todo aquello era absolutamente ridículo. Su trabajo, su mujer, su vida anterior, lo que había sido hasta esa mañana, le parecía menos real que las angustias de ahora. Un sueño había terminado bruscamente y si dejaba escapar al niño, perdería para siempre su última posibilidad de fundirse con la verdadera existencia, con esa que ruge en las calles, inunda bares y restaurantes, y hace que hombres y mujeres se encuentren y se quieran. Sin embargo, el antiguo Demetrio ladraba aún desde el fondo de alguna tarjeta de identidad y agitaba el tic-tac del reloj para llamar al otro y para, a su manera, salvarlo.

La gente comenzó a retirarse del parque y a cada grupo que salía, Demetrio se precipitaba ansiosamente, lo que provocaba sustos y llantos, en los niños, cansados y enervados por toda una tarde de juegos. Y como algunas de las madres reconociesen al que había querido violar a un chiquillo, la más sexualmente insatisfecha se dirigió a un policía que estaba en la esquina y le rogó que por la seguridad de los niños de la ciudad metiesen a aquel hombre a la cárcel.

El policía se acercó, y aunque la luz disminuía rápidamente, reconoció a Demetrio.

—¡Ajá! ¿Con que es usted? ¿Y qué hizo del muchachito con quien andaba esta mañana? ¡Dígame! ¿Por qué salió corriendo?

Ni siquiera se le había ocurrido preguntar previamente si

el niño era hijo o pariente de Demetrio. Éste había sido condenado de antemano.

De nuevo se había formado un grupo, al que se añadían ahora algunos hombres que salían de sus trabajos. Demetrio no decía nada. Esperaba. De todo su pasado desapercibido, no le quedaba sino eso: saber esperar. Saber aguardar pacientemente que los más fuertes hayan tomado su parte, hayan cobrado su tributo a los más débiles. Demetrio veía que una oruga subía lentamente por su zapato izquierdo. El pequeño gusanillo verde medía tenazmente la infinita superficie de aquel gigante, de aquel coloso cuya cabeza desaparecía entre las primeras estrellas. La absurda relación de fuerzas que se establecía entre el gusano, él y el grupo, hizo sonreír a Demetrio.

—¿De qué se ríe? —le gritó el policía, buscando un pretexto para arrestarlo.

—¿Yo? —respondió Demetrio. Iba a decir: de nada. Pero en ese momento levantó la mirada y vió al guarda que se acercaba. Algunas madres enfurecidas lo habían ido a buscar como testigo de la viciosa conducta de Demetrio. Y entonces, una vez más, sucedió una cosa extraña: inesperadamente, un hombre que estaba detrás de Demetrio, le dió un empujón, y Demetrio echó a correr como un loco, perseguido por la multitud.

Un segundo después, Demetrio se dió cuenta de que, al correr, se había declarado culpable, y quiso detenerse para esperarlos. Había sido simplemente una equivocación. Él era un hombre honrado y trabajador. Oigan un momento: todo está claro. Pero el grupo de perseguidores no dejaba de correr y Demetrio no se atrevía a no correr. A cada instante aumentaba el número de los que lo perseguían y con cada uno de los que se sumaban aumentaba la gravedad de la falta cometida por el perseguido.

Demetrio había asesinado a un niño, después de violarlo. Se habían encontrado los pedazos en el parque. No era el primero que asesinaba. Por eso lo habían encerrado en un manicomio, de donde se había escapado la noche anterior. Estaba armado.

Al saber que estaba armado, algunos se acordaron de que tenían que hacer y abandonaron la persecución. El policía, al contrario, sacó su revólver, y de paso, le gritó a un colega que avisara a las radiopatrullas para que establecieran un cerco en torno del barrio.

Uno, dos, tres, cuatro: aspirar. Uno, dos, tres, cuatro: expirar. Demetrio oía la voz del profesor de gimnasia del colegio. Así se pueden correr kilómetros sin cansarse. Se fué de bruces

y dió con la cabeza contra una puerta que se abrió. Demetrio quedó tendido en la oscuridad. Las alas del tórax se agitaban como las de una mariposa moribunda. Un gusto amargo le penetraba por la nariz y la violencia del corazón era tal, que el cuerpo se contraía como un pescado fuera del agua, a cada latido.

La tromba de perseguidores pasó y se perdió en la noche. Demetrio esperó largo rato, pero luego se levantó por temor de que alguien lo sorprendiera allí. No sabía dónde se encontraba. Aunque conocía palmo a palmo la ciudad, el terror y la fatiga le habían hecho perder la memoria. No se acordaba de nada. Todo se le había olvidado. No sabía quién era, ni por qué huía. Una sola cosa le habían dejado en su pobre cerebro: que era necesario escapar. Así, pues, echó a correr de nuevo, porque ya para él escapar era sólo eso: correr. El hombre aterrado pierde la razón y no sabe qué hacer: por eso es más divertido cazar zorros.

La mujer venía silbando cuando vió a Demetrio. Demetrio la había visto antes, por la sombra, pero estaba demasiado cansado para correr. Tenía ganas de vomitar, pero como no había comido en todo el día, las náuseas no hacían más que triturarle el estómago. Estaba verde.

—¡Buenas noches, buen mozo! —le dijo.

Demetrio se pegó aún más contra la pared.

—¿Cómo que tienes miedo?

La mujer se puso a reír, con las manos en las caderas. Los pechos se dibujaban firmemente bajo la blusa de satin y la falda se abría de costado, hasta la mitad del muslo.

—Si no te voy a comer... —decía arrastrando las palabras.

Y como Demetrio tratara de deslizarse a lo largo de la pared, la mujer se enfadó y lo cogió del brazo con más fuerza de lo que se hubiera creído.

—¡Ven para que me brindes un trago!

Tuvo que empujarlo para que entrara al bar. Se quedó pegado al mostrador, jadeante.

—¿Qué es eso, Rosario? ¿Qué es eso que conseguiste esta noche?

El dueño del bar contemplaba casi con verdadera curiosidad a Demetrio. Había como unas seis personas, en las mesas. Todas conocían a Rosario.

—¿Qué es ese bicho raro, Rosario? —preguntaban, más por simpatía hacia la mujer que por verdadera extrañeza.

Y Rosario respondía, aunque nadie se había movido:

—No me lo toquen, no me lo toquen, que se me va a des-

mayar. ¡Juan! ¡Un brandy doble para mi amor y para mí un anís con soda!

Demetrio se emborrachó instantáneamente y tuvo que agarrarse a la mujer para no rodar por tierra. Rosario se lo llevó para la mesa del rincón, y súbitamente maternal, comenzó a acariciarle la frente. Demetrio se puso a llorar. Los clientes, al oír los sollozos, comenzaron a reír y a hacer chistes, pero una mirada salvaje de Rosario los detuvo en el acto.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué llora usted? —preguntaba la mujer.

No empleaba ya el lenguaje callejero y familiar. No lo tuteaba. No tenía costumbre de ver los hombres en ese estado, no de borrachera llorona, sino de tal desesperanza, de tal entrega inerme. Por hábito trataba a los hombres duramente, y porque en su oficio había que tener algo original que la distinguiera de las otras. Su rudeza le había conquistado el derecho de beligerancia en el mundo de machos en que se movía, y ellos sentían en ella no sólo una hembra con quien es sabroso acostarse, sino alguien con quien se podía hablar y beber o callar, sin estar obligado constantemente a decir tonterías galantes ni cumplidos idiotas. Además, Rosario se entregaba a quien le gustaba, aún por nada, de manera que sus amigos sabían que se iba con ellos, cuando se iba, por placer y no por oficio.

Demetrio se puso a hablar de una manera incoherente, casi como si murmurase para sí mismo. Y a medida que se extendía en su relato, en el que aparecía confusamente algo de un niño, cuyo nombre no conocía, un chiquillo a quien nunca había visto antes, y con el cual se había escapado corriendo, por temor a un policía que sospechaba no sé qué; cuando habló de lo sucedido en el parque y recordó con nostalgia la duce piel del niño, y todo lo que aquel pequeño ser le había revelado, Rosario comenzó a comprender. Su mirada se iba helando progresivamente, sus manos se retiraron de las de Demetrio y, de pronto, haciendo caer la silla al levantarse, le echó al rostro el contenido de su vaso y le gritó:

—¡Cochino, cochino!

Los otros acudieron. Rosario, enfurecida, clavaba sus uñas en el pelo de Demetrio, quien se defendía protegiéndose con los brazos.

—¡Canalla, sucio, cochino!

Instantáneamente el grupo unió su cólera a la de Rosario, y todo el mundo comenzó a insultar a Demetrio sin saber por qué. Todos le decían: ¡cochino, cochino! porque como no sabían lo que había hecho, no acertaban a dar con otro insulto apro-

piado. Además, pensaban que la cólera de Rosario había sido provocada por alguna proposición que la mujer —con toda su generosidad pecaminosa— no hubiera podido aceptar.

Lo fueron llevando a empellones hacia la puerta, y un chofer aprovechó para enviarle un puñetazo en plena boca. La roja sangre saltó, como irrumpe un toro en la arena y salpicó la camisa del dueño del bar. Éste, enfurecido, le dió una patada en las nalgas y Demetrio cayó en la acera como un paquete de periódicos.

Se levantó como pudo y se fué. Un gatico negro lo fué siguiendo durante un rato. El aire, todavía caldeado por el sol del mediodía, rondaba lentamente por las calles y en cada esquina levantaba un torbellino, como antiguamente los elegantes hacían girar sus bastones entre dos dedos.

La ciudad estaba cenando. Pero a lo lejos, en una lejanía que se aproximaba rápidamente, Demetrio oyó gente que corría hacia él, y el pánico lo empujó de nuevo.

La calle subía y luego de abrirse en un tridente, echaba un viaducto sobre el río e iba a perderse en el bosque por un delta de senderos que se hundían bajo los árboles.

De un farol un rayo de luz caía sobre un pequeño charco de agua y Demetrio se quedó mirándolo, fascinado: un paisaje silencioso se extendió a sus pies. A lo lejos, las montañas temblaban en el aire, y él, Demetrio, sentado al borde de un riachuelo, jugaba con los pies desnudos en el agua. Ni peces, ni pájaros, ni insectos. Nada vivo: sólo él. Una soledad total le había sido concebida. Todo estaba dormido y solamente el riachuelo murmuraba en sueños.

Demetrio se llevó consigo su paisaje, como un niño corre hacia su madre con un balón en la mano, y así fué como cruzó un rincón oscuro en que una joven recibía con ternura las palabras de su novio.

Un momento se contemplaron, sorprendidos los tres. El novio dió un paso hacia adelante para proteger a la muchacha. Demetrio, con los brazos colgantes como dos culebras muertas, los miraba: había un largo camino desde su paisaje hasta la tierra. El sol tenía que recoger sus pliegues y las aguas que abrirse en dos. Cansadamente regresaba hasta que al fin llegó y al ver verdaderamente a la pareja, dió un grito pavoroso y se escapó gimiendo:

—¡Ay, ay, ay!

Como aves que vuelan pesadamente en la oscuridad.

Los hombres llegaron y preguntaron:

—¿Han visto pasar a un hombre huyendo?

Y la muchacha y su novio respondieron, sin darse cuenta

de lo que decían, porque eran demasiado felices para pensar en otra cosa:

—Sí: pasó corriendo hacia arriba.

De esa manera, también ellos condenaron a Demetrio.

Los hombres emprendieron de nuevo la persecución, diciendo:

—¡Va hacia el puente! ¡Se nos va a escapar en el bosque!

—No hay peligro, no hay peligro —repetía el policía—: Hay gente esperándolo del otro lado.

Demetrio había llegado a la mitad del puente. El río lamía con su lengua las pilastras. El bosque soplaba hacia la ciudad su puro aliento salvaje y la luna, inmensa y rojiza y velada, parecía el ojo de un buey. Por cada punta del puente avanzaban los perseguidores. Poco a poco, a distancia, con su sola presión, como el vapor impele al émbolo, iban empujando a Demetrio hacia el abismo. Lentamente, sin tocarlo, paso a paso, en absoluto silencio.

De pronto, una melodía vino silbando del otro lado del río. Un hombre caminaba silbando hacia el puente, por el lado del bosque. Como en un juego de tenis, cien caras se volvieron simultáneamente para verlo.

—¡Es él, es él! ¡El niño! —gritó Demetrio con una voz que parecía un aullido: el hombre que venía silbando llevaba un chiquillo de la mano.

Entonces, sonó un tiro y todos huyeron despavoridos.

Demetrio se quedó solo y se murió de prisa, acurrucado junto a la barandilla.

Igual que un perro dormido.

OSCAR GUARAMATO

(Barcelona, 1916).

El cuentista Oscar Guaramato puede darse el lujo de ofrecer, como dato personal para su biografía, un pequeño cuento: el de las equivocaciones y falsedades en torno al sitio de su nacimiento. Según parece, fué bautizado en Maracay y se hizo hombre en Guacara, (que es su pueblo de adopción), lo cual no impide que llorase por vez primera en el vecindario barcelonés. Creo que, después, ha llorado pocas veces y tengo entendido que ha reído y cantado frecuentemente en los grupos de la buena amistad y de la fraternidad literaria en la tierra carabobeña. Cercano compañero de Francisco José Lizardo, de Humberto Rivas Mijares, de José Ganimez Obregón, pertenece al entusiasta grupo de Carabobo que ha dado a nuestra actividad literaria y periodística buena fe, sano entendimiento y grato amor por las bellas letras. La prosa de Guaramato es esencialmente lírica y fabrica sus imágenes con la materia de la más sencilla labor cuotidiana. Crítico riguroso de su propio trabajo, enemigo del ripio, cuidadoso de las debilidades que pueden aflojar la tarea del narrador cuando permite que la retórica —cualquier retórica— tome el sitio de la sinceridad, Guaramato ha cogido el camino del arte auténtico al despreciar las improvisaciones. En la "Biografía de un escarabajo" —obra de juventud— puede encontrarse la afirmación de ésa su justa actitud de rigoroso lírico.

BIOGRAFÍA DE UN ESCARABAJO

Por OSCAR GUARAMATO.

El escarabajo dió los últimos toques a la bola de estiércol, alisó una que otra mínima hilacha saliente del fresco amasijo e inició con ella su regreso al albergue.

Se le veía salvar los obstáculos con sumo cuidado, aferradas las tenazas delanteras a la carga, húmeda aún, por sobre hojas y pedruscos, rumbo a la cueva que se abría dos metros más allá del verdoso montón de estiércol.

Rastreaba la brisa un olor a orégano.

Bajo el arco de una raíz seca afinaba sus crótalos una serpiente oscura.

Hacía un calor de horno en el interior de la cueva, y la blanda arenilla del piso mostraba las huellas que dejaran los dentados brazos del cargador, cuando salió de nuevo por otra ración.

A veces, el marchar torpe atropellaba las plantas que empezaban a nacer en el estercolero; un manojo de hierba de un palmo escaso, en mitad de su ruta, significaba un calculado rodeo y un volver a enfilar hacia las verdes tortas olorosas.

Esto, cuando el campo mostraba relativa soledad, pues vivía en terrenos sombreados por un gran árbol y con frecuencia venían hasta allí gentes y caballos. Sabía que los intrusos pisaban con gran fuerza y aplastaban sin misericordia retoños nacientes y pequeños seres.

Quizá resultaban más temibles los hombres.

Los caballos se contentaban con relinchar y hacer temblar la tierra bajo el peso de sus cascos, y se marchaban luego, dejando el campo esterado de buena comida. Pero los hombres llegaban silenciosamente, tomaban un pequeño escarabajo y

¡clic!, lo destripaban entre sus largos dedos; o bien, como si jugasen, desprendían patas y élitros con lenta crueldad, hasta dejar el cuerpo como una nuez arrugada.

Eran ellos quienes apagaban el clamor de las cigarras y dispersaban con saña la ronda matinal de las libélulas.

De ahí que conociese el sonido de las pisadas cercanas y adoptara aquella inmovilidad de hueco cascarón de ébano, plegadas las patas bajo la cabeza, quietos los artejos, momificado de temor su cuerpecillo ante la presencia de los grandes seres.

Aquella mañana, cuando fabricaba su segunda bola de inmundicia, presintió el desagradable encuentro. Primero la serpiente, desapareciendo entre las sepultadas raíces del árbol, y luego las voces golpeando el alto viento: una de oscuros contornos de agua subterránea, otra delgada, como canción de lluvia.

Arriba se agitó la voz oscura:

—Ésta será la única solución, Maritza.

—¡Terrible solución!

Cerca del escarabajo —quieto carbón bruñido— se había encendido la llama musical de un grillo.

Ahora volvía la voz de hilo de lluvia:

—Anoche lo sentí moverse. Desearía ser como las labradoras para tenerlo libremente y cuidarlo...

Y el viento ennegrecido:

—Somos diferentes, Maritza, tú lo sabes; tenemos nuestras normas sociales, nuestros deberes que cumplir...

—Y... ¿entonces?

La voz caía en gotas temblorosas.

—¡El aborto, Maritza, es la única solución!

—¡Abortar!

La blanca voz parecía diluirse en el tamiz del aire.

Parpadeaba aún la llama musical del grillo cuando pisadas y sombras se alejaron.

Toda la noche trabajó el escarabajo. Había que separar aquellas rudas adherencias estercoráceas y fabricar con fino material, el más blando y fresco, la cuna pereiforme para el hijo.

Y de sus patas salió al fin, moldeada y pulida como una gran perla de arcilla, el edredón cremoso para el huevo.

Cuando la obra estuvo concluída, selló con tierra la madriguera y escaló la salida hacia el amanecer.

Olía a sol.

Sobre el musgo se alargó la sombra del hombre.

La voz, hoja seca, cayó después:

—Aquí lo podemos enterrar, Maritza.

Y empezó a cavar fuertemente. El hierro sacudía la tierra y desgarraba delgadas raíces. Cada golpe era un temblar de hierbas y un débil gemir de tallos triturados.

La otra voz se hacía blanda, se empequeñecía como un ovillo sedoso:

—¡De prisa, que alguien puede vernos!

Junto a ellos, jadeante, rondaba el viento.

Transcurrió una lunación.

Vistió la nube su cendal de invierno, y, por la ruta vertical del aire, bajó la bruma en su corcel de frío.

Sobre la tierra, redondeado como una gran ubre verde, madura de lluvia, el árbol.

Y sobre el árbol, el sol, que era un terroso gavilán dormido.

Fueron días difíciles para el escarabajo.

El agua que humillaba las campánulas había licuado todo el estiércol diseminado en las cercanías de la madriguera, y existía la amenaza de morir ahogado cuando la corriente ponía su cristalino parpadear al ojo de las cuevas. Ahora venían cantando pequeños y turbios arroyuelos por los antiguos senderos de las bestias.

Rechoncho, mojado de barro, salió una mañana.

Caminaba a reculones, agobiado por el peso de la pera arcillosa donde el hijo ya agitaba su impaciencia de bañarse en luz.

Sólo las hormigas lo vieron marchar.

Penosamente había logrado escalar la cuesta mohosa de aquella piedra, cuando sintió la voz, la negra voz del hombre.

—Lo ves, Maritza: una alfombra verde lo cubre todo...

—¡Sí, todo, hasta nuestra error!

El escarabajo paralizó sus movimientos.

Y la voz oscura, la oscura voz del hombre:

—Una imprudencia, solamente. Olvidémosla.

—Si yo hubiese sido labradora y pobre...

—Basta ya: pronto nos casaremos... Ese día te regalaré un collar de oro, sus cuentas serán tan grandes como...

El hombre miraba a su alrededor buscando algo para establecer comparación y luego se inclinó para terminar la frase:

—...como este escarabajo!

Lo tenía sobre la palma de la mano, halagando su sonrisa breve.

Ella trenzó por un instante su canción de lluvia:

—Bota eso y bésame, ¿quieres?

Fué entonces cuando el escarabajo se sintió caer.

Más tarde, hormigas hambrientas cargaron con sus miembros destrozados.

¡Qué gran red de caminos distintos le ofrecía la tierra a su regreso!

HUMBERTO RIVAS MIJARES

(Valencia, 1919).

Humberto Rivas Mijares ha creado una forma de relato cuyo único antecedente entre nosotros podría encontrarse en la altísima obra de José Antonio Ramos Sucre. Prosa retenida en el límite de su admirable contenido, Rivas Mijares dice sólo lo necesario y conveniente. Sus narraciones —limitadas a escasas páginas— ofrecen el encanto de lo que se ha realizado sobre la base de una estricta concepción, sin aceptar la presencia de elementos que pudiera adornar (ocultar también), el significado esencial de la obra. Rivas Mijares ha publicado poco. "La maquette", editada por la revista "CONTRAPUNTO" —en la que figura el cuento "El Murado" bastaría para justificar su actividad de escritor. Bien balanceado este relato, con su acción bien extendida en el círculo del cuento hecho de poesía y realidad ensambladas en luminoso sueño. En "El Murado" se destaca el grano de las palabras que señalan la autenticidad del hecho relatado, la realidad del acto poético. "El Murado" es buen ejemplo de las cualidades de este excelente escritor: el personaje que allí se crea "no mira sino a través del oír, pero sabe que el oír es tanto como el mirar las cosas" y su muro se cierra en torno a él, atravesado de sonidos, dibujado de sensaciones. Ese muro de "El murado" es el límite natural de la verdad poética dentro del cual se encierra todo cuento verdadero.

EL MURADO

Por HUMBERTO RIVAS MIJARES.

I

A veces, comienza a sonar aquella voz en el corral vecino, y le moja de dulcedumbre, poco a poco, la soledad oscurecida de los ojos.

Parece vivir, entonces, y con su cautela de murado se acerca cuanto puede a la humedad de la tapia, enverdecida abajo por el musgo antiguo. Y escucha en quietud, como temeroso de que se le sorprenda, todo el tiempo que la voz apacienta sus brillos, y todavía más. Y torna a la ignorada penumbra del cuarto, y silba mientras se rasguña el azulear nuevo de la barba.

Un poco más adentro, rodeado de pretiles, está el patiecito con sombras de frutales.

Lo sabe.

Sin embargo, prefiere entrar en la estancia, enlucida de silencios y de cal; y acostarse en la cama de cedro, tendida al amanecer; y sentir luego el sosiego de lo lejano, por más que le duela en el gozo reciente. Y pensar.

Siempre hay ruidos en la casa: el chirrido de la vieja alacena, el crepitar de la leña en el fogón, el golpear del péndulo, el blanco agrupamiento de las palomas en el pilar, y muchos otros; pero al mismo tiempo palidece el viento, y late el calor del mediodía. Y se le encandecen los recuerdos encima de la inútil movilidad de los párpados.

II

Piensa en la tarde que llegó a la casa.

Apenas si podía mirar, y no advirtió bien, por eso, la hosca y próxima taciturnidad del cerro en donde la calle recuesta su fatiga de subir. Y le pareció como blando y despintado, pero luciente de sonidos.

Era cierto que tenía todavía en la mirada el rojizo paisaje de la ciudad, que a esa hora se empañaba de nieblas.

Resbaló después hacia el fondo la última claridad de los ojos. Y terminó de murarse.

Cesaron a poco en la casa algunos de los ruidos, y apareció la hurañía de otros distintos; se detuvo la pisada del gato en los ladrillos, y se cansó de rechinar la mecedora carcomida; pero en cambio le alumbra ahora el sonido, tan limpio, de aquella voz paredaña.

Los árboles del patio descuelgan un fresco sonante en el encarnado de las tejas, y el reloj del comedor tiene el aceitado girar de siempre.

III

No mira sino a través del oír, pero piensa que el oír es tanto como el mirar las cosas.

Lo cree así desde que escuchó por primera vez la voz de la mujer detrás de la tapia. Y la escucha ahora casi todos los días, y la recuerda después con una ternura que se le aprieta dulcemente en el ánimo. Y la pena de no gozar de la mirada, se le convierte así en un extraño gozar de la pena.

Silba muy bajo, al pensar, y se la imagina de cera y nieblas. Y aumenta su júbilo absurdo de saberse un murado eterno.

IV

Sonríe con lentitud, estremecido por el dorado tintineo de la voz, y apoya las manos en la aspereza de la tapia, que se recama de rápidas hormigas. Y un viento de muy lejos le mueve los cabellos.

Ríe otras veces, con tal fuerza, que por su culpa se apaga el sonido; pero reprime en seguida la risa, que se le riega en los labios, como delgada de angustia. Y reaparece el fulgurar: raro, perenne.

Pero otros días le aturde el acontecer.

No puede escuchar la voz, y permanece, como huído de sí mismo, junto a la tapia soleada. Y silba mucho, con rabia; y no le importa el arrancar ruidos de las piedras, o el tropezar y caer; y hasta se lastima los puños. Y le parece que una lumbre en abandono le arde en la palidez de las sienes.

Regresa con desgana al cuarto, por fin, y se acuesta. Y rompe a silbar con el azoramiento de no saber si escuchará otra vez aquella voz; y siente el clarear de imágenes que se le reclinan en los ojos murados para siempre. Y piensa que se está quedando dormido.

ANTONIO MÁRQUEZ SALAS

(Chiguará, 1919).

El nombre de Antonio Márquez Salas sonó de una vez con franco brillo al ganar el concurso anual de cuentos de "El Nacional" en 1947 con "El hombre y su verde caballo". Ese relato fué suficiente para que se le considerara —con toda justicia— entre los mejores cuentistas venezolanos. Márquez Salas había preparado ya, en fructíferos años de trabajo, el dominio de su prosa, la fuerza expresiva del instrumento que había de servirle para realizar su obra. Cuando llegó el momento de escribir "El hombre y su verde caballo" estaba ya en posesión de sus utensilios de trabajo, era un obrero libre, sin patrón que le prestara herramientas. Críticos apresurados han querido exagerar posibles influencias de los relatistas yankis (de William Faulkner, especialmente) en la obra de Márquez Salas. Yo la encuentro colocada dentro de la mejor tradición venezolana, dentro de la tradición que mete en el ámbito del cuento el más poderoso huracán poético, la tradición por la cual la pasión de lo relatado rompe las palabras y sacude el mundo personal del autor, sus ideas, sus concepciones filosóficas, su dramático fervor de hombre. Márquez Salas sabe decir la presencia tormentosa de sí mismo. Los límites de sus cuentos se confunden con los llameantes extremos del grito, por prodigio auténtico de arte.

EL HOMBRE Y SU VERDE CABALLO

Por ANTONIO MÁRQUEZ SALAS.

I

Apoyando la muleta sobre la tierra encharcada, avanza el indio Genaro por el rojo camino del río. La muleta se hunde profunda en el fango. El sol húmedo de la mañana, el esfuerzo que hace por sacar la muleta del barro mantienen su rostro goteando espeso sudor.

El camino es de greda roja, muy blanda, despedazada por el continuo pasar de recuas. Antes del mediodía el indio se halla casi desfallecido sobre la tierra, mientras la muleta permanece clavada en el fango. El sol llueve sobre la pobre cabeza del indio. Por el rojo camino cubierto de vapores azulosos nadie pasa. El indio se encuentra solo, con su muleta hundida entre la greda que comienza a endurecerse y con el obligado silencio a que somete todas las cosas aquel sol achicharrante.

Nadie pasa. Siente la lengua reseca entre las fauces. La humedad del fango podrido lo mantiene aletargado. Mira hacia arriba y aquel azul parece nunca acabar. No hay en él ni una raya blanca.

Una nube de moscas ronda el cuerpo del indio Genaro. Hace dos días que ha salido del hospital, mutilado.

Meses atrás, una astilla de leña le levantó la carne hasta el hueso. Genaro se empeñó con los medios a su alcance, por ver la herida seca, la pierna sana.

La herida sanó aparentemente, pero siguió manando pus por un pequeño orificio. Transcurrieron los días y las semanas y la herida no sanaba del todo. Entonces llegó aquella

puerca mosca y le agusanó la carne. El dolor fué insoportable. Se arrancó la carne podrida con las uñas, se exprimió la llaga y vió salir gusanos rechonchos, semejantes a fríjoles blancos. Eran como conos amarillos, con cierta dura movilidad. Alrededor de la herida la carne estaba tensa, tenía un brillo azulino.

Desde luego, no pudo trabajar más. Pocos días después se hallaba con la pierna gangrenada; entonces llegaron unos vecinos de más allá del río y lo bajaron en una hamaca hasta el pueblo, donde nada pudieron hacerle, por lo que hubo de ser trasladado a la ciudad. Genaro llegó casi muerto. Lo mismo hubiera deseado morir. Los ojos inmensos por la fiebre, se le hundían profundos en las cuencas.

En la ciudad le cercenaron su pobre pierna podrida. Sólo le quedó un pequeño muñón.

II

Los niños juegan con una vieja rueda, escarchada de orín. Rueda abandonada, prestigio del lugar y blasón de la comarca.

Alrededor de la casa está el sol como un gato echado. El viento enmaraña el pelo de los niños que juegan con la gran rueda del hambre.

Camino abajo se ve llegar, casi a rastras, al indio Genaro. Es un pobre indio viejo Llega con su único pie. El otro es sólo un muñón lacerado del que aún chorrea sangre. Se le ve llegar con los ojos cansinos.

Los niños se disparan hacia él.

—¡Taita!... ¡taita!

Los perros saltan detrás de los niños.

En la cocina se cuecen, al rescoldo, unas batatas terrosas. Casi no hay brasas en el fogón. Los niños tienen hambre, pero juegan con su inmensa rueda del hambre.

Son como las dos de la tarde y el indio Genaro llega. Llega, pero con una pierna menos. Los niños no preguntan nada. Sólo piden qué comer.

—Tenemos hambre —dicen a coro.

Detrás de los niños viene una mujer. Es Domitila la mujer del indio. Camina un poco agachada, con los senos colgantes y los ojos intranquilos. Domitila tiene el cabello grueso y unos enormes pies rajados por la lejía de la tierra. Es una mujer con garrapatas que se prenden en su carne. Siempre tiene un nido de ellas en el fondo de las orejas. En este momento parece un pellejo relleno de paja, con partes gordas y partes flacas.

Pero el indio Genaro llega con una pierna menos. Esto es mucho decir. Con una pierna menos, pero por lo menos llega. Por eso es mucho pedir. Porque los que bajan rara vez vuelven. O vuelven en forma de fantasmas, de apariciones que en las alcobas introducen viejos buhos con piojos, brillantes a la luz de la luna. Pero es un favor de Dios, un verdadero favor de Dios el que Genaro llegue, aun cuando sólo traiga una pierna. Por eso Domitila piensa en esto mientras camina al encuentro del indio que se arrastra por el camino en declive, ansioso de llegar a su rancho. A su rancho de hoja negra, que es como una encía desvestida, como algo lejano para sus ojos de fiebre y lagaña. Pero llega. Y no es una ilusión, porque ve los senos flatulentos de Domitila; porque ve chocar las aldabas de rabia contra el vientre que le diera tres hijos que aúllan como perros en medio del lodazal en que se ha convertido su vida.

Indio y con una pierna menos.

Alguien la había cogido y largado lejos. La había largado para que los perros le arrancaran la carne a pedazos. Para que los perros o los zamuros, que daba lo mismo, le levantaran los ollejos de los huesos. Para que esos mismos huesos fuesen lavados por la lluvia y aparecieran en cualquier camino y los triturara alguna perdida... errante carreta. Para que una pequeña cruz ardiera alguna vez en torno de esos huesos, roídos de impaciencia, que antes lo llevaron a él sobre la tierra mansa y buena.

Ahora a su alrededor sólo hay niños y una mujer con los ojos como garrapatas. Los niños aúllan, chillan y embeben todo el paisaje con su hambre que chorrea, que gotea por la pelambre de los burros y las vacas, por los terrones ardidos y por las conchas de los árboles sedientos. Y él mismo llega con la nostalgia, es decir, con el hambre de su otra pierna. De la suya diurna y nocturna. De la suya que excavara la barriga del perro que mató buscando el anillo de oro que éste había arrancado a Domitila mientras dormía.

Cuando se metía en el fango de la ciénaga sentía bajo su pie, ahora perdido, una alegre comezón que le llenaba toda la sangre; que lo hacía reír a carcajadas, hasta cloquear como un viejo pato. Entonces sentía su gran sexo poderoso hincharse como una fruta de tuna, como una dura vara de carbón fulgurante entre los recios músculos de la fogata.

Genaro el indio, con su cara manchada de gruesas larvas de ají, llena de contracciones. Genaro llama a su pie. A su pie que ha sido cercenado y que ahora navega por las oscuras y polvorientas horas de su pasado. Quiere apoyarse y sólo

encuentra el vacío. Quiere saber que tiene su pie, que puede, al llegar a su rancho, meterlo en agua de sal, o untárselo con sábila, o simplemente bañárselo con agua. Y su pie no está con él, pero sí el sol rutilante y un pájaro que silba en la arboleda baja y frondosa que se ve verdear allá en la vertiente del río. Eso es lo que con él se halla. Y el sol y la sed. Y adelante, casi encima suyo, unos niños que se acercan con su hambre. Que le gritan su hambre y le piden pan.

No oye más que:

—Taita pan, pan...

Y él ¿qué trae? No trae más que una pierna menos y un palo, un garrote. La muleta quedó allá, pesada, hundida en aquel barro tibio y fétido.

Eso trae. Nada más. Una mera huella y la nostalgia de su otra pierna, perdida entre algunos chorros de sudor, de sangre y de alcohol. Que acaso ya humeara entre el estiércol, bajo las duras goteras de las cornisas rotas o en los nidos oscuros y malolientes de las golondrinas.

Eso es lo que trae. Una pierna menos. Pero la mujer, Domitila, dice que por lo menos ha vuelto y eso es ya mucho traer. Ha vuelto con una pierna menos, con un muñón que no ha sido curado, sangrante y oliváceo, lleno de pústulas blancas y costras falsas. Con un muñón que, maldito, cogió la misma gusanera que le hizo perder su pierna. Con cuidado, el indio Genaro se hunde en el muñón una astilla de leña, para arrancarse algunos pedazos purulentos, en un afán de aliviarse aquel dolor. Eso trae, porque en el camino se durmió del puro cansancio y una mosca le puso, él mismo no supo cómo, un panal de querezas que ahora son violentos gusanos taladrantes. La astilla se hunde en los huecos llenos de pus, como el garrote en el barro, y con un suave movimiento de palanca hace brotar gusanos que se mueven rabiosamente.

Eso es lo que trae. Nada más. Y ahí frente a él están unos niños que le piden pan y le llaman taita. Y sobre todo Domitila con su vientre bajo, siempre como si estuviera a punto de acurrucarse. Como si continuamente tuviera diarrea y necesitara agacharse. Y en la lejanía, casi en el pasado, su rancho frente al prado, como si fuera una nariz que husmeara el grueso aliento del río. De ese río lento como un buey inservible que baja tres cercados más lejos, pegado a las costras de la tierra.

Ya es algo lejano en su vida aquel toro amarrado a un lento tronco de laurel que alza con cierta majestad algunas ramas sarmentosas; el marrano padrote detrás del almizcle de la hembra, estirando su gran trompa y mostrando sus

dientes cortantes y sus berridos, y el caballo escondido en la sombra verdosa del pasado. Su verde caballo, con el negro cabestro dócil, extendido como la hierba, por dentro como la saliva, como los pingajos que le cuelgan de las orejas o como los pájaros que le danzan en la mañana sobre el lomo, picoteando garrapatas.

Éste es su verde caballo, con luz en las patas hinchadas y que por las noches piafa en sueños acordándose de su hermosa y lejana juventud.

Allí está con todos los aperos de su alma el indio Genaro, esperando llegar a los costales para tenderse y olvidarse definitivamente de su pierna.

III

Los niños frente a la puerta atajan aquel río de hormigas que pretende desbordar y llegarse hasta la pierna agusanada del hombre. Los niños atajan las hormigas como en un juego siniestro. Son los hijos de Genaro que defienden su derecho a matar hormigas, a comer batatas y ahuyamas.

Entre tanto Genaro se halla sobre los viejos costales bañado en sudor, con aquel muñón gangrenado lleno de gusanos que excavan en su pierna, en su sangre, en su vida. Son los gusanos de Genaro. La mujer con un paño aletea sobre la pierna para impedir que las moscas se sienten sobre ella.

Por las noches las ranas se quejan en los charcos y Genaro en la choza. Los niños se hallan encogidos sobre sí mismos y duermen con los huecos de las narices llenos de insectos. Por eso tosen y despiertan al indio que ve avanzar aquella rabia ulcerada de su pierna por las paredes de su cuerpo.

La mujer comienza de nuevo a manejar el trapo y los gusanos a sorber el líquido putrefacto. Las toses se repiten en la noche y sobre el césped que nace frente a la choza, los perros ladran hacia los árboles que ocultan el resplandor lunar. Por entre ellos llega un viento suave y puro que se cuela por las hendijas de la puerta y baña de frío aluminio la frente afiebrada del indio Genaro. En la cuadra se oye de vez en cuando un fuerte resoplido y un roer la madera con lenta voracidad. Es su viejo y verde caballo de trompa desvaída. Su caballo que sabe que allá en los costales que se apeñuscan al costado del mundo, está el indio Genaro luchando con los gusanos que son como la gloria.

La fiebre es lenta y rabiosa, pero el aire dulcifica aquel trac-trac de los gusanos. La carne toda le cruge y él siente un dolor agudo.

Las sombras se alzan hasta la mujer que espanta los mosquitos que pretenden posarse en la pierna del indio Genaro. Se alzan hasta sus ojos que brillan en la noche, hasta la saliva que pugna por salir de sus glándulas.

Un gallo despierta la noche y corta las sombras con un canto ronco, desesperado.

Los niños tosen encogidos sobre los cueros y la mujer se echa en la tierra apelmazada y parda, doblegada por el cansancio.

El indio comienza a sentir como las ratas le están oliendo su pobre pierna gangrenada, como roen el hueso tumefacto, como escarban en su carne y chillan en la sombra.

El indio Genaro no quiere despertar a su mujer que yace tendida sobre el suelo, rendida, como bestia mutilada.

El indio no quiere despertarla, pero las ratas llegan desde la sombra y se tiran encima de su pobre pierna gangrenada. El indio no profiere un solo lamento. No quiere quejarse, pero las ratas suben por su pierna como la muerte. El indio mira indiferente las sombras que salen de su cuerpo y se pierden en la noche. Él sabe que por su cuerpo avanza aquella incendiada úlcera, aquella lenta quemazón, como en un terrible verano que arrasara la cscura tierra de su cuerpo.

Sabe que por su sangre anda ya aquel estuoso delirio donde se mezclan hongos de veneno latente creciendo como verrugas, llaves de latas de pescado, tijeras destrozadas, espuelas abandonadas que se hunden en el légamo de los charcos como patas de gallo, objetos de barro ennegrecido, que se deshacen entre los verbenales.

Él sabe que dentro de poco su cuerpo se elevará en una densa y ofuscante columna de humo.

En el pesebre el caballo golpea las piedras con los cascos. Sus hondos resoplidos llenan el ambiente de aquel amanecer estrellado. Genaro atisba por entre las junturas de barro, el tenue resplandor de las estrellas. Las nubes pasan a gran altura. Los pájaros comienzan a despertar los insectos que ponen sus huevos en la verde corteza de los árboles.

Genaro no quiere quejarse, pero ve como aquellos animales le succionan la sangre, le roen la carne desflecada. Los ve. ¡Acaso no se paran en dos patas y muestran sus dos ojos vivos y frecuentes! ¡Sus hocicos con largos pelos móviles!

Con cuidado va moviendo su garrote, lentamente porque no son muchas sus fuerzas. Lo coloca casi contra el vientre de una rata que intenta arrancarle algunos hilos del catgut. Con un desesperado y frenético esfuerzo hunde la punta del garrote en el vientre de la rata, que apenas da un chillido.

Ahora en el palo hay un fantástico anillo vivo, de vísceras palpitantes, de ojos implorantes en la noche.

El indio se pudre en unos sacos de australes bordes indescifrables.

El resplandor del alba pone un bozal en la jeta del caballo y baña de listas azulinas su cuerpo desmesurado en la sombra.

El estiércol refulge bajo sus pisadas dementes y por sus ojos baja una luz diáfana y pura.

El indio Genaro recuerda su verde caballo en los días en que su lomo temblaba bajo la alegría de la lluvia. Cuando los murciélagos dejaban caer sus frutos sobre el pesebre que el caballo mordisqueaba asustado, y cuando con la totuma lo bañaba en el río raspándole el barro y la mugre con una raqueta.

A su caballo le faltó siempre un poco de orgullo para rebelarse y no conducir sobre su lomo tantas arrobas de "tela", de café o de panela, por años y años para que el indio Genaro pudiera, finalmente, llevar a su rancho media panelita, un frasquito de kerosene y un pedazo de pescado hediondo. Y de vez en cuando una zaraza para su mujer. Lo que sobraba lo dejaba para el "michito"... el michito que no pueden prohibirle ni su caballo que lo mira, él lo dice, con burla, ni la mujer que ahora yace boca arriba sobre el piso... ni los vientres abultados y deformes de sus hijos, que cuando llegó, no hicieron más que mirarlo a la cara con las comisuras de los labios llenos de baba verde. Nadie puede impedirle su michito. Por eso él, que se halla tirado sobre estos costales con la hinchazón que ya llega hasta las ingles y le vetea de rojas manchas el abdomen y sube hacia su garganta como un lento árbol ardoroso, piensa en el michito. Si lo tuviera quizás se sintiera aliviado, quizás pudiera arrastrarse hasta el patio, adonde llega el suave viento de junio rozando la hierba y se escuchan los ruidos intensos del despertar del mundo. Quizás pudiera llegarse hasta el río y lavarse su pierna túmida que le late como un violento corazón desesperado. Se lavaría la pierna con toda la fuerza de sus uñas, se arrancaría los nervios que lo martirizaban, quizás se la machacaría contra una piedra y oiría el chasquido de los huesos triturados. Haría cualquier cosa, menos dejar que este dolor que parecía una lenta y profunda cuchillada en los testículos continuara victimándolo.

Hácese más profunda su soledad porque la muerte lo rodea con sus lentos pasos de sombra. Lo rodea, lo hiere en lo vivo de los ojos, hora a hora más densos y acuosos, en los cuales los párpados pesan como una vida impura.

Tiene los ojos hinchados y lágrimas que él no llora ruedan por su rostro desmesuradamente pálido y confuso, como si la muerte lo estuviera intimando desde adentro. Como si realmente lo llamara desde las vísceras; como si desde su pierna agusanada le hiciera misteriosas señales.

El muñón podrido es como el ojo absurdo de Dios, lleno de nervios saltados y viscosidades que avanzan hacia la dura realidad de la tierra, en busca del sol deslumbrador de la mañana eterna. Al encuentro de la pierna perdida, peregrina de los anchos mundos del delirio, bajo las estrellas trémulas y frías.

En esto piensa el indio Genaro cuando el sol ya brilla sobre los árboles en aquel hermoso día de junio. La hierba está mojada y el balde de latón relumbra bajo la luz tibia y fecunda de la mañana. Con golpes de lengua un perro bebe agua de un viejo cántaro. Es un perro lleno de huesos vivos con el pelo del cuello mullido de pulgas y los ojos cansados. Un lento olor de arena tibia se levanta de la tierra.

Por la boca de la choza aparece primero un niño que comienza a caminar hacia donde el perro se halla. Se sienta frente al sol con los ojos cerrados y la boca abierta, como si esperara algún extraño mendrugo. Más tarde aparece otro niño y detrás un tercero apenas vestido.

Dentro de la casa se oye toser angustiosamente a la mujer. El indio Genaro yace con los ojos semiabiertos. La mujer está solícita a su lado como avergonzada de haberle descuidado. El indio la mira con dulzura, desde una lejana sonrisa. Alza con esfuerzo su mano descarnada y la pasa por los senos exhaustos de la mujer. Ésta, coge la mano del indio y se la lleva a la cara como si con ello se proporcionara un raro e intenso placer. Sin embargo, las manos del indio son duras, callosas, apenas puede darle flexibilidad a los dedos.

Domitila sale fuera de la choza y vuelve en poco tiempo con una taza de agua fresca y con un pedazo de trapo comienza a limpiar el rostro manchado y sudoroso del indio. Éste la deja hacer tranquilo. Piensa que ella limpia porque sabe que la muerte está muy cerca y es bueno que los seres que se aman la reciban con el rostro limpio y reconciliado. El indio siente el dulce placer del agua sobre su rostro ardiente.

IV

Los perros ladran camino del río. Sobre el balde de latón que la mujer lleva en la cabeza, el sol brilla alegremente. Algunos pájaros pasan rozando la hierba.

Domitila piensa en el hombre que ha quedado en la choza. Piensa en ella y en la choza y en el hombre que madura su muerte allá, con su propio carburo, con su sangre de lenta corrupción, mientras ella va camino del agua adormecida del río. Piensa en el río con su lomo rojizo de tierra desleída y en los niños que se hunden en el fango hasta las rodillas. La mujer piensa en él, le ve las encías pálidas, los brazos caídos y el pelo de rala ceniza. Piensa en él, Genaro, hombre suyo tantas y tantas veces. Hombre suyo hasta por todas las veces de su vida suya, tan suya que nadie más la salvaría ya de cargar con estos tres hijos suyos, paridos, malditos y benditos todos los días de hambre o de hartazón.

Algún día estos hijos la verían acabarse a ella también. ¿Estarían todos a su lado, como lo están mientras Genaro araña la tierra y la amasa con sus propios orines? Ya no serían niños, serían hombres con los ojos tristes y hambrientos.

Pero, ¿morirían ellos también? No podrían crecer, crecer hasta llenar toda la tierra. Hasta que ni los amos de la tierra que tan duramente los habían hecho trabajar, a ella y a Genaro, pudieran doblegarles sus cuerpos de árbol de piedra, duros. Sus cuerpos y más todavía por dentro el corazón como todas las llamas del purgatorio, como todas las llamas que incendian los pajonales, como todas las llamas.

Entonces traerían las manos como hachas, como venganza, como sogas para todas aquellas gargantas; para que todas aquellas cabezas mostraran la lengua roja de miedo, de agonía infinita y salvaje.

Ellos, sus hijos, quizás verían la tierra limpia, donde la luna y las estrellas y los grillos y los alacranes dormirían tranquilos con sus propios ojos, mirarían con los ojos de todo, oirían para siempre con sus orejas, aquellos ruidos y señales de la tierra. Vendría entonces la rotura del campo; la siembra y la germinación, las lluvias y las cosechas. Y habría abundancia para todos. Para el estómago ahora macilento y para el lomo cimbrado del caballo. Quizás también podrían conseguirse retazos anchos e hilo y... bueno, todo, todo. Y sus hijos serían fuertes como la tierra, con la sabiduría de

la tierra y jamás dejarían de volver con sus piernas vivas, fuertes, enteras.

Esto piensa Domitila, mientras se acerca al río que pasa como una baba lenta.

V

Ninguno como Genaro sabe, ninguno, que la muerte le hace respirar tan hondo, que la fiebre le exalta sus últimos y definitivos humores. Pero él, no quiere morir tirado en aquellos costales como un perro. Porque él, Genaro, tan fuerte siempre, toda su vida, ahora echado allí con una pierna menos y sin fuerzas, no puede salir afuera de la choza, no puede ver como el sol seca la tierra y más allá la tierra verde en suaves olas temblorosas, como el lomo sucio de su caballo.

La tierra es su verde caballo. Su único y auténtico caballo de belfo sangriento. Ella está allí con pájaros y flores, con la hierba alta mecida por los vientos tristes de junio.

La tierra, su verde caballo sin fronteras. Ancho, extensa hasta donde llaman el mar, para él, Genaro, moribundo y para todos, todos, hasta las negras hormigas que beben los líquidos que manan de su pierna podrida.

De todos. Todos cabalgarían sobre aquel lomo, en la noche intensamente azul, viendo a las estrellas refundirse en el horizonte.

Él, Genaro, marcharía entonces, con su pierna sana y firme, llevando a su mujer y a sus hijos sobre el lomo de su verde caballo, al encuentro del sol glorioso de la noche.

GUSTAVO DÍAZ SOLÍS

(Güiria, 1920).

Gustavo Díaz Solís es sereno. A través de su obra se marca el decantamiento de una personalidad aguda e inteligente, de espectador interesado. El primero de sus cuentos, "Llueve sobre el mar" (premiado en concurso organizado por la revista "Fantoches" en 1943) lo coloca dentro de la tendencia de pintoresco lirismo y riqueza verbal que se había formado en Venezuela luego del asentamiento del "vanguardismo". Pronto, se afirma su calidad personal y se distingue Díaz Solís con características posibilidades. El tono del relato se hace íntimo, pero un elemento de razón condiciona la delicada materia de la historia para lograr armoniosa disposición de matices. Los cuentos de Díaz Solís están logrados con perfección artística, bien fabricados y cuidadosamente dispuestos en todas sus partes. En vano quisiera alguien hallar en este cuentista el instante en el cual suelten sus manos las riendas, uno de esos instantes en los que parece surgir de la obra un aletazo al cual se entrega el autor con la confianza de que su propia fuerza controlará la apasionada vehemencia: Díaz Solís es —cada día más— juicioso calculador de las situaciones que crea con seguro dominio de sus extraordinarias capacidades. Buen técnico, buen crítico, ha sabido aplicarse a sí mismo la guía de un conocimiento literario de buena ley.

ARCO SECRETO

Por Gustavo Díaz Solís.

I

La habitación estaría a oscuras si no fuera por esas verdes cuchillas de luz que agita el viento nocturno. Hace calor. El calor vive en la sombra como presencia metálica y humana. David reposa en la cama, desnudo, febril. Quisiera dormir, pero está seco de sueño. En sus sienes golpea la imagen de aquel hombre repulsivo. La almohada sofoca. Bruscamente, la tira al suelo. Se oye un sonido aplastado y, después, la almohada brota, blanca, en la sombra baja. Ahora de costado toma un cigarrillo. La luz de la cerilla hace oscurísima la habitación. Pasa suavemente el humo sobre la brasa que late viva y roja en el humo. Caen como súbitas cortinas las paredes amarillas y las cosas emergen lentamente en la sombra, como si miraran.

El cuerpo destaca, casi negro, sobre la cama, y en el silencio parecen abolidas las cosas de afuera.

Ahora él recuerda. Recuerda que cuando llegó a este campamento petrolero, pensó que su estada no dejaría huella. Sería libre, verdaderamente libre, porque no dejaría huella. Sin embargo, la experiencia de aquellos meses recurre en golpetazos a las sienes. Encuentra difícil detener las imágenes que pasan resbalando, superponiéndose, revocándose, multiplicándose en la fuga infinita de cierta estructura absurda de pulpo entre espejos.

Ahora recuerda. Era la media tarde de un día de marzo y por la ancha ventana él se había asomado al nuevo paisaje. Afuera la luz, toda la luz en el caliente día de verano. Y en

la luz, bajo el cielo exaltado, las casitas rojas, verdes, blancas. Y una calle-carretera entrelazando las casitas; y una muralla oscura de selva, allá en la lejanía zarca. Sus ojos abiertos a la luz coruscante y, en lo hondo, vagas, imprecisas sensaciones. Pero más adentro, en el secreto de la sangre, los impulsos tendían, seguros, sus arcos innumerables.

Apartándose de la ventana, había entrado al dormitorio. Se quitó los zapatos y la camisa blanda de sudor. Terminó de desnudarse y se metió, tibio elástico bajo la ducha. Abrió el grifo y el agua de transparencia plomiza salió violenta, gruesa de frescura. Saltó el agua en la cabeza y los hombros; le azotó las espaldas que brillaron con luz de cobre. El pelo vino sobre la frente. Los músculos del abdomen levantaban suaves colinitas de cobre y sombra. Y el agua fresca que lo cubría todo, abajo, sobre los pies amarillos, caía ruidosamente.

Después vistió de limpio y salió. Caminó hacia el este, hacia el Club de los empleados. La casa del Club —amplia, verde y blanca— estaba desierta durante aquella hora. Sólo detrás del bar, un mozo de servicio leía en un diario, completamente desprevenido de su oficio. Él se proveyó de un magazine grande y brillante que estaba sobre una mesa de mimbre y fué a sentarse a un corredor abierto al aire. Llegaba desde el oeste un vago trepidar de maquinarias. A poco descansó en las piernas lo que leía y miró al frente, lejos, las casitas alineadas de los obreros. Más acá, contrastaban las casas de los empleados. A su derecha pendía hacia el sur un pedazo de carretera polvoriento, por el que a ratos pasaba algún camión ruidoso; algún oscuro, silencioso caminante. Aquí, en un plano inferior, la piscina verde, pulida y honda de nubes altas. Detrás de la piscina, una alargada caseta de madera —la cancha de bowling—. A su izquierda, al fondo de una hondonada pequeña alinderada por grandes árboles, dos canchas de tennis. Y rodeándolo todo bajo un sol de fuego, los verdes courts de golf, esponjosos, ondulantes.

Quieto frente al paisaje, se había sentido solo, separado, concreto en el aire. Allí terminaban veinticinco años urgentes: la Universidad, los amigos, los libros, alguna mujer, los viajes. Y él constataba que cada experiencia de aquellos años se manifestaba en la manera como estaba allí, aparentemente quieto frente al paisaje. Él era lo que había sido.

De pronto, por una puertecilla lateral asomó el mozo del servicio. Él percibió agudamente la presencia extraña del muchacho que sonreía. Le ordenó un refresco y a poco el mu-

chacho volvió con una bandejita sobre la que tintineaba un vaso pesado, alto y frígido.

Entonces por allí cruzó un lagarto verde y oro. Vibraba, como untado de colibrí. Inquieto, el lagarto se detuvo sobre el piso blanco que espejeaba de sol. De ninguna parte apareció, suave, un gato negro, lustroso. El gato miró al lagarto verde y oro bajo el sol. Agudo de sigilo, el gato comenzó a encogerse, encogerse. Así debió estar susceptible a las más sutiles impresiones, porque volvió la cabeza hacia arriba, donde él estaba, y lo miró con el fuego frío de dos almendras de azufre. Luego volvió a concentrarse sobre el lagarto que vibraba desapercibido en el sol. Así estuvo el gato durante varios segundos, tenso, vigilante. De pronto estaba sobre el lagarto. Se le vió ondular, negrísimo, redondo de brillos y de eléctrica armonía. Debajo la cabeza asomó la cola del lagarto, agotada, como la punta de un látigo. La cola del gato ondulaba elásticamente, viva de una certeza escondida en lo secreto de la sangre.

En el silencio sonó, agudísima, una sirena. El gato huyó, ágil. Llevaba el lagarto atravesado, convulso, en la boca delicada.

Todavía la sirena gemía hondamente cuando él se puso de pie, conmovido. El aire comenzó a llenarse de un ruido numeroso. El ruido despertaba, crecía en la luz, se desplazaba sobre las cosas, como derramándose. Después, un gran silencio se hizo en la fuga del eco clamoroso que se perdía más allá de las últimas casas.

Llegaba gente al Club. Adentro la casa sonó música estridente. Sobre los courts aparecieron pequeños grupos. Algunas parejas bajaban en silencio hacia las canchas.

Él se había sentido casi molesto ante todo aquel movimiento inesperado. Por la puertecilla lateral salieron animadamente una mujer y un hombre. Ella, de pelo rojizo recogido y oscuros ojos grises. El hombre, rubicundo, pesado. Le saludaron con breves inclinaciones de cabeza y en una mesa verde y ancha comenzaron a jugar al ping-pong. Él, desde su asiento, aparte, miraba cómo la pelotica blanca saltaba nerviosamente del hombre a la mujer, de la mujer al hombre. Inesperadamente, desde la caseta del bowling llegó un estrépito formidable. Él se sintió como electrizado. Sudó rápidamente. Aún tenía el vaso helado en la mano. Succionó entonces con fuerza y produjo un ruido indiscreto. La pelotica cayó al suelo en ese momento, brincando. La mujer —de pronto sola, única— sonrió con benevolencia. Él vió extraviadamente las grandes nalgas del hombre agachado, y se encaminó a la cancha del bowling.

Allí había alguna gente que jugaba y al cabo de las pistas pulidas, dos muchachos borrosos. Miró tan ávidamente el juego, que le invitaron a participar. Tomó tiza en los dedos y atrajo una pesada bola, negra y brillante. Juntó las cejas y miró finalmente hacia el fondo. Se irguió en equilibrio sobre la tensión de sus músculos, luego inclinó el tronco y partió, suave. La bola se fué velozmente por el brillo de la pista y al fondo explotó en los bolos que fueron aventados. Detrás, hubo un ruido sordo en el cojinete y se vió al muchacho saltar para no ser alcanzado.

Ante el elogio de los otros, sus ojos flameaban. Tenía las cejas abiertas, sonreía. Sentíase descargado, corporalmente feliz.

Aquella noche comió en el mess-hall, que era un salón-comedor muy iluminado, lleno de olor de guisos vagos y donde unos mesoneritos cetrinos servían entre comensales rubicundos. Cuando salió afuera, respiró el aire húmedo de la noche. Sentíase la presencia oscura de la selva. Las casas, las luces, las instalaciones, todo aparecía transitorio en oposición de aquel mundo vegetal que emergía de la noche. Un silencio vivo, formidable, burbujeaba entre los árboles.

Él se encontraba ligero y apto, seguro en su contenida, separada humanidad. Por eso aceptó lo que le sugiriera el compañero de mesa —uno de esos individuos anónimos, nacidos con vocación de acompañantes—. Tomaron una camioneta y por un brazo muy pendiente de la carretera, bajaron al poblado criollo, húmedo y triste en sus luces mortecinas. El vehículo trepó las jibosas callejas agrietadas que oleaban frente a la luz de los faros. Pasó umbrales foscos, hombres y mujeres hieráticos, vestidos de telas claras. Él, aparte, ignoraba al otro, oscuramente, y experimentaba una compasión violenta, un disgusto avergonzado ante aquella sordidez inexplicable pero real, aquella miseria. El automóvil dobló una esquina ruidosa que obstaculizaban agrios olores de borrachos. Por último, se detuvo bruscamente frente a una casita torcida.

La patrona les dió la bienvenida que pretendió ser malhumorada. El compañero se introdujo con soltura de parroquiano, pero él quedó a la zaga, sofrenado de cautela, de secreta voluntad de distinguirse. En el recibo penumbroso estaban varias muchachas hacinadas promiscuamente en un diván destartalado. Él vió con sorpresa una vieja mecedora que allí había y tomó asiento en ella, inexplicablemente. Todavía estaba honda y tibia de contacto humano. Entonces comenzó a mecerse frente a las muchachas y a la patrona que sonaba plata entre las manos gordas. Sintió cómo su presencia

les era impertinente, les molestaba, les desnudaba tristes vivencias sepultadas bajo costra, como llagas. Continuó meciéndose, sin embargo. Su figura destacaba totalmente extraña en la habitación un poco amorfa; y él sentíase separado de los otros, distinto, intocado por aquella sordidez. Las muchachas pintarrajeadas le miraban desde la sombra con ojos amarillos, vítreos de frustración y de vergüenza. Entre ellas y él se estableció un antagonismo que parecía revivir remotas jerarquías, remotos yugos de bota imperativa y látigo arbitrario. Él sentía todo esto, aparte en la penumbra, y continuaba meciéndose petulantemente, con petulancia que no era, sin embargo, sino lealtad inconsciente a su linaje. Ellas lo miraban con ojos tristes de bestias vergonzantes.

De pronto él paró de mecerse y preguntó con voz pulcra, extraordinaria:

—¿Hay cerveza aquí?

Y una de las muchachas, halada de su fascinación, respondió desde la sombra:

—¿Señor?

II

Al día siguiente había ingresado al Departamento de Cartografía, cuyo jefe levantó la vista de unos mapas al sentirlo frente al escritorio y produjo un gruñido interrogativo. Él lo reconoció al instante y presentó sus credenciales. Era en efecto el mismo que había visto la noche anterior en el mes-hall y que le había producido impresión repulsiva. Allá lo había advertido por el ruido que producía cuando masticaba. Entonces le había observado con asco la boca por cuyo canto chorreaba grasa y en la que faltaba un canino; y el mirar tardo; y el movimiento fláccido del cuello que abultaba el paso laborioso de los bocados. Recordaba que, por último, el otro se había retirado después de ensuciar el mantel al limpiarse la boca y las manos, y ya sobre el umbral había producido un eructo agrio y profundo que sobresaltó a los comensales.

Y él había tenido que estar de pie frente al escritorio, mientras el otro decía su plática inaugural, a la que no prestaba atención, por tenerla puesta en el recuerdo de lo que viera la noche pasada en el comedor. Y por momentos, ya insoportable la voz y el gesto y la figura toda, él había bajado los ojos hasta los zapatos puntiagudos que destacaban bajo el escritorio. Terminó por fin de hablar y entre gruñidos se echaba de nuevo sobre los mapas, cuando él se retiró, tomado de una total y concreta oposición al otro.

En aquella obligada subordinación, algo fundamental se

rebelaba en él. Se exaltaba en él un sentimiento del que no podía saberse dónde terminaba lo personal y comenzaba lo colectivo. A poco fué una profunda sensación de desagrado la que experimentaba en presencia de aquel hombre que sutilmente trataba a su vez de sojuzgarlo, de ratificar su jerarquía. Aquella aversión se diseminaba sin posible detenimiento. No era una localización racional, era la sensación total de una antipatía de sangre, una oposición inconsciente, medular, que demandaba liberación. Frente a aquel hombre grasiento, frente a aquel patán que pretendía encubrir con lentitud de gesto y de palabra la evidente condición de advenedizo, él afirmaba la vida, clara y sincera como un cuchillo.

Pasaban los días y él constataba cómo en el otro se manifestaba cada vez más la posibilidad inmanente de ser el objeto de un desahogo violento, de una suprema instancia de liberación. Sin embargo, los empleados del Departamento nada de esto percibían. Nada podían percibir de este secreto proceso. Por las mañanas, por las tardes, él se ocupaba en sus trabajos de cartografía. Pero sentía que a través de los compartimientos de la oficina, desde el escritorio del otro hasta su mesa de dibujo, estaba tendida —conectándolos— una corriente de repulsión cada vez más alta. Preimaginaba entonces tantas escenas, que el proceso le parecía fatal, determinado. En parajes absurdos, anulada toda circunstancia, él se veía frente a la figura repugnante: la cara grasienta, la camisa blanca de mangas largas, los pantalones grises, los zapatos puntiagudos —los ojos—. Sin armas, en el sitio irreal, sólo las dos fuerzas contradictorias. Y él que de pronto saltaba sobre el otro, y las manos duras como garfios que volaban al cuello blanduzco y apretaban, apretaban, hasta el límite, hasta la pesada inercia de la carne.

Había huído de estas prefiguraciones mortales; había huído hacia la vida, hacia la luz, hacia los abiertos caminos del verano. Se extenuaba en los deportes. Fué de cacería con otros, varias veces. Jugaba al tennis casi todas las tardes, hasta que comenzaba el rumoreo de los mosquitos que proliferaban en los pantanos escondidos detrás de los árboles. Pero aún en la cancha, mientras jugaba, sentía que desde arriba el otro, en otro sitio, seguía sus movimientos, vigilaba. Él regresaba entonces a la casa del Club, alegremente iluminada, y en un banquillo alto se sentaba al bar, abrigado en su grueso sweater de lana.

Seguramente la necesitaba tanto que ella estaba allí, esperándolo. Él se apartaba del bar y tomaba asiento frente a la mesa de mimbre donde había revistas y periódicos. Desde

allí la miraba. Mirándola, recordaba su sonrisa benévola cuando la tarde en que él había llegado, ella se entretenía al ping-pong. Separada de sus ojos por la pista de baile, ella jugaba a las cartas. Él, desde la mesa, no cansaba de mirarla. Y aunque él leyera, sentía que no dejaba de estar comunicado con ella, que en realidad no estaban separados. La miraba jugar con los otros: oía su voz precisa y fuerte. Pero él a esa distancia no entendía lo que ella hablaba. Cuánta compensación recibía, sin embargo, cuando ella al salir lo miraba, siempre tan desocupado de su lectura, y sonreía.

Una tarde él había subido de la cancha. Llegó arriba cansado, duro, un poco frío, pálido. Ella estaba allí con los otros, como siempre, cejijunta frente a los naipes. Esta vez él pasó de largo. Saludó a unos conocidos, rehusó sentarse y salió. Salió al atardecer grave, en el que también había estrellas. Sintióse solo, segregado, sutil en la dimensión vasta, la sangre replegada en reductos invisibles. De pronto oyó que la puerta a su espalda había sido abierta. Oyó la voz de ella, cordial, enaltecida. Ella venía acompañada. Los otros eran una pareja que partió en un automóvil, casi sin ruidos. Ella le pasó cerca y saludó sin coquetería, con abierta amabilidad que parecía personal. Él la miró caminar. Miró sus hombros anchos, casi varoniles, bajo la tela liviana; su pelo rojo, su cuello descubierto, su andar sencillo, sin voluptuosidad. Ella tomó un automóvil negro, polvoriento, y cuando él comenzaba a moverse, le hizo señas, trató de expresar que le invitaba. Él se acercó y agradeció en una manera pobre y difícil que le produjo disgusto. Ella insistió, tibiamente. Él temió denunciarse y entró. Cerró con cuidado y energía la portezuela y cuando ella presionó el botón de arranque con el pie izquierdo, él le había mirado gravemente el muslo sólido, redondo bajo la falda clara, y la pierna larga y blanca, brillante como mica.

Sostuvieron un diálogo intrascendente y hasta penoso. Él hablaba poco inglés y ella, según le confesó excusándose, sólo sabía del castellano lo que exigían compras elementales. Él dió su nombre y ella el suyo. Ella había venido de Tulsa, Oklahoma, con su marido, quien era experto en sismógrafos. No tenía hijos. Actualmente, él estaba en Caracas, gestionando traslado. Todo lo expresó precisamente, imitando con gracia un informe de identificación.

El automóvil corría hacia el sur. Ya era noche. Atrás habían dejado las luces del campamento. A ambos lados de la carretera se alzaba la profunda muralla de los árboles y se oía un croar apresurado y numeroso. Él miraba con vaguedad hacia el lado derecho del camino. Ella parecía atender sólo a

la conducción del automóvil. Pero en la luz que difundía el tablero, en el calor monótono que exhalaba el motor, él sentía su presencia inminente, actuante sobre su piel y sus sentidos.

De pronto ella dijo, sin dejar de mirar hacia adelante.

—Usted pensará que yo trato de enamorarlo.

Él se replegó desde la médula, casi visiblemente, mientras preparaba una respuesta en inglés.

—Ésa es una preocupación muy femenina —afirmó, abstractamente.

Ella sonrió sin desatender el camino. Después no habían dicho más. El motor se oía ronco. El automóvil corría, tableteando un poco en la oscuridad. Pero él la percibía viva de espera, tensa y emocionante como una intriga. Ella lo percibía varonil y alerta, tendido en la sombra como un esbelto arco.

Desde un sitio ancho de la carretera, regresaron. Regresaron al campamento donde todo se veía limpio y verde, reciente bajo la noche. Entraron por el portalón de la cerca, donde había una garita que tenía adentro un borroso vigilante. Él la guió, y a poco ella detuvo el automóvil, sin apagar el motor. Entonces se habían mirado a los ojos, serios, extranjeros, pero con algo interno en común, un poco abochornados de que se les viera tanto en ellos. Él dió las gracias y trató de abrir la portezuela, pero sin lograrlo. Ella entonces atrajo con destreza el freno de mano y se inclinó un poco sobre él para abrirla. Súbitamente, su mano había saltado sobre el cuello descubierto, se aferraba con delicada seguridad sobre la piel sudada. Ella levantó la cabeza y lo miró sin sorpresa en los ojos negrísimos, profundos de concreta hombría. Él le miró los ojos ensombrecidos, abiertos de voluntad corporal. Por un momento no existió circunstancia. Ella lo apretaba crecientemente, le acariciaba las espaldas con lenta franqueza. Él tenía un hombro tibio y redondo en la mano tensa, leve y tensa como una garra. De pronto ella lo apartó blandamente, con seguridad.

—Aquí no. Mejor entremos —musitó.

Y entraron.

Aquellos días que siguieron habían sido luminosos. Cálidos días de luz azul, alta sobre los árboles vivos en el viento que arrastraba las nubes. Detrás de la muralla de árboles proliferaba la muerte en los tibios pantanos escondidos. Mas para ellos sólo habían horas cálidas y luminosas, los ojos a la zaga de las nubes, hechizados en el vórtice lento de la entrega verdadera.

Sin embargo, las prefiguraciones recurrieron en la calma que advenía después de aquellas horas plenas. La aversión ya estaba en el tuétano, en la sangre, alerta, vigilante, lista para el salto hacia la liberación.

Ah, pero aquéllas habían sido noches tibias. Tibias, silenciosas noches, en el refugio de la habitación íntima como una sola estrella en el oscuro azul que no movía el viento. Ellos allí tan silenciosos, tan puros, dormidos a veces en desnuda confianza. Silenciosos, puros, cada uno aparte sin unión de amor que fuera infortunado. Cada uno aparte y perfecto como olvidada llama, sólo coexistiendo en un mismo hechizo de líneas singulares. Ella a su lado. En la penumbra, viva su carne donde la luz se detenía como en la carne de las peras. Él a su lado, dorado y tibio como siervo descansando. No había palabras. Sólo los gestos fundamentales. No había antes, ni después. No había palabras. Sólo la plenitud del momento suspendido como una sola estrella en el oscuro azul que no movía el viento.

Pero las lluvias que a su llegada habían sido rápidas, atravesadas de sol caliente, comenzaron a caer casi sin interrupciones. La humedad invadía, ablandaba la luz y cubría las cosas con un peludo moho grisazul. La vegetación había cobrado exuberancia que oprimía, que derramaba una vasta tristeza en el paisaje.

Con el regreso de su marido, ella tuvo que volver a su anterior realidad, al quehacer de las angostas cosas diarias. También él volvía a sus cálculos y a sus mapas, a la inevitable presencia del otro que parecía saber de su mutilación y la reavivaba con saña sutil, inadvertida para los otros. Pero ellos retornaban a lo cotidiano con una especial sabiduría. Por entonces llovía copiosamente, cerrando los caminos. La oscuridad venía pronto en las tardes húmedas, a menudo frías. Venía sobre la muralla de los árboles que cercaba el campamento, entre nubarrones y humo bajo de niebla. Anochecía sin estrellas. Él miraba caer la lluvia frente a la ancha ventana, miraba llegar la noche. Caía el agua verticalmente, como para siempre, y se iba fragorosamente por las torrenteras de las calles negrísimas, mojadas de brillos planos.

III

Ahora el viento nocturno mueve la seda del silencio. El calor se deposita como caucho, blandamente sobre las cosas.

Las cosas de David desde la sombra miran. David apaga el cigarrillo. La brasa chilla débilmente en el vidrio del cenicero y en el silencio que se rehace el reloj destila el tiempo. Late adentro el duro corazón oscuro y vivo. El viento afuera hace rumor de agua. Las imágenes se desplazan, lentas. Pasan gelatinosas figuras, sombras alargadas, revientan burbujas de lenta gelatina. Suenan cobres violentos y un pulpo sordo se traga toda el agua de los espejos verdes y el silencio se estira pulido y fino como piel de pozo en la noche. El sueño nace en los huesos, como humo. Como humo se abre paso entre la carne sólida y se esparce, como humo. Desde el horario quieto de la sombra un gato de azufre mira.

De pronto un blando aire gris pasa sobre el cuerpo secretamente vivo en el humo del sueño. Desaparece ligero por la puerta de la habitación. Pero en la puerta reaparece, vuelve, vuelve. Desaparece de nuevo, vuelve. Aire negro de sombra alada y loca pasa sobre el cuerpo secretamente vivo en el humo del sueño. Silencio —en el reloj galopa un caballo de plata, pequeñito. Vuelve el rápido ruido de seda y sombra negra y hielo negro por el aire. Pasa; pasa y choca duramente contra la tela metálica que cubre la ventana. Los ojos del hombre se abren, emergen, disipan el humo del sueño. La punta de una aguja de lumbre de vida horada la sombra y busca el ruido cálido y negro que vuelve por el aire y pasa. El viento llega cargado de nocturno ruido de agua, lejos. Desaparece el cuerpo negro de hielo y se oye chocar duramente en la otra habitación. Las cosas se repliegan ciegas y duras. La sombra se agita de láminas verdes. Viene ruido de viento y de agua cerca, crece, crece, y entonces se oye la lluvia caer —totalmente. El hombre se incorpora, se alza desnudo como viva llama. Viene de nuevo el cuerpo negro, viene frente a él por el aire— y pasa. Y el aire golpea hielo en el rostro y en la sangre donde aún hay burbujas de humo de sueño. El hombre salta a un lado. Pasa el cuerpo negro y choca pesadamente contra la tela metálica de la ventana. Salta el hombre a otro lado, abre el closet y palpa y toma la raqueta de tennis. Salta luego dentro de la sombra verde llena de ruido de lluvia el cuerpo vivo como llama de cobre ágil. Vuelve el cuerpo negro, alado y negro, desplazando aire de hielo en el aire. El hombre cruza un raquetazo en la sombra y no tiene resistencia. Desaparece el cuerpo negro, alado. La lluvia cae sin prisa, rumorosa, afuera. Vuelve el cuerpo negro, vuelve. Otro raquetazo en la sombra, y otro, y otro. Desaparece por la puerta el cuerpo negro de muerte. Viene de nuevo, viene, pasa. Choca con ruido pesado. Vuelve, vuelve, pasa. Desaparece —se

oye desde el corredor el ruido gris que va, ciego, en el aire. Salta al corredor. Gira el cuerpo pulido de brillos móviles. Viene por el aire verde el negro cuerpo alado. Pasa. Otro raquetazo cruza. La tela metálica suena con estruendo corto. Cae una cosa negra y agitada en un rincón amarillo en sombra. Aletea, rasguña la pared, con las alas negras de seda tensa. El hombre salta y se encorva y oprime al marco de la raqueta contra el animal oscuro que aletea en el rincón. El animal de negra seda aletea fuerte, más fuerte. El hombre deja la raqueta sobre el animal y vuelve a la habitación. Mira dentro del closet con los dedos finos de instinto que palpan las repisas. Los dedos encuentran un largo cuchillo enfundado. El hombre desenvaina el cuchillo y regresa con la hoja que fluye de la mano como una cosa viva que acompaña. En el rincón la raqueta tabletea sobre el animal torpe y negro, caído del tiempo. Las alas rasguñan la pared amarilla en sombra. Ya no hay oscuridad para los ojos del hombre. El hombre acerca la punta del cuchillo al aleteo del animal. Toca el cuerpo blanduzco y revienta burbujas de hielo en la sangre que pesa en los brazos y corre por la espalda. Entra la punta en la carne escondida bajo la piel de urna, repulsiva. El animal chilla, lastimeramente. El brazo del hombre hunde más el cuchillo en el cuerpo repugnante. El animal chilla. Voltea la cabeza a un lado, la cabeza de perro pequeñito. Ya no hay sombra para los ojos del hombre. La cabeza del animal, agobiada, voltea a un lado y a otro, brusca. El animal abre los ojos de rata de ojos de pájaro de ojos de semilla de papaya. Se queja y muestra los dientecillos de pez y se queja, lastimeramente. El brazo levanta el cuchillo y lo hunde otra vez, otra vez en el cuerpo de seda blanduzco. Chilla el animal y muestra sangre en los dientecillos de pez tragado por una rata. Aletea brusco y por debajo del ala ancha y negra saca una garra pequeña de ave abortada. Afuera suena la lluvia, pausada, rumorosa. El hombre respira anhelosamente, caliente en la sombra, como viva llama de cobre verde. El animal gime, convulso, agobiado. La punta del cuchillo se hunde otra vez, otra vez. El hombre suda, perfectamente solo. Hunde el filo, toca hueso, hace girar el mango del cuchillo en la mano dura como garra. El aleteo en el rincón es ahora epiléptico, convulso, irregular. Sale de bajo el ala de seda la garra pequeña de ave abortada, fría y violácea de muerte. Entonces se hace un silencio grave donde sólo se oye la respiración llena del hombre y el ruido de la lluvia que afuera cae, como para siempre. Las alas negras del animal se derraman sobre el suelo, anchas de entrega y de muerte. David se estira como

lenta llama de aceite, solo y único como un antiguo ídolo vuelto a la vida en otro tiempo. El brazo cae al flanco del hermoso muslo de cobre y ceniza. Se apaga la hoja del cuchillo. La cabeza de David se inclina sobre el pecho que brilla verde y todo el ruido de la lluvia y del viento se esconde en el pelo negrísimo.

ALFREDO ARMAS ALFONZO

(Clarines, 1921).

Entre los jóvenes cuentistas venezolanos, Armas Alfonzo es el que ha pretendido crear una técnica que puede pasar como expresión natural de un "contador de cuentos" salido de nuestro pueblo. Eso ha dicho de sí mismo alguna vez y es posible que haya dicho verdad; pero no menos cierto es que esa búsqueda de expresiones sencillas, naturales y populares está muy lejos de la facilidad folklórica que, en otros cuentistas, se confunde con la despreocupación y el desparpajo de quienes, por ignorancia, menosprecian los obstáculos que todo arte opone a quien pretende servirse de él, sin amor y dedicación. Armas Alfonzo es cuentista vocacional y por ello se exige la naturalidad aparente que conviene a sus historias. El mundo venezolano que se enreda en los cuentos de Armas es violento, oscuro, recio, brujo; multitud de fantasmas, de ánimas en pena, de caballos y santos, de aparecidos y monstruos, empujan las figuras de sus personajes, encontrados en los recuerdos, en las calles de las aldeas, en las chozas campesinas, en las anécdotas y leyendas, bajo los rasgos de un inmigrante, de un peón, de un soldado, de una madura mujer virgen. Armas Alfonzo merece la atención de la crítica. Su obra tiene la reciedumbre que soporta el paso del tiempo.

LOS CIELOS DE LA MUERTE

Por ALFREDO ARMAS ALFONZO.

I

Primero fué el rumor confuso, fragoroso, que se venía acercando al pueblo por el camino real que orillaba el cementerio, donde se pudrían las cruces blancas. Después, creciendo como una marejada incontenible hasta arrastrar el silencio, los gritos, el galope desatado, aquel acompasado y cada vez más creciente tamboreo de los cascos contra la costra caliente y tostada de la tierra. Y, de pronto, sobre las estacadas de las primeras casas, una, dos, tres descargas. El grito rajaba la voz sucia y devastadora.

—¡Viva Yaguaracuto!

—¡Abajo los azules!

—¡Vivan los amarillos!

La vieja Pragedes los vió desde la ventana que medio cubrían las ramas del taparo, pesadas de frutos redondos y verdosos, entrando como una avalancha por sobre el empedrado.

Eran unos treinta hombres renegridos, jinetes en treinta caballos sudorosos.

—¡Viva Yaguaracuto!

Eran treinta fusiles a la bandolera y treinta machetes golpeando las monturas.

—¡Abajo los azules!

Eran treinta gritos que asustaban, sesenta manos que asustaban, ciento veinte cascos que asustaban.

—¡Vivan los liberales amarillos!

Amarilla era la bandera. El trapo que aleteaba en el aire, como una puñalada por la espalda.

—¡Viva Yaguaracuto!

En el rincón de su cuarto, frente a un cristo exangüe entre velas y secos ramos de trinitaria morada, la vieja Pragedes ponía los ojos en el cielo. Su mano arrugada forjaba cuatro calvarios de terror supersticioso.

Ahora, desde la revuelta crin de un rucio, en el rumbo del freno se afianzó el gesto torvo del caudillo. Un mascarón redondo, abierto en cicatrices oscuras, como una piedra resquebrajada. Los ojos, que entrecerraban los gruesos párpados del indio, como lenguas de culebras. La boca gruesa, de pelota de barro. Y las manazas pesadas, de dedos achatados, cernidas sobre la charnela. Bajaba de la bestia resoplando maldiciones. El cuerpo rechoncho, abombado de grasas, bajo el peso de la cobija amarilla tirada por el hombro, el machete al cinto, el pistolón sobre el ijar, ceñido de la cartuchera.

Entre el ruido de las espuelas de plata del caudillo puso pie en tierra. Sesenta velas de impaciencia ardieron a su alrededor.

—¿Qué se ha hecho la gente de aquí?

El hombre extrañaba, desde la plaza, la soledad del pueblo. Colgaban los trapos muertos del silencio, como sudarios abandonados, en las puertas cerradas, en los postigos aherrojados, en las ventanas atrancadas, en los corrales y en las calles desiertas.

(Como aquel, hondo, tenso, definitivo y vacío debe ser el silencio que ronda las manos perennes de los nombres sepultados hacía tres noches en una tierra desconocida).

—A los liberales no se les cierran las puertas. ¿Dónde cipote se ha metido la gente de este pueblo?

Un golpe de brisa movió las ramas de los flamboyanes y despertó, de paso, el bronce de una campana yacente en el atardecer. El caudillo volvió la cabeza hacia el campanario.

—Tú, "Piquihuye", sube a esta torre y toca las campanas a rebato hasta que se te canse el brazo. A los amarillos hay que atenderlos bien. Los liberales son gente buena, que hacen la guerra a los malos. Toque esas campanas hasta que la gente salga de sus casas a recibirnos.

Un hombrecito delgado despegó del grupo y cabalgó hasta la puerta de la iglesia. Bamboleaba el cuerpo al compás del trote de la bestia. Las puntas de un trapo amarillo que le envolvía la cabeza, tiesas de sangre y tierra endurecidas, semejaban dos puntas de lanza.

—¡Miren como monta ese llanero zoquete!

El rostro abierto en cicatrices se estiró en una sonrisa. Una mueca horrible de máscara pisoteada. Pero ya estaba diciendo a los otros:

—Y ustedes, no se queden ahí, parados como unas topias. Necesitamos provisiones y hay que buscarlas donde estén. A echar abajo esas puertas.

Las manos de la vieja Pragedes forjaron seis calvarios más de miedo ante el altar de su cuarto, donde Dios, exangüe entre ásperos pétalos mojados y espermas derretidas, moría otra vez y tantas por la redención del género humano.

II

—Déjalo que se acerque... Déjalo que se acerque... No te muevas.

Ahora estoy consciente; ahora no estoy en la guerra, espoleado por un grito o bajo la presión de un cañón sobre los riñones. Ahora vuelvo a ser un hombre con facultades; un hombre consciente que piensa por su cuenta. Un hombre que va a matar a un hombre conscientemente, con todos sus sentidos puestos en el hecho simple de matar a otro.

La guerra es una aventura de la muerte; un desahogo de la muerte. Porque vamos a la guerra a matar hombres, a quemar pueblos, a robar. Y entonces la vida de los hombres no cuesta nada, ni el robo tiene un sentido malo o desagradable. En la guerra todo está permitido, hasta forzar mujeres.

"Tú nunca tendrás que contarle nada a la gente. ¿Qué hiciste tú en la guerra, Antonio? Y no tendrás nada qué contestar. No eres como 'Piquihuye', que ha perdido la cuenta de las mujeres que ha pasado por la verija".

"Esta mujer me toca a mí, que la vi primero; tú, despacha a la vieja".

Una cuadra no me separa del hombre. Un pericoco, un flamboyán, una acera y cuatro escaleras apenas me separan del hombre.

—Déjalo venir. No te muevas...

Ahora estoy pensando por mi cuenta por primera vez en mucho tiempo. Y debo matar a un hombre. Debo matarlo. Debo matarlo. Matar a un hombre no da trabajo. Un tiro en la cabeza mata a un hombre. Un culatazo en el cráneo mata a un hombre. Un tiro de bien lejos mata a un hombre.

"Apenas si le veía el color de la camisa, agazapado detrás de un cardonal. ¡Tenía una puntería el condenado! Tiro que hacía era una baja de los nuestros. Pán y uno que caía. Pán

y otro. Y me puse a cazar la mancha amarilla entre los cardones, salta de aquí, salta de allá. Y cuando lo tuve en la mira, aprovechando que el otro estaba cargando su arma, allá le fué plomo. Entonces la mancha amarilla cayó al suelo".

Matar a un hombre no da trabajo. Pero verlo morir es más fácil. Hay miradas que tienen ya la deslucida muerte de los cristales. Algunos caen de batacazo y ya no se mueven. Otros lloran, se quejan, se orinan mientras se desangran.

"No me dejes morir, valecito. Yo le hago falta a la vieja. Tengo hermanas y mujer allá en Tagüay".

A algunos les cuesta morir. Agonizan escarbando la tierra con sus uñas, en un inútil y débil afán de quedarse. Y la tierra se moja de la sangre, y la orina del hombre. Pero otros no. Al negro Eusebio Peralta, de Curiepe, le abrieron la parte baja del vientre de una descarga. Si hubiera vivido no habría podido acostarse más con una mujer. Y Eusebio se arrastró como pudo hasta la sombra de un palosano y, echado sobre sí, se escarbaba la herida con una espiga. Sangre, tierra, esperma y landras, tendones como tallos macheteados, se mezclaban en el boquerón que bordeaba la negra piel desgarrada.

"Oye, Antonio, yo había visto cosas feas, pero como ésta nunca".

Le recogieron después, tieso, curvado sobre su entraña rota, los ojos tristes abiertos al cielo llanero. Por sus manos cenizosas subían y bajaban ya las hormigas. La espiga les tendía un puente entre la tierra y la oscura piel del hombre.

—Déjalo que se acerque. No te muevas todavía...

Voy a matar a un hombre en una forma desacostumbrada. Porque en la guerra los hombres se matan sin necesidad.

"Llévese los que quedan y ráspelos en aquel claro de monte". "Pero, mi general, si ésos se rindieron sin pelear..." "Por lo mismo, Calcurián, ráspelos. A la guerra se viene a pelear. A ganar o perder. Y nosotros ganamos".

Los nueve hombres parecían reses camino del matadero.

Todavía estamos en guerra y yo debo matar a un hombre con mis propias manos.

"Tu crimen fué peor. Hiciste morir a un pobre negro".

Entonces, por huir de la justicia, caí en esto.

Pero aquello fué distinto. Yo lo mataba a él o él me enloquecía a mí. Bueno, yo lo maté. Y le corté las manos a machetazos y el hombre se murió de una gangrena. También era un negro como Eusebio. Un negro malo. Si en aquél las manos sirvieron de puente a las hormigas, en éste eran negras y embrujadas. Dos manos infernales. Voraces.

—Échenos el otro, negro Pedro. Era alto y huesudo. Estiró

el brazo, cogió la botella de ron con yerbabuena y la inclinó sobre los vasos. El líquido, amarillento, rebasó los pequeños envases de grueso cristal. Entonces el botiquinero puso el pedazo de tusa que usaba de tapa en la boca de botella y lo empujó con la planta cenizosa de su puño. La tusa mojada hizo un ruidito que daba dentera. Vuelta la botella a su sitio, el negro recostó su larga figura del mostrador y se quedó quieto, dándole vueltas al tabaco entre sus labios gruesos, de estrías grises.

—Van seis palos con éste —dijo, con voz floja al poco rato.

De las manos bajé los ojos a los vasos llenos de aquel líquido amarillento. Algo se movía dentro de él, en espirales sinuosas y cada vez más rápidas. El ron amarillo y las manos negras. Siempre me habían repugnado las manos del negro. Tenían coloraciones blancas y rosadas entre las uñas y la unión de los dedos. Las asquerosas manchas del carare. Uno recordaba inmediatamente la piel de las culebras en la muda o una raíz venenosa.

Me sentí repentinamente aturdido. Un calor súbito me alcanzaba las corvas, las axilas y la garganta, me plenaba de tibiedades la boca del estómago, las sienes. Vi cómo se alargaban en torno de los vasos unas uñas huesudas, manchadas de las costras del carare, y cómo elevaban en el aire retorcidos gestos litúrgicos.

—Ya como que me está haciendo efecto el ron —pensé.

Cogí el vaso, lo alcé hasta la boca con movimientos temblorosos, lo vacié en la garganta de un golpe y vi aquello. Unos ojos enrojecidos como de zorro con malderrabia, fijos en mí. Estaban en el fondo del vaso, grotescamente desdibujados por el grueso cristal. Y eran los ojos del negro Pedro. Y eran las manos del negro Pedro. Sacudí la cabeza, atormentado.

—Mejor me voy para mi casa. Ya es muy tarde.

La luz del último sol se diluía en una espesa y fría oscuridad. Un perro ladraba en algún corral vecino.

Después, en la madrugada, me encontré agazapado bajo un bosque de pitahayas. El frío me despertaba los sentidos, me permitía oír las voces de dos hombres que pasaban por el camino.

—No debe andar muy lejos.

—Sí, oh.

—Dicen que el negro era brujo. Pero lo único que se sabe es que el tal Calcurián entró de noche al cuarto donde dormía el negro en "La Amapola", y le cortó las manos a machetazos. Ahora el negro se está muriendo y nosotros tenemos que encontrar a Calcurián.

Ahí me quedé. A mediodía se acercaron otros hombres a caballo. Venían borrachos, riendo por el camino, y traían un trapo azul en el asta de un palo. Salí y me les paré enfrente:

—Tienes cara de loco —me observó uno.

Y ya yo estaba con ellos, haciendo la guerra. No me preguntaron nada. No me pidieron nada. Un hombre sabe cómo hacer la guerra sin preguntárselo a nadie.

—Somos de los azules —explicaron—. Y ésta es nuestra bandera. Los otros son los amarillos y usan una bandera de ese color. Es lo único que nos distingue y son nuestros enemigos. Hay que hacerles la guerra. Cuando los veas, tírales al codillo. Lo demás lo aprenderás por tu cuenta.

Lo demás era lo peor. La guerra entre hombres que no sabían qué era la guerra y por qué la hacían. Tomar los caseríos y los pueblos a la fuerza. Echar mano al ganado ajeno para comer. Arrasar las pulperías y acostarse con la mujer que a uno le diera la gana, aunque ella no quisiera. A las reses que uno robara, al producto del saqueo de pulperías y conucos, casas y haciendas, a las mujeres que uno forzara, a todo eso le llamaban "botín de guerra". Y andábamos huyendo unos de otros, persiguiéndonos mutuamente por todas partes. Cuando nos encontrábamos, a la casualidad, dejábamos un esterero de hombres muertos, pudriéndose sobre la tierra. Y cada vez se ponían más sucias las banderas. La nuestra estaba desteñida, arrugada en cinco años de guerra civil.

—Estuve a punto de olvidar la guerra. Y ahora debo matar a un hombre. Pude vivir en paz en este pueblo, pude retornar a mi vida de antes. Y de nuevo la guerra me acerca a sus horrores. Y la guerra ahora es eso: un hombrecito delgado, mal jinete sobre un caballo zaino, camino de la iglesia. Estuve a punto de tener una mujer que me diera un hijo a quien sacar a pasear por la plaza, los domingos en la tarde; cultivar una sementera a la orilla del río; cuidar de una vaca de liso pelo blanco y gorda ubre rosada; criar unas gallinas y un gallo que anuncie la mañana desde su rama donde duerme, desde el atardecer; jugar al dominó en el botiquín de la esquina; vivir esta vida simple del pueblo.

Y ahora, desde un sombrío recodo de la guerra surge un hombre. Y yo siento la necesidad de matarlo. Ya lo había olvidado y aparece.

Si no existiera Lucía no me importara tanto. Después de todo, estoy acostumbrado a ver secarse la sangre sobre la tierra, y he visto cómo las manos de los muertos se van po-

niendo tiesas sobre la sangre, hasta parecer unas ramas.

Se lo había prometido a la mujer. Eran noches y días de pesadillas. La fiebre me secaba la savia de los tuétanos, me iba ahondando los pómulos y las ojeras.

"¿Cómo vino a parar ese hombre aquí?"

"Yo no sé, mamá. Estaba desmayado ahí en el patio, cerca del pilón".

El agua fría en la cabeza me abría, a ratos, lúcidos paréntesis.

"No hay que confiar en estos hombres. Son todos unos malvados".

Después, se me fueron aclarando las confusas visiones. El techo tenía diecinueve viguetas y la rama de un taparo se metía al cuarto por la ventana, que era un marco azul pegado al cielo. Si miraba al rincón veía a un cristo amarillo de humo y tiempo, agonizando sobre flores de trinitaria morada, frente a una vela encendida. La palmatoria era de cobre y casi no se veía de tanta esperma. Y en el aire, había un olor a remedio, a yodo, a hoja de tuna españa quemada.

Otras visiones se me fueron aclarando a medida que transcurrían los días designados de la convalecencia. Las horas me iban acercando a una realidad que desconocía. Y así tuve noción de un dolor ignorado. Los brazos me pesaban bajo la cobija. Diez espinas se me clavaban en el costado. La cabeza era de piedra y estaba poseída de un malestar indefinible. El yodo me acercaba su olor de sangre desde los algodones.

"Ya no se muere, hija".

Puedo, sin embargo, percibir otras sensaciones. La mujer huele a ropa limpia y me conturba, a veces, cuando siento la caricia de sus manos sobre las mejillas y el roce de algo abullonado sobre el hombro.

Puedo, también, hilvanar ciertas frases dichas a mis pies y en la puerta que da a la cocina. Y puedo, desde ese momento, reconstruir una historia de la que fuí protagonista y no conocía.

Veo las últimas casas de Píritu. Un patio con trinitarias y una vieja pared de piedras por la que se desborda una rama de anón. Los frutos son grandes y de un color verde blanquecino. Una mujer cansada atraviesa la calle, en dirección a las fuentes de La Fragua, con una lata vacía bajo el brazo. Sus cholas levantan el polvo de la tierra.

Veo un camino que estrechan viejas cercas de paloapique y cardones. Una cruz de largos brazos sembrada en piedras. Veo la casa de "La Amapola", de donde huí una noche, con

las manos del negro Pedro, sangrantes y calurosas entre las mías, presas de la brujería.

Veo el alambre de una cerca y extrañas emociones, vagorosas como recuerdos, me están acercando a un pasado. Allí está el mamón, bajo cuya ancha sombra amarraba el caballo o echaba la paja a los burros. Y allí está la casa, perdida entre el monte que brotó en cuatro inviernos. El fuego dejó el negro tizne en una puerta que conducía a la ternura de Matilde. El fuego, también, signó con negro moho la ventana en cruz que miraba al atardecer; las puertas de cedro donde, con mi navaja, había grabado fechas y símbolos de mi simple vida sentimental.

Veo y siento la necesidad de una respuesta que no sea la que pueden darme los hombres. Las palabras que no podrían darme mis hombres. Yo estoy galopando hacia el pueblo entre ojos que rehuyen los míos, entre manos que se enfrían sobre la cadena del freno. Y todos nos sabemos culpables. Vergonzosamente culpables.

Vivo la guerra en el surco de mi propia carne. Ahora la guerra conlleva mi propio odio y una nueva forma de rabioso rencor contra mí mismo. Me siento más culpable que nunca. Y deseo ver arder mis huesos, y siento cómo las otras sangres se están confundiendo con mi sangre.

Hasta entonces azules y amarillos vivíamos huyendo unos de otros. Y nada nos distinguía como no fuera el pedazo de trapo en la punta de un palo. La guerra era esto. Y yo lo sabía de antemano. Pero ¿quiénes eran los otros? La boca desdentada, refugiada en el humo de la cocina me gritaba en el oído:

"Los mandaba un tipo cambeto".

Era una boca fea, hundida en un humo de chamizas que hacía llorar los ojos. Por entre los colmillos amarillos, regada de saliva, salía la voz que me pintaba al hombre. Y otra voz:

"Es de la gente de Yaguaracuto. Antier pasaron, hacia la Medianía. Si apuramos los alcanzamos".

Los cascos golpeaban la tierra y despertaban su bronco rumor. De la piel de los caballos trascendía un olor fuerte y pesado. Caía la noche sobre el camino.

El techo pajizo de un rancho. La tranquera. Los caballos estaban amarrados cerca de la casa, bajo el cujizal. Y nuestra bandera se iba poniendo azul oscura en el viento de la noche. Descargas.

"Gana el monte, Antonio, que esa gente está bien armada".

Descargas. El machete que choca contra el estribo. El animal desbocado que pega contra un árbol y bandera y jinete

y caballo se desgajan. Descargas. Un hombre que cae de su montura y rueda, rueda aprisionado al estribo, en una nube de polvo amarillo. Descargas. Un hombre que cae desde lo alto de la silla, da una vuelta en el suelo y ahí queda, los brazos en cruz y la camisa se va empapando de sangre.

Después vino una oscuridad más gruesa que la noche. Y yo iba, solo entre las sombras, la cabeza entre los bolsones, al paso de la bestia. Mis manos rozaban la tierra, tocaban la piel áspera de la yerba. El sopor iba quitando calor a mi sangre. Sueño. Sueño. Me pesaba la cabeza y casi no sentía el olor del cuero de la nariz. Sueño. En los cielos de la muerte la luz desvanecida de cuatro velas alumbraba mi perfil de cadáver. Una oscura figura de mujer lloraba mi muerte. Y un hombrecito estevado, que colgaba de su pecho como un adorno ridículo, se bebía sus lágrimas. Sueño.

¿Cómo vino a parar ese hombre aquí?

Dolor y sueño. Dolor. La sangre, al enfriarse, tiene un olor de agua mineral.

"Llévenselos y fusílelos detrás de la iglesia. ¡Estos malditos azules! En la guerra no se carga preso amarrado".

"Yo no quiero morir".

La mujer huele a hembra. La tierra mojada huele a mujer. La yerba tierna huele a mujer. Las primeras lluvias huelen a mujer.

—Ahora. Ahora. Ahora.

Estoy consciente y voy a matar a un hombre. Ahora...

III

El hombre desmonta frente a la iglesia y alcanza la pesada puerta, que chirría al abrirse. Adentro, cuajan la oscuridad y el vuelo rasante de los murciélagos. Un extraño rumor como de ánimas en rezo va llenando las naves. Su eco se diluye en cuchicheos sordos, como de colmenar en la noche.

(Ése debe ser San Juan. Usa melena y un traje como de cura. El índice de su mano derecha se estira, tieso, sobre el libro de los evangelios. "Cuando San Juan agache el dedo...")

Llega al pie de la escalera y mira a través de una reja.

IV

(Este otro es San Juan también, y Cristo el otro hombre que lo acompaña. Éste es San Juan Bautista. San Juan y Cristo eran unos hombres bien flacos. ¿Por qué dirán que la paloma

es el Espíritu Santo? ¡Qué raro! El agua del Jordán tiene el color de la bandera de los azules. Azul de azulillo).

Asienta el pie sobre el primer peldaño cuando un golpe de viento abre una ventana en lo alto y cierne su luz difusa sobre la pila del bautisterio. Se revuelve el olor a humedad, agrio y pesado.

(Aquí hace años que no bautizan. Dicen que el bautismo saca el diablo del cuerpo. "¿Cuándo bautizan al muchacho del Natalio?" "Cuando venga un cura al pueblo". La vieja se parecía a San Juan).

Golpetean las hojas de la ventana y el hombre mira hacia arriba donde la luz desnuda los relieves de una cruz antigua empotrada en el muro.

(Un hombre sin bautizar tiene el diablo en el cuerpo. La cruz es la contra del diablo. Una cruz puesta a la entrada de los caseríos hace que el diablo tuerza hacia otro camino. El diablo tienta a uno a la maldad. El que no es bautizado se lo lleva el diablo).

¿Pero es el eco de sus propias pisadas? El hombre ha percibido pasos a su espalda. Miles de voces ecoantes están subiendo la escalera, tras sus alpargatas, plenan la oscuridad, se ovillan como culebras en sus corvas.

("El hombre, hijo, debe temer a Dios. Un hombre malo va derechito a quemarse en las pailas del infierno". El diablo es un hombre con el pellejo rojo, como un fogón, que tienta a la maldad y lo empuja a uno a las pailas del infierno. ¿Qué es ese ruido?).

Cuatrocientos años de terror supersticioso le van metiendo astillas de miedo en el hueco del pecho, sobre el que ningún cura pusiera el óleo del bautismo. Mira a los lados y se impone el silencio. Da un paso y la alpargata vuelve a despertar las invisibles presencias. Hilos de escondidas arañas le rozan el rostro, le penetran la piel y se le incrustan en los músculos.

En esto, el viento apaga la luz del postigo y recoge la sombra de la cruz. Apura el paso, va acobardado, sintiéndose rodeado de misteriosos fantasmas. Ahora sabe que tiene miedo. Ahora sabe que tras de él otros pasos vienen borrando sus huellas.

—¿Quién es?

Grita y acrecen los profundos murmullos, se hace más cortante el vuelo torpe de los murciélagos. Alguno le azota el rostro con su mal olor.

—¿Quién es?

El eco le devuelve la pregunta. Podría hacer uso de su máuser, como en la guerra. En la guerra uno pregunta "¿quién

viene?" y si no contestan se tira a pegar. Pero, ¿se puede disparar a las escondidas voces, a los invisibles fantasmas que pueblan una vieja iglesia? Cristo sangra en su cruz y hay dolor en su cara. San Juan Evangelista ha quitado los ojos del Espíritu Santo. Un ángel se ha refugiado en el nicho vacío de un altar.

Cruzó corriendo el coro y ya trepaba la escalerilla del campanario cuando la voz le arañó la espalda:

—Un hombre que va a la guerra no debe sentir miedo nunca, "Piquihuye". Un hombre que va a la guerra debe ser hombre en todas partes.

(Dios habla con palabras profundas. Dios cobra los pecados de los hombres con palabras definitivas).

Empezó a trepar con dificultad por la estrecha escalerilla.

(Cuando Dios cree llegado el momento de castigar a los hombres malos, toma la forma de otro hombre. ¿Cómo vestirá Dios ahora? ¿Usará su barba amarilla y su manto blanco y rojo? ¿Tendrá en sus manos la herida de los clavos?).

Se sintió asido por un pie. Temió mirar a sus espaldas.

V

—Baja. Un soldado de Yaguaracuto debe saber darle el frente al peligro.

(Dios sabía el nombre de todos los hombres. Dios conocía todos los pecados de los hombres. Dios lo mandaría derechito a las pailas del infierno y nada podría ya salvarlo).

Se aferraba con desesperación a la escalera y sentía como sus uñas rompían la vieja madera carcomida.

(Dios tiene la fuerza de cien hombres).

No podría sostenerse mucho tiempo. Aquella fuerza lo iba atrayendo. Y caía.

Intentó agarrarse de la vieja piedra y sintió como sus uñas se desgarraban. Un polvo de cal le hizo doler los ojos.

—¡Ah!, ¿conque "Piquihuye" tiene miedo por primera vez en la vida?

(Dios estaba frente a él, vestido como él pero más grande que él. Alto, blanco, severo).

—A mí me mandaban, querido Dios. Yo no hice nada por mi voluntad. A mí me mandaba mi general Yaguaracuto.

Tartamudeaba y el miedo lo iba poniendo gris y pequeño. Retrocedía ante el otro, las manos en la cara. Antonio Calcurián sentía que el asco le hacía aflojar las manos.

—Yo sé que la guerra es la guerra, "Piquihuye". Pero yo estuve en la guerra y nunca violé una mujer, ni robé un cochino, ni pegué candela a un rancho, ni arrasé un conuco.

(Dios lo sabía todo. Dios sabía todos sus pecados. De nada le valdría gritar o defenderse. Dios tenía la fuerza de cien hombres. Y él estaba solo, en el rincón de una iglesia, que era la morada de Dios. Solo y en las manos poderosas de Dios).

—Yo tuve una casa y un conuco y una hermana que quería...

(Él no sabía que Dios tuviera una hermana. Dios era padre de todos los hombres. Pero él no sabía que Dios tuviera un conuco y que viviera en una casa cualquiera).

—...y a esa casa me la quemaron un día, y a ese conuco me lo arrasaron un día y a esa hermana me la deshonraron un día. Yo no sé qué es de ella. Pero en el pueblo me dijeron que tú eras el culpable. Que tú habías quemado mi casa, que tú habías arrasado mi conuco, que tú habías deshonrado a mi hermana.

(Entonces él no lo sabía todo porque lo veía todo. Dios no era todopoderoso como decía la gente. Dios no era infalible. Ahora lo veía alto, blanco, con la cabeza envuelta en trapos, pero no le tenía tanto miedo...)

Intentó escurrírsele por entre las piernas y unas manos fuertes le abarcaron el cuello. Apretaban, apretaban. Le impedían respirar. Y ya no oía la voz del otro.

Antonio Calcurián vió cómo se iban poniendo de vidrio los ojos pequeños del hombrecito. Vió cómo hacía esfuerzos por respirar.

Cómo se iba ahogando poco a poco. Recordó, entonces, que así mismo se morían las gallinas.

Aflojó las manos y el cuerpo cayó sobre el piso y produjo un golpe flojo.

VI

Sorpresivamente la campana empezó a doblar.

—¡Tan!... ¡Tan! ¡Tan!

Era un tañido lúgubre que persistía en el aire y plenaba el silencio del pueblo. Sugería entierros o tristezas de noviembre.

—¡Tan!... ¡Tan! ¡Tan!

—¡Pero qué cipote! ¿Ese hombre se ha vuelto loco? —El caudillo miraba a la torre y la rabia le torcía el rostro.

—¡Tan!... ¡Tan! ¡Tan!

Sonó una descarga. La vieja Pragedes todavía tuvo tiempo de ver cuando un cuerpo blanco se desprendía del alto campanario.

La campana había cesado de tocar y era de plomo y almagre el crepúsculo. El rojo y gris de los cielos de la muerte.

HORACIO CÁRDENAS BECERRA

(San Cristóbal, 1924).

Horacio Cárdenas Becerra pertenece al grupo de escritores que —por vez primera en la historia de Venezuela— pudo comenzar a ejercer su oficio con la ayuda de una Facultad de Filosofía y Letras que ya comienza a dar excelentes frutos. La Universidad de Buenos Aires formó este nuestro cuentista que a ella llevaba entusiasmo vocacional, capacidad artística y voluntad de trabajo. Compañeros de Cárdenas Becerra, asentados hoy en esa primera madurez de los treinta años, José Melich Orsini, Antonio Stempel, Ricardo Azpurúa Ayala, Francisco Andrade Álvarez, Ramón González Paredes, Héctor Mujica y unos cuantos más dicen la importancia de poseer posibilidades de crítica cuando la edad preconiza libertad sin límites. Para escoger el relato que muestre las cualidades de Horacio Cárdenas Becerra apenas tenemos una pequeña colección que, bajo el título de "Los ahorcados" publicó en su ciudad natal cuando apenas llegaba a los veinte años. En ese libro se encuentra "El mugroso", relato en el cual se evidencia una tarea de juventud: lo que desea decir, lo dice Cárdenas en forma indirecta que contiene más de lo que las palabras escuetas expresan. Es ésa la cualidad juvenil por excelencia, una especie de fuerza profunda que acompaña y sobrepasa la expresión. "El mugroso" narra una pequeña anécdota pero hay en ese relato mil ansiedades intelectuales que dan forma al cuento de ese compañero miedoso que no quiso andar la aventura de los caminos.

EL MUGROSO

Por HORACIO CÁRDENAS BECERRA.

I

Las calles son largas y flacas de aire. Las piedras me muerden con sus dientes puntiagudos la carne peregrina. Yo camino por las calles porque ellas son mi habitación y mi vida; tengo alma de calle porque siento que un horizonte se prolonga desde mi corazón hasta los caminos de mis venas. Cuando camino mucho, las calles se convierten en caminos y los caminos son paralelas de árboles llenos de noche o día. Los caminos son más viejos que las calles; tienen hijas modernas que son las carreteras, pero a mí me gustan las calles. En ellas me siento hermano del viento y compañero de las noches sin luna, de esas raras noches como ojeras profundas pegadas en el cielo.

Cuando contemplo con tristeza la tierra de los caminos, mis ojos se cierran cansados y plomizos, porque yo sólo he mirado largamente hacia la tierra infinita dilatada siempre bajo la fuga incansable de mis pies. Todo en mi ser es casi tierra; las calles y los caminos son mugrosos como mi vestido hecho de tiras podridas. Pero yo sigo en las calles porque quiero verlo todo; en mi vida siempre ha hervido una curiosidad por saber lo desconocido que en las calles y en los caminos se encuentra tanto. En estos momentos veo todo lo que me rodea, al mundo y a mí mismo. Hace mucho tuve un compañero que fué mi primer amigo, pero después de caminar mucho conmigo, me dejó, porque confesó que se había aburrido de andar sin ruta fija; al poco tiempo supe que estaba loco. Los locos son a veces más cuerdos que los sanos de cuerpo.

Sigo caminando.

Las piedras de los caminos son las únicas que conocen mi vida; por eso guardo una dentro de mi bolsillo harapiento. Algunas piedras son limpias como el muslo de una virgen; otras están cubiertas de lana verde en donde se resbalan las hormigas caminadoras; otras están tristes porque las pisan mucho.

Las piedras se acomodan más en los caminos porque allí están libres, pues sólo las contempla el cielo hecho una boina estrellada. Soy caminante. Soy lo que quise ser.

II

Cae agua de las nubes hinchadas de blancura.

Tengo que detenerme en algún sitio en donde no me encuentre el agua que viene de arriba. Llueve agua y frío. Mis trajes son juego a las puñaladas del frío. Estoy mugroso y solo. Mugrosos tengo el cuerpo y el alma; quisiera ser limpio como el pétalo de una nube viajera. Quisiera ser otro. Estoy cansado de ser el mismo.

Cuando llueve la gente se esconde en sus cuevas que llaman casas. Yo nunca he tenido casa, ni cuevas; la calle ha sido el todo de mi vida sin límites y libre como el aire vagabundo. Tengo alma de calle.

—¿Para dónde vas caminador? —Oigo una voz conocida que se esconde en mis oídos, despertando recuerdos viejos, angustiosos. La voz sale de una casona en donde se ve movimiento. Es una taberna.

—¿Para dónde voy?... el viento lo sabe... ¿De dónde vengo?... la noche responde... —contestó secamente.

—¡Ya no me conoces!... No te acuerdas de aquel que un día cuando estábamos jóvenes...

—...juramos burlarnos de la vida y tú no lo hiciste. ¡Tuviste miedo!

Yo recuerdo ese rostro cobarde que está de pie en la puerta de la taberna, viendo caer el agua y viendo pasar la gente. Ese que está ahí fué una vez amigo mío; fué ese mismo que se volvió loco, pero no del cerebro, sino de aburrimiento. Así por ejemplo, a mí me pueden llamar un loco del movimiento. Los dos estábamos pequeños. Él jugaba al trompo y yo elevaba mi papagayo, porque siempre me ha gustado hurgarle el vientre al cielo. Mi abuela me dijo una vez que la felicidad se la fabricaba uno mismo, y yo me asusté por eso. Desde entonces mi amigo y yo comenzamos a hablar de la felicidad.

Sueños infantiles sembraron de tempestad nuestros cerebros. Yo pensé que la felicidad se encontraba en los caminos, en el viaje. Y así fué como partimos los dos una noche rumbo a la distancia desconocida que saliera a nuestro encuentro. Caminamos, caminamos...

Hambre, miedo y soledad fueron nuestros inseparables amigos. Conocimos la montaña, el llano y el río; conocimos muchos hombres, pero a quien más recuerdo es a uno que llamaban el Cuervo. ¡Hombre feo y malo! Tenía una mujer idiota que le aguantaba todo. Era la negra María.

El Cuervo nos encontró en una parte del camino cuando tirábamos piedras a un pomarroso para que nos soltara sus frutos maduros y carnosos. Nos dijo que él nos daba de comer si le ayudábamos en su conuco; teníamos hambre y aceptamos la proposición.

—¡Ah!... ésta es mi mujer qu'es muy güena —nos decía, palmoteando los hombros flacos de la negra.

Pasó un poco de tiempo. La negra hedionda a sudor y a tierra nos daba la comida de mala gana. Y uno de esos días sucedió lo que esperábamos: en la noche regresó hecho borrachera el Cuervo. Nosotros dormíamos sobre unos cueros acolchonados por el suelo duro.

—Y estos desgraciados no se levantan —nos dijo junto con dos puntapiés en las espaldas.

Nos paramos asustados; teníamos todavía los ojos pesados de sueño. Mi amigo quiso calmarlo... y entonces estuvimos a punto de perder el pellejo.

El Cuervo estaba de pie con su cara curtida, su franela hedionda a aguardiente, y se balanceaba mientras nos miraba fijamente. Apareció la negra María, despertada por los gritos salvajes del hombre borracho. Estaba todo oscuro, pero se distinguían los rostros distintos.

—¡Vos no te metás... mujer! Ya te lo he dicho en muchas veces. Con lo de machos no te metás...

El Cuervo se acercó hacia ella. La negra permanecía quieta, como una estatua clavada.

—Vos no te metás, mujer...

Agarró a la negra por el cuello con sus manotas crispadas. Ella intentó defenderse, pero cayeron ambos al suelo duro. Se escuchaba la respiración forzada en la garganta apretada; las palabras querían salir de la garganta, pero morían en una desesperación gutural; la negra tenía la boca bañada en espuma. El Cuervo con loca furia apretaba más y más...

Mi amigo y yo sentimos un empuje inconsciente para poner fin a aquella escena terrible y nos abalanzamos sobre el

Cuervo. Queríamos derribarlo, pero tenía una fuerza de toro rabioso. Hicimos entonces una cosa que todavía no sabemos si fué un asesinato; con unas herramientas de labranza asestamos golpe tras golpe sobre la espalda y la cabeza del Cuervo... lo vimos caer de largo al suelo con la cabeza bañada en sangre. Pero ya había soltado el cuello tembloroso de la negra...

Teníamos las manos salpicadas de sudor y de sangre. Así salimos huyendo de aquel rancho sangriento; oímos cantar los gallos en los caminos nocturnos, escuchamos el agudo aullido de algún perro vigilante y el profundo silencio de la noche espesa, oscura, fría... caminamos, caminamos... Eso es lo que yo siempre he hecho sin detenerme, caminar...

III

Pasó el tiempo. Los días se nos hicieron largos y las noches monótonas, en medio de la fría soledad de los caminos interminables. Más mugroso tornóse mi cuerpo, más insensible se volvió mi alma. Acompañando al viento en sus fugas sin rumbo, arribamos a un caserío que parecía un pequeño puerto sobre un turbio río. Las aguas parecía que llevaban la mugre lavada de nuestro ser; eran marrones, fangosas en sus orillas, como si permanecieran tranquilas, pudriendo la tierra.

Allí conocimos a un viejo encorvado que tenía dos cicatrices en la cara; se llamaba Telémaco. Mi amigo lo llamó el Barroso, y yo siempre desconfié del viejo, porque tenía un brillo oscuro en sus ojos saltones.

—¿Telémaco, esta noche hay pesca? —le preguntábamos con ansiedad de afirmación.

—Sí, muchachos. Esta noche hay pesca.

Nos metíamos con el viejo en una canoa pequeña en medio del río sucio y de la noche fría, tenebrosa. El viejo no hablaba casi nunca; se lo pasaba pensando en una hija que tuvo y un día amaneció comida por los pescados en una orilla del río. El viejo la quería mucho y nos decía que nosotros le llenábamos el vacío de su hija, pero no nos dijo nunca cómo se llamó su hija.

En medio del río tirábamos las redes al agua y sacábamos después pescados grandes, pequeños. Nosotros les abríamos el vientre y les sacábamos todo por dentro; las manos se nos ponían olorosas a pescado y a sangre. Pero me fuí aburriendo de aquella vida insípida; no me gustaba la cara tajada del

viejo Telémaco. El olor del pescado y del río, me producían asco. Quería seguir caminando por la tierra abierta, sin límites; mi amigo desde entonces no me quiso seguir acompañando más, pues dijo que se había aburrido. Yo lo traté de cobarde y lo dejé con el viejo Telémaco, con el olor a pescado y el río marrón con sus aguas sucias como mi cuerpo, como mi alma. Yo siempre he caminado mucho; por eso soy mugroso. Mi amigo se quedó y no me hizo falta. Fué un miedoso.

Pero yo he ambulado mucho en los días y en las noches; ya me siento cansado y solo. Mis pies están poblados de callos y mi vestido está sucio, mugroso, como la tierra de los caminos, como el agua del río en donde se quedó mi amigo, ese mismo amigo que ahora veo en la puerta de la taberna, mientras cae agua del cielo para tal vez lavar mi cuerpo y mi alma mugrosos, mugrosos.

MANUEL TRUJILLO

(Puerto Cabello, 1925).

Los críticos superficiales pueden comenzar a decir que Manuel Trujillo es un empecinado en la búsqueda de ambientes extraños. Nada significativo se diría con ello, pero los críticos superficiales tienen frecuentemente la manía de decir frases que nada significan. Es cierto que Manuel Trujillo crea ambientes raros ("maravillosos", diría el Visir de "Las mil y una noches"), como todo auténtico cuentista. Maupassant, a quien se tiene por maestro en el género, hacía igual. El problema, para un cuentista de 1950 como Trujillo está en que el joven escritor tiene el derecho de no querer utilizar fórmulas ya usadas por las generaciones que le precedieron; lo cual constituye respetable voluntad de ser por sí mismo, de afirmarse en la propia manera revolucionaria e individualista. Trujillo actúa, desde sus primeros pasos de escritor, ansioso de descubrir sus propios mundos; necesariamente han de ser extraños si el autor los ha mirado con sinceridad y tal es el caso. Audazmente sincero y decidido a expresar lo que su sinceridad le ha mostrado, Manuel Trujillo se ha hecho sitio de honor entre los más jóvenes cuentistas. Yo le auguro el difícil camino de los que saben que la obra de arte exige severa disciplina y continua elaboración de formas —no de fórmulas— que sirvan de espejo a la autenticidad. Otros artistas hay que prefieren la falsedad de una fórmula prestada para dibujar falsas apariencias. Trujillo no es de éstos.

MIRA LA PUERTA Y DICE

Por MANUEL TRUJILLO.

La gente mira la puerta, y dice:

—Ahí vive, con su viejo gato.

Pero la gente ignora la historia. O, por lo menos, la verdadera historia. Sospecha algo, nada más que sospechas.

Él mismo, en el espejo, imagina que todo fué un mal sueño, porque los años han pasado, se amontonaron como casas y hasta el pueblo olvidó sus antiguas calles. El pueblo ha ido escalando el camino de la montaña y casi atrapa la choza. Nuevos rostros cruzan por la puerta y otras palabras envuelve el viento.

Sin embargo, la gente mira la puerta, y dice:

—Ahí vive, con su viejo gato.

Y una sombra de curiosidad va dando saltos por las pupilas.

Él ve el rostro y sonríe. Es una resignada sonrisa. La habitación empolva telarañas y unas sillas, unas sillas que parecen cansadas de que nadie las use. El aire también adquiere ese cansancio, y algo de tristeza y de vejez.

La sonrisa se hunde en el espejo. En el espejo está la puerta. Y es como otra entrada a la choza. A veces se aproxima a ella y le da miedo la mirada de las gentes.

Nadie sabe, con certeza, por qué la gente señala la puerta y dice:

—Ahí vive, con su viejo gato.

Quizás por la soledad del viejo negro, o por su mirada, abstraída y quieta, como la de su gato.

El gato también parece tener su historia. Es un gato gran-

de, tan negro como él. Antes se le veía en una esquina de la puerta, durmiendo bajo el sol. Ahora no sale de la habitación.

La gente habla, entonces, de un estrangulador de gatos. Y las miradas vuelven a la puerta y pretenden derribar las paredes. Lo que más inquieta a la gente —a la de cierta época— es la voz del viejo. Comienza, como en estos días de la fiesta de San Juan, a deslizarse por el camino como una hormiga. Uno aseguró haber entendido algo: "La culpa es de las mariposas". La frase echó a caminar, llegó al pueblo, se encendió en las esquinas.

Él contempla sus pupilas en el espejo y sonríe. Al fondo del espejo el gato reposa. Está sobre una silla, en la misma silla donde se colocaba ella. No miraba como el gato. Sus ojos eran alegres, sus ojos y sus piernas.

Él se preguntaba por qué ella estaba ahí. La vió por primera vez en la pulpería del tuerto Henríquez. Ella iba repartiendo café y alcohol entre humo y palabras. Una lámpara de luz azul oscilaba bajo el viento de la montaña. El aire, sin embargo, se posaba tibiamente sobre las cabezas. Las voces saltaban de un lado a otro:

—Paso.

—Me acuesto.

—¡Trancado!

Él miraba sus manos en la madera de la mesa. Unas manos tranquilas, dos pedazos negros. Pero al aproximarse la mujer empezaron a moverse, como si la mesa fuese un tambor.

Él dijo:

—Oye. Vente conmigo. Vente, a la fiesta de San Juan.

Ella soltó la risa, sus dientes blancos brillaron en la luz azul.

—¡No juegue, negro!... ¡Tú como que no conoces a Nicolás!

Sí, lo conocía. El negro más fuerte de la comarca. Y, además, amigo de la Cúpira. (Claro que Nicolás le fué con el cuento a la Cúpira. Claro que se lo dijo).

La gente desconoce esto. Uno cuenta de unos amores violentos, de un hombre celoso, de un asesinato en plena calle. Otro habla de un salto desde un árbol, de un suicidio. Un tercero comenta... Pero éstas son historias de la gente que cruza frente a la puerta. Quizás por eso el gato renunció al sol. Se aburría con tanta palabra falsa. Y el gato —de seguro— sabe lo que ocurrió.

Él contempla al gato en el espejo. Piensa que está tan viejo como él. Y que también se va a morir y que dejará de arri-

marse a su pedazo de sol y se inmovilizará, como ahora, en la silla. Y luego cambiará de color. Quizás se torne más negro. O quizás se destiña, como un viejo traje.

El gato se le monta a ella entre las piernas. Ella jamás estaba tranquila. Quizás había venido por lo que sucedió en la fiesta.

Él fué bajando hacia el pueblo, hacia los tambores. La noche se pegaba a los árboles. Aparecieron unos puntos. Los puntos crecieron, se convirtieron en retorcidas fogatas. Pequeñas siluetas giraban a su alrededor. Las siluetas también aumentaron de tamaño y pronto se encontró frente a un tórax desnudo, brillante de sudor. Los tambores se templaban antes de que el Pájaro Negro hiciera su aparición. Y el murmullo de las voces tropezó con las casas. Y las voces se anudaron y los negros empezaron a saltar.

Ella también saltaba, y él miró el temblor de los senos bajo la tela. Y vió los muslos redondos y duros, y se olvidó de Nicolás. Y comenzó a dar saltos y a tocar la cintura y los senos. Ella se reía mostrando los blancos dientes, y la saliva le rodaba por el mentón. Se reía y se dejaba manosear. Y le rozaba con los muslos, y el vientre y el sexo. Y las voces y los tambores caían sobre sus cuerpos, se metían en la sangre, la empujaban. Y todo daba vueltas, entre el olor de la tierra y las axilas, entre el fuego y los gritos y los párpados enrojecidos.

Al día siguiente ella estaba en la habitación y preguntaba:

—¿Las has visto?

Él miraba su rostro en el espejo, en este mismo espejo.

—Vienen de la montaña.

La gente ignora estas palabras. También ignora que ella agregó:

—Dios... ¡Qué invasión!

Eso no lo sabe la gente. Un joven alto dice:

—El otro vigilaba en el recodo del camino. Luego sacó el revólver y disparó.

Él continúa sonriendo en el espejo. Esta sonrisa no la conoce la gente. Para ellos es igual que la invasión de las mariposas. Silenciosa e incomprensible.

Al tomar asiento en la plaza del pueblo la gente le mira con impertinencia. La plaza se está hinchando. Él ve cruzar las mariposas —iguales a las otras— y recuerda las piernas de ella y sus palabras.

—Ahora, por estos días. Nicolás se muestra cariñoso. No me agrada ese cambio.

Él sonreía, pensando en el otro, en su rostro de animal en celo. Una sonrisa que ella compartía diciendo:

—Pareces una inmensa mariposa.

Miró de nuevo a las mariposas. Algunas apoyaban las alas en los troncos y se quedaban inmóviles, cual si trataran de escuchar el corazón de los árboles.

Los árboles han cambiado. En los amaneceres él los ve reír, hablar unos con otros, entregarse a largos abrazos, en lo alto, en el alto canto de los pájaros. De tarde sonreían en un juego misterioso. Parecían encantados con la invasión de las mariposas y él llegó a imaginar que, de un momento a otro, las seguirían, llenando de horror a aquella gente, poco acostumbrada a ver caminar árboles por las calles.

La gente no las observa. Está ocupada en otras cosas. En los preparativos de la fiesta o en él, en su historia. Es una historia que viene desde atrás, como todas las historias, o como el pensamiento.

Una señora de edad comenta:

—El otro entró en la habitación. Llevaba un cuchillo en cada mano. Los hundió en el cuerpo de ella y luego se ahorcó en un árbol.

Otra señora le interrumpe:

—Así no fué. Ella fué la que se ahorcó. Entonces el otro se cortó las venas con los cuchillos.

Las mariposas van a la plaza como a una gran boca apasionada. Y la savia se inquieta dentro de sus fibrosas celdas, mancha de verde el borde de las calles.

Él no ve a las dos señoras, ni siquiera sabe que existen. Mira a un niño. El niño le ha dicho a otro:

—No sé qué ocurre. Mi madre no me besa y quiere que esté todo el tiempo fuera de casa.

El pequeño y negro rostro desvelaba cierta expresión anormal, cierto aire que no armonizaba con el resto de su cuerpo. Observó cómo miraba a una niña y algo se le inflamó por dentro. Algo de trágico y hermoso brotaba de aquel niño, con sus grandes ojos contemplando la invasión de las mariposas. Algo puro y morboso, brillante y turbio. Sospechó que el niño lo comprendía todo, que todo lo sabía, que nada podía ocultársele. Y sintió miedo, miedo de que los grandes ojos se posaran en los suyos y desnudaran sus pensamientos.

Intentó aproximarse, oír la voz de niño para asegurarse de su niñez. El niño le miró asustado. Ha escuchado a la gente y otro niño le ha dicho:

—Ten cuidado. Dicen que se lleva a los chicos a su habitación y los convierte en mariposas.

El niño salió huyendo mientras las mariposas seguían entrando —infatigables —en los turbios latidos de la plaza.

En el espejo brota la cara de ella. El gato está en la silla, es posible que no se mueva de allí. Le ha acariciado y levantó los tranquilos ojos, los puros ojos verdes, en una mirada triste. El gato sabe la historia y está dispuesto a contarla si es que tuviese ocasión. Pero los gatos no hablan —por lo menos como la gente— y todas sus historias se quedan apresadas en sus aventuras nocturnas. Este gato, sin embargo, es tan extraño, que quizás pueda contar la historia.

Brota en el espejo la cara de ella, como una mariposa. Ella dijo:

—Hace una hora estuve con él. Y ahora contigo. Debe ser culpa de las mariposas.

Ya los dolores habían comenzado. El día anterior la Ñata le dió unas hierbas, una cruz de palma y un líquido espeso y verde, un líquido amargo que revolvía el estómago. Pero fué inútil:

—Hijo, tú debes estar ensalmado —dijo la Ñata—. Mejor te encomiendas al Señor.

Sí, por algo Nicolás era amigo de la Cúpira. Y por algo la Cúpira nunca salía de la montaña.

La Ñata agregó:

—Y el bojote ¿no lo has visto?

No, él no lo había visto. Sintió un olor a pólvora, nada más que eso.

—¡Ay, hijo! Si te olió a pólvora te embromaste. Eso es cosa de la Cúpira.

Los dolores continuaron. Era como una serpiente, como muchas serpientes que le andaban por la entraña. Como los golpes de los tambores, infatigables, como las mariposas, allá abajo, en el pueblo.

Cuando ella se enteró dejó de ir. El gato sabe ésto pero la gente lo ignora.

Un hombre —el mismo que le compró la pulpería al tuerto Henríquez— dice:

—Él tuvo miedo y asesinó a la mujer, cuando vió al otro en el camino.

La gente hace ¡ah!, voltea los ojos, y se va comentando el suceso. Luego mira el camino, la choza, la puerta, y habla del gato, del estrangulador de gatos, del fabricante de mariposas.

Ella dejó de ir y los dolores aumentaron. Los tambores seguían sonando en el pueblo y él pensaba en las piernas duras y redondas, en el salto de los senos, en los dientes brillantes. Ahora la fiesta no es lo mismo. Viene gente extraña, gente de ojos verdes y de piel blanca y de lengua incomprensible, con sus pequeñas cámaras fotográficas y sus camisas extravagantes. Antes sí era de verdad que sonaban los tambores y que el aire se iba con el sonido y uno caía al suelo medio muerto.

Ella dejó de ir y los dolores llegaron a la cabeza y la cubrieron de fiebre. La Ñata se cansó de machucar hierbas y de traerle el líquido verde.

—Hijo, si estás ensalmado procura salvar el alma.

La Ñata sabe de esto porque —según dicen— es hija de un brujo que vivía más allá de la montaña, cerca del mar.

—Ella hubiera querido nacer de una bruja. Pero su madre era una pobre negra que de noche les despertaba diciéndoles:

—Creo que voy a morir.

Y comenzaba a dar gritos hasta que se quedaba como si de verdad se hubiese muerto. Y una noche olvidó los gritos y él la enterró junto a la choza.

—Lo mejor es salvar el alma —repetía la Ñata, con su pelo gris y su boca gastada y sus hombros como dos puntas de estacas.

Y él se puso a pensar en la manera de salvar su alma. Y a lo mejor salvaba también el cuerpo. Nicolás era el culpable de todo. Nicolás le fué —claro que lo hizo— con el cuento a la Cúpira. Y acarició el machete y pensó largamente en Nicolás.

Al salir por las tardes la gente le señala:

—Ahí va, el del gato.

Los tambores han comenzado a templarse. Él contempla las calles y las casas. Se han endurecido. El mismo sol es una piedra blanca. Las mariposas pasan con su luminosa y frágil oscilación. Por el sol, por las paredes. Son como estallidos, como algo obsesionante. Como mirar las olas o una caída de agua. O una nube sobre una plancha de acero. (Por ejemplo: una nube sobre el cielo). Calles y casas se contraen, se repliegan en sus propias formas, parece que quisieran huir de las mariposas, amasándose en su pétrea naturaleza.

La gente le mira a él, le señala.

—Ella bajó al pueblo —dice un joven— y allí el otro lo asesinó. Así lo contó mi tío.

Él observa a los adolescentes y piensa en la vejez de su

gato. Ya no se mueve, está tan viejo como él. Los adolescentes, por el contrario, van de prisa, hablan de prisa. Contempla las pupilas brillantes, tiernas y húmedas. Poseen un extraño resplandor. Escucha sus palabras y admira la agilidad de sus juveniles pensamientos. De pronto se da cuenta de que todas las palabras se parecen. Dan la impresión de caballitos dando vueltas alrededor de una invariable melodía.

Al anochecer llegó a la plaza. No deseaba la presencia de la habitación. Las noches de la montaña son diferentes a las del pueblo. Las noches de la montaña tienen ojos verdes, labios nerviosos que se mueven levemente, como los labios de las muchachas que asisten a su primera cita. En la montaña la tarde desciende con la lentitud de las hojas amarillas. Mano negra y sola y amenazante. En el amanecer la mano se retira, dejando al descubierto un húmedo lenguaje. Nace, entonces, un olor asfixiante, un olor de grandes, inmensas fornicaciones. La brisa es sexual, y de la montaña brota el olor. Sí, un olor espeso, mórbido, un olor de savia, de amor de savia, de flor entregada a una lenta y dolorosa violación. Un olor que se incrusta en las cosas como una raíz, con piel de barro y secreta voz:

—Sí —se dijo (como hace tantos años)— la culpa es de las mariposas.

Ahora hablan de sus correrías nocturnas.

—Eso fué lo que ocasionó todo —murmura una negra de trapo rojo atado al pelo—. Él rondaba la casa de ella y el otro se dió cuenta y la siguió. Logró alcanzarla antes de que llegara al camino. Entonces la tomó por el cuello y fué apretando así, poco a poco... hasta dejarla muerta.

—¿Y luego?

—Luego... Luego siguió hasta la choza. Pero no había nadie.

Él sonríe en el espejo. La sonrisa es triste, como la mirada del gato. El gato puede contarlo todo. El gato debería hacerlo. Pero está muy viejo, ya ni va a la puerta.

Contempla los ojos del gato y recuerda los de ella. Ya ella no iba, y los tambores seguían sonando, allá abajo, en el pueblo, y él pensó que no se iba a morir así, metido en la choza como un perro. Y acarició el machete y comenzó a bajar hacia los tambores. Y veía los ojos de Nicolás en el viento.

Las mariposas comienzan a morir o a fugarse. Los tambores siguen templándose junto a las fogatas. Ya no es lo mismo que antes. El pueblo se llenará de automóviles y de ojos verdes y cámaras fotográficas. Ahora la gente piensa en los que vendrán y en las monedas.

Las mariposas mueren y nadie habla de ello. Él las encuentra en el camino, inmóviles las alas. O en los vidrios, adheridas a su dureza. La dureza las va tragando hasta borrarlas con su transparencia. En la plaza se confunden con las flores y las hojas. Pero los vidrios aún las muestran. No tienen el mismo encanto. La muerte las ha desteñido, las aglutina. Todas se parecen.

Los tambores han comenzado a sonar. El pueblo está de fiesta. Se han olvidado del viejo negro. Algunos dicen:

—Él tampoco sale a tomar el sol. ¿Estará enfermo?

—Yo sé cómo ocurrió —exclama una muchacha de párpados románticos—. Ellos estaban enamorados pero no querían cometer una barbaridad. Entonces fueron a visitar al otro y se lo dijeron. El otro se enfureció. Ella se envenenó con cariaquito morado y unas hierbas. El otro, desesperado, se abrió el cuello con un cuchillo.

—¿Y el viejo?... ¿Vas a decirme que el viejo no hizo nada?

—Bueno... Así fué como me lo contaron.

Los tambores se van silenciando. Por el pueblo se extiende una alfombra de mariposas. La gente que aún queda las aplasta con sus grandes zapatos. En la plaza y la montaña la savia retorna a su habitual melancolía. Las hojas no son tan verdes. Los ancianos se sientan a la puerta de la pulpería del tuerto Henríquez —que ya no es del tuerto— y cubren el suelo de escupitajos oscuros olorosos a tabaco, mientras los niños, de nuevo niños, corren y gritan en pos de maravillosos descubrimientos. Los ancianos les miran con resignada amargura, como si ellos fueran culpables de su vejez.

Un adolescente, de manos en los bolsillos y frente aburrida, dice:

—Fué terrible. Él los encontró a los dos en la habitación, completamente desnudos. Furioso, cayó sobre él. Ella, desesperada, tomó una piedra y la descargó sobre su cabeza. Al verlo bañado en sangre corrió hacia la montaña, enloquecida, y se ahorcó. Eso fué lo que pasó, compadre.

Cierta tristeza —¡qué extraña tristeza!— va rodeando las cosas, lo va cubriendo todo, como las mariposas. Es una entrega, una pregunta sin respuesta, un desplazamiento insoportable, una gran fatiga en los corazones.

El pueblo es un cementerio de mariposas. Nadie habla de ello. Nadie habla pero lo respiran, porque los tambores no suenan y las calles están sucias de papeles y cintas.

Por las tardes, el viento húmedo levanta y se lleva el polvo de inútiles alas.

La gente vuelve a mirar la puerta, y dice:

—Ahí vive, con su viejo gato.

Pero la gente ignora la historia. O, por lo menos, la verdadera historia. La historia que podría contar el gato.

Ahora es imposible. Definitivamente imposible, así el gato lograra hablar como la gente. Él ha estirado la mano desde el catre y ha tocado el cuerpo frío del gato. Los ojos tranquilos no le miran. No miran a nadie, a nada. Son dos gotas verdes, dos gotas petrificadas. Dos simples hojas de piedra.

Siente un gran dolor por su gato. Su soledad será completa. Ni siquiera puede contemplar su rostro en el espejo. Las piernas están débiles, encogidas, son las piernas de otra persona.

Miró la puerta. Unas pequeñas manchas oscuras cruzaban silenciosamente. Eran las últimas mariposas de la primavera.

RAMÓN GONZÁLEZ PAREDES

(Trujillo, 1925).

La actividad de escritor de Ramón González Paredes, es asombrosa. Entre los veinte y los veintitrés años de su edad González Paredes ha publicado ocho libros de cuentos, poesía, novela, teatro, ensayo. Tal pluralidad de publicaciones se ha considerado por algunos críticos como ansiedad de estar presente en la actualidad literaria de su país y se le ha dado consejo en el sentido de que su obra ganaría en calidad si la detuviese un tanto para el cuido y realización y para el abandono de fútiles defectos que se corregirían en una lenta revisión. Lo cierto es que González Paredes ha demostrado, sin duda alguna, respetable voluntad de trabajo, severa decisión estudiosa y grata pasión de arte. Bien sabe que quien merece el nombre de escritor seguirá el camino que le marca su vocación y sobre sus propios defectos creará las mejores cualidades. El apasionado amor por la tarea literaria, evidente en González Paredes, le servirá sin duda, para lograr decir lo que en sí mismo lleva: un mundo culto, donde lecturas y experiencia van cuajándose en una personalidad rica de ecos y poco común en la Venezuela de las improvisaciones y de los autodidactas. Su cuento "Primeras impresiones" es una excursión hacia los demoníacos misterios de la infancia.

PRIMERAS IMPRESIONES

Por RAMÓN GONZÁLEZ PAREDES.

Teníamos ratos de encantamiento, en los cuales solíamos olvidarnos de todo. "Mireya, le decía, ¿a que tú no cuentas las nubes?" Ella, con un gesto de dama ofendida, miraba hacia lo alto y se disponía a probarme que era capaz de eso y de mucho más; pero, realmente, su capacidad de contar no pasaba de las unidades y en el intento no hacía otra cosa que embrollar hasta lo indecible su cabecita de cabellos negros.

Yo me sentía superior a mi amiguita. Por ejemplo realizaba proezas de gente mayor, como lanzar piedras a los árboles y tumbar frutas. Ella, empecinada, arrojaba pedruscos a las margaritas.

—Ya ves, soy capaz de bajar rosas. Eso, ¡cónchale! sí que es difícil.

Sonreía con magnanimidad. En tal momento, mi capacidad de juzgar el mundo exterior alcanzaba un máximo. Ella enrojecía, y yo mantenía mi posición de benevolencia.

—Te odio, bicho, te odio.

Y corría por el patio grande, en medio del cual lucía un bucare su fachenda, y vetusto caujaro, de abundosos racimos, ofrendaba a los pájaros y a nosotros la goma dulzaina de su producto.

No sé por qué gozaba en atormentar a Mireya. Había otras chicas que frecuentaban mi casa; otras, bellas de grandes lazos y ojos amarillentos, pero Mireya, con su cuerpecito saltarín, sus ojos negros como los botines que me ponía los domingos para ir a misa de ocho y unos hoyuelos que se le hacían en las mejillas cuando reía, despertaba un sentimiento raro en mi espíritu.

Muchas veces fuí zarandeado por el bullicio matutino: mi madre llamaba a Lucha para que hiciera el café y mi tía Panchita poníase la andaluza, frente al espejo, mientras las gallinas formaban desde el corral una turbia algazara que mezclábase con las expresiones de mi madre al reprender a Lucha, quien no prestaba oído a las llamadas matutinas y enrollábase en su colcha. Cuando me zarandeaba de tal manera, no podía continuar durmiendo, y tenía forzosamente que pensar. Sin duda alguna, me consideraban menos que al gato Muño, porque a éste lo consentían demasiado: tía lo llamaba de continuo para que se arrellanase en sus faldas. Madre no encontraba alimento que proporcionarle; y todos, en medio de caricias, le hacían pasar los mejores ratos. Yo aprovechaba cualquier descuido, miraba de un lado a otro y, cuando me sentía solo, comenzaba a llamarlo cariñosamente:

—Muño, ven Muñito.

Él acudía ronroneando, con un andar lento, muy parecido al del gallo cuando quiere enamorar a una gallina clueca, y yo le dejaba llegar; entonces sosteníalo con mi siniestra y usaba la diestra en quitarle alguno que otro pelillo del bigote; doblaba su rabo de abundante pelusa y concluía por patearlo y allegarme gimoteando al lado de mi madre, a quien narraba con exageraciones mis imaginarias cuitas.

—Mamá, Muño no me quiere; se acercó a rasguñarme.

—Sí, hijito, ¿dónde te arañó? Tenemos que salir de ese gato. —Esto último lo decía en alta voz y como para que escuchara tía—. Animales y niños no pueden estar juntos.

Yo fruncía el entrecejo: ponía cara doliente y en mi interior sentía profundo regocijo. Siempre que atormentaba a Muño, recordaba a Mireya, mi querida amiguita, y sufría vivo disgusto por no verla arrastrándose en el piso y mayando implorante. De ser ella igual a Muño le hubiera retorcido el rabito, no, qué va, era preferible abrir sus piernas bastante para que no las tuviera siempre cerradas y no se la pasase bajándose las falditas pues diz que se le escapaba el Ángel de la Guarda. En el fondo le tenía una grandísima antipatía a ese ángel, y hubiera deseado encontrármelo en cualquier momento para escupirle con fuerza la sotabarba, ya que me lo figuraba muy parecido a la tía abuela, quien gruñía en cuanto pisaba el umbral de nuestra casa y vivía haciendo recomendaciones necias, como "no corras, ni te comas las uñas, saca ese dedo de la nariz, no ensucies el flux; un traje debe durar una semana por lo menos". Así de fastidioso antojábaseme el ángel que tenía Mireya debajo de su faldita. En cambio el demonio o Luzbel, me producía un cosquilleo demasiado

extraño. Figurábamelo con una gris cachucha y un revólver inmenso, grande machete, brillante como una estrella, barba roja de candela y bigotes azules. Además tendría uñas largas y negras, al igual que ese bienaventurado que pedía limosna y pasaba la vida sin bañarse nunca y a quien envidiaba en lo más profundo de mi alma. El Angel de la Guarda no podía por menos de ser un señorito pretencioso, de esos que limpian los asientos para acomodarse y saludan a las visitas y jamás pegan a los animales. Lucifer, sería despreocupado; no le haría caso a las recomendaciones de sus padres y se revolcaría en la arenilla cuando la caída del sol. Sin llegar a pensar en ello comprendía que a Lucifer le era simpático, no cuando me santiguaba y mostraba solicitud en cumplir lo mandado, sino más bien cuando aporreaba los árboles y pensaba en subirle a Mireya su faldita para que se escapase el ángel, así como cuando proponíame sacarle al gato los ojos negros y relucientes, al igual que dos metricas, de esas con que juegan los niños grandes, amos de velocípedos y dueños de hondas, con las cuales bajan muchos nidos de las más altas ramas. Presentía que la gente mayor hacía algo demasiado complejo que se me antojaba parecido a la tempestad.

Una vez dos enamorados conversaban en el recibo de mi casa. Ella, mi prima Aracelli, se empeñó en que fuese yo a buscarle un vaso de agua a su novio. Sin pizca de malicia me retiré, aunque un tanto amohinado. ¿Qué sería eso de enamorarse uno? Tal pregunta llenaba de pájaros mi mente infantil. Mireya, recordaba entonces, fué requerida acerca de su afecto en una visita y dijo que su novio era su mamá, lo cual, oído por los presentes, provocó decidoras sonrisas que chaparon las mejillas de la niña y me hicieron sentir una alegría inmensa, pues tales sonrisas burlonas constituían como una especie de reproche de que no fijase en mí el objeto de su amor. Manifesté el estado de ánimo dando "botecarnero", o sea, poniendo mi cráneo contra el suelo, apoyando el resto del cuerpo sobre las manos y haciendo fuerza para caer de espaldas. Tía, que me había acompañado a la visita, reprendió tan brusca actitud y con ello hizo olvidar a Mireya de su desaguisado, porque, de inmediato comenzó a sonreír y, a hurtadillas, me mostró su lengua, gesto que significaba grande ofensa para nosotros. Había algo claro, que dos mujeres no podían ser novios; pero aun no alcanzaba a comprender lo que era enamorarse. Apenas recordé que Madre regañaba a la mucama porque salía a conversar con el lechero. Un buen día la moza se fugó y alguien dijo que la había perdido el

amor. A partir de tal momento mi curiosidad crecía junto a un secreto temor, semejante al trabajo soterrado de las abejas que laboran protegidas por la cerrilla. Sólo había una cosa, y ésta era que el amor me perdería también alguna vez.

Aracelli pidió le llevase agua, no porque tenía sed; se lo comprendí en los ojos; más que agua quería otra cosa y yo sentía en mi alma una fuerza terrible que me llevaba a desear ocupar el puesto del novio de Aracelli; no sólo eso sino quería destruirla y tornarla tan pequeña como el polvillo blanco que flota en las habitaciones. al penetrar un rayo de sol.

Regresé apresuradamente, y mojé mis ropillas, aun cuando llevaba un traje nuevo muy estimado; pero en tal momento de profunda atención pasaba inadvertido junto a muchas cosas que hasta ese instante eran de mi mayor consideración.

Iba llegando al recibo cuando percibí un forcejeo mezclado con risas y en compañía de exclamaciones inconexas.

Escuchando esto no pude contenerme. Sentí un oleaje de fuego, y con una sorpresiva malicia me acerqué en puntillas, dominado por la agitación.

Vi algo que no me pareció nuevo, pues cuando lo percibí era como si anteriormente hubiera pensado en que iría a encontrarme con aquello. Sin embargo, tal conformidad entre realidad e imaginación acrecentaba mi disgusto. Parecía como si hubiesen roto el cristal de mi fe; sentíame burlado miserablemente y empecé a dar gritos:

—¡Mamá, mamá, qué horror!

Creía que "aquello" era lo peor del mundo. Comencé a patalear y arrojé con furia el vaso formando un charco inmenso.

Ellos estaban anonadados. El hombre había palidecido y me vió con ojos de furia. Mi prima hallábase rojiza, con los ojos húmedos de lágrimas. A partir de aquel instante la desprecié vivamente y no le volví a cruzar palabra ni acepté sus excusas.

Ahora Mireya corría por el patio. Se reía y hacía visajes. ¡Si la gente mayor hablaba de amores, por qué nosotros íbamos a ser menos que ellos!

El cuerpo de mi amiguita encerraba toda la sinfonía del color. De pronto me pareció que ella era una flor más entre las flores del huerto, y temí fuera a convertirse en árbol o se quedase cristalizada como una espina. Entonces me apoderó un sentimiento demasiado torbellinesco, ciego cual un pájaro herido: quería volverla tan mía como las manos o los pies. No encontraba manera de realizar esa fusión. Había oído decir que la gente buena comulgaba con Dios. Podría

arrodillarme en la arenilla y rezarle a Mireya para ser los dos una sola y misma cosa como el río y el cielo, o como la fuente de temblorosas gacelas, que corren parejas con las nubes de cabellera leonada. Pero de pronto se me ocurrió que el Ángel de la Guarda se contentaría, lo cual resultaba una tremenda humillación, semejante a cuando tía acariciaba a Muño sin considerar para nada que yo, un niño real que podía hablar y arrojar piedras, se movía en la misma estancia. Me envenenaba la sola idea de congraciarme con un ser antipatiquísimo como un ángel y pensé más bien algo que fuera verdadera fusión, cual tierra disuelta en agua del pozo, cual una pedrada en la cabeza; cosa que rechacé de inmediato. Recordé a Satanás y comprendí que lo mejor era besar a Mireya. Hice como si hubiese encontrado una fruta a mis pies; imité con ello la táctica del gallo para atraer a las gallinas. Ella vino a curiosear y yo le dije que tenía carbón en la boca.

—Quítamelo, quítamelo.

Pareció adivinar mis propósitos y se estuvo quietecita. Debido a su tranquilidad estaba arrepintiéndome, pues hubiera deseado besarla a viva fuerza, ya que las cosas del Ángel se hacen por acuerdo y pasivamente; no así las de Satanás, señor del disgusto y amo de los caprichos. Empero ya no había lugar a arrepentirse y se consumó el acto audaz. Ella sonrojóse y yo me sentí fuerte como los bosques y turbulento como el mar, cuyas olas me impresionaron vivamente la primera vez que las contemplé; era superior al viento que inclina las ramas y chifla en el regazo nocturno. Estuvimos alelados mucho tiempo, hasta que Mireya echó a correr; yo permanecí plantado en tierra, pues tenía raíces en lugar de zapatos.

—Mireya —grité, llamándola por cortesía; era necesario portarme cariñoso después de "aquello", pero en mis adentros deseaba se marchase hacia un lejano país, de modo que no pudiéramos vernos más.

Empero a los pocos minutos me hacía falta su presencia y corrí tras ella. No la encontré en casa sino en la acera: conversaba con un chico de la vecindad.

Sentí cual si me hubieran cortado un brazo; no era otra clase de dolor el sufrido. En un primer momento quise hablar mucho, sin descanso, con el objeto de aturrullar al otro niño; pero temí no salir lo suficientemente airoso. "Ya verá ese pecosillo, me dije, en cuanto Mireya me vea... lo va a dejar plantado". Pensaba esto con la mayor seguridad, y me acerqué balanceando el tronco, en lo cual nadie reparó,

cosa que no dejó de impacientarme. Después, con las manos en los bolsillos, fingiéndome hombre despreocupado, de esos que se paran en las esquinas y piropean a cuanta mujer pasa, fingiéndome indiferente comencé a tararear un aire ligero. Ellos me miraron distraídamente y prosiguieron su animada conversación. Quise desaparecer bajo el macadam. Una brusca palpitación de colmena se adueñó de mi pecho dejándome como sin respiración. No alcanzaba a explicarme cómo después de "aquello" se atrevía Mireya a conversar con otro chico; si la había besado yo. Eso de vivir me estaba resultando demasiado confuso.

De primeras deseé matarlos, pero se aparecieron ante mis ojos tan unidos y superiores, el uno hecho para el otro, que me sentí en verdadera impotencia. Entonces no pude menos que correr al interior de la casona. Una vez en el patio me le enfrenté al crepúsculo de rojizos labios, que parecía un disfraz de aquel Luzbel a cuyo servicio estaba desde mi espeluznante aventura del beso, tan olvidada por Mireya.

Satanás me parecía el culpable de todas mis tribulaciones, y por eso lo odiaba ahora. Empecé a lanzarle piedras (al crepúsculo), y como no podía alcanzarle no encontré mejor medio de venganza que arrodillarme sobre la arenilla, santiguarme durante varias veces y rezar un "Padre Nuestro" al Ángel de la Guarda, a viva voz.

HÉCTOR MUJICA

(Carora, 1927).

Hace unos cuantos años, publicó Héctor Mujica su primer libro de cuentos: "El pez dormido". Esa colección donde aparecían afirmaciones de las más diversas tendencias, contenía desde el apólogo hasta el relato de aventuras e indicaba que Mujica no había logrado unir dentro de sí la materia que le daban sus lecturas y la que su personal experiencia le ofrecía. Podía tenerse por cierto que el joven escritor utilizaba, a veces, situaciones librescas que no había incorporado a su conciencia de artista, pero demostraba vigor, claridad de expresión, lirismo; traía a su prosa paisajes antes no rozados por los relatistas venezolanos; sol, sequedad, negros pájaros amantes de la carroña. El joven cuentista escribía con seca determinación; huía del adorno y del brillo; sus frases surgían bien recortadas sin la holganza perezosa en la que se remansan muchos gozadores de la prosa lujosa. Usaba —y usa— un útil de trabajo efectivo, hecho para cumplir la tarea del narrador y sobre el cual el deleite del artista no detenía su actividad. En su segundo libro Mujica ha aquilatado sus cualidades; su prosa se empapa de lirismo, el cuentista se expresa con seguridad y la acción afina su intención en la delicada penumbra luminosa que el autor crea. "Las tres ventanas" es uno de sus mejores logros.

LAS TRES VENTANAS

Por HÉCTO MUJICA.

I

El viajero se detuvo. Los doscientos kilómetros recorridos le dolían en la cintura, y aquel dolor amenazaba con desparramarse por todo el cuerpo. Conducir un automóvil toda la noche por esta carretera oscura y terrosa —"¡infernal!" murmuró— y amanecer en este pueblo de cuatro mil almas no era apreciable recompensa. Ante la inmóvil cuerda metálica tendida de lado a lado de la carretera, se detuvo. Era la alcabala.

—¿Hay algún hotel para hospedarme?

El guardia de turno se lo quedó mirando largo rato sin responder. Era bajo y tenía unos bigotes cortados a la manera prusiana. Se encongió de hombros y dió media vuelta hacia el interior de la casilla, mientras decía imperceptiblemente:

—Hay varias posadas, y la Pensión que queda en la Calle Real.

Entró a la casilla, sin mirar atrás.

El viajero encendió nuevamente —"¡una vez más!" pensó— el motor de su confortable Ford recién comprado y se alejó de la casilla violentamente. Tenía ganas de maldecir, de gritar a alguien. Había mirado a lo largo del viaje ese puesto vacío, a su lado. Mientras conducía con la mano izquierda, revolvía con la derecha sus papeles. Las facturas, las copias triplicadas de los recibos, las muestras de las mercancías. A través del viaje se había entretenido hojeando de rato

en rato sus papeles, poniéndolos en cuidado e impecable orden, anotando en la libreta los nombres y las direcciones de los clientes. Tras los espejuelos no ha mucho ordenados por el oculista, sus ojos azulosos vigilaban atentamente la marcha del lápiz sobre el papel cuadriculado. Otras veces esos mismos ojos se posaban tranquilamente sobre los grandes titulares de la prensa capitalina que llevaba consigo. En ocasiones guardaba un periódico atrasado durante días junto al escombro de sus papeles comerciales. En veces llevaba varios ejemplares de una misma edición dentro de los cuales se podía leer un aviso de la casa comercial que representaba, al lado de un sucedido cualquiera de los muchos que la prensa publica. Siempre era lo mismo. Una niña secuestrada, un suicidio frustrado, un hampón evadido o una riña violenta con un saldo de algunos heridos y contusos, cuando no que la policía arremetiera contra una manifestación de trabajadores. Siempre era lo mismo. El viaje. Los viajes. Su inacabable viaje. Salía de la capital en una suerte de jira por el interior del país, a través de las lentas carreteras amarillentas, pálidas, terrosas. Al través de la sed inmensa de las carreteras soleadas. Siempre era lo mismo. La llegada. El alojamiento. El hotel o la posada o la pensión. Y aquellas vidas inertes, silenciosas, circulares, como las moscas de verano sobre los platos recién calentados. Siempre era lo mismo. Un sol, abrasador, intenso, resplandeciente, y aquella necesidad de alcohol, de ron o de whisky, para aplacarla. Siempre era lo mismo. El viaje. Los viajes. Sus inacabables viajes. Y un salario alto que dilapidaba en whisky. Facturas, recibos, muestras.

—Aquí tiene las muestras... el recibo debe de hacerse por triplicado, cuestión de la Contabilidad... Son los mejores productos llegados a Caracas... nuestros agentes en Nueva York envían los pedidos muy rápidamente... a los clientes fijos podemos hacerles una rebaja del 5 %...

De rato en rato, cuando la carretera se llenaba de visiones, miraba su portafolios abierto. Sus recibos, sus facturas, sus muestras. Una gran libreta azul de recibos triplicados que él llenaba con gran paciencia, después de convencer al comprador y asegurar la calidad de los productos, despachados directamente de Nueva York.

—¡Calidad!

Como una estrella.

Durante cinco años. Aquellas libretas. Él no se acordaba de la fecha exacta. Sabía solamente que después de haber fracasado en el bachillerato, su padre le había dicho con dureza venerable:

—Desde hoy tienes que ganarte la vida por tu cuenta. No quiero parásitos en la casa.

Había enrojecido de vergüenza y tuvo ganas de romperle la cara. El augusto rostro de su padre.

Un año después, moría el viejo a consecuencia de una nefritis, según carta recibida de su madre, aunque él sabía que el viejo había de morir a causa de una prostatitis inclemente que le azotaba en los últimos años, agriándole el carácter. Era ésa la causa por la cual el viejo solía decirle:

—Cuídate, muchacho. Los disparates de la juventud se pagan en la vejez.

Secamente.

Hoy se cumplen cuatro años de la muerte de su padre. Hace cinco viaja interminablemente. Al comienzo le acompañaba un chofer, un obrero que se complacía en mostrarle los secretos del camino. Aquí un "bajo" que se llena de agua cuando la quebrada crece, más allá la curva del caracol, y adelante la recta de ocho kilómetros. Pero prefirió andar solo. Desde entonces conocía el secreto del camino y el secreto del oficio. El proceso siempre se desarrollaba igualmente. El duplicado al comprador, una copia que él conservaba en el portafolios y el original a la casa central. Desde entonces ve pasar libretas azules ante sus ojos azules. Libretas repletas, gordas, azulverdosas. Como las moscas de verano. De pronto desaparece una libreta y surge otra del portafolios. Una y otra. Otra. Otra. Y la carretera sembrada de recibos, de libretas. Ahora marcha a cincuenta kilómetros. La recta de la alcabala al pueblo es recién construída. La aguja, dentro de la esfera de ámbar, marca sesenta kilómetros.

Está en el pueblo.

II

Su confortable Ford está cubierto de tierra. Y él molido, cansado, en busca de alojamiento. De norte a sur la Calle Real, macadamizada, recoge a los paseantes del pueblo. Suena el claxon de un modo caprichoso, a desgana. Los muchachos salen en bandadas, a gritos, tras el viajero. Los campesinos que vienen de la hacienda lo miran pasar, sin comentarios, hasta que alguno más audaz sonríe con desprecio y le tilda de patiquín. Las muchachas, tímidas, asoman con cautela sus rostros tras las celosías, guardianes de su castidad.

A cien metros vió un gran letrero colgante: **Pensión.** Eso supone una cama donde dormir y la indispensable cena. Como si algo le correteara por dentro, como cuando niño, aceleró

el automóvil. Descendió de un salto y dejó caer la puerta con fuerza.

El atardecer.

Se había vestido con cierta sobriedad y había reposado largamente. Los tonos de la tarde le confundían con respecto al tiempo. Aquello le sucedía siempre que manejaba toda la noche sin descanso. Al llegar se acostaba y, al despertarse, no sabía si era de noche o aún de día. Hoy el cielo, lujurioso, ventrudo, deja caer sus colores en variados tonos. Una iluminación profusa lo alumbra todo. Una gran mancha roja, gigantesca, amenaza con reventar en el cielo. Como si un mundo que hubiera desaparecido reviniera violentamente a sus ojos, sus sentidos escuchaban esta sinfonía de color, aquellos naranjas, azules, rojos y violetas, desprendiéndose del firmamento. Con gran nitidez el viejo barbudo levanta la blanca tiza y se apoya contra el tablero negro donde puede leerse:

"Hay un instante del crepúsculo
en que las cosas brillan más,
fugaz momento palpitante
de una amorosa intensidad.
Se aterciopelan los ramajes,
pulen las torres su perfil
.........................."

La letra era blanca, menuda, vacilante, sobre el tablero negro.

Era la clase de literatura en su bachillerato fracasado.

Echó a caminar sin rumbo. Las largas piernas marcaban grandes pasos en la calle recién macadamizada. Sentía una amarga y violenta tristeza. Su figura desgarbada marchaba oscilante y había dentro de él una concavidad hueca, vacía, profunda, donde un ruido intermitente marcaba los segundos.

—Perdón...

Había tropezado a un viejo que caminaba.

Eran las seis de la tarde. Las campanas tocaban a oración y varias viejas se persignaban con rapidez habitual. Hacia los lados se alzaban las sólidas casas coloniales, dentro de las cuales ojos de todo color le espiaban. Frente a él, enfrente de su desgarbado cuerpo, tres sólidas, altas, balaustradas ventanas coloniales aparecieron. Tras cada una de ellas ojos femeninos le miraban. A medida que avanzaba, alejándose, fueron abriéndose con lentitud y discreción las rejillas y aparecieron entonces, tras aquellas ventanas, tres rostros hermosos, semiocultos. Él era forastero en aquella vida y quizá

por eso le miraban, particularmente uno con insistencia molesta. Era un rostro de medusa que amenazaba con disolverse en los colores del crepúsculo. Se detuvo y miró hacia atrás, hacia las tres ventanas. Los rostros eran bellos y —sin saber por qué se le ocurría— forjó una pálida leyenda de cierto sabor oriental, como los cuentos que leía cuando niño. Transcurrió un minuto. Dos. Tres. Al poco tiempo, las rejillas de las tres ventanas fueron cerrándose cautelosamente. Tímidas manos blancas empujaban cuidadosamente las rejillas hasta cerrarse completamente. La última en cerrarse fué la del rostro de medusa, de la cual una mirada penetrante se proyectaba al exterior. Las pequeñas bisagras de esta última dejaron escapar un ruido de metal viejo y oxidado. Frente a él quedó aquella inmensa casa con las tres sólidas ventanas cerradas. Y un murmullo de voces susurrantes.

Eran las siete de la noche. Aún el gigantesco sol rojizo del atardecer luchaba en el poniente, como una gran lámpara que comienza a apagarse. Volvió a la pensión, por el camino recorrido.

III

La cena, copiosa, transcurría en silencio. A su mesa, frente a él, se hallaba otro forastero de aquella vida. Venía de la capital enviado por el Gobierno. Era ingeniero. Después de la sopa tenía que sobrevenir la inevitable charla aldeana para la cual era inevitable una añeja botella de vino extranjero. El joven ingeniero, apenas graduado, acababa de llegar con unos planos recién comenzados y extraordinarias ambiciones profesionales. Francamente, era su primer trabajo. Un primo hermano suyo que trabajaba en el Ministerio de Fomento le había conseguido tal empleo. Hablaba con fruición de lo que pensaba hacer, gesticulaba mucho y, al levantar la copa, brindaba puerilmente.

La dueña, vieja, gorda y rechoncha, servía de un lado a otro en el comedor. Cuando se acercó nuevamente, el viajero la interrogó acerca de la casa de las tres ventanas. La vieja rió la pregunta como si se tratara de un chiste. Quizá su gordura la hiciera propensa a estos accesos de risa, y de tos.

—¿La casa de las tres ventanas? —interrogaba ella a su vez, mientras reía estruendosamente.

—Sí, esa casa con tres altas ventanas coloniales. ¿Por qué ríe?

La vieja se justificó diciendo que todos los forasteros preguntaban por la casa de las tres ventanas. Dijo entonces que

era propiedad de la más vieja familia del lugar, descendiente de algún héroe de la Independencia. La casa parecía tener más de dos siglos y su dueño lo era a su vez de las ricas haciendas de caña de azúcar del valle, más allá del río. El viejo aún vivía. Había casado muy joven y su mujer había muerto cuatro años antes. Parece tener un carácter de hierro y su sola presencia infunde miedo. De su mujer apenas se recuerda el rostro, pues sólo salía de la casa una vez por semana, a la misa de los domingos, acompañada de sus hijas. Desde entonces las jóvenes no han salido más, por orden estricta del padre. De él se cuentan cosas. A veces se trata de simples anécdotas o de historias forjadas por la imaginación popular, otras veces se trata de hechos reales. Pero de unos y otros ha nacido su leyenda de hombre terrible, de señor implacable. Ha matado sin piedad a alguno de sus peones de la hacienda por no haber cumplido determinadas órdenes. A su casa sólo entran un capataz, familiar suyo, quien se encarga de los asuntos internos de la gran hacienda, y, últimamente, el viejo juez del pueblo con quien arregla directamente sus negocios. Se cuenta que en una guerra civil lo hicieron general y que tiene una fortuna en oro enterrada en las paredes de su habitación y que ha jurado que sus hijas no conocerán a otro hombre mientras él viva.

—Mientras viva —repitió intencionadamente la patrona, y las carnes de su vientre chocaban unas contra otras en un acceso de risa y de tos.

IV

El viajero se detuvo. La alcabala estaba cerrada con una gruesa cinta de hierro. Sonó el claxon del automóvil y el guardia de turno, un hombrecito viejo de bigotes prusianos, salió de la casilla y quitó la cadena de un garfio que la sujetaba. Debajo del letrero pintado donde decía **Alcabala** podía leerse **Aduana de Licores.** El guardia le miraba y se saludaron entre dientes.

La Calle Real estaba iluminada. Un año atrás, el presidente del Estado había venido para inaugurar el servicio de luz eléctrica. La gente caminaba por la calle, animada, conversando. Era día de fiesta. El carnaval. Los muchachos sonaban unos pitos infernales y los hombres hacían un gran bullicio, medio borrachos. Todo el mundo gritaba hasta ensordecerse. Las mujeres, casi todas campesinas venidas de la hacienda, vestían un percal de color rojizo y bailaban con los hombres en la plaza iluminada. Eras las diez de la noche y

la gente quería aprovechar el tiempo, pues hasta las once era el permiso de la Jefatura Civil.

Cuando atravesó las calles laterales a la plaza, algunos campesinos ebrios trataron de subir a los estribos de su automóvil, pero dos policías uniformados ridículamente hicieron uso de su autoridad y las peinillas cayeron secamente contra las espaldas de los campesinos indefensos. Algunas mujeres gritaron y el cortejo de muchachos que corría tras el automóvil se dispersó en seguida. El viajero viró hacia la Calle Real.

Los escasos postes de luz eléctrica estaban encendidos y pudo ver, iluminada, la poderosa mole de las tres ventanas. Creía oír ruidos, como voces humanas tras las romanillas, pero atribuyó tales voces a posibles alucinaciones ocasionadas por el cansancio. Sin embargo, se detuvo. Unos ligeros pasos corrieron al interior de la casa. Después, un pesado silencio, un terrible silencio se le vino encima. A lo lejos, hacia la plaza, podían oírse todavía gritos y canciones inconclusas. Pero frente a él, la mole silenciosa de las tres ventanas y algo así como una respiración humana, entrecortada, contenida y luego cancelada. Seguramente —piensa el viajero— frente a él, tras esta imponente ventana central balaustrada, un cuerpo de mujer se esconde, desde siempre.

En la noche caminó por las calles desiertas y oscuras. De algún tiempo acá una tensión nerviosa le agotaba día a día. Pocas veces podía conciliar normalmente el sueño, tanto más cuanto que solía conducir noches enteras a través de carreteras interminables. Padecía desde algún tiempo a esta parte de grandes insomnios nerviosos y de sueños que él consideraba racionalmente ridículos en los cuales aparecían largas, interminables carreteras polvorientas, proyectadas hacia adelante, siempre adelante, y él en un viaje que no acababa nunca. Otras veces eran grandes vendavales, torrenciales lluvias, la tempestad en todo el cielo y la tierra entera, obstruyéndole su paso. O se veía sentado en su automóvil sobre una montaña gigantesca de papeles, de avisos, recibos y facturas. En momentos aquella montaña se agigantaba y él despertaba sudoroso, jadeante y caía entonces en un insomnio que le hundía en disparatadas meditaciones sobre su vida de agente viajero, que, al día siguiente, juzgaba estúpida.

Esta noche, cinco años después de su primera visita (¡diez años de viajante!), caminaba por las desiertas calles del pueblo. Había tratado de dormir o de permanecer sobre la cama, fumando y pensando, viendo aparecer ante sus ojos azules una interminable hilera de rostros sonrientes, magros o gra-

sosos, y él frente a ellos, tratando de convencerlos de la calidad de los productos que representaba y vendía.

Esta noche caminaba por las calles del pueblo. Después de las once, de apagarse los faroles eléctricos, la gente se había ido a dormir o se había quedado durmiendo en los quicios de las casas, o en la plaza misma. De pronto debía de detenerse, pues sus pies tropezaban con algún cuerpo tirado sobre el suelo. Algún campesino borracho que no tuvo tiempo de regresar a la hacienda. Su rostro se había agudizado más y sus ojos habían adquirido una claridad resplandeciente. De cuando en cuando miraba las largas manos venosas y pensaba con tristeza que sus manos sólo sabían llenar aquellos recibos por triplicados y mostrar la calidad de los productos de la casa que representaba.

Cruzó hacia las calles de tierra. No oía los tacos de sus zapatos contra el suelo que pisaba. La noche era húmeda y sus pasos se perdían en la humedad y en la sombra. Después de mucho caminar, casi agotado por aquel largo paseo nocturno, regresó a la pensión para dormir. Cayó sobre la cama como materia inerte. Al mediodía despertó después de dormir unas nueve horas, tiempo inusitado desde muchos años para su cuerpo fatigado. Después de un baño reconfortante, almorzó y leyó los periódicos que había traído de la capital.

En el atardecer salió de paseo por el pueblo. La misma monotonía de hoy le recuerda la de cinco años atrás. Las mismas casas, la misma gente, el mismo cielo rojizo. El sol gigantesco como una gran llamarada. Y aquella vieja casa, la casa de las tres ventanas.

Recuerda detalladamente la historia de la patrona sobre el viejo propietario. Su figura inflexible, férrea, feudal y maligna le anda en la imaginación desde entonces. Su espíritu es el de esta casa de tres ventanas frente a su desgarbado cuerpo. Aquellos tres rostros, aquellas voces, aquellos pasos y la historia inverosímil de la fortuna enterrada en las paredes de una habitación.

Sonríe.

Allí, frente a él, están nuevamente las tres ventanas. Altas, balaustradas, frente a él. Imponentes surgen hacia el mundo exterior, de otro mundo. Representan para su espíritu fantaseador la luz acogotada, el sol en eclipse, mariposas prisioneras por el infame alfiler del coleccionista. No, éstas no son tres ventanas. Hoy la del medio está completamente hermética, sin romanilla, y uno de los tres rostros ausentes. Un rostro es la exacta dimensión de la personaldad humana. Él no puede concebir un rostro quemado, deformado o prisio-

nero. En el rostro están los ojos, suerte de pájaros aleteantes, eternamente en vuelo. Y este rostro moreno de ayer, hoy ha partido. De las ventanas laterales, tras las romanillas, dos voces se escapan y unos ojos delicuescentes, unos ojillos de medusa le miran, amenazando con disolverse.

La misma noche se fué del pueblo.

El viajero se detuvo. Frenó con violencia y brusquedad frente a la alcabala. Sonó el claxon. Un viejo hombrecito arrugado salió de la casilla. Tenía los bigotes cortados a la manera prusiana y miró fijamente al viajero. Ambos se miraron como quien guarda un secreto común, comúnmente compartido. El guardián quita la fuerte cadena de hierro del garfio que la sujeta y el automóvil cruza, velozmente, el espacio. El viejo guardián permanece inmóvil hasta que la cortina de polvo sobre su cara desaparece.

Hace un calor sofocante de verano. La armadura del automóvil aparece cubierta completamente de polvo. Las moscas zumban en el pueblo, pues hace un calor sofocante de verano. El viajero desciende del automóvil, entra en un bar y pide un whisky.

—No tenemos whisky —dice el mesonero.

—Un coñac, entonces.

Pero tampoco hay coñac.

Bebe una copa de ron que le abrasa la garganta. Hubiera querido beber un refresco, pero una sed de algo fuerte, de licor, le anonada. Quiere beber licor, simplemente.

Atraviesa en su automóvil la Calle Real y ve la esfera del reloj de su automóvil. Cuatro y media de la tarde. Desde hace una hora está nuevamente en el pueblo.

Viró a la izquierda y se fué directamente a la vieja y única pensión desde hace mucho tiempo.

Toma una ducha fría para calmar esta sed agotadora. Decide pasear y comienza a peinarse. Frente al espejo. El mismo viejo espejo de hace quince años. El de la primera vez. El de esta pensión de la Calle Real, de este pueblo. Hace con lentitud el nudo de su corbata y ve su cabeza cana y su rostro arrugado.

—Cuarenta años —dice.

Desde entonces, desde su nacimiento, acaecido en la capital, son cuarenta años. Veinte en la casa paterna, hasta que su padre le dice debe de arreglárselas por su cuenta. Y veinte años de caminos terrosos, sedientos, inacabables. Veinte años de facturas, de recibos, de muestras.

—Nuestros productos son directamente importados de Nue-

va York... Nuestros agentes escogen directamente los productos... Nuestra casa es la mejor reputada entre las firmas comerciales de importación... Nuestra solidez está fuera de riesgos... Nuestra casa piensa aumentar su radio de acción para el próximo año comercial... Nuestros empleados son eficientes... Nuestros envíos están asegurados... Nuestros precios son incompetibles...

Veinte años de pronombres posesivos.

Durante veinte años ha repetido este pronombre sin saber por qué. Siempre son **nuestros** productos, **nuestra** casa, **nuestros** empleados, **nuestra** eficiencia, y jamás ha sabido quiénes preparan esos productos, quién los envía a Caracas y quién goza de las ganancias. Sabía, sí, que la casa es una firma comercial acreditada en el mercado y que debía decir **nuestra** casa. Quizá por eso la gente le respetaba. Aunque hasta hoy su casa era la pensión, o el hotel. Su casa. Su casa era aquella pensión de la Calle Real. El hotel de la ciudad. O la carretera.

Llamó a la patrona. ¿Quién es esta patrona gorda y propensa a accesos de risa y de tos convulsa? ¿Quiénes son esos circunspectos señores, gerentes de los hoteles, a lo largo y ancho del país entero? Sabía que en los hoteles se le atendía muy bien cuando llegaba y muy amablemente le daban la factura al despedirse.

—¿Cuándo volverá el señor?

—Quizá a fines de año.

Pero esta patrona, a quien ahora llama, no le preguntó la primera vez si regresaba. Ni la segunda vez tampoco. Reía mucho, como ahora. Sólo que esta vez la halla más propensa a la risa. De esta patrona sabe una historia, es decir, una historia que ella le ha contado. La historia de la casa de las tres ventanas.

Salió sin prisa. El calor aún es agobiante. Apenas unas cuadras y ya se siente fatigado. Regresa al hotel, en busca del automóvil, donde tiene cierto confort indispensable.

El mismo atardecer sangriento de otras veces. Como la vez primera. Y la segunda. La gran esfera rojiza del sol, y este calor agobiante. Las moscas zumban y la voz clara de algún campesino canta a lo lejos, en el valle o en los aledaños.

Entra a la Calle Real por la avenida del cementerio recién construído. Antes enterraban a los muertos en el camposanto. En este mismo terreno han puesto un nombre: Cementerio, y una cerca de cemento. Marcha sin prisa y mantiene en funcionamiento el abanico eléctrico de su automóvil. El calor parece inaguantable. Da una vuelta a la plaza y entra nuevamente en la Calle Real. La casa de las tres ventanas surge a

sus ojos, sólida y fuerte, vetusta e inconmovible, como su dueño. Sólo que la casa debe de estar sola. Las tres ventanas se encuentran herméticamente cerradas y las arañas comienzan a tejer entre uno y otro balaustre finos caminos de seda. Una gran araña se balancea en su tejido, como quien descansa de una tarea difícil, acabada. Los hierros están oxidándose y la casa entera cubriéndose de polvo. Él detiene su automóvil y desciende. Se agarra fuertemente de dos balaustres de la ventana central y los deja bruscamente. Se mira a las manos y ve que éstas se hallan cubiertas de un polvo rojizo, como de sangre. Escribe sobre el polvo adherido al poyo su nombre en gruesos caracteres y recuerda nítidamente aquel rostro moreno asomado al atardecer.

Se mira nuevamente a las manos y duda si aquello es herrumbre o sangre. Siente algo como un gran asco y escupe contra el suelo hirviente y comprueba que la boca la tiene seca y terrosa. Los ojos de la medusa le vigilan con autoritaria firmeza. El viejo, inflexible y duro, está muriendo. A su única hija que le resta la ahorca con sus propias manos. El viejo va a morir, y muere con el cuerpo de su hija a su lado. Oye a la patrona que se le acerca lentamente y le cuenta la muerte de los otros dos rostros. La vieja habla en voz baja, pero ríe estruendosamente. Estruendosamente. Y se ahoga con la risa y con la tos.

Sube al automóvil con una sensación inexplicable en todo el cuerpo. Enciende el motor de su viejo Ford y huye hacia la carretera. Sale del pueblo con gran velocidad. Sus ojos alcanzan a mirar en la esfera de ámbar el número 120. Después fué un golpe seco contra algo que estaba en medio del camino.

El viajero se detuvo. Había llegado a la alcabala. El viejo guardián salió de la casilla. Tenía los bigotes cortados a la manera prusiana...

OSWALDO TREJO

(Egido, 1928).

Con Oswaldo Trejo le nace a Venezuela un escritor comparable en muchos aspectos a Franz Kafka. No decimos que el venezolano evidencie influencia precisa del checo, pero ambos tienen la facultad de tratar las imágenes poéticas como personajes, de trasladar a planos de poesía las más efectivas posibilidades de la experiencia. Trejo —igual que Kafka— no hace diferencia entre los gestos que le vienen de lo exterior y los que él crea al relatar la trama de sus sueños. Por todo lo dicho, la materia que utiliza para sus cuentos está formada en admirable confusión de observaciones, sensaciones, recuerdos y fantasmas y dicha con un lenguaje rico, poderoso, firmemente coloreado por rasgos, líneas y tonos pictóricos. La personalidad de Trejo se afirma con todo vigor en plena juventud. Ya es cierto —cuando no llega aún a los veinticinco años— que su obra implica la libre y genuina expresión de un escritor generoso de sus muchas posibilidades, generoso de su capacidad creadora, generoso de su apasionada intimidad. El tono de la prosa parece sereno, atildado, tímido, pero lo que dice es fuerte, magnífico, admirable de poesía y de verdad. Asombra este joven escritor, capaz de las mayores audacias, con la humilde seguridad de quien sabe que no hay límite adonde no llegue su capacidad de conocimiento ni gesto personal que no influya sobre las huellas que la experiencia le deja. Oswaldo Trejo es un escritor de excepción. Sin pretender acentuar la comparación diremos que, como Franz Kafka, trabaja en una empresa de seguros

ASPASIA TENÍA NOMBRE DE CORNETA

Por Oswaldo Trejo.

I

Este es un decir que corre de boca en boca en la montaña, Lo llaman la voz de Aspasia y nace en la Loma del Viento. Como un eco retumba hacia las cabeceras del Chama, y luego baja con el río hasta las cercanías del Lago de Maracaibo, en la Tierra Llana.

—Escuchá las aguas, indio. Cuando joven este río se desbordó, hizo bulla y arrastró puentes, casas y animales. Ya es viejo. Se ha vuelto un poco necio y loco. Es como un espejo de los pájaros.

Aspasia fué la mujer de la pequeña aldea. Vivió bonito entre la serranía.

Tenía un hijo llamado Félix, que esperaba cada luna de diciembre.

El rancho de Aspasia y Félix estaba en las márgenes de la laguna, arriba, en la Loma del Viento. Eran aguas olvidadas, alimentadas por un caño. Había también para Aspasia, además del agua, otras cosas: una cabra, gallinas y las crías de la puerca; y azules del cielo y de los pájaros, árboles, colinas y caminos que no eran de ella, pero que estaban en el mundo.

II

—Mama, ¿cuántas lunas han venido? —pregunta Félix.

—Las suyas son varias, indio. Hace siete años que la luna le trajo la luz como primer regalo.



Félix había venido de lejanas tinieblas.

—¿Verdad que la luz fué su mejor juguete, indio?

En las entrañas de Aspasia sopló el viento de la laguna. Oyó que el hijo la llamaba. Llegaba por el firmamento en la luna de la luz. Fué su compañero en la montaña.

III

Los dos bajaban de la loma. En el pueblo tenían un puesto en el mercado. Vendían flores unas veces. Otras, cestas de frutas, cuando no, Aspasia y Félix arreaban la puerca con la manada de lechones.

—Cuatro pesos cuesta un cochino de Aspasia —decían los poblanos.

—Son buenos marranitos porque engordan hasta comiendo flores.

—Aspasia, la Corneta, ta, ta, ta —le gritaban los muchachos.

De los cabreros del mercado sabía muchos cuentos. De ella contaban el de la serpiente: En el rancho convivían con las culebras. Félix se las presentaba a los muchachos campesinos y era como estar con ellos en un circo. Cuando llegaban compradores de gallinas, el indio con un látigo las espantaba para que fueran a refrescarse en la laguna.

—Cuéntanos un cuento, Aspasia.

—Ahora no.

—Corne... ta, ta, ta. —Los muchachos le tiraban piedras.

—Corneti... ca, ca, ca —y le quitaban el sombrero de fieltro a Félix con el cual y los calzones, parecía un hombre recortado.

Cuando pasaba vendiendo frutas se oía la gritería de los muchachos, unos para comprarle frutas que era como comprarle cuentos y otros para tirarle piedras. Era un pueblo sin cornetas, que sólo tuvo el pregón de Aspasia. Existía un automóvil, de los primeros que salieron. Inservible estaba en la plaza de la iglesia. De la carretera, derrumbada, quedó un camino angosto con pedazos anchos.

—La corneta... ta, ta, ta. —Esta vez le habían soltado la marrana.

IV

Por la loma se ven mejor los astros. La luna en nochebuena casi se pone encima de los cerros, y cuando explota, los muñecos, ranas, caballitos de celuloide y cajas de sorpresas se desparraman por el cielo.

En el catre se quedó dormido el indio. Siempre ocurría lo mismo: el sueño era más fuerte que la luna. Sin embargo, Aspasia le reseñaba el espectáculo: Por allí corrían fugaces los rebaños y los pastores iban ensartando estrellas. Por aquel lado aparecieron los elefantes. Allá en el sitio de la nube estaban las pelotas y tambores. "Como te quedaste dormido, aquí tienes, tomá". Le daba un soldadito de plomo.

Si Félix había despertado muy de mañana, volvía a dormirse y con los objetos que había visto en el Libro de Mantilla, en la Escuela Rural, completaba el inventario de juguetes que la luna lanzaba sobre el cielo.

—Félix bobo —le decían sus amigos, los muchachos de la aldea—. No hagas caso del cuento de la luna.

Para comprobarlo, Aspasia trató durante el nuevo año de convencer a los muchachos.

V

Volvió la navidad. Cuando la luna estuvo grande, más grande que en años anteriores, todo era bueno porque los niños la esperaban. Aspasia también estaba muy contenta. Entonces, comprendieron claramente la verdad que traían las lunas de diciembre.

La voz de Aspasia susurraba por los ranchos, por los caminos, en catres de los campesinos. Así llegó el día de sacarlos. A cada uno le fué señalando mariposas, peces, ranas, pájaros y los inquietos caballitos del diablo; y también las riquísimas frutas y los corpulentos árboles, así como los toros y los caballos grandes.

—Ja, ja, ja —se reía de alborozo—. ¿No ven que la luna sí revienta en el espacio con su cargamento anual de cosas? Como ustedes son niños campesinos, esta vez les trajo toda esa vegetación y los animales vivos que están sobre la tierra.

Los niños fueron felices con los juguetes de tales reinos. ¡Qué de mariposas y de peces!

VI

Los que ya eran grandes y los viejos se quitaron el sombrero. Había pasado un cajón que en romería bajaron de la Loma del Viento. Aspasia cruzó el pueblo con un lazo morado sobre el cuerpo y un ramo de capachos en el pecho. Era como un día de fiesta nacional porque a las ventanas le nacieron pañuelos de todos los colores. Muy pocos supieron que Aspasia había pasado. Lo dijo después el sacerdote en el sermón de una mañana:

—Se nos ha ido Aspasia.

En la montaña todos la lloraron porque en el viaje, para seguirla, diciembre se desprendió del año.

CLIMATERIO

I

No la han visto más en el balcón. Encajado en los blancos paredones de la calle es como un oscuro marco, como un profundo hueco en la soledad de Cleofe.

Del rumor subterráneo de raíces que se reproducen por el desbordamiento de los ríos y del que tanto habló a sus amigas, desbordamiento que nadie sentía, sino que era solitario acontecimiento de amor como una gran lluvia que todas las noches caía sobre el mundo, sólo el signo de Lorenzo y la yegua, en el potrero, recorre su memoria.

Hay frente al balcón de Cleofe un punto que fué de infinitas partidas para ella: el viejo poste torcido y anudado como la cola de un papagayo, agitado por el viento. Desde allí soltó la imaginación y los alambres fueron su pequeño tren. Por muchos años, le sirvió para transportar sus pensamientos. Salían de poste en poste para ir a ciudades más lejanas y no se detuvieron porque a esas vigas fantasmales no se les puede gritar que en el horizonte ha terminado el mundo. Además, son las guitarras aéreas de los caminantes tocadas por los pájaros de los bosques.

El corazón de Cleofe existía para amar inmensamente. Así fué como un año, de tanto querer al hacendado, hizo brotar la flor de los cafetos, engordar las raíces de las yucas y crear torrentes de leche en las queseras como nubes blancas, espesas, sacadas de las ubres. Se casaron. Hasta los gallos cantaron más de una mañana, por todas las mañanas y por todas las noches y los años de los amores de Cleofe.

En el vecindario comentaron la llegada de Joaquín. En un

gran recogimiento los novios dejaron los saludos a los vecinos. En puertas y ventanas presenciaron el desfile cuando regresaron de la iglesia.

En el pueblo se quedaron otras mujeres como Cleofe. Eran sus amigas. Se ocupaban como ella de los tejidos, del encuentro de nuevos soles y de los platos de familia, donde servían tradicionales comidas a los doctores, comerciantes y coroneles que se habían ido a probar fortuna a otras ciudades. Decían: "aquél fué novio mío" o, sencillamente: "adiós Coronel".

II

Había llegado el día de los caminos para Cleofe: vestida de amarillo se fué con su Joaquín, en autobús. Largo el viaje desde que lo iniciara en los hilos de la luz y del teléfono.

Saltando, encandilados, pasaron por la carretera los conejos de monte, animales que le resultaron misteriosos. Antes, desde la alta casa, cruzó con el sueño del horizonte. Era despertar en sus amores para gozar la realidad de otros caminos. ¡Cuánto le gustó ver, en las casas campesinas, esas perras paridas y rodeadas de cachorros, mansas y maternales al escuchar el ladrido de los machos!

—Cuidado con los brazos y la cabeza... —le dijeron.

Cleofe tomaba por las ventanillas aquel aire distinto, los calientes vapores que brotan de la tierra. El paisaje hasta entonces ausente de sus ojos y la propia materia del mundo levantaron en sus sentidos otras Cleofes. Todas ellas señalaron después una vejez: la de Joaquín.

Para Cleofe todo había sido vida simple, doméstica; amorosa en la soledad de su jardín, del balcón y de la iglesia. Estuvo alejada hasta del simple juego de las manos, clave de los amantes para la creación de los sucesos conyugales: los hijos, los disgustos y los elogios, unas veces a los manteles, o a la belleza de la preñez.

Pernoctaron en los hoteles. Desposeídos de su amistad —de la amistad breve que hacen los viajeros—, los compañeros vieron a Cleofe en sus maravillosos ensueños de casada.

III

Cleofe tomó posesión del hogar comenzando por las aves: entre las manos hizo vibrar las alas de un polluelo que ofrendó muy de mañana al sol. Sobre la luz se fué piando por los corredores y al patio de gallinas bajaban las palomas.

Cuando atardecía, las hormigas pasaban sus últimas migajas. Seguían a Cleofe que a esas horas echaba en las matas unos cántaros de agua. Y recibía a Joaquín que regresaba de la hacienda, como siempre, como un extraño, tocando las puertas, las de la calle y la de su cuarto:

—Tum. Tum. Tum.

—¿Quién toca?

—Niña, me pareció que usted cantaba.

—No, pregunté quién tocaba. Seguramente es el fonógrafo del botiquín.

—¡Ah!

Se había vuelto extraña, en su cerebro, la presencia de Joaquín. Tenía para Cleofe todas las sugerencias de un fantasma. La misma pregunta. La misma respuesta.

—¿Cantas Cleofe?

—No canto, Joaquín.

El sonido metálico de las sortijas contra las puertas, los platos y los vasos, la llenaban de temores.

—Tum. Tum. Tum.

Una tarde encerró a Cleofe, bajo llave, mientras se bañaba. Entonces ella daba golpecitos:

—Tim. Tim. Tim.

—Escúchame: lo hice sin darme cuenta. Esta costumbre me quedó de mi anterior vida. De eso hace algunos siglos. Mi profesión fué la de carcelero... golpeaba, torturaba... por ello encierro todo... todo.

—¡Jesús!

—Mi muerte fué horrible, todavía la recuerdo.

—¡No me atormentes!

—Horrible... mientras perseguía a unos fugitivos me devoraron los tigres en unas montañas de la India.

La pérdida de las alucinaciones nacidas en el balcón y luego las del viaje, mantenían a Cleofe en una infinita tristeza, desamparo, soledad. De las abstracciones de Joaquín, el médico sospechaba que se agravarían. Invadida de presagios, Cleofe vivía como perdida en una antigua catedral. Cuando Joaquín se quedaba en el corredor hasta muy tarde, hasta cuando cantaban los gallos de medianoche, ella lo veía por la hendija de la puerta de su cuarto. Dudaba de que hubiera sido él quien le escribiera aquellas cartas recibidas durante tantos años. Luego entraba, ignorándola, olvidando. Ella en la ancha cama, desbordándose. Él, solo, durmiendo. Todo era como si aquellos corazones que se amaron desde lejos, de pronto, se hincharan de misterios para fundirse en una larga noche enferma.

IV

El ambiente había cambiado desde que Lorenzo llegó de la hacienda. Era un mozo sobrino de Joaquín. Por lo menos siempre silbaba una canción. Apenas era Lorenzo, el joven Lorenzo, la canción y nada más. A Joaquín le gustaba oírlo. Había caído enfermo.

—Canta, Cleofe.

—No sé, Joaquín. ¿Por qué te empeñas en creer que canto? Antes prefería la recitación, esos versos que hay... tan tristes.

—Sí —asintió Joaquín, como saliendo de un letargo—. Y qué poetas te gustan, quiero oírte...

—¿A mí?... bueno... mis favoritos eran Domingo Flores y Juan de Dios Mata. De este último me gustan aquellos versos que dicen: "En este laberinto de la vida".

—Son mis preferidos, Cleofe... mis preferidos. Al mejorar te compraré libros de... ¿Cómo dijo que se llamaban?

Sobre el espaldar de la cama golpeaba: Tum. Tum. Tum. Ahora eran leves toquecitos, distante el primero del segundo y del tercero. Cuando murió, el padre Antonio comentó para consolar a Cleofe:

—Fuí su confesor. ¡Ah! ¡qué alma casta! usted fué la única novia que tuvo.

Mientras ella y Lorenzo lo amortajaban, éste dijo:

—¡Murió casi niño!

Cleofe sonrojada lloraba, lloraba, lloraba.

En la hacienda, los campesinos hubieran hecho una campaña grande, repleta de flores. Se la habrían reventado entre aleluyas, como acostumbraban para glorificar el alma y el cuerpo castos.

V

Cuando concluyeron los rezos por el alma del difunto, una noche se presentó Lorenzo en la habitación de Cleofe. Inquieta, pensó rechazarlo, pero más potente que todo, la desesperación de su vida agonizante, se entregó.

Frente al espejo, el hombre la ayudó a desnudarse. Cuando el cabello, el largo cabello de Cleofe cayó regado por sus hombros, también bajaron por su rostro gruesas lágrimas. Todas las finas telas del luto se escurrieron por su vientre como una sombra. Un brazo de Cleofe se levantaba en lento movimiento para quedarse debajo de sus tetas. Con la mano abarcó

un pezón redondo, oscuro como una vieja moneda de cobre. Después se despojó de los últimos vestidos. Al ir a tomar la dormilona, del espejo brotó su pesado cuerpo, blanco, lleno. Lo realizó como despersonalizada, como segura de que sólo ella se veía.

El cabello descuidado de Lorenzo rodó por el rostro de Cleofe. Besándolo gozaba en ver el cuello largo y delgado. Se recreaba en contemplar aquel hermoso cuerpo de Lorenzo.

VI

Cleofe preparó el viaje de regreso a la casa del balcón. Lorenzo y la criada fueron a despedirla. La ciudad se quedaba, apareciendo y desapareciendo en las colinas. Ella miraba las torres de la iglesia y la entrada de los postes que siguió hasta aquel final desde su lejana juventud. Con Joaquín había pasado por la calle del comercio. En las ventanas vió muchachas recostadas en cojines rojos y cintas de colores en la cabeza. Y vaporosos vestidos de organdí.

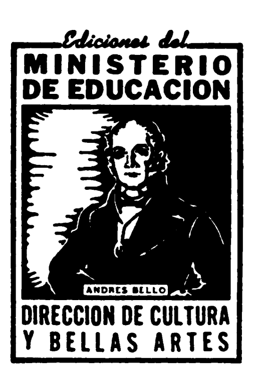
VII

Socavando en las nocturnas soledades de Cleofe, está Lorenzo con la yegua en un potrero: Adolescente, la cabrestea hasta la piedra y desde allí brinca sobre el lomo. Va desnudo. Arde la imagen en su mente, rebelándose. Es como un residuo del pasado que borra el mundo anterior de Cleofe. Al galope la bestia se lo lleva por el tiempo, cada vez más distante.

ÍNDICE

de nuestra Cancillería. Actualmente es Encargado de Negocios de Venezuela en Bélgica.

Pertenece a varias Instituciones culturales y profesionales, entre ellas la Asociación de Escritores Venezolanos y el Colegio de Abogados, en las cuales ha ejercido funciones directivas. Ha publicado las siguientes obras: *La Balandra Isabel*. Editorial Tip. Vargas, Caracas, 1934; *Canción de Negros*. Novela, Ediciones "El Cuaderno Literario", Caracas, 1934; *Tres Cuentos Venezolanos*. Cuadernos Literarios de la A. E. V. Caracas, 1938; *Campeones* —Novela— (Premio Elite) 1938, Edición de Tipografía Vargas, Caracas, 1939; *El Mestizo José Vargas* —Novela—. Tip. Vargas, Caracas, 1942; *El Marido de Nieves Mármol* —Teatro—. Premio de Teatro 1943, Edición de Tip. Vargas, Caracas, 1944; *La Mujer, El As de Oros y la Luna* —Cuentos—. Tip. Vargas, Caracas, 1948; *La Mano Junto al Muro*. Primer Premio de Cuentos de "El Nacional", 1951, Ediciones Fequet et Baudier, ilustraciones fotográficas de Alfredo Boulton, París, 1952; *El Falso Cuaderno de Narciso Espejo*. Premio Nacional de Novela "Arístides Rojas" 1952, Ediciones Nueva Cádiz, Barcelona, España, 1953.


Ediciones del
MINISTERIO
DE EDUCACION
ANDRES BELLO
DIRECCION DE CULTURA
Y BELLAS ARTES

